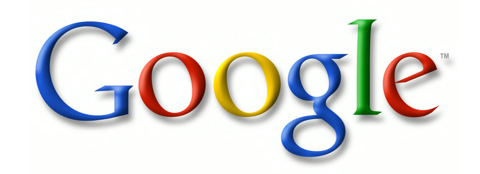
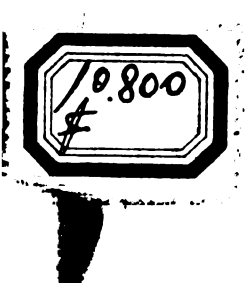




Historia de los diez años de la administracion de don ...

Benjamín Vicuña Mackenna


10.800


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE



HISTORIA

DE LOS

DIEZ AÑOS DE LA ADMINISTRACION

DE DON MANUEL MONTT.

HISTORIA

DE LOS

DIEZ AÑOS DE LA ADMINISTRACION

DE DON MANUEL MONTT,

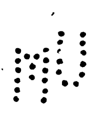
POR

B. VICUÑA MACKENNA.

REVOLUCION DEL SUR.

TOMO III.

SANTIAGO DE CHILE.
IMPRENTA CHILENA,
CALLE DEL PEUMO, NÚM. 29, ESQUINA DE LA DE HUÉRFANOS.
1862.



A MI PADRE.

..*Tributo de mi profundo amor i de esa santa intimidad del alma que hace considerar al padre, en las dichas i en las aflicciones del hogar, como el mas querido de los hermanos.*

Homenaje tambien de mi respeto a un civismo tan antiguo como mi nombre i en el que el éxito i los infortunios solo han pasado para poner a prueba su temple indestructible, i evidenciar la jenerosa conviccion de amor a la democrácia i a la libertad que aquel cobija, i de cuya nunca desmentida enerjia el espíritu que anima estas pájinas es solo una débil herencia.

BENJAMIN.

Santiago, junio de 1862.

ADVERTENCIA.

La historia de la revolucion del sur en 1851 está apoyada, a nuestro parecer, en un número tal de documentos auténticos, que su sola nomenclatura bastará para dar una idea de su mérito, de su veracidad i particularmente de su comprobacion, por haber sido tomados, con una feliz equivalencia, de entre los amigos i enemigos que se midieron en aquella colosal contienda.

Nos limitamos, por consiguiente, a publicar en esta Advertencia una lista de aquellas piezas, que servirá tambien de referencia a las citas que deberemos hacer de esos documentos en la narracion, o en el Apéndice de piezas justificativas; a saber:

1.° *Diario de campaña de don Antonio Garcia Reyes*, secretario del jeneral en jefe del ejército del Gobierno. Este notable documento nos ha sido confiado en 1856 por don José Santiago Lemus, primer oficial de la secretaria, de cuya letra está redactado.

2.° *Diario de campaña de don Pedro Félix Vicuña*, secretario jeneral del ejército del sur. Sacamos una copia completa, de nuestra propia letra, en 1852, de este estenso i minucioso trabajo, a la vista del orijinal, añadiendo algunas notas i esplicaciones verbales que lo completaban.

3.° *Diario de campaña de don Manuel Zañartu*, comandante del batallon Carampangue. Hacia seis años a que solicitábamos en vano este notabilísimo documento, cuando su autor ha tenido la bondad de enviárnoslo, copiado todo de su propia letra, mediante los buenos oficios de nuestro amigo don Pedro Ruiz Aldea.

4.° *Diario de campaña de don José Maria Silva Chaves*, comandante del 2.° batallon del Rejimiento Buin, en la campaña del sur. Este intelijente oficial ha tenido la paciencia de remitirnos últimamente de los Andes tan grande acopio de estractos cronolójicos de su diario, apuntes i todo jénero de documentos, que mui pronto esperamos formar un mediano volúmen de su interesante correspondencia.

5.° *Memoria sobre la campaña del sur por el jeneral don Fernando Baquedano*. Este ilustre i antiguo soldado de la República, se ha dignado escribir, a peticion nuestra, una breve pero interesantísima relacion de todos los sucesos militares en que tomó parte, durante la campaña del sur en 1851. Existe orijinal en nuestro poder.

6.° *Archivo privado de don Luis Pradel*, secretario de la Intendencia de Concepcion. Debemos a don Bernardino Pradel esta curiosa coleccion en que se encuentran orijinales algunos de los mas notables documentos de la revolucion, como las cartas del jeneral Búlnes sorprendidas al comisario de indios don José Antonio Zúñiga, los borra-

dores de las comunicaciones de la Intendencia de Concepcion, miéntras fué desempeñada por don José Antonio Alemparte i don Nicolas Tirapegui, i otros papeles notables.

7.° *Correspondencia inédita de don Pedro Félix Vicuña.* Fué acopiada ésta en la época en que Vicuña estuvo asilado en Concepcion o desempeñó la Intendencia de aquella provincia. Encuéntranse entre estos papeles, que copiamos i estractamos en 1852, muchas interesantes cartas del jeneral Cruz, del comandante Zañartu i de varios jefes i funcionarios del sur en aquella época.

8.° *Piezas inéditas existentes en los archivos del Ministerio de la Guerra i del Interior.* Hemos sacado copias o hecho estractos de estos documentos en diversas épocas.

9.° *Archivo de la Contaduria Mayor.* Hemos consultado los pocos datos que ofrece el libro de la comisaria del ejército del sur en 1851.

10.° *Proceso seguido a los oficiales del batallon Chacabuco por la sublevacion de su cuerpo el 13 de setiembre de 1851.* Este es uno de los treinta i tantos sumarios políticos de la administracion Montt que existen en la comandancia de armas de esta capital, todos los que hemos estudiado prolijamente, fuera de un número, no poco respetable, que se ha estraviado de aquel archivo o existe en alguna otra oficina.

11.° *Apuntes sobre la campaña del sur*, que ha tenido la bondad de enviarnos desde Concepcion el entusiasta jóven don Tomas Smith, ayudante del batallon Guia en la campaña de 1851.

12.° *Apuntes de la campaña del sur*, subministrados

por mi hermano Bernardo Vicuña, ayudante del jeneral Baquedano, en el ejército revolucionario, quien llevó un suscinto diario de las operaciones de este.

Se observará, en vista de la especificacion anterior, que la parte inédita de nuestros materiales históricos no puede ser mas completa, i que estos tienen su oríjen en las mejores fuentes que podian consultarse en el seno de ámbos partidos contendientes. Así, los diarios de campaña Garcia Reyes i Vícuña (secretarios de los ejércitos belijerantes) los de Zañartu i Silva Chaves (los jefes mejor caracterizados por los conocimientos de su arma en una i otra division) i por último, los archivos de los ministerios del Gobierno i de la Intendencia revolucionaria, forman por sí solos un acopio de pruebas mas que suficiente, en su propio contraste, para demostrar que hoi dia, en el siglo de la verdad en que vivimos, *la historia contemporánea es la única historia verdadera.*

En cuanto a la tradicion oral, o mas bien, si se puede llamar así, a la prueba de testigos históricos, confesamos que nosotros no le damos jamás cabida, cualquiera que sea su respetabilidad, sino de una manera subsidiaria, i solo en cuanto corrobora los testimonios escritos que poseemos.

En este sentido hemos consultado a la mayor parte de los actores de todas jerarquías en aquellos acontecimientos. Hicimos con este objeto una visita especial, en octubre último, al digno señor jeneral Cruz, en su hacienda de Peñuelas, i aprovechamos esta oportunidad de agradecerle su cordial hospitalidad. Un servicio análogo debemos al señor jeneral Gana, ministro de la guerra en 1851, quien, apesar de la postracion de su salud, ha te-

nido la condescendencia de referirnos la participacion que él tomó en su carácter oficial en aquellos sucesos.

De la misma manera hemos consultado en diferentes épocas a los comandantes Zúñiga (ya fenecido) i Escala, jefes de los cuerpos de artillería en la campaña del sur; Alejo Zañartu (recien muerto) i Yañes, comandantes de caballería; Alvarez Condarco i Borgoño, ayudantes de la plana mayor; a don José Hermójenes Alamos i don José Antonio Alemparte, que tenian puestos civiles en los ejércitos combatientes, i por último, a muchos jefes i subalternos, entre los que nos complacemos en citar a los señores Saavedra i Videla, jefes del batallon Guia, don Serapio Diaz i don Benjamin Valdes, oficiales de Granaderos a caballo, Villalon i Letelier de Cazadores, Campillo, mayor del batallon *Santiago*, Souper i Lara, comandantes de caballería i muchos otros.

Ademas de estas investigaciones, que hemos practicado con diversas interrupciones en un espacio de diez años cumplidos, hemos creido un deber nuestro, o por lo ménos, un acto de cortesía, dirijir una carta a todos los jefes i oficiales de alguna nota que tomaron parte en aquella campaña i que hoi existen en el servicio de la nacion. Con la escepcion de uno solo, que nos envió una descomedida i presuntuosa respuesta, tanto mas chocante cuanto que era solo un simple capitan en Longomilla (1) (donde, empero, se distinguió por un singular heroismo, única razon porque le escribimos) todos nos han contestado abundando en los deseos de ver escritos aquellos aconte-

(1) Don Pedro Pardo, actual gobernador de Rancagua.

cimientos, i ofreciéndonos el comunicarnos todos los datos que estuvieran a su alcance i que nosotros pudiéramos precisarles con alguna puntualidad.

Esto es en cuanto al mérito de las revelaciones de testigos oculares que debemos invocar, citando sus nombres cuando sea necesario.

Acaso no estará demas advertir que a fines de 1861 hicimos una escursion por el sud i no malogramos ciertamente la ocasion de estudiar, como nos era posible, la topografía del teatro de la guerra civil en 1851, habiendo visitado con especialidad los parajes en que tuvieron lugar las batallas de Monte de Urra i Longomilla, a fin de darnos cuenta con mas exactitud de los detalles estratéjicos de aquellos memorables hechos de armas.

Con relacion al tercer jénero de pruebas que existe para comprobar la historia contemporánea—las publicaciones de la prensa política—reconociéndoles toda su falacia, hemos aprovechado solo aquello que tenia la autenticidad de un documento público. Con este fin, hemos recorrido todas las colecciones de los periódicos titulados el *Correo del sur, Union, Boletin del sur* i el *Progreso*, hojas pertenecientes al partido liberal en 1851 i el *Araucano*, la *Tribuna*, la *Civilizacion*, el *Mercurio* i el *Conservador*, publicado en Concepcion, i que eran los órganos del partido que sostenia la candidatura Montt. El libro publicado por el laborioso e intelijente oficial de estado mayor don José Antonio Varas, con el título de *Recopilacion de leyes, etc., sobre el ejército*, nos ha suministrado algunos interesantes datos, así como la Memoria del ministro de la guerra correspondiente al año de 1852.

Tal es el cuerpo de pruebas que presentamos como bases de nuestra narracion.

A los lectores tocará juzgar, cuando aquella esté terminada, si hemos sidos fieles e imparciales espositores de la verdad, tal cual la concebimos en lo íntimo de nuestra conciencia.

B. VICUÑA MACKENNA.

CAPITULO I.

LA CANDIDATURA DEL JENERAL CRUZ.

La Provincia de Concepcion en 1851.—El jeneral Cruz.—Juicio de si propio, hecho por este caudillo.—Ajitacion local en favor de su candidatura.—El «Correo del Sur».—Acta de proclamacion de la candidatura Cruz.—Vacilacion i aceptacion del jeneral Cruz.—Instalacion de la «Sociedad patriótica de Concepcion».—Sus trabajos preliminares a la eleccion.—Actas de los pueblos de la provincia.—La «Union».—Actas de adhesion en otras provincias.—Carácter personal i local de la candidatura Cruz.—Sorpresa con que es recibida en la capital.—Juicio de la prensa del gobierno.—Alarma e intrigas del círculo Monttista.—Llegan a Chillan cartas del Presidente Búlnes i del Ministro Varas, contrariando la candidatura Cruz, i efecto que producen.—Principales pasajes de estos documentos.—Carta que don Pedro Félix Vicuña escribe al jeneral Cruz sobre la situacion de la República.—Una opinion de Búlnes sobre el jeneral Cruz en 1840.—Carta de don José Ignacio Palma al comandante Zañartu.—Actitud que asume el partido liberal en Santiago.—Renuncia su candidatura don Ramon Errázuriz i es proclamado el Jeneral Cruz.—Falacía de esta adhesion ántes del «veinte de abril».—Antipatía conservadora del jeneral Cruz.—Carta de don Bernardino Pradel a don Joaquin Tocornal, trazando la política conservadora que se proponia el jeneral Cruz.—Carta del jeneral al dean Vera, en el mismo sentido.—Mision cerca

del jeneral Cruz del ex-ministro Vial.—Situacion de los partidos, la víspera del 20 de abril.—Impresion adversa que causa en Concepcion aquel levantamiento.—Notas de desaprobacion que dirije al gobierno el jeneral Cruz.—Cumplimiento que da a las órdenes de éste enviando a Santiago el rejimiento de Cazadores.—Alegría de la prensa ministerial.—El jeneral Cruz recibe órden de presentarse en Santiago.—Instrucciones que deja a sus amigos.—Bando sobre las elecciones en la Provincia de Concepcion.

I.

La ínclita i vasta provincia de Concepcion no presentaba en 1851 la imájen de desolacion i abatimiento a que sus infortunios militares de aquella época i posteriores exijencias de la política la han sometido, encerrándola en los páramos de su litoral. Era todavia aquella «fuerte Penco», cuyo orgullo i cuyas proezas cantaron a porfía los poetas. Vivian entre sus hijos casi intactas las tradiciones i el poderío de las tres grandes transformaciones que marcan la historia de la República, i que habian tenido su oríjen en sus confines, la conquista,—la independencia,—la organizacion política.

II.

De sus campiñas i de sus bosques habian venido, tinta la lanza en la sangre araucana, a sentarse bajo sus doseles de oro en el holgado esplendor de Santiago, los capitanes jenerales de la colonia El Bio-bio habia sido despues la cuna de la libertad civil, i sus aguas, que apagaron la sed de tantos bravos en la hora del combate, lavaron al fin la última gota de sangre vertida por nuestra revolucion. Convertida mas

tarde (en su tercera época) la colonia en república, de aquella tierra, rica en grandes naturalezas, nos habian venido los caudillos i los majistrados.—O'Higgins i Freire en primera línea; Prieto i Búlnes mas tarde, (todos jefes supremos de la nacion) representaban el jenio, el orgullo i la prepotencia de esa raza que por un apodo filosófico, se há llamado *arribana*, quizá por su tendencia a sobreponerse a todo lo que la república ofrece de encumbrado.

III.

Como topografía, desde el Maule al Tolten, Concepcion habia constituido ademas la mitad de Chile, siendo, si no la porcion mas rica, la mas vasta, la mas belicosa, la mas adiestrada en las revueltas. Poco a poco, la sagacidad centralista de nuestros gobiernos «santiaguinos» habia ido quitándole, empero, su grandeza, haciendo suyos a sus hombres i cercenándole despues a trozos su estenso territorio. Las provincias del Maule i Ñuble la despojaron de su antigua frontera setentrional, i mas tarde, la de Arauco, le arrebató su pujante espalda. Asemejase por esto hoi dia a esos viejos soldados que el plomo de los combates ha mutilado. Sus dos jigantescos brazos, el Maule i el Bio-bio, no son ya suyos!

IV.

Fuera de sus motivos de tradicion i de poderío militar, campeaban en diversos sentidos el año memorable de 1851 otras razones de engreimiento i de enerjia moral en el pueblo penquisto, para hacerlo una poderosa individualidad, casi

un árbitro supremo, en la gran cuestion que entónces se debatia.

Entregada su poblacion, casi esclusivamente agrícola, al desarrollo de sus ricas producciones, que ya en aquella época alcanzaban precios crecidos, en fuerza de los descubrimientos auríferos de California, preocupabáse mas de las especulaciones de sus cereales que de las controversias parlamentarias que resonaban en la capital llevando a lo léjos solo el eco de un vano bullicio. Una sociedad que se denominó de *Molineros del sur* habia surjido del incremento dado a los cultivos, i lo mejor de su territorio, particularmente en la zona de la costa, se cubria de máquinas para su esplotacion.

Por otra parte, la administracion local estaba confiada a la mano de un majistrado cuyo prestijio cívico era tan antiguo como su reputacion de soldado; i encontrándose rica i tranquila, cuidaba poco de los azares que corria el resto del pais entre motines de cuartel i tumultos populares.

La independencia individual que la abundancia, no ménos que la subdivision de la propiedad, consentian a los penquistos, se unia a su orgullo de raza i aun de familia para asumir aquella posicion elevada i prescindente de honores i de empleos ganados en el manojo de los ardides políticos. Aunque poco numerosa, la aristocracia de Concepcion nunca ha cambiado sus blasones por los oropeles de la capital, i aun hoi mismo, apesar de sus infortunios de diez años, sus hijos se mantienen en su «nunca domada fiereza». Un santiaguino es un *provinciano* en Concepcion, como lo es el hijo de Valdivia i de Chiloé. La cercanía del puerto i su comercio directo con la Europa vigoriza, ademas, aquella enerjía civil por el contacto de las luces i de esa despreocupacion social que siempre acarrea el comercio con los estranjeros.

Los apellidos de Castellon, Pradel, Smith, Sanders, Rogers, que figuran en primera línea entre los patricios de este pueblo, singular bajo tantos aspectos, esplican mui claramente aquella influencia venida de léjos.

La provincia de Concepcion se mantenia pues en una actitud fria i casi desdeñosa en presencia de los acontecimientos, que traian en ciernes el magnífico cuanto desastroso desenlace de 1851.

V.

Pero aquella misma superioridad que nuestra émula del sur se atribuía a si propia, debia pronto llamarla sobre la arena, armar su brazo i lanzarla a la accion. Si no habia una causa política que asi lo demandara, existia un gran prestijio personal, un gran nombre público que le serviria de bandera i de palanca de ajitacion. Este nombre era el del jeneral de division don José Maria de la Cruz, intendente de la provincia i jeneral en jefe del ejército del sud en aquella época.

VI.

El jeneral Cruz habia sido soldado desde niño, i desde niño habia tenido la fama de los heroes. Cadete de la *Patria vieja*, habia hecho su primer ensayo disparando los cañones del sitio de Chillan, de heroica memoria, bajo las órdenes de Carrera, i poco mas tarde, caido aquel, peleando al lado de su émulo, el insigne O'Higgins. Cúpole en el Roble vendar con su pañuelo la herida que recibiera en lo mas crudo del

fuego aquel caudillo; i vuelto del destierro, tocóle otra vez llevar la heroica palabra de aquel a las filas que rompieron el fuego en la cima de Chacabuco, pues él era entónces primer ayudante de campo del jeneral de vanguardia.

Siguiéronse en breve los combates de la *Patria nueva* i en todos ellos ilustró su nombre, haciéndose conspicuo en Talcahuano con una hazaña inmortal, pues escaló la muralla en el asalto, suspendido en hombros de un soldado que pronto nos hará recordar su oscuro nombre, (Matias Ravanales). I si en Maipo no señaló su foja de servicios con hechos mas preclaros, fué solo porque cedió toda su gloria, como una heroica primojenitura, a aquel sublime mancebo hermano suyo (1), que, a la cabeza de la columna de Coquimbo, se lanzó por el callejon de Espejo a dar alcance a la victoria i a la muerte!

Tal fué su carrera de subalterno.

Como jefe, cúpole ménos fortuna.

Envolvióse su caballería en el funesto combate del Pangal, i le prendió despues uno de sus propios inferiores, cuando se inauguraba la guerra civil que sofocó en jérmen la magnanimidad de O'Higgins, su caudillo i su amigo en 1823.

Retirado desde esa época a su provincia nativa, dejó su hogar solo cuando la reaccion del bando en que habia servido tomó el campo, a la vuelta de siete años. El coronel Cruz hízose entónces jefe de la revolucion reaccionaria de 1829 en el sud de la República, como sus parientes Prieto i Búlnes lo eran en la capital; i con tal pujanza acometió la empresa que él mismo vino a Chillan, a fin de poner término a las vacilaciones del jeneral Prieto, ántes del levantamiento, i sos-

(1) El coronel don José Antonio Cruz, sarjento mayor del núm. 1 de Coquimbo en Maipo, donde recibió dos balazos, de cuyas consecuencias murió en 1830.

tuvo en seguida un vigóroso sitio en aquella ciudad, despues de haber fugado de una prision con el difraz de mujer.

La victoria le trajo por la segunda vez a la eminencia del poder i abrió una nueva faz de su existencia de hombre público. El 25 de setiembre de 1830, fué llamado a desempeñar la cartera de la guerra.

Tenia entónces el jeneral Cruz poco mas de treinta años de edad i aunque en tan encumbrado puesto, dió en breve muestras de sus severas dotes de alto funcionario. Probo, leal, desinteresado, ardiente en sus resoluciones i obstinado para sostenerlas (1), ajeno a todo círculo i descónfiado mas por sis-

(1) He aquí el juicio que de si propio hace el jeneral Cruz en una carta que tuvo la bondad de dirijirnos desde su hacienda de Queime, con fecha de marzo 6 de 1861, a propósito de una publicacion política que habiamos hecho en Lima el año anterior i que contenia estas palabras, relativas a su candidatura para la presidencia en 1861 que insinuabamos al pais desde el destierro. «Cruz es la encarnacion del patriotismo ; gloriosos servicios a la patria desde la mas temprana edad ; una lealtad caballeresca en sus empeños públicos, la rectitud mas sana que solo el capricho ha entorpecido alguna vez sin deslustrar, i por último, la conviccion del progreso, a que solo la tenacidad del carácter privado pudiera hacer violencia, si no diera pruebas de su abnegacion como hombre, en la hora triste, pero inevitable, de Purapel.»

«Nada de estraño es que U., como muchos, (decía el jeneral refiriéndose a este párrafo, arranque de republicana franqueza) me haya supuesto con esas cualidades jeniales de caprichudo i tenaz, porque esas han sido las dos cartas puestas en juego por mis enemigos, o mas bien dicho, por la envidia, desde que algunos incidentes dieron lugar a que se comenzara a fijarse en mí; pues como habian ídolos a quienes se creia que esto perjudicaba i se deseaba exaltarlos, se ocurrió al juego con esas cartas que eran tan propias para hacerlas comodin. La crítica que la maledicencia promueve en su salon, siempre es desparramada, porque la envidia se hace cargo de vulgarizarla, segura de que no será molestada con exijencias de esplicacion, como que son muchos los hombres que se deleitan en la depresion de los otros, i mui raros

tema que por carácter, hízose luego en el gabinete, no el adversario, porque tal no cabia, sino el contrapeso de Portales, i de tal manera, que mui pronto dejó el puesto, mas no su honra, en manos del arrojante dictador de la Reaccion.

Ofendido con su pariente el jeneral Prieto, porque habiendo sido el caudillo militar de la revolucion, habia aceptado el mando supremo de la República, que parecia caberle asi por derecho de conquista, i decidido, por otra parte, a no hacerse cómplice de la política violenta de Portales, el jóven ministro se retiró al sud, en cuyos campos vivió aislado, casi excéntrico, i dando siempre pruebas de un desprendimiento antiguo de todo lo que era pompa i lucro de poder.

El clarin de las armas le sacó de su retiro al cabo de los

los que prestan la atencion bastante en el exámen de los hechos que se propalan, i así es que ellos corren sin contradiccion. Con conocimiento de aquel juicio tan jeneralizado, muchas veces he pasado revista sobre todas mis acciones públicas i privadas para descubrir cual de mis actos habria dado márjen al acarreo de esa sindicacion, i puedo asegurar (quien sabe si ofuscado de un amor propio exesivo) que no he encontrado uno que le mereciera, si no es que se estime por capricho i terquedad el haber sacrificado muchas veces mis intereses, ántes de pasar por actos que creia podian poner en problema mi integridad, o que estimaba como indebidos e injustos. Si esto me ha acarreado aquel concepto, recibo el epíteto como una honra. Esa sindicacion ha tenido orijen de los que, acostumbrados a considerar a los subalternos como máquinas, que solo deben moverse a su capricho, no han podido sobrellevar el que uno se les atreviese a observarles, o resistirles, llamando en su ausilio la atencion de que le era de obligacion cumplir con los deberes de su empleo. Celebraria que alguno de los muchos que deben haberle impuesto de ese jenio, que me suponen característico, le hubiese dado alguna razon del acto o hecho de que partia su creencia, i que U. tuviese la bondad de trasmitirmelo, porque estoi seguro que la satisfaccion saldria de la esplicacion de algunos de esos incidentes de negativa o resistencia a que he aludido»

años, i sabida es su noble conducta de soldado i de chileno en la árdua campaña del Perú, en la que él mandó en segundo el ejército chileno.

De regreso a su patria, su ilustre compañero de armas el jeneral Búlnes, le honró con varios puestos durante su decenio, confiriéndole principalmente el desempeño de la intendencia de Concepcion, puesto que era mas adecuado a su índole laboriosa, modesta i concentrada.

VII.

Al comenzar la era de la revolucion a que el jeneral Cruz dió su nombre, contaba pues cuarenta años de servicios constantes a su patria, en su doble carrera civil i militar. Su prestijio nacional era, en consecuencia, tan antiguo como brillante. Respetábanle sus conciudadanos por la memoria de sus hazañas, por los sacrificios evidentes de su patriotismo, i mas que todo, por la conviccion de su alta e incontrastable probidad. Mas de cerca, amábanle sus gobernados porque tenia todas las prendas de un caballero, unidas a un activo celo por el bien público, i a una laboriosidad estraordinaria de detalles en la administracion. No fué pues en manera alguna digno de estrañeza que en aquella borrascosa crisis, cuyas peripecias vamos a narrar, el pais entero hubiera vuelto los ojos hácia él, como guiado por un instinto salvador, cuando en el desquiciamiento de todos los derechos de la soberanía, su espada de jeneral en jefe del ejército del sud brillaba en alto, aunque lejana, como una enseña de reparacion i de justicia.

Aquella esclarecida reputacion, el poder de las armas en las fronteras, i el carácter peculiar del pueblo penquisto,

combinándose por la sola presion de los acontecimientos, iban, por consiguiente, a producir la revolucion del sur, de 1851; movimiento esencialmente *provincial* en sus tendencias, empapado del espíritu de localidad en su accion i que tenia en su primera iniciativa solo el influjo de un nombre por toda mira social.

Desemejáronse en esto, por completo, los dos grandes movimientos revolucionarios que prendiéron entónces en las estremidades de la República. El de Coquimbo fué una irradiacion jenerosa i ardiente del principio que habia encendido la capital, creando en su seno aquel volcan cuyo estallido cubrió el pais de duelo en la madrugada del 20 de abril; i por eso, porque aquella era una alianza desinteresada, traida en brazos de un emisario que habia partido incógnito de la capital, i porque aquel movimiento operó, de esta suerte, una completa unificacion de la idea comun que trabajaba al partido popular; se esplica el que esa idea, vencida en un campo de batalla, fuese a revivir en un heroico asedio.

Por eso tambien la revolucion del sud, hija de un nombre mas que de un principio, sucumbió a su vez despues de una victoria.

En medio de la apatía política en que se mecia la provincia de Concepcion en los primeros dias de 1851, un ojo investigador habria echado pronto de ver que existian, mui cerca los unos de los otros, los elementos de una gran ajitacion política, un pueblo (no una *provincia*), un ejército, un caudillo. Faltaba solo la razon de ser a aquella organizacion, i como fuera suficiente el mas leve motivo para provocarla, no tardaria aquella en ser llamada a la accion.

VIII.

Encontrábanse en los primeros dias de febrero, en la pintoresca ensenada de Penco viejo, gozando del beneficio que los aires de la costa i los baños de mar ofrecen en el ardor del estío, algunas familias de Concepcion, i en medio de estas, unos pocos jóvenes de cierta importancia provincial. Notábanse entre los últimos el redactor del periódico oficial de Concepcion (1), don Adolfo Larenas, el capitan del batallon Carampangue don Juan Antonio Vargas Pinochet, los jóvenes comerciantes don Francisco Smith i don Hermenejildo Masenlli, socio de aquel, i algunos otros de ménos valía.

Hacíanse en las íntimas i frecuentes reuniones que permite el solaz del campo, comentarios mas o menos graves sobre los sucesos que se desenvolvian en la capital de una manera tan rápida como alarmante, figurando siempre, entre los palos de la *Sociedad de la Igualdad* i el motin de San Felipe, la siniestra candidatura de don Manuel Montt.

En una de estas ocasiones, ocurrióse a algunos de aquellos jóvenes, indiferentes pero bien intencionados, lanzar como un punto cualquiera de discusion la idea de levantar en frente de la candidatura oficial, decretada en Santiago, i co-

(1) *El Correo del sud.* Tan friamente se tomaba la política en Concepcion en aquella época que este periódico se ocupaba solo de cuestiones anexas a la localidad. Asi, el editorial, correspondiente a su número del 4 de enero de 1851, trataba sobre *pesos i medidas*; el del 11 de enero, de *colejios*; el del 25, del *cólera morbus*; el del 1.° de febrero, de *puertos de la provincia*, i por último, el del 8 de febrero (dos dias ántes de la promulgacion de la candidatura Cruz) del *comercio de Concepcion con el Perú.*

municada a las provincias como un reto, otra candidatura popular, pero armada tambien i revestida con el prestijio de la autoridad. Aquel pensamiento prendió de súbito en el ánimo de los circunstantes, i al fin de una animada conversacion, reinó la mas perfecta uniformidad sobre aquel plan, tan fácil en su iniciativa, como atrevido en sus consecuencias.

En la juventud de los hombres, la accion tarda poco en seguir al pensamiento. Pocas horas despues de aquel múltiple diálogo de los baños de Penco, todos los que en él habian tomado parte, recorrian las calles de Concepcion, acompañados de sus amigos, invitando al vecindario para una gran reunion política que debia tener lugar el 10 de febrero.

Acordóse entre los promotores de aquella convocacion al pueblo, no solicitar la autorizacion prévia del jeneral intendente a quien iban a proclamar, porque temian, no sin razon, que la susceptibilidad caballeresca de aquel majistrado fuera un prematuro obstáculo a sus intentos i los desbaratara ántes de nacer.

IX.

Como de sorpresa, reunióse, pues, el pueblo en la noche del 10 de febrero, en número de mas de cien ciudadanos, i despues de las manifestaciones acostumbradas en tales ocasiones, se levantó una acta de proclamacion del jeneral Cruz, como candidato para la presidencia de la República, cuyo tenor es como sigue:

«En la ciudad de Concepcion, a diez dias del mes de febrero de mil ochocientos cincuenta i uno, reunidos los ciudadanos que suscriben, con el fin de convenir en la designacion

de un candidato para la presidencia de la República, i teniendo presente:

«1.° Que la proximidad del período constitucional en que debe hacerse la eleccion indirecta de presidente, exije imperiosamente que todos los ciudadanos interesados en el bien del pais cooperen al mejor resultado posible, por medio de una eleccion digna de la nacion.

«2.° Que la provincia de Concepcion, escenta hasta hoi de todo movimiento político e indiferente a la voz de los partidos, no debe, empero, conservar una actitud silenciosa i desentendida de los resultados funestos que pudiera acarrear a la nacion una indiscreta eleccion del hombre a quien deben confiarse la salud i prosperidad públicas.

«3.° Que no estando uniformada la opinion jeneral de los pueblos respecto a la candidatura para la próxima presidencia de la República, usan los habitantes de la provincia de Concepcion del libre derecho de emitir su pensamiento a este respecto, i presentar un candidato de su eleccion a todos sus conciudadanos.

«4.° Que la persona mas a propósito para ejercer la primera majistratura, debe reunir no solo todo el prestijio necesario, sino tambien las cualidades morales que aseguren al pais la estabilidad del órden público, el mejoramiento de las instituciones, i todas las reformas que necesite el réjimen administrativo de la República.

«5.° Finalmente que importa mucho para la tranquilidad pública, al tratarse de hacer uso de los derechos i prerogativas concedidas por la constitucion al pueblo chileno; fijarse en el candidato que reuna las mayores simpatías en todas las provincias del Estado.

«Despues de haberse oido la opinion de todos los ciudadanos presentes, unánimemente fué designado como el can-

didato mas digno de ocupar el alto puesto de presidente de la República, como el que ofrece mas garantías al pais, i en atencion a sus méritos, patriotismo, integridad i prestijio, el jeneral de division don José Maria de la Cruz, cuya candidatura suscribieron i prometieron sostener los señores siguientes:

El señor Dean don Mateo de Alcazar, el señor arcedeano don Pedro Pascual Rodriguez, el señor canónigo don Francisco de Paula Luco, el señor canónigo don José Tomas Jarpa, José Maria Fernandez Rio, Nicolas Tirapegui, Rafael A. Masenlli, Vicente Peña, Gaspar Fernandez, Francisco Masenlli, Francisco Pradel, Tomas K. Sanders, Antonio Sierra, José Maria del Rio, Pascual Binimelis, Manuel Rioseco Rivera, Hermenejildo Masenlli, Ramon Zañartu, Juan Manuel Golbek, Francisco Cruzat, Francisco Smith, Julian Lavandero, Antonio Gonzalez, José Maria Serrano, Anjel Fonseca, Ramon Fuentes, Camilo Menchaca, Victor Lamas, Fernando Baquedano, Tomas Rioseco, Adolfo Larenas, Jorje Rojas, Ignacio Cruz, Ricardo Claro, Manuel Prieto, Pedro 2.° Martinez, Tomas 2.° Smith, Juan J. Reyes, José Antonio Sanhueza, Pedro Maria de Acuña, Bernardo Rioseco, Agustin Martinez, E. Lavandero, Domingo Martinez, Ildefonso Luna, Bartolomé del Pozo, Matias Rioseco, Nicolas del Pozo, Justo Guzman, Eulojio Masenlli, José Maria Villagran, Ruperto Martinez, Manuel Santamaría, Desiderio Sanhueza, Agustin Pradel, Pablo Herrera, Francisco del Campo, Domingo Rioseco, Leonardo G. Fernandez, José Maria Rodriguez, Francisco Riveros, José Luis Sambrano, José Maria Muñoz, José Matias Flores, Apolinario Mallorga, José A. Vargas, José María Merino, Santiago Ferrer, José María Palacios, José Verdugo, José Agustin Burboa, Juan de Dios Merino, A. Jones, Nemecio Martinez, Juan Antonio Vargas, Clemente Herrera, Julio

Martinez Rioseco, R. Mora, Maximiano del Pozo, Guillermo Gutierrez, Jose María Castro i Cortez, P. L. Verdugo, José E. Aguayo, Juan Muñoz, Julian Campar, Zenon Martinez Rioseco, Francisco García, M. Pereira, Jorje José Ruiz, Manuel J. Lara, Juan Anjel Aguayo, José Rodriguez, José Prieto, Ramon Osorio, Fermin Espinosa, Agustin Vergara, José María Jofré, José Antonio Jara, Domingo Tenorio, Juan de la Cruz Merino, Agustin Bastidas, José Luis Chaves, Juan de la Cruz Ferrer, C. Federico Benavente (1).

X.

Aquella reunion casi espontánea de 104 ciudadanos, entre los que se contaban todos los próceres de la jerarquia provincial, instalóse, mediante aquel acto, en club político con el título de *Sociedad patriótica de Concepcion*, i desde luego puso mano a sus trabajos, dirijidos a uniformar la opinion en la provincia, i gradualmente en toda la República, en favor de la candidatura que acababa de promulgarse. La formacion de sociedades análogas seria el principal resorte que impulsaria a aquellos fines; i desde ese momento, la provincia de Concepcion, que como lo declaraba en su propia acta, se habia mantenido «escenta de todo movimiento político e indiferente a la voz de los partidos», dió la voz de alarma, alta i sonora, a toda la nacion.

(1) Esta acta recibió muchos centenares de firmas en pocos dias i particularmente en una reunion popular que tuvo lugar una semana despues en la barranca llamada de Villagran.

XI.

El primer paso que debia encaminar los propósitos de la *Sociedad patriótica*, era la aceptacion que de los principios de su acta incumbia hacer al jeneral Cruz. Nombróse, en consecuencia, una comision que pusiera aquella en su conocimiento, i que una vez alcanzada la suficiente aceptacion, iniciara los trabajos populares que debian segundar sus miras. Componíase esta comision de los ciudadanos don Francisco de Paula Luco (jóven canónigo, mui popular en Concepcion) Nicolas Tirapegui, Francisco Masenlli, Camilo Menchaca, Vicente Peña, Francisco Smith, Tomas Rioseco, Victor Lamas, Tomas Sanders i Adolfo Larenas.

Desempeñaba el último el importante puesto de secretario de la *Sociedad patriótica*; i en calidad de tal, resolvióse a anticipar privadamente los oficios de la comision directiva, poniendo en conocimiento del jeneral Cruz, en la mañana del siguiente dia (11 de febrero), el objeto de la visita que esta deberia hacerle pocos instantes mas tarde.

Solemne era el momento i grave el conflicto en que se veia puesto el viejo soldado al recibir en su silla de intendente, aquel anuncio. Repugnaba a su hidalguía el que el pueblo que estaba encargado de dirijir a nombre i por delegacion del gobierno de la capital, le proclamase como candidato, echando así una sombra sobre su intachable conducta de funcionario, ajeno siempre a toda cabala de partidos. Mucho mas delicada le parecia su posicion cuando recordaba que aquel paso se daba en beneficio directo de su persona. Por otra parte, aquel hombre reservado no tenia apego alguno al mando supremo, ni ardia ya en su pecho otra am-

bicion que la de conservar ileso un nombre que habia llevado con tanta gloria en las armas i en los altos puestos de su patria. Su deseo mas sincero i mas entrañable era pues el huir aquella honra que tanto se teme i tanto a la par fascina; pero sobre sus escrúpulos de dignidad i sobre sus aspiraciones íntimas, pudo mas la voz de un pueblo que le aclamaba su caudillo i le ofrecia su corazon, con la misma espontánea jenerosidad con que mas tarde le ofreceria su brazo.

Despues de una sostenida conversacion con el emisario Larenas, i sacudiendo sus vacilaciones (que habian llegado hasta insinuar la estraña, pero característica idea, de disolver la *Sociedad patriótica* i prohibir sus reuniones), el austero veterano, convertido desde este momento en el adalid del pueblo, contestó que aceptaba la árdua mision que sus compatriotas le confiaban.

Redactóse en el acto mismo el borrador de los principios sobre los que el caudillo basaba sus promesas al pueblo, i cuando la comision designada tocó su puerta, adelantóse a recibirla el viejo patriota, i con acento conmovido habló a sus amigos en los siguientes términos, que envolvian este noble i lacónico programa: *el engrandecimiento de la patria.*

«Señores:

«La manifestacion del pueblo de Concepcion que habeis tenido la bondad de trasmitirme, me honra en alto grado i despierta en mi corazon la gratitud mas profunda.

«La provincia de Concepcion i la República toda saben bien que jamas he demostrado la mas pequeña ambicion personal, creyéndome destituido de los méritos que requiere el distinguido puesto para que se me hace el honor de creerme apto. Todo mi conato, mi empeño mas decidido, ha con-

sistido siempre en prestar a mi patria los servicios que como ciudadano i como soldado le debo: su gloria i no la mia ha sido mi constante anhelo i mis mas ardientes deseos.

«Cuando, a pesar de mis resistencias para ponerme al frente de todo movimiento político; cuando sin pretender ni esperar el verme proclamado como un candidato para la próxima presidencia de la República, el pueblo de Concepcion me honra con simpatías tan espontáneas como jenerosas, yo no puedo ménos que espresar mi gratitud i aceptar el honor de una manifestacion hecha en el pueblo de mi nacimiento, a quien tanto amo i para quien tanta prosperidad deseo.

«Ninguno de los actos de mi vida pública ha dejado en mi conciencia el mas pequeño remordimiento; porque en todos ellos he obedecido siempre a las sanas inspiraciones de mi corazon, a mis vehementes deseos por el progreso i el honor de la República. Mis principios políticos puedo reasumirlos en dos palabras: el engrandecimiento de la patria. Todas las ideas son buenas; todas las opiniones justificables a mis ojos, cuando no se desvian de una senda tan gloriosa, i de la órbita que la lei marca.

«El patriotismo de mis conciudadanos i amigos me inspira bastante confianza, para que crea necesario recomendarles la prudencia i moderacion mas estrictas en el libre ejercicio de sus prerogativas constitucionales.

«Tened, señores, la bondad de poner en conocimiento de la *Sociedad patriótica de Concepcion* que he contraido una deuda inmensa de gratitud hácia ella; i que mas que el feliz resultado de sus designios, me honran i me satisfacen sus jenerosas manifestaciones de aprecio. No tengo inconveniente alguno para declarar el agradecimiento i amistad que debo a mis amigos».

XII.

Aceptada de tan noble manera la acta del 10 de febrero, las medidas que desde luego preocuparon a la *Comision directiva*, fueron la circulacion de sus propósitos por medio de la prensa i la creacion de sociedades análogas a la instalada en Concepcion.

Con este último fin, sus miembros dirijieron el dia 12 de febrero una circular (1) a todos los pueblos i departamentos,

(1) He aqui este documento tal como se publicó en el periódico la *Union*.

«SEÑOR DON ETC.

Concepcion, 12 *de febrero de* 1851.

«Señor:

«Reunidos espontáneamente los vecinos mas respetables de Concepcion, en la noche del 10 del presente, proclamaron por unanimidad la candidatura del Jeneral don José María de la Cruz para la futura Presidencia de la República.

«El impreso que tenemos el placer de incluir a U. le instruirá de lo que a este respecto tuvo lugar en la reunion, como así mismo, de los sucesos posteriores con relacion a favorecer nuestro pensamiento.

«La comision Directora que suscribe espera del patriotismo de U. i del influjo de que goza en el pueblo de su residencia, que fomente nuestras nobles miras, haciendo un llamamiento a los buenos patriotas, a fin de establecer una sociedad análoga a la de Concepcion que contribuya con su patriotismo a uniformar la opinion de la República.

«Recomendamos mui especialmente a U. que despues de verificada la reunion, en que se esprese la franca opinion de los ciudadanos de ese pueblo, se digne recojer las firmas, no solo de los concurrentes, sino de todas las personas respetables i calificadas; cuidando al mismo tiempo de enviarnos con la brevedad posible

tanto de Concepcion como de las otras provincias, invitando a sus vecinos mas caracterizados a que trabajasen en el sentido de unificar la opinion sobre la candidatura Cruz; i tan rápido eco encontró dentro de la provincia aquel llamamiento, qué Talcahuano firmó su acta dos dias despues (15 de febrero), la Florida el 21, Yumbel el 23, Arauco el 24, Nacimiento el 26, Santa Juana el 3 de marzo, Santa Bárbara el 4, Tucapel el 8, i Talcamavida el 9.

Todas las actas de estas localidades tenian un espíritu uniforme i casi calcado, puede decirse, sobre la que se habia firmado en Concepcion el dia 10. Resaltaba en todas el principio de la *independencia* de la provincia de Concepcion i de su propósito de servir de centro de union a todos los desencuadernados partidos en que se dividia la opinion pública, con la candidatura que aquella habia promulgado. Difícil seria entretanto decir si habia mas orgullo de localidad que espansion de patriotismo en aquel movimiento, tan impregnado, desde su iniciativa hasta su trájico fin, de la idea esclusivista del personalismo (1).

todos los datos obtenidos en este sentido para publicarlos en el periódico de la Sociedad.

«Tenemos el honor de ofrecernos de U. atentos i obsecuentes servidores.—*Francisco de P. Luco, Nicolas Tirapegui, Francisco Masenlli, Camilo Menchaca, Vicente Peña, Francisco Smith, Tomas Rioseco, Victor Lamas, K. Sanders, Adolfo Larenas.* »

(1) Las actas de las otras provincias de la república tuvieron un carácter mas elevado, distinguiéndose por su enerjía la de la Serena que ya hemos publicado en el primer volúmen de esta obra. Esta acta fué la última en firmarse i tiene la fecha del 5 de mayo de 1851. La de la Villa de Molina se firmó el 16 de marzo, la de Cauquenes el 20, la de Linares el 29, la de Chillan el 16 de abril i la de Valparaiso el 20 del mismo mes.

XIII.

Para dar vuelo a la prensa, que era el otro gran medio de accion que iba a tocarse, creose inmediatamente un periódico cuyo título significaba claramente sus propósitos: llamáronlo *la Union*, i debia publicarse dos o tres veces por semana, siendo su redactor don Adolfo Larenas.

Publicóse el segundo número de esta hoja (el primero contenia solo el acta del dia 10) el 19 de febrero, i en su editorial aparecia de relieve el sello en gran manera egoista i casi personal que revestia las miras de los promotores de la candidatura del intendente de Concepcion. Desde luego, se le aclamaba el «hombre necesario» de la época.—«Ningun partido, decia el articulista de aquel periódico, se ha levantado invocando la union ántes que nosotros; porque para invocarla era preciso presentar un hombre nuevo en la escena, estraño a los sucesos pasados, robustecido por la opinion pública, i lleno de honradez i patriotismo. El Jeneral Cruz es este hombre; el que está llamado a verificar la conciliacion de los partidos que nos dividen, i el único que presenta garantías para realizar el olvido de rencores i venganzas pasadas. ¿Debemos o no considerarlo como un hombre necesario? ¿Es o no un bien inestimable el programa que representa el nuevo candidato que la provincia de Concepcion ha proclamado? La república entera responderá en poco tiempo mas a estas preguntas».

«El jeneral Cruz no llevará consigo, añadia, a la presidencia ningun pensamiento que desmienta el honrado patriotismo que ha abrigado su corazon; no subirá por el poderoso influjo de ningun círculo que le trace de antemano la marcha que

debe seguir en la administracion de los negocios públicos. Esto es lo que pretendemos i lo que la república necesita.— UNION, PATRIOTISMO, HONRADEZ DE PRINCIPIOS es nuestra divisa.»

I luego, en seguida, para caracterizar mas profundamente el desapego de los penquistos hácia los otros bandos que desde antiguo dividian la república, el órgano de la candidatura provincial terminaba con estas palabras mas esclusivistas aun que las ya citadas. «Hemos dicho ántes que el jeneral Cruz es un hombre necesario en las actuales circunstancias; i para probarlo, basta echar una mirada al cuadro político que se ostenta hoi a los ojos del pais. Invócase en vano la tradicion de principios de los partidos que pretenden la direccion del gobierno i encarnar su pensamiento en la administracion: todos ellos representan el pabellon descolorido de otro tiempo de ajitacion, de otro teatro, cuyas decoraciones han variado notablemente al presente. Los partidos, cualquiera que sea su color, estan, como todas las cosas terrenas, sujetos a las modificaciones que imprimen en ellos las circunstancias, los hombres, los intereses diversos, las necesidades de los pueblos. Partidos que se destruyen, se fraccionan o se mezclan es todo lo que nos ofrece la historia de los partidos políticos» (1).

(1) Este artículo como todos los editoriales de la *Union* iba encabezado con las siguientes palabras.

CANDIDATO

PARA LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

EL JENERAL DE DIVISION

DON JOSÉ MARÍA DE LA CRUZ,

SUS IMPORTANTES SERVICIOS, SU MORALIDAD I SU PATRIOTISMO, LO RECOMIENDAN A LA NACION, I EMPEÑAN LA GRATITUD DE LA REPÚBLICA.

XIV.

Pero no era solo la provincia de Concepcion, era su intendente, era su candidato el que asumia aquella posicion presuntuosa i casi mezquina delante de la nacion entera. Como lo pondrán luego en evidencia algunos documentos auténticos que debemos exibir, el jeneral Cruz, tan tímido e irresoluto en la iniciativa de su candidatura, habíase dejado ganar el ánimo de tal manera por las lisonjas de sus amigos i las artorias de los círculos políticos, que aun no habia terminado el mes de febrero, cuando ya el mismo creia su candidatura una *necesidad* de la República e imajinábase que los partidos, que eran la República misma, desorganizándose en presencia de su nombre, le iban á aclamar su salvador, refundiéndose en una tercera entidad política de la que él seria fundador i jefe.

Engañábase, sin embargo, grandemente el impresionable caudillo, porque los partidos que militan por una idea no se desarman por el prestijio de los nombres propios. I asi, el *partido liberal* debia decir todavía su última palabra en las calles de la capital por la boca del cañon, i el *partido conservador* impondria a su vez la lei del vencido, despues de las batallas, a aquel mismo presuntuoso candidato, en el oscuro caserío de Purapel....

XV.

Entretanto, miéntras se ajitaba de una manera tan repentina como unánime la lejana provincia de Concepcion, en demanda de sus derechos públicos, el Gobierno de la capital

dormia el sueño de la confianza i de la omnipotencia, La efervescencia de los ánimos, encendida por las discusiones parlamentarias de 1849 i 1850, habíase apagado en el *sitio* de noviembre, despues de la asonada de San Felipe, i habíase desvanecido aun hasta en sus rumores, con el desbandamiento de verano, este nuevo sitio social, que periódicamente visita a los santiaguinos. Un silencio profundo reinaba en el pais. Cuando se suspende el imperio de la Constitucion, parece que se aboliera tambien entre nosotros la palabra, el derecho, la vida entera del ciudadano. Solo se deja sin trabas la mano del conspirador subterráneo que acecha los cuarteles o apresta a escondidas las armas de la violencia popular¡contra la violencia de la lei!.

En medio de aquella profunda calma, la noticia de los sucesos que tenian lugar en Concepcion estalló sobre los salones de la Moneda con el vívido i terrible fulgor del rayo. El 17 de febrero habia anclado en Valparaiso la fragata de guerra francesa, *Algerie,* siendo portadora de la acta del dia 10 i de la aceptacion subsiguiente del jeneral Cruz.

Aturdidos, en el primer instante, los afiliados del club Monttista, juzgaron que aquella nueva, tan grave como inesperada, era el parto de una intriga tenebrosa nacida de su propio seno. Temieron que el jeneral Búlnes, presidente de la República, autor i jefe de aquella cabala contra la patria, que se llamó «la candidatura oficial,» fuese por arrepentimiento, fuese por doblez de carácter, o como se creia mas jeneralmente, por un compromiso de familia, hubiese promovido en el sud la exaltacion de su pariente, a fin de burlar, so capa de impotencia, a sus cortesanos i a sus ministros que eran ya los cortesanos i los ministros de su sucesor.

La prensa ministerial, desde luego, recibió con cierta reserva novedad de tanto bulto. He aquí, en efecto, como se

vertia el *Mercurio* en su editorial del 17 de febrero, transcripto por la *Tribuna*, al hacer el primer anuncio de la candidatura Cruz.

«A ser cierta la noticia que nos comunica la *Algerie* de haber aceptado el jeneral Cruz la candidatura a la presidencia, proclamada por un círculo de vecinos de Concepcion, podemos dar por cesante a la candidatura Errázuriz, i no tardaremos en ver plegada al nuevo estandarte presidencial a la oposicion entera, desde el aristocrático círculo de Lastarria hasta la fraccion ultra-socialista de la calle de Duarte.

«La proclamacion de la candidatura Cruz, i la evaporacion de la candidatura Errázuriz, pondrán de manifiesto elocuentemente un *hecho* que hemos demostrado mil veces a la oposicion en sus estravios i en sus exajeraciones, i es que el pais está por las ideas *conservadoras*.

«Ningun candidato, espresion de las ideas radicales, ha osado producir en público pretensiones al mando supremo.

«El señor Errázuriz bajó a la arena con algun prestijio, como sostenedor del órden, de la paz, del respeto a las instituciones i a las leyes, buenas o malas, que nos rijen i ha consagrado el tiempo.

«Si el señor Errázuriz hubiera mantenido la posicion en que lo colocó su presidencia de la antigua Sociedad del Orden, i el manifiesto que a nombre de esta sociedad publicó entónces bajo su firma, su prestijio duraria aun, i se hallaria en actitud de sostener la lucha.

«Pero el señor Errázuriz renegó sus tradiciones, se hizo *reformista*, *progresista*, *liberalista* e *igualitario*, títulos todos que en las épocas electorales solo sirven para desconceptuar al hombre de Estado que se adorna con ellos, sacrificando la dignidad de su carácter a las exijencias de circunstancias.

«Las protestas de liberalismo hicieron naufragar la candidatura Errázuriz, i preciso es ser ciego para no ver en esa derrota prematura cual es la opinion del pais, cuales son las ideas en cuyo favor está decidido i cual es el séquito de esas pomposas teorías con que cuatro espoculadores astutos i cuatro niños inocentes se empeñaban en encaminarnos a la anarquía.

«El pais está por los hombres sérios i dignos. La palabreria no hallará apoyo sino en contado número de ignorantes i de aspirantes, de aquellos que creen en brujas i de aquellos que venderian el alma por una posicion o una fortuna. El nombre de Errázuriz se despopularizó por haber confiado en el efecto de la palabreria política. El nombre de Cruz se levanta a disputar al de Montt el sufrajio nacional, en nombre de las mismas ideas i de las mismas cualidades.

«Montt i Cruz son conservadores. Ambos sostenedores de la paz i del órden. Ambos incapaces de transijir con los propósitos anarquizadores. Ambos con reputacion de firmeza i de enerjía. Ambos íntegros i respetables.»

Mas, el diario de la capital, órgano esclusivo de la candidatura Montt, no tardó en desembosarse, declarando que el caudillo de Concepcion no habia sido designado por la Providencia para hacer la dicha de la patria. «El señor Cruz (decia la *Tribuna* de su propia cuenta, cuarenta i ocho horas mas tarde, en su editorial del 20 de febrero) es distinguido como militar, pero no sabemos que como político sea *mas digno* que el señor Montt para rejir los destinos de la República (1)»

(1) He aquí íntegro este notable artículo de actualidad, inspirado a todas luces por el círculo Monttista, i que publicó la *Tribuna* el 20 de febrero de 1851.

EL JENERAL CRUZ.

«Algunos vecinos de Concepcion han proclamado la candida-

Por lo demas, haciase alarde de tributar respeto al viejo soldado de las fronteras. Era a la razon jeneral en jefe del ejército, temible antagonista, que seria todo poderoso cuando se hiciera a la vez el jefe del pueblo. Comprendíanlo así los inspiradores de la *Tribuna* que eran los iniciados del círculo íntimo del candidato oficial, i ya, al dia siguiente, hacian estampar en sus columnas estas palabras que acusaban un mal disimulado disgusto i una hostilidad mas que naciente.

tura de este jeneral a la presidencia, i la *Union*, a semejanza de lo que hizo el *Progreso* con don Ramon Errázuriz, lo *recomienda a sus hermanos de las provincias*, desde lo alto de una carátula escrita en letras gordas. Desde que apareció el señor Errázuriz a la cabeza de los editoriales, predijo la *Tribuna* la mala suerte que aguardaba al candidato opositor, porque desde entónces tambien, bajo la sombra de su nombre, se comenzó a ajar al buen señor, haciéndolo contradecir sus principios i obrar en oposicion abierta con los antecedentes de toda su vida. Igual sistema parece se quiere adoptar ahora contra el ilustre jeneral Cruz; i aunque no nos preciamos de adivinos, podriamos vaticinar, sin embargo, que siguiéndose el mismo camino, se llegará a un mismo fin; porque esta no es una fatalidad ciega, sino un resultado previsto i natural; de tales causas, tales efectos; de tales antecedentes, tales consecuencias, i el pais quiere la conservacion de sus buenos servidores.

«Nosotros reconocemos los servicios prestados al pais por el jeneral Cruz en su larga carrera militar, i nos hacemos un honor en declararlo, i por lo mismo, sentimos intimamente que se le quiera hacer descender de la altura a que lo han elevado sus servicios, para sumerjirlo en el abismo en que ha caido el señor Errázuriz, por ese impulso a que obedeció, quizás alucinado por sus buenos deseos en favor de la ventura pública i engañado por hombres ambiciosos.

«No queremos entrar por ahora en una apreciacion, pero con todo, espondremos que reconociendo en el jeneral Cruz todas las buenas cualidades que posee, tiene contra sí sus relaciones de familia. Nada mas honroso que éstas, pero de cualquier modo que sea, la República perderia mucho de lo que verdaderamente constituye su esencia democrática. El artículo del *Mercurio* basado

«La candidatura Cruz, en caso de continuar, se estenderá poco mas allá del círculo que la ha proclamado, i por consiguiente, su existencia no importaria otra cosa que quitar al partido conservador el acuerdo que debe reinar en él, para dar por resultado la unanimidad del triunfo que anhela la República».

en el manifiesto del jeneral Pinto, i que tanto le honra, esplica lo que quiere el pais en su buen sentido.

«Hé aquí la cuestion en su verdadero punto de vista. Lo que necesitamos es un verdadero hombre de Estado, dotado de capacidad i adelantados conocimientos, i que a esto añada la actividad i la enerjía suficientes para hacer el bien; que quiera el progreso i lo comprenda, que desprecie la palabreria del liberalismo, fastidiosa i siempre embustera, para trabajar por la verdadera libertad; que no se llame *igualitario*, pero que propenda a la República democrática por medio del respeto a la lei; en fin, lo que quiere el pais, lo que pide i lo que obtendrá, es un Presidente que se encuentre a su altura para que satisfaga sus necesidades i lo conduzca al lugar a que está llamado. El jeneral Cruz, a pesar de los buenos deseos que puedan animarlo, ¿tiene la conciencia de cumplir el encargo que se le hiciera, en caso de obtener el sufrajio nacional? Se juzga con fuerzas bastantes para arribar al objeto deseado? El mismo resuelve esta duda cuando dice, *que se cree destituido de los méritos que requiere el distinguido puesto para que se le hace el honor de creerlo apto*. El señor Cruz es distinguido como militar, pero no sabemos que como político sea mas digno que el señor Montt para rejir la República en su suprema majistratura.

«La lista que está al pié del acta de proclamacion, que copiamos hoi, es bastante estensa; pero lo diremos con franqueza, no vemos en ella sino uno que otro nombre conocido, entre los cuales notamos los de los parientes del jeneral; i los demas, o no deben ser vecinos de la provincia o si lo son, serán establecidos de poco tiempo acá, porque, volvemos a repetir, no encontramos cien apellidos que sean notables en Concepcion por sus servicios, capacidad o riqueza».

XVI.

Pero no fué la prensa ciertamente el arma con que don Manuel Montt i sus allegados iban a combatir de lleno la amenazante candidatura del sur. No era este el campo en que el valido de la Moneda se habia adiestrado i héchose fuerte para vencer en las contiendas políticas.

Una semana despues de llegada a la capital el acta de Concepcion, reunia al vecindario de Chillan el intendente sustituto del Ñuble don José Miguel Mieres, i hacia leer publicamente dos cartas que acababa de recibir aquella mañana (27 de febrero). Era la una del presidente de la República, en que, a nombre de su desinteres de familia, hacía un llamamiento a todos sus amigos para que volviesen la espalda a su primo de Concepcion, que pretendia perpetuar la dinastía de su raza (1). La otra estaba firmada por el ministro Varas,

(1) No debió suceder ciertamente sino mui apesar suyo que el presidente Búlnes se hiciese el enemigo del jeneral Cruz, para prestar su poderosa cooperacion a un hombre que no era ni su camarada, ni su amigo, ni siquiera su valido, pues lo era solo del altanero bando que le habia impuesto su influencia. Cónstanos que el jeneral Búlnes, no obstante la poca diferencia de años que existe entre él i su digno pariente, ha profesado a este en todas épocas una afectuosa consideracion, que en muchos conceptos lleva el primero hasta el respeto. En una carta de don Bernardino Pradel a don Joaquin Tocornal, de que mas adelante hablaremos estensamente, encontramos estas significativas palabras, dirijidas por Búlnes a aquel íntimo amigo de Cruz, a propósito de una conferencia electoral que entre ámbos habia tenido lugar en Chillan en 1840. "Tenga U. entendido, Pradel, que yo no conocia el verdadero mérito del jeneral Cruz i solo en la campaña al Perú me he formado una idea tan cierta de él que le aseguro que lo estimo i aprecio tanto, que si algunas personas tratasen

i en ella se ordenaba, bajo el precepto (consagrado ya en nuestras prácticas republicanas, como un axioma político) de «la obediencia constitucional», que se pusiera inmediato atajo a la propaganda de oposicion que venia cundiendo desde el Bio-bio.

Entrando en detalles, decia el Presidente de la República en aquella circular que entónces andaba de mano en mano (i de la que tenemos un orijinal a la vista, fechado en Santiago el 20 de febrero de 1851.), que, en su concepto, la proclamacion del jeneral Cruz no podia ser sino un hecho aislado; que sentia que el intendente de Concepcion diera alas, con su esplícita aceptacion de su candidatura, al partido *revolucionario* que ya se consideraba vencido i que, por último, le era doloroso fuese aquel su pariente i jefe del ejército. «Esto último, decia con una modestía harto singular en un hombre constituido en tan alto poder por el solo prestijio de su espada, *repugna* decididamente al orgullo de la mayoría del pais, a sus celos republicanos, i no creo que podamos chocar directamente con una prevencion jeneral de esta naturaleza.»

Entraba despues a fundar las razones de su adhesion al candidato conservador, i una vez que hacia presente las vacilaciones que habian asaltado su ánimo sobre aquella difícil alternativa i el análisis que la habia conducido a su solucion, se espresaba en estos términos precisos. «El resultado de esta investigacion, a que me habia entregado con espíritu de imparcialidad, ha sido que no hai otro candidato posible para los conservadores i cuantos aman la paz i los sólidos adelan-

de oscurecer el mérito de este patriota, ofendiéndolo, lo defenderia con todo el poder que tuviese, i si esto no fuese suficiente, tendria la mayor satisfaccion en empuñar una pistola i personalmente lo defendería hasta sacrificarme en su favor.»

tamientos, que el señor don Manuel Montt. Es el único que ofrece garantías positivas de órden i estabilidad en las circunstancias en que se halla el pais i el único a quien decididamente acepta el partido conservador. Seria dividirnos i dar el triunfo a los enemigos del órden pensar en otro cualquiera, por digno i meritorio que fuera.» I en seguida, terminaba su persuasiva carta con estas palabras, trazadas sobre el papel por sus aviesos secretarios i que seria un dolor el reprochar a un hombre que habia alcanzado tantos títulos a la estimacion de sus conciudadanos, si el mismo no las hubiese borrado mas tarde con un noble repudio. «Despues de las consideraciones anteriores, concluia, en favor de la candidatura de don Manuel Montt (consideraciones de un carácter político), no puedo ménos de manifestar en el seno de nuestra amistad, otras enteramente privadas. Este sujeto, ántes de conocerme, ya me habia prestado servicios importantes; i poco despues promovió i sostuvo mi candidatura del modo entusiasta i eficaz que todos saben. Me sirvió con lealtad i decision cinco años en el ministerio, i entónces i despues no ha cesado de darme pruebas de amistad e interés, siendo mi principal recurso, mi consejero i mi mas activo cooperador en todas las crísis o dificultades de gravedad sobrevenidas durante mi administracion. Estoi ligado a él por los mas estrechos vínculos de amistad i agradecimiento.»

En cuanto al ministro del interior que hablaba ahora a sus amigos desde la altura de su puesto público, otro era su lenguaje. Traicionaba este una profunda ansiedad, segun vemos en una carta autógrafa que de él hemos consultado i que tiene la misma fecha de la escrita por el jeneral Búlnes, es decir, el 20 de febrero, al siguiente dia de haberse recibido en Santiago la acta de la proclamacion del jeneral Cruz. «Conviene, decia a uno de sus ajentes en el sud, despues de hacer

un solapado elojio del candidato de Concepcion (1), que U. dé la voz a los amigos para que contrarien toda idea de nuevas candidaturas que no podrian dar ya buen resultado, i para que pongan en juego su influencia i relaciones con el mismo fin. Si por acaso se quisiese en ese pueblo hacer reuniones con tal objeto, será llegado el caso de que por nuestros amigos se hagan tambien esas reuniones a favor de la candidatura Montt. Este sistema de farsa, añadia el político a quien se ha llamado el Washington de Chile, lo miro con poca voluntad; pero teniendo, como tenemos, la opinion de la mayoría en nuestro favor i exitados con esas reuniones, responderemos a ellas haciendo notar la jente i el apoyo de la opinion con que contamos.»

I en seguida, descansando sin duda en la *opinion* que escudaba a su partido, el inspirador de la política del decenio daba a su corresponsal en el sud este consejo característico. *Debe U. proceder como si tal ocurrencia no hubiera tenido lugar.*

El jeneral Búlnes era tan popular en Chillan como Cruz lo era en Concepcion. Sus órdenes i las mas terminantes de su primer ministro fueron cumplidas en el acto. El intendente propietario, don José Ignacio Garcia, que se marchaba en ese mismo dia a la capital con licencia superior, asumió incontinenti el mando, i su primera medida fué dirijirse aceleradamente a San Cárlos, donde se proyectaba una reunion

(1) "Estimo mucho al jeneral, decia, para no sentir este incidente (su candidatura), que, a mi juicio, perjudica a la seriedad de su carácter i a la altura a que sus servicios lo han colocado.»

Como un contraste digno de meditarse, publicamos en el *Apéndice*, bajo el núm. 1. una carta dirijida en esta misma època (18 de marzo de 1851) por don Pedro Félix Vicuña al jeneral Cruz sobre la situacion que atravesaba el pais.

política para adherirse a la candidatura de Concepcion. El intento fué desbaratado por un golpe de autoridad.

Chillan quedó de hecho convertido en el cuartel jeneral de la resistencia (1).

La hora de la lucha sonaba demasiado aprisa i aquella se ajitaria pujante i activa en las ciudades i comarcas que se estienden entre el Bio-bio i el Maule, los antiguos límites del viejo Penco.

La candidatura Cruz conservaba siempre su carácter local. Solo despues de haber tronado el cañon de abril, seria aclamada como una salvacion por la nacion en masa.

XVII.

No fué distinta, en apariencias al ménos, la primera actitud asumida en presencia de aquellos acontecimientos por el partido que habia proclamado en la capital la candidatura del ciudadano don Ramon Errázuriz. Era evidente que este plan político estaba perdido desde que las armas se encon-

(1) En cuanto a los resortes privados, puestos desde luego en actividad para producir alguna reaccion en los ánimos del vecindario de Concepcion, solo podemos decir que fueron en verdad harto débiles. Con escepcion de los cinco jueces de la Corte, que eran indispensablemente amigos personales del candidato, presidente del primer tribunal de la República, i de otros tantos amigos del jeneral Búlnes, no habia un solo ajente capaz de oponer resistencia a la opinion pronunciada ya por la acta del 10 de febrero. Hubo, con todo, desde el principio, un cambio de cartas, repitiéndose el mismo escandaloso tráfico de empeños i ruegos hechos por el presidente en obsequio del sucesor que el mismo se designaba. Como una muestra de este jenero de intrigas, publicamos en el núm. 2 del *Apéndice* una carta que sobre aquel particular dirijió don José Ignacio Palma al comandante del Carampangue don Manuel Zañartu i que este ha tenido a bien enviarnos en copia,

traban en las manos de dos caudillos, hostiles entre sí, pero que no tenian punto alguno de contacto, sino antes bien de hostilidad, con un partido que reclamaba la reforma i pedia la abolicion de una carta fundamental, que habia tenido por campeones a aquellos dos eminentes caudillos del bando conservador: Búlnes i Cruz.

El abandono de la candidatura Errázuriz era pues un hecho necesario, que deberia consumarse en breve, no en fuerza de las ideas, sino bajo la presion violenta de otro hecho que se presentaba bajo todas sus faces como una sangrienta amenaza, el hecho de la candidatura Montt. Háse hecho con este motivo a la oposicion de la capital el reproche de haber desertado la noble bandera de sus principios, para acojerse bajo el pendon de un caudillo militar que nunca se asoció a su programa de reformas; i ciertamente, que tal cargo seria de una incontestable gravedad, si la sangre del 20 de abril, derramada esclusivamente en pró de la causa liberal, no hubiese sido la enérjica protesta de aquella acusacion.

El partido liberal dejó de existir como accion política al pié de las murallas del cuartel de Artillería, en aquella fatal jornada. Lo único que quedó de él en pié fueron sus caudillos perseguidos i sus soldados dispersos que iban a buscar, no un sosten sino un refujio, en las filas del sur.

La prensa opositora presentó, sin embargo, con dignidad i cordura, sus ideas sobre la candidatura del jeneral Cruz, tan pronto como esta circuló en la capital. «Hoi que se proclama por las provincias del sur el nombre del *ilustre jeneral Cruz* (dice el *Progreso* del 18 de febrero), el partido progresista no puede ménos de saludar con respeto la aparicion del nuevo campeon, como saludó en otro tiempo la del jeneral Pinto: Para lidiar con un candidato tan eminente, bajo el amparo de la lei, el partido progresista solo pide campo i ofrece lealtad».

I dos semanas mas tarde, aludiendo a los rumores que circulaban de haberse verificado una atropellada *fusion* entre el partido del sur i los liberales de la capital, añadia el órgano de éstos, en un artículo que llevaba por título *Chismes ministeriales*, estas palabras de protesta. «En el mes pasado i en los dias que van corridos del presente (marzo), la mayor parte de las personas influyentes de todos los partidos se han encontrado fuera de Santiago. Para adoptar la resolucion trascendental que nos atribuye la prensa ministerial, habria sido necesario un *meeting* que habriamos reunido, aunque fuera secretamente, para adoptar nuevo candidato, i una reunion de esa especie no podia tener lugar, encontrándose fuera el señor don Ramon Errázuriz».

Pero en estas mismas revelaciones se traslucia ya el ánimo de aceptar la consigna política del sud; i en efecto, desde los primeros dias de abril, púsose en obra el plan de la fusion. El dia 11 de aquel mes se publicó la célebre i patriótica carta, dirijida desde Popeta, con fecha 9, por don Ramon Errázuriz a sus amigos políticos, en la que, dando por terminada su mision, confiaba la direccion de la cruzada política que él habia iniciado, a las manos de su cólega que, ántes que rival, era su amigo (1).

(1) He aquí esta notable pieza. Trájola a Santiago don Federico Errázuriz, que hizo espresamente con aquel objeto un viaje a la hacienda de Popeta, i se publicó en el *Progreso* del 11 de abril. Nótese que de propósito no entramos en el análisis detallado de estos acontecimientos por pertenecer a un período anterior de que luego nos ocuparemos.

La carta dirijida a los liberales dice asi:

« *Popeta, abril* 9 *de* 1851.

Señores:

Me es grato dirijirme a U. U. esta vez para espresarles que el mismo interes por el bien público, que me movió a aceptar el

El mismo dia en que se dió a luz aquel documento, borróse de las pájinas del *Progreso* el cartel que pregonaba la candidatura Errázuriz i se reemplazó con el de la proclamacion del jeneral Cruz. El *Voto libre*, periódico que comenzó a publicarse en Valparaiso el 5 de marzo, bajo la direccion de don Nicolas Pradel, lo habia aclamado con un mes de anterioridad.

XVIII.

No hubo pues traicion a la *idea* en la mudanza de hombres que acordó el partido liberal. Hubo solo otra especie de deslealtad íntima, de la que un hombre, no la patria, podrá hacer a aquel hoi dia un grave cargo. Este hombre es el jeneral Cruz, porque su proclamacion como candidato, hecha el 11 de abril, no era un voto público: era solo un ardid de combate, que se pondria en juego una semana mas tarde, i que seria solo una fórmula en la hora del triunfo o un reparo despues de los fracasos. Triste cabala de la política,

propósito que U. U. me manifestaron de trabajar por mí en las próximas elecciones de presidente, me hace ahora pedirles que desistan de su empeño, porque asi es indispensable para el mejor suceso de la causa nacional que defendemos.

Otro candidato popular se presenta, cuya proclamacion es una garantía de la libertad del sufrajio. La candidatura Cruz satisface las patrióticas miras de todos mis amigos i mis esperanzas por la realizacion de la República, porque los principios que profesa el jeneral, sus antecedentes i su moralidad nos aseguran las reformas a que hemos aspirado.

Al declarar a U. U. mi adhesion por la candidatura Cruz, pidiéndoles que unan tambien sus votos, me creo en el deber de manifestarles mi profunda gratitud por sus esfuerzos, que espero serán dedicados desde hoi al triunfo de nuestros principios, simbolizados en el nombre esclarecido de aquel distinguido patriota.

Ramon Errázuriz.»

en que la verdad i la hidalguía del corazon eran pospuestas al éxito o al miedo!

No lo comprendia de otra suerte el sagaz caudillo del sur. El jeneral Cruz era, en 1851, tanto o mas conservador que don Manuel Montt. Su tradicion política i militar, su familia, su carácter, su doble empleo de senador i de intendente, todo lo colocaba entre los prohombres encargados de resistir en aquella luctuosa época el embate de la reforma que venia apoyada en las masas populares i acaudillada por la juventud en el congreso, en la prensa, en los clubs i hasta en los colejios. Discriminaban solo los dos candidatos conservadores en su orijen i en la índole de su sistema. Cruz venia en la boca del pueblo que proclamaba sus glorias i sus servicios. Montt habia nacido en las tinieblas de un club.—El uno era un candidato, el otro un pretendiente.—Esto en cuanto a su inauguracion—Cruz era conservador segun la lei; Montt lo era fuera de la lei, segun su capricho o sus pasiones—El uno era un majistrado, el otro un déspota—Esto en cuanto a su sistema.

Pero fuera de esta diverjencia, que era sin embargo inmensa a los ojos del pueblo, siempre certero en sus previsiones, ámbos candidatos jiraban en la misma esfera de accion, que como poder político era la constitucion conservadora de 1833 i como poder social era la aristocracia conservadora de Santiago, en la que Cruz tenia su puesto (ademas de sus titulos de familia), como senador, i Montt (sin aquellos títulos), como presidente de la Corte Suprema. Delante de un imparcial análisis, hubiérase creido, en verdad, a primera vista, que un ciego capricho del destino cambiaba los roles de ámbos caudillos; porque Montt, oscuro en su orijen, nacido en una aldea, de apariencias modestas, ilustrado, elocuente, rodeado de un círculo que se habia levantado todo entero de las clases medias o plebeyas, parecia el adalid

de la democrácia, miéntras que su émulo representaba todos los títulos i todas las aspiraciones de la antigua i poderosa oligarquía que la colonia dejó en Chile.

De nada estaba pues mas distante el candidato de Concepcion que de adherirse al programa reformista de la capital ni reconocer como suyo un partido tumultuoso que paseaba sus grupos *igualitarios* por las calles de Santiago al grito de *Viva la reforma!* i que asaltaba los cuarteles de San Felipe, en nombre i con el título de la accion popular contra todo despotismo grande o pequeño.

Léjos, mui léjos encontrábase todavia el caudillo que debia encabezar en breve la mas grande de las rebeliones que ha visto nuestro suelo, de profesar aquel principio subversivo de la autoridad, i mas léjos todavía de llegar, en el duro aprendizaje del infortunio, hasta la jenerosa i ardiente conviccion de libertad i nivelamiento democrático que ha revelado en años posteriores en sus palabras i cartas confidenciales que tenemos a la vista.

XX.

La aspiracion mas ardiente del jeneral Cruz, como lo insinuamos ya en otra parte de este capítulo, era pues adueñarse de todos los elementos conservadores i moderados que existian en el pais, i que simbolizaban su teoría administrativa. Tal propósito le alejaba por completo del partido popular, i al contrario, le colocaba de lleno en medio del bando que, acaso por un error de fechas, se habia dado por caudillo a don Manuel Montt.

Un documento, curiosísima pieza de actualidad, nos pone de manifiesto esta situacion anómala, que prueba el grado de desorganizacion a que la compacta actividad de un círculo

político i la culpable apatía del jefe de la administracion, desde el principio, i despues, su abierta complicidad, habian arrastrado al pais. Es aquel una carta, dirijida por don Bernardino Pradel, el confidente mas íntimo i el amigo mas querido i mas probado del jeneral Cruz, a don Joaquin Tocornal, el decano del partido conservador en Chile, i la que, escrita en la hacienda de Pemuco, a orillas de Itata, el 3 de marzo de 1851, fué entregada en Santiago por don Ricardo Claro en los primeros dias del mes de abril.

En ella, el activo emisario del jeneral Cruz revelaba, con una lacónica franqueza, la política que se proponia seguir su inspirador, tan luego como su administracion fuera un hecho. Esa política, sin hacer cuenta de la integridad del carácter i del respeto a la lei (único programa público del jeneral i sus dotes políticas mas relevantes), era de hecho una política esencialmente conservadora.

«El jeneral Cruz, decia Pradel al viejo caudillo del peluconismo, está íntimamente convencido de que los talentos i patriotismo de U., unido con su digno i recomendable hijo el señor don Manuel Antonio, el señor Garcia Reyes i el señor Toro (don Bernardo) eran los llamados a componer una administracion sin prevenciones ni antecedentes que diesen lugar e hicieran posible la union o cooperacion de los hombres de luces del pais, que eran los llamados a trabajar en su ventura, tal como el señor Montt, i otros que las circunstancias azarosas i difíciles en que se habian visto colocados, les habia creado enemigos fuertes i prevenciones desfavorables, que era de un interes vital para el pais hacer desaparecer.

«Quisiese, añadia, que estuviese U. persuadido que el jeneral Cruz seria inseparable a los consejos que U. le diese para salvar a la patria del peligro que amenaza. Consejos que de-

bia trasmitir sin pérdida de tiempo, o pasar por el sacrificio de hacer venir al señor don Manuel Antonio a conferenciar con el jeneral Cruz. Cuente U. seguro que el jeneral es el hombre mas dócil a la razon i órden, i la confianza que U. le inspira es inmensa.» . . . .

I luego, como para dar en rostro al partido popular que paladinamente reconocia adverso a la candidatura del sur, el intérprete íntimo de ésta, concluia con estas terminantes palabras que eran un deshaucio anticipado de las esperanzas que los liberales cifraban en la espada del caudillo de las fronteras. «Del modo mas formal le aseguro que el jeneral Cruz no tiene ni aun aspiraciones a ser presidente, i tiembla hoi mas que nunca que algunos hombres de esos de poco juicio, i para los que no se les presenta otro medio de cambio que el de la revolucion de hecho, se valgan de su nombre i prestijio que tiene en el ejército para realizar sus antiguos planes. . . . .

«El jeneral Cruz, decia por último, segun el conocimiento que tengo de su modo de pensar, se dejaria tranquilo conducir al patíbulo, ántes de asaltar el poder por una revolucion de hecho ni por otro medio que los que señala la lei.»

Mas, en el caso que la historia en su inexorable severidad pudiera rechazar estas revelaciones que no van acompañadas de la aceptacion espresa del hombre a quien se atribuyen, i aunque nos consta que aquellas la alcanzaron cabal, queremos consignar aquí otro documento que corrobora en lo esencial los singulares planes de los políticos del sud. Es una carta (1) que por una coincidencia singular dirijió desde Con-

(1) Esta carta existe orijinal en nuestro poder. Fué encontrada entre los papeles dejados por Vera i se nos remitió de la Serena. De la carta del señor Pradel tenemos una copia firmada por este caballero i escrita toda de su puño i letra.

cepcion el jeneral Cruz a su íntimo amigo i ardiente partidario, el dean Vera, de la diócesis de la Serena, en el mismo dia en que Pradel escribia a Tocornal desde su hacienda.

Esta notable carta dice así:

«*Señor don Joaquin Vera.*

«Concepcion, marzo 3 de 1851.

«Mi apreciado i distinguido amigo:

«Ayer ha estado a despedirse don Juan José Abello, que U. me presentó por la suya, i no quiero desperdiciar esta oportunidad de saludarlo, i aprovecho un momento de tiempo que me permite el despacho del correo.

«Ya estará U impuesto, sin duda, del pronunciamiento espontáneo de este pueblo, proclamándome candidato para la presidencia, el que ha sido segundado por todos los pueblos de la provincia, i segun noticias que continuamente se reciben, se seguirán en la provincia del Ñuble i Chillan.

«Por cartas de hombres respetables de la capital i Valparaiso, conducidas por el vapor, se me dice que en ocho dias mas se hallarán organizadas las sociedades en ellas i un periódico en favor de la misma candidatura; que la noticia de la proclamacion en esta ha hecho poner en un verdadero conflicto al ministerio, que estaba por la candidatura del señor Montt; *que todas aquellas personas del partido conservador que parecian haberse plegado al ministerio, por temor que les habrán infundido algunos de los avances del partido de oposicion de Santiago, se comienzan ya a separar del ministerio, i que igual cosa sucederá con aquellos hombres de mas suposicion de la oposicion, que se habian unido a ella por prevenciones i odio especial a Montt.*

«La popularidad que ha tomado la proclamacion de esta provincia, no la considero de ningun modo procedente de que

se me crea con superiores aptitudes ni mérito, pues que *las relevantes de aquel son demasiado notorias*. En esto no hai otra cosa que los desfavorables antecedentes que su marcha de ministro en circunstancias difíciles le han formado en contra; así es que, en lugar de encontrar el ministerio disposiciones favorables, que segunden sus miras con buena voluntad, solo encuentra, por una parte, resistencias claras i algunas manifestaciones tibias, producidas por empleados que temen comprometer la pérdida de lo que constituye la existencia de su familia. Este es el estado verdadero de las cosas (1).

«No tengo mas tiempo ni debo hablar a U. sobre este asunto tanto cuanto estoi mui satisfecho de la especial sincera amistad con que distingue a su amigo i servidor Q. B. S. M.

(Firmado) *J. M.ª de la Cruz.*»

«AD.—Por los papeles públicos que le incluyo i el mismo

(1) Un coresponsal del *Mercurio* escribia, sin embargo, con la misma fecha del 3 de marzo, lo que sigue, sobre la situacion de la candidatura Cruz en Concepcion, ofreciendo una muestra de la veracidad de los partidos en política, i al mismo tiempo, de los pobres recursos de resistencia (las cartas de Búlnes) que ofrecia el candidato oficial a la popularidad del jeneral Cruz. «La candidatura Cruz no pasará jamas de ser local; en Concepcion pierde cada dia mas prosélitos, *desde que el jeneral Búlnes ha escrito a sus amigos interponiendo su influencia personal i empeñando sus antiguas relaciones para que trabajen en favor de la candidatura Montt*. Es positivo que la mayor parte de los individuos que han firmado la candidatura Cruz lo han hecho persuadidos de que contaban con el apoyo del jeneral Búlnes, de modo que sus compromisos han llegado hasta el momento en que han recibido el desengaño; esto es indudable.

«Yo que veo las cosas en Concepcion, aconsejaría que la prensa de las provincias, sobre todo la de Santiago i Valparaiso, no debe ocuparse de una candidatura que espirará en Concepcion mismo, ántes de que se llegue el dia de la eleccion».

conductor, se cerciorará de los pormenores. *El pronunciamiento de esta provincia es de órden*, i no se apartará de él por mas que se levanten nuevos *Corsarios o Timones*.»

XXI.

Los caudillos del partido liberal, entretanto, desconociendo las tendencias mas marcadas del carácter del jeneral Cruz, se lisonjeaban, por su parte, en atraerlo a sus propósitos reformistas i a su ardiente propaganda contra el candidato Montt, que habia sido siempre el enemigo mas violento de aquel bando i a veces su aleve inmolador.

Resolvieron, en consecuencia, enviar al sur uno de los hombres mas caracterizados en la política de aquella época, el ex-ministro don Manuel Camilo Vial, hombre popular en Santiago i no poco conocido en las provincias. Partió Vial a últimos de febrero, segun parece, e introducido a la confianza del jeneral Cruz por algunos de sus amigos mas íntimos, tuvo con él varias conferencias, cuyo secreto no ha llegado aun a ser del dominio de la historia. Súpose solo que el emisario de Santiago insistió con el suspicaz i reservado intendente de Concepcion en que aceptase el programa suscrito por los liberales de la capital, prometiéndole en cambio la cooperacion unánime i esforzada de sus comitentes (1). Negóse al

(1) Las entrevistas de Vial con el jeneral Cruz tuvieron lugar en los primeros dias de abril. Asi lo dice don Manuel Zerrano en una carta que escribió a don Pedro Félix Vicuña con fecha 6 de aquel mes. En esta misma comunicacion manifestaba Zerrano la manera de ver del círculo puramente liberal o pipiolo de Concepcion, de que él i don Ramon Novoa eran los decanos en aquella provincia desde 1829. Por sus palabras se dejará ver que la adhesion del jeneral Cruz al partido liberal no pasaba de ser una

parecer con terquedad a aquel arreglo el jeneral Cruz, i apénas alcanzó Vial el que conviniese en dirijir al presidente de la República, como ciudadano e intendente, i a la Comision conservadora del cuerpo lejislativo, en su calidad de senador, una reclamacion contra las violencias que habian comenzado a perpetrarse por los funcionarios del sud contra los ciudadanos que tomaban la iniciativa en los trabajos electorales. El mismo Vial redactó aquellos documentos que fueron remitidos a Santiago por conducto de don Anjel Prieto i Cruz, quien los dirijió a sus rótulos, quedando en esto todo su resultado, como han quedado siempre en Chile todos los reclamos populares escritos en papel i no en los pendones de la revuelta armada.

Por lo demas, a las vagas promesas de Cruz, Vial correspondió con la promesa, vaga tambien, de que el partido liberal le aclamaria su jefe, i no entraria en ninguna empresa militar sino bajo su direccion i por sus órdenes. Era este el punto en que mas insistia el candidato del sur, como lo hemos observado en los documentos anteriores i nos lo confirma un párrafo de carta, dirijido en aquella época al comandante Zañartu, i en el que, con palabras que parecerian jactanciosas sino fueran de un soldado a otro soldado, establece su terminante resolucion de no entrar en ningun plan armado ni en pró del pueblo, ni del bando liberal, ni ménos de su pro-

esperanza, o para usar sus propias espresiones, *una escaramusa*. «Las cartas, dice en efecto, que recibe Cruz de Santiago son todas manifestándole que nada valdria su partido sin la cooperacion del nuestro, El estaba ya convencido de eso i camina bajo esa base; por lo que creo probable un buen avenimiento. Sin embargo, hasta ahora solo estamos en escaramusas i solo a la llegada de Vial a esa, podrán U. U. saber a que atenerse. Entretanto, lo que nos conviene es seguir mui unidos i auxiliar a Cruz en lo posible, para proclamarlo en seguida, si es que sacamos las ventajas que nos proponemos».

pia candidatura. «Talvez no faltará (dice, en efecto, el jeneral en jefe del ejército del sud, al comandante del Carampangue) alguno de los de la oposicion de Santiago que pretenda convencerlo de la necesidad que hai de estar preparado para un cambio violento, si el gobierno, por medios reprobados, quiere hacer triunfar su candidatura. Escusado es le diga a U. les manifieste su rechazo debido a tales principios. Yo, despues de haberles manifestado un *no* redondo a admitir su union con condiciones ni programas, i conociendo que tales propuestas eran solo velos con que pretendian encubrir sus planes verdaderos, les he contestado que estaba mui decidido a dejarme ahorcar impunemente ántes que comprometer al pais a una guerra civil.»

Harto evidente era la arrogancia con que el viejo campeon conservador contemplaba entónces el elemento popular. Aun no se imajinaba siquiera que ese elemento seria en breve su única i lejítima palanca de poder en la árdua empresa a que se habia lanzado.

Vial, entretanto, habia llegado a la capital en la noche del 15 de abril i hecho saber a sus amigos los deseos pacíficos de Cruz i las promesas que él le habia hecho de que sus pretensiones serian atendidas.

La conferencia en que el recien llegado emisario hizo saber a sus amigos la situacion del sur tenia lugar en la noche del mártes de semana santa en aquel año. Todos saben cual fué la pascua aciaga de aquella cuaresma, en que la política suplantó a la devocion i en la qué tantos mantones ocultaron, junto con la noche, la mas rápida i la mejor combinada de las conjuraciones que se habian intentado en la capital.

XXII.

Tal era la triple situacion política que la repentina aparicion de la candidatura Cruz habia creado para la República en el breve espacio de cuarenta dias.

Por una parte, el candidato del sur, a la cabeza del ejército.

Por otra, el candidato oficial, a la cabeza de la administracion.

En último lugar, el partido liberal, a la cabeza del pueblo.

La lucha de aquellos encontrados elementos era inminente, i la victoria seria del que, con una táctica sorda i obstinada, deberia batirlos en detalle: a aquel, en el cuartel de artilleria de Santiago: al último, en el estero de Purapel. Sabido es cual fué el primero en la provocacion a la lucha armada i cual fué el lastimero desenlace de aquel tremendo duelo. La tumba de Urriola cerró la era en que el partido liberal de Chile habia campeado por sus armas propias, que ai! eran solo su sangre i su intelijencia, nó la constancia incontrastable de la conciencia pública, de la que su palabra era el rayo i su brazo la victoria!

XXIII.

Aquella fatal jornada iba a producir, sin embargo, tales cambios en la organizacion de los partidos i en el desarrollo de los acontecimientos, que, léjos de haber puesto fin a la marcha acelerada de la revolucion, torció solo su rumbo en otra direccion, i le dió mas brios i pujanza.

La voz pública atribuyó en el acto una participacion necesaria al caudillo del sud en los acontecimientos de la capital; i terminado el combate de las calles, los ojos se fijaron en el sud, creyendo distinguir a lo léjos las polvaredas que levantaban las huestes del vengador...

El gobierno, en su pánico, lo habia creido tambien, i al enviar al intendente de Concepcion la órden de adelantar el rejimiento de Cazadores, que guarnecia las fronteras, sobre la capital, tuvo la precaucion de impartir igual resolucion al coronel de aquel cuerpo, el veterano Jarpa, que en el acto rehusó cumplirla, en razon de no haberle sido transmitida por el órgano correspondiente.

El jeneral Cruz, doblemente irritado, por la suspicacia del gobierno que desconfiaba de su lealtad de funcionario i por el levantamiento armado que sus prometidos sostenedores de la capital habian llevado a cabo contra sus mas encarecidas súplicas, esforzóse en mantener la calma de sus deberes públicos, i dando cabal cumplimiento a las órdenes del gobierno, contestó la nota en que aquellas le habian sido comunicadas con el siguiente oficio, cuya publicacion, hecha en la capital el jueves 1.° de mayo, heló de sorpresa i desmayo el ánimo de todos los que le aclamaban su salvador:

«*Concepcion, abril 24 de 1851.*

«A las once de la mañana de este dia, he recibido por estraordinario la respetable nota de U. S., del 20 del corriente, sin número, en que me comunica el infausto acontecimiento de la sublevacion del batallon Valdivia, i que, sin pérdida de momento, ponga sobre las armas toda la tropa que se halla bajo mi mando, que tome todas aquellas medidas de seguridad que crea convenientes, i que dé cuenta inmediatamente de cualesquiera ocurrencia notable.

Conforme a estas prevenciones, se espedirán desde luego las órdenes del caso, i a efecto de que no ocurra embarazo por los ministros de la tesoreria para el abono de los sueldos del batallon de la Laja, que es de necesidad poner sobre las armas, desde luego, para cubrir el vacío que dejan los cazadores i compañía del Yungai, que se ha dispuesto por el ministerio de la guerra deben marchar, el primero para Santiago i la segunda a Chillan, pido se me repita esa órden de poner las milicias sobre las armas por el ministerio de la guerra.

Dígolo a U. S. en contestacion de su citada nota que contesto.

Dios guarde a U. S.

José M. de la Cruz (1).

Al señor Ministro del Interior.

(1) Véase en el apéndice, documento núm. 3, las notas de esplícita reprobacion del movimiento que el jeneral Cruz dirijió al gobierno de la capital, con fecha de 24, 25 i 28 de abril, relativas a los sucesos del 20.

La prensa de aquella provincia no recibió de distinta manera las noticias del *motin santiaguino*. He aquí como se daba cuenta del suceso en el núm. 84 del *Correo del sud*.

«Estamos en posesion de muchas cartas i periódicos que nos dan noticias, mas o ménos exactas, sobre el *motin de Santiago*. Un acto de *precipitacion*, cuyo oríjen todos desconocen i que cada cual interpreta a su antojo, es lo que ha producido la sublevacion del batallon Valdivia, que tantos males ha causado en la capital. *La dilijencia con que el gobierno acudió a la conservacion del órden i la intrepidez con que los amigos de la tranquilidad pública supieron contener la anarquía, hicieron desaparecer en pocas horas todo motivo de alarma.*

«La prueba mas evidente que este triste acontecimiento es el fruto de una ciega temeridad del momento, es la absoluta tranquilidad de Valparaiso, Aconcagua i demas pueblos inmediatos a la capital, donde la noticia del motin ha sido recibida con la misma sorpresa e inquietud que en Concepcion. Nadie conoce,

XXIV.

Por su parte, los vencedores del 20 de abril se apresuraron a cantar, a la vista de aquella pieza, el *de profundis* de la brillante i turbulenta oposicion que habia nacido en los bancos parlamentarios de 1849 i que feneció en otro banco de espiacion: el patíbulo del animoso Fuentes!

«Las noticias que hemos recibido de Concepcion, decia la *Tribuna* en su editorial del 2 de mayo (comentando la nota referida del jeneral Cruz), i sobre todo, la nota que dirije el intendente de esa provincia al Ministro del Interior, han corroborado nuestras ideas, respecto a la conducta que observaria el jeneral Cruz en la situacion presente. Desde el momento en que su nombre comenzó a figurar en los diarios de la prensa opositora, no hemos cesado de defenderlo contra sus mismos panejiristas, empeñados en denigrarlo. Empeñábanse estos en hacer consentir al pueblo que era el caudillo de la revolucion, i no el jeneral lleno de glorias i de patriotismo, i nosotros, aunque enemigos de su candidatura, no hemos podido ménos que rendirle el homenaje de respeto i justicia a que lo hacen acreedor sus honrosos antecedentes. En el modo como ha procedido, censurando los actos de sus mismos partidarios, demuestra evidentemente que no es el hombre a quien nos pintaban sediento de ambicion i venganzas, sino el patriota justo i severo que sacri-

a punto fijo, las razones que pudieron determinar al desgraciado coronel Urriola a dar un paso de consecuencias tan deplorables, sin la mas pequeña probabilidad del buen éxito, no contando con apoyo alguno en el resto del pais, ni aun en Santiago mismo.»

fica sus intereses personales ante el fallo de la opinion pública i el cumplimiento de sus deberes.

«Su conducta, pues, es la sentencia de muerte para el partido que orgullosamente se cobijaba bajo su nombre, el testimonio mas elocuente de los principios de órden que dominan a este viejo soldado de nuestra Independencia.

«¿A quién recurrirán ahora los opositores? decia en conclusion.

«A quién buscarán para el desfacedor de sus agravios?»

XXV.

Sobrada razon autorizaba aquel lenguaje de burla i de crueldad, por que ¿a dónde ocurririan las víctimas de abril, desde sus calabozos, cerrados ya con la doble cadena de las cárceles i de los procesos?

Pero la mano del destino ponia tambien la venda de sus engaños en la frente de los que habian vencido, i fueron ellos mismos los que se encargaron de traer a los inermes i desvalidos opositores de la capital, el «desfacedor de sus agravios.»

En los primeros dias de mayo, el intendente de Concepcion recibió órden suprema para presentarse en la capital, lo que el jeneral Cruz ejecutó sin tardanza, embarcándose, a despecho de los ruegos i aun de las lágrimas de sus amigos, en la noche del 7 de mayo, en el vapor norte-americano *Independence*, que, navegando de Rio Janeiro a Valparaiso, habia arribado en aquella sazon a Talcahuano.

El jeneral Cruz dejaba al frente de la provincia al ciudadano don Pedro del Rio, hombre recto i pacífico, i su único adios i su último ruego a sus amigos habia sido pedirles que

por motivo alguno se lanzaran en una empresa armada, alzando la provincia, contra el gobierno de la capital (1).

XXVI.

Estaba escrito, sin embargo, que, ora fuera la prudencia, ora la audacia, ora el terror, la primera pájina de la historia de la administracion Montt hubiera de escribirse con sangre de chilenos, i estaba escrito tambien que aquella sangre nunca se secase en los rejistros del cadalso o de los campos, durante aquel horrendo decenio!

Los consejeros del presidente Búlnes, haciendo venir al jeneral Cruz desde su apartada provincia, quitaban un funcionario de una oficina del Estado para devolver despues a aquella i a la nacion toda un caudillo prestijioso, realzado por las ovaciones populares, i mas que todo, convencido i resuelto a echar su espada en la balanza en que el pais, acosado por la ambicion de un círculo, habia puesto sus destinos entre la revolucion o el despotismo.

(1) He aquí lo que, pocos momentos antes de embarcarse, escribia el jeneral Cruz al comandante Zañartu, su mas importante auxiliar en todo lo que concernia a las armas. "Le encargo i recomiendo mui especialmente que no abandone, por mas que le aguijoneen el alma, su prudencia i calma. La causa de los pueblos es de demasiada importancia, para esponerla i jugarla en albures a que juegan por lo comun los locos o perdidos. Con mi marcha, se levantarán diariamente miles de cuentos, a los que no debe de ningun modo dar ascenso » *(Diario del comandante Zañartu.)*

El intendente dejaba ademas publicado un bando por el que recomendaba el mas estricto cumplimiento de la lei, en las elecciones que debian tener lugar en junio. Véase este documento en el núm. 4 del *Apéndice.*

CAPITULO II.

EL JENERAL CRUZ EN SANTIAGO.

Llega el jeneral Cruz a Valparaiso.—Impresion que causa su viaje en los partidos.—Su encuentro en Casa-Blanca con Mitre, Bello i Bilbao.—Los sarjentos del *Valdivia*.—Acojida que hacen a Cruz los círculos políticos de la capital.—Ideas del ministro Varas a este respecto.—La prensa ministerial se pronuncia abiertamente contra su candidatura.—Visita de los artesanos al jeneral Cruz i discursos que le dirijen.—El Instituto Nacional en 1851.—Destitucion de los profesores, Lastarria, Bello i Recabárren.—Descontento i alarma de los estudiantes.—Resuelven felicitar al jeneral Cruz, apesar de la prohibicion espresa del rector.—Le visitan en cuerpo el 18 de mayo.—Palabras del jeneral Cruz en aquella ocasion.—Isidoro Errázuriz. Salutaciones que le dirijen algunos de los estudiantes.—Importancia civil i política de aquel movimiento.—Culpables complots a que se entregan los alumnos internos del establecimiento contra el órden de éste.—Espulsion de los principales promotores.—Visita de duelo hecha por las señoras de Santiago al jeneral Cruz el 20 de mayo.—Ardientes promesas del jeneral Cruz.—Rasgo humorístico de la *Tribuna* i soez manera como dá cuenta despues de aquel acto.—Protesta del sabio Vandelheyl.—Ovacion popular del 1.° de junio.—Mensaje del ejecutivo segun la *Tribuna* i parodia de las palabras pronunciadas por el jeneral Cruz.—Denuncio de un intento de asesinato contra el jeneral Cruz, i arresto de varios desalmados a sueldo

de la policía.—Ciega creencia del jeneral Cruz en aquel crímen ilusorio.—Celébrase en Concepcion una misa de gracias por la vida del jeneral.—Proceso de los acusados i principales piezas de éste.—El jeneral Cruz presenta un proyecto de amnistía, al que no se dá curso.—Metamórfosis que se opera en el ánimo del jeneral Cruz.—Acepta la revolucion armada, pero exije, como condicion indispensable, que se trabaje empeñosamente en las elecciones.—Manera como estas tuvieron lugar, segun el *Manifiesto de la oposicion*.—Violencia de la prensa monttista contra el partido popular, i lisonjas que dirije a Cruz.—Se procede, de acuerdo con éste, a tomar las primeras medidas para el levantamiento.—Espíritu del ejército en 1851.—Manifiesto del batallon Buin.—Fuga de Carrera para acaudillar la revolucion en el Norte.—Don Francisco de Paula Vicuña es enviado al Sur con una cantidad de dinero.—Alarmas del gobierno, manifestadas por su prensa.—Noticias i rumores que circulaban sobre los aprestos de la revolucion del sud.—Esfuerzo que hace el ministro Varas para obtener la detencion del jeneral Cruz.—Lance personal que ocurre con éste en su despacho.—El jeneral Cruz se dirije a Valparaiso, con el objeto de embarcarse, i es destituido.—Nota en que acusa recibo de su deposicion.—Se hace a la vela para Concepcion.

I.

El 10 de mayo de 1851, circuló súbitamente en la capital la nueva que el jeneral Cruz habia desembarcado el dia anterior en Valparaiso. El estupor embargó todos los ánimos, ardientemente preocupados entónces de la cosa pública. En los que esperaban, era el estupor del desaliento. En los que temian, lo fué de la alegría, miéntras que los indiferentes (que eran a la verdad bien pocos) se dejaban arrastrar por un vivo impulso de curiosidad. Cierta inquietud vaga en los primeros momentos, vehemente despues, irresistible, al fin, cundia tambien entre las muchedumbres, siempre ávidas de lo maravilloso, i para cuya lastimada i supersticiosa fantasía,

el anuncio de la venida de aquel huésped tenia las señales de una verdadera aparicion (1).

II.

El jeneral Cruz no era conocido en Santiago. Habian pasado muchos años desde su última visita a la capital; i en realidad, nunca presentóse en ella sino de paso, dentro de su cuartel, cuando soldado, o en su despacho, cuando ministro; pero nunca en la familia, en la sociedad, en las asambleas, en medio del pueblo. Por esto, en política, su nombre era uno de esos prestijios que fascinan con lo desconocido, i que, por lo mismo, en medio de la conmocion de las naciones, tiene una influencia insondable i casi omnipotente.

Esplicábase de esta suerte la singular popularidad que poco ántes habia rodeado a otro recien venido i que llegaba

(1) La prensa del candidato oficial entonó el hosanna del triunfo a la primera noticia de la llegada del jeneral Cruz. Hé aquí como se espresaban el *Mercurio* i la *Tribuna* en un artículo que, con el título de *jeneral Cruz*, publicaron el 9 i 10 de marzo.

«Esparcian los opositores que el jeneral Cruz no obedeceria las órdenes del gobierno, que lo llamaban de Concepcion, complaciéndose en presentarlo en rebelion abierta contra la autoridad i la lei.

«La venida inmediata del jeneral Cruz dá el mas cabal desmentido, i disipa los sueños de los que contaban con su espada para desangrar el seno de la patria.

«El jeneral Cruz es, en primer lugar, un hombre de órden. Su vida entera lo atestigua. En los últimos años de su carrera, un círculo de hombres que el pais rechaza ha querido comprometerlo i precipitarlo en lo que se debia a sí mismo; se ha mantenido buen ciudadano i soldado leal, i ha salvado su nombre del vilipendio de la historia.

«Lo felicitamos por su conducta i damos la bien venida al ilustre guerrero.»

de mas léjos, sin nombre, sin fortuna, sin amigos de círculo, sin bandera de partido—la popularidad de Francisco Bilbao, que constituyó uno de los fenómenos mas estraordinarios de la crísis de aquella época; porque, sin mas armas que la palabra, alzó las masas del abatimiento a la rebelion, i se sobrepuso, ¡cosa admirable! al rayo de la Iglesia, apagando, en los aplausos de los *Igualitarios*, la excomunion del Arzobispo! De Bilbao al jeneral Cruz habia, sin embargo, la distancia que hai de la palabra al trueno, del deseo al poder, de la efímera fascinacion a la gloria irresistible. Si el uno habia sido recibido como el profeta de los pueblos, él otro era aclamado como su verdadero Mesías!

III.

El Intendente de Concepcion, candidato del pueblo, que tan dócilmente se sometia a las órdenes inspiradas por su émulo solapado, no permaneció en Valparaiso sino dos dias. Púsose en marcha para la capital, en la madrugada del 12 de mayo, asumiendo casi el carácter de un incógnito.

El destino, sin embargo, que le labraba, casi a su pesar, la senda de las eminencias del poder, a traves de las asperezas de una revolucion popular, le iba a presentar los graves augurios de ésta a cada paso de su viaje.

Al descender de su carruaje en la posada de Casa-Blanca, encontró, en efecto, a un grupo de ciudadanos, que eran conducidos al destierro por una escolta de soldados. Eran aquellos el brillante diputado don Juan Bello, perseguido por haber invocado sobre la tumba de Urriola la paz de sus manes inmolados, el jóven escritor don Manuel Bilbao, acusado de no encontrarse como sus hermanos Luis i Francisco en el combate del 20 de abril, pues llegó a Santiago en la noche de ese dia, i el arjentino don Bartolomé Mitre, hoi un renom-

bre en nuestro continente, al que no se hacia otra acusacion que la de su gloria de escritor americano. Un diálogo animado se entabló pronto entre el jeneral i los «reos,» i acaso fué éste el primer delito cometido contra el órden por el soldado de Longomilla, que así daba su mano de amigo a los que don Manuel Montt desheredaba de la patria!

Mas adelante en el camino, observó el ilustre viajero que desde el fondo de una carreta, que iba rodeada de tropa, le saludaban muchas manos, acompañando aquella manifestacion con sordos clamores. El jeneral detuvo su carruaje i reconoció a los sarjentos del Valdivia, que habian servido a sus órdenes, pocos meses há, en las fronteras, i que ahora iban a espiar en Magallánes el delito de haberse sublevado con las armas, aclamando su nombre. Ai! Aquellos bravos aherrojados ahora por los derechos de la patria, no volverian a su suelo sino para morir en ominoso patíbulo, despues de haber consumado un horrendo crímen contra esa patria. Ellos fueron, a la vez, los cómplices i los inmoladores de Cambiaso, i perecieron a la par con aquel monstruo! Díjose entónces que, a su paso, el jeneral les habia dirijido algunas palabras de consuelo, i que habia distribuido entre ellos un cinturon de onzas; pero de este rasgo, que abultó la voz popular, no tenemos ninguna constancia fehaciente.

IV.

Instalado el caudillo del sur, i que en breve lo seria de toda la República, en una modesta casa de la capital (habitacion de su señora hermana doña Carmen Cruz de Claro, calle de San Diego), fué desde luego asaltado, se puede decir, no por visitas de individuos, sino por grupos de ciudadanos de todos los colores políticos. Asemejóse la sala de recibo del jeneral Cruz, durante la primera semana de su residencia

entre nosotros, a un ajitado palenque, en que el patriotismo o la ambicion, calzados de guante, se sentaban alternativamente en los sofás del estrado, para escudriñar, en cada palabra del candidato recien venido, su escondida mente. Visitáronle los ministros del despacho, sus camaradas de armas, los empleados de todas jerarquías, los aspirantes a todos los empleos, los jóvenes entusiastas, la beata de manton, la bella vestida de blondas, sin que de cuando en cuando dejara de acercarse hasta los umbrales del zaguan el poncho del pueblo.... A pesar de todo, fué aquella semana esencialmente oficial. Un profundo enigma rodeó, por consiguiente, al ídolo de tantas adoraciones i de tantos temores escondidos, lo que, si no aumentó su prestijio entre los círculos, dió nuevas alas a la ansiedad pública.

El partido conservador juzgaba, sin embargo, inclinada la balanza de las conjeturas en su favor i ciertamente, que si en el fondo de las cosas padecian sus jefes algun error, no sucedia asi al apreciar el carácter político del caudillo del sur. «Tenemos aqui, decia el ministro Varas en una carta fechada en Santiago el 18 de mayo 1851, al jeneral Cruz, llamado por el gobierno. Es el mismo jeneral de siempre, conservador, honrado i que por mas que hagan los opositores, que se *han hecho* sus partidarios, no lo *harán* faltar a su deber, ni mucho ménos lanzarse en las vias de hecho» (1).

(1) Ocupábase el ministro del interior, en el documento autógrafo de que copiamos las anteriores palabras, de algunos de los chismes políticos que entónces corrian con algun valimiento, como el de que don Manuel Montt sería obligado a hacer su renuncia, i a este propósito, decia estas palabras, a las que no podrá negarse el mérito de la sinceridad. "Que renuncie Cruz, como renunció Errázuriz, porque como las zorras ven las ubas verdes, ya se reputan con derecho a la presidencia, santo i bueno! Pero que por nuestra parte se piense en tales cosas, seria acreditarnos de

V.

El diario oficial insinuaba, sin embargo, aunque en tésis jeneral, el viérnes 17 de mayo, seis dias despues de encontrarse en Santiago el jeneral Cruz, su reprobacion por la candidatura de aquel huésped benemérito, al que, hacia solo una semana, habia tributado el homenaje de su bienvenida.

«La espada del guerrero, decia aquella hoja, sienta mejor al frente de una nacion de soldados, que al frente de una nacion de industriales i letrados.

«Por otra parte, en las sucesiones de familia se honra un capricho del orgullo; en las sucesiones militares, se corona dos veces el fantasma de las glorias. I por cierto, que la familia de millon i medio de hombres merece mas que ser el premio de un triste egoismo i de vanos recuerdos.

cándidos i a fé que no lo somos.» I luego, con una santa resignacion, aludiendo a su camarada de colejio, el antiguo rector del claustro de los Jesuitas, añadia estas palabras, llenas de una cristiana uncion. "*El candidato esperará con paciencia la carga que el voto del pais le va a echar encima!*»

En cuanto a la fé conservadora con que contemplaba la mision política de Cruz, el ministro Varas no veia en su derredor sino motivos para robustecerla. "El jeneral Cruz, decia el 30 de mayo, no será hombre de revueltas, por mas que lo deseen los opositores. Esto no quita, añadia, que desee, i mucho, ser Presidente.» I cuatro dias mas tarde, cuando habia pasado sobre la capital, como una nube preñada de truenos, la ovacion popular que se hizo al jeneral Cruz el 1.° de junio, el piloto que llevaba con atrevida mano el timon de la procelosa política conservadora esclamaba aun: «Pobre jeneral, que todavia no quiere conocer la jente que lo rodea! Sin embargo de todas estas ridiculeses, yo insisto en creer que el jeneral Cruz no es hombre de ocurrir a las vías de hecho. (*Carta autógrafa de don Antonio Varas, fecha* 3 *de junio de* 1851, *que tenemos a la vista.*)

«Las armas i la sangre han sido en todos tiempos el distintivo de la aristocracia.»

I luego, el articulista, para dar un apropiado remate al parangon que a la larga iba haciendo entre el «candidato de frac», (como se llamaba entónces a don Manuel Montt) i el «candidato de casaca», concluia con esta frase singular, para marcar mas hondamente, en su concepto, el antagonismo que los separaba.

«Confiamos en el triunfo *(del frac?)* porque traemos en el pecho el fanatismo de una causa santa—la causa de la *civilizacion* contra la *barbarie.*»

VI.

Pero léjos de la atmósfera de los conciliábulos i del egoismo de los bandos, el pueblo fué el primero en acercarse al personaje recien venido, no para sondear sus intenciones políticas sino para poner su brusca i noble mano en su corazon de soldado i de caudillo. En la tarde del sábado 17 de mayo, pidieron ser introducidos a su presencia 12 o 15 ciudadanos de la clase obrera, que se decian diputados del pueblo, i en especial, del gremio de artesanos. El jeneral no tardó en presentarse, recibiendo con una grave cordialidad a los emisarios que le traian la lejítima palabra de la nacion; i en el acto mismo, uno de aquellos, que habia sido designado de antemano para el caso, con voz respetuosa i sostenida, le arengó de esta manera.

«Ciudadano jeneral:

«Al tomarme la libertad de dirijiros la palabra, tengo el honor de ser el órgano de la clase de artesanos de la capital, en cuyo nombre vengo a felicitaros por vuestra llegada.

«Dias aciagos han precedido a vuestro arribo. Encapotado nuestro horizonte político, hundida la República en un caos tenebroso, nuestros derechos anulados, todas las garantías sociales conculcadas, i temblando por un porvenir mas negro i terrible todavía, vuestra presencia ha sido el sol que ha penetrado la noche, ha venido a reanimar la libertad espirante, i a dejarnos vislumbrar un porvenir de ventura.

«La clase de artesanos, a quien represento, anhelando el aire de los libres, i hambrienta del pan de la ilustracion, ha clamoreado en vano, hace 20 años; pero léjos de ser oida, su voz ha sido sofocada por el estrépito de las persecuciones, de los destierros i la sangre. Hundidos en la desesperacion, ya nos preparabamos a morder nuestras cadenas de esclavos i devorar nuestro indefinido embrutecimiento, cuando habeis venido vos, señor, i hemos creido ver nuestro jenio tutelar i el astro que debe conducirnos en la vida del progreso al último límite de la ventura social.

«Si, señor, reposamos tranquilos en nuestra fé; sois nuestro único salvador. Infelices de nosotros si nuestras esperanzas salen fallidas! El hermoso cielo de Chile no abrigaria entónces mas que un hato de esclavos que arastrarán su miseria con estólida indiferencia, o millares de mártires que van a inmolarse en la pira de la patria.

«Entónces habrá sonado la postrera hora de la República por la que nuestros padres prodigaron su sangre i vuestras venas tan poco han economisado la vuestra.

«Desde que nuestros hermanos del Sur proclamaron vuestra candidatura para la próxima presidencia, nos adherimos a ella con todo el vigor de nuestras almas, i estamos seguros que pertenecemos en esto a la inmensa mayoría de la nacion. Un resultado contrario al que esperamos no podria ser pues mas que una burla infame i escandalosa hecha a la concien-

cia i a la voluntad de los pueblos, burla a que se preparan con descarado cinismo los enemigos de Chile.

«Quiera pues el cielo que el sol glorioso de setiembre vea brillar en vuestro pecho la banda tricolor.

«Tales son los votos de la clase de artesanos de Santiago, en cuyo nombre tengo el honor de felicitaros.—He dicho» (1).

VII.

Aquellos ecos del pueblo fueron, si puede decirse así, la primera levadura revolucionaria que cayó sobre el impresio-

(1) Otro de los comisionados dirijió al jeneral un discurso ménos pomposo i ardiente, pero en el que se veia estampado con mas injenuidad el sentimiento del pueblo, siempre sencillo en la forma, pero audaz i enérjico en su esencia. Ambos discursos fueron copiados por nosotros, en 1851, de los orijinales que quedaron en poder del jeneral Cruz, i que por aquellos dias envió a nuestra prision la señora doña Carmen de la Cruz. El último decia testualmente así:

"Señor jeneral:

"Me ha cabido en suerte saludaros en nombre de mis compañeros que teneis presentes, i por mi órgano, todos os damos la enhorabuena por vuestra feliz llegada, i el gran consuelo que habeis traido a este oprimido pueblo, lo que nos hace felicitar tambien entre sí a todos los patriotas.

"Nosotros, que pertenecemos al gremio de artesanos, habríamos venido en crecido número a cumplir con este deber de felicitaros; pero vos, jeneral, no ignorais que ya los chilenos no tenemos seguridad individual, i principalmente nosotros, que solo estamos bajo la lei del sable del vijilante.

"Este es el motivo porque ahora solo unos pocos, i tomando muchas precauciones, hemos podido penetrar a vuestra casa. Con igual prudencia, seguirán viniendo, en grupos como este, los demas compañeros que ansian por conoceros; i desde luego, podemos aseguraros que en medio de las persecuciones que nos aflijen, no nos queda otra esperanza que la de vuestro patriotismo. Vos, jeneral, nos disteis independencia, que sellasteis con vuestra sangre; dadnos ahora libertad.»

nable corazon del jeneral Cruz. Habíase sentido llamar el padre de la patria, el jenio tutelar de los pueblos, el redentor de las libertades públicas, cuyos mas esforzados campeones jemian en esa hora en las prisiones o vagaban por los senderos del destierro.

Fué, sin duda, precisa al alma del viejo soldado toda su habitual reserva, i esa desconfianza innata de la jente del sud, para no traicionar su impasibilidad oficial de candidato, con un arranque de la centella popular que habia cruzado en aquellos momentos por su frente de caudillo. Es sabido que el jeneral Cruz, apesar de su profunda reserva, mas bien de hábito que de carácter, es de un temperamento ardiente, susceptible de las mas vivas impresiones, i por tanto, capaz de colocar su espíritu i su voluntad, en un instante dado, a la altura de una sublime magnanimidad.

VIII.

A los injenuos votos del pueblo, se sucedieron las ovaciones de la juventud. El fuego ascendia del corazon a las rejiones de la intelijencia, i chispas deslumbradoras iban a reventar de aquel nuevo foco de ajitacion.

El Instituto Nacional se hizo, desde temprano, el centro de aquella bulliciosa efervescencia, en la que algunos veian solo el aturdimiento de los primeros años de la vida, i otros, al contrario, los síntomas evidentes de una profunda conmocion social. Los últimos no se engañaban. Los consejeros del candidato que se elevaba en nombre de la «educacion popular» habian comenzado por abolir la «Academia de práctica forense», espulsando a perpetuidad al autor de esta narracion histórica, porque osó decir, i sostuvo con su conducta i su pa-

labra, que el estudiante no era un esclavo en el aula, sino un hombre de dignidad i de derecho.

Prosiguióse despues la tarea de castigo, abatiendo las mas altas i mas populares intelijencias del profesorado, por la destitucion de aquellos maestros que dirijian en el Instituto los cursos que de alguna manera atañian a la política i al derecho público. Despojos ilegales, seguidos de reemplazos mezquinos, en que solo se atendia al favoritismo de círculo, se sucedieron unos en pos de otros, creando un profundo descontento en los estudiantes de los ramos superiores de la instruccion científica.

IX.

Notábase, entre los mas irritados por aquellos injustos cambios, a algunos jóvenes de las provincias i otros de la capital, cuyos apellidos acusaban el prestijio de antiguas i poderosas familias. Se señalaba, entre los primeros, al jóven don Juan Nicolas Ossa, natural de Copiapó, a don Marcial Martinez, don José Alfonso, don Juan Herrera, don Francisco Peña, hijos de la culta Serena, don Rafael Muñoz, natural de Ovalle, don Pedro Nolasco Videla, de Andacollo, don Domingo Urrutia, nacido en el Parral, don Daniel Armas, en Talca; i a don Pedro Aldunate Carrera, don Simon Las-Heras, don Claudio Vicuña (jefe de los descontentos del segundo cláustro) i don Isidoro Errázuriz, entre los numerosos santiaguinos, cuya temible mayoría imprime siempre la lei en los colejios de la capital. El último, sobre todo, por el entusiasmo de su carácter, por la intensidad de su pensamiento, en su edad casi infantil, i por el prestijio de una enerjia moral, precozmente desarrollada a la par con una vasta i fascinadora in-

telijencia, habia adquirido cierta superioridad de iniciativa i de responsabilidad, de que sus compañeros no le hacian un reproche, apesar de la diferencia de sus años.

Entre todos reinaba, sin embargo, la mas completa cordialidad de camaradas i érales comun la resolucion de significar sus quejas por lo que sucedia, de una manera enérjica i sumaria.

La prision i destierro de Juan Bello, el mas amable i el mas brillante de los talentos que habia en aquella época, en que se hacia una especie de sacerdocio del profesorado, hijo, por otra parte, del decano del saber en nuestro suelo, habia encendido hasta la ira aquella inquietud juvenil, dispuesta a desbordarse. Errázuriz, que llevaba la palabra de aquellas conferencias del cláustro científico, en un diario cuyos fragmentos han llegado hasta nosotros, pintaba de esta suerte la impresion de aquellas torpes medidas. «Nuestro profesor de lejislacion, don José Victorino Lastarria (dice la pájina del 7 de mayo), ha sido destituido de su clase. El de Economia política, don Manuel Recabárren, hace largo tiempo sufrió la misma suerte. Don Juan Bello, el jóven orador, cuya palabra elocuente resuena aun como un remordimiento en el corazon corrompido de los defensores de los mayorazgos, el digno profesor de Historia i de Literatura, acaba de ser puesto preso por el atroz delito de haber arrojado la última palabra de admiracion i dolor sobre el cádaver del ilustre Urriola»... I mas adelante, pasando de la amargura a la esperanza, el inspirador de los adolescentes revolucionarios añadia estas palabras de profética fé. «Del fondo de su retiro, Lastarria nos ha dirijido palabras de amor i de esperanza! Bello ha partido! Pero la nave que lo lleva al destierro se perderá en vano entre las sombras del inmenso horizonte: los votos de nuestros corazones lo seguirán do quier!

La llegada del Jeneral Cruz a la capital iba pues a dar ocasion i amparo a las miras que albergaban aquellos ánimos jenerosos e inespertos.» «Antes de anoche (12 de mayo), dice Errázuriz en su diario ya citado, usando el simpático lenguaje de un niño, apenas el relox i los campanarios señalaban las ocho, oí desde mi asiento el rodar de un birlocho de posta. Era el jeneral Cruz, que llegaba de Valparaiso a una casa situada enfrente del Instituto Nacional. A esta noticia, palpitaron involuntariamente los corazones de los amigos de la libertad. De ese hombre va a depender la suerte de la República, la tranquilidad de mil familias, la vida de los apóstoles de la reforma i del progreso.....»

Este suceso, pintado con tan infantil gravedad, tenia lugar en un dia miércoles, i ya el sábado, era una resolucion casi unánimemente tomada en los dos cláustros principales del Instituto, que al dia siguiente, domingo, primer dia de salida, irian los estudiantes en masa a hacer al jeneral Cruz una visita de felicitacion, que era tambien para ellos una especie de cortesia de vecinos, porque el ilustre huésped se habia instalado en una casa del barrio, calle de por medio con el Instituto.

Vanas fueron las amonestaciones prévias del prudente Rector don Francisco de Borja Solar i del cuerpo de empleados del establecimiento, para evitar aquel significativo acontecimiento.

X.

El domingo 18 de mayo, a la hora anticipadamente convenida, del medio dia, se agolpaban en el estrecho patio de la casa habitada por el jeneral Cruz, cerca de cien jóvenes

del Instituto, a los que se habian asociado buen número de los alumnos esternos del establecimiento i de otros colejios particulares. Uno de los circunstantes ha conservado una memoria fidedigna de aquella escena, que no habia tenido precedente en nuestros anales escolares, i que acaso no se repetirá otra vez; pero dejemos la palabra al cronista de las revueltas del Instituto en 1851 i uno de sus mas fervientes cómplices i propagandistas.

«Cuando entramos nosotros, cuenta Errázuriz en su diario, el candidato de los republicanos se puso de pié. Nos llenó de atenciones i por su misma mano, colocó sillas para que todos estuviesemos sin incomodidad. El jeneral es hombre ya algo anciano, de ménos que mediana estatura, cano; de frente descubierta, nariz recta i color blanco encendido. Vestia un paletot café que le llegaba a la rodilla i un chaleco de paño negro, abotonado hasta el cuello.

«Luego que pasó el primer momento de confusion, nos dijo con voz temblorosa i profunda como su emocion, las siguientes palabras: «La manifestacion que me hace la juventud de Santiago me engrandece i me hace esperimentar emociones que casi nunca he sentido. Esta manifestacion me prueba que nobles sentimientos jerminan en vuestros corazones, i que existe en vosotros el alma de vuestros abuelos, los padres de la patria. Veo para Chile mejor porvenir. Pero quiera la divina Providencia que figureis en circunstancias ménos azarosas que las presentes (1)»

(1) Las palabras del jeneral tal cual aquí estan transcritas fueron casi testuales. Como una corroboracion exacta de su sentido, copiamos las que publicó la *Union*, periódico de Concepcion, en su núm. 16.

«La manifestacion, les dijo, con que me honra la juventud de Santiago, ha conmovido fuertemente mi corazon. Este es uno de los dias mas grandes de mi vida. Con ménos gusto he vencido a

Animados los circunstantes por aquella arenga, que sonaba a sus oidos como un eco de esa edad de milagros que el noble veterano habia invocado, quisieron a su turno hacer oir los acentos del porvenir, a cuyo nombre habian solicitado audiencia del prócer de la República. Unos pocos solos tomaron la voz, pero sus palabras encontraban un asentimiento unánime en la juvenil asamblea, orgullosa no ménos de su insubordinacion a las reglas del aula que de la benévola acojida de que habia sido objeto. «Al tiempo de despedirse, cuenta, en efecto, un corresponsal de la *Union* (describiendo aquel cuadro estraño, en que se tocaban los dos horizontes de la política de que el jeneral Cruz era una tradicion i el Instituto una protesta en lo venidero), todos quisieron darle la mano, i entónces muchos le dirijieron algunas palabras, ya a su nombre o en el de sus compañeros, al tenor siguiente:

«*Don Marcial Martinez*, jóven arrogante i uno de los primeros talentos del Instituto. «Toda vez que la República ha estado en peligro, os habeis encontrado en el puesto del honor. Ahora, tampoco estaréis solo; la juventud os acompa-

los enemigos de mi patria, ménos alegría he sentido al alcanzar una victoria, que al aceptar la alta distincion con que me honrais.

«Si algo he hecho que merezca bien de mi pais, este momento me lo recompensa con usura.

«Acepto gustoso los sentimientos que me manifestais; no sufrireis el desengaño de las esperanzas que fundais en mí; vuestras esperanzas son tambien las mias; mis antecedentes me trazan mi conducta en el porvenir. He asistido al nacimiento de la República; desde temprano me consagré a su servicio i la he servido con lealtad en todas ocasiones.

«Señores: me regocijo al ver los sentimientos que abriga la juventud que me rodea; eran los mismos los que animaban a los hombres ilustres que nos dieron patria e independencia; sois dignos continuadores de su grande obra: os deseo tiempos ménos azarosos que los que alcanzamos.»

nará, si es necesario, en la defensa de las instituciones de la Patria».

«Otro jóven, cuyo nombre no recuerdo. «Mi padre fué un martir en la guerra de la Independencia, i su hijo, aceptando esa tradicion gloriosa, viene a saludar en U. al compañero de armas del patriota i al representante de esas mismas tradiciones»

Un jóven Vicuña (1). «Mi familia ha consagrado su vida al servicio de una idea; esa idea, cuya defensa habeis aceptado para salvar a la República, nos ha traido a mis compañeros i a mí a daros la bien venida».

«*Don Domingo Urrutia*, uno de los jóvenes mas aprovechados de las clases de derecho.—«Soi hijo del coronel Urrutia; con mi padre peleasteis por la Independencia i por la Patria; ahora el hijo i el padre pelearán a vuestro lado por la libertad i las instituciones de la República.»

XI.

Tal fué en su orijen i en sus propósitos aquella alianza de la lei nueva i de la añeja política de la República, simbolizada en las canas de uno de los campeones de la última, que sentia dia a dia transformarse sus creencias por el vario i maravilloso espectáculo de mudanzas que ofrecian el pueblo, la sociedad, la nacion entera, i que, por otra parte, venia encarnada en la atrevida iniciativa de los estudiantes de la capital, constituidos en poder i haciéndose escuchar como una corporacion pública.

Noble i venturoso fué aquel dia. Nacian los fueros de la intelijencia, donde no lo tenian sino el oro i la impostura; se

(1) Don Juan.

creaba la patria de la juventud donde no la habia sino para los que dictaban a aquella su lei con el baston del empleado o la espada del caudillo; nacia, en fin, la aristocrácia del pensamiento, donde no habia existido sino la de las cecinas i la alfalfa!

XII.

Pero un presuntuoso aturdimiento vinó a empañar aquella alborada de esperanzas tan felizmente inauguradas i a agotar la abundosa cosecha de bienes públicos que ofrecia en lo venidero. Los alumnos del Instituto, que habian sido ciudadanos en casa del jeneral Cruz, cuando regresaron a su claustro, volvieron a ser colejiales, i se entregaron a una série de actos culpables, dirijidos al trastorno del órden interno del establecimiento, que no pudo ménos de acarrear la postracion a que este magnífico plantel fué arrastrado poco mas tarde por el «protector de la educacion pública», que no dejó de ser su mas acerbo perseguidor hasta el último dia de su poder i de su ira (1).

(1) Referiremos brevemente los sucesos que tuvieron lugar en el Instituto con posterioridad a la visita hecha al jeneral Cruz i que, en gran manera, fueron la consecuencia de ésta.

Al siguiente domingo, 25 de mayo, no ocurrió nada de notable en la salida de los estudiantes; pero el jueves próximo, siendo dia de San Máximo, quisieron obtener del Ministro de instruccion pública, don Máximo Mujica, permiso para asistir al teatro. Fué este perentoriamente negado a una comision que se presentó anticipadamente a solicitar aquel asueto revolucionario, pues el plan de los alumnos era ir a victorear a Cruz al teatro, i luego, acompañarlo procesionalmente hasta su casa. Sesenta de ellos, sin embargo, desobedecieron la órden i llenaron sus miras a su satisfaccion, presentándose cerca de la media noche, i formados por

XIII.

Otro acontecimiento, no ménos singular que el que acabamos de referir, vino a dar pronto pábulo i espansion a los sentimientos cada dia mas visibles en los actos del jeneral Cruz i que solo el deber i la responsabilidad comprimian en su pecho. El martes 20 de mayo, a las tres de la tarde, con un bellísimo sol de otoño, penetraban en los salones del ilustre bien venido de la capital mas de sosenta señoras vestidas de rigoroso duelo. Eran las matronas de Chile que venian, en el dia que cumplia mes la jornada del 20 de abril, a traer al caudillo vengador, la lúgubre felicitacion de su llanto

hileras, a las puertas del establecimiento, donde, en el acto, fueron admitidos.

Aquella provocacion, que no pasaba de ser lo que en la jerga de los colejios suele llamarse una *leona*, atrajo, como parecia justo i natural, sobre sus promotores (que eran la mayor parte de los que ya hemos nombrado) un castigo correccional harto humillante. Ordenóseles el permanecer de rodillas en los corredores i pasadizos de la casa por muchas horas consecutivas i a presencia de todos sus compañeros.

Una noble indignacion encendió el ánimo de los elejidos para el escarmiento, i en el acto, rehusaron obedecer, prefiriendo salir espulsados del establecimiento i perder así de un solo golpe sus carreras profesionales, que para muchos equivalian a su propia existencia.

Mas, en el mismo dia, la presion de las familias o de la necesidad, les hizo volver a someterse al duro trance del castigo decretado.

Pero, desde luego, el despecho creció con la humillacion de la pena, i en pocos dias, el alboroto del teatro habia tomado las proporciones de un sério complot: la *leona* iba a convertirse en *capote*, pues tales son los dos únicos actos de todo drama de colejio.

Pocos dias, pocas horas mas bien, bastaron a aquella conta-

o su horfandad del hijo o del esposo. Aquella ceremonia, chocante i sublime a la vez, recordaba a unos el cortejo que acompañó a las puertas de Roma a la madre de Coriolano, i era para otros solo una procesion grotesca que deslustraba el rol social de la mujer, tanto mas hechicero cuanto mas íntimo i sencillo. Pero sea como fuese, aquel acto era eminentemente revolucionario, i el mismo ardoroso caudillo, calmado ya su

ciosa conjuracion, dirijida contra el rector i los principales empleados internos de la casa. Ya el juéves 5 de junio se contaban mas de cincuenta afiliados, que en aquella noche o en la del viérnes, debian salir de sus dormitorios al agudo toque de un pito, i dar *capote*, es decir, maltratar brutalmente a los designados por su mal recapacitada venganza.

Mas, en ese mismo dia, hubo tres desertores de las filas, que, por una coincidencia singular, eran todos oriundos de las provincias del sur, quienes, a juzgar por el oficio que sobre aquel hecho dirijió el rector al ministro Mujica, fueron los tres delatores de la revuelta. Tan séria se juzgó ésta, sin embargo, que el viérnes 6 de junio, a las once de la noche, se presentó aquel ministro, acompañado de una fuerte partida de tropa, que se apostó en el zaguan de la casa, miéntras los empleados sacaban de sus camas a los «cabecillas del motin» (lenguaje de la época) i se les encerraba en habitaciones separadas.

Túvoseles incomunicados durante todo el dia sábado, miéntras el gobierno acordaba una resolucion séria sobre aquel asunto. Consistió ésta al fin en un decreto de espulsion que se notificó a siete de los alumnos que hemos nombrado i que se verificó en el acto mismo, poniéndoseles en libertad en la mañana del domingo 8 de junio.

El oficio del rector i el decreto a que dió mérito pueden verse en el documento núm. 5 del Apéndice. En cuanto a lo que ha quedado en el archivo de los rebeldes espulsados, no hemos encontrado sino estas palabras que cierran el curioso diario del adolescente Errázuriz, escritas al dia siguiente (9 de mayo) del merecido castigo de su autor: «Proyectos entusiastas! porvenir de gloria i ventura! dias inocentes de mi vida de estudiante! compañeros queridos!.... Adios! Una mano cruel me separa de vosotros i quizá, quizá para siempre....»

ánimo de sus iras i de sus desengaños del fracaso; nos ha referido, despues de diez años, que solo en aquel dia i en presencia de aquellas matronas de rostro aflijido, juró en lo íntimo de su pecho desenvainar la espada de la rebelion contra los autores de aquel cúmulo de lágrimas i sangre que se llamó la candidatura Montt.

Presidia la noble comitiva la viuda del ínclito campeon de aquella primera edad de nuestra República que se llamó la *Patria vieja*, porque fué madre de tanto heroismo i de tanta desdicha, la señora doña Mercedes Fontecillas de Carrera, ahora esposa del presidente del Senado. Rodéabanla sus hijas doña Rosa Carrera de Aldunate, doña Josefa Carrera de Lira i doña Emilia Pinto de Carrera, esposa del jóven heredero de aquel nombre ilustre, que yacia ahora encerrado en un cuartel. Seguian en pos la digna señora doña Tomasa Gamero de Muñoz Urzúa, viuda tambien de uno de los triunviros de la antigua revolucion; doña Mercedes Barquin de Bilbao, estranjera de cuna, pero de corazon todo chileno, porque llevaba en el suyo el corazon de cuatro hijos perseguidos; la señora Formas de Vial, octojenaria, pero rebosando en la enerjia de su familia entera recien proscripta; la esposa del ex-ministro Sanfuentes i la del procesado coronel Arteaga; la señora Castillo de Valenzuela, que representaba por su doble apellido las tradiciones del martirolojio liberal; la señora Portales de Eyzaguirre, heredera tambien de dos nombres ilustres en la revolucion, que fueron despues una enseña conservadora, i muchas otras que pertenecian por su rango a la mas alta aristocracia, o por su corazon i su belleza a los nombres mas populares entre las familias santiaguinas. Eran sesenta i cinco en número, sin contar sus hijas, habiendo sido veinte i siete las que, tropezando con algun inconveniente para asistir, habian enviado por medio de sus amigas i pa-

rientes sus tarjetas de visita (1). Contábanse noventa i dos en todas i figuraban, en primera línea, entre las últimas, la digna viuda del malogrado Urriola i la señora doña Pabla de Jara Quemada, que aguardaba en su lecho de muerte la postrera hora, que pronto llegó, de su vida sublime de santa i de patriota.

El jeneral Cruz recibió con muestras de profunda emocion aquel venerable cortejo, entre cuyas canas históricas asomaba, como un rayo de luz, mas de una hechicera mirada, estímulo irresistible para el alma caballeresca del soldado que siempre amó la belleza i le pagó su culto. Rodeado de todas las circunstantes, i oyendo de cada labio un voto ó una esperanza, esforzóse al fin el viejo campeon por dominar su ternura, visible en la mudanza de su rostro, i dejando solo

(1) He aquí una lista completa que formamos en aquella época, tanto de las señoras asistentes como de las que enviaron tarjetas. Las primeras eran las siguientes:

Las señoras doña Mercedes Ibieta de Gonzalez, Luisa Gonzalez de Echaurren, Eduvije Gonzalez de Antúnez, Rafaela Gonzalez de Orrego, Mercedes Prado de Guerrero, Dolores Amor de Prado Aldunate, Clara Prado de Palacios, Jesus Prado de Guerrero, Emilia Plata de Santa María, Rafaela Lastra de Vial, Ignacia Vargas de Vial, Trinidad Alemparte de Arteaga, Dolores Plaza de Larrain, Clotilde Novoa de Plata, Clorinda Novoa de Vandorse, Mercedes Barquin de Bilbao i su hija la señorita Quiteria Bilbao, Rosa Ugarte de Arteaga, Natalia Solar de Ugarte, Jesus Villarreal de Lastarria, Javiera Echaurren de Eizaguirre, Ana Josefa Gonzalez de Santa María, Rosario Zañartu de Larrain, Carmen Astorga de Mackenna, Dominga Serrano de Mackenna, Josefa Gana de Zenteno, Henriqueta Zenteno de Prieto, Adela Solar de Aldunate, Tomasa Gamero de Muñoz, Rosario Formas de Vial, Rafaela Ugarte de Vial, Josefa Carrera de Lira, Manuela Larrain de Saravia, Josefa Montt de Infante, Teresa Cañas de Vicuña, Mercedes Caldera de Perez i sus hijas las señoritas Arsenia, Juana i Eudoxia Perez, Irene Perez de Larrain, Ignacia Villar de Caldera, María de la Luz Herrera de Salinas, Bernarda de Martínez, Petronila Vergara de Diaz, Dolores Larrain de Echaurren, Teresa

cabida a la gratitud que inundaba su pecho, dirijióles, al despedirse, i con un acénto que parecia humedecido de lágrimas, estas palabras, qué eran a la vez que un consuelo, un terrible i solemne juramento. «Jamas las señoras de Santiago vestiran luto por mi causa!... Yo sabré morir por la justicia; pero ántes, quiera el cielo abrir los ojos a los que por tanto tiempo se han obstinado en tenerlos cerrados.»!

XVI.

Tal fué la visita de las señoras de Santiago al caudillo de la revolucion del sud, acto social que ha sido juzgado de tan diversas maneras, i que aun entónces dió márjen a las indo-

Luco de Quezada, Loreto Avaria de Tagle, Rosa Carrera de Aldunate i sus hijas las señoritas Emilia i Cármen Aldunate, Eulojia Echaurren de Errázuriz, Juana Egrázuriz de Lazo, Mercedes Fontecillas de Benavente, Mariana Castillo de Valenzuela, Mercedes Portales de Eyzaguirre, Mercedes Ugarte de Mata i familia. Cármen Rodriguez de García, Ana María Maffet, Andrea Lazo, Tránsito Guerrero, Rosario Valdez de Solar i sus hijas Amalia, Emilia i Rosa Solar, Concepcion de Valdez, Mercedes Barra de Luco i familia, Mercedes Valdez, Emilia Pinto de Carrera i familia, Mercedes Vicuña de Larrain, Emilia Lastra de Alemparte, señoritas Varela de Luco, Jertrudis Martínez de Herrera, Matilde Andonaegui de Sanfuentes, Rasedia Quezada de Rojas.

Mandaron tarjetas las siguientes: señora doña Pabla de Jara Quemada, Damiana Toro de Concha, Ignacia Quiroga de Solar, Francisca Vicuña de Vicuña, Rosarió Larrain de Ruiz Tagle, Mercedes Marin de Solar, Ana Josefa Solar de Undurraga, Jesus Undurraga de Echeverria, Cármen Rosales de Ruiz, Emilia Herrera de Toro, Joaquina Labaqui, Mercedes Araos de Valdivieso, Clarisa Urriola de Prieto, Cármen Valdivieso de Urriola, Juana Borgoño de Amunátegui, Dolores Prado i Palacios, Manuela Irigóyen de Urcullu, Cármen Lastra, Antonia Barbontin de Rodriguez, Cármen Prado dé Vicuña, Dolores Larrain de Zañartu, Corina Castro de Tagle, Carmen Infante i Rojas.

bles chanzas de la prensa. Nosotros no aprobamos esas manifestaciones de la plaza pública que echan fuera del hogar el santo recojimiento del corazon, delicioso atractivo de la mujer; pero no encontramos tampoco en nuestra conciencia de historiadores aquella austera severidad que dictaria un reproche dirijido a la madre, a la esposa, a la hermana, que vé desierto su techo de todo lo que ama, i que vaga entre el calabozo i la tumba, para hallar la paz que le ha arrebatado la mano aleve del poder.

XV.

El órgano público del gobierno (*la Tribuna*) tuvo en aquel tiempo un razgo feliz, al caracterizar aquella asociacion de la ancianidad i de la belleza, porque sin herir la cortesía, supo dar un jiro burlesco a lo que en sí era tan imponente, por mas que se repitiera el verídico proverbio que *de lo sublime a lo ridículo hai solo un paso.*

«Si alguna vez sentimos no ser el jeneral Cruz, decia un artículo de la *Tribuna* del 22 de mayo, es esta; no porque, al parecer, cuente en sus filas treinta veteranas o mas, sino porque a esas veteranas las siguen humildemente mas de diez criaturas anjélicas i divinas. ¿Quién no seria *crucista*, si ellas pronunciasen una palabra en su favor? Para nosotros, viva desde hoi la candidatura Cruz, la candidatura de cincuenta i dos mujeres, mitad ancianas, mitad de la mitad semi-ancianas, i el resto, de preciosas hechiceras! Feliz el jeneral que cuenta con este apoyo, al paso que el feo de don Manuel Montt no sabe mas que estar sobre sus libros i ocupado toda la vida de cosas sérias, que a nuestras divinidades parecerian demasiado amargas.

«Enarbole el jeneral Cruz la bandera del bello sexo de Santiago; asegúrenos que cuenta con él i daremos un puntapié a nuestros principios, un bofeton a nuestra fé, i somos con él. Un ejército de señoritas bastaria para vencer al mundo entero.—Señor jeneral ¿manda U. ese ejército? Cuente con que yo seré su tambor de órden, o su corneta, si son cazadoras. ¡¡ Vivan las bellas!!»

Pero al dar una cuenta mas prolija en un innoble editorial, aquel diario no solo violó los respetos debidos a la virtud i a las canas, sino que profanó de una manera soez el pudor de la mujer, mezclando a los nombres de castas vírjenes, cifras impuras, haciendo ademas una impía irrision de los sentimientos de amor i de congoja que habian inspirado aquella suprema resolucion a la circunspecta sociedad de Santiago (1).

(1) He aquí íntegro este vergonzoso i solapado artículo, publicado en la *Tribuna* del 21 de mayo, al dia siguiente de la visita de las señoras.

«El deber imprescindible de dar cuenta de los sucesos que por su orijinalidad llaman la atencion pública, nos obliga a publicar la siguiente lista de todas las señoras, que, formadas en hileras, se dirijieron ayer de la Alameda a la casa del jeneral Cruz.

«En esta nómina solo estan contenidas las señoras casadas, i hemos querido rehusar la publicacion de las señoritas, hijas i hermanas, que las acompañaban, por el temor de padecer equivocaciones que pudieran creerse intencionales.

«De la exactitud de esta misma lista no respondemos, porque puede suceder que falten algunos nombres o que se haya padecido algun error al apuntarlos. La lijereza con que ha sido indispensable hacerla disculpará cualquiera equivocacion que pudiera notarse, sin que por esto nos creamos exentos de la obligacion de rectificar mas tarde los errores que la persona que formó la lista haya padecido.

«El número total de señoras i señoritas que se reunieron as-

XVI.

Durante las dos primeras semanas de la residencia del jeneral Cruz en la capital, las ovaciones que le habia tributado

ciende a cincuenta i dos, contando cuatro que llegaron al patio del jeneral, cuando las demas estaban despidiéndose.

«El objeto de esta visita ha sido solicitar del jeneral ponga en juego sus relaciones de amistad con el presidente i los ministros, a fin de que se indulte a los reos procesados por complicidad en el motin del 20 de abril. No es de suponer que haya podido ser otro, desde que las señoras vestian luto i todas ellas están ligadas por estrechos vínculos de parentesco a los principales autores del motin. Por esta razon se asegura que han elejido el 20 de mayo. Ignoramos la respuesta del jeneral Cruz.

«Hé aquí la lista.

Señora doña Mercedes Fontecillas, madre del señor don José M. Carrera, procesado por el motin del 20 de abril.

Señora doña Rosa Carrera, hermana del mismo señor.

Señora doña Emilia Pinto, esposa del mismo señor.

Señora doña Mercedes Barquin, madre de los señores don Francisco i don Luis Bilbao, procesados por el motin del 20 de abril.

La señora esposa del señor don Ambrosio Larracheda, procesado por el motin del 20 de abril.

Señora doña Mercedes Caldera, hermana de los señores Caldera, procesados por el motin de San Felipe.

Señora doña Trinidad Alemparte, esposa del señor coronel don Justo Arteaga.....

Señora doña Loreto Avaria, esposa del señor don Diego Tagle.

La señora esposa del señor Mondaca, prófugo.

Señora doña Carmen Luco, esposa de un señor Larrain Aguirre.

Señora doña Carlota Luco, esposa de otro señor Larrain Aguirre.

La señora esposa del señor don Paulino Lopez, prófugo.

Señora doña Adela Solar, esposa de un señor Aldunate, ente-

el espíritu público tenian, como hemos visto, cierta clasificacion en su carácter i en los círculos sociales de que aque-

nado de la Señora doña Rosa Carrera, hermana del señor don José Miguel, procesado por el motin del 20 de abril.

Señora doña Eduvije Gonzales, esposa del señor don Nemecio Antúnez, procesado por el motin del 20 de abril.

Señora doña Rafaela Gonzales, hermana casada de la señora anterior.

Señora doña Carolina Melian.

Señora doña Petrona Lazo.

Señora doña Ana María Valenzuela.

Señora doña Rafaela Lastra, esposa del señor fiscal don Camilo Vial.

Señora doña Mercedes Vicuña, esposa del señor don Vicente Larrain Aguirre, prófugo por el motin del 20 de abril.

Señora doña Mercedes Aldunate de Prado, madre del señor don Francisco Prado Aldunate, procesado por los cartuchos a bala que conducia a San Felipe, i por el motin del 20 de abril.

Señora doña Jesus Villarreal, esposa del señor don Victorino Lastarria, prófugo por el motin del 20 de abril.

Señora doña Dolores Amor, esposa del señor don Francisco Prado Aldunate.

Señora doña Juana Borgoño de Amunátegui, esposa del señor coronel don Gregorio Amunátegui.

Señora doña Mercedes Ibieta, esposa del señor don Juan Antonio Gonzales, i madre de sus señores hijos.

Señora doña Emilia Plata, esposa del señor don Domingo Santa-María, prófugo por el motin del 20 de abril.

Señora doña Natalia Solar, esposa del señor don Pedro Ugarte, procesado por el motin del 20 de abril.

Señora doña Carmen Astorga, esposa del señor don Félix Mac-kenna, prófugo.

Señora doña Dolores Plaza, esposa de un señor Larrain i Aguirre, cuñada de don Vicente Larrain Aguirre, prófugo por el motin del 20 de abril.

Señora doña Rosa Ugarte, cuñada del señor coronel don Justo Arteaga, i hermana del señor don Pedro Ugarte.

«Segun esta lista, el número de las señoras de estado llega a 30 i el de las solteras, hijas o hermanas de estas mismas señoras, a 22, que forman el total de 52 personas.

«En la casa, fueron introducidas por los señores don José Maria

llas partían (1). Mas no tardó el motivo i la ocasion que se anhelaban para dar a aquella conmocion ardiente, pero de-

Prieto de la Cruz, sobrino carnal del jeneral i por el señor don Ricardo Claro de la Cruz tambien sobrino.

«Se nos asegura que una de las señoritas, la hermana del señor don Francisco Bilbao, *pronunció un discurso.*»

En la mudez sepulcral que habia impuesto la lápida del *sitio* a la prensa de oposicion, no faltó una jenerosa voz que alzara la protesta de la sociedad contra la mengua de aquellos sarcasmos. Fué aquella la de un ilustre sabio estranjero que en el culto de la ciencia no habia olvidado lo que otros tan aprisa i tan villanamente pierden en el ejercicio de la política. Hé aquí como el anciano profesor de la Universidad de Francia M. Vandelheyl, que ahora lo era del Instituto de Santiago, protestó contra aquella indignidad en un artículo de la *Gacette des mers du sud*, que se daba a luz entónces en Valparaiso, i que publicó en su número del 31 de mayo la lista verdadera de las señoras. «Hemos ratificado, dice, a continuacion de aquella nómina algunos errores, acaso involuntarios. Si estos se hubieran cometido con el designio de acusar mentirosamente a la mujer, tal acto seria solo un pecado venial, o si se quiere, un inconveniente del periodismo o una dificultad de posicion, en nuestras sociedades modernas. Pero injuriar a cara descubierta a las mujeres porque se prefiere, quizás con razon, un candidato a otro, calumniar sus quejas, reir de sus lágrimas, hacer mofa de sus sentimientos, intentando mancharlos con chanzas i calambures de cuerpo de guardia; llegar hasta olvidarse que cada uno tiene una madre, una tia, una abuela, i burlarse de aquellas para quienes sus canas son una corona, es peor que un error intencional, es una grosera descortesía, una impía brutalidad. (*c'est une inconvenance grossière, une brutalité impie*) En todos tiempos i en todas partes se ha permitido a la mujer (añadia aquel ilustre estranjero cuya persecucion literaria i cuyo lastimero fin, consecuencia de aquella, no tardaría en sobrevenir como un castigo), durante las guerras civiles, interponerse entre el vencedor i los vencidos, i la historia, como la poesia, se han encargado de inmortalizar el nombre o la memoria de las que han cumplido aquel deber.»

(1) Los partidarios de don Manuel Montt comenzaban ya a disimular con dificultad su viva alarma por lo que sucedia. Mezclando a la banalidad de sus elojios condicionales el dardo del

sencuadernada, una forma colectiva i poderosa. Presentóse ésta el 1.° de junio, con motivo de la inauguracion del Congreso.

Encontráronse ahí, en el recinto de la ceremonia, sentados el uno junto al otro, i por la primera vez en sus puestos oficiales, los dos candidatos que se disputaban la soberanía.—Montt como simple diputado.—Cruz en su calidad de senador. Un inmenso pueblo se agolpaba en los salones i patios del Consulado, i en la plazuela anexa al edificio. Las mayorías oficiales estaban tambien completas en su número, desde los ministros del despacho hasta los porteros de oficina. Presentaba la sala del Senado, en aquel dia, el espectáculo de un tumultuoso anfiteatro en el que venian á medir sus fuerzas el Pueblo, en la forma de un jigante de mil brazos, ceñidos,

reproche, la *Tribuna* del 28 de mayo decia, en efecto, aludiendo a la actitud asumida por el viejo patriota. «La aureola de gloria que adorna su cabeza i que han tratado de oscurecer sus falsos partidarios con el aliento ponzoñoso del odio i del interes rastrero, mal disfrazado por la torpe lisonja, centellea mas que nunca por el brillo que ha podido añadirle su lealtad i sumision a las leyes.

«La permanencia del jeneral en Santiago es la completa vindicacion, podemos decirlo así, que necesitaba para confundir á sus aduladores, que han querido hacerle cómplice en sus desaciertos.

«Su presencia es, pues, como la imájen severa de la justicia delante del crímen; su espada, la espada de la lei, que proteje el órden i la paz; no, como infamemente se imajinan, la sombra protectora de todos los delitos, armada de la guadaña fratricida.

«En fin, *ya ha llegado la hora que el jeneral Cruz, por su propio honor i conveniencia, se niegue a ser por mas tiempo el juguete de esa faccion revolucionaria*. Arrójela de su lado, i responda á sus mentidos halagos como el famoso príncipe Eujenio al emperador Alejandro al ofrecerle un trono en desdoro de su alta nombradía: *Prefiero volver a ser soldado ántes que soberano envilecido.*»

empero, de cordeles, i la Administracion, jigantezco esqueleto armado de acero i en cuyo broquel de combate se leia esta sola divisa: *Constitucion de* 1833! La lucha, si hubiera de trabarse, habria de ser terrible, a la vista de aquellos augurios. Pero el pueblo maniatado no podia iniciarla por si solo; i entónces todos los ojos se fijaban en el hombre cuya espada era la única arma capaz de cortar de un golpe las amarras de aquel, i soltarlo sobre la arena. El acero estaba, sin embargo, dentro de su vaina i el pueblo, cuya imajinacion se impresiona siempre por los sentidos, veia con desconsuelo que en aquel dia solemne, aquella no pendia siquiera del cinto de su campeon. Si el jeneral Cruz hubiese vestido uniforme de parada en aquella hora en que se hacia la parodia oficial de la soberanía, atribuida a la nacion, Santiago hubiera podido presentar en ese mismo recinto histórico de 1823, el espectáculo admirable de una revolucion civil. Hubo vacilaciones, hubo desconfianza; i el dia pasó con los síntomas de una asonada, sin fruto ni ventajas. El espectro de Longomilla se diseñaba en el porvenir!

Al disolverse la reunion, el pueblo en masa púsose a victorear a su caudillo, i formando dos hileras, escoltó a aquel por la calle de la Bandera hasta su habitacion en el costado sur de la Alameda. Díjose que el número de los concurrentes pasaba de dos mil, porque la comitiva, en su marcha, ocupaba el espacio de cuatro o cinco cuadras. El jeneral iba a la cabeza acompañado del ex-ministro don Manuel Camilo Vial, que en un dia análogo, hacia solo un año, habia abdicado el prestijio oficial, mas no la popularidad de su carrera. Oíanse en el trayecto ardorosos gritos de *Viva el jeneral Cruz! Viva la reforma!*, i al pasar frente a la calle lateral del Chirimoyo, oyéronse voces dispersas que decían: a la *Moneda!* a la *Moneda!*

Pero el caudillo jeneral, dominando sin duda mil encontradas emociones, dirijióse a su casa, que, en el acto, se encontró invadida por la entusiasta muchedumbre. No mas dueño ya de su intensa conmocion, al llegar al centro del patio, el caudillo del pueblo subió sobre una silla i con voz ajitada i vibrante hizo oir algunas palabras de entusiasmo i de protesta que resonaron en el pecho del auditorio como el primer grito de la rebelion. Fué aquella la vez primera en que el jeneral Cruz, desatando las trabas de su habitual reserva, lanzó sobre la cabeza del pueblo la promesa de que su brazo le pertenecia, i que su conciencia i su espada serian el rayo que confundiria a los tiranos. Un inmenso aplauso apagó los últimos acentos de aquel juramento, tantas veces solicitado en vano en conciliábulos secretos, i que ahora arrancaba del pecho, a la luz clara del dia, en presencia del pueblo i a la faz de la República, una jenerosa e irresistible espontaneidad (1).

(1) Harto distinta habia sido la suerte del candidato oficial en aquel dia. Cuando la poblacion en masa se dirijia a la Alameda, el señor Montt salia por un postigo de la puerta trasera del Consulado, acompañado solo de *cuatro caballeros* i se dirijia a la casa vecina de la señora doña Dolores Ramirez de Ortúzar. Si nuestra memoria no nos engaña, díjose que aquellos compasivos señores habian sido don Victorino Garrido, don Anjel Ortúzar, don José Vicente Sanchez i don Pedro Nolasco Fontecillas, parientes los dos primeros de la señora Ramirez, i los dos últimos, comandantes de la Guardia Nacional de Santiago. Pudiera, sin embargo, haber equivocacion en estos nombres; mas no en el número, pues es un hecho público que muchos presenciaron. «Entre los diputados i senadores (dice un corresponsal del *Mercurio* del 2 de junio) que salian del salon, se retiraba tambien don Manuel Montt, que, sin saber como, se escabulló sin hacer ruido». Mas, que le importaba a don Manuel Montt aquella ovacion, hecha a su rival por la nacion entera? Él tenia la *Moneda* i esto le bastaba!

Los escritores ministeriales no tardaron, como era natural, en hacer mofa de la amenazante ovacion del 1.° de junio. Al dia si-

Hasta el dia 1.° de junio de 1851, la revolucion habia sido solo un *pensamiento*, en el ánimo vacilante del jeneral Cruz. Desde esa jornada, la revolucion fué *un hecho* para su voluntad.

XVII.

Un incidente de un carácter odioso, i que a tener visos de cierto, hubiera sido atroz, vino a clavar el aguijon de la ira i del odio en el pecho del viejo soldado de la República, que ya se habia abnegado a su causa. Tal fué el denuncio que se

guiente, publicaron una estensa parodia de aquel suceso, prestando al jeneral Cruz el apodo de *San Tristezas Tongarini*, i poniendo en sus labios una arenga ridícula en que se hàcia burla de un defecto de hábito de la locucion del jeneral. «I asi fué, dice la *Tribuna* del 2 de junio, que en la puerta de su casa i a la vista de los rotos, dijo:—Si, señor, este dia me será memorable hasta que muera. Si, señor i les prometo a U. U. que yo observaré las leyes i U. U. haran lo mismo. Si, señor. La multitud gritó: *Viva Montt!* »

Pero el diario monttista estaba aquel dia decididamente de parodia. He aquí como transcribia el final del mensaje del Presidente Búlnes, a quien se atribuye un *quid proquo*, que, sin embargo, era en aquellos dias una amarga verdad, i mas que una verdad, una profecia. «En la época electoral que atravesamos, el gobierno sabrá cumplir con sus deberes, dice el Presidente Búlnes i, a la par con él, los cajistas de la imprenta de Belin. Hará que las leyes sean fielmente observadas i que la libertad del sufrajio, bajo el amparo de esas leyes, sea respetada. La nacion, con su acostumbrada cordura, usará de sus derechos al designar el primer majistrado de la República i el gobierno será el primero en ATACAR (*sic*), como es debido, su decision soberana, cualquiera que ella sea.»

Solo nos falta añadir que el jefe supremo de la nacion cumplió relijiosamente su palabra (segun la *Tribuna*) i que a la cabeza de la caballeria, ATACÓ violentamente i «como era debido», segun los precepto de la táctica, la voluntad nacional en el campo de Lengomilla....

le dió (una semaña despues de aquella gran ovacion popular) de que sus enemigos, anonadados por aquel espectáculo, habian resuelto atentar contra sus dias.

En la noche del 6 de junio i en los momentos en que el jeneral se preparaba para dirijirse al Senado, apesar de estar el tiempo borrascoso, presentóse en su domicilio un hombre llamado Francisco Labra, que habia sido soldado de Cazadorez a caballo i ejercia a la sazon el oficio de sastre. Introducido a la presencia del jeneral, dijole con aire misterioso que venia a descubrirle un plan de asesinato que se habia fraguado contra su persona, i para cuya ejecucion, él habia sido invitado. Segun su declaracion (que se estendió en el acto por escrito delante de los testigos don Samuel Valdivieso i don Francisco Smith), un grupo de hombres desalmados, a cuya cabeza se pondria un insigne malvado, favorito entónces de la policia, llamado Isidro Jara, mas conocido por el nombre del *Chanchero* (alusivo a su oficio), deberia reunirse aquella noche en un garito, que, con autorizacion de la Intendencia, mantenia abierto otro hombre de mala nota, que decia apellidarse Cotapos. Armados ahi de puñales i pistolas i provistos de sendas mantas o capotes de soldado, los asesinos deberian dirijirse aquella noche misma a la plazuela de la Compañía, agazaparse en el claustro del Consulado, i puestos en asecho del jeneral, cuando éste se retirara, a las 9 o 10 de la noche, salir a su encuentro, a la voz de Jara i darle ahi mismo la muerte.

Tamaño i tan infame atentado parecia incomprensible i sus propios detalles acusaban su inverosimilitud (1). Herido, sin

(1) La prensa del gobierno acojió con una prudente i digna reserva la noticia de aquel hecho. He aqui como daba cuenta de él la *Tribuna* del sábado 7 de marzo.

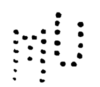
«Anoche han sido aprehendidos por la policía doce o catorce

embargo, el jeneral, por una primera impresion, que nunca se ha borrado de su ánimo, hasta formar en él la conviccion, que aun hoi dia alberga, de la certidumbre del crímen, dirijióse en el acto a la Moneda, solicitó audiencia del Presidente de la República, i presentándole al delator, pidió auxilio contra los asesinos. Confuso el jeneral Búlnes con aquella relacion que espantaba su propia alma, de suyo altiva i jenerosa, ordenó en el acto que se pusiera a las órdenes del teniente del Carampangue don Samuel Valdivieso, ayudante del jeneral (que era siempre su amigo i su pariente), un piquete de granaderos para ir a sorprender en su guarida a los asesinos. Para mejor conseguir aquel intento, disfrazóse a Labra con el uniforme de un soldado de la escolta, i en el acto, se dirijieron a la casa de juego de Cotapos, que existía en una calle trasversal, no mui distante de la de la Compañía. Valdivieso penetró, espada en mano, en la casucha, i encontró, en efecto, una considerable reunion de hombres, que

individuos, denunciados por úno como complotados para asesinar al jeneral Cruz. Las circunstancias actuales, la escitacion natural a la proximidad de las elecciones, nos hacen creer que este no sea mas que uno de esos ardides políticos que, aunque vedados, suelen tomarlos para desprestijiar a sus contrarios; sin embargo, alabamos la dilijencia con que la justicia ha procedido a la aprehension de los que se suponen complotados i averiguacion del delito de que se les acusa. El público no habrá olvidado probablemente los asesinatos de don Federico Errázuriz i de don Fernando Urízar, denunciado el primero por el mismo i el segundo por Estuardo, en vísperas de conducir los cartuchos para el motin de San Felipe.

«Hacemos este recuerdo por ser la oposicion de hoi, en su personal i recursos políticos, la misma que de la época a que aludimos.

«Esperamos la averiguacion i decision de la justicia para saber a que atenernos. Entretanto, nuestro deber es abstenernos de comentarios, hasta que poseamos datos fijos i seguros sobre este asunto.»



se ocupaban de jugar al billar o disputar en los rincones del aposento sobre las barajas i las bandejas de licor. En el acto, todos los circunstantes fueron presos i puestos en custodia.

Aparecia de aquellas circunstancias, con la evidencia de la luz, que no habia plan alguno atentatorio contra la vida del jeneral Cruz. ¿Quién podia ser su autor en esta tierra de lealtad en que no hubo siquiera un puñal para San-Bruno, el sangriento verdugo de nuestros hogares, en 1816? ¿Cómo podia haberse confiado tan horrible intento a un grupo de miserables que vivian encenagados en la mas inmunda prostitucion? ¿Dónde estaba el secreto, dónde la osadia del hecho, dónde la impunidad de sus consecuencias? Un asesinato requiere solo un brazo i un acero sordo i templado; i a fé, que nadie iría a buscar aquel entre los afiliados de un garito de crápula i ebriedad.

Todo era pues una torpe quimera forjada por Labra, i que si encontró acceso en el espíritu del jeneral i su familia, fué porque se combinaron varias circunstancias estrañas, para darle un colorido de verdad. Sus correlijionarios políticos se apresuraron, entre tanto, a esplotar aquel suceso en provecho de sus miras, confirmándolo con mil ardides, i sus propios deudos se manifestaron tan convencidos de la verdad del hecho, que al fin hízose una creencia jeneral, que aun hoi dia seria difícil destruir en ciertos ánimos. En Concepcion, donde la nueva llegó abultada de estrañas ponderaciones, la credulidad i la zozobra llegaron a tal punto que se celebró públicamente (14 de junio) una *misa de gracia* en la iglesia de Santo Domingo, oficiada por el presbítero don José María Rios, en señal de gratitud a la Providencia, que habia amparado los dias del ilustre caudillo. «La concurrencia a aquel acto, dice la *Union*, reproducida por el *Progreso* del 15 de julio, fué numerosa i lo mas hermoso i elegante de nuestro pueblo asis-

tió a rogar a Dios por la vida del interesante ciudadano que hoi fija la atencion de toda la República: las súplicas de nuestras virtuosas matronas i de vírjenes llenas de hermosura, jamas dejan de llegar al cielo.»

Aquel acto tenia, apesar de su gravedad, mas candor que intencion política, porque se hacian en los estrados de Concepcion solo fúnebres comentarios sobre aquel viaje, enteramente desacordado en el concepto de aquellos habitantes. «Los ruidos mas siniestros, dice la *Union* del 19 de marzo, doce dias despues de haberse embarcado el jeneral en Talcahuano, comenzaron a circular por el público; todos recuerdan la sangrienta mortaja del jeneral Sucre i su fin trájico i misterioso.» Qué mucho que se creyera la noticia del hecho, si se habia dado tanta fé a sus vaticinios!

XVIII.

El proceso que se levantó en la capital contra los acusados puso en claro, para el honor de Chile, el mísero embuste que dió lugar a aquella trama. El delator Francisco Labra era un aventurero de abyecta condicion que habia pretendido esplotar la indignacion del jeneral Cruz con la esperanza de arrancar a su bolsillo alguna remuneracion por su soez mentira. Hombre vicioso, de aspecto repugnante, llevaba estampada en el rostro la doble impresion de la imbecilidad i del crímen. Convencido en juicio de su infamia, se le mandó reincorporar al cuerpo de ejército de que era desertor. Mas, no sabemos cómo logró evadirse, pues poco mas tarde se reunió al ejército del jeneral Cruz, no sin que asaltaran a éste fundados temores de que aquel malvado no fuera ya el denunciante sino el ejecutor de un crímen contra

su vida. Encerrado mas tarde en la Penitenciaria, sin duda por algun delito comun o en castigo de su desercion, le hemos visto despues libre, vago i repugnante como entónces.

XIX.

Habia, sin embargo, en toda aquella vergonzosa trama, una culpa de inmoralidad que daba afrenta a los encargados de velar por los intereses mas caros de la sociedad. El infame Isidro Jara era un corchete a sueldo de la policía, i para comprar sus servicios i los de sus camaradas, tan infames como él, empleados en el espionaje de los ciudadanos i en disolver a garrotazos los clubs políticos, no solo se le prodigaba el oro, sino que se le consentia con patente de la policía una casa pública de prostitucion, semillero de *electores*, en los dias de votacion, i de *enganchados*, para los dias de conflicto i de batallas.

La justicia mandó castigar aquellos hombres amparados por la policía, pero es mas que seguro que la impunidad les alcanzó i que los calabozos, en que momentáneamente se les encerrara, fueron a toda prisa alistados para recibir a los ciudadanos, que, como el ministro Vial, serian bien pronto conducidos en lejiones a las celdas inmundas que los ébrios i tahures dejában desocupadas en el cuartel de policía, por la órden del San Bruno de aquellos aciagos dias, don Francisco Anjel Ramirez (1).

(1) Véase en el documento núm. 6 del Apéndice las principales declaraciones de los denunciantes, pues se agregaron a Labra otros dos bribones de su calaña llamados Santibañez i Conejero, que se ocultaron despues de haber hecho por escrito declaraciones contradictorias. Las sentencias de 1.ª i 2.ª instancia se rejistran tambien en este documento.

XX.

Fué en estos mismos dias i como para dar una muestra de grandeza de ánimo, cuando el jeneral Cruz presentó su mocion de amnistia al Senado, de que era miembro. Iba dirijida aquella medida a poner término a los conflictos, que para el mismo gobierno nacian de la prosecucion del cuádruplo proceso de setiembre i noviembre de 1850 i de enero i abril de 1851; pero tal documento, por mas que honrara a su autor, estaba destinado a quedar en la carpeta del Senado solo como la letra muerta de un deseo individual. Aquella patriótica mocion que, segun tenemos entendido, no recibió siquiera los honores de la órden del dia, estaba concebida en estos términos que acusan la redaccion de su propio autor, tal cual fué publicada en el núm. 9 del *Correo del sur:*

«PROYECTO DE AMNISTIA.

«Los deplorables sucesos que han tenido lugar desde el mes de agosto del año próximo pasado, han sido causa que en la actualidad se encuentren en las prisiones o perseguidos considerable número de ciudadanos, cuya desgracia mantiene a sus familias en la horfandad i el desconsuelo. Al Congreso no puede ocultarse la conveniencia de poner término a esta triste situacion i de calmar la inquietud i el descontento por ella producidos, sobre todo, cuando está tan próximo el dia de una de las mas importantes elecciones constitucionales. A que esa eleccion se verifique con la tranquilidad que los buenos patriotas deben apetecer, contribuirá en gran manera el alto testimonio que propongo al Congreso, espedido de su imparcialidad, decretando una jeneral amnistia a favor

de todos los individuos que se hallan en el caso mencionado.

«A las consideraciones que dejo apuntadas, se agrega, en apoyo de mi proposicion, que llevándose adelante los enjuiciamientos iniciados o a punto de iniciarse con motivos políticos, los fallos que sobre ellos recayesen no serian considerados, por causas demasiado conocidas, como obra de la imparcialidad que debe reinar constantemente en los Tribunales de Justicia, sino de la prevencion de partido, que, demasiado induljente respecto de los actos de sus propios correlijionarios, está dispuesta siempre a representarse con los mas negros colores los de sus adversarios políticos.

«Tales son las razones que me inducen a proponer al Congreso el siguiente

PROYECTO DE LEI.

Artículo único.—Se decreta una amnistía jeneral a favor de todos los perseguidos, enjuiciados o sentenciados por causas políticas, desde el mes de agosto de 1850 hasta la fecha. Santiago, junio 11 de 1851.

José María de la Cruz.»

XXI.

Aquella série de sucesos, desarrollados de una manera tan rápida i ardiente, estaba probando a la vez dos cosas que importaban la aproximacion de una sangrienta catástrofe. Era la primera, que la revolucion palpitaba en las entrañas de la República. Era la segunda, que esa revolucion habia encontrado su caudillo.

En las tres semanas, transcurridas desde el dia de la llegada del jeneral Cruz a la capital (12 de mayo), hasta la noche del denuncio de su asesinato (6 de junio), habíase

operado una profunda metamórfosis en el ánimo de aquel guerrero, que, al dejar el estrecho suelo de la provincia nativa, habia ceñido su pecho, a la manera de una coraza de acero, con una resolucion incontrastable de incredulidad i desconfianza, para todo lo que le rodease en su prestijiosa jornada a la capital. Pero, gradualmente, dia por dia, casi hora por hora, aquel mezquino propósito del provincialismo fué cediendo delante de la invasion de los mas nobles influjos que pueden animar el corazon del hombre, la libertad, la patria, la dignidad humàna, que por todo le hablaban su austero lenguaje, llamándole a la accion i al sacrificio.

En las primeras subterráneas tentativas de la intriga política, todas las insinuaciones de los bandos se habian estrellado contra la reserva i la incredulidad del candidato penquisto. Las visitas oficiales i semi-oficiales en la primera semana, fueron, por mas que entónces se hicieran mil abultados comentarios, un campo desierto, donde ninguna mano segó una esperanza, ni lastimola tampoco ninguna escondida espina. El jeneral se mantuvo impenetrable delante de la habilidad de los políticos i de los hombres de estado, como ha solido llamarse entre nosotros a cualquier menguado intrigante, sobre todo, si es abogado i embustero.

Mas, cuando la voz del pueblo tronó a su puerta en la tarde del 17 de junio, parecióle al desconfiado caudillo que un horizonte nuevo e inmenso se abria delante de aquella mision de salvador, que se le ofrecia por los únicos que no saben engañar, i que ai! son tantas veces engañados, los hombres del pueblo! Al dia siguiente (18 de mayo), los ecos de la juventud revivieron en su alma los heroicos recuerdos de la primera edad que le habian puesto una espada en la mano i héchole grato el morir por una santa causa; i por esto, la reaccion que se operaba en el ánimo de aquel hombre,

colocado a tanta altura en el vaiven incierto de los destinos de su patria, habíase hecho aquella vez visible en sus palabras. Dos dias despues (20 de mayo), estas mismas palabras fueron un juramento, delante de las madres i de las vírjenes, i en presencia del cadalso aun humeante con la sangre del inmolado Fuentes! I ese juramento del corazon convirtióse en un reto publíco, el dia de la asonada cívica del 1.° de junio, i por último, en la resolucion de un castigo i de una tremenda espiacion, en aquella noche malhadada (6 de junio), en que habia creido ver brillar sobre su pecho el puñal de los asesinos....

Veinte dias habian bastado para operar aquel cambio tan inesperado i tan hondo. Los consejeros del falaz gobierno que en esos momentos rejia casi de una manera póstuma los destinos de la República (porque el presidente Búlnes era considerado por sus esplotadores políticos como civilmente muerto), se dieron sin duda cuenta del inmenso error que habian padecido, trayendo al émulo del pretendiente oficial, desde los deberes de oficina i de la estrictez militar de las fronteras, al foco hirviente en que se ajitaba la capital. Cruz habia venido, no solo indiferente a la causa popular, que entónces se debatia como en un vasto teatro, entre cuyas peripecias la jornada de abril habia sido un acto sangriento, pero no un desenlace. Pero en el momento de que nos ocupamos, no solo era ya su aliado: era su adalid, dispuesto a conducirlo al son de trompas de guerra al campo en que debia perecer o coronarse su causa....

El candidato de la caleta de *Penco-viejo*, era ahora el caudillo de la República.

Nunca vióse a un hombre subir a mayor altura en el amor ni en las esperanzas del pueblo, que aquella a cuya cúspide de gloria alcanzó el jeneral Cruz en esos dias, para él de

inmortal memoria. Fué aclamado por todas las voces el primer ciudadano de su patria i en aquella consagracion del pueblo no habia coaccion ni habia engaño. Habia solo una necesidad común que encontraba su solucion en aquel hombre, súbitamente aparecido en la árena de las contiendas civiles.

Mas, no era por esto el jeneral Cruz «un hombre necesario», como le pintaron bajo el concepto de un jactancioso error sus amigos de provincia, al proclamarle su elejido. La necesidad era anterior a aquella candidatura, que se presentaba, no como una creacion, sino como un medio. Es falso i absurdo a todas luces que los hombres sean jamas necesarios en la inmensa personalidad del jénero humano. La historia repudia tan estrecho principio con su eterna enseñanza. Son los pueblos los que padecen esa necesidad de salvarse, que se llaman crisis i revoluciones, i son ellos los que imponen al individuo la mision, la necesidad de cumplir sus destinos. El año X fué una necesidad de la América i de Chile, pero ni Carrera, ni Bolivar, ni Castelli fueron los hombres necesarios de ese inmenso trastorno. Cumplian solo ciegamente una lei anterior, indestructible como los siglos: la lei del progreso, esa mudanza infinita de todo lo que existe, que se llama en el siglo presente la *civilizacion* i acaso, en el venidero, se llamará el *socialismo*. Por esto era que Cruz, que habia dado «un no redondo», segun sus propias palabras, al programa del partido reformista, en marzo de 1851, tres meses despues dejaba atras ese programa de partido, i escribia con su espada el cartel de la revolucion.

XXII.

Los círculos liberales de la capital eran demasiado activos

i sagaces para no comprender que aquellos cambios en el espíritu del jeneral Cruz, significaban el inmediato triunfo de su causa, i no tardaron en abordar con franqueza la cuestion de un movimiento militar, fuera en Santiago, fuera en Valparaiso, fuera en las fronteras. Aceptólo aquel sin vacilar. Pintábasele al ejército en tal estado de alarma i de desorganizacion, que parecia a todos suficiente el que el jeneral vistiera su casaca de parada, para que los batallones saliesen a la plaza, a aclamarle su jefe. Habia, en verdad, en esta creencia, no poco de ilusion i temeridad; pero el hecho de que el ejército estaba pronunciado en masa por la candidatura militar era tan evidente que hubo momentos (perdidos mas tarde por la indecision o el engaño), en que pudo contarse con la alianza unánime de cuanto hombre ceñia a su cinto una espada. (1) Solo podia esceptuarse de aquel complot, casi involuntario, al jeneral Búlnes i a sus amigos íntimos, i esto, en fuerza de la presion i de compromisos que pronto pagó la ingratitud, nunca por una simpatía espontánea del corazon.

XXIII.

El jeneral Cruz, al ofrecer a sus aliados de la capital el acaudillar un levantamiento armado, exijió una sola condicion: la de que el partido liberal entrase con todas sus fuerzas en la

(1) Vivia el gobierno en tan contínuas alarmas por la fidelidad de la tropa, despues del motin de abril, que se llevó la relajacion de la disciplina hasta publicar por la prensa una manifestacion, firmada por todas las clases del batallon *Buin*, acentonado en aquella época en San Bernardo, por la que declaraban que no conspiraban ni pensaban en conspirar contra la autoridad. Este singular documento fué publicado en la *Tribuna* del 7 de julio de 1851 i puede leerse en el *Apéndice* bajo el núm. 7.

campaña electoral que en aquellos mismos dias iba a abrirse para escarnio de la República. Opusiéronse por los hombres encargados de sostener con el candidato revolucionario la discusion de aquellas primeras medidas de la rebelion, sérios obstáculos a tal demanda. Hízose presente al candidato que las elecciones en la capital, bajo la férula del partido que dominaba en el poder, eran, por una parte, una burla hecha al pueblo i un pretesto de legalidad que este iba a dar a sus dominadores. Púsosele de manifiesto que él mismo iba a jugar su decoro en una farsa i que sus enemigos se congratularian de verle el juguete de la muchedumbre que vendia su voto a uno de estos tres grandes derechos del pueblo chileno, puestos en ejercicios a virtud de la constitucion i de su corolario, llamado lei de elecciones: el *palo*, el *dinero* i la *chicha*.

Mas, fueron vanas todas aquellas reflecciones. El jeneral Cruz habia sido, por demasiado tiempo, hombre de la autoridad i de la lei, para no albergar una última esperanza de que esta fuese respetada. Por otra parte, segun los impulsos de su conciencia de hombre i su jeneroso patriotismo, el acto de aceptar la rebelion equivalia para él a una abdicacion absoluta de los derechos que le daba el voto popular, cuya eficacia él reconocia solo a una candidatura pacífica. El jeneral Cruz, una vez la espada fuera de la vaina, jamás habria sido presidente de su patria, por el derecho de la victoria o del mas fuerte. I esta conviccion, de cuya exactitud daremos pruebas en el lugar debido, le aconsejaba, casi con la persuacion de un egoismo, el tentar el último recurso de la legalidad. Anulada esta, su misma violacion seria el derecho i el pendon de la revuelta.

XXIV.

Las elecciones tuvieron lugar, en consecuencia. El partido liberal dejóse arrebatar del ardor que constituye su propia esencia, i entró en la lucha, si no con fé, con obstinacion i honor. El resultado, empero, era infalible. El nombre del candidato oficial saldria triunfante de todas las urnas, i el nombre del candidato popular seria inscrito en todas las protestas. Fueron las elecciones de 1851, en todas las provincias sometidas al influjo del gobierno de la capital, la quinta edicion del quinto quinquenio electoral que desde 1831 se habian venido colocando uno en pos de otro, como se diseñan sobre la espalda del hombre a quien se azota, los mismos músculos i las mismas llagas abiertas con el látigo, a cada nuevo golpe que le aplican.

XXV.

El partido de oposicion consignó en un Manifiesto (1) que se dió a luz, poco mas tarde, a guisa de protesta, las principales razones en que apoyaba la nulidad de aquel acto, llamado por mofa la soberania popular. Concretáronse estas en doce capitulos i un número casi igual de conclusiones legales que consignamos aquí, mas como una reminiscencia histórica que como una prueba innecesaria de nuestros asertos.

Las nulidades constitucionales, legales i reglamentarias,

(1) *Manifiesto del partido de oposicion a los pueblos de la República, sobre la nulidad de las elecciones hechas en los dias* 25 *i* 26 *de junio último. Santiago* 1851.

ejecutadas en las elecciones, estaban colocadas en la pájina 37 del Manifiesto, en el órden siguiente.

«1.° La compra escandalosa i pública de calificaciones i votos que, a vista de los presidentes i vocales de las mesas i a pocos pasos de estas, se hacia por los ajentes ministeriales, en puestos públicos, custodiados por la policía.

«2.° Que se prohibia por la fuerza el acceso a todos lós ciudadanos, cuyo voto no era favorable al Ministerio, necesitándose en algunas partes boletos de entrada que abonasen al sufragante.

3.° Que se rodearon las mesas de fuerza armada, en todas las provincias, sin motivo plausible que lo justificase, llevándose el despecho por el presidente de la mesa de la Catedral, don Ignacio Reyes, hasta el estremo de mandar hacer *fuego al pueblo*, *dar bala al pueblo*.

4.° Que se acuarteló la guardia nacional, se la intimidó i aun castigó a muchos de sus individuos, repartiéndoles en seguida certificados falsos con votos marcados, como en el pueblo de Rengo.

«5.° Que se privó a muchos escuadrones cívicos, como los de Nuñoa i Renca, de sus calificaciones, que no les fueron entregadas, apesar de la demanda que de ellas hacian, porque el voto no era favorable al Gobierno.

«6.° Que se llevó a la tropa cívica a sufragar, formada en pequeños grupos de seis en seis, bajo la custodia e inspeccion de sus jefes, como se ha hecho en la parroquia de la Estampa de Santiago, i en las provincias de Colchagua, Aconcagua, etc., destituyendo a los oficiales, cabos i sarjentos que se negaron a semejante obediencia.

«7.° Que en las provincias, los ciudadanos particulares han sido citados a sufragar, bajo la PENA DE MULTA I PRISION, por los Subdelegados o Inspectores i conducidos en formacion a las

mesas, como se ha hecho en las provincias de Aconcagua, Colchagua i Talca, i con especialidad en la parroquia de Guacargüe del departamento de Rengo.

«8.° Que las mesas no han funcionado las horas prefijadas por la lei, abriéndose en muchas partes la urna electoral a a las tres i media de la tarde.

«9.° Que no se ha concedido a los ciudadanos opositores inspeccionar los escrutinios parciales, que se han hecho en reserva i en la oscuridad.

«10.° Que se han cambiado los votos en muchas parroquias, como en la de Yungai, i Renca en Santiago, en las de Guacargüe i Pencagüe en Caupolican, en las de Vichuquen i Curicó, en este departamento, en la de Molina, en Talca, etc.

«11. Que en muchas parroquias, como en las de Rengo, Chimbarongo etc., se mandó por los Presidentes retirar a todos los ciudadanos particulares, para que entrasen a votar los escuadrones formados, como si estos tuvieran algun privilejio sobre aquellos.

«12.° Que todos los empleados, asi gubernativos como judiciales, han hecho valer su autoridad para impedir el libre sufrajio, siendo muchos de ellos los ajentes mas activos, como los Gobernadores de S. Bernardo, don Francisco Casanueva, i de Rengo, don Antonio Lavin, que repartian los certificados por si mismos en las plazas públicas; i los jueces Letrados de Chillan, don José Menares, de Colchagua, don Jovino Novoa i el del Crímen de Valparaiso, don Julian Riesco, cuya casa se convirtió en puesto público, donde se compraban calificaciones i sufrajios.

«Resulta, pues, de todos los hechos que enumeramos, como de todos los antecedentes i medidas que precedieron a la eleccion, que tambien hemos mencionado, que esta es de todo punto nula e ilegal:

«1.° Porque el Gobierno prohibió el derecho de asociacion en las provincias de Santiago i Aconcagua, impidiendo así al pueblo tratar i discutir los intereses mas sagrados i de mayor importancia.

«2.° Porque ha autorizado la espedicion de certificados falsos, i su retencion en manos de las autoridades, para anular así las calificaciones i arrebatar el voto a los ciudadanos que las poseian.

«3.° Porque ha anulado la representacion local, como en Santiago i Talca especialmente, i héchose el nombramiento de mesas receptoras, contra la disposicion terminante de la lei de 2 de Diciembre de 1833.

«4.° Porque ha impedido el libre ejercicio del derecho mas precioso que ejerce el pueblo, el derecho de sufrajio, tolerando el cohecho i la venta pública de votos que sus ajentes hacian en todas las parroquias.

«5.° Porque ha empleado la fuerza i servídose de la policía para impedir las manifestaciones de la opinion pública i la concurrencia a las mesas de los ciudadanos particulares.

«6.° Porque ha acuartelado a la Guardia Nacional, privado de su sufrajio a una parte de ella, i conducido por la fuerza a otra hasta la urna electoral.

«7.° Porque ha autorizado las destituciones que los Intendentes han hecho de varios empleados, por no apoyar la candidatura oficial.

«8.° Porque no ha contenido, sino estimulado los desmanes i avances de los empleados gubernativos i jueces letrados que, abusando de sus puestos, han hecho servir la autoridad para intimidar a los ciudadanos o impedirles emitir libremente sus votos.»

Mas, el «Manifiesto del partido de la oposicion» habia sido, como las elecciones, solo una condescendencia revoluciona-

ria. Haciase alarde de muchos documentos, actas, falsificaciones i violencias, cuyos justificativos, presentados en la prueba, acaso no eran siempre del orijen mas puro; pero todo su espíritu i sus propósitos verdaderos estaban concretados en estas palabras, que eran un audaz llamamiento a las armas, dirijido a toda la nacion. «¿Adónde poner los ojos para pedir justicia?. Ah! No queda mas que un Tribunal, pero Tribunal inflexible, donde nada pueden la amistad, el interes, el cálculo, la ambicion, las influencias de un Gobierno ni las pasiones de partido: ese Tribunal es el de la soberanía de la Nacion.—Pueblos de Chile! si quereis la restitucion i ejercicio de vuestros derechos, apelad a él!.... (1)

(1) Despues de este párrafo, i al terminar el folleto en que estaba impreso, se habia colocado por via de adornos tipográficos, en el mismo testo, dos pistolas cruzadas, ademas de otros emblemas de guerra que figuraban en la carátula.

La prensa ministerial, por su parte, no se quedaba atras en su violencia electoral. La víspera de las votaciones, en medio del aguacero de proclamas que la imprenta de Belin hacia publicar, la *Tribuna* dió a luz el siguiente artículo que puede citarse como un modelo de discusion política.

CANDIDATURA CRUZ.

«La prensa revolucionaria, órgano de la desmoralizacion i de la infamia, no contando ya con ningun sofisma para cohonestar sus inicuos deseos, recurre a la mentira i al ultraje, como si en estas circunstancias fueran capaces de inclinar a su favor la opinion pública.

«¿Qué puede decir hoi al pueblo de Santiago para alucinarlo? Nada: los hechos que éste ha presenciado son bastantes para persuadirlo de la perfidia i ruindad de sus enemigos, de esas furias sangrientas que degollaron en las calles de Santiago al honrado artesano, al padre de familia i trataron de reducir a cenizas la capital de la República.

«¿Con qué elementos cuenta hoi la candidatura Cruz para obtener el triunfo que desea? Con el voto de los forajidos de la sociedad Igualitaria, con el de los villanos Redactores del *Progreso*,

XXVI.

Cumplida la promesa del pueblo a su caudillo, tocábale a éste llenar la suya, i por cierto, que no habia de ser desleal a aquel pacto de su voluntad, como no seria nunca inferior, por el esfuerzo del ánimo a lo ménos, a la inmensa responsabilidad que asumia ante su patria i ante la posteridad.

Comenzáronse a tomar, en consecuencia, medidas activas en el sentido de un movimiento militar que se esperaba llevar a cabo en toda la República, con el solo nombre i el prestijio del candidato popular. A veces, por su insinuacion espresa, otras con su consentimiento tácito, se iban poniendo en juego todos los elementos de la accion.

Entre los principales resortes de ésta, se contó entónces, durante la permanencia del jeneral Cruz en Santiago, la fuga de don José Miguel Carrera para acaudillar la revolucion del norte i el envio al sur de un emisario, que seria con-

i con el de otros hombres nefandos, con lo mas abyecto, en fin, i despreciable de nuestra sociedad?

«Estos son los recursos con que cuenta el partido de la destruccion i de la sangre para trastornar el órden establecido; pero nó, el pueblo de Santiago mañana depositará en la urna electoral el voto solemne con que eleva al primer puesto al mas distinguido i próbido de sus hermanos.»

Esto se escribia en cuanto al bando i a la idea que habian sido vencidos. Con respecto al candidato adverso, que contaba todavia con la fidelidad intacta del sur, era diferente. La *Tribuna* encontraba todavia una dulzurosa palabra de adulacion.—«Hai derrotas gloriosas, decia el 30 de junio, como triunfos indignos: sufra la suya con resignacion i sacrifique su amor propio en aras del bien público; Jeneral Cruz! Este es el voto de vuestra patria, i este tambien el de vuestros amigos.»

ductor de una considerable suma de dinero. Fué designado para esta última comision don Francisco de Paula Vicuña, quien llevó cosidas en el cuello de su capa (pues era entónces el rigor del invierno) varias libranzas sobre la plaza de Concepcion, que sumaban un valor de trece mil pesos. Por una rara coincidencia, la escapada de Carrera de Santiago, en direccion al norte i la marcha de Vicuña hacia el sud tuvieron lugar el mismo dia (4 de julio), encontrándose el autor, que acompañaba al primero, con el último, en la villa de Casa-blanca, al atravesar por ella en la noche del dia 5, habiéndole reconocido, desde el camino, en el comedor de la posada, donde hablaron un breve instante.

XXVII.

En cuanto a lo que sucedia en las rejiones del poder, en aquellos momentos en que la crisis política comenzaba a encapotarse con los amagos de una revolucion inevitable, hubiérase creido que una sagacidad estraña, o las precauciones de las sospechas, inspiraban sus conceptos i sus alarmas al bando, contra cuya victoria electoral iba dirijido el estremecimiento subterráneo de la conmocion que ajitaba a la República.

He aquí, en efecto, como se espresaba la *Tribuna*, precisamente en el mismo dia (4 de julio), en que tenian lugar los lances que acabamos de referir i cuya intencion parece hubiera sido conocida por el escritor o sus inspiradores.

«Los hechos (decia aquel significativo i casi alarmante editorial) a los cuales la opinion pública ajusta siempre su fallo, sentimos decirlo, hablan contra el jeneral Cruz. Vemos su nombre protejiendo el desborde escandaloso de la prensa,

vemos su nombre figurando indebidamente en la representacion nacional, vemos su nombre en las protestas ilegales de la oposicion, i lo vemos, en fin, en todas las actas que huellan la lei, en todas las sordas maniobras, en todas las atentatorias pretensiones de los revolucionarios. ¿Qué significa esto? esclamamos los que profesamos al jeneral el aprecio que nos inspiran sus servicios; i la voz del pueblo viene a confundirnos.

«¿Dónde está el guerrero que tantos dias de gloria diera a nuestra patria? ¿Dónde el ciudadano que tanto la ha servido? ¿Dónde el patriota que ciñó siempre sus hechos a la pauta marcada por el deber? Estas preguntas nos hacemos para descifrar el misterio que encubre nuestra mente, i la realidad nos hiere a cada paso, mostrándonos que la gloria i las virtudes son tan frájiles i efímeras como los demas bienes de la tierra.

«El jeneral se encuentra en una crítica posicion. Su nombre sirve de pretesto a todos los ataques a la lei, al órden, al bien de la República, como sirvió en la jornada del 20 para todos los crímenes que se perpetraron. ¿Qué le toca hacer para salvarse del oprobio con que intentan mancillarlo? ¿Que partido debe tomar para escapar del abismo en que pretenden sepultar sus glorias? No hai mas que uno: respetar el voto de la nacion, protestar solemnemente contra la complicidad que quieren atribuirle sus partidarios en todos sus atentados, abjurar de las pretensiones que pérfidamente le suponen; abandonarlos, en fin, a su propia nulidad, para salvarse del borron con que pretenden ennegrecer su esclarecido nombre.

«Este paso seria para el jeneral un nuevo título a la veneracion de su patria i una muestra grandiosa de la elevacion de sus sentimientos.

«Cada hombre tiene una mision que llenar en este mundo;

el jeneral Cruz ha cumplido la suya con gloria ; deje, pues, que la cumpla tambien aquel a quien la providencia destina a hacer la felicidad de Chile.»

XXVIII.

Pero al tocar de aquella manera la campana de la alarma, haciendo un llamamiento a sus secuaces, el diario del gobierno no estaba desautorizado del todo, ni por sus inspiradores, ni por los sucesos. Sordos rumores que venian por distintos rumbos, pero principalmente del sud, habian ido cambiando aquella antigua e inmutable confianza que abrigaban los enemigos del jeneral Cruz sobre la mansedumbre, a toda prueba, de su espíritu político. A fines de junio, llegó, en efecto, al gobierno un espreso de los Anjeles, participándole que algo se tramaba en la guarnicion de aquella plaza, por lo que su gobernador, el coronel Riquelme, habia dado órden al sarjento mayor del Carampangue, don Pedro José Urízar, para que se trasladase a Santiago; órden que no fué, empero, cumplida i estuvo al acarrear sérios conflictos, como mas adelante veremos.

La fuga de Carrera i del autor de esta historia, que se supuso en el gobierno i se circuló con maña por los amigos de aquellos que era dirijida al sud, dió mas fuerza a estos recelos; i el ministro Varas los confirmaba, encargando un estricto cuidado a las autoridades del tránsito, en carta del dia 5 de julio, en atencion a la escapada de aquellos detenidos que habia tenido lugar la noche del 4. «Como todo puede temerse de *hombres perdidos*, decia en esa carta, aludiendo al reciente fracaso de las elecciones en la capital, recomiendo a U. mucho la vijilancia.»

A fines de aquel mismo mes, díjose ademas i de una manera misteriosa en los clubs conservadores de la capital, que se tenia por indudable el hecho de que el coronel Urrutia alistaba recursos hostiles en la ribera sud del Maule, i que, entre otros aprestos, habian visto pasar en direccion a Chillan una arria de 200 caballos. Quizá por esto mismo, se dió órden en esos mismos dias (13 de julio) para que los oficiales «cruzistas», don Alejo Zañartu i don José Ceferino Vargas, residentes entónces en aquel pueblo, se trasladasen a la capital, lo que aquellos no ejecutaron, porque, en verdad, parecia que toda accion gubernativa de la capital habia cesado desde la márjen meridional del Maule (1).

XXIX.

Para disipar la ansiedad que traía a los espíritus la duda de lo que acontecia en el sud, envióse por aquel tiempo a Concepcion, como emisario secreto, a don Basilio Venegas, mas conocido con el nombre de el *fraile;* i este hombre, a quien se creía dotado de gran suspicacia, regresó, al cabo de una detenida excursion por los principales pueblos del Maule, Ñuble i Concepcion, asegurando que la paz mas profunda reinaba en aquellas comarcas; aserto que no era estraño, desde que el mismo intendente de Concepcion «que se hallaba a la cabeza de la provincia i de la fuerza, decia don Antonio Varas en carta del 2 de julio (aludiendo al jeneral Viel i a los rumores que se esparcian en Santiago), a quien se ha instruido

(1) Consta esta órden de un oficio del intendente del Ñuble fecha 13 de julio, en el que dice al Ministro de la Guerra que aquellos jefes no han podido trasladarse a Santiago, por estar enfermos. *(Libro de correspondencia de la intendencia del Ñuble en el archivo del Ministerio de la Guerra.)*

de lo que por acá se corre, da seguridad i no abriga temores de revolucion.»

XXX.

Acercábase en estos mismos dias el plazo que el jeneral Cruz habia fijado para su residencia en la capital, i los íntimos de la candidatura Montt, por mas ciega que fuera su confianza en la imposibilidad política de aquel caudillo, no podian ménos de contemplar con alarma su regreso al centro de su poderío (1). Díjose entónces que el ministro Varas habia hecho constantes esfuerzos para evitarlo, empeñándose en obtener del presidente de la República una órden suprema para su detencion. Mas éste, que conocia a fondo los antiguos sentimientos de órden del intendente de Concepcion, rehusaba tenazmente acudir a aquella medida, que le parecia escusada i talvez imprudente, contentándose con ofrecer a sus consejeros que consentiria, a lo mas, en firmar su destitucion (1).

(1) Sin duda ocurrió en uno de estos momentos de irritabilidad oficial, que el jeneral Cruz fuese llamado al despacho del Ministerio del Interior, i que éste cometiese el error político, pues tal espíritu tuvo este lance de descortesia, de obligar a aquel caracterizado i pundonoroso jefe a hacer una larguísima i mortificante antesala, suceso que agrió profundamente el ánimo susceptible del jeneral penquisto, i fué, mas tarde un constante tema de sus agravios personales. Por lo demas, tan persuadido estaba en sus adentros el jeneral Cruz de que no le dejarian marchar al sur sus enemigos, que al dia siguiente de haber llegado a Valparaiso, cuando su sobrino don José Luis Claro le presentó su correspondencia de Santiago que acababa de sacar del correo, esclamó: *Ahí viene la órden de mi retencion!*

XXXI.

Una semana mas tarde, el 16 de julio, el Jeneral Cruz, intendente de Concepcion i jeneral en jefe del ejército del sur (pues aun no habia sido destituido), se alejaba de Santiago. Los habitantes de la capital habian vuelto a su sombría quietud, i con la vista tendida hacia el mediodia, esperaban concentrados e impacientes la hora solemne que se les habia prometido.

El gobierno se apresuró a acelerar aquella hora. Habíase resignado a dejar partir a su huesped que podia ser su fácil prisionero, i una esperanza insensata alhagaba aquel nuevo error de su política. Sabíase que en Concepcion, un hombre, aparecido, como Cruz en Santiago, en el terreno que le era propio, mas no como éste en nombre de la gloria sino, al contrario, por el prestijio del martirio, habia encendido la opinion pública hasta el entusiasmo de la rebelion; i creíase que el candidato vencido, por su carácter, su desinteres, i mas que todo, por su tradicion conservadora, habia de ir a poner fin a aquel conflicto. Una vislumbre de éxito habría tenido tal medida si se hubiera permitido volver al intendente del sur con su poder i sus honores; pero una nueva torpeza desató aquellos últimos compromisos que pudieran ligar al majistrado i dejaron al ciudadano dueño de su causa i de sus votos.

El 19 de julio, el jeneral Cruz fue destituido. Aguardóse el momento en que debiera hacerse a la vela con rumbo a su provincia, dando así a aquel acto de tanta consecuencia el carácter de una vacilacion del miedo o de una afrenta oficial, pues se habia rehusado admitir su dimision, cuando la ofreciera en la capital de palabra, i se le enviaba ahora a Valpa-

raiso por la estafeta, en un oficio. El jeneral Cruz creyó comprender que aquel trámite era una humillacion, mas que una cortesía, i así lo significa, al ménos, la terca nota en que acusó recibo de la cancelacion de sus títulos de mandatario (1).

XXXII.

Dos dias despues, el 24 de julio, el jeneral Cruz, ya simple ciudadano, cual sin duda era su ambicion en lo íntimo de su hidalgo pecho, se embarcó en la fragata *Elena*, que en aquella época hacia el servicio de paquete entre Talcahuano i Valparaiso.

Dos meses i medio apénas iban trascurrido desde que habia pisado la playa del último puerto, como un simple funcionario de la República, que venia a dar cuenta a sus superiores de

(1) He aquí este importante documento, copiado del que, de puño i letra del jeneral, existe en el archivo del Ministerio del Interior.

«*Valparaiso, julio* 22 *de* 1851.

«He recibido con esta fecha la nota del señor Ministro del Interior de 19 del corriente, en que me trascribe el decreto Supremo de la misma fecha, por el que se me exonera o destituye del cargo de Intendente de la provincia de Concepcion.

«Si me consideré altamente distinguido cuando recibí el nombramiento de tal intendente, como asi mismo del de Jeneral en jefe, de que recien he sido depuesto, no me es ménos satisfactorio el haber merecido de la presente administracion la mui pronta atencion a esa esposicion verbal i transcurso del período constitucional a que alude el considerando del decreto que se me comunica i del que me es grato acusar recibo al señor Ministro.

Dios guarde a U. S.

José María de la Cruz.»

Al señor Ministro de Estado en el Departamento del Interior.

los deberes de su cargo. Volvia ahora consagrado por la conciencia popular el caudillo de la mas poderosa i de la mas profunda revolucion que jamas se haya organizado en la América del Sud i en la que el jeneral Cruz habia asumido el primer puesto, no en virtud de las intrigas de partido, ni de los conciliábulos de cuartel, sino por la voluntad del pueblo, que, burlados sus derechos en los comicios de la lei, le habia encargado revindicarlos en los campos de batalla.

Los dias de la iniciativa estaban concluidos.

Iban a comenzar los de la ejecucion.

El jeneral Cruz, al descender sobre la playa de su pueblo, encontraria a éste formado en línea de combate, i aguardando solo su voz para marchar a cumplir su árduo empeño.

CAPITULO III.

LA AJITACION REVOLUCIONARIA.

Viaje al sur de don Pedro Félix Vicuña.—Su carácter i su carrera política.—Injusta persecucion que se le hace en Valparaiso.—Su mision revolucionaria en Concepcion i su carta al jeneral Cruz, en que manifiesta aquella.—Visita que le hacen en Talcahuano los señores Viel i Rondizzoni.—Va por la primera vez a Concepcion e impresiones que recibe.—Regresa a Talcahuano i concibe un plan de ajitacion revolucionaria.—Acta del 17 de junio, por la que el pueblo de Concepcion se declara solidario de toda la República en las elecciones.—Reuniones populares que tienen lugar en consecuencia.—El cura Sierra.—El círculo monttista en Concepcion.—El fiscal Eguígúren acusa criminalmente a los suscritores de la acta del 17.—Conferencia de Vicuña con el intendente del Rio.—El jeneral Baquedano.—Rol que asume en la ajitacion popular.—Acusa al jurado una hoja suelta i esta es condenada.—Vicuña acusa al *Conservador*.—Piezas judiciales de ámbos jurados.—El coronel Riquelme en los Anjeles.—Don Pedro José Urízar, mayor del Carampangue.—Envia aquel al último a Santiago por una singular sospecha, pero se dirije a Concepcion.—Combínase un movimiento revolucionario.—Sábelo el intendente del Rio i hace regresar a Urízar a los Anjeles con el coronel Viel.—Es éste ascendido a jeneral i nombrado intendente de la provincia.—Su carácter político.—Mudanza que se opera en su espíritu i violento al-

tercado que tiene con Vicuña en consecuencia.--Se reconcilian.
--Finje Vicuña ocuparse de una empresa industrial.—Calma aparente que reina en la provincia.—Palabras características que se atribuyen a don Diego José Benavente.

I.

Cuando, en los primeros dias del tormentoso mes de mayo, hacia rumbo hácia el norte el vapor *Independence*, que conducia de Talcahuano a Valparaiso al candidato del sur, daba bordadas, contrariada por el viento, para ganar el puerto, una hermosa barca de comercio. Era la *Elena*, que traia a su bordo al hombre del destino, para aquel pueblo que habia visto con las lágrimas en los ojos, alejarse a su crédulo caudillo. Aquel hombre, asi aparecido casi misteriosamente, era don Pedro Félix Vicuña, el ajitador revolucionario de Concepcion.

II.

Don Pedro Félix Vicuña habia nacido en la víspera de esos grandes dias de Chile (febrero 21 de 1806) que templaron con sus milagrosos espectáculos el alma de aquella jeneracion que debia encontrar su arena i su tumba en la Constituyente de 1828, la cúspide del año diez, derribada por el rayo de la reaccion. Niño a la caida de Marcó, era ya adolescente cuando, con el magnánimo ostracismo del jeneral O'Higgins, se abrió el brillante palenque de la libertad, que aquel caudillo habia cerrado en nombre de la gloria; i asi, vióselo, desde luego, en primera fila, al lado del venerable Infante i de don Carlos Rodriguez, (cuya palabra fué en la política

lo que la espada de su glorioso hermano habia sido en la revolucion), combatir con entusiasmo en defensa de los derechos populares, cuyos ensayos se tentaban entónces por los hombres de estado de la República, con tímida cautela.

Vicuña habia nacido tribuno entre los blasones de su aristocrática cuna. Desde su infancia, eran sus amigos i sus camaradas predilectos aquellos de sus vecinos de barrio que se encaminaban mas animosos, sin otra armadura que el *poncho* i sin mas arma que la *honda*, a sostener esos duelos «a piedra» que la política fomentaba entónces en una belicosa niñez, i que tenian por teatro las calles, las plazuelas de las parroquias, i mas comunmente, el pedregal del rio, donde la Chimba i Santiago, divididos en feudos hostiles, se daban diaria batalla. El imberbe caudillejo habia conquistado su puesto entre sus compañeros en fuerza solo de su diestra punteria para arrojar la honda i de las cicatrices que las de sus contrarios habian dejado en su rostro.

Cambiado el teatro de los comicios infantiles por el de las asambleas lejislativas; transportado del aula a la prensa, el jóven republicano habia buscado su elemento, i lanzádose en él con osadía.—Roma i sus héroes; Cartago i sus vengadores fueron entónces sus modelos i las visiones maravillosas de su almohada de estudiante, en aquellas aulas que hasta hace poco se dividian en bandos, sentándose en una banca las cohortes de Rómulo i en la opuesta, las lejiones de Aníbal. Cursante de derecho, poco mas tarde, sus teorias políticas partian del seno de aquellas democrácias de la antiguedad que en tan alta voga pusieron los filósofos de la revolucion francesa, i que algunos criollos, por candor unos(como don Juan Egaña) i por patriotismo otros (como Infante), creyeron iban a revivir bajo el nombre de Repúblicas en el suelo movedizo de la América. La educacion política i literaria de Vicuña

habia sido pues, cómo su niñez, turbulenta i activa, pero rodeada de lampos de esplendor.

El periodismo era entónces no un oficio: era una potencia pública. Sus iniciadores echaban en los moldes su robusta conciencia para imprimirla, junto con su palabra, en el papel, como otros echan en su bolsillo el salario de su pluma. Vicuña, uno de los fundadores del *Mercurio de Valparaiso,* de cuya imprenta fué propietario, hizo sus primeros ensayos en aquella ciudad, que debia ser mas tarde el pueblo de sus afecciones, que él conquistó con sus cadenas, i le pagara aquel con su jenerosa sangre, vertida por su nombre.

Conocido desde temprano por su ardiente civismo, cúpole, en 1829, el ser elejido diputado por cuatro departamentos a la vez, i esto, ántes de cumplir su mayor edad, sin la que en Chile ha sido tan difícil ser considerado como hombre, pues que la lei no reconocia a este el derecho de ser ciudadano.

Su familia, por otra parte, sea a virtud del mérito, sea en fuerza del acaso, sea por un culpable monopolio, sobre el que la historia está llamada a pronunciarse en breve, habia alcanzado en aquella época la supremacia de todos los poderes. Su padre era presidente de la República; uno de sus tios habia sido electo vice-presidente; otro (de santa i querida memoria) era el jefe de la iglesia. Aquel prestijio fugaz i deslumbrador pasó, sin embargo, por el ánimo entero del jóven liberal sin cambiar ni sus creencias, ni su amor al pueblo, ni su culto por la democracia.

Cayeron los suyos como próceres de la autoridad i el fué llamado a reemplazarlos como poder del pueblo, como fuerza de idea, como martirio de patriotismo. Cerca de treinta i cinco años van corridos en el desempeño de esa mision i de esa prueba i pedimos, con la autoridad de historiadores con-

temporaneos, no a titulo de deudos, se presente una sola voz a acusarle de abatimiento o de flaqueza en su árdua tarea aun no cumplida.

Sentado, en efecto, en los bancos de la reaccion de 1829, al lado de Infante i de Rodriguez, mereció pronto, a la par con estos, una gloriosa espulsion de aquella asamblea, que Portales comprimia como una masa de barro entre sus ferreos dedos.

Electo por segunda vez el jeneral Prieto para la suprema majistratura (1836), en medio de un sepulcral silencio, que tenia su razon en estas dos grandes palancas de su gobierno:—Lircay i la Constitucion de 33—habiase presentado en la arena popular un solo gladiador que echara en rostro a los políticos de la reaccion su mal adquirida omnipotencia, i ese soldado de la libertad civil que asi hablaba, en presencia de Juan Fernandez, poblado entónces de proscriptos, era el redactor de la *Paz perpetua*, la primera palabra de resistencia al sistema de 1830, como la *Lei i la justicia*, que redactó tambien Vicuña, fuera el último eco de la democracia de 1828, perdido en el estruendo de las armas vencedoras del peluconismo.

Declarada la guerra, en seguida, a una República hermana, su voz fué otra vez la única protesta (1) que se alzara contra ese crímen americano que la victoria cubrió mas tarde con su velo de oro; i en presencia de los sangrientos *sitios*, motines del poder, i de los motines de soldados, estos sitios del pueblo, que derribaban a aquel, inmolando a sus *jenios*, él solo pidió justicia, reconciliacion, el amor de las razas, la consagracion, en fin, de la gran familia americana.

Mas tarde, delante de la alianza cortesana de 1841, Vicuña permaneció mudo i desconfiado, i aquella intriga de palacio,

(1) *Unico asilo de las repúblicas hispano-americanas*, folleto publicado en Santiago en 1837.

que tantos crédulos i bien intencionados políticos se esforzaron en convertir en dogma popular, fué para su espíritu el signo de que un despotismo oligárquico iba a enseñorearse sobre la nulidad del pueblo. Desde aquel momento, en verdad, los que habian sido sus caudillos, los que habian salvado las tablas de la lei, recojiendo sus fragmentos sobre el campo de Lircay, los ínclitos *pipiolos*, morian como Infante, o se refujiaban en el silencio de su hogar, como Las-Heras, o ancianos i desvalidos, iban, como el ilustre Campino, a recibir la migaja de la opulencia conservadora, a la puerta de una oficina del Estado!

Todas las voces, aun las mas sonoras, se apagaron entónces en el vacío; i Palazuelos, el vocero popular de 1829, solo tomaba la palabra en el Congreso, para insultar la memoria de O'Higgins, i oponerse a que la tierra de Chile recibiera las cenizas del mas grande de sus soldados.

Pero las elecciones de 1845 vinieron a romper aquel consorcio infame que habia hecho de la idea liberal la esclava adormecida sobre la púrpura de sus señores. La matanza del puente de Jaime en 1846 fué el divorcio de la *fusion* de 1841. Vicuña pagó su popularidad con el destierro, como precaucion. Faltábale pagarla como castigo, a su regreso!

Perseguido en sus intereses, en sus hijos, hasta en su honra de ciudadano, porque en las elecciones de 1848 le negaron aun el derecho de votar, su *Reforma* tronó en la prensa en favor de su causa i de su bando con la enerjía de su dignidad ofendida i con la esperanza de una reparacion suprema.

La causa popular habia encontrado en el jeneral Cruz un vengador, i Vicuña se alistó como soldado en la cruzada que el pais iba a emprender bajo el estandarte desplegado a lo léjos en nombre de aquel caudillo, porque éste habia sido ya el designado de sus simpatías desde 1845, en que una sinies-

tra intriga, cuyos autores se conoceran bien pronto, estorbó la proclamacion de su candidatura.

III.

Tal habia sido el rol político de don Pedro Félix Vicuña durante los veinte años de la administracion de los constitucionales de 1833, que habian vencido con las armas a los constituyentes de 1828. El hijo de la oligarquía pipiola de 1829 habia sido el adalid mas constante i mas osado de la democracia que entrababa a la reaccion desde sus primeros pasos. A diferencia de muchos de sus nobles compañeros de idea i de infortunios, que enmudecieron alguna vez delante del terror o de los alhagos de sus enemigos, él permaneció siempre al lado del pueblo i sostuvo sus derechos con incontrastable firmeza. Su mérito mas distinguido, como hombre público, habia sido que entre todos los defensores de la causa puramente *liberal*, cúpole ser, despues de la muerte de don José Miguel Infante i de don Cárlos Rodriguez, el apóstol i el tribuno de la igualdad política, el único franco i decidido sostenedor de la causa de la *democracia*. La historia le hará esta justicia debida a su incesante propaganda de obra i de palabra, sellada con su martirio, con la persecucion de todos los suyos i la pobreza de su hogar, que él mas de una vez, sacrificó en aras de la patria; i si algun dia nuestra desheredada América entra a compartir con su jemela del Norte aquella lei bendita que hace iguales a todos los hombres delante del Universo i de Dios, delante del derecho i la justicia, la lei de la democracia, acaso el nombre de este infatigable ajitador de las ideas, será inscripto por la gratitud de las jeneraciones (a las que acaba de consagrar un libro (1),

(1) El porvenir del hombre un vol. en 4.°, Valparaiso, 1858.

que encierra todo su dogma democrático i social) entre los fundadores de la lei nueva que está llamada a rejenerar en los tiempos venideros, desde el Sinai de la civilizacion, nuestro continente entero i mas allá de los siglos, a la familia toda del linaje humano.

Don Pedro Félix Vicuña tenia, sin embargo, como político práctico, defectos capitales, que si bien lo hacian ménos apto para los altos puestos del Estado, le caracterizaban, al mismo tiempo, mas profundamente para el desempeño de su rol de tribuno popular. Era crédulo hasta ser visionario; pronto en sus resoluciones, hasta la temeridad, i sobre todo, adolecia de una confianza tan desencaminada en la buena fé de los hombres que le rodeaban i esplotaban su inesperto candor, que nunca poseyó aquel discernimiento certero i previsor de los caracteres i de los sucesos, sin cuyo alto don los hombres que se dan a la política, tal cual esta se ha practicado hasta aquí en las Repúblicas de América, estan designados para ser las victimas anticipadas de todos los errores i de todas las calamidades.

Vicuña, empero, apesar del ardor de su espíritu, durante mas de 20 años de lucha i de fracasos, habia tenido la cordura de no hacerse revolucionario por sistema. Era, al contrario, enemigo de las revueltas; pues habia visto undirse en ellas el poderío de los suyos i la vida o la fortuna de sus mejores amigos. Su propaganda habia sido, en consecuencia, en todo pacífica i dirijida exclusivamente contra la organizacion que ha dado al pais la funesta constitucion de 1833, el coloso que con sus brazos de fierro ahogaba todas sus teorías de reorganizacion democrática i social. Por esto habia redactado solo diarios de discusion como *La Lei i la Justicia* i la *Paz perpetua*, i por esto, el jenio adusto de Portales le habia guardado los fueros de su libertad individual, porque aquel

hombre sagaz comprendia fácilmente que quien se daba tan de buena fé a la discusion franca de los principios, no podia ser temido como un conspirador.

Mas, desde que se le habia hecho víctima de una miserable farsa de gabinete, enviándolo a un destierro, en el que casi acabó sus dias; desde que se habia fusilado al pueblo en las calles de Valparaiso, porque le aclamaba su representante, cuando él jemia en un ponton, i por último, cuando el hombre que con su consejo o su autoridad habia perpetrado todo esto contra su patria i contra él mismo, iba a escalar el poder, en virtud de una cabala de palacio i en lucha abierta con la voluntad de la nacion en masa, su ánimo tranquilo se cambió en ira revolucionaria; su índole benigna tomó el temple del denuedo, i el redactor de la *Reforma*, que solo podia, desde 1848, la convocatoria de una Asamblea constituyente que dirimiese las árduas contiendas de su patria; era ya, desde octubre de 1850, en que se proclamó la candidatura Montt, el mas ardiente i conocido sectario de la revolucion armada.

IV.

Encontrábase, pues, en Valparaiso don Pedro Felix Vicuña en aquella disposicion de ánimo el dia 20 de abril de 1851, presidiendo la instalacion de la *Sociedad patriótica*, que debia proclamar la adhesion de aquel pueblo a la candidatura Cruz, cuando llegó la nueva de que un alzamiento militar acababa de estallar, en la madrugada de aquel dia, en las calles de la capital.

No habia por cierto delincuencia en aquel acto puramente político del ajitador de Valparaiso i no la hubo en ninguna

de sus operaciones de aquel dia (a cuyas súbitas novedades él estaba de antemano enteramente ajeno), a no ser que lo fuera una conversacion secreta i revolucionaria que tuvo aquella noche con el intendente Blanco. Pero, entre las primeras órdenes que salieron de la Moneda en aquel lance, partió por la estafeta el decreto de su prision; i así, al darle exacto cumplimiento aquel celoso mandatario, escapóse Vicuña solo por su suspicacia, refujiándose, en la mañana del 21, en casa de una hermana, esposa de uno de los próceres del bando conservador (1).

Con la oscuridad de la noche i disfrazado con el traje de marino ingles, se asiló en seguida a bordo de un buque de guerra de S. M. B., fondeado en la bahía, (la fragata Mean-

(1) He aquí el oficio, en que el intendente de Valparaiso da cuenta de sus procedimientos contra Vicuña. Apesar de la ejecucion de estos, nos complacemos en recordar que la señora del Almirante Blanco envió un aviso secreto de la órden de prision que se habia espedido contra Vicuña, el que, sin embargo, por algun accidente, no llegó a este, sino cuando su casa habia sido allanada por soldados. El oficio dice asi:

Valparaiso, abril 21 de 1851.

Queda asegurada la persona de don Nicolas Pradel i se busca, por los ajentes de policia, al sangrador Paredes i a don Pedro Fèlix Vicuña, que se han ocultado i no se les puede hallar hasta estos momentos, en que participo a US. el resultado de estas dilijencias, previniendo que se sigue la pesquiza de estos individuos.

Por lo que respecta a don Bartolomé Mitre, debo avisar a US. que hacen algunos dias que se ausentó de este pueblo para esa capital, de donde no ha vuelto, segun estoi informado.

Dios guarde a US.

MANUEL BLANCO ENCALADA.

Al señor Ministro del Interior.

(Archivo del ministerio del interior.)

dre, capitan Keple), a cuyo jefe i oficiales debió, durante una semana, la mas benévola hospitalidad (1).

V.

Desde el primer momento de su persecucion i de la de sus amigos en Santiago, Vicuña tenia resuelto en su ánimo buscar en otro teatro el desenlace de aquel drama sangriento, del que la jornada de abril era solo un pálido cuadro. La provincia de Concepcion, donde tenia sectarios políticos i amigos de intimidad, habiéndola visitado un año antes con el autor de esta historia, seria ese teatro, i su preocupacion única era dirijirse en breve a aquel asilo.

Sus amigos, entretanto, concertaban sijilosamente en tierra la manera de ejecutar aquel propósito, i el 27 de abril es-

(1) Hé aquí una manifestacion de su conducta que Vicuña publicó en el *Comercio de Valparaiso*, al dia siguiente de haberse refujiado a bordo. Con una injenuidad que solo sienta bien a los políticos de corazon i una enerjía, propia de sus antecedentes, contaba sus intenciones i sus planes en esta pieza, tan breve como curiosa. Dice así testualmente.

«Señor redactor:

«Me encuentro a bordo de la fragata de guerra de S. M. B. *Meandre*, porque supe que tras la declaracion del sitio, se me habia ido a buscar con tropa a mi casa. Si la inocencia podia valer en estos tiempos, yo, léjos de buscar un asilo, me habria presentado en la prision; pero no he querido dar este gusto a mis enemigos, sabiendo que me costaria un buen invierno en Magallanes. Perseguido por mi patriotismo i contando entre las víctimas de la capital un hijo de 19 años que solo por ódio a mi persona, pueden retener en una prision, encuentro en la jenerosidad inglesa un testimonio de aprecio i simpatía. El capitan Keple, nieto del célebre almirante de este nombre, i toda la oficialidad, me han hecho la mas amistosa acojida i, por conducto de su diario, quiero darles mis agradecimientos.

«Si el gobierno pretende mi destierro, yo cumpliré con sus de-

tuvo a punto de verlo realizado, pues el vapor *Ecuador*, que se dirijia al sud, pasó aquel dia, convenido de antemano, a pocas brazas de la escala de la *Meandre*, para tomarle a su bordo. Mas, como el capitan dijese que él no se hacia responsable de la seguridad personal de su peligroso pasajero, al tocar en Constitucion, prefirió este quedarse i aguardar mejor coyuntura.

No tardó esta en presentarse en uno de los viajes periódicos que hacia entónces la barca *Elena*. El futuro intendente revolucionario de Concepcion embarcóse, en consecuencia, el 2 de mayo, i despues de un viaje proceloso, que dió lugar a que se le corriera en la capital náufrago i muerto, llegó a Talcahuano en la mañana del 8 de mayo, cuando hacia apenas 12 horas a que el jeneral Cruz se habia dirijido a Valparaiso.

seos, sin pasar ántes por prisiones ni pontones, como en 1846, ni tampoco por esos golpes ni amarraduras que sufren en Santiago mis amigos i parientes. De nuevo, voi a abandonar mi familia fiado en la Providencia que me protejerá. Yo calculaba que tenia que pasar aun por otra nueva prueba; i queriendo dejarle un apoyo en mis hijos que crecian, los apartaba de toda injerencia política, encaminándolos al trabajo, pero ya queda uno en una prision i mi nombre servirá de título a los otros para que sufran iguales persecuciones. Pero Dios que lee en los corazones, i sabe la pureza de mi patriotismo i los móviles de mis enemigos, al fin me hará justicia.

«Mi solo crímen es el haber cooperado a que el pueblo de Valparaiso proclamase el 20 del corriente al jeneral Cruz como candidato popular. El gobierno, sin saber el eco que haria la revolucion del coronel Urriola en Valparaiso, no pudo declararlo en estado de *sitio*; pero la candidatura de Montt no tenia siete suscriptores, i el jeneral Cruz tuvo en una hora cuatrocientas firmas i en dos dias mas de libertad, habria reunido todos los nombres del pueblo de Valparaiso.

«A bordo de la fragata de S. M. B. *Meandre*.

Valparaiso, abril 23 de 1851.

Pedro F. Vicuña.»

VI.

Hubiérase creido que el destino, con su ciega mano, habia conducido por opuestos rumbos a aquellos dos viajeros, de los que uno se alejaba i otro venia, buscando ámbos el centro de una gran conmocion pública, i que en sus opuestas misiones, iban a llevar a cabo el mismo pensamiento. Cruz, hombre de autoridad, súbdito de la lei, intendente, en fin, marchaba a presenciar en toda su desnudez el brutal exeso de aquella, i a convencerse de la falacia de la última, i regresaria destituido; Vicuña venia con el prestijio tribunicio de sus creencias i de su constancia, i llegaba huyendo del alcance de esa lei i puesto fuera de ella por la misma autoridad a que el otro obedecia. Cruz era llamado por la torpeza i el miedo del poder, a fin de que asistiera al espectáculo, para él desconocido, de un pueblo que se rebela a nombre de una esperanza; i Vicuña, alejado, por la torpeza o el miedo del gobierno, iba tambien, a su turno, a pedir a un pueblo altivo, pero frio, que se lanzase en la rebelion, a nombre de una idea.

La República, animosa pero inerme, necesitaba un caudillo; i los consejeros de la administracion Búlnes se lo dieron, llevando a Santiago al intendente de Concepcion.

La provincia de Concepcion, poderosa en armas, pero indiferente en la lucha de principios, necesitaba un tribuno, i los mismos hombres de Estado que dirijian la política, se lo enviaron, persiguiendo sin motivo en Valparaiso a don Pedro Félix Vicuña.

La revolucion de Chile de 1851 era un acontecimiento que estaba escrito en el libro de sus destinos.

Unos la han maldito, porque fué una catástrofe i un desengaño.

Otros la aplaudieron como el éxito propio i el castigo de contrarios.

La historia, a su turno, se adelanta, por entre las jeneraciones que aun lloran ó aplauden, i levantando del suelo aquellas pájinas sangrientas, las ofrece a la posterioridad, como una suprema e inexorable enseñanza.

VII.

La ausencia del jeneral Cruz traia, sin embargo, a tierra, al ménos por el momento, los planes, a todas luces revolucionarios, que Vicuña se proponia desenvolver en Concepcion. No podia imajinarse este entónces que la tardanza los haria mas formidables, como ignoraba tambien que de aquella manera habian de ser mas desgraciados.

Pero no por esto, el mensajero de la idea revolucionaria que bullia en la capital, decayó de ánimo. Al contrario, el mismo nos ha trazado aquella inesperada impresion en unos *Apuntes* que, a nuestro ruego, escribió hace diez años, sobre los preliminares de la revolucion i como complemento de su diario de campaña. «Al momento de echar ancla, dice, fuí instruido que el jeneral Cruz, doce horas ántes, habia salido para Valparaiso, en un vapor norte americano. Mi primera idea fué triste, pero no bastante para abatirme. Yo hallo fuerzas nuevas en todos los entorpecimientos que se me presentan i las dificultades son estímulos que me impulsan»

I en efecto, púsose en el acto a cumplir, como mejor le era dado, su tarea de ajitacion, aunque echara de ménos el eje principal con que habia esperado impulsar aquella. Hospedado

en Talcahuano en el seno de la honorable i virtuosa familia de don Manuel Zerrano, que por motivos de salud residia en aquel punto de la costa, i puesto al corriente, por aquel antiguo amigo, del estado de postracion en que el viaje del jeneral Cruz habia dejado los ánimos, resolvió no presentarse en Concepcion, sino cuando algun acontecimiento político de cualquier jénero hubiera sacudido aquel momentáneo letargo de las jentes.

Limitóse, en consecuencia, a escribir una larga carta al jeneral Cruz, timbre de un puro i desinteresado patriotismo, en la que, apesar de su irritacion i sus agravios, se esfuerza por pintarle el estado difícil del pais, las exijencias de la opinion por la reforma de las instituciones, la gravedad de los compromisos que él habia asumido ante la nacion, desde que aceptó la candidatura popular, i por último, los riesgos que le amagaban, por una parte, en la lejana capital, i el poder reparador que contaba en su provincia nativa, donde cada habitante era su amigo o su partidario.

Pero, reasumiendo en una sola faz todas aquellas complicaciones que traian aparejada, en su propia confusion i en su ardimiento, la guerra civil, proponia el ajitador del sud al candidato popular, como una solucion que evitara tamaños males, un plan de avenimiento político que consistiria en hacer aceptar al gobierno de la capital las condiciones propuestas en los cinco capítulos siguientes: 1.° Lei de olvido: 2.° Convocación de una asamblea constituyente para el próximo 1.° de octubre: 3.° Renuncia inmediata del jeneral Búlnes: 4.° La presidencia interina de un ciudadano conocido por sus antecedentes moderados; i 5.° La condicion de saber leer i escribir, como único requisito para tener voto en las elecciones que iban a tener lugar en breve.

Decia Vicuña al jeneral Cruz, en aquella carta, que con

este programa se evitaria la revolucion armada. Pero su patriotismo o su candor ofuscaba su criterio, porque ese programa era mas que la revolucion, i aun pudo decirse entónces que ese mismo plan era una segunda revolucion hecha al jeneral Cruz, acérrimo conservador en aquella época, despues de haberla hecho al jeneral Búlnes, ménos conservador, en nuestro concepto, que su primo, porque aquel es ménos sistemático en principios i mas flexible de carácter. Parece pues probable que la carta de Vicuña pasó por los ojos del jeneral Cruz en Santiago, solo como una quimera fosfórica, como la llamarada de un fuego fátuo que pronto se disipa.

VIII.

Cumplido aquel primer deber de su conciencia revolucionaria, el huesped del sud aguardó, en el fondo de su retiro, la marcha de los sucesos. Era aquella la estacion muerta de las provincias del medio dia, desde el Cachapoal adelante. Sabido es que de marzo a setiembre, aquella zona de la República se innunda de tal manera con las lluvias que las comunicaciones se interrumpen aun entre los puntos mas cercanos i los negocios sufren una paralizacion casi completa. Sin embargo, le visitaron luego algunos de los notables de Concepcion, i entre otros, dos personajes políticos que caracterizaban la situacion de la provincia, cada uno por el rol aparte que en ella representaba. Eran estos el coronel Viel i el jeneral Rondizzoni.

Antiguo amigo de Vicuña el primero, partícipe muchas veces de los mismos reveces políticos, i como aquel, espansivo por carácter, pintóle el suelo en que pisaban como suspen-

dido sobre un volcan. Mas, en su concepto, el viaje de Cruz, contrariando los votos de todos sus amigos i de él mismo, habia enfriado la lava de aquel, a punto de que si no volvia el jeneral, como era de esperarse, o si era sustituido en la intendencia, como parecia inevitable, toda esperanza de rebelion estaba perdida. El jeneral Cruz era dueño del ejército que guarnecia las fronteras; pero habia dejado las mas estrictas órdenes sobre su sumision a la autoridad; i sin el ejército, la sublevacion de aquellos pueblos era un absurdo o una temeridad.

Rondizzoni, por su parte, que no tenia afecciones por el jeneral Cruz i que miraba con ojos afanosos la intendencia que aquel dejaba vacante, i habia ocupado él otras veces como sostituto, confirmó en su conferencia con Vicuña el abatimiento momentáneo de la provincia i la impotencia en que se hallaria su caudillo para hacer revivir el entusiasmo que habia despertado en todos los habitantes la proclamacion de su candidatura.

IX.

Despues de varias semanas, el refujiado político de Talcahuano, que, apesar de sus defectos de hombre público (de fácil alusinamiento de las cosas i presajios, como de exesiva credulidad en los hombres), se conducia esta vez con tan marcada cautela, resolvió hacer un reconocimiento personal del verdadero estado de los espíritus, i a fines de mayo, o en los primeros dias de junio, se dirijió a Concepcion.

Sus amigos no le habian engañado. El hielo de la indiferencia se albergaba en los ánimos, que habian perdido su brújula política con la desaparicion de su caudillo, como el hielo

del invierno reinaba en la naturaleza i en la sociedad. Pero dejemos referir a él mismo sus impresiones de desaliento, estampadas sobre el papel, casi en la misma época en que las recibiera.

«Como un mes, dice Vicuña en los *Apuntes* citados, pasé en Talcahuano, i al fin, hize mi proyectado viaje. La noche que llegué me vi rodeado de casi todos los opositores. En la mayor parte observaba, mas que el patriotismo, la amistad del jeneral Cruz; sus ideas no tenian aquella enerjia que enjendra atrevidas resoluciones, i la exaltacion de los habitantes de Concepcion no era la mitad de la que tenian los opositores de Aconcagua, Santiago i Valparaiso (1), pero me consoló la conviccion de que el espíritu de los militares, subordinados al jeneral Cruz, era independiente del gobierno, a quien quitó toda influencia en el ejército la candidatura de un hombre, que, apesar de todo el trabajo de sus amigos por formarle una reputacion, jamás consideraron en las provincias, sino como un instrumento de la oligarquia, que se habia organizado en Santiago, para centralizar el poder.

«La otra conviccion que vino a entristecerme mas, fué la órden que dejó el jeneral Cruz a los jefes militares de no entrar en ningun movimiento, cerrando asi la puerta para que el pueblo no tuviera un apoyo en las revoluciones que pudie-

(1) El jeneral Cruz, haciendo el elojio de sus paisanos, en una carta inédita que tenemos a la vista i que escribió a don Pedro Félix Vicuña con fecha de 26 de mayo de 1852, un año posterior a estos sucesos, da una buena razon que esplica esta apatia política, o si se quiere la independencia de espíritu que reina a orillas del Bio-bio.—«Hai tambien otro motivo, dice, para que los penquistos conserven su carácter independiente i su celo por la libertad, i es que aun cuando no se encuentran grandes fortunas, tiene la jeneralidad medios i posibilidad en que ocuparse, i de aqui es que no se ven en la necesidad de sacrificar sus convicciones para alcanzar un destino del gobierno».

ran formarse para contrarrestar las violencias de un ministerio resuelto a todo para triunfar. Toda ajitacion popular era sin base i peligrosa, i cualquiera paso que yo diera eran compromisos inútiles para una poblacion que creia fácil exaltar, pero cuyos sufrimientos inútiles debia ahorrarle.

«Penetrado de estas ideas, me volví a Talcahuano con el pensamiento de esperar algun acontecimiento que en la capital debia producir la llegada del jeneral Cruz, a quien suponia la entereza i dignidad que su posicion reclamaba, desde que habia podido presentarse sin el carácter de revolucionario. La acojida que el pueblo le hizo, la visita de las señoras de la capital i los honores que le prodigaron, no eran resortes poderosos para neutralizar esta provincia. Pero el asesinato proyectado contra él, cierto o falso, que habia levantado la prensa i ajitado convicciones de lo que eran capaces los ministros, i la idea de llevar adelante las elecciones, que era un pensamiento abandonado en la capital i las provincias, me presentó la oportunidad que buscaba; i pocos momentos despues de recibidas aquellas noticias por el vapor, me encaminaba solo de Talcahuano a Concepcion. Mis pensamientos eran vagos, aun a pesar de mis deseos; las ideas se sucedian unas a otras en mi cabeza, pero en las tres leguas que recorri, formé mi plan, que me pareció decisivo i de jigantezcos resultados, aunque dudaba lo admitiese la poblacion, en la forma que yo lo concebia. No obstante, mi resolucion era el resultado de las convicciones que me habia formado i de las imperiosas necesidades en que nos hallábamos colocados.»

X.

Era natural que en aquella época de rápidos i ardientes acontecimientos no hubiese tardanza para que los vaticinios

que consolaban a Vicuña, al regresar a su albergue de Talcahuano, tuviesen el carácter de una realidad.

El 15 ó 16 de junio, habia llegado, en efecto, el vapor de la carrera *Vulcano* (despues *Arauco*), con las noticias de los graves sucesos que venian sucediéndose en la capital hasta la noche del 6 de junio, i que hemos narrado prolijamente en el capítulo antecedente. El ajitador del sud comprendió que la hora de la accion habia llegado i que su mision revolucionaria requeria una pronta i vigorosa iniciativa.

Por una parte, la actitud que los sucesos habian creado al jeneral Cruz en la capital se presentaba cómo peligrosísima i casi revolucionaria; i por la otra, la provincia en que aquel caudillo era tan querido, iba a conmoverse profundamente con las siniestras nuevas que se divulgaban sobre su existencia amenazada.

Las elecciones, ademas, debian tener lugar en toda la República en breves dias. En la provincia de Concepcion serian, únicamente, sin violencias, ni cohecho, ni ebriedad. Pero, por lo mismo, el éxito dejaria en sus habitantes una impresion leve que no tardaria en disiparse, tanto mas aprisa cuanto deberia ser mas lisonjera ¿Como entónces dar a la campaña electoral de Concepcion, aquellas peripecias i aquel ardor que enjendran las ajitaciones populares?

Ocurrióse a Vicuña el plan sencillo i oportuno de levantar una acta pública, por la cual la provincia de Concepcion *se hiciese solidaria con el último pueblo de la República* en la lucha electoral, para adquirir asi el derecho, o mas bien, el pretesto, de salir en demanda de cualquier desafuero de la autoridad, desde Atacama a Chiloe.

Aquella declaracion era evidentemente revolucionaria, porque a ningun pueblo es dado, bajo la prescripcion de la carta fundamental, arrogarse otros derechos que los suyos pro-

pios, que, a la verdad, son bien pocos, razon por lo que es mas lójico, i sobre todo, mas constitucional, el que no salga en demanda de los ajenos.

Mas, sea como quiera, aquel plan iba a ejecutarse i he aquí como se puso por obra.

«El 17 de junio a las 4 de la tarde, refiere Vicuña, llegué a Concepcion, donde me esperaban algunos amigos decididos. Zerrano, que me queria como un hermano, i que tenia el mejor concepto de mí, salió con don Bernardino Pradel, don Tomas Rioseco i don Ignacio Cruzat a citar al pueblo, a fin de hacer una reunion aquella misma noche; i yo me quedé en casa con el coronel Puga, a quien espuse mi pensamiento i me lo apoyó como una obra santa, a la que mui bien podria deber el pais su libertad.

«Miéntras se reunia el pueblo, yo redactaba mi acta, i dos horas despues de mi llegada, me hallaba reunido en la sala municipal con mas de cien de los principales vecinos. Mi reputacion, como patriota i hombre decidido i enérjico, llevó a cuantos supieron que aquella reunion era solicitada por mí. Al llegar, formé una comision para que viese al jeneral Baquedano i solicitase su presencia en aquella ocasion. El jeneral, al recibir aquel mensaje, esclamó: *Sabia ya que se reunia el pueblo, i estrañaba no se me hubiese llamado!* Se presentó a la reunion, i yo lo designé como su presidente.» «Supongo, dijo el jeneral, que el señor Vicuña es el que aqui nos ha reunido i podria espresarnos su pensamiento i objeto.» «Yo hize al pueblo alli reunido un corto discurso, diciendo que aunque léjos de mi familia, del centro de mis íntimas relaciones i perseguido sin cesar por el despotismo, tenia la satisfaccion de hallarme en medio de un pueblo tan valiente como patriota i que tenia la gloria de haber iniciado una candidatura que aceptaba toda la República. Que mi pensamiento,

como chileno, era servir a la causa de la libertad i del honor nacional en donde quiera que me hallase i que mis ideas sobre lo que podiamos hacer en las circunstancias, estaban formuladas en una acta que sometia al pueblo i que el señor Rioseco podria leer. Aceptóse la idea i despues de leida aquella, dijo el jeneral Baquedano que el pueblo no podria ménos que aplaudir pensamientos tan patrióticos, i una aceptacion jeneral sancionó mi obra. Despues, el canónigo Jarpa me preguntó si creia conveniente que el pueblo la firmara. Le contesté que esto constituiria toda su fuerza, i tomando la acta, la pasó con la pluma al jeneral Baquedano i él la firmó despues como vice-presidente. El pueblo me aplaudió i yo, que veia en aquel documento el paso mas enérjico i decisivo para restablecer la libertad, debia salir radiante de entusiasmo i de contento. Al llegar a casa, espliqué a Zerrano mis pensamientos i las consecuencias que debíamos esperar de aquel paso i convino conmigo en cuanto me prometia.»

XI.

La acta que se habia firmado como por asalto en aquella reunion improvisada, i de cuyos incidentes damos prolija cuenta, porque ella en si era el primer acto en la revolucion que se preparaba, estaba concebida en una forma tan lacónica como ardiente, a guisa mas de protesta i de reto al gobierno de la capital que como una salvaguardia de los derechos que iban a ventilarse en la urna electoral.

Su tenor era el siguiente:

SOCIEDAD PATRIÓTICA DE CONCEPCION.

«*El pueblo de Concepcion considerando:*

«1.° Que el actual ministerio, a fin de anular la soberania

nacional i elevar un pretendiente impopular, ha mandado a las provincias intendentes i gobernadores que opriman i violenten a los ciudadanos para obligarlos a dar su voto a don Manuel Montt.

«2.° Que, tanto en las elecciones pasadas como en las presentes, se prodiga el oro de las rentas nacionales, como es público i notorio, para corromper los ciudadanos, i pagar satélites que sirvan sus miras.

«3.° Que los Intendentes Necochea, Garcia i Cruzat oprimen las provincias vecinas de Maule, Chillan i Talca, para servir los intereses de una faccion desopinada que con este objeto los ha colocado en aquellos puestos.

«4.° Que son nulas, írritas i criminales todas las elecciones hechas por la violencia i el soborno; protestan una i mil veces contra todos los atentados que comentan los espresados Intendentes, los gobernadores, subdelegados i demas ajentes bajo sus órdenes, haciéndolos responsables ante la patria de cuanto hicieren contra la soberania nacional. El pueblo de Concepcion, apesar de tener sus derechos espeditos por la voluntad, i la enerjia con que defenderá la causa nacional, se HACE SOLIDARIO CON EL ÚLTIMO PUEBLO DE LA REPÚBLICA, teniendo por írritas i de ningun valor las elecciones que esta vez se hiciesen, atacando de cualquier modo la libre voluntad del ciudadano.

«Sin esperanza de justicia ni leyes, ni nada que pueda contener a una faccion que se ha entronizado sobre las ruinas de la libertad, Dios i el poder de una nacion entera juzgarán la justicia de nuestros reclamos. Protestamos nuestro amor por la paz i el órden público, estando siempre prontos a rechazar lo que no nazca de la voluntad de un pueblo soberano i libre, erijido en República árbitra de sus destinos, que ninguna faccion liberticida puede apropiarse ni cambiar.

«El pueblo de Concepcion, en virtud de esta resolucion, trabajará asiduamente por la eleccion del benemérito jeneral Cruz, ocupado de mitigar en las Cámaras las persecuciones que sufren los que aspiran a realizar la República.

«El pueblo se reunirá todos los dias hasta que se concluya la eleccion, i se pondrá en comunicacion con los otros departamentos i provincias vecinas, por medio de la comision nombrada para trabajar por aquella candidatura. Asi mismo, se les remitirá una copia impresa de esta resolucion, tomada con toda calma, i en el solo interes de salvar a la República de los ultrajes i desgracias que la amenazan.

«Para tener un órgano que esprese estos sentimientos i resoluciones, el periódico la *Union* se hará diario, miéntras dure la presente crisis.

Concepcion, junio 17 de 1851.

Fernando Baquedano—Julian Jarpa—Martin Reyes—Vicente del Pozo—Gaspar Fernandez—Nicolas Tirapegui—José Rodriguez—Ignacio Cruzat—José del Carmen Reyes—Máximo del Pozo—Bernardo Rioseco—Zenon Martinez Rioseco—Francisco Pradel—Juan Gonzales—Juan Valdes—Nicolas Peña—José Manuel Vargas—José Manuel Garmendia—Ramon Mora—Toribio Bastidas—Juan José Arteaga—P. A. Torres—José Dionisio Burboa—José Agustin Burboa—José Maria Garreton—Francisco Masenlli—Pio Tirapegui—Antonio Sierra—Pedro A. Tirapegui—Anselmo Santa Maria—Francisco del Rio—José Maria del Rio, presbítero —*Camilo Menchaca—José Prieto—Vicente Prieto—Pedro Félix Vicuña—Juan de Dios Barra—Tomas 2.° Smith—J. Vicente Peña—Julian Lavandero—José A. Espinosa—Fernando 2.° Baquedano—Francisco Lavandero—Desiderio Sanhueza—Lorenzo Reyes—Pedro J. Benavente—Carlos F. Benavente—José Miguel Prieto—Adolfo Larenas—Exequiel*

Lavandero—Estevan Villanueva—José Andres Ramos—Julio Martinez Rioseco—Nicolas 2.° Gonzales—Francisco del Campo —Pedro Angulo—Nemecio Martinez—Pablo Rojas—Francisco Paredes—José Manuel Carte—Manuel Sepúlveda—Justo Alvarez—Tomas Rioseco—Juan Glen—José Antonio Saavedra—José Antonio Lopez—José Manuel Castro—Victor Lamas—Eulojio Anguita—Pablo Silva—Manuel Serrano—Juan Avalos.

XII.

Como faltara solo una semana, el dia en que se firmó aquella acta revolucionaria, para que tuviesen lugar las elecciones, tomáronse esa misma noche dos medidas importantes, a fin de prestar a aquellas el carácter de una conmocion popular que de rebote se hiciese sentir en todo el pais. Fueron estas el convertir en diario el periódico la *Union*, de cuya redaccion en jefe se encargaria Vicuña, i celebrar reuniones populares todas las noches que aun quedaban espeditas para la ajitacion electoral (1).

(1) He aqui como la *Union*, dando principio a su tarea de propaganda revolucionaria, analizaba el espíritu del acta del 17, en un artículo conocidamente de la pluma de Vicuña.

«La acta que el pueblo ha levantado, que encabeza el jefe de mas alta graduacion militar de la provincia, i una dignidad de nuestra iglesia, i que han firmado todos los distinguidos patriotas de esta provincia, con un entusiasmo que les hace honor, es el mas importante documento, que Chile viera en 20 años. La acta levantada en la capital el 18 de setiembre de 1810, que inicia los primeros sucesos que prepararon la independencia, es un documento mui subalterno, al que todo este pueblo ha firmado el 17 del corriente. Aquel preparó la independencia, reconociendo aun a Fernando VII. El que acaba de ver la luz pública apela solo a

Elijióse con este fin el espacioso recinto que ofrecia una barraca que jenerosamente habia puesto a disposicion del pueblo, un vecino del apellido de Villagran. En la noche del 18, convocóse al vecindario por la primera vez, i Vicuña, en medio de una numerosa i sorprendida concurrencia, solicitó la adhesion en masa de los habitantes de Concepcion a la acta que se habia firmado la noche anterior, i que publicada al siguiente dia en una hoja suelta, se remitió a Santiago, como un brulote incendiario, por el vapor que salió de Talcahuano aquel mismo dia.

Escusado es describir la entusiasta acojida que la proposicion de Vicuña encontró en la tumultuosa asamblea. La acta se cubrió de firmas instantáneamente i el orador fué colmado de calorosos víctores.

Sucediose a aquella sesion, para el pueblo penquisto, una especie de nueva vida; la vida de la idea, de que aquella tierra de tan grandes *hechos* habia estado desheredada por

Dios i al poder de nuestros brazos, para repeler los ultrajes, las violencias e injusticias, con que una faccion cruel i asesina procura entronizarse. Este paso heroico, consecuencia precisa de los atentados políticos que han despedazado los lazos de unidad en la República, estableciendo solo el poder del mas fuerte, inicia de hecho la libertad. Sostener el edificio en que se apoyan el órden i tranquilidad pública mas es obra de los que, apoderados de la administracion, despedazan las leyes i hacen obrar la fuerza, que de nosotros, cansados ya de sufrirlos. No apelamos a las armas, porque tenemos un apoyo mas sólido i es *Dios i el poder de la República entera*, como lo dice la acta popular. En efecto, en la situacion a que ha sido conducida la República ¿qué fuerza mas poderosa pudiera impulsar los intereses de la libertad, que esa palanca moral de la opinion que ha invadido hasta el corazon del soldado? La provincia de Concepcion, compacta, uniforme i guerrera, nada tiene que temer del caduco poder que oprime a las demas; cuenta con la cooperacion uniforme de todas ellas, i principalmente de las mas vecinas, donde el despotismo quisiera apagar la vivificante llama que las anima.»

la guerra, en tiempos ya remotos i por su naciente industria, en época mas cercana. Vicuña era el alma de aquel club de un pueblo que no habia visto jamas otra asociacion que la de la tropa en sus cuarteles. Pero aquel ajitador, que desde la prensa lanzaba sus ecos sonoros sobre la muchedumbre, carecia de voz i de accion en su presencia. Érale peculiar cierto embarazo en su locucion, como era su pluma fácil i lúcida. Él reconocíase a si propio aquel defecto; i se encontraba fuera de su elemento, «cuando felizmente, dice él mismo, se presentó allí, como tribuno, un cura Sierra, ya viejo, pero ardiente i exaltado. Sabia perfectamente, añade aquel en sus Apuntes preliminares, el lenguaje del pueblo; tenia una facilidad estrema para hablar, i mui luego se formó una reputacion que atrajo una numerosísima concurrencia. En una poblacion que apénas exede de diez mil habitantes, teníamos, en medio de las lluvias i lodazales, hasta dos mil asistentes, i cuando los aguaceros cesaban, las familias i las jóvenes mas bellas iban allí a fomentar con su presencia el entusiasmo de la juventud.»

XIII.

En el transcurso de unos pocos dias, o mas bien, de unas pocas horas, porque la conmocion del vecindario i de las masas fué instantánea, presentaba la apática Concepcion el espectáculo de un pueblo unido, entusiasta, capaz de acometer de su propia cuenta cualquiera arriesgada empresa i de cumplir aquel compromiso de *solidaridad*, es decir, de rebelion, que habia asumido espontáneamente ante todo el pais.

XIV.

El pequeño círculo monttista que, en medio de aquella ajitacion unánime, aparecia solo como un punto casi imperceptible de resistencia, apercibióse del peligroso i violento jiro que se imprimia a la opinion, i tentó un esfuerzo que fuese bastante a desviar aquel, o por lo ménos, a ponerle estorbos en su cauce preñado de tormentas.

Existia el núcleo de aquel bando en los funcionarios del poder judicial, esa gran accion gubernativa del decenio, cuya historia, escrita toda en el papel sellado de los procesos, contamos ahora, haciéndole a nuestro turno el proceso de la posteridad. El juez de letras don Rafael Sotomayor, el fiscal de la Corte de Apelaciones Eguigúren, i los ministros de ésta, don José Miguel Barriga i don Ambrosio Andonaegui, hombres moderados, si no populares, servian de punto céntrico a la resistencia pasiva del cuerpo de empleados de la provincia i de dos familias, únicas que por relaciones de parentezco u otros compromisos, no habian prestado su cooperacion a la causa de su pueblo natal. Eran estas la de los Rosas Mendiburu, parientes de afinidad del jeneral Búlnes i los Palma (don Ignacio i don Salvador), que desde mui atras hacian frecuentes i pingues negocios con el fisco, a lo que debian una buena parte de su considerable fortuna i de su influencia local. El jeneral Rondizzini presentábase como el hombre de espada, el intendente en ciernes, de aquel círculo que las simpatias oficiales i la tesoreria mantenian en estrecha union de corazones i de sueldos.

En cuanto a los próceres de Concepcion, contábase como afectos a la candidatura de la capital, al célebre don Miguel

Zañartu, ya mui anciano i rejente de la Corte, i al no ménos conocido don Ramon Novoa, hombre inquieto i audaz, que en su juventud habia pasado por todos los trabajos i todos los azares de la revolucion en Chile, el Perú, Centro América i aun en las Antillas.

Ponderando, en todo, el número de los lejítimos sostenedores del candidato Montt, no podia hacerse subir sino a diez o doce ciudadanos (1), cuya mayor parte eran estraños por nacimiento a la provincia, i todos estaban ligados a la administracion por sus empleos. Entre los últimos, contábase todavia a un hermano del ministro Varas, rector del Instituto, hombre sumamente bondadoso, inofensivo i ademas enfermo.

(1) Haciendo un burlesco inventario de los sostenedores de la candidatura Montt en Concepcion, la *Union* del 16 de mayo publicaba la siguiente injeniosa lista.

Decididos monttistas.

D. José Ignacio Palma.	1
» José Salvador Palma.	1
» Ramon Rosas.	1
» Vicente Varas.	1
Sumas de los Monttistas decididos.	— 4

Por decidirse monttistas.

D. Domingo Ocampo.	1
» José Miguel Barriga.	1
» José Rondizzoni.	1
Suma de los Monttistas por decidirse.	— 3
Total de los Monttistas decididos i por decidirse.	7
Se rebajan 2, por lo ménos, que han asegurado tener fuertes simpatias a favor del jeneral Cruz.	2
Quedan Monttistas líquidos, entre los decididos i por decidirse en Concepcion.	5

XV.

Aquel grupo de hombres, a los que los sucesos políticos habian creado una posicion violentísima en medio de un pueblo hostil, del que eran majistrados, casi sin ser obedecidos, se habia mantenido en una prudente reserva miéntras la apatía i el invierno dominaban los ánimos; pero cuando circuló la acta del 17 de junio, i recibió al dia siguiente ochocientas firmas en la barraca de Villagran, una repentina alarma dominó sus espíritus i los precipitó en un paso que, a no haber mediado la cautela del juez de letras Fernandez Rios i la cordura del intendente don Pedro del Rio, habria encendido los conflictos que amenazaban a la provincia, mas aprisa de lo que sus mismos atizadores se proponian.

Al dia siguiente de haberse firmado la acta electoral, que hemos llamado, con mas propiedad, revolucionaria, el fiscal Eguiguren presentó, en efecto, al juzgado criminal, que desempeñaba Fernandez Rios, una fulminante acusacion, pidiendo que se sujetase a proceso a todos los que habian firmado aquel documento, como a reos de rebelion. El juez, cuyas simpatías de corazon estaban todas por el pueblo de su nacimiento, vaciló entre éstas i las exijencias de su ministerio; pero alguien le alumbró el subterfujio de que, estando impresa la acta i las firmas, el fiscal público debia ocurrir al jurado. Esta medida evitó que el reto de los Monttistas de Concepcion saliera a la plaza pública llamando a pregones a todo un pueblo, lo que era tan osado como imprudente en sus autores.

XVI.

Mas no por esto sesgaron en su propósito de enfrenar en sus primeros arranques el ímpetu popular. Aguijonearon al circunspecto intendente de la provincia para que se revistiera de la enerjía que era propia de la autoridad, delante de los desmanes de la muchedumbre; pero del Rio ofreció solo interponerse como conciliador, no como poder, lo que era mucho mas acertado, i en consecuencia, en uno de aquellos dias, llamó a Vicuña a su despacho.

Presentóse aquel, sin tardanza, i como comprendiera el objeto de la entrevista, suplicó al intendente hiciera retirarse a su secretario. Cuando quedaron a solas, díjole del Rio con tono mesurado i amistoso que la acta del dia 17, las reuniones tumultuosas de cada noche, el ardor inusitado de la prensa i todos los síntomas de alarma que cundian en la poblacion que él rejia, se atribuian a su presencia i a sus manejos de ajitador revolucionario. Era un deber suyo, por tanto, añadió, como primer funcionario de la provincia, poner ésta a salvo de los peligros de un trastorno; pero que, olvidando su autoridad, le pedia solo como amigo desistiese de su propaganda revolucionaria.

Aquella noble franqueza, propia de los altos caracteres, pues solo déspotas torpes i menguados se irritan de las resistencias de los pueblos, colocó a Vicuña a la altura del rol de tribuno que habia asumido, i hablando al intendente un lenguaje digno i respetuoso, le hizo presente que él no era un conspirador vulgar, sobre el que la justicia hubiera de poner mano violenta; que él ajitaba, no al vecindario de Concepcion, sino al pais entero, que tenia fijos sus ojos en aquel

único recinto, óasis de libertad, en que era dado alzar la voz en representacion de los derechos de la nacion, en toda otra parte escarnecidos; que en la ausencia del jeneral Cruz, campeon de la causa que habian consagrado todos los pueblos con sus votos, a él (del Rio) tocaba el alto honor de protejer esa causa contra las maniobras de unos pocos intrigantes, i que, por último, si era la revolucion la que se proponia evitar haciéndole aquel encargo de autoridad, él tenia la suficiente fuerza de ánimo para declararle que su prescripcion no seria obedecida, porque el pueblo en masa estaba ya lanzado en esa vía, a lo que se añadia que en aquella precisa hora, el jeneral Cruz era en la capital el primer revolucionario de la República, como lo era el mismo intendente a quien interpelaba, antiguo amigo de aquel ilustre patriota i compañero suyo en los gloriosos esfuerzos de la Independencia.

Una mal disimulada sonrisa desplegó los labios del severo mandatario, al verse asi apostrofado en nombre de sus sentimientos mas íntimos; i se despidió de su atrevido huésped, recomendándole la calma i la prudencia, al ménos hasta que él fuese relevado de su cargo.

La revolucion habia penetrado ya en las antesalas de la Intendencia, i por todas partes, tomaba alas i atrevimiento.

XVII.

Vicuña encontraba por do quiera un eco jeneroso que respondia a sus esfuerzos. El pueblo de Concepcion, el vecindario de Talcahuano, la provincia toda, se conmovia de una manera eléctrica. La revolucion civil estaba de hecho consumada.

Mas, ¿cómo dar cima al movimiento militar, sin cuyo apoyo el levantamiento de los ciudadanos habria sido solo la protesta

del martirio? El ajitador i sus amigos tenian por seguro que el jeneral Cruz no regresaria ya de la capital donde, si era el huésped querido del pueblo, pasaba solo como un prisionero de los hombres del Decenio. El coronel Viel, entusiasta i liberal, tenia una frájil reputacion como político i era ademas estranjero. El comandante Zañartu estaba relegado en Arauco, conforme con desempeñar un rol subalterno, apesar de la brillante oportunidad de distinguirse que le labraban los acontecimientos. El ejército de las fronteras era la palanca de la revolucion i no se encontraba, sin embargo, un brazo bastante robusto para ponerla en juego.

XVIII.

Existia en la Asamblea de Concepcion un antiguo jefe del ejército que habia servido con gloria en todas las campañas de la República. Sarjento de caballería en las primeras guerras de la revolucion, habia sido despues oficial subalterno en aquella arma, conquistando todos sus grados por el solo brio de su pecho i el vigor de su brazo, hasta recibir el despacho de coronel en 1830. Habia militado en todas las campañas de la Independencia, servido a las órdenes de los mas ilustres jenerales que dieron prez a nuestras armas, i encontrádose en todas las batallas de la patria, desde Yerbas-buenas a Pudeto. Soldado de Carrera en 1813, i subalterno de San Martin en 1817, habia militado despues con Pinto en el Perú, con Freire en Chiloé, con Borgoño en las campañas de Pincheira, con Búlnes, en fin, en la guerra civil (1). Pocos

(1) En la hoja de servicio del jeneral Baquedano, archivada en el Ministerio de la guerra, se encuentra esta frase, singular por su exactitud histórica. «Se encontró en la campaña contra los *anarquistas*, desde noviembre de 1829 hasta fin de mayo de 1830, a las órdenes del señor jeneral don Joaquin Prieto».

nombres militares habian alcanzado un renombre mas popular; pocas fojas de servicio tenian iguales timbres.

A todas aquellas viejas glorias, habíase añadido ahora el blason de una inmortal hazaña que mereció a su pecho la banda de jeneral de la República i a su reputacion el nombre del «Murat chileno» (1). Contábase de él que comprometida la batalla de Yungay i flanqueada en todas direcciones nuestra heroica infanteria, cansada de pelear contra inaccesibles trincheras, habia pasado aquel jefe un barranco con un puñado de jinetes i dado tres cargas sucesivas sobre los parapetos enemigos, donde, en la punta de su lanza, tremoló la bandera de la victoria.

Aquel hombre era el jeneral don Fernando Baquedano!

XIX.

En la ausencia del jeneral Cruz, aquel viejo soldado, lleno de servicios olvidados en la oligarquia de la capital (2), iba

(1) Palabras testuales del jeneral Cruz en Peñuelas, octubre de 1861.

(2) Por aquellos mismos dias, el jeneral Baquedano habia sostenido una irritante controversia con el intendente de Ñuble, don José Ignacio Garcia, su antiguo subalterno, que ahora le exijia con arrogancia se presentase en Chillan a dar cuenta de una extralimitacion de facultades, que se le atribuia por haber reconvenido violentamente i aun amenazado con prision al subdelegado del villorio de Yungay, situado en la provincia del Ñuble. Parece que este individuo, llamado Solis, habia puesto preso a un ordenanza del jeneral, lo que habia causado el enojo de éste. De todas maneras, el jeneral negóse con arrogancia a someterse al llamado del intendente del Ñuble, desconociendo de hecho i de derecho su jurisdiccion, pues hacia dos años que estaba establecido en la provincia de Concepcion. Este hecho consta de una activa correspondencia que se siguió entónces entre Baquedano i Garcia, que se encuentra archivada en el Ministerio de la guerra de esta capital.

a ser designado por el pueblo como su mas lejítimo representante, porque le creian amigo leal de los penquistas i un patriota jeneroso.

Por otra parte, la elevacion de aquel caudillo tenia un significado político de la mas alta trascendencia. Impresionable, fácil a la lisonja, violento por accesos, i sobre todo, de un valor reconocido, comprendia el gobierno de la capital que la revolucion, que a todas luces se organizaba en el sud, caida en manos de aquel caudillo, iba a tener un carácter que le infundia mas recelos que los que el prestijio i el poder militar de Cruz podian inspirarle. Los consejeros del gobierno raciocinaban con cierta lójica en sus miedos. La revolucion les parecia inminente, fuera que Cruz estuviese o no en sus manos, i se decian.—«Si ha de haberla, que la acaudille un hombre moderado».—O acaso, mas se lisonjeaban con que dando suelta al último, habria de venir a evitarla del todo entre sus enardecidos partidarios.

Tal fué, al ménos, la manera de ver del hombre que se habia puesto al timon de las ajitaciones i que desplegaba, a cada ráfaga del ajitado viento, una nueva vela que diera mas empuje a la nave en direccion al huracan. «El jeneral Baquedano, dice Vicuña en sus anotaciones de fines de junio, con quien habia hablado como 12 dias ántes, me visitó en Concepcion, i me pareció el jefe mas conveniente para producir el resultado que me proponia. Él se me habia manifestado decidido por el jeneral Cruz, indignado con el viaje de este a la capital, que lo habia puesto en manos de sus enemigos, i mui impregnado de las ideas de un ardiente republicanismo. El ministerio cayó en el lazo, supuso mas peligroso al jeneral Baquedano, i aun impulsó la venida del jeneral Cruz, que siendo, en su concepto, inútil en Concepcion, servia solo en Santiago i Valparaiso de bandera a los opositores. Los acontecimientos,

añade al terminar, manifestaron la exactitud de mis combinaciones, como lo vamos a ver».

XX.

No pasaron, en efecto, muchos dias sin que el jeneral Baquedano fuera llamado a asumir su puesto de caudillo en Concepcion. Publicábase entónces una hoja electoral que con el título del *Conservador* i redactada por el jóven arjentino don Leopoldo Zuloaga (enviado con aquel objeto de la capital), daban a luz los sostenedores de la candidatura oficial en aquel pueblo. Lisonjéabanse éstos estrañamente en disminuir la influencia del jeneral Cruz i enajenarle algunos votos en la provincia, con aquella publicacion, cuyos artículos, descoloridos reflejos de la prensa de la capital, se perdian en el silencio o en la burla.

Pero, a consecuencia de la acta del 17 de junio, echóse a volar una hoja suelta por la Imprenta del *Conservador*, en la que se trataba al jeneral que firmaba aquella como presidente, de la manera mas incivil que era imajinable, denominándole «jeneral Berenjena».

Aquel apodo irritó hasta el fenesí al viejo soldado, que se esponia ahora por la primera vez i sin coraza a los fuegos de la prensa, i quiso hacerse justicia por su mano, castigando en alguno de los afiliados del club conservador, la insolencia del insulto. Pero Vicuña logró calmarle i persuadirle que una acusacion ante el jurado, a nombre de las mismas leyes, cuya alabanza entonaban aquellos cada dia, seria un acto mas digno, mas popular, i a la postre, mas revolucionario.

Accedió el dócil jeneral a aquel consejo; hízose la acusacion; defendiéndolo Vicuña ante el jurado, preconizando

sus méritos de soldado i de patriota; condenóse, como era de esperarse de la conciencia de partido, al acusado, i el pueblo llevó en triunfo al ufano vencedor, desde la sala del juzgado al recinto de sus nocturnas sesiones, que aquella voz bullia con la algazara de un triunfo popular (1).

XXI.

Sucedia esto el 24 de junio, i pocos dias mas tarde, irritados los conservadores con el castigo que habian recibido, en virtud de sus propias ordenanzas, atacaron con ira al defensor de Baquedano, a quien, con justicia, se creia el autor único de aquellas turbulencias. «Poneos en guardia, artesanos!» decia el núm. 10 del *Conservador*, a propósito del ajitador que promovia aquellas. Un hombre perseguido por las leyes trata de envolveros en su ruina!»

Vicuña saltó ávido sobre el insulto, movido, no del encono sino obedeciendo a su inflexible plan de omnímoda ajitacion. Queria ofrecer al pueblo otra vez el espectáculo de un triunfo, que en sí mismo era efímero, pero que envolvia la importante consecuencia, de presentarle humillados a los mismos que se jactaban de tener a sus piés a toda la República. Presentó, en consecuencia, su acusacion al jurado el 29 de junio; declaró aquel que habia lugar a formacion de causa el dia 30, i el 3 de julio condenó a prision i multa a un infeliz campesino, llamado don Fernando Gomez, deudor moroso de los señores Palma, i que estos exhibian como autor de aquel delito, aunque el buen hombre habia sido obligado a bajar de alguna

(1) Véase en el núm. 8 del *Apéndice* las piezas judiciales relativas al jurado del jeneral Baquedano.

remota montaña del interior solo para cancelar su deuda con la cárcel.

El vencedor remitió, sin embargo, toda pena al acusado (1), pero su defensa, que publicó en el núm. 40 de la *Reforma*, (último que entónces dió a luz), llena de un atrevimiento inaudito, resonó en toda la provincia como la campana de rebato.

XXII.

El *Conservador*, asi flajelado, en el espacio de una semana, se despidió de su escaso auditorio, dando por fenecida su malhadada empresa, i escribió su propio epitafio, salpicando con los títulos i epígrafes de sus artículos las columnas en blanco de su número del 29 de junio, que fué el décimo i último que se publicó. Su redactor regresó desconcertado a Valparaiso, donde le encontramos en los primeros dias de agosto.

XXIII.

Lo que la revolucion del sud iba a tener de civil en su organizacion, estaba ya consumado; i de tal manera, que no era solo un hecho sino un triunfo. El pueblo de Concepcion habia desbaratado en sus reuniones i en el tumulto de los jurados, la última valla de resistencia que le oponian el círculo del ministerio, la autoridad provincial, la lei misma.

Faltábale poner por obra el alzamiento de las fronteras,

(1) Véase en el *Apéndice* bajo el núm. 9 los documentos principales de este jurado.

que era lo mas difícil i, a la vez, lo mas importante de su empresa; pero las circunstancias vinieron por sí solas a acelerar la realizacion del plan revolucionario en todas sus combinaciones. Como en Concepcion, el escesivo celo de los partidarios de la candidatura oficial iba, en los Anjeles, la capital de las fronteras, a traer el conflicto de que habia de nacer el levantamiento de las armas.

XXIV

Era, en aquella época, gobernador del belicoso departamento de la Laja i comandante de la alta frontera, el coronel don Manuel Riquelme, uno de los tipos mas acabados del inculto *arribano*, es decir, del indíjena, con toda su innata malicia i sus instintos aviezos, aforrado en la carne, en el buen sentido, i, mas que todo, en el disimulo del civilizado europeo. Contábanse de él muchas «barbaridades» de palabras i de ademan, pero conocíanse mui pocos rasgos de su conducta que no estuvieran basados en un juicio recto de las cosas, i mas comunmente, en la astucia solapada. Primo hermano del jeneral O'Higgins, habia sabido evitar su caida a la par con su deudo: i sirviendo a todos los gobiernos que sucedieron a aquel, le mantenia, sin embargo, grato a su afeccion, sea cuidando de sus intereses, sea lisonjeándole en sus esperanzas políticas o en las aflicciones de su hogar. Ya le esperaba en 1823 «con una fuerza de proclamás del Perú de Lima» (1) i se ponia a sus órdenes i a las del Libertador, que iba a dar a aquel un ejército con que reconquistar a Chile; ya, en 1836, celebraba una misa de difuntos por el alma de su amada tia, madre

(1) Palabras testuales de una carta de Riquelme al jeneral OHiggins, que tenemos a la vista.

del jeneral, que se encontraba en Lima en perfecta salud, pero que él honraba en vida por la bárbara ternura que le profesaba...

Muerto el jeneral O'Higgins, legando su hacienda de las Canteras al presidente Búlnes, Riquelme habia hecho el traspaso de su fidelidad, junto con el inventario del fundo, a su nuevo patron, i era, por consiguiente, su mas decidido partidario. Pero, al mismo tiempo, es preciso no olvidarlo, lo era del jeneral Cruz, primo de aquel e intendente de la provincia. Asi fué que cuando se proclamó su candidatura, encontrándose en los baños de Chillan, dijo a don Bernardino Pradel que contase con su adhesion a toda prueba; pero dos semanas mas tarde, habia cambiado totalmente: i sin mas influjo que una carta del presidente Búlnes (1), fuese a las Fronteras, to-

(1) He aquí la carta en que el intendente del Ñuble anunciaba a Riquelme el envío de la circular del Presidente Búlnes, solicitando su cooperacion en favor de don Manuel Montt.

S. D. Manuel Riquelme.

Chillan, febrero 26 *de* 1851.

Mi apreciado amigo:

Ayer le he pasado un propio del Presidente, i como creo que le escribe a V. en el mismo sentido que a mí, me apresuro a mandar a V. esta noticia.—Sabida en Santiago la reunion de Concepcion que proclama al señor jeneral Cruz por candidato, se decidió el Presidente a manifestar a sus amigos el de él, que lo es el señor don Manuel Montt, i como el retardo de este aviso podria perjudicar a la causa del partido conservador, se apresura a ponerlo en el conocimiento de V. su afmo. S. S.—*José Ignacio Garcia.*

Esta carta nos ha sido trasmitida desde Chillan, en copia, por don Bernardino Pradel, a quien la manifestó Riquelme en su hacienda de Pemuco, cuando éste se dirijía a los baños de Chillan.—«Tambien me mostró, dice Pradel en una nota puesta al pié de la anterior comunicacion, la que le escribió el jeneral Búlnes i el Ministro Varas para que trabajase por Montt, i me exortó a que trabajase por el jeneral Cruz, i que él iba a meter todo su brazo en favor de este mismo»,

mó posesion de su gobierno, junto con la comandancia militar anexa a éste, i desde aquel momento, se hizo el jefe de la resistencia ministerial en los Anjeles, punto mas importante que Concepcion i que otro alguno, para comprimir o dar vuelo a las revueltas. Ningun hombre sirvió, por consiguiente, con mas eficacia las miras del gobierno en el sud, durante la crísis de 1851, que el coronel Riquelme, i asi lo entendió el presidente Montt, premiando sus esfuerzos con el grado de jeneral.

XXV.

Pero, delante de Riquelme, habíase levantado en los Anjeles otro hombre que, como Vicuña en Concepcion i don Bernardino Pradel en Chillan, debia ser el brazo fuerte de la revolucion del sud. Era este el sarjento mayor del batallon Carampangüe, don Pedro José Urízar, que se encontraba de guarnicion en aquella plaza con tres compañias de su cuerpo, estando las otras diseminadas en los fuertes de la frontera i ocupado su comandante don Manuel Zañartu en la plaza de Arauco.

Era Urízar un hombre de cuarenta i ocho años, de ánimo jeneroso, valiente soldado, leal amigo i capaz de toda abnegacion, como no tardó en probarlo, muriendo por su empeño. Habia nacido en los Anjeles en 1803, siendo sus padres el coronel de milicias don Fernando Urízar i doña Antonina Alcázar, hija del benemérito jeneral que ilustró la Fronteras con su valor i con su cruento sacrificio. En su juventud, habia llevado una existencia azarosa, dándose unas veces al comercio, otras a la agricultura, i no pocas a la disipacion, que en la vida de provincia, es tan frecuentemente una ne–

cesidad de las naturalezas activas, condenadas a un estéril ocio. Mas, la revolucion de 1829 lo llamó a las armas, enrolándose en el mismo cuerpo de que ahora era segundo jefe. Como subalterno, habia servido con distincion en la segunda campaña del Perú, en la que mandó dos compañias independientes, con las que sostuvo un combate en Piura, tomándose la plaza, i hallándose en otros encuentros, sirviendo de guarnicion a bordo del Aquiles. De regreso a Chile, habia estado siempre destacado en las Fronteras, a las órdenes del jeneral Cruz, a quien profesaba un profundo afecto, siendo el primer jefe que le ofreciera desenvainar la espada por su causa, tan luego como esta fué proclamada en febrero de 1851.

XXVI.

Riquelme vivia pues receloso de aquel hombre, vijilaba cada uno de sus pasos i escribia a la capital todas sus alarmas. Creciendo éstas, a fines de junio, a la vista de lo que pasaba en Concepcion i por un accidente tan curioso como estraño, que ocurrió en aquellos dias (1), ordenó a Urízar

(1) He aquí como el mismo Riquelme refiere esta ocurrencia singular, en una carta que dirijia el 24 de junio al intendente del Ñuble, acompañándole la correspondencia que enviaba sobre el suceso al gobierno de la capital. Esta es la misma correspondencia a que aludimos en el capítulo 1.°, cuando dábamos cuenta de las alarmas del partido monttista i de las razones en que el ministro Varas se apoyaba para solicitar la detencion del jeneral Cruz. «Tenga U. la bondad, decia Riquelme a Garcia, de hacerme volar ese paquete para Santiago, pues que conviene llegue pronto a manos del señor Presidente. El contenido de las comunicaciones se reducen a darle cuenta que he dispuesto la marcha del mayor del Carampangue, don Pedro José Urízar, a recibir órdenes del supremo Gobierno, por recelos de que suceda alguna cosa, pues que anoche un soldado de su cuerpo amenazó a un

se presentase en Santiago a disposicion del gobierno, previniéndole dirijirse por el camino de Chillan, a fin de evitar que a su paso se detuviera en Concepcion.

Obedeció el mayor del Carampangue al comandante de las Fronteras, pero, sospechando su intriga, torció rumbo, apénas hubo salido del pueblo, i encaminóse a Concepcion, a cuyo intendente se apersonó en el acto. Sorprendióse del Rio de aquel viaje, ordenado sin su conocimiento; indignóse Urízar de la trama, rodearonle sus amigos i entre otros, Vicuña i Pradel (don Bernardino), que a la sazon se encontraba en el pueblo, i como se discutiera el peligro que amagaba al levantamiento con la separacion de este jefe, llegóse hasta resolver que aquel se ejecutara en el acto, regresándose el último secretamente a los Anjeles. Coincidian estos aprestos con la llegada de don Francisco de Paula Vicuña a Concepcion, conduciendo de la capital trece mil pesos, recolectados para auxiliar la revolucion.

Mas, súpolo el prudente del Rio, i a toda costa, quiso evitar el conflicto. Comisionó, en consecuencia, al sagaz coronel Viel para que fuera con Urízar a los Anjeles, lo restableciera en el mando de su cuerpo i recomendara a Riquelme mas mesura en su conducta. Con tan acertada medida, se puso término a aquella dificultad.

La calma volvió a reinar en las Fronteras como en Concepcion, aquietados un tanto los ánimos, despues de la efervescencia de las elecciones que tuvieron lugar el 25 de junio en

sereno, diciéndole que, dentro de dos o tres noches, caerian como pollos los Monttistas, junto con el gobernador. Sin embargo que el soldado me dice que andaba medio ébrio; pero se resistió a dos hombres, que trataban de llevarlo preso, lográndose escapar, dejando la gorra i el capote, por cuyas prendas ha sido pillado i actualmente está encausado».

toda la provincia, con un sosiego tan profundo, como era completa su unanimidad en favor del jeneral Cruz.

XXVII.

A estos síntomas engañosos de tranquilidad, que no eran el cansancio de una ajitacion prematura, sino el orgullo de la satisfacion, siguióse un acto grave del gobierno de Santiago, que revelaba no ménos cordura que sagacidad; tal fué el nombramiento de intendente interino, hecho en el coronel Viel, durante la ausencia del jeneral Cruz.

XXVIII.

Era el coronel Viel en Concepcion, durante las ajitaciones de 1851, un hombre, no de una eficacia verdadera, sino de circunstancias. Encontrábase en la provincia, como de paso, a consecuencia de la campaña que en 1850 debió abrirse contra los indíjenas por el naufrajio del Bergantin *Jóven Daniel* en la costa de Puancho, cuya tripulacion, se sospechaba, habia sido sacrificada por los indios del lugar (1). No tenia pues ni influencia militar, ni prestijio político. Contaba solo con la simpatía social a que sus prendas de caballero i la afabilidad de su carácter, le hacian acreedor.

Como soldado i como hombre de hidalgo corazon, Viel se habia conquistado en Chile un nombre popular. Conspicuo entre

(1) El coronel Viel, en efecto, habia llegado a Talcahuano en el bergantin *Meteoro*, con sus ayudantes Alvarez Condarco, i Luco, el 10 de enero, habiendo recibido en Valdivia la órden que se le habia impartido de Santiago, con fecha de 5 de diciembre de 1850, para ponerse a las órdenes del jeneral Cruz.

los jefes estranjeros que ilustraron con su denuedo nuestras campañas de la revolucion, nunca habia formado al frente de un escuadron de jinetes chilenos un capitan mas bizarro, i que a la vez, conociese mejor la ciencia de su arma i el uso de esta en el combate.

Como político, su nombre estaba oscurecido por estrañas debilidades, que él empero reparaba con jenerosos sacrificios, solo cuando desprendiéndose de las intrigas de que era tan dócil victima, volvia a sentirse hombre i caballero. Comprometido así aturdidamente en la revolucion que se llamó del coronel Sanchez en 1825, pagó, en efecto, su frajilidad sobrellevando el destierro con noble entereza. Jefe de la caballería del ejército constitucional en la guerra civil de 1829, se entregó a mil vacilaciones cuando sitiaba en Chillan al coronel Cruz, a quien pudo rendir en pocas horas. Héroe de su causa, despues de Lircai, capituló en Cuz-Cuz, con un singular abatimiento, cuando debió sentirse mas fuerte; pero lavó su falta aceptando, con un desprendimiento que rayaba en magnanimidad, todas las consecuencias personales de aquel pacto, en que los favores fueron estipulados en obsequio ajeno, renunciándolos él para sí propio.

Despues de muchos años de profundos pesares i congojas, cuya amargura habíale atenuado apénas una esposa, a la que profesaba el culto de sus virtudes i de su intelijencia, tan elevada como su corazon, llamólo al servicio la amistad del jeneral Búlnes, i entónces fué otra vez político, para ser infiel a sus amigos i compañeros de armas, que como Vicuña i el coronel Godoi, partieron al destierro con una órden firmada de su mano, como comandante jeneral de armas de Santiago.

El Presidente de la República, i el jeneral Pinto, íntimo amigo de la esposa del coronel Viel, comprendieron que éste iba a prestarles, por su carácter i su posicion, el servicio

eminente de pacificar la provincia de Concepcion, sin mas trabajo que nombrarlo intendente i recomendarle se ganase la voluntad de su antiguo correlijionario Vicuña, a quien se le atribuia el mismo candor revolucionario que le habia hecho víctima en épocas anteriores.

El gobierno raciocinaba con cordura, porque, retenido Cruz en Santiago i neutralizado Vicuña en el sur, la revolucion iba a encontrarse sin sus dos elementos principales: el caudillo i el ajitador.

Pero el último ya no era el manso cordero en que los lobos políticos hincaban su garra a mansalvo. La adversidad le habia aleccionado contra las intrigas i estaba dispuesto ahora a jugar un doble papel, haciendo de sus propios defectos, la credulidad i la espansion, el arma con que debia llevar a cabo sus escondidas miras. «Desde 1846, decia Vicuña a este propósito, yo conocia perfectamente todo lo que habia sucedido, i mi plan era volverles con las mismas. Dios llevó casi simultáneamente a Concepcion a Viel a mí, para que una gran revolucion se efectuara» (1).

XXIX.

Cuando el correo llevó a Concepcion, a principios de julio, el nombramiento del coronel Viel, encontrábase éste en los Ánjeles i Vicuña en Talcahuano; pero, en el instante, vino

(1) Apuntes citados de don Pedro Félix Vicuña. Es singular el hecho de que los adeptos a la candidatura oficial en Concepcion recibieran de mal grado la promocion del coronel Viel al mando de la provincia. «Los Monttistas estan mui descontentos con el nombramiento de Viel», dice don Manuel Zerrano en una carta escrita a Vicuña en Concepcion i dirijida a Talcahuano el mismo dia de la llegada de aquel funcionario.

aquel a Concepcion i escribió al último, por medio de su comun amigo don Manuel Zerrano, rogándole se le reuniera, porque tenia importantes asuntos de que hablarle.

Vicuña, de propósito, demoró su regreso a Concepcion por mas de una semana, a fin de apercibirse del rumbo que el nuevo intendente imprimiría a la política de la provincia. A su llegada a Talcahuano, en el mes de mayo, habíale hablado aquel en un lenguaje casi revolucionario, i mas tarde, confirmóle en sus sentimientos de adhesion a la causa popular, aplaudiendo la enerjía i el acierto con que aquel impulsaba la ajitacion. Pero, constituido ahora en autoridad i conociendo a fondo su carácter perplejo en la política, Vicuña temia que un cambio radical se hubiese operado en su ánimo.

XXX.

No se engañaba, en verdad, i precisamente el dia de su regreso a Concepcion, a mediados del mes de julio, en la primera visita que le hizo el intendente, tuvo lugar un lance que puso en evidencia aquella complicada situacion. Dejémos a uno de los actores de esta dramática escena la penosa tarea de referirnosla, poniendo asi a salvo el criterio del historiador, que pudiera acaso ofuscarse entre sus sentimientos i sus afecciones, pues de una parte, figura un padre i de la otra, un amigo, a quien desde la infancia profesamos, como todos nuestros contemporaneos, una respetuosa consideracion.

«Al momento de llegar, Viel se presentó en casa, dice Vicuña, refiriendo esta aventura.—Hablaba solo de paz i órden, i hasta se insinuó conmigo para que le ayudase a tranquilizar los espíritus. Yo evadí aquella conversacion; mas él insistia con los otros que se encontraban presentes en el salon de Zerrano, para que coadyuvasen a una obra tan santa.

«Es fácil concebir que el que habia oido de su boca los consejos para exitar a Baquedano i al pueblo, hacia pocos dias, no escucharia mui sereno tales razonamientos ni el cumplimiento con que cerró su discurso: «que no habia leido mi última *Reforma* (el núm. 40, en que aparecia publicada la defensa de Vicuña en el jurado), *porque estaba mui desvergonzada*». Esto me irritó en estremo, i si en el momento no me espliqué con él, fué porque habian señoras presentes.

«Salí al patio para evitar un rompimiento, i paseábame ajitado, cuando Zerrano, acercándoseme, me preguntó la causa de mi malestar. «Amigo, le dije, no quiero entrar a la mesa donde va a comer Viel, porque no seré talvez dueño de decirle todo lo que de él sospecho, pues soi demasiado franco para disimularlo.»

«Eran las cuatro de la tarde, prosigue el narrador, i llamaron a comer. Yo estaba silencioso. Viel se dirijió a mí e insistia en las palabras *paz* i *órden*, que desde su nombramiento de intendente, habia adoptado como tema de todas sus conversaciones. La comida fué tranquila. Yo casi no desplegué los labios, a pesar de mi ajitacion; pero, al fin, hablando Viel de la exaltacion de Montt a la presidencia, dijo que éste *perdonaría* a los revolucionarios del 20 de abril, a quienes llamó *pobres diablos*.

—«Si U., en lugar de *perdon*, hubiera dicho *olvido*, le repliqué, convendria en la espresion; mas, los que creen haber obrado con justicia i en el interes de su patria, no pueden ser *perdonados*.

—«Pero, atacar a su gobierno, con las armas, contestó Viel, con calor, i atropellando las leyes, es un crímen, i un crímen es lo que se *perdona*.

—«Repliqué yo que atacar a un gobierno que viola las le-

yes i se burla de los mas sagrados derechos de un pueblo, era una *virtud.*

—«U. es un subversivo! exclamó el intendente.

—«Yo respeto todo lo que es justo i lejítimo, volví yo a decir, pero jamás la violencia i la tiranía, que siempre trato como merecen.

—«Sepa U. que está hablando delante del intendente, replicó Viel enfurecido.

—«Es una ridiculez, señor jeneral, le dije entónces, que U. me haga ostentacion de sus títulos en una casa privada. Lo que digo a U. aquí, mañana lo estamparé en la prensa, i será mas público.

—«Sobre mi cadáver hará U. esa publicacion» interrumpió el jeneral, i levantándose, como desatentado, se venia hácia mí. Pero yo le ahorré la mitad del camino, continua el narrador de esta escena singular de dos políticos que ayer eran amigos i hoi, el uno representaba la audacia de la revolucion i el otro, el desmayo del último esfuerzo para contenerla.

«Las esclamaciones mútuas se sucedieron entre ámbos, concluye Vicuña, hasta que la señora de Zerrano le dijo: *Señor Viel, mi casa no es la Intendencia!* El tomó su baston i su sombrero i salió del comedor para ir a su cama, donde permaneció enfermo durante tres dias.

XXXI.

Pero el coronel Viel, que habia recibido sus despachos de jeneral de brigada, como un premio anticipado a los servicios que se le exijian, si era estraordinariamente versátil e impresionable, no sabia guardar encono dentro de su noble pecho, mas allá del tiempo que duraba su ansiedad.

A los pocos dias, volvió a ver a Vicuña, i una reconciliacion de amigos sucedió a sus esplicaciones, en las que bien claro se notaba, sin embargo, que cada cual mantenia sus encontrados propósitos, descubriéndolos mas visiblemente, miéntras mayor era su empeño en ocultarlos, porque en aquellos dos hombres era una cualidad comun la espansion del alma i el odio innato a la doblez. «Restablecida asi la armonia, escribia el último, Viel, con quien tantas veces habia hablado sobre la necesidad de hacer una revolucion, no pasaba un solo dia sin ir a verme i tocarme la cuestion del dia, esperando, sin duda, encontrar mi antiguo candor de patriota. Pero yo caminaba mui sobre aviso i con gran tiento. Apesar de todo, añade el ajitador revolucionario, haciendo justicia al hombre detras de la pálida corteza del político, el corazon de Viel es bueno i me tenia sin duda afeccion, aunque subordinada a sus combinaciones con el gobierno. Entretanto, yo no veia en él sino un hombre lijero, hábil en otro tiempo, amante del pais, pero profundamente desengañado ahora. Yo le queria tambien, apesar de todo, i le perdonaba sus debilidades i cuanto creia habia hecho conmigo.»

XXXII.

Sobrevino pues otra pausa en la incesante ajitacion que trabajaba los ánimos. El intendente i el tribuno se median con la vista i aplazaban la hora en que deberia darse la señal de la lucha interrumpida. El primero aparentaba una seguridad que era solo el velo de la impotencia i el segundo, para dar visos de legalidad a su existencia de proscripto, púsose a delinear el trazo de un camino de hierro que deberia unir a Concepcion i Talcahuano. La misma autoridad finjió creer

aquella farsa, suscribiéndose el intendente por diez acciones de a cien pesos i recomendando el proyecto al gobierno, con un eficaz informe (1).

Cuando este fué leido en el Senado, a fines del mes de agosto, su presidente tuvo, empero, un arranque jenial, i que pintaba la verdadera situacion de su provincia nativa. Cuéntase, en efecto, que don Diego José Benavente, cuando se hubo concluido la lectura del memorial en que Vicuña solicitaba la proteccion del gobierno para aquel negocio, dijo con énfasis estas palabras sardónicas.—*Allá veremos en lo que paran estas empresas de don Pedro!; buena es mi tierra para ferrocarriles!*

I los sucesos vinieron pronto a demostrar que aquella voz del viejo campeon de la política, era el graznido salvador de los gansos del Capitolio!

---

(1) La prensa ministerial de Santiago, de buena o mala gana, tragó a su vez el anzuelo. «La provincia de Concepcion, decia la *Tribuna* del 12 de agosto, queda perfectamente tranquila, i tan léjos de las ideas revolucionarias, que el mismo don Pedro Félix Vicuña, teniendo que abandonar los asuntos políticos, a falta de secretarías, parece que quiere contraerse a especulaciones de ferrocarril, habiendo promovido la idea de construccion de uno entre Concepcion i Talcahuano, sobre cuyos planos i presupuestos trabajaba con un injeniero frances, el señor Henry, alli residente en la actualidad.»

CAPITULO IV.

EL JENERAL CRUZ EN CONCEPCION.

Regresa el jeneral Cruz a Concepcion.—Regocijo del pueblo.—Impresiones íntimas que recibe aquel caudillo.—Banquete ofrecido por el jeneral Cruz a sus electores.—Vicuña conferencia con aquel sobre la revolucion.—Parte, en consecuencia, para Chillan, llevando dinero e instrucciones, don Bernardino Pradel.—Importancia revolucionaria de aquel pueblo i su comarca.—Fuerza i espíritu del ejercito nacional en 1851.—Recursos militares de la provincia de Concepcion.—El jeneral Cruz se retira a su hacienda de Peñuelas i el jeneral Rondizzoni se dirije a la capital.—El capitan Soto subleva en Nacimiento una compañía del Carampangue, por instigaciones del coronel Riquelme.—El intendente del Ñuble pide al jeneral Viel envíe a Chillan la brigada de artilleria.—Crueles vacilaciones de este jefe i se retira a los Anjeles.—Estraña confianza que aparenta el gobierno en la capital.—Anúnciase en Concepcion el regreso de Rondizzoni en calidad de intendente.—El comandante Venegas se dirije de Chillan a los Anjeles con un escuadron de Cazadores.—El jeneral Cruz se decide a obrar i se traslada a su hacienda de Queime.—Envía a Pradel a Concepcion con las bases de un acta revolucionaria i una señal acordada con Venegas.—Noble desinteres revolucionario del jeneral Cruz i sus votos íntimos porque don Salvador Sanfuentes fuese electo presidente,

terminada la lucha.—Fírmase en Concepcion el acta revolucionaria i se acuerda el plan del movimiento.—Se denuncia al intendente Andonaegui el acta firmada, pero éste no da fé.—Resuélvese, en consecuencia, anticipar el movimiento.—Resistencia de don José Antonio Alemparte.—Carrera política de este personaje.—Don Pedro Angulo.—Se señala la hora del levantamiento.

I.

Entregábanse los ánimos de los penquistos a aquella efímera quietud, a que daba razon la autoridad, mas efímera todavia, del nuevo intendente Viel, cuando un acontecimiento casi inesperado vino a sacudirlos otra vez, lanzándolos ya de hecho en la rebelion política que desde tiempo ha preparábase con tantas i tan variadas alternativas. En la mañana del mártes 30 de julio, anuncióse que el jeneral Cruz (a quien hemos dejado, al finalizar el capítulo 2.°, navegando de Valparaiso a Talcahuano) habia desembarcado en este puerto.

Grande fué el alborozo del pueblo. Pocos esperaban ver ya al caudillo. Muchos eran, al contrario, los que hacian secretos votos por ir a romper las cadenas del cautiverio político a que se le creia sometido en la capital. Pero mas especialmente se alegraron aquellos hombres inquietos i comprometidos que, como Baquedano, Alemparte i Vicuña, habian tomado ya de su propia cuenta encaminar la inevitable revolucion del sur.

Llovia aquella mañana con esa violencia de que los que vivimos en nuestra templada zona del centro, apénas podriamos formarnos idea. El pueblo agolpóse, sin embargo, por las calles, i aun los habitantes de todas las categorías sociales se dirijian por el camino de Talcahuano al encuentro del Libertador, pues tal era el nombre que cada cual daba dentro de

su pecho al ex-intendente de Concepcion, que asumia ahora el puesto irresponsable de un ilustre ciudadano.

Una proclama circulaba en esos momentos con estas palabras de calorosa bien venida:—«Acaba de llegar a Talcahuano el jeneral Cruz. Vamos a recibirlo todos en masa, i a ofrecerle el triunfo que hemos alcanzado contra los enemigos de la causa popular i de la libertad del sufrajio, como la mas hermosa corona que debe ceñir la frente del ilustre i virtuoso jeneral republicano» (1).

II.

El jeneral Cruz, por su parte, contemplaba con emocion la injénua alegria de aquel pueblo de su cuna i de sus afecciones, sin que las desconfianzas que habian asaltado su ánimo en la capital, ni la estrictez de sus deberes de majistrado, vinieran a sofocar la espansion de su gratitud. Estaba al fin entre los suyos, rodeado de aquellos que solo por amor habian levantado su nombre como un estandarte popular, i recibia ahora, junto con sus espontáneas ovaciones, la nueva de que solo cinco dias ha (el 25 de julio), el colejió de electores de la provincia le habia proclamado unánimemente presidente de la República.

Su corazon i su voluntad estaban puestos de antemano en la balanza de la revolucion. Desde aquel dia, añadia a aque-

(1) El *Correo del sud* decia estas palabras que eran una fiel version de las impresiones con que el pueblo penquisto recibia a su caudillo: «Estamos en el deber de unir nuestra voz a la del pueblo i felicitar al ilustre jeneral Cruz por su llegada a Concepcion, despues de haber librado del puñal asesino que, dirijido por una política atroz, pretendia matar, con su vida, la opinion nacional, temiendo no poderla violentar bastante.

lla el peso de su espada. Creia que vencido como candidato en el resto de la República, los pueblos le aclamaban unánimes su libertador, i érale, por cierto, grato aquel cambio de roles, en que a la impostura de la lei iba a suceder la protesta de la conciencia popular, apoyada en las bayonetas, que solo aguardaban su voz para lucir en el campo.

La aversion que le inspiraba, por otra parte, su émulo vencedor, aguijoneaba su espíritu i era este sentimiento tan profundo en su naturaleza impresionable, que habíase convertido en un verdadero horror. «Venia el jeneral Cruz, cuenta uno de sus confidentes mas intimos de aquella época (1), fuertemente impresionado de la horrible tiranía de que iba a ser víctima la República. Él miraba los hombres del círculo de Montt como asesinos que habian ya asestado puñales contra él, como hombres corrompidos a quienes ningun crímen era estraño, i capaces de atentar a todo por llevar adelante sus miras. En la misma noche de su llegada, me contó cuanto habia visto i oido, i parecia hallarse en otro mundo, viéndose rodeado de sus amigos, i de hombres cuyos principios i carácter conocia».

III.

El primer acto del jeneral Cruz fué cumplir con sus deberes de cortesia para con sus amigos i principalmente con los ciudadanos que, nombrados electores por los departamentos de la provincia, se encontraban todavia en Concepcion, despues de haberle ofrecido la honrosa unanimidad de sus votos.

En consecuencia, el domingo 4 de agosto reunió a los úl-

(1) Don Pedro Félix Vicuña Apuntes citados.

timos que eran en número de 21 i a sus principales amigos i partidarios del pueblo, en un suntuoso banquete que se preparó en su propia casa, una de las mas hermosas del entónces diseminado caserío de la moderna Concepcion.

Eran 70 los convidados. Ocupaba la testera el jeneral Cruz, teniendo a sus costados al jeneral Baquedano i al canónigo Jarpa, hermano del coronel de Cazadores a caballo. El comandante del batallon Carampangue, don Manuel Zañartu, elector por el departamento de Lautaro, ocupaba el asiento inmediato al último. En el estremo opuesto, hacia los honores de la mesa la jóven i bella esposa del jeneral Cruz, la señora doña Josefa Zañartu, i estaban a su lado, el uno frente al otro, mas como una amenaza que como una cortesía, el jeneral Viel, intendente de la provincia, i don Pedro Félix Vicuña, proscripto de Valparaiso, que en breve, sucederia a aquel en su alto puesto.

Llegada la hora de los brindis, dejáronse escuchar palabras ardientes pero respetuosas, en loor del pueblo penquisto i de su caudillo, aclamado por la urna electoral, a despecho de todas las cabalas de partido. «Honor, dijo el ciudadano don Ignacio Molina, uno de los hombres mas intelijentes i mas enérjicos que alistó la revolucion en el sud, honor a la lealtad i firmeza de los valientes que, no obstante estar desafianzados en sus garantias por la impotencia de las leyes protectoras de nuestros fueros, han desafiado i vencido en el campo electoral el sistema invasor de las libertades públicas, organizado i robustecido en veinte años de triunfos!....»

Otro de los concurrentes, jóven conocido por su moderacion de principios, brindó en seguida por los *hechos* que debian seguirse a las palabras escritas en el programa de Concepcion, i don Juan José Arteaga, hermano del coronel de este nombre, adelantóse a decir estas palabras que eran un

reto doblemente revolucionario delante de la autoridad legal de la provincia i en presencia del jefe reconocido de la rebelion. «Brindo señores, dijo, porque el sol de setiembre de 1851 amanezca para Chile como amaneció el sol de setiembre de 1810!»

Este brindis era, por otra parte, mas que una esperanza: era una fecha. Todos tenian en la república, durante aquella época de profunda conmocion, el presentimiento de que la revolucion tendria lugar en setiembre, el mes clásico de Chile, i a la vez, la estacion del año que habilita los campos del sud para emprender las campañas.

El jeneral Cruz habia guardado un grave silencio i sus amigos mas cercanos, imitando su reserva, manifestaban en sus brindis solo pensamientos jenerales. Vicuña, que era a veces el mas impaciente de todos, habia apénas indicado que las provincias tuviesen una representacion propia en los próximos congresos de la República. Pero, al fin, el candidato popular, a quien el intendente acababa de dirijir una alusion sobre las miras pacíficas, que se le reconocian, al ménos, oficialmente, tomó la copa i habló de esta manera.—«Brindo, como los demas señores, por la prosperidad de la República cimentada en la PAZ, pero no en la PAZ de los sepulcros, sinó en aquella paz que tiene su fundamento en el respeto a las leyes i en el libre ejercicio de los derechos del ciudadano»....

Podria creerse ahora que habia un doble sentido en estas palabras, pero el jeneral Cruz, al repudiar «la paz de los sepulcros», que era la que fatalmente iba a reinar durante aquella era de diez años en que se inmoló a tarea a los chilenos, decia todo su pensamiento i dejaba consignado el primer compromiso fehaciente de su programa revolucionario.

IV.

A los pocos dias, en efecto, i despues de un magnífico sarao que el jeneral ofreció al pueblo de Concepcion (i en el que llevó su popularidad hasta bailar la zamacueca con una de aquellas esbeltas ninfas del Bio-bio) (1), acercósele un emisario de la revolucion para pedirle su esplícita adhesion a los planes que esta hacia preciso combinar, i que la estacion urjia ya poner por obra. «Creí, dice el incansable ajitador Vicuña, ya bastante dispuesto al jeneral Cruz para la revolucion i que este era el único pensamiento que lo ocupaba. No vacilé en preguntarselo, i me dijo que esta era su idea; pero que, ante todo, era preciso asegurarse del rejimiento de Cazadores a caballo. Yo, instruido ya de los elementos que habian en la provincia, le dije que seria mui conveniente, pero que no lo creia tan necesario; pero él insistió, i don Bernardino Pradel salió para Chillan con este objeto, llevando varias cartas de los mismos ministeriales que lo recomendaban al intendente i juez de letras» (2).

(1) La señorita Carmen Zerrano i Vasquez.

(2) El jeneral Cruz no descubria sino con dificultad i en el seno de la mas íntima confianza, sus planes de rebelion armada. He aquí, en efecto, lo que cuenta, refiriéndose a esta misma época, el comandante Zañartu, en su diario de campaña, dando ya síntomas personales de aquella mezquindad de espíritu que tan fatal fué a la revolucion, despues de Longomilla: «El Jeneral Cruz regresó de Santiago a fines de julio, dice, i hablando confidencialmente con él, le dije: aquí hai algunos hombres sin juicio que piensan en revueltas; es preciso que Ud. tienda la vista i conozca que no son sus amigos, pues pertenecen a la oposicion de Santiago, i como su candidato es paisano i no tiene prestijio en el Ejército, se han venido a refujiar entre nosotros, a fin de instar a Ud. a

V.

El levantamiento del sud estaba ya, pues, en plena via de ejecucion. A los alborotos populares, sucediéronse las maniobras de los ajentes del plan revolucionario.—Los ajitadores de la plaza pública habíanse echado sobre los hombros la capa del conspirador. La segunda faz del movimiento político del sur, la revolucion armada, sucedia a la primera que hemos ya referido, i que tuvo solo el carácter estrecho de una ajitacion electoral, reducida a la localidad i al individuo. En este segundo rol, el pueblo penquisto iba a demostrar de cuánta grandeza era capaz, una vez lanzado en el teatro que le era propio, los combates i la gloria de las armas.

que encabece una revolucion, i obligarle de este modo a comprometer a sus verdaderos amigos que, como Ud., detestan los movimientos, porque no reportan mas que la ruina del pais. El jeneral me contestó: no seré yo el que pretenderé jamas colocarme en un destino, por medio de las bayonetas.»

Pradel, cuya esposicion verbal es en todo conforme a la escrita de Vicuña, llevó ademas de cartas e instrucciones, tres mil pesos del dinero que habia entregado en Concepcion don Francisco de Paula Vicuña a mediados de julio. Dos mil enviáronse al mayor Urízar a los Anjeles i quinientos al comandante Zañartu, a Arauco. Pero este jefe tuvo la delicadeza de devolver aquella suma, así como una cantidad de paño encarnado que se le habia enviado para hacer obsequios a los indios, pues no teniendo encargo alguno del jeneral Cruz, en favor de cuya persona él queria comprometerse únicamente, declaró que no comprendia el carácter de aquel auxilio i no lo aceptaba. El mismo cuenta este incidente en su diario de campaña i nos lo ha corroborado don Bernardino Pradel, a quien se hizo el reintegro del dinero.

VI.

Al exijir el jeneral Cruz, como indispensable condicion del movimiento militar, de que él se comprometia a ser jefe, la cooperacion del rejimiento de Cazadores a caballo, acantonado en Chillan desde el mes de abril, no hacia sino dar una muestra evidente de su claro juicio i de la acreditada esperiencia que habia adquirido sobre las operaciones militares en aquella parte de la República, tanto en la guerra de la independencia como en la revolucion de 1829. Chillan (a orillas del Ñuble) i Talca (en la vecindad del Maule) son, en efecto, las dos puertas internas de Chile, o mas bien, de la capital; i en sus cercanias deberán siempre decidirse si alguna vez una infausta estrella lo demandase en lo futuro, los destinos de la nacion, puestos al arbitrio de las armas.

Chillan, en efecto, situado en el centro de las vastas llanuras que se estienden entre el Itata i el Maule, es el punto estratéjico de mas importancia que existe en el sud, i sin duda, la creacion de aquel pueblo ha sido, mas bien que una necesidad de la agricultura i del comercio, una exijencia de la guerra. Al sud del Itata, el pais se quiebra en valles i eminencias caprichosas, que a veces tienen la altura de verdaderas montañas, como las de Cayumanqui, i otras, de frijidas mesetas como las de Ranquil que corona el alto aplastado del Quilo. La comarca en esta zona es estéril, los caminos tortuosos, las poblaciones escasas, los habitantes diseminados i pobres. Desde Chillan, al contrario, comienzan la campiña, los arbolados, las haciendas de cultivo, los recursos de todo jénero para la guerra. Los Anjeles es solo una capital indijena, i cuya importancia está vinculada a las revueltas de la Araucania.

Concepcion es una capital ficticia i casi provisoria, hija del terremoto de 1835, que el acaso o el lápiz de un inesperto injeniero dibujó sobre un páramo a orillas del Biobio, de cuya agua, como Tántalo, está privada, aunque humedezca con profusion su espalda.

La comarca de Chillan debia ser, pues, la base de la insurreccion militar del sur, por mas que Concepcion fuese su cuna; i el acuartelamiento de los Cazadores en aquel sitio importaba el hecho decisivo de que, amotinado una vez aquel cuerpo, cuando la noticia del levantamiento llegase a la sorprendida capital, ya Talca, la segunda barrera que proteje el centro de la República, estaria en manos de los sublevados, quienes, de hecho, serian dueños del pais.

VII.

Para comprender en toda su fuerza la asercion de que el levantamiento de los Cazadores equivalia al triunfo casi instantáneo de la revolucion, es preciso echar una ojeada a las fuerzas i al espíritu del ejército en 1851, asi como a las localidades en que aquel estaba distribuido.

Constaba la infantería del ejército nacional de cuatro batallones, a saber, *Buin* (coronel Garcia), acantonado en San Bernardo; *Chacabuco* (comandante Videla Guzman), en Santiago; *Yungay* (coronel Vidaurre Leal), distribuido en Valparaiso, Coquimbo i Chillan i *Carampangue* (comandante Zañartu), en la Fronteras.

Componíase la caballeria de los rejimientos de *Cazadores* (coronel Jarpa), cuyos cuarteles de invierno estaban en Chillan i *Granaderos* (coronel Pantoja), que servia en la guarnicion de Santiago,

La artilleria estaba dividida en brigadas, cuyo mayor número existia en la capital, encontrándose tres de aquellas en los tres principales puertos de la República: Valparaiso, Talcahuano i Valdivia.

Ascendia la fuerza efectiva de este ejército, asi distribuido, a poco mas de 2500 hombres, i su diseminacion en toda la República la hacia no ménos débil que los sentimientos, conocidamente adversos a la administracion, que la animaban.

VIII.

Solo en las Fronteras, donde los jefes militares con mando activo, Jarpa, Zañartu i Zúñiga, parecian amigos decididos del jeneral Cruz, existia en el ejército ese espíritu de unidad que le comunica en casos dados toda su pujanza. El resto de las fuerzas habia dado ó daria en breve pruebas de la desorganizacion que las trabajaba; a saber, el *Valdivia* (despues *Buin*) el 20 de abril; el *Yungay*, en la Serena, el 7 de setiembre, el *Chacabuco*, en Santiago, el 13 de aquel mes i luego el *Carampangue* el dia 17.

IX.

En cuanto a los elementos propios con que la provincia de Concepcion iba a contar en su arduo empeño de venir a acometer la capital, disponia solo de una milicia aguerrida i numerosa. Componíase esta, segun el padron de 1850 (1), de 7,177 plazas de las armas de caballeria e infanteria, nú-

(1) Memoria del Ministro de la guerra en este año.

mero considerable, pero que no habria sido difícil hacer subir a 9 o 10 mil; tan belicosas son aquellas comarcas en que los hombres, hijos todos de soldados, nacen soldados tambien.

Brazos sobraban a la revolucion de esta manera; pero habia una fatal i casi irreparable deficiencia en armas, municiones i dinero. Segun la memoria del ministerio de la guerra en 1850, existian en la provincia solo 1316 fusiles i 21 piezas de artilleria, sin contar las 3 de la brigada estacionada en Talcahuano. Aquellas estaban distribuidas entre los Ánjeles (4 piezas de montaña), Nacimiento (tres piezas), Negrete (una pieza), dos, por último, en Arauco i once en los fuertes de Talcahuano.

La falta del armamento para la infanteria i de buenos sables i carabinas para los cuerpos de caballeria era un mal gravísimo; i no es cierto, como se ha dicho, que, a consecuencia de la campaña encomendada al jeneral Cruz, en 1850, contra los Araucanos, hubiese aquel pedido i recibido armamento de repuesto, ni ménos es cierto que aquel circunspecto jefe (al contrario del candoroso Freire en 1823) solicitase auxilios, teniendo en mira su candidatura política que surjió de improviso, como hemos visto. Las ventajas militares estaban pues a primera vista de parte de los insurrectos del sur; pero a fin de aprovecharlas, haciase una necesidad el movilizar hácia la capital el rejimiento de Cazadores, cuyas mitades, tomando posesion de los pueblos i vadeando aprisa los rios, iban a ser el lazo de union de los otros cuerpos del ejército, i a la vez, el rayo de la sorpresa para las desapercibidas autoridades de ultra-Maule.

X.

Para dar mas seguridad a aquellas combinaciones, resol-

vióse el jeneral Cruz a tomarlas a su cargo, mediante la intervencion de su activísimo ajente, don Bernardino Pradel. Poco despues que éste habia marchado a Chillan llevando instrucciones i dinero, dirijióse, en consecuencia, en los primeros dias de agosto a su hacienda de Peñuelas, situada en la vecindad del Itata, a 12 leguas de Chillan i 18 de Concepcion.

Casi en el mismo dia i, ciertamente, con harto distintos propósitos, partió para la capital el jeneral Rondizzoni, el hombre de armas del círculo oficial de Concepcion, quien llegó a Valparaiso en el vapor del 10 de agosto.

XI.

Observóse pues que sordos manejos i una alarma silenciosa pero profunda habian sucedido a la ajitacion borrascosa de los meses de junio i julio, en que, so capa de elecciones, se habia hecho la sublevacion de las masas para las que el levantamiento de los cuarteles no seria sino un mero trámite, pues la revolucion estaba consumada en todos los espíritus.

Nadie comprendia con mejor acierto este verdadero estado de las cosas que los ajentes oficiales de la capital en Concepcion, su mismo intendente Viel, i mas que todos, el suspicaz i desconfiado comandante de la alta frontera, don Manuel Riquelme. Tan adelante habia llevado, en verdad, sus maquinaciones escondidas este hombre receloso, que a mediados del mes de agosto, el capitan del Carampangue don José Soto, que guarnecia el fuerte de Nacimiento con su compañia, amotinó ésta, a nombre del Presidente Montt, diciendo que Zañartu i Urízar eran traidores (1) i esponiendo asi, con paso tan de-

(1) He aqui como se refiere este suceso en el *Correo del sur* núm. 101.

«Cuando hemos dicho tantas veces que el gobierno conspira con-

sacordado, a un estallido violento i prematuro, la revolucion que con tanto sijilo, como actividad, se organizaba. El intendente Viel, irritado, sin embargo, por aquel desman, destituyó a Soto del mando de su tropa, sustituyéndole por el brillante oficial don José 2.° Robles, ayudante del Carampangue i obligó a Riquelme a venir a Concepcion a dar cuenta de su conducta (1).

XII.

A estos síntomas de alarma se sucedieron otros inmediatos, no ménos graves, que ponian el ánimo vacilante del intendente Viel en los mas penosos conflictos. El intendente del Ñuble, coronel don José Ignacio García, le escribia en los últimos dias de agosto, anunciándole que la revolucion era in-

tra el órden público i que los partidarios de don Manuel Montt son unos verdaderos anarquistas, hemos dicho una verdad incontestable. Todos los dias recojimos nuevas pruebas.

«Anteayer ha llegado un espreso de Arauco, trayendo comunicaciones del comandante Zañartu para el jeneral Viel, en que le anuncia la sublevac ion del capitan Soto, que manda la compañía del Carampangue que está de destacamento en Nacimiento. El capitan, no de muto propio sin duda, pero de mui buena voluntad, dió a reconocer a don Bartolomé Sepúlveda como comandante del batallon, diciendo a la tropa que el señor Zañartu i el mayor Urízar habian sido destituidos porque no tenian la confianza del gobierno etc. i exijió un *viva* que nadie repitió. En la misma noche, muchos de los soldados, con el sarjento de la compañia, se desertaron i llegaron a Arauco a poner en conocimiento de su comandante la conducta del capitan i las amenazas que se les habia hecho de fusilar a los que no obedecieran al nuevo jefe. ¡Que tal ejemplo de parte de los conservadores del órden público que nos llaman todos los dias revoltosos i sanguinarios!»

(1) Véase el *Correo del sur* del 23 de agosto, ántes de cuya fecha ya Riquelme habia regresado a los Anjeles.

minente en Concepcion i en los Anjeles, por lo que debia remitirle en el acto a Chillan la brigada de artillería de Talcahuano i 25 mil tiros de fusil.

Presa el jeneral Viel de la mas viva ansiedad, pues ya veia las consecuencias de su imprudente aceptacion del mando en época tan difícil; acosado por una parte por las instigaciones del activo círculo gobiernista que le rodeaba; arrastrado por sus simpatías de corazon en un sentido contrario, desorientado de la política de la capital, a donde habia escrito acusando su impotencia; sin elementos propios de existencia, vivia aquel malhadado jefe como un hombre que hubiera sido arrojado en el cáos, sin que le alumbrara ni un solo lejano resplandor para salvarse.

El jeneral Baquedano, por un arranque de su jenio espontáneo i entusiasta, encargóse de su propia cuenta, i apesar de los consejos prudentes de Vicuña, de poner fin a aquella amarga situacion que todos adivinaban en el primer mandatario de la provincia, sin atreverse a insinuarle una salida. El remedio del jeneral Baquedano era peor, como se dice vulgarmente, que la enfermedad; pero aquel soldado pertenecia a esa especie de facultativos que matan o sanan al paciente en la primera visita. Dirijióse un dia, en consecuencia, a la casa del jeneral Viel, i sin mas preámbulos ni rodeos que un significativo apreton de manos, lo invitó a tomar parte en la revolucion, que ya era un hecho i que acaudillaba abiertamente el jeneral Cruz.

Por mui preparado que estuviese su ánimo, el jeneral Viel quedó aturdido en presencia de aquella atrevida revelacion, i por de pronto, no acertó a tomar otra precaucion que dar aviso a los hombres comprometidos del círculo oficial, quienes opusieron una ciega incredulidad a aquella confidencia que presentaba visos de tanta estravagancia.

Pero Viel tenia otra manera de concebir la realidad. No lo cegaba tanto la pasion política que no sintiera bajo sus pies el volcan de la revolucion cuya lava brotaba ya en todas direcciones; i presintiendo que el mas recio sacudimiento tendria lugar en aquel pueblo, resolvióse a dejarlo precipitadamente, llevando consigo dos compañías del Carampangue, que, desde algunos dias ha, se encontraban de guarnicion en aquel punto, i haciendo venir de Talcahuano la brigada de artillería, para reemplazar a aquellas. La tropa se puso en marcha el dia 3 de setiembre i el intendente salió para los Anjeles al dia siguiente, dejando en su puesto, en calidad de sustituto, al probo i tímido Andonaegui.

XIII.

Miéntras tenian lugar en Concepcion acontecimientos de tanto bulto, aunque su importancia verdadera fuese solo conocida de los principales autores que en ellos tomaban cartas, partia el vapor *Arauco* para Valparaiso (5 de setiembre), llevando aquellos rumores de siniestro significado. Pero los partidarios del Presidente electo enviaban sin duda a éste noticias contradictorias, o de acuerdo con sus ideas sobre la versatilidad que atribuian al jeneral Viel. Ello fué que ninguna alarma apareció en los círculos oficiales de la capital, ántes al contrario, se dieron a luz manifestaciones de la mas completa seguridad. «El benemérito jeneral Cruz, decia el *Mercurio* el 8 de setiembre, se ha retirado a su hacienda de campo, i segun parece, se relega absolutamente a la vida privada» (1).

(1) Coincidia la confianza manifestada por los conservadores de la capital, con el resultado del escrutinio hecho por el senado el 30 de agosto de las actas de los colejios electorales, en el qué

Pero, a mayor abundamiento sobre esta estraña confianza, he aquí como se espresaba el mismo ministro del Interior a este respecto, en una carta dirijida a persona constituida en autoridad, con fecha 9 de setiembre. «Ayer han llegado a Valparaiso los vapores del norte i sud, decia el ministro con un esquisito candor (pues dos dias ántes de esa fecha habia estallado la revolucion de la Serena), i por ellos sabemos que reina tambien en uno i otro estremo gran tranquilidad. En la Serena solo queda el calor en un papel que allí se publica. En Concepcion, punto en que los opositores han fundado siempre sus esperanzas, no solo no hai nada que temer, sino que

el candidato habia obtenido una inmensa mayoria, 139 votos contra 29. Al verificarse aquel acto, se habia violado, sin embargo, una prescripcion de la constitucion, sobre lo que se hizo entónces gran hincapié, aunque nos parezca solo un asunto de tramitacion. Dice, en efecto, el artículo 73 de la carta fundamental «que no podrá hacerse el escrutinio ni la rectificacion de las elecciones, sin que se hallen presentes las *tres cuartas partes* de la totalidad de los miembros de *cada una* de las cámaras» i no habiendo asistido sino catorce de los veinte senadores que componen una de aquellas, habia faltado un voto para cumplir el requisito constitucional. No asistieron, por complot, los senadores Vial, Solar, Errázuriz i Vargas Bascuñan, el jeneral Cruz, por estar ausente i don Juan de Dios Vial del Rio, por haber fallecido.

Por lo demas, la prensa de la capital, como la de Valparaiso, que hemos citado, daba contínuas muestras de su seguridad en la paz i de su regocijo por el triunfo de su candidato. He aquí lo que la *Tribuna* del 11 de setiembre añadia a lo que el *Mercurio* del 8 habia dicho sobre la profunda quietud del sud, con harto peregrinos razonamientos.

«La última esperanza, dice, de una conmocion política en la República, que abrigaban los ánimos inquietos, se ha disipado con la llegada del vapor *Arauco*.

«Concepcion no piensa en revueltas. Su prosperidad se desarrolla tan activamente, que nunca mas que ahora, las ideas de paz, de trabajo, de bienestar material, escluyen toda posibilidad de sacudimiento.

«Los mismos que durante la exaltacion electoral osaron pro-

la escitacion que allí habia se ha concentrado en tres o cuatro individuos que, para hacerla revivir, divulgan las mas disparatadas mentiras. Ya, que el gobierno ha mandado nuevo intendente a Concepcion, separando al jeneral Viel porque se halla unido a los opositores; otras veces, que la fragata «Chile» ha sido armada en guerra i enviada a Talcahuano con fuerza para apoderarse de Concepcion i poner presos i desterrar a todos los que se dicen opositores. Estas mentiras circulan algunos dias, miéntras llega vapor o correo que las disipa. El jeneral Viel, añadia esta curiosa pieza salpicada

nunciar en su efervescencia de partido la palabra *revolucion*, se han apresurado a disipar toda duda, respecto del patriotismo de sus intenciones.

«La provincia de Concepcion está en ese momento en que una poblacion pasa de ser opositora a hacerse *conservadora*.

«Esa bella provincia ha sido opositora hasta el dia, i esto se esplica. Tuvo un tiempo una gran importancia, cuando los elementos políticos predominaban en el pais. Concluyó el predominio de los elementos políticos i se levantó el de los industriales. Concepcion no era industrial. Su influencia i su poder se anularon, de consiguiente. Era una provincia caida, i como todos los caidos que conservan el recuerdo de su pasado, se hizo opositora.

«De algunos años a esta parte, Concepcion se ha vuelto industrial i se abre, delante de sus pasos, un porvenir inmenso.

«Hoi recobra, dia por dia, mediante el incremento de su riqueza, su antigua importancia, i siguiendo la lei de las sociedades humanas como de los individuos, será naturalmente conservadora de un estado de cosas en que se hallará próspera e influyente.

«Actualmente, Concepcion rechaza con enerjia toda idea de que una revolucion pueda tener lugar en su seno. De esto a combatir toda idea que tenga visos de revolucionaria, no hai mas que un paso, i la prosperidad de Concepcion la obligará a darlo.

«Nuestros soñadores de revueltas pueden estar descansados respecto a Concepcion. La tranquilidad que el *Arauco* anuncia reinar allí será cada dia mas sólida i efectiva, i felicitaremos a Concepcion por ello, porque será señal de que estará cada dia mas rica i adelantada.»

de una singular sagacidad política, con su conducta discreta ha contribuido a que muchos opositores dejen de serlo, i que aumenten ahora en Concepcion las filas del partido del órden, todos los que, si fueron por Cruz por afecciones o paisanaje, quieren tranquilidad i paz interior, que *son todos los habitantes de Concepcion,* con mui raras escepciones»

En Concepcion, sin embargo, se entendia de mui distinta manera la actitud asumida por el gobierno i dábase por cierto, en aquellos mismos dias, que el vapor *Arauco* deberia traer a su regreso (que tendria lugar el dia 13) al jeneral Rondizzoni i un cuadro de oficiales, nombrado aquel, intendente de la provincia i los últimos, destinados a reemplazar a los jefes i oficiales sospechosos del Carampangue. Añadíase ademas, que el acreditado coronel Mardones marchaba a hacerse cargo de las milicias de la frontera, todo lo que no hacia sino avivar la ansiedad de los revolucionarios i precipitar sus esfuerzos hácia un rápido desenlace.

Una nueva circunstancia vino a acelerar éste, haciendo que el mismo jeneral Cruz, que tan reservado se mantenia en todas ocasiones, fuera el que diese la señal apetecida del levantamiento.

XIV.

Seis semanas ántes de su marcha hácia la Frontera, el intendente Viel habia pedido con urjencia se le enviase a los Anjeles uno de los dos escuadrones de Cazadores que existian en Chillan (1), con el objeto, sin duda, de hacer una con-

(1) Estos eran el 1.° i 3.° escuadron (comandantes Las Casas i Venegas), encontrándose el 2.° (comandante Prieto) en Copiapó. Mandaba estas fuerzas virtualmente el coronel don José Ignacio

centracion de fuerzas en aquel canton, que impusiera respeto al amenazante Carampangue.

García, intendente del Ñuble, pues el coronel don José Manuel Jarpa, su jefe verdadero, se habia retirado del servicio, fuera por los achaques de su salud, fuera por evitar compromisos que eran odiosos a su hidalguía de hombre, puesta en lucha con sus deberes militares.

Por lo demas, los *Cazadores* habian sido, desde el 20 de abril, el tema obligado de todos los planes i de todos los presentimientos de la política. Desde aquel dia hasta el de Longomilla, durante un espacio de mas de ocho meses, se les habia tenido en una constante movilidad, entre el Maule i el Bio-bio.

Vimos, en efecto, que el jeneral Cruz i el coronel Jarpa recibieron, a la vez, órden de enviar aquel cuerpo a Santiago. Encontrábase el último, con licencia, a diez i ocho leguas de los Anjeles, cuando recibió aquel aviso i en el acto, reuniendo los destacamentos que guarnecian los puntos de la frontera, como San Carlos, Santa Bárbara, Negrete i otros, se puso en marcha con un escuadron, llegando a Chillan el 1.° de mayo. Reunióse aqui con el escuadron que guarnecia esta plaza, i detenido varios dias por las lluvias de la estacion, solo pudo llegar a Talca el 26 de aquel mes.

Aquí recibió contra órden i, en consecuencia, se replegó sobre Chillan el 3 de junio, tomando cuarteles en este pueblo el dia 14.

Un mes despues, el 16 de julio, llegó órden del gobierno para que se enviase un escuadron a los Anjeles, i el intendente Viel, por cuya indicacion el ministro de la guerra habia ordenado, sin duda, aquella medida, reiteró la misma solicitud el dia 21. Mas, fuera verdad, fuera pretesto i desconfianza, el intendente García se resistió a dejar partir aquel cuerpo, alegando que los caballos estaban en tan miserable estado que no podrian recorrer seis leguas del camino de los Anjeles.

A instancias de Viel, sin embargo, el gobierno ordenó perentoriamente aquel movimiento, con fecha de agosto 20, i García logró demorarlo hasta el 10 de setiembre, como hemos visto.

Todos estos detalles constan del libro de correspondencia de los jefes del ejército con el ministro de la guerra que existe archivado en el ministerio de este ramo. No estará de mas añadir que este cuerpo tan codiciado se componia de solo doscientos hombres.

Púsose, en consecuencia, en marcha el dia 10 de setiembre para los Anjeles el tercer escuadron que mandaba el comandante don José Vicente Venegas, soldado valeroso, i de cuya decidida afeccion al jeneral Cruz i a su causa habia hecho él mismo las mas esplícitas manifestaciones.

Al saber aquel cambio de tropas, el jeneral Cruz resolvió, en el acto, ponerse en movimiento, i abandonando su hacienda de Peñuelas, dirijióse a la vecina de Queime (tambien de su propiedad), por cuyas inmediaciones debia pasar el cuerpo destinado a los Anjeles. No alcanzó el jeneral a ponerse al habla con su jefe, como habria sido indispensable, i se limitó a enviar a aquel su firma en un trozo de papel (algunos dicen en la propia cartera de aquel jefe) pues esta era toda la garantía que habia exijido Venegas para entrar en el movimiento con su cuerpo. Este solo llegó a los Anjeles el dia 13, i con los caballos tan estraordinariamente fatigados, que los soldados hicieron gran parte del camino a pié i tirándolos por la brida (1).

XV.

Sin pérdida de momento, el jeneral Cruz, constituido ya en caudillo desembozado de la revolucion, envió a Concepcion a don Bernardino Pradel con una mision estrictamente confidencial, i que importaba el último paso que su prudencia,

(1) Carta inédita del jeneral Viel al intendente sustituto Andonaegui fechada en los Anjeles, setiembre 14 de 1851. En esta misma carta, dice Viel que se encontraba sumamente irritado con Riquelme por sus medidas alarmistas i que no lo castigaba solo por haberlo prometido asi a Andonaegui. Los sucesos de ese mismo dia (14 de setiembre) daban, sin embargo, sobrada razon, a la sagacidad del comandante de la alta Frontera.

o mas bien, su ánimo receloso (1), le aconsejaba ántes de dar el grito de la insurreccion.

Pradel era portador de las bases de una acta revolucionaria, que debian acordar i firmar quince de las personas mas caracterizadas de Concepcion, como una prenda de su lealtad i de su adhesion a la causa a cuyo servicio el jeneral Cruz iba a consagrar vida, reposo i hacienda, con tan jeneroso anhelo.

(1) El jeneral Cruz manifestaba en su correspondencia con los principales ajentes de la revolucion, la mas estraña reserva, apesar de estar consagrado solo a la realizacion de aquella. Habiéndole escrito Vicuña el 27 de agosto sobre los peligros que debian rodearle en aquellos graves momentos, encontrándose aislado en su solitaria hacienda de Peñuelas, i solo a dos leguas de la raya que lo separaba de la provincia hostil del Ñuble, he aqui, en efecto, lo que le contesta en carta de 30 de agosto que tenemos a la vista. «Yo agradezco los temores que le asisten sobre mi persona i porvenir, pero estando resuelto a todo, ántes de hacer tomar compromiso alguno en mi favor a los amigos, no considero oportuna ni necesaria mi ida a esa, sino que, por el contrario, debo esperar tranquilo el curso de los sucesos, tal como creo deben esperarse. Si me ajitase de ante mano por temores posibles, sufriria el martirio doble cuando ellos llegasen.»

I dos semanas mas tarde, habiéndole llamado Vicuña con instancia a Concepcion, al dia siguiente de haberse firmado el acta revolucionaria (en la mañana del 12), le escribe con fecha 13 estas singulares palabras, que solo pueden concebirse, en nuestro concepto, por temor de que la carta sufriese un estravio. El jeneral Cruz podia, en verdad, hablar aquel lenguaje a las autoridades de la provincia, pero nunca a sus amigos i a los que todo iban a jugarlo en una causa que llevaba su nombre. He aqui sus palabras testuales. «V. sabe que a mi desicion i gusto a vivir en el retiro, se une hoi la precision en que me veo de arreglar mis asuntos abandonados del todo mas de tres años i mi entero aburrimiento de la política. Por lo tanto, no puedo resolver mi regreso, que lo efectuaré, sin duda, en algunos dias mas».

XVI.

Es este el momento de hacer al jeneral Cruz una justicia que será el mas preclaro de sus timbres en esta historia en que van a trazarse con austero pulso sus proezas o sus errores de soldado, sus susceptibilidades o su grandeza de ciudadano i de caudillo.

Háse visto, ya desde mui atras, que el jeneral Cruz oponia una innata resistencia a acaudillar la revolucion armada; i sus antecedentes, su posicion, i su horror a la guerra civil (sentimiento que, por dicha de Chile, es comun a todos sus hijos) esplicaban en gran manera aquella resolucion de su ánimo. Pero un móvil mas alto i jeneroso dictaba, a la vez, aquella conducta al caudillo del sur. Creíase él, i por cierto con sobrados títulos, el designado por los pueblos para rejir sus destinos, i apoyaba la sancion de su mandato en la opinion nacional, libre i espontáneamente manifestada, de acuerdo con el programa que él habia trazado a sus conciudadanos al aceptar sus votos. Recurrir a las armas parecíale pues un aleve rompimiento de aquel pacto de la lei que ligaba su voluntad a la de sus conciudadanos. Por otra parte, alzarse en su propio nombre i en pró de su candidatura vencida, parecíale una culpable ambicion que rechazaba su pecho, de suyo desinteresado.

Como jefe militar, jamas habria aceptado, por consiguiente, el jeneral Cruz la revolucion que lo proclamaba. Pero aclamado el caudillo civil de los pueblos e invitado por estos de mil maneras a secundar sus miras, resolvióse a hacerse, no el campeon de su propia causa, sino el jeneral en jefe de un ejército levantado por aquellos pueblos, i con el que se le

enviaba a vencer otro ejército que, segun las convicciones de la época, armaba el despotismo para dominar a la nacion rebelada. Este desinteres, o mas bien, este error, que mató en el pecho del caudillo el alma del revolucionario, para no dejar sino la disciplina del soldado, fué la causa principal de los descalabros de la revolucion i todos ellos se irán esplicando por la influencia de esta aciaga circunstancia.

El jeneral Cruz, por esto, no aceptódesde luego sino el mando militar de la revolucion, reservando a un Congreso Constituyente la organizacion del gobierno que habia de plantearse despues del triunfo. En cuanto a él, era una cosa resuelta, i con esa fuerza de voluntad de que pocos hombres han dado mejores pruebas, que no seria jamas el jefe supremo del Estado, cualquiera que fuese el desenlace de la cuestion armada; i esto era tanto mas de creerse en él, cuanto que hácia veinte años a que se habia retirado de la política activa, irritado con su pariente el jeneral Prieto, porque despues de Lircai habia aceptado la presidencia de la República.

Así fué que en el seno de una suprema e inviolable confianza, dijo a don Bernardino Pradel, ántes de alejarse de Queime, que si el triunfo coronaba sus armas, el elejido de sus simpatías i el que dispondria de sus lejítimas influencias, seria aquel probo e ilustre ciudadano, cuya conciencia sin mancha en la política i en la vida intima, resplandece todavia como una aureola en su fosa recien abierta: el malogrado don Salvador Sanfuentes.

XVII.

Pradel, entretanto, habia llegado a Concepcion la noche del 11 de setiembre i dado parte a sus amigos del objeto de su

mision. En el acto, se reunieron en la habitacion de Vicuña los principales corifeos de la revolucion, se redactó el acta, bajo las bases traidas por aquel, i a las 11 de esa misma noche, se formalizó aquella con las quince firmas solicitadas, figurando en primera línea la del jeneral Baquedano.

En la tarde del dia 12 partió el infatigable Pradel, llevando oculto aquel documento. Dejó al mismo tiempo en manos de don Manuel Zerrano el papel que contenia la firma del jeneral Cruz, i que aquel entusiasta patriota se encargaba de entregar en persona al comandante Venegas a los Anjeles.

Por lo demas, como la revolucion era ya un hecho en toda la provincia, pues la autoridad existia solo a virtud de la tolerancia del pueblo i del ejército, convínose en un sencillo plan de ejecucion, conformándose en todo a las instrucciones del jeneral Cruz. Segun éstas, era preciso para hacerse el levantamiento en Concepcion, que era el puesto militar de ménos importancia (no asi en cuanto a su influencia política), que los Cazadores se amotinasen en sus cuarteles de Chillan. Dado este paso, que el jeneral Cruz insistia en presentar como un preliminar indispensable de su adhesion, lo segundarian el Carampangue en los Anjeles i la brigada de artilleria en Concepcion.

Lo que el jeneral Cruz se proponia, en realidad, no era hacer una revolucion tardia i organizada. Su plan predilecto consistia en avanzar los Cazadores hácia Talca, donde él mismo se estableceria con su cuartel jeneral, i si era posible, embarcar, al mismo tiempo, el batallon Carampangue en el vapor *Arauco*, para lanzarlo de improviso sobre Valparaiso o la provincia de Aconcagua. Todo esto era, mas bien que una revolucion, un movimiento estratéjico i feliz, que si hubiera sido dable ejecutar, habria consumado en todo el pais, en el espacio de unos cuantos dias, la mas hermosa i la mas unánime de las

revoluciones populares. Los revolucionarios de Concepcion hicieron presente, sin embargo, al emisario del jeneral Cruz que aquel plan tan juiciosamente concertado podia sufrir algunas modificaciones, sobre todo, si el vapor *Arauco* traia el dia 13 (como se tenia por seguro, en atencion a las voces que propalaban los montlistas en Concepcion), al jeneral Rondizzoni i su estado mayor. Mas, Pradel no pudo, apesar de esta oportuna advertencia, salir de los arreglos que le habia encomendado su severo comitente; i asi, todo lo que prometió a sus amigos fué que él personalmente se comprometeria a ayudarles en aquel caso, segundando el movimiento de Concepcion, sin que por esto quedára obligado el jeneral Cruz, quien, sin los Cazadores, nada queria.

En la noche del 13, Pradel llegó, entretanto, a la hacienda de Queime, i no encontrando en ella al jeneral Cruz que habia regresado a Peñuelas, se dirijió a aquel punto, donde llegó a las 11 de la mañana del 14. El jeneral Cruz, despues de conferenciar con él un breve instante, tomó de sus manos el acta de seguridad de que era portador, i como ya aquel documento carecia de importancia, metiólo en la costura de un colchon, miéntras Pradel, rendido por el insomnio, iba a tomar algunos instantes de reposo.

XVIII.

Mas, un suceso imprevisto vino a comprometer de repente el éxito de todo el plan acordado i a precipitar su desenlace por medios distintos a los que se habian estipulado entre el caudillo militar del sur i los ajentes revolucionarios de Concepcion. En la tarde del dia 12, comenzáronse a oir en el pueblo inciertas voces sobre la existencia de un acta revolu-

cionaria que se habia firmado en la noche anterior, i en la mañana del 13, aquel rumor tenia ya todo el carácter de una divulgacion pública, i casi de una amenaza de la autoridad. Habia sucedido que, como el jeneral Cruz insinuase por medio de Pradel que era su deseo ofrecer la intendencia de la provincia a don Manuel Benavente, antiguo i honorable patriota, compañero de armas de los infortunados Carrera i hermano del actual presidente del Senado, fué a verle don José Antonio Alemparte en la mañana del 12 i puso en su noticia todo lo que sucedia. Benavente aceptó de corazon el movimiento i los compromisos de su pueblo, pero personalmente escusóse de tomar ningun puesto público en el trastorno que iba a verificarse, dando por razon su familia i sus años.

Sin duda, en la intimidad del hogar, contó Benavente aquella circunstancia a una señora hermana suya, i ésta, ménos discreta, díjolo vagamente a don Ramon Novoa, hombre astuto i avezado en las revoluciones, que no tardó en ponerlo en conocimiento del intendente Andonaegui. Casi al mismo tiempo, llegó a éste un denuncio mas formal hecho por don Bernardo Vergara, quien habia sabido, ignoramos de que manera, el objeto del presuroso viaje de Pradel.

En el primer momento de alarma, exijió Andonaegui de Vergara que hiciese su delacion por escrito, a lo que negóse aquel caballero, i como los demas allegados de la autoridad insistiesen en su incredulidad incontrastable a todo lo que fuera adverso a su causa, dejóse el asunto de mano por de pronto.

No tenian motivo los revolucionarios, que estaban sabiendo todos aquellos secretos pasos, minuto por minuto, para envolverse en la misma calma i esperar. Sucedió que uno de los mas eficaces partidarios de la candidatura oficial, el pudiente ve-

cino don Ignacio Palma, habia hospedado en su casa, desde algunos meses ha, a uno de los proscriptos de Santiago, hombre asaz disimulado, astuto i capaz de conquistarse con maña la voluntad de un político de provincia. Era este don Francisco Prado Aldunate, actor i víctima en todas las revoluciones que se habian forjado en la capital, i que despues de la jornada del 20 de abril, que le abrió las puertas de la cárcel donde se encontraba, asi como las cerró para tantos, se habia dirijido a Concepcion, a ejemplo de Lara, Urbistondo i muchos otros perseguidos.

Habia conseguido Prado Aldunate inspirar tanta confianza a su obsequioso huesped, que todos los planes de los monttistas, que consistian, a decir verdad, solo en esperanzas i bravatas, estaban en transparencia a los ojos de los revolucionarios; i asi fué que tan pronto se hizo el denuncio del acta revolucionaria, como aquel estaba en noticia de Baquedano, Alemparte, Vicuña i Zerrano, cuya casa era el foco ardiente de la revolucion. Prado Aldunate daba aviso, sin embargo, de la resistencia que oponian los monttistas para persuadirse de la verdad de aquel hecho, pues el mismo Palma decia en chanza, «que él habia visto actas *despues* de las revoluciones, pero que hacerlas *ántes* le parecia solo un disparate propio de locos» (1).

(1) «El aviso cierto (dice Vicuña en sus Apuntes citados) que tuvimos de que don Bernardo Vergara habia descubierto al intendente la realidad del acta, i que don Ramon Novoa le apoyaba, sin poder presentar pruebas ni testigos, nos alarmó; apesar que Andonaegui no creia en tal acta i que don Ignacio Palma, con la risa mas burlesca, decia a Prado Aldunate (huesped en su casa) que los denunciantes de actas firmadas ántes de la revolucion habian perdido el juicio porque aquello nunca se habia visto».

He aquí como otro testigo ocular, el mismo Prado Aldunate, cuenta, solo con algunos leves errores de los detalle, aconteci-

XIX.

Mas, de todas maneras, la revolucion estaba descubierta i era preciso adelantar el golpe, por graves que fueran las consecuencias de faltar a los encargos terminantes del jeneral Cruz.

Otra coincidencia autorizaba aquella anticipacion que, de otra suerte, se habria tildado de imprudente. Hemos ya dicho que aquel mismo dia, se esperaba en Talcahuano el vapor de la carrera del sud con una comitiva numerosa de oficiales i de empleados, destinada, se puede decir así, a ejecutar en la provincia una especie de revolucion oficial para sofocar la revolucion del pueblo.

Despues de los acuerdos previos que la emerjencia reque-

mientos anteriores a este suceso, en una carta que hemos citado en el primer volúmen de esta historia páj. 190.

«De dia en dia, dice, nos hacian esperar en Concepcion el movimiento de Chillan, en su mayor parte detenido por tener García desmontados los Cazadores, a los que en este estado los tenia sitiados por la compañía del Yungai i el batallon cívico, que estaba acuartelado, cuya fuerza, en su mayor parte, le era fiel. La disposicion de los soldados todos de Cazadores a caballo, i de la mayor parte de las clases i oficiales no dejaba que desear en nuestro favor; pero sus fuerzas eran inútiles desde que les faltaban sus caballos. La vijilancia de García era estremada, i obraba en todo con un absolutismo inaudito. En esta situacion nos pasamos todo el mes de agosto i parte de setiembre. El jeneral Cruz, dispuesto a la revolucion como nadie, no queria, sin embargo, que se hiciese en Concepcion nada ántes que en Chillan. Dificultaba mucho del éxito, si así no se hacia. El 10 de setiembre le dan parte sus ajentes que García habia puesto en movimiento el primer escuadron de Cazadores, al mando de Venegas, sobre los Anjeles (departamento de Concepcion) i que este jefe no exijia otra cosa, para adherirse a la revolucion, que la firma del jeneral; efectiva-

ria, resolviose pues que el levantamiento tendria lugar aquel mismo dia i que la llegada del vapor seria la señal de la ejecucion.

XX.

Pero, tropezose todavia con un sério inconveniente. Don José Antonio Alemparte, fuera por irresolucion, fuera porque conocia la rijidez de carácter del jeneral Cruz en materia de compromisos públicos, opuso una obstinada resistencia a la medida que se acababa de adoptar i de la que Baquedano i Vicuña se manifestaban los mas empeñosos sostenedores.

mente, la exijencia era cierta i la firma voló a los Anjeles en busca de Venegas.

«El jeneral ejecutaba todo esto desde su hacienda de Peñuelas (propiedad que posee cerca de Chillan), a donde se retiró a principios de agosto, para facilitar las comunicaciones de Chillan i la frontera i ser ménos observado en sus movimientos. Al mismo tiempo que mandó su firma en busca de Venegas, nos remitió a Concepcion una acta revolucionaria para que la firmásemos cierto número de individuos, escrita de su puño i letra, agregando que no tomaba esta medida por desconfianza, sino porque necesitaba satisfacer a una persona que estaba fuera de Concepcion (Zañartu, a mi entender), lo que nosotros practicamos, añadiendo que todos estábamos dispuestos con nuestras vidas, honor e intereses a seguir la suerte de la revolucion. Tambien encargaba se ofreciese la intendencia a don Manuel Benavente, i que en caso que este se escusase, le sostituyese Vicuña, en el modo i forma que Ud. habrá visto en las actas. El acta de que hablo a Ud. del jeneral llegó a Concepcion el 11 i despues de firmada por algunos, le fué llevada a Benavente por Alemparte, con toda la reserva i secreto que exijía el caso. Tambien le comunicó este último la disposicion del jeneral sobre la intendencia. Se negó a firmar el acta, diciendo que no se necesitaba de tal formalidad, que él aceptaba la revolucion desde que el jeneral la encabezaba, i que no admitia la intendencia porque no era para el destino».

Era don José Antonio Alemparte, en 1851, un hombre importante i casi esencial en la revolucion penquista. Nacido en la provincia, su jefe político muchos años, revestido en su juventud del prestijio de hazañas militares que, siendo aun niño, le habian granjeado fama de valiente, pues en aquel famoso asalto de Talcahuano (1817), en que el jeneral Cruz, ya capitan, subió a la almena en hombros de un soldado, Alemparte habia recibido, a quema ropa, un metrallazo que le despedazó todo el cuerpo. Activo, por otra parte, de jenio emprendedor, locuaz, astuto i persuasivo, tenia una representacion, que le caracterizaba altamente para figurar en primera línea entre los caudillos de la revolucion. Sus propios defectos reconocíanse como accidentes favorables a su mision especial de brazo fuerte. Era impaciente hasta el furor i juzgábasele iracundo hasta la crueldad. Como mandatario de Concepcion, habíase granjeado pocas amistades i sí muchos temores. Habia sido en el sud el representante del sistema que Portales desenvolvia en la misma época en la capital, pues eran estrechos amigos, i en la revolucion de 1829, habian desempeñado un papel análogo, el uno como ajitador de las masas populares en Santiago i el otro como comisario civil en el ejército revolucionario que se sublevó en Chillan.

Era pues mas temido que amado, i, por lo tanto, hombre utilísimo en aquella coyuntura.

Tenia, por otra parte, sobre Vicuña, la considerable ventaja de su conocimiento completo de los hombres i de los sucesos de su provincia natal. El mayor número de los militares que no obedecian directamente a la influencia del jeneral Cruz, eran, ademas, sus amigos o sus adeptos. Saavedra, el mayor Zúñiga, i aun el mismo jeneral Baquedano, a quien sedujo en 1829, le prestaban una deferencia mas o ménos profunda; i parecia, por tanto, evidente que con su resistencia no seria fácil

lanzar a muchos hombres comprometidos, en la accion. Despues del jeneral Cruz, don José Antonio Alemparte era, en verdad, la influencia revolucionaria de mas importancia no solo, en el pueblo de Concepcion, que le miraba con mal ceño, sino en todos los departamentos de aquella provincia que habia gobernado por tantos años.

Otro accidente transitorio hacia aun su inmediata cooperacion de gran valia. El hombre mas capaz de tomar la iniciativa del movimiento en Talcahuano, donde, junto con la llegada del vapor, debia darse la señal de la insurreccion, era el capitan de marina don Pedro Angulo, hombre tan valeroso como violento, que se habia conquistado una merecida reputacion de osadia desde que, siendo un simple marinero, sublevó el bergantin *Aquiles* i quitólo a los españoles. Aquel indispensable auxiliar estaba, en todo, sometido, sin embargo, al influjo de Alemparte, a quien, desde atras, profesaba una ciega deferencia.

Hízose pues preciso recurrir a los ruegos, para que el antiguo intendente de Concepcion, ahora tan decaido de ánimo, desistiese de su oposicion, i encomendose aquel cuidado precisamente a la persona que causaba su desmayo, a su jóven i varonil esposa, la señorita Emilia Lastra i Valdivieso, con quien pocos meses ántes habíase casado. Las súplicas i aun las lágrimas de aquella jóven que llevaba en su nombre (era nieta de los Carrera) la enseña de su patriotismo, desvanecieron al fin las vacilaciones de su marido, i cuando era ya pasado medio dia, escribió a Angulo para que en el acto se viniese a Concepcion. No influyeron poco en el espíritu de Alemparte las observaciones i el ardoroso lenguaje de su entusiasta hijo don Juan, jóven mui conocido entónces en la capital i en el sud, por su aventajada intelijencia i la actividad heredada de su espíritu.

XXI.

A las 4 de la tarde, encontrábase ya Angulo en Concepcion, i dos horas despues, se le veia en Talcahuano, haciendo los aprestos de su empresa. Tan pronto como el vapor estuviera a la vista, debia enviar aviso a Alemparte, i luego que aquel hubiera echado su ancla, posesionarse de él, arrestando a Rondizzoni i su comitva, dado caso que llegaran.

XXII.

Entre tanto, en Concepcion se hacian los aprestos de aquella noche que, por tantos títulos, iba a ser solemne, Poco despues de las oraciones, habia llegado, en efecto, un espreso a la intendencia, anunciando que en Valparaiso se habia descubierto una conspiracion el dia 6 de setiembre, en consecuencia de la que habian sido puestos en prision los comerciantes Masenlli i Dodds, el abogado Vargas, el sangrador Castañeda i varios otros comprometidos. La mina de la revolucion, cargada ya con todo su lastre, hacia esplociones sordas que amenazaban sofocarla ántes de su pujante estallido. La Serena se habia sublevado un dia despues de haberse descubierto en Valparaiso los depósitos de armas, i el Chacabuco salia de la capital, por el camino de Aconcagua, dando gritos de *Viva Cruz!*, en la mañana de aquel mismo dia (13 de setiembre), en que el sud iba a alzarse en rebelion.

La crísis era inminente.—La hora no podia demorarse, i por mas que fuera cautela someterse a las prescripciones del caudillo de la revolucion, hacíase preciso ceder a la lei

de esta, que era a la que deberian servir todas las voluntades de consuno.

La revolucion de la provincia de Concepcion iba pues a verificarse aquella noche, no solo contra el gobierno impuesto a la República, sino, en gran manera, en contra de la voluntad perentoriamente manifestada del caudillo que debia encabezarla para darle su prestijio, su fuerza, i a la postre, su perdicion.

CAPITULO V.

LA REVOLUCION.

Se anuncia en Concepcion que el vapor *Arauco* está a la vista en Talcahuano i se da la señal del levantamiento. El capitan Saavedra.—Benjamin Videla.—Don Bernardo Zúñiga.—El jeneral Baquedano se presenta en el cuartel de artillería i es proclamado comandante de armas.—Videla se apodera del cuartel cívico.—Saavedra toma posesion de la guardia de la cárcel.—Angulo apresa en Talcahuano el vapor *Aráuco*.—Alemparte vá a aquel puerto i regresa en la misma noche.—Vicuña asume provisoriamente la intendencia i despacha espresos a Cruz, Viel i Zañartu, con el anuncio del levantamiento.—Acta de la revolucion.—El dia 14 de setiembre en Concepcion.—Proclama del jeneral Baquedano.—Acta de organizacion del gobierno revolucionario.—Nombramiento tumultuoso del cabildo.—Prisiones que se ejecutan en Concepcion.—Impresion profunda que causa en el jeneral Cruz la noticia de la insurreccion.—Don Bernardino Pradel se dirije, en el acto, a Chillan, con el objeto de tentar un golpe de mano sobre los Cazadores.—Carrera política de este hombre singular.—Tiene mal éxito su tentativa i se regresa a Peñuelas.—El jeneral Cruz escribe a Vicuña, negándose abiertamente a tomar parte en el movimiento.—Contestacion de Zañartu en igual sentido.—El jeneral Viel rehusa aceptar el nombramiento de intendente hecho por el pueblo.—

Entereza de ánimo de Vicuña i su segunda carta a Cruz.—Resuelve, de acuerdo con Baquedano, embarcar la division revolucionaria de Concepcion en el *Arauco* i sorprender a Valparaíso.—Manifiesto constituyente de Vicuña.

I.

Eran las 8 de la noche del memorable 13 de setiembre; i un jinete salía a toda brida por el *portalon* histórico de Talcahuano, en direccion a las húmedas vegas que conducen del puerto a Concepcion. Una hora despues, se apeaba aquel en el patio de la casa de don Manuel Zerrano i ponia un pliego en manos de don Pedro Félix Vicuña. Era el anuncio, enviado por Angulo, de que el vapor *Arauco* estaba a la vista....

La revolucion del sud, aquel terrible drama de la nacionalidad chilena, que eclipsó por sus desastres todas las catástrofes antiguas de la patria, comenzaba en aquel momento.

«En el acto, dice el intendente revolucionario (1), que en aquella hora asumia ya de hecho la autoridad vacante, me dirijí a casa de Videla que debia tomar el cuartel de cívicos, i lo hallé durmiendo. La señora me abrió la puerta i me introdujo a su cuarto. Le conté privadamente lo que habia, i como era animoso, recibió mi noticia con el mayor contento. Me fuí solo a casa de Baquedano i no lo hallé; lo busqué en varias casas de confianza i me sucedió lo mismo; pero le dejé aviso que le esperaba en casa de Alemparte. Un cuarto de hora despues, estábamos todos reunidos allí, i Alemparte, sumamente ajitado, queria que se retardase el movimiento hasta venir el dia. Yo hice ver que, debiendo estar hecho en Talcahuano el movimiento, la autoridad tendria luego aviso i

(1) Don Pedro F. Vicuña. Anotaciones citadas.

que era nuestro deber ahorrar un conflicto que podíamos evitar, obrando en el instante. El jeneral Baquedano i los demas apoyaron mi opinion. Mi casa fué, en consecuencia, el cuartel jeneral asignado desde aquel momento para la accion.»

II.

Iban a tomar parte en aquel tumulto de los cuarteles, que el previo tumulto del pueblo habia hecho de tan fácil ejecucion, tres oficiales subalternos, subordinados al jeneral Baquedano, quien, desde aquella noche, fué aclamado comandante de armas del departamento. Eran aquellos el capitan de asamblea don Cornelio Saavedra, el teniente del estinguido batallon *Valdivia* don Benjamin Videla i el mayor de artillería don Bernardo Zúñiga, que, con los oficiales Gaspar i Apolonio, mandaba la brigada de artillería, única fuerza veterana que guarnecia a Concepcion.

III.

Saavedra era, en aquella época, un apuesto mozo, de edad de treinta años, tan distinguido por su figura, a la vez marcial i cortesana, como por su lucida carrera militar. No habia aun tocádole en suerte salir a campaña bajo las banderas de Chile, pero su conducta de subalterno, su amor a la milicia i sus servicios en la Academía militar, en la que fué por muchos años el ayudante mas popular i mas querido, todo en él i hasta su oríjen, a la vez aristocrático i revolucionario, prometia ya al adalid que hasta el dia de Purapel (¡ai! no mas allá!), debia dar honra a las filas de los libres.

Nacido en Chile, contaba por abuelo uno de los próceres mas ilustres de la revolucion arjentina, aquel brigadier Saavedra, que llevó su mismo nombre, i que, desde 1810, fué el caudillo militar de la insurreccion del Plata. Su padre, don Manuel Saavedra, bizarro soldado a su vez, habia venido a Chile en 1817, incorporado al ejército Libertador, en cuyas filas, por una deferencia especial, tenia el puesto de ayudante del jeneral de vanguardia, íntimo amigo de su familia.

Casado en Chile, tuvo poca fortuna, pues cayó una vez en desgracia por haber desafiado a muerte a Monteagudo i otra, por un acto de violencia, cometido en el departamento de Quillota, de que era gobernador, haciendo azotar ilegalmente a un individuo. Formóse pues el jóven Saavedra en medio de dificultades que él deberia vencer, mas con la dulzura de su carácter, que con la pujanza de su enerjía, pues esta yacia adormecida, fuera por la influencia de su temperamento, o porque no hubiera campo en que ejercerla.

Presentábasele ahora la ocasion de sacudir la habitual apatia de su espíritu, que la escasez de su salud agravaba. Retirado del servicio i de la capital por sus achaques, habia encontrado un asilo i amigos en el pueblo de Concepcion, donde uno de sus camaradas de niñez, Juan Alemparte, asocióle a los negocios de molinos de trigo que entónces sostenia en aquella provincia el padre del último.

Los compromisos revolucionarios de esta familia eran los suyos propios, i nadie aceptó con mas injenuo corazon i ánimo mas resuelto la insurreccion a que era invitado. Para Saavedra, su participacion en el levantamiento del sud, fuera de sus convencimientos, era mas que un deber, era una gratitud.

IV.

Benjamin Videla, el amigo de armas de Saavedra i el que partió con él la mas pura gloria de la revolucion, la gloria del pueblo armado, era, como éste, de estraccion arjentina, habiendo sido su padre un soldado del Ejército Libertador, hermano de aquellos Videla de Mendoza, que dejaron todos un nombre ilustre, muriendo en los campos o en el patíbulo de la revolucion. Proscripto en Chile, a donde le seguia la mala estrella que alumbraba a los suyos tras los Andes, por haber pertenecido al bando que sucumbió en Lircai, habíase retirado a la aldea de Yumbel, donde casóse i nacióle el hijo único, cuyo retrato hacemos, sin que pidamos a la amistad sus simpatías para embellecer una figura que el odio ha querido cubrir despues de tan inmerecidas sombras.

Videla habia pagado, desde temprano, el tributo de su raza, haciéndose soldado. Aunque solo contaba ocho años cuando se hizo a la vela la espedicion del Perú en 1838, fué incorporado como cadete al cuerpo de Carabineros que entónces quedó guarneciendo las Fronteras. Educóse despues en los fuertes de esta, i fué sucesivamente oficial del batallon *Yungai* i del *Valdivia*, i ayudante del batallon cívico de Concepcion, donde le conocimos en enero de 1850.

Mandaba despues, como es sabido, el destacamento del *Valdivia* que guarnecia la Penitenciaria el 20 de abril de 1851, i público fué el arrojo con que vino a incorporarse en las filas de su cuerpo amotinado i su conducta valerosa en la refriega. Habiásele visto aquella mañana pisotear su gorra, de despecho, junto a las paredes del cuartel de artilleria, porque el coronel Urriola no hacia sonar la corneta del ataque.

Mas, cuando aquel jefe volvió en sí, llevóse a Videla consigo para acometer por retaguardia al enemigo, i pocos momentos despues, cayó exánime en sus brazos. Asilado mas tarde en la familia de don Manuel Zerrano, quien le profesaba un paternal cariño, encontrábase oculto en Concepcion i era, por tanto, uno de los mas impacientes afiliados de la insurreccion.

V.

En cuanto al jefe de la brigada de artillería, don Bernardo Zúñiga, apénas ofrece su modesta carrera un suceso digno de la historia. Nacido en Chillan en 1801, habia pertenecido a la milicia que se alistó en el ejército del jeneral Prieto, despues de su rebelion en aquella ciudad en 1829, i desde entónces, con escasos i tardíos ascensos, habia hecho la campaña del Perú como capitan de artillería en 1839, i era, en 1851, solo sarjento mayor de aquella arma, a los cincuenta años de edad.

Fué el mayor Zúñiga un mediano soldado i un hombre mas mediocre todavia. Su candor de carácter le habia hecho el favorito tema de mil epígramas femeninos, fáciles de brotar en aquellas márjenes del Bio-bio, que es fama avivan los injenios, como sus pizarras sirven para aguzar las lanzas de sus belicosos hijos i las *tijeras*, estas lanzas femeninas, que, se ha dicho, manejan con especial primor los ájiles dedos de las beldades arribanas.... Era el mayor de cuerpo obeso i sin cintura, de rostro gordo, que afeaba un bigote hecho mas para la nariz que para el labio, hablaba con un acento arribano sumamente notable i contaba con frecuencia anécdotas tan frívolas que era fácil hacerlo el héroe de estas, como en castigo de su tardo injenio. I sin embargo, aquel hombre

tan pacífico i candoroso desplegó una incansable actividad durante la campaña de la revolucion i selló sus servicios i su lealtad con un valor heroico en el campo de Longomilla, donde su arma desempeñó el rol mas importante; tan cierto es que hai naturalezas que esconden bajo una grosera corteza los jérmenes de grandes hechos que toca solo al acaso exhibír. Zúñiga, si hubiera vestido la cogulla, habria honrado el claustro con su humildad i mansedumbre. Soldado, en guarnicion, era solo un fraile con casaca. Rebelde, fué un héroe!

VI.

Eran subalternos de la brigada de artillería los jóvenes don Juan José Gaspar i don Mauricio Apolonio, ámbos hijos del sud i ámbos oficiales desde la segunda campaña del Perú, en que se habian alistado como soldados distinguidos. Gaspar era un oficial modesto i lleno de méritos, miéntras que Apolonio se habia hecho conocer por su jenio travieso, no ménos que por su entusiasmo i por su arrojo. A ámbos, tambien, cupo un honroso puesto en los acontecimientos militares que en aquella misma noche iban a iniciarse.

VII.

Dispuestos de aquella manera los ánimos i señalado su rol a cada uno de los comprometidos, la revolucion del 13 de setiembre iba a sér, mas una revista de los cuarteles de la poblacion, que un asalto de ellos, hecho de sorpresa o a viva fuerza. A las once de la noche, se presentó, en efecto, en el

cuartel de artilleria, el jeneral Baquedano, en uniforme de gran parada i con su sombrero de brigadier, adornado de vistosas plumas; i la tropa, formada de antemano, le recibió con entusiastas aclamaciones. Inmediatamente llegó el teniente Videla, i sacando cuatro hombres de las filas, se dirijió al cuartel de cívicos. Acompañábale el animoso jóven don Eleuterio Baquedano, hijo del jeneral. Cuando llegaban a la puerta, el centinela dió el *quién vive?* i contestándole Videla: *oficial del cuerpo!*, abrieron el postigo, entrando ámbos al zaguan, miéntras los artilleros quedaban a corta distancia.

Mas, habia sucedido que esa misma noche, por un motivo desconocido, o acaso por los rumores que circulaban aquella mañana sobre el acta revolucionaria, se habia doblado la guardia del cuartel i mandaba el reten un sarjento llamado Barrientos, a quien Videla no conocia. Al verle aquel, dió un grito de *a las armas!* i él mismo se dirijia a tomar su fusil, cuando Videla le detuvo por el cuerpo i luchando con él, cayeron ámbos al suelo, miéntras los soldados, sorprendidos en su sueño, tomaban sus armas en confusion. Ocurrióse en este instante a Baquedano el esclamar: *es el ayudante Videla!* a lo que, reconociéndole sus antiguos camaradas, entre los que gozaba gran popularidad, calmóse el alboroto i el cuartel quedó en poder de los revolucionarios.

VIII.

En cuanto a la comision asignada al capitan Saavedra de tomar posesion de la guardia de la cárcel, verificose mas propiamente como un acto de entremes que como un accidente revolucionario. Hacía su primera guardia aquella noche un jóven Pozo, recien nombrado oficial del batallon cívico, i co-

mo fuera costumbre celebrar aquel estreno del servicio con un sarao ofrecido a los amigos del neófito, encontrábanse reunidos en el cuerpo de guardia varios jóvenes del pueblo. Presentóse Saavedra en medio de ellos, i despues de un rato de conversacion, tomó la gorra de Pozo, i cambiándola por su sombrero, dijo a aquel, con una sonrisa, que podia irse a su casa, pues él era ahora el oficial de guardia. Creyó al principio el novicio miliciano que aquella era una chanza de su amigo, mas viendo que el lance parecia sério, entre contento i amostazado, salióse del cuarto, entregó la guardia i retiróse, reflexionando sin duda en que su vocacion no era la de las armas, pues tan infeliz estrella alumbraba su primer ensayo en la carrera.

IX.

Tal fué la revolucion de Concepcion, semejante en todo a la que, una semana ántes, habia tenido lugar en la Serena, escepto en que la unanimidad de aquella se ostentó en el bullicio de las calles i en medio de tumultos del pueblo, miéntras la última se verificó con igual unanimidad, pero en el silencio de la noche, sin que se apercibieran de lo que sucedia ni siquiera los serenos que rondaban por las calles, ni el mas leve rúmor fuera a turbar en la almohada de los partidarios del presidente electo, el reposo de su confianza ni el sueño de su triunfo.

A las doce de la noche, todo estaba concluido en Concepcion, i los mismos actores de aquel silencioso drama se habian retirado a dormir, con escepcion de unos pocos que permanecian en las habitaciones de Vicuña, escribiendo cartas o suscribiendo el acta revolucionaria, que, calcada por la pluma

de aquel sobre las bases enviadas por el jeneral Cruz, se redactó i firmó aquella noche.

X.

Entretanto, habíase consumado en Talcahuano el movimiento revolucionario, con igual felicidad. Apénas el vapor echó sus anclas, a las 8 i media de la noche, envió Angulo a su bordo un oficial de confianza con la órden por escrito de que el capitan Jorje Middleton, que lo mandaba, bajase a tierra. Ejecutólo aquel, en el acto, acompañado de cuatro hombres de su tripulacion. Al llegar a la playa, cuya blanda arena era entónces el único muelle de Talcahuano, hizo Angulo presente al sorprendido marino lo que sucedia, i le ordenó que, en el acto, hiciese desembarcar el resto de su jente, lo que se verificó sin resistencia. Angulo, dueño así del vapor, tomó posesion del tesoro que en él venia i que consistia en 1200 onzas, por cuya suma dió recibo. Permitióse entónces a los pasajeros, que venian en número de quince, bajar a tierra libremente, aunque algunos, por equívoco, sufrieron un corto arresto, siendo de estos últimos un hijo del intendente revolucionario Vicuña, que, sin sospechar la proximidad de aquellos acontecimientos, iba a hacer una visita a su padre.

Don José Antonio Alemparte llegó al puerto cuando todo estaba ya terminado pacíficamente, i despues de haber tomado algunas medidas de seguridad (entre las que no habia arresto alguno), volvióse a Concepcion. Tan grande fué su dilijencia en esta vez, que habiendo salido de aquel pueblo a las 11 de la noche, encontrábase de regreso a las 3 de la mañana.

XI.

Vicuña, por su parte (que por la negativa de Benavente estaba nombrado intendente de hecho, a virtud de las instrucciones enviadas con Pradel, por el jeneral Cruz), se habia consagrado a despachar espresos en todas direcciones con la noticia de la sublevacion, cuidando especialmente de hacerla llegar a las tres personas mas importantes que debian secundarla o resistirla, fuera del departamento de Concepcion, a saber, al jeneral Cruz en su hacienda de Peñuelas, al jeneral Viel en los Anjeles i al comandante Zañartu en Arauco. Con este objeto, Vicuña habia comprado aquella misma mañana tres caballos, pues en el pueblo de Concepcion son estos escasísimos, por carecer de pastos toda la inmediata comarca.

El intendente revolucionario hablaba a cada uno de los jefes, a quienes se dirijia, el lenguaje de su viejo patriotismo i del entusiasmo, que en aquellos momentos rebosaban de su alma, por tantos años comprimida en su natural espansion. «Es absolutamente necesaria su presencia aquí, decia al jeneral Cruz, i mañana mismo lo esperamos. La patria, mi jeneral, se ha salvado, i V. le prepara dias de gloria i libertad.» Invitando al jeneral Viel a cooperar al movimiento, anunciándole que el pueblo renovaria los poderes de la autoridad que ejercia a nombre del gobierno de la capital, le decia en nombre de sus antiguos compromisos. «Todo lo sucedido es obra de los principios que hemos defendido. Es una necesidad de la República»; i por último, dando ya órdenes al comandante Zañartu, encargábale que reuniera las compañías dispersas de su cuerpo i en el acto, se pusiera en marcha sobre Concepcion .«No hai mas tiempo, mi amigo, concluia

esta carta escrita a las dos de la mañana; i de los valientes como U. i su fiel batallon, se espera gloria i libertad» (1).

A las tres de la mañana, todas las comunicaciones estaban despachadas, habiendo sido encargado de conducir la dirijida al jeneral Cruz su activo sobrino don José Luis Claro i Cruz.

XII.

A esa hora, o algo mas tarde, quedaba tambien firmada por 95 ciudadanos el acta revolucionaria i *constituyente*, cuyo tenor testual es como sigue:

«EL PUEBLO DE CONCEPCION.»

«Considerando:

«1.° Que las elecciones del primer majistrado de la República no han sido ejecutadas por la libre i espontánea voluntad de los pueblos, sino por medio de la violencia, del terror i de la corrupcion.

«2.° Que la candidatura del señor don Manuel Montt, propuesta i apoyada por el Gobierno i por los empleados del Ejecutivo en todas las provincias del Estado, presenta, desde luego, un carácter de ilegalidad a que se afecta la idea de una recomendacion oficial, para sofocar la opinion popular i destruir los principios de libertad que representaba el partido de oposicion, sosteniendo una candidatura apoyada únicamente en el voto del pueblo.

«3.° Que el actual Ministerio, desplegando una conducta arbitraria i despótica, i conculcando todos los principios de justicia, ha infrinjido la Constitucion del Estado, abrogándose facultades conferidas por la lei a los poderes lejislativo i ju-

(1) Estas citas estan tomadas del cuaderno de copias de la correspondencia de Vicuña.

dicial, con el fin determinado de hacer triunfar la candidatura propuesta por el Gobierno.

«4.° Que durante las elecciones de los dias 25 i 26 de junio, se han cometido, por todas las autoridades de las provincias, atentados inauditos, para impedir la libre emision del sufrajio del ciudadano, contando con la impunidad ofrecida de antemano por el poder Ejecutivo.

«5.° Que el Ejecutivo, abusandó del poder que le confiere la Constitucion, se ha contraido únicamente al sosten de un partido político, desoyendo la voz del pueblo que rechazaba la candidatura del Gobierno.

«6.° Que se ha depuesto i perseguido a muchos empleados que no se prestaron a las recomendaciones que con un carácter oficial hacia el Gobierno de la candidatura de don Manuel Montt, lo que importa una verdadera coaccion de la libertad del sufrajio.

«7.° Que se ha sostituido a los empleados depuestos, otros hombres, reconocidamente indignos de ocupar un cargo público, i aun condenados por las leyes como criminales.

«8.° Que se han disuelto varios Cabildos, infrinjiendo abiertamente la Constitucion, sin mas motivo que sus opiniones contrarias a las del Gobierno, sin que se haya ofrecido la mas leve prueba de criminalidad.

«9.° Que contra la terminante disposicion del Reglamento de elecciones, se han espedido, a influencia del Gobierno, multitud de certificados de Calificaciones, a nombre de personas que no las habian solicitado, i aun de muchas que no existian.

«10.° Que en muchas provincias los ciudadanos que componian el partido de oposicion han dejado de sufragar, a consecuencia de los fraudes, arbitrariedades i violencias cometidas por los funcionarios públicos i las mesas receptoras.

«11.° Que las protestas i reclamos interpuestos por muchos pueblos de la República sobre la nulidad de las elecciones, fundados en tropelías i atentados cometidos para coartar la libertad del sufrajio, han sido desoidos i aun despreciados por las autoridades competentes.

«12.° Que el poder Lejislativo, convertido en una faccion política i reducido únicamente a los amigos del Gobierno, por la persecucion i destierro de los Diputados independientes que hacian oposicion en las cámaras a la política del Gabinete, ha despreciado las protestas populares, último recurso contra las violencias de los ajentes del poder.

«13.° Que el escrutinio del 30 de agosto se ha verificado infrinjiendo escandalosamente la Constitucion del Estado, puesto que no se han reunido *las tres cuartas partes* de los veinte senadores que terminantemente exije la Carta, proclamándose, por consiguiente, inconstitucionalmente al señor don Manuel Montt, como Presidente de la República para el próximo período.

«14.° Que todas las garantías del ciudadano han sido violadas por el Gobierno, que ha prostituido la justicia i corrompido los demas poderes del Estado.

«15.° Que las tropelías i persecuciones ejercidas contra los ciudadanos i sus propiedades, en las provincias del Ñuble, Maule i Talca, poniendo a estos pueblos hermanos en la actitud de repeler con la fuerza tales violencias de las autoridades, a fin de recobrar sus derechos, nos impone el sagrado deber de ocurrir en su auxilio para defender unidos los mismos principios de libertad que hemos proclamado.

«16.° Que roto el pacto social, desde que los delegados del pueblo han abusado temerariamente de los poderes que les habia confiado la Nacion, no debemos reconocer como legal la eleccion del señor don Manuel Montt, i por consiguiente,

los pueblos no estan en la obligacion de obedecer al Presidente elejido por la coaccion del sufrajio.

«En esta virtud, usando de los imprescriptibles derechos de la Soberania del Pueblo, declaramos roto el pacto social, reasumiendo nuestros poderes i retirando los que habiamos delegado en las autoridades establecidas por la Constitucion de 1833, que ha dejado de existir, desde que por ellas mismas ha sido violada.

«Al declarar roto el pacto social, no tratamos de destruir la unidad política de la República, por lo que invitamos a las demas provincias para que, reasumiendo como nosotros su Soberania, nombren sus plenipotenciarios, que reunidos en Convencion, acuerden la debida reparacion de los derechos del pueblo, desconocidos i hollados, i determinen la organizacion de un Gobierno Provisorio que dirija el pàis hasta la eleccion de una Constituyente, que restablezca la forma política de la República, dictando al efecto las medidas convenientes para la libre emision del sufrajio popular.

Concepcion, setiembre 13 a las 11 de la noche» (1).

XIII.

Amaneció el 14 de setiembre, dia festivo, i desde la primera luz, presentaron las calles de Concepcion el hermoso espectáculo de un pueblo despertando de su pacífico sueño, al ruido de las dianas que pregonan su libertad. El gozo se veia retratado en todos los semblantes, i tropeles de pueblo invadian la plaza por todas sus avenidas. El jeneral Baquedano

(1) Puede verse los nombres de los ciudadanos que suscribieron esta acta en la páj. 11 del *Boletin del Sur.*

habia hecho circular una entusiasta proclama dirijida al ejército (1), i desde el amanecer, se encontraba en la plaza de armas al frente de la brigada de artillería, cuyos cañones saludaron el sol, que aparecia aquella vez como un astro de redencion i de esperanzas.

XIV.

Pasada la primera sorpresa i calmados los transportes de la bulliciosa alegría a que se entregaba el pueblo, haciendo eco con sus víctores al incesante estampido del cañon i al estruendo de las músicas i de los campanarios, acordóse organizar de una manera popular el gobierno revolucionario; i despues de convenidas las bases de este, entre los mas notables del pueblo, se consignaron aquellas en una acta que se promulgó incontinenti por un solemne bando.

(1) Hé aquí este documento.

Soldados!

«Tengo la gloria de pertenecer al Ejército de la República desde las primeras campañas de la Independencia; hoi me cabe aun otra mayor al hallarme a vuestra cabeza para proclamar la libertad i la rejeneracion de la República.

«La patria estaba tiranizada i oprimida; eran precisos nuestros brazos para romper sus cadenas: aquí estamos prontos a realizar obra tan patriótica i noble.

«El digno Jeneral Cruz os guiará a la victoria, si es que hai protervos chilenos que combatir; a su lado i con vosotros, iremos a humillar a los que habia cegado un orgullo insensato.

«SOLDADOS DE LA REPÚBLICA! Preparándonos para la guerra, no pensemos sino en la paz: tendamos los brazos a todos los que con vosotros digan. ¡Viva la libertad, viva la República! ¡Viva el jeneral Cruz!!»

FERNANDO BAQUEDANO.

Disponíase por aquel acuerdo revolucionario que el jeneral Cruz asumiria el supremo mando político i militar de la provincia de Concepcion i de aquellas que sucesivamente fueran adhiriéndose a la insurreccion, i autorizábase a aquel jefe para usar de todas las facultades de la Dictadura, hasta que, restablecida la paz pública, se convocase una Asamblea constituyente, que deberia reunirse cuatro meses despues de terminada la revolucion, i en cuyo seno el Dictador abdicaria sus omnímodas facultades.

En cuanto a los detalles de aquella resolucion fundamental, constan del acta que, como hemos dicho, se promulgó aquella mañana, i cuyas disposiciones eran a la letra como sigue.

«El pueblo de Concepcion, despues de roto el pacto social que lo ligaba a un gobierno que se habia erijido en tirano, i en virtud de su soberanía, que ha asumido, procede, despues del Acta celebrada con aquel objeto, a organizar el gobierno que las circunstancias reclaman. Conocemos nuestra incompetencia para formar un gobierno nacional, pero penetrados de las simpatías que abraza el ciudadano que nosotros proclamamos, no vacilamos en creer que todos los departamentos i provincias que vayan sacudiendo el yugo que aqui ya hemos despedazado, lo acepten como un medio de conservar la unidad nacional, libertando a la República de la anarquía, que esta crísis pudiera traerle. Es en esta confianza que nosotros damos a los artículos de esta Acta la fuerza de un pronunciamiento solemne, que nos obliga, i que cumpliremos, por nuestra parte, comprometiendo nuestro honor, nuestros intereses i nuestras vidas.

«Art. 1.° El pueblo de Concepcion nombra como su jefe político i militar al jeneral de division don José María de la Cruz, e invita a los departamentos i provincias libres a uniformarse con él en esta parte.

«Art. 2.° Le concedemos toda la autoridad que a su buen juicio i discrecion sea necesaria para impulsar los sagrados principios de la libertad i establecer la soberanía popular, hoi despedazada, ayudando a las provincias oprimidas a romper sus cadenas i tomando los elementos i recursos que sean necesarios para consumar una obra de tanta importancia.

«Art. 3.° Sin perjuicio de esta autoridad discrecional, invitamos a todas las provincias que vayan emancipándose de la opresion, a mandar Plenipotenciarios que legalicen todos estos actos, reformen la lei de elecciones, i citen una Convencion Constituyente, a los diez dias de restablecida la paz pública, la que debe reunirse a los cuatro meses de la convocacion.

«Art. 4.° Nombramos de Intendente de la provincia al ciudadano jeneral don Benjamin Viel, i miéntras él acepta o viene, nombramos interinamente al ciudadano don Pedro Félix Vicuña, dejando existentes las formas gubernativas, miéntras tanto se consolida la verdadera República bajo instituciones dignas de un pueblo libre i del ilustrado siglo en que vivimos.

«Art. 5.° Si el ciudadano jeneral Cruz creyese oportuno delegar sus funciones políticas, por tener que atender el mando militar, podrá hacerlo en persona o personas que le den garantías i seguridad de marchar uniformes con él, en la causa que hemos proclamado.

«Art. 6.° El pueblo de Concepcion da las gracias al ciudadano jeneral de brigada don Fernando Baquedano i a todos los oficiales i tropa de la guarnicion, por su bizarra comportacion en este dia memorable.

«Art. 7.° El jeneral Baquedano queda encargado de la fuerza militar miéntras viene el jeneral Cruz.»

XV.

En el acto mismo i en medio de la plaza pública, procedióse a la eleccion del cabildo revolucionario, pues el existente contaba algunos adversarios de la causa popular i otros, que por ser indiferentes, no ofrecian las ventajas de actividad i celo local que requeria el movimiento. Hízose el nuevo nombramiento de una manera estraordinariamente irregular, leyendo uno de los circunstantes la lista de los designados, a la aparicion de cuyos nombres, el pueblo aplaudia, i quedaban unjidos lejítimos representantes de este, a virtud de aquella confusa voceria, que, en verdad, no se diferenciaba sino en el ruido, de «la urna electoral», pues en esta, la voluntad popular, es decir, el aguardiente, es por lo regular una voluntad sordo-muda, que no grita, aunque le den de palos o la acribillen a balazos.

Diése cabida, entre los doce municipales elejidos, a los jóvenes que se habian manifestado mas empeñosos en la propaganda revolucionaria, i figuraban entre estos el antiguo comandante del batallon cívico de Concepcion don Nicolas Tirapegui, hombre de una probidad ejemplar, el juez de letras Fernandez Rio, don Adolfo Larenas, el publicista de la revolucion del sur, el respetable vecino don Antonio Benavente, i otros ciudadanos populares en el vecindario, en su mayor número comerciantes. Eran estos, don Tomas Sanders, don Victor Lamas, don Juan Manuel Alemparte, don Francisco Vial, don Juan José Arteaga, don Tomas Rioseco, don Francisco Masenlli i don Juan Alemparte, jóven que arrastraba muchas simpatias en el pueblo i que en aquella vez, era el pregonero que iba dictando al pueblo los nombres de sus elejidos.

XVI.

De aquella manera, quedó terminada la parte ostensible i oficial del levantamiento de Concepcion, alcanzando no ménos fortuna que la que habia cabido a las sordas maniobras de la noche anterior.

Hasta ese instante, todo auguraba prosperidad i rápidos aciertos. Mas, desde léjos, venian agolpándose espesas nubes que encapotaban los horizontes, i que estuvieron a punto de ahogar en su vacilante foco aquella primera luz que habia brotado, para el bien de la patria, del pecho de unos cuantos hombres, tan inespertos como animosos (1).

(1) Ninguna violencia habia turbado tampoco la hermosa unanimidad de aquella insurreccion, i aunque el jeneral Baquedano ordenó la noche del 13, de propia autoridad, el arresto de algunos ciudadanos que no estaban al alcance de su jurisdiccion militar, se les dejó luego libres. De este número fueron el anciano don Miguel Zañartu, rejente de la Corte de Apelaciones i el tesorero don Agustin Castellon. «Mi pensamiento, dice el intendente Vicuña, en su Diario privado, aludiendo a este incidente, era establecer la revolucion sobre la jenerosidad de nuestros principios, no apareciendo hostil sino al que intentase combatirnos. Con este propósito, hice llamar en la tarde a don José Miguel Barriga, Ministro de la Corte de Apelaciones, persona de quien tenia un buen concepto, para pedirle su palabra de honor de no mezclarse en la política, i sucesivamente, pensaba llamar a los demas con el mismo objeto i decirles que podian estar tranquilos, si asi se comprometian».

Mas, aquellos mismos deseos vinieron a provocar un conflicto, pues se estrellaban contra la terquedad de algunos de los taimados partidarios de la administracion cesante. Aunque el Ministro Barriga era hombre de un carácter afable, que le habia granjeado numerosas simpatías en el vecindario, cuando se supo que la autoridad revolucionaria le ordenaba el presentársele, rodeáronle sus colegas en la judicatura, i le exijieron que desobedeciese aquel

XVII.

El espreso que llevaba al jeneral Cruz el aviso de la revolucion, habia recorrido con tanta presteza las diez i ocho

mandato, distinguiéndose por su arrogancia el juez de letras Sotomayor. Negóse Barriga, en consecuencia, por dos veces, al llamado del intendente, hasta que este, irritado por aquella imprudente provocacion, lo mandó salir en el acto para Talcahuano, con ánimo de ponerlo arrestado a bordo del *Arauco*. Pero tomóse una resolucion mas jeneral i, en consecuencia, en la tarde del dia 14, fueron arrestados i conducidos al cómodo i espacioso edificio del Instituto todos los empleados adeptos de la candidatura Montt, que ya hemos nombrado, con escepcion de Zañartu i Castellon, escapándose tambien don Ignacio Palma, a quien Alemparte, por un acto de comedida reciprocidad, asiló en su casa. Aquel arresto, hecho con un decoro que estuvieron mui léjos de imitar los sayones que hacian jemir las cárceles i los pontones con el látigo i el insulto, duró apénas una semana, porque, al dia siguiente de haber llegado el jeneral Cruz a Concepcion, desaprobó áquella medida i mandó poner en libertad (22 de setiembre) a todos los detenidos, que no tardaron en hacerse a la vela para Valparaiso, en dos buques que sucesivamente se presentaron. Uno de estos (don Vicente Varas) parece, sin embargo, prefirió quedarse en Concepcion o talvez fué retenido en rehenes por ser hermano del ministro del interior. He aquí una carta que aquel caballero escribiá al intendente sobre su situacion, el 30 de setiembre.

Señor don Pedro F. Vicuña.

Concepcion, setiembre 30 de 1851.

Mui señor mio:

Agradezco a Ud. su intervencion en mi favor, aunque me será imposible allanar la condicion que el jeneral Baquedano exije, para permitir mi residencia en Puchacai. Yo sabria en todo caso respetar mi palabra, i si esto no sucede por ahora, cumpliré con las órdenes que se me impongan.

Repito a Ud. mis consideraciones i la gratitud que ellas merecen.

Su afectísimo S.S. Q. B. S. M.

Vicente Varas.

leguas que separan la hacienda de Peñuelas de Concepcion, que, a las once de la mañana del dia 14, entregaba al jeneral las comunicaciones de que era portador.

Una livida palidez cubrió el rostro, ya un tanto desecho, de aquel hombre, a quien aquejaba una aguda enfermedad (1), cuando hubo leido las cartas de Alemparte i de Vicuña. Sin proferir palabra, dirijióse a la habitacion donde se hallaba alojado su confidente Pradel (que, como dijimos en el capítulo anterior, habia llegado aquella mañana a Peñuelas) i despertándolo del profundo sueño en que aquel se reposaba despues de sus galopes i trasnochadas, díjole con una emocion profunda: *Bernardino! estos hombres nos han perdido con su precipitacion!*

No ménos sorprendido, Pradel saltó de la cama; leyó con avidez las cartas; i como supiera por ellas que el vapor *Arauco* «i todos sus pasajeros» habian sido capturados, creyó que Rondizzoni i su estado mayor venian a bordo i que, por consiguiente, su compromiso personal con los revolucionarios estaba vijente, no asi el del jeneral Cruz, pues ya hemos visto que este no aceptaba ningun plan que no fuera el de sublevar la provincia del Ñuble con los Cazadores que la guarnecian.

Esforzóse Pradel, en consecuencia, en calmar la profunda ajitacion del jeneral Cruz que agravaba por momentos la intensidad de su mal físico, asegurándole que él, por su parte, estaba exonerado de toda responsabilidad con una revolucion que se habia consumado contra sus órdenes, i que, en cuanto a sí propio, iba a dirijirse en el acto a Chillan, a fin de tentar un último esfuerzo para asegurar los Cazadores, sin declararle por esto su compromiso directo con sus amigos de Concepcion.

(1) La disenteria.

Sorprendióse el jeneral Cruz de la resolucion tomada por su atrevido confidente de ir a entregarse en manos de sus enemigos, pues no tardaria el intendente del Ñuble en saber el movimiento de Concepcion, i lo prenderia. Mas, Pradel fué inflexible a las observaciones i aun a los ruegos de su amigo. Una hora despues, aquel hombre tan tenaz como osado, tan pronto en sus resoluciones como sagaz en concebirlas, galopaba por las pintorescas lomas que se estienden entre las casas de Peñuelas i el Itata, en direccion a Chillan.

XVIII.

Era don Bernardino Pradel uno de los caracteres mas singulares llamados a figurar en la era revolucionaria que entónces se abria. Dotado de una imajinacion tan exaltada como inculta i de un corazon capaz de las mas violentas resoluciones como de los actos mas superiores, estaba caracterizado admirablemente para el rol que iba a desempeñar en las revueltas. Frances de raza, parecia en la contienda civil uno de aquellos grandes i terribles comisarios de la Convencion de 93 que obligaban a los jenerales de la República a vencer los ejércitos enemigos, colocándolos entre la gloria i el patíbulo. Tenia entónces cuarenta i tres años (habia nacido el 20 de mayo de 1808), pero los brios de la juventud circulaban intactos por sus venas. La actividad de su espíritu era asombrosa i mas estraordinaria era todavia la locomovilidad física con que servia su pensamiento, pues parecia tener músculos de fierro, tan grande i tan asidua fué en aquella época la rapidez de sus movimientos.

Sus ideas revolucionarias eran antiguas i profundas; tenia un jeneroso i exaltado patriotismo, al que su fogosa fanta-

sia prestaba los colores i la avidez de una pasion. Su honradez, por otra parte, i la lealtad de su carácter se habian hecho proverbiales en su provincia nativa i granjeádole en ella tantos amigos cuantos habitantes de algun valer habia en los pueblos i en los campos, siendo el primero de todos el jeneral Cruz, quien le profesaba entónces, como hoi dia, el sincero afecto de un hermano.

Por lo demas, su carrera política habia sido oscura hasta aquella época, pues en los negocios públicos de la provincia i del pais, él solo habia figurado en su carácter de confidente del jeneral Cruz, sin que se le viera tomar una participacion activa en los sucesos. No estaba tampoco organizado aquel hombre estraño, que encontraba su teatro verdadero en la ajitacion de la revuelta armada, para las árduas i sijilosas combinaciones de la política o de la intriga, que en Chile son jemelas, porque la impetuosidad de su carácter rompia toda valla, i ademas, un defecto que aquejaba su órgano auricular, hasta privarle enteramente del oido, le hacia dificultoso todo contacto con la cosa pública.

No habia alcanzado tampoco aquella ilustracion, que por mediana que sea en las provincias, abre a sus hijos el difícil camino de la capital i del poder. Él mismo nos ha contado que permaneció solo nueve meses en la escuela, cuando era mui niño i que despues nunca tuvo otro maestro que su injenio; asi es que maravilla la intensidad de este i la singular movilidad con que va presentando todas sus faces en la conversacion o por escrito.

Hasta el año de 1830, Pradel habia residido en Concepcion, ocupado en el comercio como dependiente de su padre (a quien acompañaba en sus frecuentes viajes a Santiago, pues siendo sordo, le servia de intérprete) o en jiro propio. Él habia visto pasar los sucesos de 1829 sin tomar otra participacion en

ellos que la de sus secretas simpatias por la causa liberal que entónces sucumbió. Mas tarde, llegó a ser el amigo predilecto de aquel coronel Vidaurre, aun no juzgado por la historia, que murió como un traidor en el patíbulo, i que, sin embargo, tuvo la ambicion, mas no el éxito de Bruto! Pradel estuvo al cabo de todos los planes de aquel infeliz caudillo, i en realidad, su injerencia en la política de su patria data de aquella amistad de corazon, como sus compromisos en la revolucion de 1851 habian tomado orijen, en gran manera, de su amistad por el jeneral Cruz (1).

Alejado de Concepcion desde 1835, a consecuencia de un rompimiento con la municipalidad de que era miembro i que, en su concepto, no observaba su reglamento interno, fuese a vivir en una hacienda solitaria a orillas del rio Diguillin, en el curato de Pemuco, provincia del Ñuble.

Ahi pasó cerca de quince años, entregado a la labranza, obstinado en no visitar a Concepcion, durante mas de diez años, pues, ni aun por la muerte de su padre, quebrantó el propósito que habia hecho de no salir de su retiro, fuera por misantropia, fuera por su enojo con el cabildo penquisto. Pero, como una compensacion de su estricto aislamiento, comenzó tambien desde esa época i en aquellas soledades, a formarse

(1) Tenemos a la vista varias cartas del infortunado coronel Vidaurre escritas a don Bernardino Pradel durante los años de 1832 i 33. El último conservaba tambien estrictas relaciones con la mayor parte de los jefes militares que guarnecian las Fronteras, aunque discordasen en opiniones políticas. Como una muestra caracterisca de este jénero de correspondencia, transcribimos aqui el siguiente párrafo de carta del coronel Vidaurre Leal escrita en los Anjeles con fecha de junio 19 de 1846. «Cuidado Bernardino, le dice, con esa caterva de Diablos insidiosos, débiles torpes e irracionales i porfiados partidarios: tu tienes mucho candor, como los hombres de bien, i temo que un dia abusen de tí.»

la estrecha intimidad que le ha ligado al jeneral Cruz, pues estando su hacienda, Itata de por medio, con la de Peñuelas, tenian ocasion de verse ambos con frecuencia; i tan aprisa creció, en verdad, el afecto del último por su vecino, que cuando hubo de marchar al Perú en 1838, le dejó absoluto apoderado de todos sus negocios, que a su regreso, encontró prósperos i en un órden admirable.

Otra amistad habia venido a dar un jiro singular a las ideas del solitario do Pemuco, en cuyo corazon las afecciones íntimas han hecho jerminar aquellas creencias que en otros forma el estudio de los libros i el trato de los hombres, ese gran libro de la vida, en cuyas hojas rotas i húmedas de lágrimas, todos hacemos el estudio de la mas amarga i la mas difícil de las ciencias—el desengaño!

Don Simon Rodriguez, el tutor i amigo de Bolivar, anciano ya, pobre i sin amigos, habia sido el huésped de Pradel, durante tres años, en su soledad, despues de haber cerrado en Concepcion su aula de enseñanza. Juntó asi el destino dos hombres orijinales que rendian a la par culto a todo lo que era estraño e inusitado, con la sola diferencia de que el discípulo era tan práctico como el maestro era estravagante. Don Simon se habia hecho a su manera un apóstol de la humanidad, i Pradel, deseando sin duda imitarle, se unjió desde entónces el apóstol de la Araucania, pues desde aquella época, no ha cesado de preocuparse de esa gran cuestion, aspirando, como él mismo lo dice, con mas candor que petulancia, a ser el frai Luis de Valdivia del presente siglo.

La amistad por el jeneral Cruz i su amor a los indios, entre los que despues ha vivido errante algunos años, son pues los razgos mas salientes de la vida pública de aquel hombre que iba a pasar sobre el lomo del caballo los noventa dias i las noventa noches que duró la revolucion del sur.

Tal era el hombre llamado a ser en 1851 el nervio de la guerra i el ajente de todos los recursos. En todas partes, vamos pues a encontrarle durante aquellos sucesos, siempre a caballo, siempre a galope i moviéndose siempre por el impulso de una noble o atrevida accion, porque en esas naturalezas múltiples en que todo se desborda, el egoismo encuentra rara vez cabida.

XIX.

A las 8 de la noche de aquel mismo dia (14 de setiembre), Pradel llegaba a Chillan, donde las autoridades i el pueblo estaban completamente desapercibidos de lo que sucedia en la márjen opuesta del vecino Itata, sumamente crecido en aquella estacion. La única medida de seguridad que habia tomado Pradel habia sido comprometer al balseador del rio, a no pasar un solo viajero a la parte del norte hasta las 12 del dia próximo, para lo que finjió una importante negociacion de harinas que iba a ajustar con el hacendado don Clemente Lantaño. Creyó este cuento mui de buena gana el vadeador mediante una propina de unos cuantos pesos; i supo tan fielmente ganarlos, que solo cuando Pradel estuvo de regreso, al dia siguiente, sacó su balsa a flote i puso en salvo a aquel en la opuesta orilla.

Inmediatamente que hubo llegado, Pradel reunió a sus amigos i les hizo presente lo que ocurria en Concepcion. Habian venido a su llamado don Ramon Mariano Zañartu, rico propietario de aquella comarca, don Francisco Cruzat, vecino de Chillan i mediante cuya amistad el comandante Venegas habia ofrecido su adhesion al jeneral Cruz, el entusiasta jóven don Fabio Zañartu, popular desde su niñez en aquel pue-

blo, i mui particularmente, el mayor don Alejo Zañartu, hermano del comandante del Carampangue i oficial que gozaba de gran crédito por su valor i conocimientos en el arma de caballería.

Habíase puesto este jefe a la cabeza de los trabajos revolucionarios emprendidos en Chillan i que se dirijian casi esclusivamente a obtener la cooperacion del rejimiento de Cazadores, reducido ahora a un solo escuadron (el 1.º) que mandaba el capitan don Vicente Las Casas, desde que Venegas se habia dirijido el dia 10 con el tercer escuadron a los Ánjeles. Mas, fuese flojedad, fuese mala estrella, sucedia que, al llegar Pradel a tomarle cuenta de sus adelantos en la conspiracion, no pudo ofrecer nada de importancia, pues solo contaba con uno o dos sarjentos, i la adhesion vacilante del capitan don Enrique Padilla, jóven mas atolondrado que valiente, de cuya lealtad no habia derecho a dudar, pero sobre cuya prudencia i prestijio en el cuerpo no podia contarse demasiado. En tal emerjéncia, Zañartu tomó el partido mas cómodo, i fué el de no creer en lo que referia Pradel de que la revolucion estuviese consumada. Produjo aquella singular salida un violento estallido de cólera en el último; mas calmóse luego, porque Zañartu i algunos entusiastas jóvenes del pueblo se ofrecieron a ir a dispersar la caballada de los Cazadores que estaba en un potrero inmediato a la ciudad. Pero, ni esto cumplieron aquellos hombres tímidos o desconfiados, por lo que Pradel, mas irritado que aflijido por lo infructuoso de su tentativa, resolvió regresarse a Peñuelas en la mañana del 15, pues temia que de un momento a otro llegase al intendente la noticia de la revolucion i lo pusiese en captura. A las 11 del dia, partió pues de Chillan, aparentando gran calma, acompañado de don Ramon Zañartu, i a las oraciones, llegaba salvo a Peñuelas. Tan oportunamente se habia retirado que pocas horas

despues, llegó a Chillan, desde una hacienda inmediata, el celoso partidario del gobierno don Salvador Palma i dió aviso al intendente Garcia de lo que habia sucedido. Esto tenia lugar despues del medio dia del 15, cuando hacia ya mas de 40 horas a que habia tenido lugar la toma de los cuarteles de Concepcion. Este fué tambien el primer anuncio que tuvo el gobierno de lo que sucedia en el sud.

XX.

Entretanto, el jeneral Cruz, presa de las mas crueles vacilaciones i aquejado de una enfermedad que postraba sus fuerzas por momentos, habia escrito a sus amigos de Concepcion la impresion del profundo desmayo con que habia recibido la noticia de su prematuro alzamiento; i llegaba en su desconsuelo (que no era, a fé, la vacilacion de su ínclita lealtad, sino la duda de su espíritu atormentado), hasta manifestar una terminante negativa de su cooperacion en aquel apurado lance. «Primero permitiria que me ahorcasen, decia a Vicuña, (contestando la carta en que este le exijia el que expidiera sus órdenes a los jefes veteranos de la frontera, para secundar la insurreccion aislada de Concepcion), ántes que comprometer a aquellos en movimientos que no tuviesen las probabilidades de buen éxito, pues que sé que en casos como los actuales se requiere algo mas que la justicia. Interponer las relaciones es mui diferente para mi que el de las causas, porque aquellas ligan el personal i yo no me considero con las suficientes fuerzas i medios de garantizarlas. Tendré alma distinta que los demas hombres, añadia, pero este es, mi amigo, mi modo de pensar, radicado mui mas con los lamentables resultados del 20 de abril. Sé i conozco la posicion

crítica de Udes. i la mia, que no lamento, no obstante que se me haya colocado en ella, i Udes. que se han querido colocar en la que tambien se encuentran, tampoco no tienen a quien echarle la culpa, i mui ménos a mí. Con que, no hai mas remedio que redoblar la serenidad, a proporcion de los conflictos que deben irse presentando.»

I luego, terminaba con estas palabras que acusaban la intensa lucha que le atormentaba i en la qué, no el egoismo, sino el despecho i la esperanza, parecian ser los sentimientos que se disputaban sus votos i su albedrio. «Mi salud, demasiado quebrantada, no me permite estenderme mas i concluyo con espresar a U. que su paso precipitado tenga un diferente desenlace que el que regularmente tienen los pasos de tal naturaleza» (1).

XXI.

El 15 a las 10 de la mañana, entregaba don Luis Claro, que era el presuroso emisario de aquella correspondencia, pues se encontraba a aquella hora de regreso en Concepcion, al intendente revolucionario de esta, tan desconsoladora nota; i pocas horas mas tarde, recibia aquel la siguiente carta del comandante Zañartu, en respuesta a la que le habia escrito en la noche del 13, i cuyo frio laconismo revela ya la funesta mala voluntad con que aquel jefe se alistó en la revolucion, apesar suyo, para perderla despues de una victoria.

(1) Carta orijinal i autógrafa del jeneral Cruz existente entre los papeles de don P. F. Vicuña. Este documento, como todos los análogos que citamos, existen inéditos en nuestro poder, lo que manifestamos para evitar la repeticion de esta circunstancia al hacer cada cita.

«*Señor don Pedro Félix Vicuña.*

Arauco, setiembre 14 de 1851.

Mui señor mio:

«Hasta ahora que recibo su carta, ninguna noticia tenia que se pensase en movimiento, ni el jeneral Cruz me ha dicho nada de esto. Yo no puedo salir de esta inmediatamente porque no tengo órden de ninguna autoridad ni hai tropa para guarnecer esta plaza. Siempre esperaré algun aviso de los Anjeles, pues salido yo de aqui, se teme a los indios i yo soi enemigo de desórdenes que despues tendríamos que lamentar.

Estoi actualmente despachando para la frontera, i no tengo tiempo de escribir mas largo.

Queda de U. su afectísimo.

Manuel Zañartu.»

I sin tardar, entre su palabra que esta vez, como fué siempre, era franca i resuelta, i el hecho, que era en sí mismo mezquino, como lo seria su conducta en tantas otras ocasiones, el comandante del Carampague hizo un espreso al jeneral Viel, a los Anjeles, poniéndose a sus órdenes i pidiéndole instrucciones contra los amotinados de Concepcion (1).

(1) El mismo Viel escribia a Vicuña el dia 16, rehusando la intendencia que le ofrecia el pueblo insurreccionado, con estas palabras que honran los sentimientos del viejo veterano.

Señor don Pedro Félix Vicuña.

Anjeles, setiembre 16 de 1851.

«Mi estimado amigo:

Hoi he recibido su carta del 14 del presente i las actas del pueblo de Concepcion. Considero el nombramiento de intendente que ha recaido en mí como una nueva prueba del mucho aprecio que me han manifestado sus habitantes en el corto tiempo que he tenido el honor de mandar esta provincia, i lo recibo con la debida gratitud. Pero nadie mejor que Ud. está penetrado que no

XXII.

Tal era el alarmante e inesperado rumbo que tomaba, al nacer, la poderosa revolucion del sud. Sus mismos caudillos amenazaban desquiciarla con su inercia o con abierta hostilidad. El jeneral Cruz se evadia, Viel protestaba, Zañartu se declaraba enemigo; i entretanto, solo existian en el cuartel de artilleria de Concepcion, 500 cívicos i cinco cañones por todo elemento militar, para acometer aquella empresa, cuya pujanza i cuyo éxito estaban basados únicamente en los recursos de las belicosas Fronteras!

En aquel gravísimo apuro, vínose a la mente de los dos hombres animosos que habian asumido la autoridad pública en Concepcion, el comandante de armas Baquedano i el intendente Vicuña, la idea salvadora de embarcar aquellas fuerzas colec-

puedo ni debo admitirlo. Mis principios políticos son conocidos de todos, porque jamás han variado. Amo tanto como Ud. la libertad i ansio, al igual del que mas lo desea, el ver restablecidas de un modo estable nuestras instituciones constitucionales; pero dudo que por medios violentos pueda obtenerse este resultado tan apetecido.

«La guerra civil, sea cual fuere el vencedor, siempre conduce a la tiranía. Recuerde Ud. el año 30, que ha sido tan funesto a los que combatian por la libertad, i no ignora Ud. que he sido una de las principales víctimas.—Me dice Ud. que, desechando la intendencia, labro mi ruina; espero impasible la suerte que me reserva el porvenir. Todo sacrificio me será fácil para afianzar la libertad, ménos el de mi honor, que es la única herencia que dejaré a mis hijos despues de mis dias. Si estoi destinado a sufrir nuevas persecuciones, me servirá de consuelo el recordar que nadie pueda acusarme de haber hecho derramar una sola lágrima en el tiempo que esta provincia estuvo a mi cargo. Su afectísimo amigo Q. B. S. M.

BENJAMIN VIEL.

ticias pero entusiastas, en el vapor *Arauco* i tentar un golpe de mano en Valparaiso, que, a no dudarlo, i por lo que despues se vió, habria sido coronado con los mas felices resultados. Mas, como el horizonte aclaró en breve, no se puso por obra aquella combinacion, que era el mas revolucionario, i por consiguiente, el mas acertado de todos los planes que debieron recibir una instantánea ejecucion, i que en gran manera, coincidia, ademas, con los pensamientos favoritos del jeneral Cruz.

XXIII.

Vicuña, entretanto, no habia desmayado un instante en medio de tan acervas contradicciones, pues (como decia él mismo de sí propio, en un pasaje que ya hemos citado) era uno de esos hombres «que hallan fuerzas nuevas en todos los entorpecimientos que se les presentan, i las dificultades son estímulos que los impulsan». El mismo dia 15, escribia, en consecuencia, al jeneral Cruz, esforzándose en disuadirlo de su primera negativa, que él no podia imajinarse fuera sino hija de la sorpresa de una primera impresion. «Tenemos todo, le decia. Marchamos con viento en popa, i en esta semana, tendremos una division completamente armada. Nada nos falta, sino U. Es preciso que se venga, i que demos a la patria un dia de gloria i que tantos trabajos i fatigas tengan término. Como no nos vengan a batir nuestros mismos amigos, añadia, encarando de frente la amarga realidad de su situacion, nosotros iremos a Chillan i Santiago; cien hombres de caballería no contendrán la impulsion de una revolucion que, como U. dice, está en el corazon de millon i medio de chilenos».

I en seguida, despues de haber hablado al hombre i al amigo

aquel grave i caloroso lenguaje, el intendente revolucionario, que en esta vez se mantuvo completamente a la altura de su difícil mision, dirijió al pueblo, en forma de proclama, el siguiente manifiesto que era el *programa constituyente* de la revolucion de 1851. En él palpitan a la vez los sentimientos de una benevolencia personal, que era tanto mas honrosa, cuanto habia sido una víctima atrozmente perseguida por sus enemigos, i la espresion de un patriotismo tanto mas elevado, cuanto que hablaba a aquellos el lenguaje de la reconciliacion (1), al siguiente dia de haberse sustraido a su poder, creando otro poder no ménos fuerte.

XXIV.

Este notable documento, que cierra el primer cuadro de la insurreccion del sud, dice testualmente asi:

«COMPATRIOTAS!

«La provincia que tengo hoi el honor de representar, tenia para con el resto de la Nacion un deber sagrado que llenar; i el dia 13 en la noche, cumplió la palabra dada en su acta del 17 de junio.

«Concepcion se habia hecho solidaria con todos los demas pueblos de la República, para no sufrir por mas tiempo el

(1) «Elevado a aquel puesto delicado, ántes de hacer nada, fuí a cumplir mis deberes relijiosos de oir misa en dia festivo, i le pedí a Dios me diera tino i me ilustrara para conducir aquella revolucion pacíficamente a su término, haciendo abrir los ojos a nuestros enemigos. Del templo, me fuí a los cuarteles; mandé hacer inventario de las armas, municiones, vestuarios etc. i aparejar para el siguiente dia una maestranza destinada a recomponer todas las armas.» (Palabras del diario privado de don Pedro Félix Vicuña, correspondientes al domingo 14 de setiembre 1851).

cínico despotismo, con que una faccion impopular i cruel se habia sobrepuesto por medio de la violencia i corrupcion. Esperó que se llenase la medida del sufrimiento nacional i al fin, una revolucion, largamente comprimida por los hombres moderados del partido popular, estalló como el único medio de salvar a la República.

«A la cabeza de la provincia, en los momentos críticos de un cambio de esta naturaleza, yo puedo ser el intérprete del Jefe supremo que ella ha proclamado. Su nombre solo es una garantía de órden i moderacion; todos hallarán justicia i el espíritu de partido no turbará la sociedad en adelante. Sea cual fuere la influencia personal que yo ejerza, mis principios son bien conocidos, mi patriotismo i moderacion; yo olvido mis sufrimientos pasados i no veré en mis enemigos mas que Chilenos que abrazar el dia que conozcan sus errores.

«Los hombres que impulsan este movimiento no tienen mas aspiracion que la reunion de un *Congreso constituyente* que vuelva a la nacion la soberanía que una faccion liberticida le ha arrebatado. Allí la opinion manifestará lo que mas convenga a sus intereses, i se restablecerá la República en sus verdaderas bases, terminando el ominoso sistema que ha corrompido la administracion pública.

«Dios quiera que los opresores de la nacion abran los ojos para conocer sus intereses. La resistencia de su parte levantaria contra ellos las poblaciones enteras que vengarian los ultrajes i tropelias de que han sido víctimas.

«Esta provincia cuenta 9000 soldados entre tropa veterana i milicias: todos arden, inspirados por el mas heroico patriotismo, para ir a derribar la tiranía que oprime a sus hermanos de las demas provincias. ¡Honor i gloria a los valientes a cuya sombra va a rejenerarse la República!

«Compatriotas: la República se ha salvado i para mí es la mayor gloria ser el primero en deciros estas consolantes palabras.

Concepcion, setiembre 16 de 1851.

PEDRO FELIX VICUÑA.»

CAPITULO VI.

LAS FRONTERAS.

Graves dificultades que rodean a la revolucion del sur.—Juicio que se hacia por la prensa ministerial de Santiago sobre este conflicto i chismes que se ponian en juego.—Una carta de José Miguel Carrera.—Se envia a los Anjeles la señal convenida con Venegas.—Don Manuel Zerrano.—Sublevacion de los Anjeles.—Escápanse los Cazadores.—El comandante Venegas.—Palabras del jeneral Baquedano sobre la pérdida de aquel cuerpo.—El coronel Riquelme se retira a Chillan con los Cazadores.—El *Diezioche de setiembre* en Concepcion.—Vicuña escribe al Presidente Búlnes, proponiéndole la paz bajo la base de una *Constituyente*.—Dificultad personal que ocurrió entre Vicuña i el jeneral Viel.—Recibe el intendente Vicuña cartas del ministro Varas a Andonaegui i Viel, anunciándoles los sucesos de la capital i del norte i encargando la inmediata prision de aquel.—El jeneral Cruz se decide a aceptar la revolucion.—Vacilaciones estrañas de Pradel.—Salen ámbos de Peñuelas, dirijiéndose Cruz a Concepcion i Pradel a los Anjeles.—Esfuerzos que hace el último por obtener la adhesion de Venegas.—Viene a Concepcion i nó encontrando a Cruz, parte en su busca.—Llega el jeneral Cruz a Concepcion gravemente enfermo.—Sus proclamas al país i al ejército.—Fatales consecuencias que trajo su enfermedad a la revolucion.

I.

Dejábamos en el capítulo anterior la revolucion del sur circunscrita a la sola ciudad de Concepcion i su estéril i des-

poblada comarca. Solo en los puertos de ésta, el Tomé, Talcahuano i Penco viejo, se habian reunido 200 a 300 voluntarios.

Por otra parte, referiamos que se organizaban en todos los cantones militares de la provincia elementos de resistencia, o mas bien, de una abierta hostilidad que no tardaria en presentarse armada a las puertas del pueblo rebelado. El comandante del Carampangue, en Arauco, el coronel Riquelme, en los Ánjeles, el intendente del Ñuble, en Chillan, se alistaban para combinar un movimiento de represion que iba a ahogar en su cuna aquel audáz intento, juzgado prematuro por sus caudillos que se esquivaban a toda responsabilidad.

Los Ánjeles, la capital de las Fronteras, iba a ser el centro de la reaccion, i aquella ciudad, compuesta de cuarteles i fortificaciones, encerraba una poblacion entera de soldados.

La revolucion estaba pues paralizada.

La guerra civil iba a estallar en la propia provincia insurreccionada (1). Los Ánjeles, capital militar del sud en 1851, como en 1829 lo habia sido Chillan, estaba ahora delante

(1) En Santiago, al ménos, creyóse durante algunos dias i aun en las rejiones oficiales, que la revolucion del sur no pasaba de ser una asonada hecha con los cívicos del pueblo de Concepcion, que bien pronto seria sofocada por las fuerzas veteranas que guarnecian la Frontera. He aquí, en efecto, como se espresaba la *Situacion* del 22 de setiembre, tres dias despues de haberse sabido en la capital el levantamiento del dia 13. «Un hecho tan descabellado va a llevar pronto el condigno castigo. Las fuerzas de los departamentos i las tropas de línea que guardaban la frontera a las órdenes del jeneral Viel i del coronel Riquelme, sitian en este momento a los amotinados. La conquista es indudable, i el monarca Pedro Felix I. pasará por el sonrojo de ser atado al carro de los vencedores, i entrar prisionero a Chillan, con la fruta de la acusacion al brazo.

«Las provincias del Ñuble i Maule estan preparadas a mandar sus fuerzas mas allá del Itata, si el caso lo requiere. Los amoti-

de Concepcion, la capital civil de aquel territorio, donde la ajitacion revolucionaria habia cundido solo en el corazon de las masas populares.

En tan complicada i nunca prevista situacion, dos hombres presentábanse como árbitros de su solucion, i como los ajentes providenciales que deberian decidir con su sola voluntad, por subalterno que fuese su rol, de la marcha de la revolucion i de la suerte de su patria. Estos hombres eran

nados sucumbirán, ántes que el movimiento pueda salir de las goteras de la poblacion.

«El jeneral Cruz, cuyo nombre ha servido por tanto tiempo de bandera de insurreccion a los descontentos, no ha tomado parte en este movimiento, i aun se ha asegurado que se pondrá bajo las banderas del órden. Es tiempo ya de que el jeneral Cruz vuelva por su honor, i haga con su espada lo que ha hecho con su lábio: manifestar a la faz de la nacion que *él*, no solo desaprueba, sino que combate a los que ennegrecen su nombre i pisotean las leyes.» Mas, al mismo tiempo que el diario ministerial, que era ya el diario del Presidente Montt, aparentaba no creer en la particiipacion del jeneral Cruz en la revolucion del sur, recurrian sus inspiradores a la táctica florentina para sembrar en tiempo la simiente de la discordia entre sus adversarios. En un estenso artículo, la *Civilizacion* del mismo dia se esforzaba por persuadir que el jeneral Cruz no pasaba de ser un simple instrumento de la oposicion i que el verdadero jefe de ésta era el entónces modesto Carrera, que no tenia mas timbre que el acierto con que habia dirijido la revolucion de la Serena hasta su inauguracion.

«Bien triste idea de su perspicacia daria el jeneral Cruz, dice aquel diario, si los acontecimientos del norte no le hiciesen ahora comprender los verdaderos planes de la oposicion i del miserable rol que se le destina. *Viva Cruz!* es el grito de alarma de los opositores para seducir al ejército; pero allá, entre ellos i en las confidencias que en el calor de las disputas nos hacen, se espresan a su respecto en términos que nuestra pluma se resiste a estampar. I estos sentimientos no son peculiares, como nos acaba de rebelar la intentona del sur, a la oposicion santiaguina, pues los opositores de la misma Concepcion manifiestan de ordinario su desprecio por lo que ellos llaman la pusilanimidad i poquedad de

el comandante don José Vicente Venegas, jefe del escuadron de Cazadores, acantonado en aquel pueblo, i el sarjento mayor

espíritu del jeneral, en términos no ménos enérjicos que los que usan los opositores de la capital».

Pero ya estos artificios eran vanos, no porque fueran ineficaces, que siempre la perfidia es poderosa en la política americana, sino porque estaban gastados. Desde que el jeneral Cruz vino a Santiago, en mayo de 1851, se habia corrido todas esas hablillas de necias rivalidades con un jóven que entónces estaba en un calabozo, miéntras que aquel era el caudillo aclamado de todos los pueblos. Estos mismos rumores obligaron a Carrera, en aquella época, a hacer al jeneral Cruz una manifestacion síncera i casi humilde de su diferencia de posiciones en presencia del pais. Esto nos consta personalmente, i ademas, podemos presentar, aunque el asunto casi no es digno de consideracion, un documento fehaciente. Es una carta de Carrera, en que solicita desde su prision una conferencia con don José Luis Claro, sobrino del jeneral Cruz, para hacer presente aquellos sentimientos. El mismo señor Claro ha tenido la bondad de entregárnosla orijinal i la reproducimos testualmente a continuacion.

«*Señor don José Luis Claro.*

«Mi amigo:

«La camarilla ministerial, presidida por su digno jefe, Garrido, en su agonia, recurre a los mas ridículos i absurdos arbitrios, a fin de introducir entre nosotros la desunion i desconfianza. Algunos dias hace circuló, entre otras muchas mentiras, una que me atañe en particular, i aunque bien tonta, se propaga con empeño. Como no tengo título para dirijirme a su tio de Ud., el señor jeneral Cruz, directamente, como deseo, quiero hacerle algunas indicaciones por conducto de Ud. i le suplico tenga la bondad de venir, lo mas pronto que le sea posible. No estrañará Ud. mi exijencia asi que conozca la causa que me obliga a incomodarle.

Es de Ud. afectísimo S. S. Q. B. S. M.

José Miguel Carrera.»

don Pedro José Urizar, que tenia a sus órdenes tres compañías del veterano Carampangue (1).

II.

Hemos revelado ya en el curso de esta historia que, junto con el acta revolucionaria que condujo don Bernardino Pradel a Concepcion en la noche del 11 de setiembre, habia llevado tambien la firma del jeneral Cruz, para ser presentada al comandante Venegas, como una garantía exijida por este jefe, para prestar su cooperacion en el movimiento del sur.

En consecuencia, verificado el alzamiento del pueblo en Concepcion, diose la comision de llevar a los Ánjeles aquella cifra a uno de los hombres mejor caracterizados para aquel servicio, tan importante como rápido i sijiloso, ofreciéndose para ejecutarlo el patriota i honrado don Manuel Zerrano, que si no figura en esta narracion como hombre de espada o de ardid político, tendrá siempre un noble puesto donde se busque al hombre de corazon i al republicano leal i desinteresado.

III.

Era este ciudadano, como don Nicolas Munizaga en la Serena, el hombre mas popular entre las masas i el que merecia una consideracion mas prestijiosa entre todas las clases

(1) Las otras tres compañías estaban de guarnicion en Arauco, Nacimiento i Negrete. La de Arauco, que era la de granaderos, estaba al mando de su capitan Molina i la de Nacimiento, al del ayudante Robles, que, como vimos, reemplazó à principios de agosto al capitan Soto. Ignoramos que oficial mandaba la compañía que guarnecia a Negrete.

de la poblacion de su ciudad natal, i aun en las Fronteras, donde era dueño de valiosas haciendas. Hijo de un hombre (el coronel don Manuel Zerrano) que habia sido durante la *Patria Vieja*, la patria de los Carreras, en el sur de Chile, lo que fué Manuel Rodriguez en la capital, el hombre de todos los recursos, capaz de todo jénero de osadía, i tan insigne carrerino i tumultuoso como el último; primo hermano, por otra parte, del jeneral Freire (por su tia, la patriota matrona doña Jertrudis Zerrano) i hermano político, por último, del jeneral Rivera, aquel prestijio popular era no solo un timbre adquirido en fuerza de virtudes públicas, era una herencia santa de raza i de heroismo.

Habíanse reunido en don Manuel Zerrano, de aquella manera singular, todos los títulos que le constituian el representante mas jenuino del partido liberal puro, de que los Carreras, los camaradas de su padre, i Freire, el camarada de su cuna, fueron los primeros jefes i los primeros mártires.

Por otra parte, el jóven Zerrano habia ganado una fama personal por los razgos caballerescos de su carácter, desde su primera juventud. Dotado de una figura bellísima, de un carácter impetuoso i a la vez, franco i comunicativo, habiasele visto tomar una parte tan activa como ajena de pretensiones, en casi todos los combates, de que fué ajitado teatro la provincia de Concepcion, i sobre todo, la comarca intermedia entre su capital i Talcahuano, desde 1817 hasta 1821. Él habia sido quien trajo de Concepcion, por delante de su montura, el cuerpo casi exánime del jóven Alemparte, destrozado por la metralla en el asalto del 6 de diciembre de 1817 a los reductos de Talcahuano, i él fué tambien uno de los que salió, lanza en mano, al lado de Freire, en aquella embestida heroica que aquel soldado, el primer jinete de Chile, dió a las líneas de Benavides, que lo cercaban en 1820, en aquel puerto.

Unido despues a una jóven tan bella como entusiasta (la señora doña Nieves Vasquez), i que en la paz venturosa del hogar escondia un alma capaz de las mas ardientes inspiraciones por la patria i la causa de los suyos, Zerrano, ya declinando en edad, habia sentido revivir en su pecho todas aquellas emociones que en cierta época de la vida solo la mujer, esta segunda juventud del hombre, tiene el secreto de animar con su corazon i con su labio.

IV.

Zerrano habia, pues, partido para los Anjeles, tan luego como la revolucion hubo estallado; pero, por una fatalidad inesplicable en un hombre tan activo como insinuante, no logró mostrar a Venegas oportunamente el signo convenido, aunque otros aseguran lo contrario. Dícese, empero, por los mas, que habiendo pasado a su hacienda de la Candelaria en el tránsito de Concepcion a los Anjeles, se detuvo mas del tiempo debido, i solo pudo apersonarse a aquel jefe cuando ya se retiraba, dando así lugar al mas adverso de los accidentes con que se inauguró la revolucion del sur:—la pérdida de aquellos codiciados Cazadores, que llevarian en los brios de sus caballos las alas i el triunfo de una rebelion que, sin ellos, iba a quedar encerrada i a morir entre el Bio-bio i el Maule.

V.

Entretanto, habíase sabido en los Anjeles el movimiento de Concepcion, el dia 14 por la tarde, i desde el primer anun-

cio, siguiéronse dos dias completos de las mas singulares vacilaciones. Venegas i Urízar tenian sus tropas en el cuartel principal del pueblo, situado en la plaza de armas. Los Cazadores estaban a pié, teniendo sus caballos a una legua del pueblo, en el potrero de Uman, i guardaban sus monturas en las cuadras del cuartel, manteniendo sus carabinas atadas a las correas de aquellas. Las tres compañías del Carampangue habian sido de antemano alojadas en el mismo sitio, teniendo a mano sus armas listas para cualquier evento. El escuadron de Cazadores era, pues, mas bien que huésped del Carampangue, su indefenso prisionero.

El mayor Urízar no vaciló un instante en dar cima a sus comprometimientos, i quiso ponerlos por obra en el acto que llegó la nueva de la insurreccion; pero conteníalo, por una parte, el respeto personal que debia al intendente Viel, i por otra, el sobresalto de Venegas, que aguardaba, sin duda, por instantes, la señal convenida de su adhesion.

Pasáronse en estas azarosas dudas los dias 15 i 16, mas, en la tarde del último, intimó Urízar sériamente al jefe de los Cazadores que se decidiese, porque él estaba resuelto a dar el grito a la siguiente madrugada. Venegas contestó evasivamente, pero propuso al mayor del Carampangue que le permitiese montar su escuadron i que en seguida secundaria sus propósitos, sublevando la tropa en el punto llamado Yuctu o los Varones a ménos de una legua de distancia de los Anjeles. Convino el incauto Urízar i a las 8 de la mañana siguiente, miéntras las tres compañías del Carampangue salian insurreccionadas a la plaza i entonaban sus oficiales i el pueblo el himno nacional, al pié del asta de bandera, los Cazadores se dirijian tranquilamente, con sus monturas al hombro, al potrero de Uman.

Mas, una vez su jente a caballo, Venegas dió señales de no

cumplir su promesa (1) i parecia mas dispuesto a unirse al coronel Riquelme (quien, habiéndose salido del pueblo, organizaba algunas milicias de caballería), que, a volver a la plaza de los Anjeles. Asegúrase que, justamente irritado el mayor del Carampangue por aquella deslealtad, que tenia el carácter de un desaire personal, acaloróse al punto de ponerse en marcha

(1) Parece que el comandante Venegas puso de su parte todos los medios que en su indecision encontraba, para llevar a cabo sus secretos pero tímidos deseos. Alojóse en efecto la noche de su salida en *Yuctu* (o Diuglo), hacienda del coronel Riquelme, a pocas cuadras de los Anjeles, e hizo soltar la caballada, porque parecia que el plan acordado con Urízar era que éste los sorprendiera por la noche, haciendo el aparato de prender a los jefes. Pero Urízar cometió la indiscrecion de mandar pedir la llave del almacen de pólvora a un hijo político del coronel Riquelme, don José María de la Maza, i éste, sospechando que se iba a amunicionar el Carampangue para atacar a su suegro, le envió un aviso secreto con un cazador llamado Gutierrez. Dió este parte del mensaje de Maza al capitan don José Manuel del Castillo i al teniente don Joaquin Vela, yerno tambien de Riquelme, quienes, en el acto, hicieron ensillar los caballos i ordenaron a los soldados estar listos para todo evento; i así sucedió que cuando Urízar rodeó con sus fusileros, a son de caja, a las 2 de la mañana del 18 de setiembre, los corrales en que estaba acampado el escuadron, encontrase con que este se ponia en marcha, a distancia solo de tres o cuatro cuadras, burlando su estratajema. Venegas, entretanto, estaba ignorante de lo que pasaba entre el astuto Riquelme i sus dos hijos, i cuando vió el escuadron formado i en actitud de marcha, se sorprendió tanto como Urízar de lo que pasaba, sin poder remediarlo. Dicen algunos, sin embargo, que Venegas, montando en el caballo del cazador Gutierrez, fué a hablar a Urízar, saliéndole al encuentro, sin que se sepa cúal fué el carácter de aquella entrevista.

La version que de este suceso da el señor García Reyes en su diario de campaña citado en la Advertencia, es enteramente contraria a la anterior, en cuanto a la persona del comandante Venegas. Por esto es que no damos estos hechos como comprobados, limitándonos a esponerlos tal cual se refieren por personas que parecen bien informadas.

con su tropa para batir a Venegas, acto falaz impremeditado, que dió pretesto al último para considerarse ofendido i disculparse de su defeccion con su agravio (1).

VI.

Era el comandante Venegas un valiente soldado, pero nada mas que un soldado. Habia nacido en el centro de aquellas vastas llanuras (San Cárlos del Ñuble) que se estienden entre el Itata i el Maule, por las que Pincheira paseó sus huestes de horror i de denuedo. En aquellos años, las armas eran casi el único mueble de las habitaciones en nuestro Medio-dia, i no era raro que los niños fueran héroes. Venegas, que apénas contaba entónces 17 años (habia nacido en 1812), entró al servicio de la caballería, i cuando aun no tenia cumplidos los 30, habia hecho cuatro campañas, la de Lircay en 1829,

(1) He aquí como cuenta un actor de la revolucion del sur, don Francisco Prado Aldunate, estos sucesos, en la carta que ya hemos citado i que fué escrita veinte dias despues de ocurridos.

«No se vió Zerrano con Venegas, dice, sino despues que las compañías del Carampangue salieron a cantar, a la plaza de los Anjeles, la cancion nacional, al pié de su bandera. Venegas, cuando Urízar sacó sus fuerzas revolucionadas a la plaza, permaneció impasible en su cuartel en la misma plaza, esperando lo que habia solicitado (la firma del jeneral). Urízar, que no sabia esto, intentó atacarlo porque veia que no se pronunciaba; tomó por esto Venegas gran sentimiento i se salió fuera del pueblo, donde vino a verse con Zerrano, despues de haber chocado de palabras con Urízar, i cuando ya se le habian unido Riquelme i Viel que zafaron a espeta perros de la poblacion con la azonada de Urízar. Sin embargo de todo, Venegas permaneció a la vista de los Anjeles cuatro dias mas i recibió algunas cartas del jeneral Cruz, invitándolo a que se decidiese. Contestó Venegas en una que yo ví, que se culpase a Urízar del camino que él tomaba, i le promete al jeneral no hacer armas contra él.»

la de los Pincheiras, en 1832 i las dos del Perú en 1838, i 39. Pero fué solo en la batalla de Yungay donde habia ganado el prez del bravo, cargando con una mitad de Cazadores sobre las trincheras del ejército boliviano.

Retirado despues en el sur i afecto a la causa abrazada por aquellas provincias, que proclamaban tambien un candidato indíjena, si la palabra es permitida por su exactitud, manifestó en la intimidad, a un vecino de Chillan, don Francisco Cruzat, sus sinceras simpatías por la revolucion, i pidió por única garantía la constancia de que el jeneral Cruz debia acaudillarla.

Faltóle aquella consigna en el momento de la crísis, i él faltó tambien a lo que como hombre debia a sus principios i a sus amigos. Como jefe militar, triunfó en él la disciplina sobre el corazon; pero de todas maneras, hízose reo de un desliz inescusable, porque se vió que sus votos no eran los de un patriota jeneroso sino los de un subalterno seducido, que veia por única divisa, para cooperar en la causa de los pueblos, la rúbrica de un jefe superior echada sobre una hoja de papel. Por esto, Venegas faltó a su honor, mas bien que a su deber, i su accion fué calificada de una manera ruda pero característica, por el mayor Urízar, quien llamó *una caballada* (1) el engaño de que le habia hecho víctima, espresion tosca de soldado que no es, empero, del todo descortez, pues fué la *caballada* de los potreros de Uman la que sirvió a aquel estraordinario escape de los Cazadores.

Por lo demas, este fracasó produjo harto fatales consecuencias. «La pérdida del rejimiento de Cazadores, dice el jeneral Baquedano en la Memoria autógrafa (2), a que nos hemos

(1) Carta autógrafa del mayor Urízar a don Pedro F. Vicuña, fechada en los Anjeles el 24 de setiembre de 1851.

(2) Véase este curioso documento en el Apéndice, bajo el núm. 10.

referido en la «Advertencia» de esta historia, desbarató nuestros planes i atrasó notablemente la revolucion del sur, porque necesitábamos de una fuerza volante que hubiese alcanzado hasta Talca, en donde pensábamos hacer el cuartel jeneral del ejército, que en los primeros momentos, habria recorrido sin resistencia todos los pueblos del sur hasta llegar a aquella ciudad. Fué preciso formar un escuadron de caballería para tomar terreno i dirijirlo hácia el norte; pero ya era tarde i no alcanzó sino hasta el Itata o departamento de este nombre. Ya la revolucion se sabia en todos los pueblos del Maule i no se hizo progresos».

VII.

Con el levantamiento de los Ánjeles, cuatro dias posterior al de Concepcion, quedaba, por tanto, consumada de hecho en toda la provincia la revolucion armada. El intendente Viel, confuso e irresoluto, habia salido de aquella villa en direccion a Rere, en la mañana del 17, mas por una merced de Urízar, que le respetaba i le queria bien, que en virtud de su autoridad, ya en todas partes desconocida. El coronel Riquelme, gobernador de aquella parte de la Frontera, se dirijia tambien a Chillan con los Cazadores i uno o dos escuadrones de la Laja (1), i por último, el comandante Zañartu, que era uno

(1) «El coronel Riquelme, decia el gobernador de los Anjeles don Ignacio Molina (que habia sucedido por eleccion popular a aquel, el dia 17), al intendente Vicuña, con fecha 19, sé que desespera de podernos inquietar i vaga perseguido del pesar».

En la tarde de aquel mismo dia, encontrábase, en efecto, Riquelme a orillas del Laja con los Cazadores i los escuadrones que mandaba el sarjento mayor Aguilera, i que la desercion habia reducido en dos dias a solo ciento veinte hombres. El único oficial

de los jefes que permanecian todavia fieles al gobierno de la capital, se encontraba aislado en el fuerte de Arauco, sin mas tropa a sus órdenes que la compañia de granaderos de su cuerpo, que mandaba el capitan don Francisco Molina.

VIII.

Las nuevas de lo que habia acontecido en los Ánjeles llegaron a Concepcion en la mañana del 18 de setiembre, sacando a los jefes del movimiento de la angustiosa ansiedad en que los habia dejado la triple negativa de los jenerales Cruz i Viel i del comandante Zañartu, que, como hemos visto, fué puesta en conocimiento del intendente Vicuña durante el dia 15.

El dia clásico de la patria lucia, pues, con mejores luces, i aquellas noticias reanimaron todos los espíritus, un tanto decaidos.

Habíase formado, desde la madrugada, un espacioso anfiteatro o «tabladillo» en el centro de la plaza; el batallon cívico formaba una parada militar a su derredor, i los cañones hacian sus salvas de ordenanza, miéntras el pabellon flameaba en

de la guardia nacional que acompañó a Riquelme en su retirada sobre Chillan fué el teniente coronel don Alejo Lopez. En premio de este servicio, le nombró el jeneral Búlnes, despues de la revolucion, comandante de la plaza militar de San Carlos, por ser «el único oficial cívico (dice en su nota al gobierno, fechada en los Anjeles el 25 de marzo de 1852) que acompañó al coronel don Manuel Riquelme, cuando este jefe se retiró de los Anjeles».

Por lo demas, Riquelme, con su division, llegó a Chillan, tarde de la noche del dia 21, habiéndose dirijido por el camino llamado de Tucapel-viejo, que corre por las faldas de la cordillera, i vadeado el Itata por Cholvan, que es el nombre dado a este mismo rio en su nacimiento.

todas las casas i se hacian oir los repiques de los escasos campanarios de aquella ciudad moderna i anti-conventual. La alegria iluminaba todos los semblantes; cantábase por los jóvenes i las familias el himno de Chile (1), i grupos de voluntarios recorrian las calles dando entusiastas víctores al jeneral Cruz i al ostentoso comandante de armas, que por todas partes se veia fraternizando con el pueblo, apesar de los relumbrones i plumajes de su uniforme de parada.

A las diez de la mañana, cantóse una solemne misa de gracias en presencia de las autoridades, i el jeneral Baquedano recibió, desde el púlpito i del fondo de los incensarios, el doble perfume de la vanagloria eclesiástica, la mas sutil de todas las lisonjas, porque es hecha en nombre de los cielos. El canónigo Jarpa predicó un sermon alegórico i entusiasta en honor de los antiguos i venideros libertadores de Chile, entre los que el comandante de armas de Concepcion tenia un puesto tan distinguido; i en jeneral, el resto de aquel dia pasose en plácemenes i regocijos.

XI.

De improviso, observóse, en efecto, cuando la funcion relijiosa se hubo concluido, que las tropas de infantería, estacionadas en la plaza, formaban en columna, i que los artilleros enganchaban sus cañones, poniéndose en marcha por las calles, que atronaba de cuando en cuando el estampido de los últimos.

(1) Fué tal la cantidad de jente que se agrupó en el tabladillo, que, construido este a la lijera, hundióse, arrastrando su entusiasta lastre, que no salió de entre los maderos sin algunas contusiones i magulladuras.

Era que habian llegado importantísimas nuevas esa mañana, i que se circulaba, a la manera de bando, la proclama en que el intendente de la provincia anunciaba aquellas al vecindario, i la cual estaba concebida en estos términos.

«HABITANTES DEL HEROICO PUEBLO DE CONCEPCION!

«Tengo la satisfaccion de anunciaros que el jeneral Viel ha aceptado la revolucion; que toda la frontera nos pertenece; que el batallon Carampangue i el tercer escuadron de Cazadores de línea defenderán la causa del pueblo, como tambien todas las milicias de la provincia. La provincia de Coquimbo tambien se ha levantado en masa contra los opresores, i para que nada faltase a la confusion de vuestros tiranos, el 14, a las 9 de la mañana, ha salido el batallon Chacabuco para la provincia de Aconcagua con todo órden, i el espirante gobierno mandó unas pocas fuerzas contra él, que se unirán a aquellos valientes pocos momentos despues.

«Compatriotas, la República es libre, i el 18 de setiembre reluce brillante de gloria i esperanza.

Concepcion, setiembre 18 de 1851.

-*Pedro Félix Vicuña.* (1)

(1) Esta proclama en que se anunciaba la participacion del jeneral Viel en el movimiento revolucionario, dió lugar a una violenta protesta de este jefe, dirijida contra don Pedro Félix Vicuña, i que los diarios de la capital se apresuraron a publicar con comentarios agraviantes a la delicadeza del último, a quien se pretendia presentar como un calumniador.

Vicuña era demasiado hidalgo para que se sospechase de él un ardid tan grosero i tan inútil; pero sucedió que aquella mañana (18 de setiembre), habia llegado de los Anjeles un capitan Jaramillo i referido el movimiento que habia tenido lugar el dia anterior, añadiendo, en presencia de don José Antonio Alemparte i de don Cornelio Saavedra, que todo se habia verificado

Al mismo tiempo que Vicuña ponia su firma en este documento, en el que se leia estampada, no ya su fé en la revolucion, sino su fé en el triunfo, escribia una patriótica nota al Presidente Búlnes, invitándolo a la paz, en nombre de la omnipotencia de la revolucion, i sin mas condiciones que su favorito

con anuencia del jeneral Viel; i en esta virtud, Vicuña habia estampado el hecho como cierto en su proclama.

La ruda carta del jeneral Viel estaba concebida en estos términos.

Señor don Pedro Félix Vicuña.

Rere, setiembre 20 de 1851.

Mui señor mio:

La proclama firmada por Ud., con fecha 18 del corriente, me hace suponer que no ha llegado a sus manos la carta que escribí a Ud. el 15 o 16 del corriente, i por este motivo, remito a Ud. una copia del orijinal. Al afirmar bajo su firma que he admitido la intendencia, no puede haber tenido otro objeto que el de comprometer mi reputacion. Es una felonia mas infame que si hubiese Ud. tratado de hacerme asesinar. Si los movimientos de Coquimbo i Santiago son ciertos, no veo el objeto de la sublevacion que solicita Ud. por parte de los pueblos. Como me es licito dudar de la palabra de Ud., despues de lo que ha dicho de mí, deme Ud. una prueba oficial de la autenticidad de dichas noticias i en el acto haré cesar mis operaciones. Nunca jamás podré creer que el jeneral Cruz preste su aprobacion a la proclama de Ud.; su lealtad me asegura que es incapaz de autorizar una infamia, sean cuales fueren las circunstancias. Saluda a Ud.

BENJAMIN VIEL.

La respuesta de Vicuña a aquel amargo reto no se hizo esperar, i el dia 22, escribió a Viel con no ménos enerjia, acompañandole cartas de Alemparte i de Saavedra que confirmaban la veracidad i buena fé de su relato. «Verá Ud. su lijereza, esclamaba Vicuña, dando fin a su calorosa contestacion, al decirme que no cree mis palabras sin documentos; consulte ahora las cartas de Alemparte i Saavedra i tambien los hechos, i se convencerá Ud. que en esta vez, como en toda mi vida, mi palabra es igual a mi carácter, siempre franca, decidida, sin apartarme jamas de la verdad i del recto camino que siempre he seguido.»

plan de convocar una *Constituyente* que reformase la Carta de 1833. Esta comunicacion, despachada con el mismo espreso que habia llevado las notas del ministro Varas, alcanzó al jeneral Búlnes en el portezuelo de Pelequen entre Rengo i San Fernando, cuando se dirijia al sud, el 23 de setiembre, i no hizo mas impresion en su ánimo que la polvareda que levantaban al rededor de su carruaje los caballos de su escolta.

En 1851, la revolucion partió de todos los pueblos, a la vez. La guerra civil salió solo de la Moneda!

X.

A las 9 de aquella misma mañana, habia llegado un espreso de la capital conduciendo un pliego del ministro Varas al intendente Andonaegui, en que le anunciaba el movimiento revolucionario de la Serena. No venia ninguna comunicacion oficial para el jeneral Viel, pero la carta dirijida al sustituto Andonaegui estaba concebida en estos lacónicos términos, que no podia decirse si acusaban alarma o seguridad en quien los escribia:

Señor don Ambrosio Andonaegui.

Santiago, setiembre 13 de 1851.

Son las dos de la tarde i se confirman las noticias de la Serena; la tropa de línea se ha sublebado i apoderado del pueblo. U. obre, pues, en consecuencia, pero siempre con prudencia i reserva.

Antonio Varas.

Una hora despues de haberse recibido en la intendencia revolucionaria aquella comunicacion, llegaba otro correo de Santiago anunciando a la intendencia cesante el levantamiento del batallon Chacabuco, ocurrido en la mañana del 14 de

setiembre; i como si en aquel dia, que el pueblo chileno ha consagrado a sus mas gratos regocijos, se hubiera querido reunir todos los magníficos augurios que prometian a la revolucion un desenlace pronto i unánime, anuncióse aquella noche, en medio de un animado baile (organizado espontáneamente en casa de Zerrano por los oficiales del batallon cívico que habian llevado una serenata al Intendente), que el vapor *Firefly* habia anclado en Talcahuano, conduciendo a su bordo la comision enviada por la provincia de Coquimbo para adherirse al movimiento de Concepcion. I como si esto no bastára todavia a tanto éxito, a la mañana siguiente, llegaron otros pliegos de la capital anunciando las *facultades extraordinarias* acordadas al gobierno en los conflictos supremos, que le ofrecian el ejército entero i el pais todo sublevado en masa contra un presidente írrito, a quien faltaba aun una semana para inaugurar el fatal decenio de su administracion! «El gobierno ha sido investido de facultades extraordinarias, decia el ministro Varas al jeneral Viel, en la nota en que le trascribia, con fecha 15, la lei que las sancionaba. Usando de ellas, U. proceda a poner en captura al principal ajitador de esa, Vicuña, i haga estensiva esta medida sobre los otros individuos, miéntras creyere U. necesario tomar igual medida. La responsabilidad que pesa sobre nosotros es inmensa, i es preciso no omitir medio de salvarla. Si en estos momentos sesgáremos, habrémos aumentado los males» (1).

(1) Igual órden especial de prision contra Vicuña daba el ministro del interior al intendente Andonaegui, i no deja de ser curioso que fuera el mismo reo quien abriera aquellas órdenes, que hasta hoi existen orijinales en su poder, sin habérseles dado cumplimiento. La carta dirijida a Andonaegui habia sido escrita con tal zozobra, que segun aparece de su propio tenor, fué comenzada a escribir el dia 14, a las doce de la noche, continuada despues a las siete i media de la mañana del 15, e interrumpida otra

XI.

Pero el acontecimiento que habia despertado en el ánimo de los penquistos una satisfaccion mas pura i restituídoles la fé vacilante de su empresa, fué la noticia, algunas horas anticipada a los sucesos que acabamos de referir, de que el jeneral Cruz aceptaba la revolucion i se preparaba a ponerse a su cabeza.

Hemos ya hecho memoria de la dolorosa sorpresa que enajenó el espíritu de aquel caudillo al saber el movimiento de Concepcion, i ya se ha rejistrado en estas pájinas la aflictiva pero egoista respuesta que envió a sus amigos, en los momentos en que su íntimo confidente don Bernardino Pradel, iba por su solo riesgo i contra sus súplicas mas eficaces, a intentar sobre Chillan un golpe de mano que pusiese remedio a todo lo que sucedia bajo tan malos augurios. Pero cuando el último regresó a Peñuelas, al siguiente dia (15 de setiembre), trayendo un desengaño mas al abatido jeneral, habíase ya operado en la voluntad de éste un cambio completo de sus primeras i estrechas resoluciones.

El jeneral Cruz, pasado el desmayo de su primera impresion, i calmada un tanto la irritacion física que le tenia pos-

vez, solo se despachó definitivamente a las nueve de ese dia.

Por lo demas, las instrucciones que daba el ministro a sus ajentes, estaban solo reducidas a recomendarles que aplicasen la lei, esto es las *Extraordinarias* (que tambien se llama *lei* en el lenguaje oficial, aunque segun ellas, se suspende totalmente esta). «En suma, le decia al terminar su nota, con las facultades de que V. S. puede hacer uso, es conveniente tome una actitud vigorosa i quite todo jérmen de disturbio i alarma para volver a esa provincia i a la República el sosiego por que claman los ciudadanos i la industria».

trado, dió vuelos a su aletargado corazon i poco a poco recobró los brios de su enérjico carácter. Trajo entónces a su mente, uno en pos de otro, todos aquellos cuadros de la fé i del entusiasmo popular que habian sembrado de flores o de lágrimas cada uno de sus pasos durante su residencia en la capital. Recordaba los ecos varoniles con que el pueblo le habia acojido desde la primera audiencia que otorgó a sus delegados. Se transportaba a aquel espectáculo de la antiguedad que le habian ofrecido, con la afliccion de sus rostros i el duelo de sus trajes las matronas i las vírjenes, desheredadas de su amor o de su ventura por el adusto ceño de un tirano. Oia las palabras de creencia inmortal que la juventud le habia dirijido haciendo de sus canas el símbolo de su porvenir; i al propio tiempo que comparaba las magníficas ovaciones de la capital con la modesta pero harto mas grata acojida de su pueblo, despues de su destierro i de su destitucion, creia ver brillar ante sus ojos las dagas de los asesinos que la impotencia i el miedo dirijian contra su pecho.... I entónces, el jeneral Cruz, tendido en su lecho, en el solitario caserio de una hacienda perdida en las llanuras, sentia dilatarse su corazon con estrañas emociones, i parecíale que los pueblos le aclamaban, recordándole sus juramentos, i que su patria, deidad de su juventud i de su temprano heroismo, llegaba ahora a su puerta, i sacudia sus cadenas con el siniestro estrépito de una maldicion por su perjurio. I en vista de todo esto, parecíale que aquel desvio de sus amigos que habia cambiado solo el dia, acaso la hora, mas no la esencia de sus votos, era solo un incidente mezquino que no debia haber pesado como una resolucion, ni ménos como una negativa, en su hidalgo pecho.

Desde aquel momento, que era la reaccion del alma en pos del súbito vaiven de la sorpresa, el jeneral Cruz fué,

hasta la hora fatal de Purapel, el noble i magnánimo campeon de la revolucion de Chile.

XII.

En cuanto a Pradel, que iba a ser la inspiracion mas íntima del caudillo revolucionario en las complicaciones que su nueva posicion asumia, manifestóse, al principio, irritado de la súbita condescendencia del jeneral para con los hombres que habian violado sus instrucciones; i aunque él mismo se mantuvo toda aquella noche de su regreso obstinado en no prestarse a segundar con su persona los esfuerzos de sus amigos, al fin, la amistad, triste es decirlo, mas que la voz de la patria, triunfó de su susceptibilidad i de su ira, haciéndole resolverse a entrar en accion, sin pérdida de instantes.

En consecuencia, a la mañana siguiente (16 de setiembre), el jeneral Cruz, aunque mui desfallecido de fuerzas, se dirijia a Concepcion, limitando su primera jornada a su hacienda de Queime, 6 leguas mas al sud, i Pradel partia hácia los Anjeles, llevando plenos poderes del jeneral, a fin de poner en movimiento todos los recursos de las Fronteras.

XIII.

El 17 a las 11 de la noche, llegaba Pradel a los Anjeles, i como supiese que aquel mismo dia, Urízar habia sublevado el Carampangue, corrió a su encuentro. Refirióle este sin tardanza lo que ocurria con los Cazadores, i Pradel, creyendo poner remedio, escribió a Venegas una carta, aquella misma noche, en la que le hacia responsable ante Dios i su patria

de las desgracias que su falacia iba a traer a la República, porque su ojo perpicaz le hacia ver que con los Cazadores, el movimiento armado del sur era la revolucion, i sin ellos, era la guerra civil. Mas, esta carta, que se entregó a Venegas el dia 18 por el entusiasta jóven don Juan de Dios Ruiz, vecino de los Anjeles, fué devuelta por aquel en conformidad de lo que le exijia Pradel, dando solo respuestas bervales i evasivas.

Malogrado aquel intento, el infatigable emisario del Jefe supremo de los pueblos, que era el título oficial acordado al jeneral Cruz por las actas revolucionarias, dirijióse á Concepcion, a donde llegó en la noche del 19, i como aun no hubiese venido el jeneral, se reposó solo unas pocas horas i a la aurora del dia siguiente, estaba en camino para la hacienda de Queime, en demanda de aquel.

XIV.

El jeneral Cruz no habia podido proseguir su viaje mas allá de Queime. La fiebre habia sucedido a la ejitacion de su primera jornada, i se veia obligado a permanecer en cama. Sin embargo, aquel mismo dia, habia escrito al intendente de Concepcion, anunciándole su viaje i su resolucion de ponerse al frente de los pueblos sublevados. «Ya no hai remedio, le decia en cuanto a los tropiezos que habia acarreado la anticipacion del movimiento, sino el medio de repararlos. Le deseo a U. paciencia i la serenidad que siempre le acompaña (1)».

(1) Carta autógrafa del jeneral Cruz a don P. F. Vicuña, fechada en Queime el 16 de setiembre de 1851. Vicuña le contestó el 18, apremiándole para que acelerase su viaje. «Me recomien-

El 19, el jeneral Cruz, ya un tanto recobrado, se encontraba en su hacienda de Casa-blanca, contigua a la de Queimo, i sabiendo a las doce de aquel dia que habia desembarcado en Talcahuano la comision de Coquimbo, escribia por la noche que al dia siguiente haria esfuerzos por ponerse en marcha.

En esta disposicion le encontró Pradel, a las once de la mañana del dia 20, cuando llegó en su busca, i aunque dos horas mas tarde iban ya ámbos en marcha para Concepcion, el jeneral sufria tan cruelmente de sus dolencias que se veia precisado a marchar grandes distancias del camino a pié i sostenido por sus sirvientes. A las once de la noche, llegó por fin a Concepcion; i una persona (1) que le fué a visitar a la mañana siguiente, nos ha dejado esta pintura de la primera impresion que su vista le causara. «Aunque ántes no lo conocia, dice el estranjero, encontréle sumamente flaco; su barba blanca i algo crecida le daba un aspecto sombrio i casi cadavérico. Le pregunté por su salud i me contestó: «Vamos marchando, no sé si a la tumba o a la libertad!»

I era a la libertad, a la que el viejo campeon de la independencia iba a conducir a los pueblos de Chile, a través de su próximo martirio en los combates i de la cruenta enseñanza de un decenio completo de infortunios, porque la libertad es un poder de eterna vida i que jamas perece por el plomo de las batallas, como no pereció en Longomilla, al abrirse el decenio del horror, ni al cerrarse, en Cerro Grande.

da V. serenidad en estos momentos, le dice el último. Mi resolucion era hacerme matar sosteniendo este movimiento del que esperaba la salvacion de la República. Por esta portuguesada verá Ud. si estoi sereno».

(1) Don Bernardo Vicuña. Apuntes inéditos citados en la *Advertencia* i que estan dispuestos en forma de diario en un legajo de 140 pájinas en folio.

XV.

Al siguiente dia de su llegada a Concepcion, el jeneral Cruz dictaba desde su cama el Manifiesto que dirijia al pais sobre los principios que servian de base a la insurreccion que acaudillaba i que esponia en compendio en la proclama que reproducimos en seguida.

¡Compatriotas!

«He sido testigo de las violencias i atentados cometidos para coartar el libre ejercicio de vuestros derechos, en la última crisis electoral: habeis sido indignamente tratados, i humillado el decoro nacional. Todos estos vejámenes han tenido por objeto el triunfo de un hombre que la opinion jeneral del pais rechazaba.

«El partido popular que me habia honrado con su proclamacion, fué vencido en sus nobles i jenerosos esfuerzos por hacer triunfar la causa de la libertad; pero fué vencido por la coaccion del sufrajio, por la corrupcion i por la inmoralidad.

«Todas las vias legales estaban obstruidas para alcanzar la reparacion de tamaños agravios. Yo sentia en mi corazon el peso de esta cruel realidad; i mi deber era, sin perder de vista la justicia de los pueblos, abandonar a ellos la revindicacion de los derechos hollados.

«Habia vuelto, entre tanto, a la vida privada, despojado de honores que jamas ambicioné, cuando me honrais con un nuevo llamamiento para encomendarme el alto puesto de defensor de la santa causa de la libertad, a que me he consagrado desde mis primeros años.

«No podia desoir, vuestros justos reclamos: la revolucion de la provincia de Concepcion i la de Coquimbo, las solicitudes de mis amigos, antiguos i conocidos patriotas, en las demas provincias, i mas que todo, la necesidad de derribar el despotismo ya entronizado, eran el eco de mi conciencia que me aconsejaba un nuevo deber que cumplir para con la República oprimida, para con esta patria que he aprendido a amar i defender desde los gloriosos tiempos de la Independencia.

«No era bastante que el pais sufriera la imposicion de un presidente inconstitucional; acaba de establecerse la dictadura para colmar la horrible situacion de la República. ¡La dictadura es la muerte de la libertad, i por la libertad he combatido siempre i me hallareis dispuesto a sucumbir por ella!

«Dios ha permitido que se prolongue mi vida para sostener todavia los principios de libertad que nos legaron los mártires de la Independencia.

«Acepto, pues, vuestra causa, porque es la de la República, la causa del pueblo, i no la venganza de innobles pasiones, de mezquinos intereses de partido: la acepto, en fin, como una honrosa responsabilidad.

«La única promesa que os hago es la de obrar i morir digno de la confianza que en mi habeis depositado.

«La libertad de la República será siempre el pensamiento de vuestro amigo i compatriota.

«*Concepcion, setiembre* 21 *de* 1851.

JOSÉ MARIA DE LA CRUZ.»

XVI.

Cumplido aquel deber para con la patria, a quien el cau-

dillo del sur se dirijia como ciudadano, cabíale llenar su puesto de soldado, haciendo un llamamiento a todos los que en aquellos instantes solemnes iban a alistarse en las banderas que uno i otro bando tremolaban a porfía, para engrosar sus filas.

Dos dias despues de haber dado a luz su Manifiesto a la nacion, circuló la proclama que el jeneral Cruz dirijia al ejército, i que él mismo redactó, al tenor siguiente:

¡Antiguos compañeros!

«Los últimos acontecimientos políticos de la provincia de Concepcion, me han colocado al frente de un pueblo heroico que quiere reconquistar sus derechos, atropellados por un gobierno convertido en una faccion de partido, que pretende anular la República i con ella la justicia i la libertad de los ciudadanos.

«He merecido la confianza de mis compatriotas que me han encomendado el honroso cargo de defensor de sus imprescriptibles derechos; cargo que solo podria soportar ayudado por la noble abnegacion de ciudadanos que saben sacrificarse por la libertad de la patria.

«He sido llamado por las provincias de Concepcion i Coquimbo, siempre unidas en sus patrióticas i gloriosas empresas.

«He sido llamado por centenares de ciudadanos que jimen en las demas provincias bajo el peso del mas duro despotismo.

«He sido llamado por el clamor doloroso de madres i esposas, cuyos hijos viven sumidos en inmundos calabozos, o cuyos maridos mendigan en tierra estranjera el amargo pan del proscripto.

«Mis sentimientos, mi honor, mis convicciones, me han impuesto, por fin, el deber de aceptar una revolucion, cuyo

espíritu es reconstituír la República; esa República conquistada con la sangre preciosa de nuestros padres, de los héroes de la Independencia.

«No habria podido ser indiferente jamas al entronizamiento de la dictadura con que se acaba de lisonjear la ambicion de un hombre, para quien nada valen la opinion pública i las garantías del ciudadano.

«Aceptando la responsabilidad de tan sagrados deberes, he debido contar con la heroica cooperacion de mis antiguos compañeros de armas, con su acendrado patriotismo, con su acreditado valor. A la voz de la patria oprimida, he recobrado mis fuerzas, debilitadas por los años i por las campañas, para consagrarle los últimos servicios de mi vida. ¿Cuál será el soldado de la independencia que no esté, como yo, dispuesto a morir por la patria que conquistó con su brazo en cien gloriosas batallas?

«*Guardias nacionales de toda la República:* vosotros, a quienes está confiada la custodia de las garantías públicas; vosotros que ejerceis el noble i honroso cargo de ciudadanos armados para defender las instituciones, el órden i la tranquilidad de los pueblos, seguid el ejemplo de vuestros hermanos de Concepcion i Coquimbo, i este pronunciamiento unánime derrocará el despotismo de una administracion que quiere convertiros en un ciego instrumento de tiranía, burlando vuestra noble mision. Escuchad la voz de la patria que reclama el ausilio de sus hijos, i en poco tiempo mas se habrá salvado la República, sin que una sola gota de sangre hermana empañe vuestro espléndido triunfo.

«*Valientes del batallon Carampangue i del rejimiento de Cazadores:* a vosotros debo dirijirme especialmente para recordaros un deber sagrado en momentos tan supremos para la República. En vuestras filas aprendí a defender la libertad,

35

i tengo el honor de haber sido uno de vuestros primeros fundadores; con vosotros he participado de las glorias i peligros de la guerra; mis ascensos los he obtenido combatiendo a vuestro lado. Debo esperar que esta vez acudireis al llamado que os hago en nombre de la patria.

«*Soldados del ejército:* vuestra causa es la de la República; sereis irresistibles contando con el apoyo decidido de los pueblos. Vamos a derribar la tiranía o a morir honrosamente combatiéndola. En todas partes estará con vosotros vuestro antiguo compañero i amigo.

«*Concepcion, setiembre* 23 *de* 1851.

JOSÉ MARIA DE LA CRUZ.»

XVII.

Tal fué la primera i oportuna medida a que el jeneral Cruz prestó una atencion preferente, tan luego como hubo asumido la dictadura de la revolucion.

El quebranto de su salud era, sin embargo, un contratiempo funesto en aquellas circunstancias. La revolucion habia ganado en su pecho un poder tal de iniciativa i de creencia en el éxito, que dos dias despues de su llegada, aseguraba a sus amigos que en dos semanas, se encontraria con su cuartel jeneral en Talca. Pero su postracion física atajaba su varonil resolucion.

Aquella enfermedad era el segundo e irreparable fracaso que sucedia en el curso de la revolucion, i tendria en lo venidero, una influencia casi tan fatal como la pérdida de los Cazadores.

Con la separacion de éstos, la revolucion se cambió en guerra civil.

Con la enfermedad del jeneral Cruz, que hizo perder a la iniciativa (que es la vanguardia irresistible de los movimientos populares) dos semanas enteras, la propaganda de la revolucion se cambió en la reaccion de la autoridad, que tuvo así sobrado tiempo para recobrarse de su aturdimiento i encontrar todos sus recursos de defensa i de triunfo.

XVIII.

Vamos, por consiguiente, a entrar en una nueva faz de la revolucion del sur. Concluye aqui su carácter político. Comienza la era militar. Seguirá, por último, su triste desenlace diplomático.

I nosotros, que hemos trazado con débil mano, pero honrada i sincera voluntad, el vasto cuadro de la ajitacion revolucionaria de aquel pueblo jeneroso, hoi dia mutilado i reducido a la impotencia, vamos a escribir ahora, junto con la gloria, los yerros de sus caudillos, hasta llegar, por entre la sangre i el fuego, a aquel vergonzoso lance del estero de Purapel, en el que, defectos puramente de carácter i debilidades de ocasion, malograron el fruto de tanto heroismo i de tan grandes sacrificios.

CAPITULO VII.

LA RESISTENCIA.

Recibe el gobierno la noticia del levantamiento de Concepcion.—Poca importancia que se atribuye al principio a este suceso.—Don Manuel Montt sube a la presidencia.—Revista de la parada militar el dia 19 de setiembre.—Sucesos que habian tenido lugar ántes de esta fecha.—Recursos que pone en juego el gobierno para combatir la insurreccion del Norte.—Se da órden al coronel Gana de dirijirse a Valparaiso con el batallon Chacabuco.—El capitan Gonzales.—Frai Antonio Concha.—Algunos oficiales resuelven sublevar aquel batallon i dirijirse a la provincia de Aconcagua.—Ejecutan el motin, i se ponen en marcha.—Primeras medidas que toma el presidente Búlnes para reaccionar a los sublevados.—Una pieza de elocuencia forense.—Situacion de Santiago.—La «Filarmónica».—La «Guardia del órden».—El comandante Silva Chaves es enviado a los Andes i se interpone en el camino de los sublevados.—El comandante Yávar les pica la retaguardia i es atacado.—Acampa el batallon en la cuesta de Chacabuco.—Fuga Gonzales, i los sarjentos reaccionan la tropa, prendiendo a los oficiales.—Proceso de estos i motivo por que no se fusiló a Gonzales.—Culpable apatía de los opositores de Santiago i Aconcagua.—Rasgo filantrópico del cirujano Cox.—El congreso inviste de facultades estraordinarias al gobierno.—Aprestos militares de este.—El presidente Búlnes es

nombrado jeneral en jefe del ejército de operaciones del sud.—Proclama que dirije a la nacion al descender de la majistratura.—Carrera militar de este caudillo.—Organiza la plana mayor del ejército i se pone en marcha.—Termina el período de la revolucion i comienza el de la guerra civil.

I.

La noticia de los abultados acontecimientos que vamos narrando habia quedado encerrada, como hemos visto, durante cerca de tres dias, en los límites de la provincia de Concepcion. El patriotismo de sus hijos por una parte, i las creces de primavera del Itata, le habian servido de valla. Mas, apénas salvó ésta, voló en alas del pánico i de la sorpresa hasta las puertas de la Moneda.

En los momentos en què el Presidente Montt, que habia recibido la suprema investidura de la República hacia solo 24 horas, se dirijia al Campo de Marte el dia 19 de setiembre, a presenciar la parada militar que debia mandar su jeneroso antecesor, llegó a sus oidos el primer anuncio del levantamiento de Concepcion. Una carta del subdelegado del Portezuelo, aldea situada en la márjen setentrional del Itata i que se habia recibido en Cauquenes a las 12 de la noche del 16 de setiembre, es decir, 72 horas despues del movimiento, anunciaba solo que los opositores habian tomado el vapor *Arauco* en Talcahuano i que acordonaban con centinelas los pasos del Itata. Esta comunicacion habia llegado a San Fernando el dia 18 i desde ahí, la trasmitia aceleradamente el Intendente de Colchagua don Juan Nepomuceno Parga.

II.

Creyóse, en el primer momento, que la revolucion del sud

no alcanzaria grandes proporciones, i que bastaria a contenerla en su desborde la presencia del prestijioso jeneral que acababa de descender del primer puesto de la República, conservando casi de hecho la omnipotencia que ántes le habia dado la constitucion i que ahora le prestaba, bajo otras apariencias, la revolucion misma que él iba a combatir. Con un rasgo de su pluma, guiada por arteras manos, habia hecho aquel, *candidato*, al antiguo rector del Instituto; con el esfuerzo de su espada, mil veces mas gloriosa, iba ahora a hacerlo *presidente*. Triste ejemplo del poder de la personalidad en nuestras Repúblicas, cuyos ciudadanos no son todavía pueblo i cuyos hombres de Estado nunca tuvieron escuela en el pasado ni divisa cierta en el porvenir!

Aquella misma mañana, ántes del medio dia, quedó nombrado jeneral en jefe del ejército de operaciones del sud el ex-presidente don Manuel Búlnes. Inmediatamente despues de acordada esta medida, que entónces se juzgaba casi suficiente por sí sola, el Presidente montó a caballo i dirijióse al campo donde le aguardaban las escasas milicias que entónces formaban la parada de costumbre. Don Antonio Varas, nombrado Ministro del Interior el dia de la víspera (1), permaneció en la Moneda dictando las providencias mas urjentes que la situacion exijia.

Amargas debieron ser esas horas de aparente regocijo i casi ominosa aquella ceremonia de inauguracion, para el Presidente que se constituia tal, contra el voto de todos los pueblos. Cumplíanlo éstos a la sazon, i con una aterradora

(1) El gobierno se compuso el 18 de setiembre de la siguiente manera--Interior i Relaciones esteriores, don Antonio Varas--Justicia, culto e instruccion pública, don Fernando Lazcano--Hacienda, don Jerónimo Urmeneta--Guerra i marina, el coronel don José Francisco Gana.

simultaneidad, aquella palabra empeñada tantas veces por actos solemnes, de que su voluntad no seria burlada por la coaccion del poder; i en medio de la profunda frialdad de las masas populares, a la que hacia contraste el ficticio o sincero alborozo de su comitiva, al escuchar el estampido de las salvas de cañon que saludaban su advenimiento, acaso el Presidente advenedizo estremecíase sobre su montura, pareciéndole que sentia rujir a lo léjos el trueno de la tormenta que se habia desencadenado, a la vez, en los dos confines de la República.

III.

Pero, ya ántes de aquellas angustiosas horas, habian tenido lugar en la capital misma sucesos de tal magnitud que casi habian traido a tierra el pedestal de la nueva autoridad, aun ántes que esta se inaugurase como poder.

El sábado 13 de setiembre a las dos de la tarde, habíase sabido en Santiago de una manera oficial el levantamiento de la Serena, comunicado por el gobernador de Illapel (1), i en el acto mismo, como ya dejamos referido, el gobierno habia dado la voz de alarma a todas las provincias, al sud del Cachapoal i puesto en juego todos sus recursos de resistencia.

(1) Los opositores de Santiago recibieron esta noticia solo en la noche del 12. Trájola un espreso enviado a su esposa por Carrera, en la tarde del 7, despues de hecho el movimiento en la Serena. Don Félix Mackenna i don Domingo Santa Maria, que recibieron inmediatamente aviso, remitieron la esquela orijinal de Carrera al sud, despachando aquella misma noche a los animosos jóvenes don Nicolas Villegas i don Juan Doren, quienes la entregaron al coronel Urrutia en la vecindad del Parral el dia 17 o 18. El correo despachado por Carrera, que era un dilijente huaso de la hacienda de las *Palmas*, vecina de Valparaiso, i que

IV.

Ya hemos manifestado anteriormente el estado moral del ejército en la crísis de 1851, su fuerza efectiva i su distribucion en las diversas guarniciones de nuestro territorio.

Hácese solo preciso recordar aquí los elementos de guerra que estaban mas inmediatamente al alcance del gobierno de la capital i que desde luego pondria en accion.

Eran estos pocos i harto precarios.

En el arma de infanteria, consistian solo en el batallon *Buin*, de reciente creacion, bajo la base del disuelto batallon Valdivia, que se encontraba acantonado en San Bernardo; en el batallon *Chacabuco*, del que existian dos compañías en Santiago, encontrándose las otras dos de guarnicion en Valparaiso, i en una o dos compañias mas del batallon *Yungay*, que a la sazon estaba diseminado en varios puntos de la República.

La caballería veterana de que podia disponer era casi del todo nula, pues se reducia al rejimiento de *Granaderos a caballo*, cuya tropa, favorita de su antiguo coronel el Presidente Búlnes, habia estado sirviendo diez años consecutivos de escolta de gobierno, adquiriendo así los hábitos de desmo-

durante la permanencia de aquel en la Serena habia hecho varios viajes a la capital, fué detenido desgraciadamente en el camino, cerca de una semana, por récias lluvias que entónces cayeron. De esta manera, el vapor *Arauco*, que salió de Valparaiso el mismo dia 12 a las once i media de la mañana, habria podido llevar la noticia positiva del movimiento i ahorrado asi muchas fatales incertidumbres a los revolucionarios de Concepcion. Don Bernardo Vicuña, que se embarcó aquel dia para Talcahuano, era solo mensajero del aviso anticipado que habia enviado Carrera, anunciando que el dia 7 estallaria la revolucion.

ralizacion i poltroneria que rodean al soldado en las grandes poblaciones.

La artillería no estaba en mejor pié, pues solo existian dos o tres brigadas en Valparaiso i Santiago, habiendo sido mui maltratada la que habia defendido el cuartel de artillería de la última, en la jornada del 20 de abril.

El gobierno era solo fuerte en el escalafon de los jefes i oficiales de que podia disponer, en los pertrechos de guerra de su abundante maestranza, i mas que todo, en los recursos de su Tesorería.

I eran todos estos precisamente los elementos que faltaban a las provincias rebeldes del sur i norte, en que abundaban los soldados, pero sin armas, sin oficialidad veterana i, sobre todo, sin sueldos.

V.

En el instante mismo de saberse el alzamiento de Coquimbo, el gobierno resolvió darle un golpe decisivo, formando, a la lijera, una division de infantería que debia dirijirse por mar a la Serena i tomarla en el acto, a viva fuerza, para ahogar la revolucion en su cuna. Nombróse jefe de esta fuerza al coronel don José Francisco Gana, i diósele por segundo al comandante don José María Silva Chaves, oficial que gozaba la reputacion de un distinguido táctico. La base de la espedicion seria el batallon Chacabuco, cuyas compañías existentes en Santiago debian marchar a Valparaiso, mui de madrugada el dia 14, a las órdenes de su comandante don Antonio Videla Guzman, para reunirse a las que mandaba en aquel puerto el sarjento mayor don José Manuel Pinto.

VI.

A las 3 de la tarde del 13, esto es, una hora despues de llegadas las noticias del norte, dióse órden al comandante Videla de alistar su tropa, i en el acto, fue relevada la que montaba la guardia de la cárcel. Mas, al marcharse esta a su cuartel, observóse con estrañeza, por los transeuntes de las calles, que los soldados prorrumpian en estrepitosos víctores al jeneral Cruz, cuya elevacion eran llamados a combatir (1).

No tardó en llegar esta alarmante circunstancia a oidos del receloso Presidente de la República; i para darse razon de lo que aquel acto significaba, hizo llamar a su presencia al capitan de cazadores de aquel cuerpo, don José Manuel Gonzalez, a quien se atribuia un gran ascendiente sobre la tropa.

Era este oficial un hombre mañozo i falso, que se habia elevado desde la clase de soldado raso. Contaba entónces 41 años de edad i habia nacido en Chillan, donde comenzó a servir en la revuelta de 1829. Ascendió, tres años mas tarde, a sarjento, pues en este rango le encontramos en 1832, sirviendo de instructor del batallon núm. 2 de guardias cívicas recien organizado en la capital; i habia conquistado despues sus galones de oficial en las dos campañas del Perú, sirviendo en la última a las órdenes del coronel Urriola en el batallon *Colchagua*.

(1) «En la tarde de ese dia se relevaba la fuerza que hacia la guardia de la cárcel, que pertenecia al batallon Chacabuco, que era el destinado a marchar. Cuando la dicha guardia se retiraba a su cuartel de la calle de la Recoleta, por la calle de las Ramadas, iba casi a la carrera, dando voces los soldados *¡¡Viva mi jeneral Cruz!!*» *(Diario de campaña del comandante Silva Chaves).*

Como se verá mas adelante en esta relacion, Gonzalez habia asumido un papel doble en el cuerpo en que servia, prestándose muchas veces a las sujestiones del partido opositor, desde que este puso en planta sus primeros planes de conspiracion, i dando otras, avisos secretos al gobierno de las tramas que se urdian. Esto, i cierta reputacion de valiente que se habia labrado entre la tropa, aumentaba su importancia ante los ojos del suspicaz Presidente, hasta el punto de considerársele como un oficial superior en prestijio i en recursos al mismo comandante del cuerpo; sistema funesto que destruye la disciplina, sustituyendo a las exijencias del deber los ardides de la intriga.

Gonzalez, reo a la vez de sus denuncios a la autoridad i de sus solemnes compromisos con los enemigos de esta, habia visto reflejarse su doble traicion en la sangre del 20 de abril; i el espectro del inmolado Urriola, su antiguo jefe en el *Colchagua* i en el *Chacabuco*, le perseguia en todas sus horas. Desde aquel lúgubre dia, sus camaradas de cuartel le habian observado siempre sombrio i desasosegado.

VII.

Por otra parte, existian entre sus compañeros de cuerpo, algunos jóvenes intrépidos que se habian dejado deslumbrar por las promesas de egoismo o de entusiasmo que les ofreciera la revolucion desde que brilló en las palabras de los clubs. Entre aquellos, distinguíanse el ayudante mayor don Victorino Valdivieso, hermano político del desgraciado Urriola, los tenientes don Silverio Merino, jóven de 27 años, antiguo soldado distinguido del *Carampangue*, i don José Antonio Gutierrez, oficial mas jóven aun, i que, en el combate de 20 de

abril se había conducido con una bizarría tan distinguida como espontánea, uniéndose al batallon *Valdivia* con el destacamento que guarnecia la cárcel, i siendo el primero en romper el fuego sobre los cañones del cuartel de artilleria.

Gutierrez i Merino eran íntimos amigos, i mediante un ardid tramado por ámbos en el momento mismo en que el combate de aquel dia tuvo fin, habia logrado el primero sincerarse de su conducta en la jornada, i evitar la persecucion durante algunos dias. Mas, como sus actos fueran tan públicos, levantósele luego un sumario i se le puso en arresto.

Ayudaban a inclinar el espíritu de aquellos jóvenes hácia los intereses del partido revolucionario, por una parte, los presos detenidos en su cuartel, que habian sido conducidos de San Felipe, reos del motin de noviembre, i por otra, un fraile de Santo Domingo, llamado Antonio Concha, hombre ilustrado i ardiente, que gustaba asociarse a la juventud, tomando parte en sus ensayos literarios, a cuyo fin habia contribuido a formar parte de una sociedad literaria que desde 1849 se reunia en su convento i de la que eran miembros muchos de los mas activos obreros de la revolucion, como Pablo Muñoz, Manuel Bilbao, Santos Cavada, Salustio Cobo i José Antonio Torres, iniciados mas tarde en los manejos i en los sacrificios de las revueltas políticas.

Era Concha el intermediario que tenian los opositores de Santiago, representados entónces por una especie de triunvirato que se componia de don Félix Mackenna, don Bruno Larrain i don Domingo Santa María, para establecer sus combinaciones con los oficiales del Chacabuco; i tan pronto como aquellos supieron que este batallon debia marchar a Valparaiso, enviaron a decir a los jóvenes comprometidos, Valdivieso, Gutierrez i Merino, que no hiciesen tentativa alguna ni en la capital ni durante su marcha, reservándose para

alzarse en Valparaiso, tan pronto como se hubiesen reunido a las dos compañías que mandaba el mayor Pinto.

No sabria decirse ahora si este plan era mas acertado que el de un levantamiento súbito en la capital, que hubiese tenido por objeto atacar por sorpresa los cuarteles, haciendo una mas feliz i oportuna acometida que la del 20 de abril; pero ciertamente, era mas prudente que el que aquellos inespertos jóvenes concibieron de dirijirse amotinados a la provincia de Aconcagua, donde no habia ningun elemento revolucionario suficientemente preparado para secundar sus miras. Mas, fuera de una suerte o de la otra, aquellos se mantuvieron tenaces en esta última idea i fuerza era resignarse a su capricho.

VIII.

A la hora de comer, cuando Gutierrez meditaba en su calabozo sobre la triste condicion a que seria reducido si no estallaba la sublevacion de su cuerpo, como estaba convenido i se ausentaban sus camaradas dejándole prisionero, entró Gonzales a contarle la novedad que ocurria i los preparativos de marcha que se hacian en el cuartel. Manifestóse el último desazonado i violento por aquella órden intempestiva, i tomando cuerpo el diálogo, añadió con una esclamacion—« que llegaba a tal punto su desdicha que ni un caballo habia conseguido para hacer su viaje a Valparaiso».—Gutierrez, con la espansion propia de los años juveniles i que es tambien característica de las circunstancias aflictivas de la vida, repúsole que en su mano estaba ahorrarse aquellas penas, i que si de un mero capitan de batallon queria pasar a ser su jefe, bastábale solo prestar su voluntad, pues él se ofrecia a sublevar la tropa en su favor.

Gonzales, herido como por una inspiracion irresistible, segun lo ha contado él mismo en años posteriores (1), aceptó la provocacion de su temerario subalterno, i en el acto mismo, quedó acordado el motin de la tropa para aquella noche.

Merino, Valdivieso i Gutierrez, junto con un jóven sarjento, hijo de Gonzales, llamado José Manuel 2.°, pusiéronse en el acto a tomar sus medidas secretas en las diferentes compañías del cuerpo, que eran la 2.ª 3.ª, 4.ª i cazadores, encontrándose la de granaderos i 1.ª de fusileros en Valparaiso.

IX.

Como la tropa, de suyo, estaba ajitada por el espíritu militar que el nombre del jeneral Cruz representaba en la revolucion, i como, en esos momentos, la mayor parte de los oficiales se encontraban fuera del cuartel en sus dilijencias de marcha, fuéles fácil combinar el golpe. Solo un instante de inquietud les asaltó ántes de consumar su intento. A las 8 de la noche, recibió el capitan Gonzales una esquela del comandante de la escolta Pantoja, por la que le llamaba sin demora el Presidente. Corrió, en consecuencia, el rumor de una traicion entre los conjurados, i aun Gutierrez manifestó su alarma en presencia de Gonzales, con esta esclamacion característica.—«Algo hai, que llama la Santa Bárbara» (2).

Mas, en breve, volvió Gonzales, sin que hubiera dejado traslucir ninguna sospecha de sus planes en la entrevista que habia tenido en el palacio, pues, al contrario, a las once i media de la noche visitó las cuadras en que dormia la tropa,

(1) A don José Estuardo, en su viaje a California, en 1852.

(2) Proceso de los oficiales del Chacabuco, existente en la Comandancia de armas de esta capital.

acompañado del comandante Videla, que se encontraba en la mayoría del cuerpo desde las diez.

Satisfecho este jefe de la tranquilidad que reinaba en su cuartel i deseando tomar algun reposo, echóse en su cama, durmiéndose en breve, en la misma pieza con el mayor accidental del cuerpo, que era un viejo i testarudo español llamado don Antonio Hurtado. Esto tenia lugar a la 1 de la noche.

Una hora despues, Gonzales despertaba precipitadamente a los soldados de su compañia, que como hemos dicho, era la de Cazadores (miéntras su hijo, Valdivieso, Merino i Gutierrez ponian sobre las armas las otras) i penetrando el primero con un grupo de soldados i pistola en mano, arrestaba a Videla i Hurtado, en el momento en que el último de aquellos subalternos obligaba a alistarse en la conjuracion al capitan don Juan Martínez, que se encontraba enteramente ajeno a lo que se tramaba aquella noche.

Media hora despues, la revolucion estaba consumada, i el batallon Chacabuco desfilaba por la ancha calle de la *Recoleta*, en direccion al camino de Aconcagua, llevando por jefe a Gonzales, proclamado comandante en aquel momento, i por segundo, en calidad de sarjento mayor, al ayudante Valdivieso. Videla, Hurtado i algunos oficiales quedaban encerrados en los aposentos del cuartel, habiendo tenido cuidado Gonzales de montar en el caballo de su comandante i de echarse en el bolsillo todo el dinero que existia en la caja del cuerpo i qué consistia en 96 onzas de oro.

X.

En esta disposicion marchó Gonzales, hasta que amaneció

el dia 14. Detuvo entónces su tropa i la arengó con el tosco, pero enérjico lenguaje del soldado. Díjoles (i en este copiamos las palabras de sus rudos acusadores en el proceso) «que diesen sus vidas por Cruz; que no fuesen como el Valdivia, que despues de estar vencedor, se pasó al enemigo; que irian a Aconcagua i de ahí a Valparaiso a recibir a Cruz». I luego, poniéndoles mas de manifiesto sus planes i sus esperanzas, añadió que las milicias de Aconcagua los aguardaban con los brazos abiertos, miéntras sus amigos políticos, entre los que nombró a los Caldera, sus antiguos huéspedes en los calabozos del cuartel, colectarian tan grande suma de dinero que a cada soldado corresponderian, al ménos, cien pesos fuertes.

Contestaron los sublevados a aquella arenga con entusiastas aclamaciones, i dando ya por suyo el éxito del dia, continuaron su marcha, redoblando su celeridad.

XI.

Entretanto, el comandante Videla, al observar, desde su encierro, que la tropa habia abandonado el cuartel, salió, mediante el auxilio del teniente don Matias Plaza; i montando en el caballo de otro oficial llamado Pozo, a quien llevó a la grupa, dirijióse a toda brida hácia la Moneda. Eran las dos i media de la mañana, i el Presidente aun estaba en pié (tan grande era su celo!), tomando medidas, en compañia del comandante de armas Ballarna.

Al ver el desecho rostro de Videla, comprendió el jeneral Búlnes que algo de siniestro acontecia, i apénas refirióle el último lo que pasaba, con voz balbuciente i luchando entre la ira i el rubor, púsose el primero a dar, con su acostumbrada sagacidad, las órdenes que acaso tan apurado requeria.

Su primera providencia fué del todo característica.

Hizo llamar a una hermana de Gonzales, que residia entónces en Santiago i la envió en su seguimiento, portadora de promesas del mas jeneroso indulto, si regresaba aquel con el batallon a la capital. Con el mismo objeto, despachó al capitan de Granaderos a caballo don Narciso Guerrero, i ordenó al comandante Silva Chaves, que hacia poco habia desempeñado la intendencia de la provincia de Aconcagua, se pusiese en marcha, en compañia del mayor don Basilio Urrutia, i por un camino de travieso, se apresurase a llegar a los Andes, donde, con las primeras tropas que colectase, deberia venir al pié setentrional de la cuesta de Chacabuco, i esforzarse en contener a los sublevados. El comandante Yávar, con un escuadron de Granaderos, saldria, entretanto, en su persecucion i les picaria la retaguardia, hasta ponerlos entre dos fuegos, obligándolos a rendirse.

El capitan Guerrero fué el primero en dar alcance a los sublevados, en la vecindad de la hacienda de San Ignacio, i habiendo llamado a parte a Gonzalez, le hizo saber los ofrecimientos del jeneral Presidente. Contestóle el oficial rebelde de una manera evasiva, i le exijió que, para creer en la mision de que habia sido encargado, le presentase el indulto por escrito. Regresó Guerrero a gran galope a la Moneda, e hizo presente aquella circunstancia al Presidente. Accedió éste i, en el acto, puso su firma al pié de un pliego en el qué, con mano precipitada, están escritas estas palabras.

Santiago, setiembre 14 de 1851.

«Capitan Gonzales: vuelva U. con sus oficiales i tropa a las órdenes del Gobierno, llenando así sus deberes militares, i se hará asi acreedor a la benignidad i jenerosidad del mismo

Gobierno, como tambien los oficiales i tropa con que U. vuelva.

BÚLNES (1).

(1) Encuéntrase orijinal este papel a f. 75 del sumario citado.

A propósito de este documento, no podemos ménos de citar el siguiente curioso trozo de elocuencia forense, empleado por un abogado Rojas en la *espresion de agravios* de la sentencia que condenaba a muerte al capitan Gonzal z i sus cómplices, alegato que fué protestado por los reos i que, en el caso citado, aludiendo al indulto ofrecido por el jeneral Búlnes, estaba concebido en estos términos.

«El rei Herodes, habiendo puesto en la cárcel al Bautista por causa de Herodías, llegó el dia del cumpleaños de aquel monarca; i estando en su celebracion los grandes de su corte, entró al salon donde estaba, una hija de aquella mujer, danzando con mucha gracia; i agradó tanto a Herodes, que prometió la daría cuánto le pidiese; i la niña, prevenida por la madre, dijo: *dame aquí en un plato la cabeza de Juan Bautista;* i el rei, refiere la sagrada escritura, se entristeció; mas, por la promesa solemne, hecha a presencia de todos los que rodeaban su mesa, se la mandó dar; i al efecto, mandó inmediatamente degollar al Bautista a la misma cárcel. Hé aquí otorgada una peticion las mas bárbara, cruel i temeraria que se ha visto, sin otro apoyo que la lijereza quizas del soberano en prometer a la jóven cuánto pidiese.

«La tristeza de Herodes no pudo nacer de faltar a una promesa de cosa tan inícua i depravada, a que no estaba obligado ni por relijion, ni por lei alguna, sino solo por haberlo hecho delante de un grande número de testigos, que en su concepto, podrían despreciarle, si faltaba a ello, como a un hombre perjuro, lijero i pusilámine; el que mirando por su honor i reputacion cumplió su palabra, sin reparar que con ella sacrificaba la inocencia por esencia, al antojo de una danzarina, sin otro mérito que el haber sabido darle gusto. ¿I no podremos hoi valernos de este ejemplo para aplicarlo, con mucha mas propiedad i exactitud, en favor de unos militares desgraciados, que han servido con provecho a nuestra cara pátria, que dejan esposas e hijos en la mas triste horfandad i desamparo, si la clemencia de U. S. I., no revoca la sentencia reclamada, mandando se obedezca, respete i esté a lo prometido en la referida carta, (el indulto del jeneral Búlnes), vista por los oficiales, i publicada de viva voz por ellos en la tropa, segun se colije de las confesiones de los acusados?»

XII.

En aquellos momentos, la capital era el teatro de las mas opuestas escenas de júbilo i de espanto. Los opositores creian haber dado el golpe de gracia a la candidatura Montt, ántes de ser un hecho consumado, es decir, constitucional. El gobierno juzgábase perdido. El Chacabuco era, en efecto, la única guarnicion veterana que existia en la capital, i si aquella tropa lograba poner un pié en el territorio de la belicosa i conmovida provincia de Aconcagua, era casi evidente que la revolucion, ligándose con el movimiento del norte i acercándose a su foco principal i mal apagado, que existia en Valparaiso, habria traido al suelo, en el solo espacio de la semana que aun faltaba para la inauguracion presidencial del 18 de setiembre, todo aquel muro de resistencia que la cabala i el favor habian levantado contra los derechos i la voluntad de los pueblos.

Celebrabáse, aquella noche, en una especie de «filarmónica» oficial, el advenimiento del futuro presidente, por las familias de sus partidarios; i dejábase ver que en la ausencia de las bellezas opositoras, lucia escasamente el salon las gracias i el hechizo aristocrático de las santiaguinas. Los jóvenes oficiales de la guardia nacional, adictos, en su mayor parte, al candidato oficial, habian, sin embargo, hecho esfuerzos por dar realze a aquella fiesta, adornando, las murallas del salon, con trofeos de armas, entre los que figuraban dos hermosos cañones. Mas, ¿cuál seria la sorpresa i la turbacion de aquella elegante asamblea, cuándo a eso de las tres de la mañana, presentóse en el salon de baile un destacamento de artilleros i al grito de *revolucion!*, desarmaron

estos los trofeos i se marcharon, arrastrando por el blando tapiz, que minutos ántes besaba el ajil pié de las parejas del wals, las cureñas de los cañones?

Formóse, en aquel lance tan cómico como lastimero, un tumulto de lágrimas i de desmayos. Hubo un momento en que las respetables matronas «gobiernistas» juzgaron que los rebeldes habian equivocado la sala de la *Filarmónica* con el Cuartel de artillería, i que iban a hacerlas prisioneras, en aquel indefenso recinto. Pero pasó luego la alarma; desertaron todos del salon; i cuando ya amanecia, llegaban a la plazuela de la Moneda muchos de los esbeltos danzantes de la víspera, ceñido a la cintura el moderno *rewolver,* sin haber tenido tiempo de despojarse, ni de su frac de etiqueta, ni de sus ajustados guantes de Previlla. Este rasgo grotesco de entusiasmo honraba, no obstante, a los jóvenes milicianos; i el gobierno tuvo el buen sentido de aprovechar aquel primer impulso de decision, adoptando una medida que entónces se juzgó ridícula, pero que, indudablemente, debia producir mas tarde exelentes resultados para sus propósitos. Aquella mañana i de aquella estravagante manera, nació la *Guardia del órden*, el cuerpo de *Húsares de la muerte* de don Manuel Montt, que hizo su servicio durante los tres meses que duró la revolucion, tomando el té, en patrulla, en las casas de las familias monttistas, que encontraba a su paso. En una ciudad como Santiago, aquella farsa, sin embargo, ejercia alguna influencia, porque todos aquellos soldados de la noche vestian frac i tenian, o capellanías, o mamáses que rodaban coche o abuelas a las que se les habia dicho misa de difuntos con catafalco i responsos de obispos.

XIII.

Entretanto que Gonzalez continuaba su marcha, el comandante Silva Chaves, poniendo suma dilijencia, habia salido de Santiago a las seis de la mañana, i dando un rodeo por el portezuelo del Manzano i la hacienda de Quilapilun, donde mudó caballos, habia llegado a los Andes, a las tres i media de la tarde, en los momentos mismos en que Gonzalez ganaba, por el opuesto costado, los primeros declives de la cuesta de Chacabuco.

Silva Chaves, asumiendo, en el instante, el mando militar de la provincia, puso sobre las armas 70 infantes del excelente batallon de los Andes, que confió al mando del mayor Urrutia, i montándolos a la grupa de 50 lanceros i carabineros, reunidos por el comandante Maure, se puso en marcha para la cuesta. El intendente Fuenzalida, avisado oportunamente, organizaba, entretanto, aquella misma tarde, una division de mas de 300 hombres de infanteria i caballería, en los departamentos de San Felipe i Putaendo (1).

A las cinco de la tarde, estaba, de esta manera, cortado el paso de los sublevados, por el lado del norte, habiendo des-

(1) Segun el parte oficial, enviado al gobierno por el intendente Fuenzalida el dia 14 i que se publicó en el núm. 1.º de la *Civilizacion* (periódico del nuevo gobierno, que se comenzó a dar a luz el 18 de setiembre), la division de Aconcagua se componia de 404 hombres, en esta forma. Infantes del batallon de los Andes, 90 plazas; del de Putaendo 110. Piquete del Yungay (que reemplazaba en San Felipe al batallon cívico, disuelto en noviembre), 24: total 224 infantes. Caballeria de San Felipe, 100 plazas, de Putaendo, 80: total 180. Parece que en esta última cifra no estan incluidos los 50 jinetes que sacó de los Andes el comandante Maure.

plegado las autoridades i vecinos de Aconcagua una estraordinaria actividad. A esa misma hora, caia sobre la retaguardia de aquellos, el comandante Yávar, con un escuadron de Granaderos i algunos destacamentos de infanteria que estos llevaban a la grupa.

Gonzalez, que ignoraba en aquellos momentos los aprestos de resistencia que se habian en los lugares en que él creia iba a ser acojido en triunfo, ordenó atacar a los Granaderos, i aunque la tropa se sentia sumamente fatigada, despues de una marcha de doce leguas i bajo un sol abrasador, «se fué a la carga, dice el mismo Gonzalez, por puro entusiasmo i me costó un inmenso trabajo para contenerla» (1).

XIV.

La tropa sublevada, imponiendo respeto a la caballeria que la perseguia, continuó ascendiendo la cuesta hasta que cerró la noche. Despues de un breve descanso en la cima, comenzó a descender, en medio de la oscuridad, por la falda del monte. Era cerca de las 10 de la noche i habian llegado los rebeldes a una pequeña aguada que intercepta el camino, cuando el comandante Maure, que estaba avanzado en aquel punto, hizo algunos disparos sobre los primeros grupos que llegaban.

La consternacion se apoderó, en aquel instante, de los jefes de la tropa, i los soldados comenzaron a decir estas palabras, que, no sin razon, la ordenanza castiga con la muerte—*Estamos cortados!* El soldado chileno, una vez puesto entre dos fuegos, pierde sus brios, porque, como jamas pelea en línea,

(1) A f. 7 del sumario, en su declaracion, añade, sin embargo, para disculparse, que este ataque se hizo sin órden suya.

cualquier amago por los flancos o retaguardia desorganiza su formacion instantáneamente.

Un solo espediente de salvacion quedaba aun a Gonzalez i sus compañeros. Era éste animar su descorazonada tropa i romper la marcha, haciendo fuego sobre los débiles destacamentos que cerraban el paso. Pero estos hombres aturdidos solo acertaron a perderse, ordenando al batallon acamparse en aquella misma aflictiva coyuntura. Faltaba, en ese instante, el único oficial que habria sido capaz de una resolucion atrevida. El teniente Gutierrez, el verdadero autor del levantamiento del Chacabuco, se habia separado, desde temprano, del batallon, enviado por Gonzalez para dar aviso de su marcha a los opositores de Aconcagua, i no habia regresado.

Apénas los soldados habian encendido los fuegos de su primer vivaque, en las frias mesetas de Chacabuco, cuando la reaccion se pronunció, como era inevitable, en todos los ánimos. Gonzalez i su hijo fueron los primeros en tomar la fuga, dando muestras de cobardes, despues de haberlas ofrecido de aleves. Un alférez llamado Ulloa, que era, segun parece, un viejo sarjento recien ascendido, junto con los sarjentos Juan Gonzalez i Manuel Córtes, se pusieron al frente de la contra-revolucion, i pasando la palabra a la mayor parte de las clases i soldados, se echaron, de improviso, sobre los oficiales Merino, Valdivieso i Martinez, que aun permanecian con la tropa.

Esto tenia lugar a la media noche, i cuando amanecia el dia 15, «llegaban de improviso, dice Silva Chaves en su diario de campaña, al punto donde él estaba acampado, algunos soldados de caballeria, a todo escape, gritando: *que se nos pasan! que se nos pasan!* Vuelvo atras, añade, i en efecto, el Chacabuco descendia por unas alturas, al poniente del camino real, en completo desórden, dando voces. Uno se avanzaba.

que era el sarjento Juan Gonzalez, i preguntaba *quien manda?*—Le contesté desde la orilla opuesta del barranco, i entónces me llamaba a gritos; i me dispuse a atravesar solo el barranco que nos separaba»...

XV.

De aquella manera (1) tuvo fin un acontecimiento que, a imitacion del ocurrido en la mañana del 20 de abril, habria acarreado la ruina de la causa conservadora, si otros hombres hubiesen tomado su direccion. Pero los opositores de Santiago, mas culpables que el mismo Gonzalez (pues este era solo un ignorante soldado), que tan animosos se manifestaban en los conciliábulos de las tramas subterráneas, no tenian bastante corazon para ir a defender sus convicciones al frente de las armas que, con tan porfiado afan, lograban se-

(1) Gonzalez i su hijo, capturados, aquella misma mañana, por el denuncio de un campesino, en cuyo rancho se habian echado a dormir, fueron remitidos a Santiago, en el acto mismo, i procesados, junto con sus compañeros Merino, Valdivieso i Martinez, habiéndose escapado el teniente Gutierrez, que sabia ponerse a cubierto en los fracasos, con tanta dilijencia i habilidad como las que ponía en tramar sus planes.

El sumario se siguió, al principio, con gran actividad, i parece que se tuvo en el gabinete el pensamiento de fusilar a todos aquellos oficiales, para ofrecerlos en holocausto a la fidelidad vacilante del ejército. Mas, habiéndose sabido en Concepcion, por una carta anónima interceptada al tesorero don Agustin Castellon, i escrita de la capital, aquel propósito, el intendente Vicuña, de acuerdo con el jeneral Cruz, envió por conducto del juez de letras Sotomayor, al jeneral Blanco, una terminante declaracion de que por cada ciudadano opositor que se ejecutase, en virtud de órden del gobierno, se fusilaria otro de igual categoria, en Concepcion, insinuando que no seria de los últimos en ser víctima de aquellas tremendas represalias, el propio hermano del ministro Varas, que

ducir (1). No fué ménos mesquina i poltrona la conducta de los partidarios de Aconcagua, que, en aquel año de 1851, desmintieron, por completo, su fama de patriotas, pues, con la escepcion de unos pocos jóvenes, habian burlado todos sus compro-

se dejó, como en rehenes, en Concepcion.—«No sé por que no fué ejecutado el capitan Gonzalez, dice a este propósito el comandante Silva Chaves, en su diario de campaña. Se dijo que el jeneral Cruz amenazó con fusilar a don Vicente Varas en Concepcion, si pasaban por las armas a aquel oficial».

Este fué, al fin, condenado a muerte, con sus cómplices, el 1.° de octubre, i la sentencia solo vino a confirmarse el 3 de noviembre, otorgándoseles indulto el 18 del mismo mes.

En consecuencia, Gonzalez se dirijió a California con su hijo, en 1852, i se nos ha dicho que no ha regresado a Chile. Gutierrez existe en Valparaiso, retirado del servicio. Ignoramos la suerte de Valdivieso, i en cuanto a Merino, harto conocida ha sido su historia de conspirador, en años posteriores.

(1) Justifica, en parte, la apatía de los corifeos políticos de la capital, la desaprobacion que prestaron siempre al plan de los oficiales del Chacabuco. A fin de disuadirlos, habia tenido con ellos, pocos dias ántes, una conferencia secreta, en casa del respetable vecino don Santiago Perez Mata, el entusiasta i jóven político don Domingo Santa Maria; pero en nada cedieron aquellos, dando por razon que el motin no podia tener lugar, si dejaban a Gutierrez preso en la capital. Sin embargo de esto, los opositores enviaron a San Felipe un oportuno aviso, por conducto del jóven don Ignacio Ramirez, reunieron cuatro mil pesos que habian exíjido los oficiales para gratificar la tropa, i comisionaron al valiente oficial retirado don Joaquin Oliva para que se pusiese al frente del cuerpo sublevado i lo condujera a la provincia de Aconcagua, donde aquel tenia su residencia.

Los cuatro mil pesos estuvieron listos en la noche de la sublevacion; pero los oficiales rehusaron noblemente admitirlos, diciendo que tenian suficiente con los fondos del cuerpo. En cuanto a Oliva, no hubo igual fortuna, porque, en los apuros de aquella noche, solo se encontró una mula calesera, para que se pusiera en marcha; i aunque él no vaciló en montarla, parece que no hicieron gran caso de su talante los oficiales del batallon amotinados, cuando se les agregó en el camino, pues no se prestaron a reconocerle como jefe.

motimientos, desde el dia en que abandonaron, en manos del intrépido Lara, la revolucion de noviembre, hecha toda por el jeneroso pueblo obrero de San Felipe.

Silva Chaves, ufano con su fácil triunfo, rodeó la tropa sublevada, la hizo descargar sus armas i reuniéndose a Yavar, se puso en marcha para la capital, cuyas calles atravesaba el 18 de setiembre, en direccion a San Bernardo, en los momentos mismos, en que las salvas de Santa Lucia proclamaban Presidente constitucional al ciudadano don Manuel Montt (1).

XVI.

El Gobierno, entretanto, en medio de sus supremas aflic-

(1) A propósito de este suceso, nos hacemos un deber de consignar aquí el siguiente noble rasgo de filantropía que refiere Silva Chaves en su diario citado, con relacion a un hombre tan modesto como meritorio. Usaremos las propias palabras del narrador.

«Es preciso recomendar la humana i jenerosa conducta del médico don Isidoro Cox, dice Silva Chaves, por lo siguiente: Bajaba la cuesta de Chacabuco, en la mañana del 15 de setiembre, a la cabeza de las cuatro compañías del Chacabuco, i veo cerca de mí al doctor Cox, con su criado que le llevaba, por delante de la montura, un cajon de cirujia. Nos saludamos; continué la marcha i llegamos al punto de preguntarle a que hora habia salido de Santiago, i el cómo lo habia mandado el gobierno: el Doctor me contestó la hora, i me dijo: «que a él no le habia hablado «nadie; que sabiendo que se iban a batir las fuerzas mandadas «por el gobierno, con los sublevados, i recordando los muchos he«ridos que se perdieron el 20 de abril i que la ciencia habia po«dido salvar, si se les hubiese curado a tiempo i no se les hubiese «abandonado, como se hizo, preguntó si habia salido cirujano en «la division de Yávar i se le contestó que nó. En el acto, hizo que «su sirviente ensillase i se habia puesto en marcha, sacando por «provision un pedazo de pan i otro de queso i doce reales en el «bolsillo». Esto es digno de mencionarse. Yo le recomendé al ministro Mujica i la cosa pasó poco ménos que desapercibida».

ciones, habia ocurrido a su supremo remedio, es decir, a *la suspension de la Constitucion,* por medio de ese espediente ya envejecido, pero nunca gastado, de las *facultades estraordinarias.* Concediéronse estas el dia 14, a las pocas horas de haberse sublevado el Chacabuco, con la oposicion de solo dos votos, contra treinta.

Promulgóse, por bando, aquella lei, cuya fuerza resalta en su propio laconismo, pues está redactada en estos precisos términos.

Santiago, setiembre 14 *de* 1851.

«Por cuanto el Congreso Nacional ha sancionado el siguiente:

PROYECTO DE LEI.

«*Artículo único.*—Se autoriza al Presidente de la República, por el término de un año, para que pueda hacer arrestar i trasladar personas de un punto a otro de la República, fijando la residencia del individuo i pudiendo variarla, si lo creyese necesario; para que aumente la fuerza del ejército permanente, en el número que las circunstancias exijan; para que pueda invertir caudales públicos, sin sujetarse al Presupuesto, i para que pueda remover empleados públicos, de oficina, sin sujetarse a las formalidades prescriptas en la parte 10 del art. 82 de la Constitucion.

«I por cuanto, oido el Consejo de Estado, he tenido a bien aprobarlo i sancionarlo: por tanto, dispongo se promulgue i lleve a efecto en todas sus partes, como lei del Estado.

MANUEL BÚLNES.

Antonio Varas».

Comenzaba, en este instante, para el Presidente Montt, aquella omnipotencia que tanto amó, i que vino a encontrar su apojeo i su sepulcro en la monstruosa lei de *responsabilidad*

civil; que cerró el ciclo de los horrores i de los absurdos que caracterizaron su gobierno.

XVII.

Terminado de aquella feliz manera el grave accidente de la rebelion del Chacabuco (1), el gobierno se preocupó solo de su primer plan de reducir con celeridad a Coquimbo, sin cuidarse de la amenazante actitud del sud. Reinaba, a este respecto la mas estraña confianza en los hombres de la administracion que cesaba i que iban a inaugurarse de nuevo, proclamándose «iniciadores» de una política que habian estado ejerciendo durante mas de veinte años. El mas crédulo de todos, como hemos visto, era el presidente Búlnes: el mas receloso, su primer ministro don Antonio Varas.

Contrájose, desde luego, el celo de la autoridad a remitir fuerzas a Valparaiso, i a la creacion de nuevos cuerpos. En los dias 15 i 16, se mandó reclutar cuatro batallones de infantería, de los qué el núm. 2, (el *Buin* tenia núm. 1) se formaria en Valparaiso con la base de las dos compañías del Chacabuco que mandaba el mayor Pinto; el núm. 3 seria

(1) La noticia de la rendicion de los sublevados llegó oficialmente a Santiago a las cuatro de la tarde del dia 15, habiéndola comunicado Silva Chaves a las 7 de la mañana, en un papelito escrito con lápiz, que se encuentra archivado en el ministerio del interior. Fué tan grande el alborozo de los partidarios de la causa conservadora, «que en el momento de recibirse la noticia, dice un corresponsal del *Mercurio*, en una carta publicada en este diario, el 16 de setiembre, se reunieron hasta mas de 600 ciudadanos de los escojidos i respetables de nuestra sociedad en el patio de la Moneda, vivando a don Manuel Montt, i pidiendo a voces que saliese a la ventana. El señor Montt satisfizo este deseo, i con el semblante mas placentero i agradable, correspondió a las manifestaciones de amor i gratitud que le tributaba todo un pueblo».

organizado por el coronel Vidaurre sobre algunos destacamentos del Yungai i el núm. 4, que se compondria de la tropa rebelada del Chacabuco que ascendia solo a 223 hombres. Otro batallon se organizaria en Chillan. Levantóse en varios puntos de la capital, bandera de enganche, decretóse la compra de caballos, el apresto de armas i municiones, la destinacion de los oficiales que existian en asamblea, i en suma, acordáronse todas aquellas medidas que exije una campaña que va a abrirse. Resentíanse, sin embargo, estos preparativos de cierta lentitud i flojedad, porque considerábase por el gobierno que si el sud no se revolucionaba, el alzamiento del norte seria sofocado a toda prisa i con pocos sacrificios. No se imajinaban entónces que la Serena se erizaria de trincheras indestructibles por el solo poder de la idea que habia proclamado!

XVIII.

Tal era el estado de las cosas i de los ánimos de la capital, el dia 18 de setiembre, en que nacia la administracion del decenio, cuyos desastres narramos.

El presidente Búlnes traspasó la banda tricolor al elejido de sus compromisos, como se llaman en política las cábalas, i en seguida, dirijió a la nacion una proclama en la qué hablando a la guardia nacional, al pueblo i al ejército, manifestaba el justo orgullo con que descendia del poder supremo, despues de diez años de una administracion que no habia sido manchada con sangre i en la que ni el vil manejo del oro, en los negocios internos, ni el de la humillacion con los esplotadores o enemigos de la patria, habian dejado, sobre esta, la huella de una indeleble afrenta.

Este importante documento estaba concebido, en su triple forma, en los términos siguientes:

GUARDIAS NACIONALES!

«Desciendo en este instante del puesto supremo a que me llamó el voto de mis compatriotas: y al despedirme de los firmes apoyos del réjimen legal, a cuya jenerosa i constante ayuda, debo la gloria de haber salvado feliz las dificultades de una larga administracion, os dirijo la palabra para daros un solemne testimonio de mi ardiente agradecimiento.

«Jamás invoqué vuestro auxilio en defensa de la causa santa que me estaba encomendada, sin que corriéseis, llenos de entusiasmo i de abnegacion, a colocaros en torno de las autoridades constituidas. Ni los intereses egoistas del individuo resfriaron jamás vuestro civismo, ni los azares de las armas arredraron vuestro denuedo. He visto la sangre de valientes compañeros vuestros derramada heroicamente en aras de la Patria, y he coronado vuestras sienes victoriosas, cuando volviais, ufanos de haber sofocado, con potente brazo, el jenio infernal de la anarquía.

«Soldados de la lei: el último, pero el mas grato de mis deberes es, en este momento, saludaros a nombre de la república, de cuyas instituciones sois baluartes. Os saludo a nombre de diez años de prosperidad y de órden, asegurados por vuestro esfuerzo: os saludo a nombre del porvenir que habeis labrado lisonjero para la república, i del que sois los garantes.

CIUDADANOS!

«El majistrado en quien deposito hoi las insignias del mando, sale del medio de vosotros, i lleva a las rejiones del gobierno el talento bienhadado de guiar la Patria hácia los sublimes destinos que la aguardan. Apoyadlo con entera adhesion! Las pasiones bastardas que perturban un estremo de la re-

pública, enmudecerán al grito de *órden* que lanceis desde vuestro puesto respetable. Un esfuerzo mas, i la obra de pacificacion de que os habeis encargado, quedará terminada; i dias felices radiarán para los que habitan nuestros suelos siempre afortunados.

«Guardias nacionales: Vuelto desde hoi en adelante a la condicion de ciudadano, cifro toda mi gloria en colocarme a vuestro lado, i coadyuvar al afianzamiento del órden público i del imperio de las leyes. Encontrareis siempre el primero, en esta senda honorable, a vuestro jeneral!

SOLDADOS!

«Ha llegado para mí el momento de devolver a la nacion la autoridad suprema de que me habia investido; i al verificarlo en la persona del benemérito ciudadano que ha elejido para sucederme, tengo la satisfaccion de presentarle en vosotros, firmes i denodados defensores del réjimen de la lei.

«Depositarios de la fuerza pública, habeis prestado durante mi larga administracion un relijioso respeto a la Constitucion i al gobierno; i merced a vuestra lealtad, el tesoro inestimable de la paz pasa intacto al nuevo jefe que la nacion se ha dado.

«Soldados: ése es vuestro mas glorioso timbre. La traicion quiso, alguna vez, empañar el lustre de vuestro honor acrisolado: la confundisteis mostrando que no podia encontrar cabida en pechos que alientan pura la llama del honor: la confundisteis, mostrando que pesaba sobre vuestras conciencias el deber sagrado en que estais constituidos, de conservar a la República sus leyes, a la autoridad sus fueros, a los ciudadanos sus derechos i su tranquilidad. Cifrad en eso vuestro orgullo!

«Soldados: ejerceis la mas augusta mision de que puede encargarse un hombre sobre la tierra: sosteneis el órden i

la lei, i por vosotros, la sociedad entera disfruta los bienes sin cuento que la paz derrama. Custodios del bienestar comun, habeis comprendido que las instituciones solo tienen derecho a reclamar vuestro apoyo, i que esa espada, que habeis recibido para la comun defensa, solo debe desnudarse bajo el estandarte sagrado de la patria, que es nuestra única i querida enseña.

«Desciendo a ocupar, a vuestro lado, el lugar que me ha designado la República. Me uniré a vosotros para luchar donde quiera que el deber nos llame: recojeré con vosotros nuevos laureles de los que la patria decreta a sus fieles servidores i mi ambicion quedará cumplida, si encuentro siempre, en mis antiguos compañeros de armas, la lealtad de que me han dado tan tas pruebas.

«Santiago, setiembre 18 de 1851.

MANUEL BÚLNES.»

XIX.

Apénas habian transcurrido 24 horas, desde la ceremonia relijiosa, mediante la qué, se hace la delegacion del mando supremo en la República, cuando el omnipotente jeneral Búlnes era llamado a la Moneda, según ya dijimos, como súbdito. Habia en este acto una verdadera gloria cívica para su nombre; pero comenzaba tambien la era de su espiacion, por aquel insigne error político, a que su egoismo o la lisonja le habian arrastrado. Desde ese momento, era el jeneral en jefe del ejército que iba a combatir i vencer a los pueblos, armados contra el usurpador que él les habia impuesto con violencia, para recojer, a su turno, la mas aleve ingratitud. Su gran rol de soldado iba a principiar, i en verdad, que no se

haria reo, en aquella árdua mision, de las faltas de que, como político, habia sido acusado.

XX.

Era el jeneral Búlnes, en 1851, el primer jeneral de Chile i acaso de la América del sud. Vivian entónces como hoi, mas altas nombradias militares, reliquias de la magnífica contienda de 1810; pero entre los caudillos que habian engrandecido las ajitaciones de nuestra organizacion civil, ninguno podia levantar mas alto la frente, ni ostentar sobre ella mejor adquiridos laureles: era el vencedor de Yungay.

Como jefe militar, avezado a las revueltas, el jeneral Búlnes reunia dotes escepcionales que acarreaban un gran prestijio a su nombre i daban a la causa que defendia el presentimiento i casi la evidencia del éxito. Bravo, humano, familiar con el soldado, organizado físicamente para una actividad asombrosa, intrépido hasta el heroismo, en casos dados, i capaz de los mas señalados rasgos de magnanimidad; era, por otra parte, tan astuto como disimulado, i sabia imitar tan bien la injenuidad del candor como sentir los impulsos de la mas asustadiza desconfianza. Habia sido, por escelencia, el jeneral de las guerras americanas, es decir, de las revueltas intestinas de las repúblicas entre sí, i su organizacion de hombre del sud, de penquisto i fronterizo, tan rica de las cualidades especiales que constituyen los grandes caudillos, se habia desarrollado en el consejo i el ejemplo de los dos hombres de espada que en la América del sud se han parecido mas al jeneral de Maquiavelo, San-Martin i Gamarra,—jenios eminentes en las armas i en la intriga, entre los que el jeneral Búlnes tendrá a honra el ser contado. A las órdenes del uno,

hizo, en efecto, su estreno en *Maipo*, i al lado del otro, venció én la quebrada de Ancachs, 20 años mas tarde, a los enemigos de su patria.

En los conflictos de la guerra civil a que, por su culpa, era arrastrada la República, el jeneral Búlnes iba, pues, a ejercer un rol decisivo. Simple ciudano era todavía el árbitro de la suerte de Chile. Algunos, sin embargo, le han hecho injustamente responsable por la aceptacion de aquel puesto en que, como soldado, tenia una consigna que cumplir. Mas, a nuestro juicio, fué este acto, al contrario, una prueba de jenerosa abnegacion que el ofreció a sus adeptos, posponiendo todo egoismo a sus comprometimientos. Su falta era anterior, i no habia consistido, a la verdad, en un yerro de soldado, sino en una violacion flagrante de las leyes que habia jurado sostener como supremo mandatario de la República. Su responsabilidad no era, por esto, ante la ordenanza: lo era sí e inmensa ante la patria. Pero la posteridad le absolverá por ella, en cuanto es dable a sus méritos ilustres, como a caudillo militar, porque en esta parte de la historia que escribimos, hai mas honra para el hombre de los vivaques i de los campos de batallas, que para el director o la víctima suprema de la intriga i del engaño.

XXI.

Tan pronto como el jeneral Búlnes recibió la comision «de pacificar el sud», como se estilaba decir entónces en el lenguajo oficial, púsose a la obra con el ardor propio de su temperamento i de la exijencia de las circunstancias apremiantes de que se veia rodeado.

El gobierno le revistió de omnímodas facultades militares

i desde luego declaró (20 de setiembre), en estado de asambleas las tres provincias de ultra Maule que se suponia iban a ser el teatro de la guerra.

Hecho esto, en el acto mismo, el jeneral en jefe organizó la plana mayor del ejército, que deberia reunir sobre los escasísimos recursos militares que la revolucion habia dejado en pié hasta aquella hora. Designó para sus ayudantes de campo a los comandantes don Antonio Videla Guzman i don Victor Borgoño i a los sarjentos mayores don Nicolas José Prieto, distinguido oficial de caballería, educado en Europa, i don Caupolican de la Plaza injeniero militar de alguna reputacion, profesor a la sazon de la Academia de Santiago.

Puso el Estado Mayor a cargo del veterano jeneral don José Rondizzoni, antiguo intendente de la provincia que era el foco del levantamiento, dándole por principales ayudantes a los intelijentes oficiales, coronel don Antonio Gomez Garfias, inspector de guardas nacionales i don Pedro Nolasco Campillo, sarjento mayor de milicias, empleado en el Ministerio de la guerra. Formaban parte tambien de este departamento los capitanes don Manuel Lastra, que habia servido poco há en el Carampangue i don Agustin Fuenzalida, habiéndose incorporado, ademas, en calidad de agregados el viejo capitan don Eujenio Hidalgo, soldado del Lircay i el valiente comandante don Juan Torres, a quien se habia hecho venir a la capital desde su canton de San Felipe, despues de los sucesos de noviembre, por sospechas de desafeccion a la candidatura oficial.

Nombró el jeneral para su secretario a don Antonio García Reyes; para auditor de guerra a don Manuel Antonio Tocornal; para comisario de guerra a don Francisco Vieitos; para capellan castrense al clérigo Despott, i por último, para cirujano de ejército al doctor Rios.

Ordenó tambien que se aprestasen para ser remitidos al sud cuarenta mil pesos en dinero, mil fusiles, mil sables, trescientas carabinas i cincuenta mil tiros a bala. Tan luego como estuvo organizado a la lijera este cuadro de empleados tan distinguidos como idóneos, se fijó la tarde del 21 de setiembre para emprender la marcha al sud i abrir de hecho la campaña.

Dióse, ademas, órden anticipada para que el comandante Silva Chaves, acantonado con el Chacabuco o núm. 4.°, en San Bernardo, marchase al sud i el teniente coronel Yañez, oficial de caballeria favorito del jeneral Búlnes, se adelantase hasta Curicó, donde deberia reclutar i disciplinar un escuadron de lanceros de línea, tropa lijera que estaba llamada a prestar servicios importantes en la campaña.

Todo esto tenia lugar el 20 de setiembre.

XXII.

Hemos dicho, al terminar el capítulo anterior, que a las once de la noche del dia 20 de setiembre entraba a Concepcion el jeneral Cruz, caudillo de la revolucion del sur.

Quince horas despues, a las dos i media de la tarde del 21, se ponia en marcha para Talca el jeneral Búlnes, nombrado pacificador de las provincias sublevadas.

La revolucion habia tocado el término de su desarrollo.

La guerra civil iba a comenzar.

Será esta última i triste contienda el argumento del segundo volúmen de este periodo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

APÉNDICE.

Los documentos que se publican en el presente volúmen i que, en su mayor parte, están inéditos, son los diez siguientes:

Núm. 1.° Carta de don Pedro Felix Vicuña al jeneral Cruz sobre la situacion política del pais, despues de la proclamacion de aquel como candidato a la presidencia de la República.

2. Carta de don José Ignacio Palma al comandante del Carampangue, don Manuel Zañartu, manifestándole la desaprobacion del jeneral Búlnes a la candidatura Cruz.

3. Notas del jeneral Cruz al gobierno supremo sobre el motin del 20 de abril.

4. Bando publicado por el intendente de Concepcion sobre las elecciones de 1851.

5. Oficio del Rector del Instituto Nacional sobre los sucesos que tuvieron lugar en mayo i junio de 1851, en aquel establecimiento.

6. Piezas relativas al proceso formado para averiguar el intento del asesinato sobre el jeneral Cruz, en la noche del 6 de junio de 1851.

7. Manifiesto de las clases del batallon *Buin*, protestando su fidelidad al gobierno.

8. Piezas relativas al jurado de imprenta, promovido por el jeneral Baquedano en Concepcion.

9. Piezas relativas al jurado de imprenta de Concepcion, en virtud de una acusacion hecha por don Pedro Felix Vicuña.

10. Carta del jeneral Baquedano sobre los sucesos militares en que tomó parte durante la revolucion de 1851.

DOCUMENTO NÚM. 1.

CARTA DE DON PEDRO FÉLIX VICUÑA AL JENERAL CRUZ, SOBRE LA SITUACION POLITICA DEL PAIS, DESPUES DE LA PROCLAMACION DE AQUEL COMO CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA.

Señor jeneral don José María de la Cruz.

Valparaiso, marzo 8 de 1851.

«Mi jeneral i amigo:

«La candidatura de Ud., proclamada en las provincias del Sur, ha venido a realizar una verdadera revolucion en el resto de la República, principalmente en estos pueblos centrales que, abrumados por la tiranía de los abogados, no veian sino un porvenir tristísimo. Nunca tendrá Ud., estando léjos de este centro de desmoralizacion, idea del estado a que hemos sido conducidos. Los cuatro millones de nuestras rentas no son sino el premio de la prostitucion a Montt, i el que resista a éste, pierde sus pleitos i se ve envuelto en mil dificultades judiciales. Estos son los móviles principales de la influencia de Montt, i muchos de los que firman su candidatura, lo maldicen en su corazon. El número de sus amigos es insignificante; no pasa de una docena de furiosos que ven en él cifrada su elevacion i se han mancomunado por su mútuo interes. No obstante, estos pocos ambiciosos tienen por director a Garrido, consumado intrigante i, a la vez, atrevido. Cuentan con el poder de un gobierno, desopinado, es verdad, pero cuyas raices tienen 20 años de terror i cuatro mi-

llones por año para corromper. Es preciso la fuerza de una opinion irresistible, que en realidad existe, pero desorganizada. El partido opositor se compone del que organizó Vial i de los antiguos liberales. Estos últimos inspiran mas confianza a las provincias, desde que los otros hace poco han estado al lado del Gobierno.

«Yo he procurado en la *Reforma* borrar estas diferencias, que no han permitido jeneralizarse la candidatura de Errázuriz. Por mi parte, creo ahora a la oposicion uniforme, i mucho mas, desde las últimas persecuciones. La creo fuerte en la opinion, pero sin organizacion para resistir la fuerza militar. La accion enérjica del Gobierno ha dejado a un lado todo pensamiento electoral, no dudando nadie que habria un nuevo sitio i nuevas víctimas. Estas provincias marchan a la revolucion i el gobierno lo ve bien claro, sacando los cuerpos militares del foco revolucionario de la capital. En Melipilla, donde está el batallon Yungai, nadie puede llegar sin presentarse al gobernador i obtener un permiso para quedar los dias que sus negocios reclaman. La milicia cívica que solo se han atrevido a desarmar en San Felipe de Aconcagua, los tiene en las mayores alarmas, i no alcanzan a comprender que la fuerza veterana está minada.

«En esta situacion, la candidatura de U. ha venido a aumentar sus temores, i llega a un punto su miedo i confusion que desesperan de su causa, a pesar que Rondizzoni les pinta los sucesos de Concepcion, como insignificantes. La vuelta del vapor *Vulcano* les ha dado brios i se preparan a una lucha decidida contra U. Han creido, los mismos que me han perseguido, neutralizarme, i así he tenido ocasion de ponerme al corriente de sus planes.

«En primer lugar, creo que lo que se proponen es arrancarle la fuerza que tiene U. en el sud; i aunque no lo sé, temo que Rondizzoni haya llevado alguna comision para la lojía que allí se ha organizado contra U. Cuando sus planes estén maduros, le darán a U. un golpe, i es mui probable que Rondizzoni tenga en sus manos el título de Intendente. Estos son mis temores; pero lo que sé de positivo es que han solicitado sustraer de

la Comandancia de armas, quejas de algunos oficiales del Carampangue contra U., para probar su impotencia en el ejército; pero nada lograron porque Viel lo resistió. Pero el mas positivo de sus riesgos es el dinero, i no trepidaran en mandar cien mil pesos para amarrar a U., sin que le valga su legalidad, su moderacion i la prudencia de su conducta durante tantos años. A los que hoi empuñan las riendas del gobierno, los creo capaces de todo para asegurar sus pretensiones. La idea que hoi los domina es que logrando vencer a U. en la lucha electoral, Concepcion se les emancipe, lo que equivale a una revolucion que los arruina.

«El efecto producido por su candidatura en Santiago i Valparaiso ha sido favorable, a pesar de los tristes coloridos con que los ministeriales pintan a U. Segun ellos, U. va a ser un sombrío tirano, si logra elevarse; un militar que solo gobernará con la punta de la espada, un voluntarioso sin mas regla que sus caprichos, i esta es una predica incesante. Pero su conocido patriotismo, su justificacion i sus hábitos de sobriedad son constantes, para que se admitan estas declamaciones de su enojo. La idea de una sucesion de familia, por su parentesco con Búlnes, la esplotan en el mismo sentido, declamando contra los gobiernos militares i contra los hijos de Concepcion, que han hecho de la presidencia de la República, una herencia. Creen tambien que U. está en intelijencia con Búlnes para atacar a todos los que están determinados a contrariar cuanto nazca del gobierno, aunque yo sé que están mui seguros de su ciega cooperacion. No obstante U. gana en popularidad, a pesar que el Vapor ha traido la noticia de que U. solo admite la presidencia sin condiciones, lo que no ha dejado de fijar la opinion pública i exitar en los ministeriales, argumentos contra U. Yo he procurado hacerles ver que U., en los primeros momentos, no podia obrar de otro modo, i que al aceptar una candidatura popular, aceptaba tambien aquellas reformas i principios que la mayoría de la nacion reclamaba; que U. vacilaba aun sobre el curso que tomarian la política i la opinion i no podia manifestarse con esa franqueza que cualquiera otro tendria en una condicion privada,

«En 1849, acepté la candidatura de Errázuriz como el medio de unir las dispersadas fuerzas de opositores i liberales. Yo fuí el primero en proclamarla, i quiero ser consecuente con el mismo presidente de la *Sociedad de órden*, organizada en 1846 para consumar mi ruina, por haber indicado a U. como candidato. Coloco mi lealtad ante mis afecciones, i aunque la candidatura de Errázuriz está ya despedazada por sus mas íntimos amigos, quiero ser el último que la abandone, dando asi una prueba de que ningun mesquino interes ha impulsado mi conducta. Esta declaracion no me priva de la libertad de espresar a U. mis sentimientos i mis ideas sobre los acontecimientos que veo sobrevenir, hablando siempre con mi acostumbrada franqueza.

«Ayer he visto una carta de Lastarria, anunciando que Búlnes se le declaraba hostil, lo que lo arrastra hácia Montt. Yo creia esta demostracion de Búlnes i no dudo que arrastre a todos los restos de una faccion que los años parecen haber estinguido. Las enemistades de O'Higgins i Carrera, al parecer, reviven, i no dude U. que esta liga va a ser importante, porque suponen a U. impregnado aun de aquellas antipatias. Tocando esta cuerda, van a levantar a U. muchos enemigos, i U. no se fie de hombres falsos i pérfidos que le escriban de Santiago. La corrupcion ha invadido a este pueblo. Allí no hai mas que los cálculos del interes; el patriotismo es una palabra sin sentido, que le atrae el ridículo al que lo tiene en su corazon. El partido que capitanean Garrido i Montt, como los restos que nos dejó Portales, no tienen mas mira que los empleos, las rentas i los honores, i en esto encierran toda su política, i la conciencia i la justicia son vanas declamaciones, con que quisieran ocultar sus escandalosos manejos. Yo, por mi parte, no les tengo odio, pero los conozco demasiado para leer en su corazon.

«La República necesita de una reforma radical, i es por esto que tanto se ha jeneralizado la idea de una revolucion, llegando al punto que nadie abriga el pensamiento de que la tranquilidad pueda conservarse hasta el 25 de junio. De Santiago, de San Felipe, i aqui, he tenido invitaciones para una revolucion; pero en

nuestros pueblos, las revoluciones apoyadas en la muchedumbre me han parecido funestas, i en 1846, mas bien quise ser una víctima, que sobreponerme a mis perseguidores, tocando este triste resorte. Si yo hubiera sido militar, quizá no habria vacilado, no viendo en los opresores de la patria otra legalidad ni mas justicia que la fuer za. No he hecho valer nunca la popularidad que mis persecuciones me han proporcionado, sino para hacer bienes efectivos a la República. Veo ya mui cercanos estos momentos, habiendo las desgracias públicas llegado a su colmo, hasta el estremo de que la judicatura, último asilo a que pudiera acojerse la inocencia oprimida, sigue la misma marcha que la política.

«Antes de concluir mi carta, me atreveré a hacer a U. una indicacion que U. podrá examinar detenidamente. Ha dicho U. que no admite la presidencia con condiciones ¿i cual será la garantia de un pueblo que ve en su Constitucion una ridícula farsa? La nacion entera mira como la causa de sus desgracias esta célebre constitucion, que bien podria servir de ensayo constitucional al gran Turco. Es esta, sin duda, la causa del pensamiento revolucionario que ajita a toda la República. Hai una garantia en el patriotismo i justificacion de U.; pero sus enemigos, como mas arriba lo he dicho, lo pintan a U. como un militar, sin mas lei que su voluntad. El único modo, en mi concepto, de inspirar confianza, es dirijirse a la opinion, no en un lenguaje afectado, proclamando doctrinas exajeradas, para exaltar al pueblo, sino determinando aquellas reformas que, a juicio de U., entrarian en el desarrollo de su política. Nada que U. no tenga en su corazon i sea el resultado de sus convicciones debe formar el programa que U. publique; pero su silencio dañaria a U.

«He visto una carta de Santiago, en que Freire decia que U. i Montt seguirian la política que dejó organizada Portales; pero que entre U. i Montt no vacilaba en decidirse por U., cuya honradez, conocia. Sin haber yo tratado a U., tengo mui distinta idea, i creo que esa misma honradez, lo aleja de todos los vicios que U. ha visto aglomerarse en 20 años; i que U. tiene bastante talento para no poner sobre sus hombros los compromisos de tantas vio-

lencias, injusticias i atentados en tan largo período. Su propia experiencia le hará ver bien claro las necesidades de su patria, i que no puede llevarse adelante un sistema de iniquidad i corrupcion, como el que nos oprime.

"Esto es bastante lójico, para pensar de otro modo—U. seria tan pequeño, siguiendo la política de Portales i de Egaña, como grande caminando por el sendero de la opinion. En el primer caso, U. tendria una oposicion que naceria el mismo dia que ocupase el poder, lo que terminaria con una gran revolucion o colocaria a U. en el camino de la violencia i tiranía; en el segundo, su gobierno, apoyado por un pueblo que U. volvia al goce de sus derechos i libertad, marcharia apacible i tranquilo, lo que llenaria a U. de gloria. Tal he juzgado a U. i no creo haberme equivocado; pero este juicio es preciso jeneralizarlo, manifestando U. al público sus sentimientos. Dispense U. estas confianzas que me inspira el patriotismo i mi deseo por la gloria de U.

He sabido que allí se halla don Pedro Trujillo, que conoce lo que por acá pasa, quizás mejor que yo; puede U. manifestarle esta carta i estoi seguro convendrá conmigo en cuanto a U. espongo. El conocimiento de las cosas i de los hombres, unido a su honradez, le hará ver la política que nos ha dirijido, con los mismos ojos que yo.—Don Pedro del Rio, a quien tuve el gusto de conocer el año pasado i que tan íntimas relaciones tiene con U., no dudo pensará del mismo modo.

Incluyo esta a mi amigo Zerrano, que con toda seguridad, la pondrá en sus manos.

Me suscribo, su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

PEDRO FÉLIX VICUÑA.

DOCUMENTO NÚM. 2.

CARTA DE DON JOSE IGNACIO PALMA AL COMANDANTE DEL CARAMPANGUE DON MANUEL ZAÑARTU, MANIFESTANDOLE LA DESAPROBACION DEL JENERAL BÚLNES A LA CANDIDATURA CRUZ.

Señor don Manuel Zañartu.

Concepcion, marzo 4 de 1851.

Apreciado amigo:

La amistad me impone el deber de escribir a Ud. esta carta, i por mas inconvenientes que se presenten, yo no dejaría de hacerlo. Nuestras opiniones en política casi siempre han sido uniformes, i aun cuando ahora no fuese esto asi, no es razon para que esa buena voluntad i consideraciones de amistad que mutuamente nos hemos dispensado, me impusieran un silencio dañoso, retrayéndome de hablarle con toda aquella franqueza que me es característica i de que hago uso con personas que deben espresarse del mismo modo que yo. En este concepto, paso a instruirlo lijeramente de las cosas de por acá.

Al aceptar el jeneral Cruz la proclamacion de su candidatura, bien pudo inferirse que no seria un paso aislado el que en su obsequio se había dado en esta ciudad; pero a la llegada del correo, o mas bien, con la del vapor, nos hemos instruido que, por lo ménos, no cuenta con el apoyo del Presidente, cuya circunstancia desde que se le ha presentado un fuerte opositor que reune la opinion de las provincias del norte, i que, a mas, cuenta con la proteccion del señor Búlnes, con cuyo objeto he recibido cartas las mas interesadas posibles, en favor del señor don Manuel Montt, me parece inútil todo esfuerzo en contrario. Chillan se ha pronunciado ya, firmando su acta i proclamando al indicado señor Montt; en el Maule, de un momento a otro, debe suceder tambien i en Talca están las cosas preparadas para que acualquiera que se presente como candidato, a no ser el señor Montt, le sea imposible sacar mayoria de votos en aquella provincia, i de Chiloé i

Valdivia se recibieron comunicaciones, en que se aseguraba que el voto uniforme de allí era por el candidato aceptado por el Presidente i su Ministerio, como el llamado por la opinion pública. Este es, pues, mi amigo, el estado de las cosas i Ud., como hombre de prudencia i de buen tino, sabrá adoptar el partido que mas le convenga. Se me dice que al hacer argumentos a los partidarios del jeneral Cruz, contestan estos que su candidatura la sostendrán, i que para ello, cuentan con la opinion i con los jefes de los cuerpos del ejército, i como esto, como quiera que sea, es una indiscrecion de parte de las personas que hacen valer los nombres de Uds., me ha parecido que no debo omitir este aviso porque Uds. no corresponden sino a la patria, i por consiguiente, no pertenecen a este o aquel partido. Si se quisiere averiguar quienes son los de estas habladurias, seria imposible saberlo, pero Ud., dirijiéndose privadamente a algunos de sus amigos de esta ciudad, él podrá noticiarle lo que haya de efectivo a este respecto. Entre tanto, si es efectivo lo que se me ha dicho, Uds. resultan comprometidos del modo mas imprudente.

Espero que Ud., despues de instruirse del contenido de esta carta, me contestará en los términos que a Ud. le parezca, en la intelijencia que yo solo, i ninguna otra persona, será conocedor de lo que Ud. me diga, valga o no la pena de reservarlo, entendido que mis relaciones de amistad no las altero por materia de opiniones, sean cuales fueren las de mis amigos.

Con este motivo, saludo a Ud. i me ofrezco como siempre su amigo S. Q. B. M.

José Ignacio Palma.

(De los papeles del comandante Zañartu, segun copia hecha por el mismo).

DOCUMENTO NÚM. 3.

NOTAS DEL JENERAL CRUZ AL GOBIERNO SUPREMO SOBRE EL MOTIN DEL 20 DE ABRIL.

Intendencia de Concepcion.

Concepcion, abril 24 de 1851.

A las once de este dia, he recibido la nota de U. S. del 20 del presente, sin número, en que comunica a esta intendencia la sensible noticia de la sublevacion del batallon Valdivia, i que en virtud de ella i por no perder tiempo, ha espedido directamente órden al coronel del rejimiento de Cazadores a caballo, para que se ponga en marcha inmediatamente para esa capital.

Aunque por consecuencia de esa órden directa, debe haberse puesto ya en marcha el enunciado rejimiento, no obstante, se le repetirá por un espreso, dándose al mismo tiempo la órden para que se ponga el batallon cívico sobre las armas, cosa que se hace indispensable para cubrir la guarnicion de los Anjeles i de las plazas de Santa Bárbara i San Cárlos, que tambien quedan desguarnecidas por la traslacion a Chillan de la compañía del Yungai, que U. S. me dice haberse prevenido al comandante de frontera.

Aunque, con la misma fecha, se previene, por el Ministerio del Interior, ponga sobre las armas todas las tropas de mi mando, creo de necesidad que por el ministerio de U. S., se me repita esta órden, a fin de que sean abonados por los ministros de la tesoreria, los sueldos de la milicia que por otra órden debe ponerse en servicio.

Dios guarde a U. S.

José María de la Cruz.

Al señor Ministro de Estado en el departamento de la guerra.

Intendencia de Concepcion.

Concepcion, abril 25 de 1851.

A las once de la mañana de hoi, se ha recibido en esta intendencia la respetable nota de U. S., datada a las cuatro i media de la tarde del 20 del presente i en la que me comunica haberse sofocado completamente el motin militar, promovido por la sublevacion del batallon Valdivia, restablecida la tranquilidad, i asegurado el órden público. En mi nota de ayer, bajo el núm. 50, he espuesto a U.S. el justo sentimiento con que recibí la primera noticia de tan funesto accidente, i aunque celebro sobre manera el triunfo legal que se ha obtenido, no puedo ménos que lamentar, a la vez, los desastres ocurridos, por la consternacion i luto que ellos ocasionan. Se han tomado todas las providencias de seguridad que U. S. me recomienda, i me complazco en comunicar a U. S. que la paz i el órden se mantienen inalterables en esta provincia.

Dios guarde a U. S.

José María de la Cruz.

Señor Ministro de Estado en el departamento del interior.

Intendencia de Concepcion.

Concepcion, abril 28 de 1851.

Se ha recibido en esta intendencia la nota circular de U. S., dirijida por estraordinario, con fecha 21 del presente, bajo el núm. 4, en la que se sirve reproducirme detalladamente los sucesos ocurridos el dia anterior, por la sublevacion del batallon Valdivia.

Ya en mis notas anteriores sobre este mismo particular, he espuesto a U. S. los justos sentimientos que abrigo por tan funesto i lamentable accidente.

La provincia de mi mando sigue inalterable; i se han tomado e impartido oportunamente todas las medidas recomendadas por U. S.

Dios guarde a U. S.

José María de la Cruz.

Señor Ministro de Estado en el departamento del Interior.

(De la «Tribuna» del 1.° i 6 de mayo de 1851).

DOCUMENTO NÚM. 4.

BANDO PUBLICADO POR EL INTENDENTE DE CONCEPCION SOBRE LAS ELECCIONES DE 1851.

José María de la Cruz, jeneral de division i en jefe del ejército de operaciones del sud, Comandante Jeneral de Armas e Intendente de la provincia de Concepcion etc. etc.

Con esta fecha, la Intendencia ha decretado lo siguiente:

Siendo uno de los primeros deberes de todo funcionario público velar por el exacto cumplimiento de las leyes: estando severamente prohibido a los empleados civiles i militares injerirse en las elecciones populares, de manera que coarten la libertad del sufrajio, i a todo individuo traficar con estos i los boletos de calificacion. A fin de evitar estos males, de asegurar la observancia del reglamento electoral i de inspirar a los ciudadanos toda la confianza que deben tener en la emision de sus votos, en las próximas elecciones del Presidente de la República; he acordado i decreto.

1.° Se prohibe a todos los funcionarios públicos, civiles i militares, emplear directa o indirectamente la autoridad que ejerzan, para obligar a sus subordinados, o a cualquiera otros, a sufragar, a hacerlo por determinada persona, i a que concurran, unidos o separados, bajo la inspeccion de alguno, a las mesas receptoras;

que hablen individual o jeneralmente a los sufragantes para inclinarles a su opinion, o en favor de cualquier candidato; i que reunan los cuerpos i escuadrones cívicos para ejercicios doctrinales o revistas, un mes ántes de las elecciones.

Se escepcionan de esta última prohibicion los batallones de infanteria de los departamentos de la Laja i Lautaro, los que no deberán cesar en su instruccion, en la forma que por disposicion anterior se halla dispuesta, en atencion a las circunstancias especiales en que se encuentra la frontera.

2.° Les es igualmente prohibido solicitar, reunir i retener calificaciones ajenas, bajo cualquier pretesto que sea, comprarlas i comprar el sufrajio.

3.° Los infractores de los artículos precedentes sufrirán una multa de 50 pesos i un mes de prision, i en defecto de aquella, cuatro meses de esta; serán ademas suspensos de sus destinos i sometidos a juicio, para la imposicion de las penas que prefijan los arts. 2.° i 3.° del suplemento a la lei de elecciones de 12 de noviembre de 1842.

4.° El presente decreto se trasmitirá a todos los empleados de la provincia, a quienes obliga e incumbe hacerlo efectivo: se publicará por bando en todos los departamentos i se fijará en los lugares públicos de cada inspeccion, agregándose a él, el art. 80 de la lei jeneral de elecciones i el 2.° i 3.° del Suplemento ántes citado. Imprímase, publíquese por bando i archívese.

Dado en la Sala de despacho de la Intendencia, a diez dias del mes de abril de mil ochocientos cincuenta i un años.

JOSÉ MARIA DE LA CRUZ.

Nicanor Alamos Gonzales, secretario.

Art. 80 del reglamento de elecciones. Los miembros de las juntas calificadoras, revisoras, receptoras i escrutadoras, que, en el ejercicio de sus respectivas funciones, cometan algun fraude, sea de la naturaleza que fuere, perderán por cuatro años los derechos de ciudadanos; i sufrirán, a mas, una multa que no suba de

seis mil pesos ni baje de quinientos, o un destierro que no pase de seis años ni baje de uno.

Artículos del Suplemento a la lei de elecciones.

Art. 2.º Todo empleado público, civil o militar, que coartare a sus subalternos la libertad del sufrajio, sufrirá la pena que establece el art. 80 de la lei de elecciones.

Art. 3.º Todo individuo que vendiere su boleto de calificacion, será castigado con un mes de prision o la multa de veinte i cinco pesos. Se impondrá al comprador una multa que no baje de cincuenta pesos ni pase de quinientos, o en su defecto, una prision que no baje de dos meses ni esceda de un año.

CRUZ.

Alamos Gonzales, secretario.

(Del «Correo del sur» de abril de 1851).

DOCUMENTO NÚM. 5.

OFICIO DEL RECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL SOBRE LOS SUCESOS QUE TUVIERON LUGAR EN MAYO I JUNIO DE 1851 EN AQUEL ESTABLECIMIENTO.

Santiago, junio 6 de 1851.

El jueves 29 del mes próximo pasado, en el que, por ser dia festivo, tuvieron salida los alumnos de este Instituto, se complotaron como 60 de ellos, pertenecientes al 3.º i 2.º departamento, para no recojerse a la hora señalada e irse al teatro u a otra parte: asi lo realizaron, i a las once i media de la noche, se presentaron casi todos reunidos a la puerta principal de este establecimiento, que, para evitar mayor escándalo, ordené al punto se les abriera. Al siguiente dia, dispuse los castigos que debian imponerse, siendo el mas grave el de estar arrodillados, pena que

sufrida por todos con resignacion el primer dia, fué resistida despues abiertamente por algunos; de suerte, que me fué indispensable, como medida provisoria, despedirlos inmediatamente de la casa, dando, al mismo tiempo, aviso de lo ocurrido a sus padres o apoderados. No terminó ese dia sin que volvieran sumisos a sufrir el castigo que merecia su delito, i vista esta disposicion, me pareció conveniente admitirlos, porque ello serviria como ejemplo de subordinacion en lo sucesivo. Con esta sumision continuaron despues; pero se notaba ya, que habia algo de afectado en ella i que subsistia siempre un mal espíritu. Ultimamente, he recibido denuncios positivos, confirmados por las declaraciones de tres alumnos internos, de que se preparaba para una de estas noches un gravísimo desórden, con atropellamiento de las primeras autoridades de la casa, desórden que si hasta aquí ha sido evitado con algunas precauciones, no puedo responder que deje de cometerse mas adelante, si no se toman pronto medidas eficaces. Creo pues, señor ministro, que para poder mantener el órden establecido en el establecimiento, es de toda necesidad espulsar a aquellos jóvenes que ajitan i promueven estos actos de insubordinacion. I estoi seguro tambien, atendiendo a varios antecedentes, al informe del Vice-Rector, al de los inspectores i otros empleados, que se hallan en ese caso los alumnos que siguen: don José Alfonso, don Juan Nicolás Ossé, don Domingo Urrutia, don Francisco Peña, don Isidoro Errázuriz, don Simon Las-Heras i don Daniel Armas.

Con tales datos, i penetrado de mi deber, pido a U. S. se sirva obtener de S. E. que sean espulsados absolutamente del establecimiento, los alumnos que acabo de mencionar.

Dios guarde a U. S.

Francisco de Borja Solar.

Al señor Ministro de justicia.

DECRETO.

Santiago, junio 7 de 1851.

Visto el precedente oficio del Rector del Instituto Nacional, i siendo necesario reprimir ejemplarmente los abusos que se notan en dicho establecimiento, por las causas que espresa el referido Rector; apruébase la espulsion que este funcionario ha acordado de los alumnos don José Alfonso, don Juan Nicolas Ossa, don Domingo Urrutia, don Francisco Peña, don Isidoro Errázuriz, don Simon Las-Heras i don Daniel Armas.

Comuníquese i archívese.

BÚLNES.

Mujica.

(De la «Tribuna» del 14 de junio de 1851).

DOCUMENTO NÚM. 6.

PIEZAS RELATIVAS AL PROCESO FORMADO PARA AVERIGUAR EL INTENTO DE ASESINATO SOBRE EL JENERAL CRUZ, EN LA NOCHE DEL 6 DE JUNIO DE 1851.

Denuncios.

Francisco Labra, sastre—Dice que en el Billar de Joaquin Cotapos, que está cerca de la panadería de Fierro, oyó decir que se trataba de asesinar al jeneral Cruz, para que fuese presidente don Montt; que el miércoles de la presente semana, salia Labra de la casa de Cotapos con un caballo tirando, i en la puerta de calle, encontró a Isidro Jara, que lo llaman el *Chanchero*, i le dijo.—«Labra, vuelve luego, que te necesito».—Labra contestó que luego volvia. A su vuelta, Isidro le dijo: «tienes que acompañarme para ir al Senado», i se dirijió a Cotapos pidiéndole una manta, i habiendo dicho este que no tenia, se sacó la suya Isidro i se la puso a Labra—En seguida, fué Isidro a verse con Valeriano Armaza, en solli-

citud que le acompañase i Armaza se negó, diciendo que tenia mucha familia, e Isidro le contestó que iban a ser felices; pero Armaza dijo que no queria dejar su familia desamparada; que todo esto se lo contó Armaza a Labra.—Al poco rato de haber ido donde Armaza, Isidro volvió al billar donde esperaban Labra i otros; ahi estuvo esperando, hasta que les dijo Isidro: *Vamos, síganme!* —Que los que estaban esperando eran de capas buenas, con reloj, como caballeros. Estos estaban adentro i otros afuera, de manta, que caminaron para el Senado. Lo que llegaron a la puerta, entraron los de capa i los de manta quedaron afuera, diciéndoles Isidro que se esperasen, que él les avisaria lo que fuera tiempo; que Isidro estuvo hablando con N. Jil, Sebastian Águila, i a la voz de estos habian de seguir; que cuando entraban, les habia dicho a los de manta que entrasen al patio, i contestó un tal Remijio que como entraban con manta, que cuando ellos iban con capa, i que él se retiraba, como lo hizo.—Que como no hubo Sala, se empezaron a retirar los caballeros, i salió de adentro Isidro con los demas i dijo: *Vamos! Vamos!*; que tomaron por la Catedral a la calle del puente i pasando por la Comandancia de serenos, entró Isidro i Jil i se llevaron hablando con el comandante, como hasta las nueve de la noche; que cuando llegaron al billar, donde se fueron a esperar los primeros, les repartieron plata, i a Labra le dieron cuatro reales; que todos iban armados de pistolas i puñales; que los que componian la partida eran

Con capas i un par de pistolas:

Isidro Jara (por sobre nombre *Chanchero*), que hacia de jefe. —Félix Barrios.—Joaquin Cotapos.—Luis Galdames.—José Basulto.—N. Benavides.—Antonio Arcos (el llamado el *Raton*).— No se sabe el arma.—Juan Antonio (que se llamaba el *Chato*).

Con manta i puñal.

José Rodriguez.—Antonio Ramirez.—David N. Perez Valenzuela (no se sabe que arma llevaba). Waldo N.—Remijio N.

Sin arma, Francisco Labra, que concurrió por ver modo de prevenir al jeneral lo que iban a hacer con él.

Que, la misma noche, quedaron citados para hoi viérnes i que esta mañana encontró a Isidro i le dijo: «esta noche hai Senado i te vais para allá». Que cuando lo invitaron a Labra, le hicieron muchas promesas i que él se fué a consultar con su madre doña Bartola López, la que le aconsejó que entrase para que se lo avisase al jeneral. Que todo lo dicho puede ser que lo declaren varias personas, como ser Valeriano Armaza i Miguel, que tiene cancha de bolas.

Doña Bartola Lopez.—Dice: que el guacho Jil le dijo que le dijera a su hijo Lorenzo Labra, si ella sabia donde estaba, que se uniese con ellos i que él los sacaria bien. Que Benavides puede dar noticia de todo i José Basulto.—Santiago, junio seis de mil ochocientos sesenta i uno.—*Francisco Labra*—Testigo *Samuel Valdivieso*—Testigo, *Francisco Smith.*

Juan Agustin Cornejo.—Dice: que el miércoles de la presente semana lo mandó buscar Isidro Jara, que llaman el Chanchero; que no ocurrió al llamado, porque estaba mui ocupado; que despues ha sabido que a Valeriano Armaza lo habia enviado Isidro para un compromiso que no quiso aceptar. Que a Francisco Salinas le ha oido decir hoi que estaban presas varias personas que intentaban asesinar al jeneral Cruz i que Salinas dijo: *caros están los ocho reales que les pasaba Isidro; él tiene la culpa que ha hecho caer a tantos.* Que Salinas i una mujer Goya Aguila deben saber muchos pormenores, porque estando cenando el que declara en casa de ésta el miércoles en la noche, pasaban como seis u ocho hombres, cuatro o cinco de capa i los demas de manta, i la Goya llamó a un tal David, que no volvió, pero ella quedó choreando con ellos: *si lo pillan ha de salir fregado.* Que a Basulto lo ha visto con capa i que es un infeliz que no tiene destino ninguno. Que Isidro Jara es un hombre que tiene mucha entrada en la policía, que el otro dia mandó a un preso i quedó jactándose, diciendo. *Lo que yo haga está bien hecho* i que él tenia mui buenos empeños, que el que declara sabe que cuando cae alguno preso i él

se empeña, sale i lo ha visto muchas veces en la policía, como si fuese comisario. Que el tal David, cuando llegó la partida, acababa de salir de la casa de Cotapos.—Santiago, junio 7 de 1851.—*Juan A. Conejeros.*—Testigo, *Julio Cañas*, Testigo, *Pedro Matus.*

Valeriano Armaza.—Dice: que el miércoles de la presente semana a la oracion, iba pasando por la casa de Isidro Jara, que llaman el Chanchero, por sobre nombre, i lo llamó para decirle: «te necesito para que me acompañes al Senado esta noche», i el que suscribe contestó: *no puedo ir, porque tengo casa i obligaciones i no quiero meterme en ninguna cosa*, o Isidro le contestó: *bueno! no querrás ir*, con lo cual se retiró el infrascripto; que al llegar a su casa, su mujer le preguntó «para que te necesitaba Isidro, que te vinieron a buscar a nombre de él?» Armaza le refirió lo ocurrido, i ella le dijo: «no falta otra cosa; mui bien que hiciste en no ir»; que sabe que Isidro anduvo buscando a Diego Basulto, el que está preso; que cuando Isidro llamó a Armaza, venia éste con Basulto, con el cual estaba convidado para ir a una casa donde cantaban esa misma noche i que cuando Armaza se retiró, Basulto, se quedó con Isidro, i no se vino a juntarse con Armaza hasta eso de las diez de la noche, para ir a la casa donde se habian convidado; que cuando llegó Basulto, le preguntó a Armaza donde andaba i le contestó que habia estado en el billar adentro, viendo jugar monte. Para constancia, firmó la presente.—Santiago, junio 7 de 1851.—*Valeriano Armaza.*—(La declaracion de Valeriano Armaza corre a f. 9).

José Santivañez.—Dice: que el miércoles vió a Isidro Jara, que llaman el *Chanchero*, pasando por frente de la casa del señor jeneral Cruz, mirando para adentro; que tambien ha visto al guacho Jil que estaba parado frente a la puerta del colejio, frente a la casa, que despues de haber estado en observacion, se fué para la cañada, para donde se habia vuelto el *Chanchero*. Que habiendo tenido sospecha que tuviesen alguna intencion contra el jeneral, vino el que declara a la casa del dicho señor i llamó a don Gumesindo Claro, para que previniese al jeneral que anduviera

con cuidado, porque temia atentasen contra él.—Santiago, junio 7 de 1851.—(Dijo que no sabia firmar.)

Silvestre Zenteno.—Dice: que Antonio Arcos convidó a su hermano José Domingo Zenteno para ir al Senado, el dia de la apertura de las Cámaras, i al que declara lo convidó Isidro Jara, pero no quiso aceptar, i le aconsejó á su hermano que no fuera, porque tuvo sospecha que fuese con mal fin el convite, porque el 19 de agosto del año pasado, cuando fueron a la Filarmónica, llevó Jara al que declara, con pretesto de ir a sorprender una casa de juego, mostrándole un papel que decia ser la órden de la Intendencia; que él que declara era vijilante en esa época, por cuyo motivo se habia negado a ir; pero Jara le dijo que él conseguiria un permiso con su capitan Concha. Al poco rato, se apareció un sarjento a decirle, de órden del capitan Concha, que desensillara, para que acompañase a Jara a la noche; pero como esto le valió una prision de tres meses, tuvo miedo de que el convite de Jara tuviese un objeto parecido.

Que el miércoles á la noche, pasaba por casa de Cotapos i vió que estaban en la puerta varias personas encapadas, entre ellas Isidro Jara, Joaquin Cotapos, José Basalto i Antonio Arcos, que llaman el Raton, que sabe que adentro habian muchos que estaban jugando monte i que por la mujer de Waldo sabe tambien que Arcos le pasaba ocho reales.—Santiago, junio 10 de 1851.—(Dijo que no sabia firmar).

SENTENCIA DE PRIMERA INSTANCIA.

Santiago, junio 11 de 1851.—Autos i vistos: habiéndose adelantado esta investigacion en cuanto ha sido posible, i considerando: 1.° que los testigos indicados por don Gumesindo Claro, Juan Antonio Cornejo i José Santibañez, para que declarasen al tenor del papel de f. 14 i f. 22, no ha podido inquirirse por la policía su residencia, apesar de las esquisitas dilijencias practicadas, como se vé por el certificado de f. 21, sin embargo de que sus declaraciones no habrian sido influyentes ni dado luz para la

investigacion, pues el primero no hace mas que indicar testigos que ya han declarado, i el segundo hubiera depuesto sobre un hecho poco sustancial i el cual no habria importado para formar un cargo a los reos, aun cuando se hubiese justificado: 2.° que las declaraciones de todos los testigos se refieren al dicho del denunciante, de manera que solo puede estimárseles como testigos de oidas, en cuyo caso queda reducida la prueba del sumario à la de un solo testigo, i desvirtuada, ademas, en alto grado, atendiendo a que en su declaracion jurada ha omitido hechos sustanciales consignados en el papel de f. 1, suscrito por él mismo, cosa que ha hecho con pleno conocimiento, diciendo en su recordada declaracion que el papel de f. 1 debe tenerse como parte de aquella, solo en cuanto coincide con lo que declara: 3.° las contradicciones que asi mismo aparecen de parte del testigo en los careos con los reos; i 4.° que los demas testigos que han declarado, evacuando las citas i con el objeto de acreditar los dichos de los reos conducentes a la investigacion, nada importan i por el contrario, sus deposiciones obran contra el propósito que se tuvo al recibirlas. En mérito de estas declaraciones, declaro, que debe sobreseerse en este sumario i elevarse a la Exma. Corte Suprema. Devuelto este proceso por el Tribunal, póngase, con los reos, a disposicion del señor juez sumariante, para que, con arreglo a la lei 12, tit. 23, lib. 12 de la Nov. Recop. proceda contra ellos, en virtud de estar confesos, el dueño de casa Joaquin Cotapos i algunos otros, de ocuparse la noche de su aprehension en juegos de naipes prohibidos. Hágase saber.—*Zerrano*—Ante mí, *Munita.*

SENTENCIA DE SEGUNDA INSTANCIA.

Santiago, junio 23 de 1851.—Vistos: se ha formado este proceso para averiguar un crímen denunciado por Francisco Labra, quien bajo su firma, en papel de f. 1, dice haber oido en el billar de Joaquin Cotapos que se trataba de asesinar al señor jeneral don José Maria de la Cruz. El denunciante, vestido de granadero por el ayudante i sobrino del señor jeneral, acompañado con estos i llevando

un piquete de tropa de granaderos, fueron al punto de reunion que designaba: allí apresaron al referido dueño del billar, Cotapos i a los individuos siguientes: Isidro Jara, Antonio Arcos, Jil o Ildefonso Santos, Luis Galdames, Sebastian Aguila, Feliciano Berrios, Marcos Benavides, Diego Basulto i Juan A. Vergara. Llamado a declarar don Gumecindo Claro lo que supiera sobre el caso, se refiere a lo que supo de boca de Labra, i presentó un nuevo denuncio firmado por Juan A. Conejero que está inserto a f. 14; otro por Valeriano Armaza, que se halla a f. 15, i mas tarde, otro que se dice de José Santivañez. Este sin firma, i rubricado por los dos escribanos actuarios al entregarlo, corre a f. 22. En el papel dicho de Santivañez afirma este que vió pasando por la casa del jeneral el miércoles 4 del corriente a Isidro Jara; que miraba para adentro, i que en la puerta del Instituto, estaba parado el Guacho Jil. El denuncio de Conejero asegura que Isidro Jara le mandó buscar el predicho miércoles, sin decirle con que objeto, i no fué por estar ocupado: que ha sabido que convidó a Valeriano Armaza para un compromiso, que no quiso este aceptar. No consta de autos la existencia de Conejero i Santivañez i no han podido encontrarse para que declaren, ni don Gumesindo Claro cumplió con presentarlos al juzgado, como lo ofreció: todo está así certificado a f. 21. Armaza, en su denuncio, espone: que pasando el miércoles 4 del corriente por la casa de Isidro Jara, le dijo éste: «te necesito para que me acompañes para ir al senado esta noche»; i el mismo Armaza, en su declaracion de f. 8 vta., dice: «nada sé absolutamente si se haya tratado de asesinar al jeneral Cruz, ni quienes sean los comprendidos, ni creo que Jara ni los demas sean capaces de ejecutar un hecho semejante, porque les conozco mucho tiempo. Anoche, cuando los aprendieron, estaba yo tambien en la casa del billar, i no se hacia ni se pensaba en otra cosa sino en jugar al monte i al billar, como que es una casa de juego, i habia, en ese momento, como cincuenta o sesenta personas». Reducido ahora todo el mérito i comprobacion del delito al testimonio de Francisco Labra, se ofrecen en contra de su veracidad las objeciones siguientes: primera, no debe ser

creido, como testigo singular i vario: segunda, las varias contradicciones en que incurre, como entre otras, asegurar en su esposicion firmada a f. 1, que vió salir del Senado 14 hombres armados, la noche del miércoles 4; i en su declaracion de f. 2, jurada ante el juez de la causa i dos escribanos, dice que fueron cuatro solamente los que vió, i no que salian del Senado, sino que estaban en la plazuela de la Compañía, de los cuales solo uno tenia puñal, añadiendo, que no sostenia su citada esposicion firmada, en cuanto se opusiera a la que juraba: tercera, que careado con los individuos que sostuvo haber visto salir armados del Senado, se desdijo tambien, segun la dilijencia de f. 26, reduciendo su acerto a estas testuales palabras: que al reo Berrios lo habia visto con armas algunos dias ántes, pero no en la noche del miércoles citado: que a Cotapos no recordaba si lo habia visto en el Senado en la noche indicada, i que tenia en su cuarto un puñal grande i un par de pistolas, cuyas armas le habia observado tener en su cuarto, sin asegurarse que las tuviera en dicha noche. Con Galdames, que no le habia visto armas, sino muchos dias ántes; que despues de haber dicho el testigo que habia visto a Vergara el miércoles en el Senado i con armas, este le convenció que no habia ido, i entónces dijo el testigo: «que no recordaba bien si lo habia visto». Por todo ello, i teniendo presentes los considerandos de la sentencia de primera instancia, se aprueba i devuélvanse los autos. Habiendo confesado el denunciante Lebra en el careo de f. 35, ser desertor de un cuerpo de línea del ejército, póngase en noticia del señor comandante jeneral de armas, por el juez del crímen, para los efectos que haya lugar.—*EcheverS—Ovalle—Lazcano—Barros Moran.*

(Del Progreso núm. 2583 *i de la Tribuna del* 2 *de junio de* 1851*).*

DOCUMENTO NÚM. 7.

MANIFIESTO DE LAS CLASES DEL BATALLON BUIN, PROTESTANDO SU FIDELIDAD AL GOBIERNO.

Al señor coronel don M. García.

Permitid, señor coronel, que en vuestra ausencia, i sin la anuencia de nuestros superiores, nos tomemos la libertad de dar a nuestros compañeros de armas un manifiesto público de nuestros sentimientos i conducta; ¡de esta conducta que tanto tienen que hablar i que solo vos conoceis! Dia llegará en que públicamente demos prueba de ello!

Al ejército.

¡Camaradas! Continuamente se corre en la capital de que el batallon Buin se subleva, i se ponderan con descaro actos graves de insubordinacion, que dicen se cometen en este cuerpo, apoyando sus imajinarios hechos i haciendo gravitar su maldad sobre algunos de nuestros compañeros del desgraciado *Valdivia*, que, como nosotros, tienen la honra de pertenecer a él. No nos ha sido posible contestar tan crecidas calumnias, temerosos de que nuestros jefes desaprobasen esta parte de nuestra conducta, i sobre todo, porque a ellos confiábamos este cuidado; pero ya que se han dormido en la confianza que nuestra comportacion les ha inspirado, sea que hallan mirado con menosprecio estos díceres, nosotros vindicaremos, no solo la conducta de los individuos que pertenecieron al malogrado Valdivia, sino la jeneralidad del cuerpo. No lo hacemos, si, con estension i con un estilo florido como pudieran hacerlo otros de superiores conocimientos; pero lo hacemos con palabras persuasivas i veraces.

No nos detendremos en desmentir los hechos que se nos inculpan, porque seria darles materia a nuestros enemigos, a quienes les va faltando el atinar, para que hablasen i escribiesen cinco años mas, i por que todo lo que dicen carece de verosimilitud. Nos apresuramos a decir a Udes. que el batallon *Buin*, aunque no

tan fuerte como vosotros, por su disciplina, en atencion a su nueva creacion, está dispuesto, no a disipar el órden que tanto se trabaja por destruir, sino a sostener las leyes i la paz, bajo esas sombras a que tanto ha progresado Chile. A fin de hacer desaparecer cualquiera esperanza que el batallon Buin haya podido alimentar en los perturbadores del órden, damos esta manifestacion al público i a nuestros compañeros de armas, sin otro objeto que vindicar nuestra conducta i asegurar al Supremo Gobierno nuestra fidelidad.

Se hallará en la imprenta el orijinal de este remitido, para que todo individuo pueda conocer las firmas de los sarjentos i cabos del *Buin*.

Mauricio Muñoz, sarjento 1.°—*Juan de la Cruz Quezada*, id. 1.°—*Juan José Marcos*, id. 1.°—*Santiago Tuyeres*, id. 1.°—*Juan de Dios Muñoz* id. 1.°—*José Carrasco*, id. 1.°—*José Tomas Calderon*, id. 2.°—*Valentin Soto*, id. 2.°—*Juan José Ramos*, id. 2.°—*Ramon Gainza*, id. id.—*José del Carmen Campos*, id.—*Pedro S. del Canto*, id.—*Felipe Castillo*, id.—*Juan Vergara*, id.—*Pedro Narvaes* id.—*Joaquin* 2.° *Luco* id.—*Juan A. Torres*, id.—*José del Carmen Gutierrez*, id.—*Ramon Arriagada*, id.—A ruego del sarjento 2.°, Tránsito Moscoso, *Juan A. Carreño*, id.—*José María Marchan*, id.—*José Jerónimo Romero*, id.—*Nazareno Sanchez*, cabo.—*Juan Bautista Nilo*, id.—*Manuel Poblete*, id.—*Pedro José Zapata*, id.—*Juan Francisco Garcia*, id.—*José Miguel Molina*, id.—*Antonio Tapia*, id.—*Nicolas Fernandez*, id.—*Pedro Ortiz*, id.—*José Poblete*, id.—*José Cruz Bascur*, id.—*José María Muñoz*, id.—*Juan de Dios Jara*, id.—*José Maria Gutierrez*, cabo 2.°—*Domingo Vega*, id.—*Estevan Bastidas*, id.—*Francisco Perez*, id.—*Mariano Riquelme*, id.—*Juan Burgos*, id.—*Manuel Sepúlveda*, id.—*Manuel Antonio Gonzalez*, id.—*Rosauro Sanchez*, id.—A ruego, *Rosario Cabezas*, id.

(*De la «Tribuna» del 7 de julio de 1851*).

DOCUMENTO NÚM. 8.

PIEZAS RELATIVAS AL JURADO DE IMPRENTA PROMOVIDO POR EL JENERAL BAQUEDANO EN CONCEPCION.

Acusacion.

Señor Juez de Letras:

El jeneral Fernando Baquedano, tratando de evitar por un hecho el justo castigo de un insulto infame i gratuito, apela a las leyes de imprenta para acusar un papel publicado ayer, junio 19, en que, bajo la denominacion de *Jeneral Berenjena*, se me ultraja torpe i vilmente. En el título 1.° parte 8.ª dice la espresada lei, «será castigado con una prision de quince dias o dos años i una multa de 25 pesos a 600, la injuria que consistiese: «en imputaciones u observaciones, cuya tendencia natural sea ultrajar, o exitar el odio o desprecio de los demas hácia el injuriado». Por el artículo 12 del mismo título, aunque mi nombre se oculta por un seudónimo, para hacer resaltar mas el agravio i el ridículo, tanto U. S. como el jurado obtendrán la evidencia de que yo soi el designado.

En virtud de las leyes citadas, acuso ante U. S. a la espresada publicacion, exijiendo el máximun de la pena, para que U.S., en el término de la lei, haga reunir el jurado que segun ella debe fallar.

A U. S. pido justicia etc.

Fernando Baquedano

JUZGADO INTERINO DE LETRAS.

Concepcion, junio 24 de 1851.

En el juicio del jurado promovido por el jeneral Baquedano, contra el autor de un libelo injurioso publicado por la imprenta

Araucana i del cual se reputó como autor responsable al impresor don Ramon Silva, el segundo jurado ha resuelto lo que sigue:

En la ciudad de Concepcion, a veinte i tres dias del mes de junio de mil ochocientos cincuenta i uno, despues de haber cumplido el jurado con los arts. 65 i 66 de la lei de imprenta vijente. Fallamos: que el impreso acusado de f. 1 es culpable de infraccion, por injurioso, del inciso 5.° art. 8.° i art. 12 de la lei sobre abusos de libertad de imprenta; i se condena a su autor responsable don Ramon Silva, a seiscientos pesos de multa, o en su defecto, a un año de prision, en conformidad del art. 8.° i 98 de la espresada lei de imprenta.—*José Prieto*—*Francisco Masenlli*—*Pablo Rojas*—*Ruperto Martinez*—*Ramon Fuentes*—*Pedro J. Benavente*.—*Ramon Herrera*—*L. Fernandez Rio*—Ante mí, *Madrid*.

En consecuencia, este Juzgado de Letras ha dictado con fecha de hoi, el auto siguiente:

Vistos i atentamente considerados los méritos del proceso, i en virtud del art. 69 de la lei de imprenta vijente, aplíquese i hágase efectiva en don Ramon Silva, la pena impuesta de seiscientos pesos de multa, o en su defecto, un año de prision, declarando que dichos seiscientos pesos son a beneficio de la caja de la municipalidad de esta ciudad, i que la pena corporal se cumplirá en la cárcel pública i se encarga a la policía la aprehension del citado Silva, dándose la órden respectiva. Trascríbase al señor intendente la resolucion del segundo jurado, con insercion de esta declaracion, para los fines que espresan los arts. 75 i 76 de la citada lei. Hágase saber dejándole cedulon en la casa de dicho Silva i en la imprenta *Araucana*, en caso de no ser hallado personalmente, con costas del juicio en que se le condena, ademas, i agréguese el papel sellado competente.—*L. Fernandez Rio*—Ante mí, *Madrid*.

Lo comunico a US. para los fines convenientes i en cumplimiento de la lei del caso.

Dios guarde a US.—*L. José Maria Fernandez Rio*.

Al señor intendente de la provincia.

Concepcion, junio 25 de 1851.

Públiquese, anótese.—*Rio—Alamos Gonzalez*, secretario.

(De la Union núm. 2.° *i del Correo del Sur núm.* 92).

DOCUMENTO NÚM. 9.

PIEZAS RELATIVAS AL JURADO DE IMPRENTA DE CONCEPCION, A VIRTUD DE UNA ACUSACION ENTABLADA POR DON PEDRO FÉLIX VICUÑA.

Acusacion.

Señor Juez de Letras:

Pedro Félix Vicuña, ante U. S. parezco i digo: que en el núm. 10 del *Conservador*, publicado en este pueblo, que acompaño a U. S. en un artículo titulado *Acta revolucionaria*, se dicen estas palabras dirijidas contra mí: «Sentimos altamente ver al honorable jeneral Baquedano, guerrero de la Independencia, i algunos jóvenes de mérito arrastrados a suscribir por compromisos jenerosos, o por mala interpretacion, la protesta incendiaria de 17 de junio, haciéndose solidarios de un acto que por su naturaleza solo puede ser esclusivo del inmoderado encono que abraza el alma de la mala intencionada *Reforma*. Poneos en guardia artesanos! Un hombre perseguido por las leyes trata de envolveros en ruina».

Por el trozo copiado al pié de la letra verá U. S. que yo soi declarado revolucionario, hombre de encono, un incendario, un mal intencionado, que trata de envolver a otros en su propia ruina i un hombre perseguido por las leyes.

Yo que hago un honor de ser el esclusivo autor de la *Reforma*, soi espresamente designado, i tambien por haberme venido de Valparaiso declarado en sitio. Por el art. 12 del mismo título,

tanto U. S. como el jurado no podrán vacilar en la designacion de mi persona para injuriarme, e imponer así el máximun de la pena que son 600 pesos i dos años de prision al calumniador. En el título 1.° parte 8.ª dice la lei: «Será castigado con una prision de quince dias a dos años i una multa de 25 pesos a 600 la injuria que consistiese en imputaciones u observaciones cuya tendencia natural sea ultrajar, o exitar el odio o desprecio de los demas hácia el injuriado.

En virtud de lo espuesto, U. S. se servirá decretar la reunion del jurado para llevar a cabo el juicio que entablo.

A U. S. pido justicia etc.

Pedro Félix Vicuña.

DECLARACION DE HABER LUGAR A FORMACION DE CAUSA.

Juzgado de Letras.

Concepcion, junio 30 de 1861.—En el juicio de imprenta promovido por don Pedro F. Vicuña contra el núm. 10 del periódico *Conservador*, en el artículo que se titula «Acta revolucionaria» el jurado, reunido hoi, ha resuelto lo siguiente: «*Ha lugar a formacion de causa*».—*Vicente del Pozo—José Vicente Peña—Antonio Gonzalez—Francisco Masenlli.*

Lo transcribo a U. S. en cumplimiento del artículo 45 de la lei del caso. Dios guarde a U. S.—*L. José Maria Fernandez Rio.*

Al Intendente de la provincia.

Concepcion, junio 30 de 1851.—Núm. 320.—Publíquese i para los efectos a que se contrae el citado artículo de la lei de imprenta, el escribano de gobierno pasará inmediatamente a la imprenta Araucana con el fin de empaquetar i sellar todos los ejemplares del número acusado, que existiesen en ella i en los

demas puntos donde se espende. Anótese--*Rio*.--Es copia, *Alamos Gonzalez*, secretario.

SENTENCIA.

Juzgado interino de Letras.

Concepcion, julio 3 de 1851.--En el juicio de imprenta entablado contra el núm. 10 del periódico *Conservador*, la resolucion del segundo jurado ha sido la siguiente:

Concepcion, julio 3 de 1851.—Es culpable de infraccion del art. 8.°, tit. 1.° de la lei sobre abusos de libertad de imprenta.—*José Prieto—Manuel Benavente—Juan J. Arteaga—Guillermo Gutierrez—Pablo Rojas—Ignacio Zañartu--Ramon Zañartu*--Ante mí, *Juan Madrid,* escribano público.

En consecuencia este juzgado ha resuelto lo que sigue:

Concepcion, julio 3 de 1851.--Vistos: i atentamente considerados los méritos del proceso i usando de las facultades que me confieren los arts. 8.° i 69 de la lei sobre abusos de la libertad de imprenta, declaro: que don Fernando Gomez debe sufrir dos meses quince dias de prision i pagar doscientos pesos a beneficio de la caja de municipalidad de esta ciudad i los costos del juicio. Para hacer efectiva la pena corporal, que deberá cumplirse en la cárcel pública de esta ciudad, encárgase al alcaide la retencion de dicho Gomez, que pasará desde hoi a cumplir dicha pena, i notifíquesele que si no cubriere hoi mismo la multa de doscientos pesos sufrirá ademas de la prision dicha, cuatro meses, en virtud del art. 98 de la lei de Imprenta. Transcríbase al señor Intendente la resolucion del segundo jurado para los fines que espresan los arts. 75 i 76 de la citada lei. Hágase saber i agréguese todo el papel sellado competente.--*L. Fernandez Rio*.--Ante mí, *Madrid.*

ACTAS.

En la ciudad de Concepcion, a tres de julio de mil ochocientos cincuenta i uno, notifiqué la resolucion anterior a don Pedro Félix Vicuña i a don Fernando Gomez, i espuso el primero, que en virtud de la atribucion que le da el art. 13 de la lei de Imprenta, eximia al acusado de la pena de prision, quien admitió en el acto, dando las gracias al señor Vicuña, i para constancia lo pongo por dilijencia, de que doi fé.—*Madrid.*

Don Pedro Félix Vicuña, se ha satisfecho con asegurar el redactor, que las palabras que se publicaron en el *Conservador*, no son dirijidas contra él, por lo que ha dispensado la multa i prision en que dicho redactor fué condenado por el jurado; lo que comunico a U. S. para que segun el art. 13 del tit. 1.° lo mande U. S. imprimir.

En la ciudad de Concepcion, a cuatro de julio de mil ochocientos cincuenta i uno, a virtud del anterior decreto, comparecieron ante el juzgado don Fernando Gomez i don Ramon Silva, e impuestos de los términos en que está concebida la reparacion del injuriado don Pedro F. Vicuña, en el segundo inciso de la nota de la vuelta, dijeron ámbos que se conformaban con ella, dando las gracias al señor Vicuña por el modo i forma con que exije esta reparacion. El juzgado, en vista de estos precedentes i de lo dispuesto en los arts. 13 i 14, tit. 1.° de la lei de 16 de setiembre de 1846, sobre abusos de la libertad de Imprenta aprobó, de consentimiento del acusador, esta total remision de la pena de la injuria; disponiendo al mismo tiempo que se cumpliese con el segundo inciso de dicho art. 13, a costa del acusado, i que se comunicase al señor Intendente i tesorero departamental, don Ramon Rosas, para la devolucion del depósito de doscientos pesos a dicho Silva, quedando desde esta fecha sin efecto la boleta de consignacion de f... que se le devolverá, dejando constancia en el espediente, i despues de practicadas las dilijencias ordenadas: así se acordó aprobó i confirmó por el señor

juez i las partes, ordenándose la agregacion de todo el papel sellado competente, i que se haga saber a don Pedro Félix Vicuña, para los efectos que haya lugar, de que doi fé.—*L. Fernandez Rio*.—*Ramon Silva*.—*Fernandez Gomez*—Ante mí, *Madrid*.

(*De la «Union» núm.* 25 *i del Correo del sur núm.* 95.)

DOCUMENTO NÚM. 10.

CARTA DEL JENERAL BAQUEDANO SOBRE LOS SUCESOS MILITARES EN QUE TOMÓ PARTE DURANTE LA REVOLUCION DE 1851.

Señor don Benjamin Vicuña Mackenna.

Concepcion, abril 29 de 1862.

Mui señor mio de mi distincion: no habia contestado su apreciable del 31 de marzo último, porque esperaba regresar a esta ciudad, a donde he llegado del campo hace dos dias; pero ahora lo hago con placer, limitándome a referirle en abstracto i de un modo jeneral los acontecimientos que ocurrieron en la revolucion de 1851, porque en los pormenores me refiero a la feliz memoria de su señor padre don Pedro Félix Vicuña, que presenció a mi lado todos aquellos sucesos i quien podrá darle a U. datos exactos de la revolucion del sur en el año 51.

Como U. debe saberlo, el movimiento tuvo lugar aquí la noche del 13 de setiembre de 1851, i fué publicado el 14 del mismo mes por la mañana. Formábamos cabeza de la revolucion, su señor padre, don José Antonio Alemparte i yo, i nos precipitamos a dar el grito de separacion del gobierno Montt, porque supimos que en el vapor *Arauco*, que llegó a Talcahuano el 13 de setiembre, venia la órden de tomarnos presos. Aunque el jeneral

Cruz estaba convenido en aceptar la revolucion, sin embargo, esperaba en su hacienda recursos de los liberales de Santiago; a si es que no supo el movimiento revolucionario, sino hasta que yo se lo avisé por un espreso. El vapor *Arauco*, con veinte mil pesos que conducia i la pequeña guarnicion de esta plaza, cayeron en nuestro poder, sin haber ocurrido ninguna desgracia. Mi presencia en los cuarteles fué suficiente para tomar las armas i hacer rendir la tropa, sin resistencia, obedeciendo a mis órdenes. En posesion de la fuerza, mandé reunir los cívicos, i estos recibieron órden de aprehender a los enemigos políticos, a quienes tratamos bien, deteniéndolos en las piezas del Colejio. En la mañana del 14 de setiembre hize reunir toda la fuerza en la plaza de armas, i se publicó el movimiento con salvas de artilleria. El pueblo se reunió i proclamó de jefe supremo al jeneral Cruz, desconociendo la lejitimidad del gobierno Montt, nombró de intendente interino a su señor padre, i a mí me proclamó comandante jeneral de armas.

Al resolvernos a hacer la revolucion, contábamos con el batallon Carampangue que se encontraba en la Frontera i el Rejimiento de Cazadores a caballo que parte estaba en Chillan i el resto en los Anjeles, como igualmente con la opinion pronunciada en toda la República a favor de Cruz i en contra de Montt; i con estos auxiliares creimos coronar nuestros esfuerzos, sin embargo de no tener dinero ni armas suficientes; tal era el entusiasmo i la fé que teniamos en la causa que abrazamos.

Estallada la revolucion, yo me ocupé en organizar en esta ciudad la fuerza, i especialmente un batallon que se le puso por nombre *Guia*. Cruz demoró algunos dias en su hacienda de Peñuelas, esperando asegurar el rejimiento de Cazadores a caballo, que al fin perdimos. El coronel don Manuel Riquelme, gobernador de la Laja en aquella época, hizo salir precipitadamente al comandante Venegas de los Anjeles con dos escuadrones que mandaba, sin dar tiempo al mayor don Pedro Urízar, que mandaba el Carampangue a que los batiera, circunstancia que esperaba Venegas para entregarse. Miéntras tanto el coronel Garcia, inten-

dente del Ñuble, supo del movimiento de Concepcion i tomó sus medidas para reunir la jente i armas que pudo, i salir de aquella ciudad (Chillan), despues de reunirse todos los Cazadores, para el norte.

La pérdida del rejimiento de Cazadores desbarató nuestros planes i atrasó notablemente la revolucion del sur, porque necesitábamos de una fuerza volante que hubiese alcanzado hasta Talca, en donde pensábamos hacer el cuartel jeneral del ejército, que en los primeros momentos habria recorrido sin resistencia todos los pueblos del sur hasta llegar a aquella ciudad. Fué preciso formar un escuadron de caballería para tomar terreno i dirijirlo hacia el norte; pero ya era tarde i no alcanzó sino hasta el Itata o departamento de este nombre. Ya la revolucion se sabia en todos esos pueblos del Maule, i no se hizo progresos.

El jeneral Cruz llegó a esta ciudad, despues de algunos dias de estallada la revolucion, en circunstancias de que una comision coquimbana lo esperaba para hacerle saber que Coquimbo se habia revolucionado i se le habia proclamado jefe supremo, depositando en él su soberanía, i que por lo mismo, venia a recibir sus órdenes. Cruz aceptó i despachó la comision con la órden de que el ejército Coquimbano se acantonase en Illapel, sin moverse de aquel punto hasta que nosotros estuviéramos en Talca i saliéramos de esta ciudad con direccion al norte, a fin de poder tomar las fuerzas del gobierno entre dos fuegos o dividirlas, obrando nosotros combinados con el ejército coquimbano. No recuerdo bien si habiamos fijado el 15 o 20 de octubre el dia en que tanto el ejército situado en Illapel i el que debiamos nosotros tener en Talca, debian moverse hácia Santiago. Cuando se hizo esta combinacion, todavia no estaba perdido el vapor *Arauco*, que teníamos para comunicarnos con los coquimbanos, ni el rejimiento de Cazadores, pérdidas que causaron, se puede decir, nuestra ruina en la causa que sosteníamos, porque realmente, si tenemos caballería i nos hubiéramos apoderado de Talca, era casi imposible que el gobierno de Montt se hubiera sostenido, en virtud del

entusiasmo de los pueblos i la actitud que toda la República habria tomado.

Perdidos esos elementos, nos resignamos a seguir en nuestros trabajos disciplinando i organizando la fuerza que se pudiera, i aunque los hombres sobraban, no teníamos armas, ni dinero. El pueblo penquisto se entusiasmó de tal manera que en pocos dias se formó en esta ciudad una fuerza como de mil quinientos hombres, fuera de como seiscientos que nos seguian sin armas. Yo salí a la cabeza de este ejército con direccion a la hacienda de Peñuelas, en donde Cruz habia de llegar con la fuerza que hubiese reunido en los departamentos de Rere, Lautaro i Laja. Efectivamente, en Peñuelas se pasó revista al ejército, que ya contaba mas de tres mil hombres segun me parece, i nos dirijimos a Chillan. Permanecimos en esta ciudad algunos dias, i cuando supimos que Búlnes marchaba en su ejército hácia nosotros, salimos de Chillan a esperarlo en un bonito campo, a la orilla del Ñuble, con el fin de atacarlo; pero Búlnes conoció nuestra posicion i fué a pasar el rio como mas de cinco leguas a la cordillera. Entónces nosotros nos dirijimos a la hacienda de los Guindos.

Cuando avistamos al ejército enemigo, preparamos el nuestro, que en estas circunstancias constaria de mas de cuatro mil hombres tan entusiasmados i resueltos, que parecian leones; tal era la idea que tenian de vencer. Sin embargo, nos era sensible derramar sangre de hermanos i procuramos tentar un medio pacífico para ver si Búlnes consentia en la propuesta que se le hizo de suspender las armas, con tal que se dejase plena libertad a los pueblos para que elijiesen de nuevo al Presidente de la República i nombrasen sus representantes. Con este fin se mandó a Búlnes al ciudadano don Tomas Rioseco, que hacia de ayudante de Cruz, con el carácter de embajador; pero Búlnes, léjos de tratarlo como tal, lo tomó preso i en este estado lo llevó hácia Chillan dejándonos esperando la contestacion. Esta circunstancia i la de estar esperando en esos momentos una division como de quinientos hombres que nos llevaba don José Antonio Alemparte, intendente de ejército, nos hizo demorar el ataque, logrando Búlnes

pasar a Chillan. De otro modo, el ejército del gobierno no habria podido pasar, i creo que lo habríamos vencido porque teníamos excelentes posiciones, bastante ventajosas, ademas del entusiasmo de la tropa que rayaba en temeridad. Despues de estar Búlnes con su ejército parapetado en Chillan, contestó nuestra humana invitacion diciendo que sentia no tratar con nosotros. Sin embargo, antes de esta, tuvo lugar un pequeño ataque en los Guindos, sin resultado para ambos ejércitos, aunque causó algunas pérdidas al enemigo.

Encerrado Búlnes en Chillan, conoció, sin duda, que su fuerza no era suficiente para vencer el nuestro, i salió precipitadamente de aquella ciudad en busca de auxilio. Entónces se nos presentó otra ocasion de hacer pedazos al ejército de Montt, pero estando a distancia nuestra infantería del lugar en que Búlnes pasó el Ñuble, no fué posible conseguirlo. Yo propuse a Cruz que me diera un batallon de infanteria i tres o cuatro escuadrones de caballería i me prometia sorprender el ejército enemigo, como sin duda habria sucedido; pero Cruz creyó dudosa la empresa i quiso pensarlo, sin resolverse hasta el dia siguiente, cuando ya el ejército de Búlnes habia pasado el Ñuble. Desde este momento nuestro jército fué perdiendo el entusiasmo, i como era formado de voluntarios, la mayor parte con familia, no tenian mucha voluntad de alejarse de sus tierras, asi es que al pasar el Ñuble, notamos que habia desercion. Hasta los indios en su mayor parte se volvieron. Como era natural, el entusiasmo no podia durar mucho desde que ya hacia tiempo que sufriendo la tropa toda clase de fatigas no se les pagaba sus sueldos i solo se les daba suples i se mantenian con esperanzas de vencer, i estas se alejaban a medida que el enemigo huia para reforzarse con buenas armas i mas jente.

Sin embargo, estábamos comprometidos i era preciso perseguir a Búlnes, quien, en las cercanias del Maule recibió auxilio de dos batallones i como 500 caballos buenos, con cuyo refuerzo resolvió atacarnos, en circunstancias de haber llegado nuestro ejército a la hacienda llamada de Chocoa, a orillas del Longomilla. El 7 de diciembre de 1851 se supo que Búlnes pensaba atacarnos al dia

siguiente. Cruz quizas no creyó la noticia, porque no quiso combinar aquella noche ningun plan de batalla o talvez no le gustó lo que yo le proponia, ni quiso que hubiese consejo para tratar sobre esto, pues nada resolvió hasta el dia siguiente, 8 de diciembre, en que se dió la batalla. Por esto no se alcanzó a formar la línea con tranquilidad, cuando se principió el combate, como a las seis o siete de la mañana. Cruz fué de opinion que nuestro ejército permaneciera encerrado en unas casas que consideraba como un castillo, i que saldrian, a medida que fuera necesario, por compañías o batallones. Yo opinaba que todo el ejército saliera de las casas a formar la linea, dejando solo la fuerza necesaria para guardar las casas i nuestras municiones, pues temia que nos incendiaran, como asi sucedió mas tarde; pero Cruz, como jeneral en jefe, resolvió como le parecia mejor.

Roto el fuego en ambos ejércitos, casi en los primeros momentos perdimos unos de nuestros mejores jefes de infanteria don Pedro José Urizar, que era el segundo jefe del Carampangue. Luego despues se estrecharon las caballerias, i como a las diez de la mañana fuí yo herido gravemente en una pierna con una bala de metralla, que me dejó fuera de combate. En este estado dí órden al teniente coronel don Eusebio Ruiz, el jefe mas bravo i arrojado de mi caballeria, cargara al enemigo como lo hizo con denuedo admirable, pero luegó tuve el sentimiento de verle caer. Desde este momento la caballeria, compuesta la mayor parte de huasos sin disciplina, se desordenó i comenzó a dispersarse espantada del fuego que la artilleria enemiga le hacia. Entónces me retiré, como pude, con mi grave herida, i pasé el Longomilla, a donde me siguió una parte de la caballeria. Dí órden al coronel Puga reuniese la caballeria dispersa, pues él tenia los escuadrones de reserva, pero tambien se espantó i no hizo nada, creyendo sin duda que todo nuestro ejército habia sido derrotado; a si es que en vez de acercarse al campo de batalla, se alejó cuanto pudo con toda la caballeria, i por mas que se le mandó decir que estábamos victoriosos, Puga no quiso creer.

Como a las cuatro de la tarde, regresé donde Cruz, i siendo ya

dueños del campo de batalla, nos considerábamos victoriosos, pero nos faltaba perseguir al enemigo hasta rendirlo completamente. A esta hora yo estaba bastante enfermo; habia derramado mucha sangre i estaba débil. Cruz dispuso que el comandante Zañartu saliese a perseguir a Búlnes, pero no obedeció, dando el pretesto que su tropa o batallon no estaba dispuesto para pelear porque no habia comido. Así concluyó la jornada del 8 de diciembre de 1851 que costó tanta sangre a la República!

Nuestra infanteria i especialmente el batallon *Guia*, compuesto de los cívicos de Concepcion, peleó con mucho valor hasta que consiguió rechazar al enemigo del campo de batalla quedando siempre en buen pié. Pero la Providencia no permitió que el triunfo obtenido en Chocoa por el ejército de los libres fuera duradero. Al dia siguiente las cosas cambiaron. Ese mismo ejército victorioso se desmoralizó de un modo inesplicable; la presencia de tantos cadáveres heló el entusiasmo que los habia llevado al combate. La negativa del jefe don Manuel Zañartu para atacar i asegurar la victoria fué imitada por algunos de sus oficiales que fueron desertándose, i luego siguió la tropa, sin que ya hubiera un Urízar que la contuviera. A la verdad, el batallon Carampangue, que se elevó a rejimiento, no habria dejado de coronar la victoria si el valiente don Pedro José Urízar sobrevive, como tambien la caballería no se habria dejado de reunir o rehacer sino fallece el bravo don Eusebio Ruiz o yo no soi tan gravemente herido, porque Ruiz i Urízar, ademas de ser valientes a toda prueba, habrian infundido tal respeto a sus soldados que estos habrian preferido morir, antes que desobedecer sus órdenes. Yo continué cada momento mas enfermo, pues la bala que habia recibido se me quedó dentro de la pierna, i a los tres dias se me dió un salvo-conducto para curarme en Talca. Regresé a esta ciudad todavia enfermo, i sin embargo de los tratados de Purapel, se me persiguió, a pretesto de que yo podia levantar otra vez la provincia de Concepcion; i sin tener presente que no podia mover una pierna, se me condujo en este estado a Valparaiso i se me tuvo preso a bordo de la *Chile* por un mes; i por mucha gracia

se me confinó a Constitucion, en donde estuve mas de tres meses. Estas son en resúmen las noticias que puedo darle, advirtiéndole que en 1859 estuve separado de la política.

Su atento S. S. Q. B. S. M.

(Firmado) *Fernando Baquedano.*

(De los papeles inéditos del autor).

ÍNDICE.

—

CAPITULO II.

EL JENERAL CRUZ EN SANTIAGO.

—

CAPÍTULO III.

LA AJITACION REVOLUCIONARIA.

—

CAPÍTULO IV.

EL JENERAL CRUZ EN CONCEPCION.

—

CAPITULO V.

LA REVOLUCION.

Páj.

—

CAPITULO VI.

LAS FRONTERAS.

—

CAPITULO VII.

LA RESISTENCIA.

HISTORIA

DE LOS

DIEZ AÑOS DE LA ADMINISTRACION

DE DON MANUEL MONTT.



DON ROBERTO SOUPER

(Prisionero en Longomilla)

DON ROBERTO SOUPER

(Prisionero en Longomilla)

HISTORIA

DE LOS

DIEZ AÑOS DE LA ADMINISTRACION

DE DON MANUEL MONTT,

POR

B. VICUÑA MACKENNA.

REVOLUCION DEL SUR.

TOMO IV.

SANTIAGO DE CHILE.
IMPRENTA CHILENA,
CALLE DEL PEUMO, ESQUINA DE LA DE HUÉRFANOS, NÚM. 29.
1862.

CAPITULO I.

LAS ESCARAMUZAS DE LA GUERRA CIVIL.

Don Joaquin Riquelme amaga con una montonera la poblacion de Linares i se insurrecciona el mismo dia la villa de Molina.—Don Nemecio Antunez i el cura Mendez.—Roberto Souper.—Su vida, carácter i aventuras.—Prision de estos ciudadanos i su envio a la capital desde Talca.—Souper subleva la guardia que los conducia en Quechereguas.—El mayor Banderas.—Cómico combate de Lontué.—Souper pasa el Maule con una partida de veinte i cinco hombres para reunirse al coronel don Domingo Urrutia.—Ataca éste el pueblo del Parral i es rechazado.—Importancia de sus operaciones en el Maule.—El intendente del Ñuble es obligado a abandonar a Chillan i replegarse al Longaví.—Fuerzas de que se componia la division del coronel Garcia.

I.

Los primeros hechos de armas, o mas propiamente, las primeras escaramuzas de la revolucion del sur en 1851, tuvieron lugar el dia clásico de Chile. El 18 de setiembre, en efecto, el patriota don Joaquin Riquelme amagaba con una

montonera de 80 hombres la poblacion de Linares, en la provincia del Maule, i ese mismo dia, don Roberto Souper, el cura don Domingo Mendez i don Nemecio Antunes, ponian en conmocion la villa de Molina en la provincia de Talca.

II.

Encontrábanse todas las personas que hemos nombrado perseguidas por su complicidad en la asonada del 20 de abril; Riquelme en calidad de detenido bajo de fianza en la provincia de Talca, i Antunes, Mendez i Souper presos en la cárcel de aquella ciudad (1).

(1) El motivo ostensible de su captura i el auto cabeza de proceso de su sumario consistian en una carta escrita por Riquelme al cura Mendez, desde Curicó, el 21 de abril, anunciándole la revolucion que habia tenido lugar en Santiago el dia anterior. A esta carta, Mendez, que se encontraba en Molina, agregó una posdata que firmó don Nemecio Antunes, i como en esta última se refiriese algo de la cooperacion de Souper, resultó que los cuatro nombrados quedaron comprometidos por el descubrimiento de la carta que fué vendida o entregada por error a la autoridad. Parece que el mozo que la llevaba equivocó los nombres de dos vecinos de Talca que tenian el mismo apellido i de los que uno era opositor i otro ministerial, siendo el último quien hizo el denuncio al intendente. La carta de Riquelme i la posdata añadida por Mendez i Antunes estaban concebidas en estos términos.

Señor don Domingo Mendez.

Curicó, abril 21 de 1851.

Mi apreciado amigo:

Mando este mozo con el objeto de anunciar a U. que ayer a las seis de la mañana se sublevó el batallon Valdivia i tomó la plaza principal de Santiago; esta noticia le ha llegado al gobernador hoi a las nueve i le ordenan reuna el batallon de este pueblo i lo acuartele para librar las armas. Los Monttistas están acholados con el espreso este. Conviene pues que inmediatamente lo parti-

Era Antunes un opulento agricultor, propietario de la hacienda de Quechereguas, en uno de cuyos potreros está situada la pintoresca villa de Molina, mas como un feudo de aquel mayorazgo que como una aldea de la República.

Conocíase a Mendez solo como a un viejo sacerdote, tan instruido como ardiente, antiguo i jenuino pipiolo que ejercia desde algunos años, con marcada preferencia sobre su ministerio, la propaganda de su fé política, teniendo entónces por estrecho teatro el curato de Molina, anexo tambien como una capellanía a la hacienda de Quechereguas.

En cuanto a Souper, el mas importante de estos ajitadores, vamos a detenernos un instante. Tenemos que hacer el difícil ensayo de un retrato sobre una tela movediza que el viento ajita en todas direcciones i cuyas costuras se revientan a cada rasgo de la pluma. Invocamos pues toda la induljencia de los críticos, pues acaso es inevitable al escritor salirse del severo marco de la historia para entrar en el

cipe a Rafael Cruz para que este haga otro espreso a Linares a Pando i sea puesto en conocimiento del coronel Urrutia en el acto. Mucho le recomiendo esta dilijencia pues que conviene sea sabida por mis amigos.

Son las dos de la tarde i ya estan en el cuartel los cívicos. Comuníquele esto al señor Antunes. De U. su amigo i S. S.—*Joaquin Riquelme.*

P. D.—Haga el espreso a Talca en el momento que esta reciba.

Adicion.

Molina, abril 21 de 1851.

Son las cuatro de la tarde i no hai mas tiempo que decirle. Voi de aquí a mandar aviso a Souper a S. Rafael para que prepare el escuadron de Pilarco. Bien, valor i no hai que turbarse!—*Nemecio Antunes.*

Advertimos que la carta de Riquelme que publicamos es segun una copia subministrada por don José L. Claro i la adicion de Antunes ha sido tomada del *Progreso* del 17 de junio de 1851.

campo del romance al tratarse de hombres tan especiales como el prestijioso soldado cuyas aventuras vamos a narrar i que en sí mismas constituyen el argumento acabado de una novela.

III.

Es Roberto Souper hijo de un antiguo capitan del ejército ingles i nació en Canterbury, la patria del jeneral Miller, héroe americano, como aquel ha sido héroe de Chile. A semejanza de otro estranjero ilustre que sirvió a nuestra patria i le sacrificó su vida, el coronel Tupper, Roberto Souper que pareció haber recibido, junto con la analojía del nombre, la de la bizarria, la posicion, i la lealtad, habia nacido, se puede decir así, en una cuna de fierro. Casi todos sus hermanos, como los hermanos de Tupper, fueron soldados i hombres de aventuras. Uno de ellos habia muerto heroicamente en el sitio de Oporto, defendiendo aquella plaza contra el pretendiente don Miguel de Portugal i otro pereció en un duelo, en una de las Antillas inglesas, en las que se encontraba de guarnicion. Roberto era de los menores entre ocho o diez hermanos que sobresalian por el ardor i la osadía de su carácter.

Puesto su padre a media paga, despues de la batalla de Waterloo, i no contando para subsistir sino con un escaso sueldo, emigró, como es costumbre entre sus compatriotas, al norte de Francia donde la vida es tanto mas barata cuanto es forzosamente modesta. Nuestro campeon comenzó pues la carrera de sus estudios, que es como si dijéramos la carrera de sus aventuras, en el puerto de Calais. Apesar de estar dotado de un injenio rápido i de una estraordinaria facilidad

para hacer la adquisicion de esos estudios jenerales que constituyen la educacion de un *gentleman* ingles, Souper, que es en verdad un verdadero jentil-hombre por sus modales i sus conocimientos en el dibujo, la historia, i la literatura (no así en el uso de los idiomas), pasaba sin embargo los años de su turbulenta niñez en una perpetua *cimarra*, i él mismo nos ha referido que le gustaba mas ir con los pilluelos de la calle a tirar piedras a las ventanas de la Prefectura, durante la revolucion de 1830 i a buscar camorras a las bandas de tambores de su edad, que asistir al aula protestante de Calais, donde a su turno era su víctima el pobre presbiteriano que le enseñaba a descifrar la Biblia.

Cuando Souper tenia diez i seis a diez i siete años, regresó a Inglaterra, i apénas puso el pié en la tierra del *spleen* i del suicidio, se apasionó de una romántica «miss» en un hotel de Lóndres, donde la ventura habia llevado a los dos amantes. Hubo suspiros, billetes, citas al balcon i todo ai! concluyó con una caja de fulminantes que se tragó el galan en un momento de fulminante despecho... Solo la robustez de un estómago lozano i remedios oportunos salvaron a nuestro héroe de aquel tósigo que propiamente usado, habria sido suficiente para matar un batallon entero o despoblar un parque ingles de todas sus liebres i faisanes.

Por los consejos de su familia i de su burlado amor, Souper resolvió emigrar, i en cierto hermoso dia, se metió en uno de esos colosales *Indiamen* (buques de la India) cuyos mástiles forman verdaderos bosques en ámbas riberas del Támesis.

El jóven emigrado vivió algunos años en Calcuta como dependiente de comercio o en otras profesiones industriales, hasta que habiendo reunido algunos fondos, regresó a Inglaterra.

Antes de embarcarse en las aguas del Ganges, habia, sin embargo, tomado parte en una empresa, cuya temeridad estaba mui de acuerdo con su inquieta índole. Encontrándose un dia a la mesa con los oficiales de un rejimiento ingles que guarnecia aquella colonia, se propuso por uno de los concurrentes, a influjos del vino, tomarse por asalto un pequeño fuerte dinamarques, cuya bandera flotaba en la opuesta orilla como una sombra i una tentacion para el orgullo ingles. La calaverada se puso en el acto en ejecucion, los oficiales se embarcaron en algunos botes, sorprendieron a los centinelas, i por un instante, se hicieron dueños del puesto, comprometiendo gravemente a su gobierno en una cuestion diplomática. Inútil es decir que Souper fué de los primeros en aceptar el convite de sus camaradas i en ponerlo en obra.

De regreso en su patria, el jóven viajero sintió en su pecho el hastío que la vida acarrea al espíritu cuando estrecha sus horizontes al rededor de nuestro inquieto e insaciable ser. Con el ausilio de sus amigós i de su familia, Souper resolvió entónces pasar de la categoría de emigrado a la de colonizador, i se dirijió a Australia llevando consigo ganados, máquinas i obreros, todos los elementos necesarios para fundar una considerable propiedad rural en aquel vasto i feraz continente.

Referir la vida del colono Souper en Australia es contar su existencia posterior de hacendado en Chile, con la sola diferencia del cambio de teatro. Cazerias salvajes en los bosques, rios pasados a nado, esploraciones en los desiertos, peleas cuerpo a cuerpo i a balazos con los indios feroces de aquellas comarcas, i sobre todo esto, un asiduo e intelijente trabajo: hé aquí los diferentes matices de aquella existencia, condenada por su propia naturaleza a la mas inalterable

monotonia. Apesar de todo, Souper, en cinco o seis años de fatigas, consiguió reunir un mas que mediano capital, debido particularmente a la crianza i mejoramiento del ganado lanar, del que habia llevado de Inglaterra algunas piezas escojidas.

VI.

Por esta época, llegó a oidos del jóven colono de Australia que dos de sus parientes se habian establecido en Chile, siendo uno de éstos la esposa de don Ricardo Price, uno de los mas antiguos i honorables comerciantes ingleses que hayan residido en Chile i el otro Mr. Edmundo White, rico consignatario establecido en Valparaiso. Ambos eran primos hermanos de Souper, i esta circunstancia le indujo a hacer un viaje a Chile, calculando que en este pais podria dar mayor impulso a sus negocios de campo. Dejó estos, en consecuencia, en poder de un tercero, i por el año de 1840, se hizo a la vela con rumbo a Valparaiso.

Souper contaba entónces 23 años de edad i era un gallardo i robusto mancebo. Su rostro tenia un ceño varonil que sentaba bien a la elegancia i soltura de sus modales un si es no es aristocráticos, que la vida salvaje no habia alterado en lo menor, porque en ningun pais ni en raza alguna es mas cierto aquel proverbio castellano *de que el jenio i la figura no cambia hasta la sepultura*, que entre los ingleses. Sus atractivos sociales i la posicion de sus deudos le abrió pronto los salones de la capital i el jóven *gentleman* pasó entre nosotros algunos dias de holganza i de buen tono.

Pero, a poco andar, supo que sus intereses habian recibido un fracaso irreparable por la infidelidad de un depositario; i entónces Souper, dejando el frac, vistió el *poncho* del chileno, i desde ese dia, fué nuestro paisano, i de tal modo, que no hai chileno que pueda decirse mas chileno que el *«gringo Souper»*.

En su desgracia, encontró nuestro jóven huesped un amigo jeneroso en su pariente Price; i como fuera mui intelijente en la labranza, le confió la administracion de su valiosa hacienda de Semita, situada en las faldas de las cordilleras que riegan el Ñuble i el Perquilauquen. Ahí llevó Souper una vida segun su carácter i segun sus hábitos. Cansó todos los caballos de la hacienda; trasmontó las cordilleras; asistió a las «parlas» de los pehuenches en sus valles andinos; se hizo el amigo de todas aquellas tribus pastoras a quienes confiaba sus invernadas de ganado; visitó las pampas; oyó contar las hazañas de los Pincheiras en los sitios de sus mas desesperadas proezas, i por último, rodeado de sus *compadres*, i como si fuera él mismo un cacique nómade, tomaba parte en sus salvajes festines, bebiendo en cueros de potros sus agrias chichas mezcladas con la sangre de sus feroces pujilatos. No faltó tampoco al ardoroso ingles el culto de alguna beldad indíjena, i mas de una vez, los ásperos farellones de los Andes escucharon a la caida de la tarde el canto de aquella Pocahontas araucana que embelesaba las horas del cautivo capitan Smith.....

Por otra parte, Souper se granjeó entre la jente mas civilizada de aquellos parajes una reputacion harto singular, a la que daban razon algunas de las excentricidades de su travieso humor. Como era ingles, teníanle en consecuencia por *hereje*, i como tal, corriose luego entre los sencillos campesinos de Semita que el guisado favorito de su mesa eran

los niños asados (1). Otras veces, el jóven ingles se daba a ejercicios mas filantrópicos entre sus semejantes. Cuéntase que durante un verano entero se entretuvo en viajar por los pueblos de la provincia del Maule, llevando un gatillo de barbero en las alforjas, con el que sacaba muelas a destajo a todos los pacientes, i como hiciese la operacion *gratis*, salian estos en tropeles a su paso. Uno de los vecinos mas influyentes de aquella provincia, don Juan Antonio Pando, fué una de las víctimas aliviadas por los férreos dedos de aquel singular cirujano.

De esta curiosa pero característica manera, vivió Souper en el sud durante cerca de diez años, haciéndose amar de cuantos le conocian por la jovialidad de su carácter i los rasgos de jenerosidad i valentia que se citaban de él con frecuencia. Entre los últimos, se referia que una mañana en que los presos de la cárcel de Talca se habian insurreccionado i salidose al campo armados con los fusiles de la guardia, montó

(1) Souper nos ha referido que esta patraña cundió de tal manera entre los huasos de Semita, que los niños se subian a los árboles o saltaban las cercas cuando lo divisaban. Ocurrió tambien que vivia en la montaña una mujer sumamente gorda, i como se asustase esta infeliz con la noticia «del gringo come niños de Semita», preguntó a un vaquero si la comeria tambien a ella. El huaso, que era ladino, contó a su patron aquel lance i para tranquilizar a la pobre montañesa le encargó el último decirle con reserva que no tuviera cuidado porque él no comia carne humana sino en tiempo de manzanas, pues estas abundan silvestres en aquella latitud.

La mujer se mantuvo quieta, pero apénas comenzó a pintar la fruta en los árboles, desapareció de su guarida.....

Estas anédoctas no son por cierto estrañas entre nosotros. Como un pavoroso recuerdo personal, podemos decir que en aquella misma época las sirvientes de nuestra casa nos habian persuadido que

Souper a caballo, tan luego como supo el atentado, i dándoles alcance en un estero, armado simplemente de un garrote, trajo al suelo a varios cabecillas, obligando a rendirse a los demas.

Por esta época, hizo Souper aquello que hacen de mejor, segun unánime confesion, todos los estranjeros que habitan nuestro suelo. Casóse i casóse con chilena, que es como casarse dos veces, es decir, con la mujer i el anjel en ocasiones i otras con la mujer i el diablo... porque es un hecho averiguado entre las hijas de Eva de nuestro Paraiso, que entre las que son elejidas por estranjeros, no hai medios colores. Souper tuvo la suerte de los primeros. Uniose a una señorita Guzman i Cruz, que en su nombre llevaba una garantia contra el jenio del mal, i avecindose en Talca donde aquella vivia. Retiróse en consecuencia de Semita i púsose a trabajar en una pequeña hacienda llamada San Rafael, en la subdelegacion de Pilarco, propiedad de su señora i donde hoi vive.

el señor Price (nuestro vecino entónces en la calle de la Merced, de esta capital) *tenia cola*, porque era hereje; así es que verle i escondernos era un suceso diario, cuando aquel buen señor se dirijia por las tardes a su paseo favorito del tajamar...... Que mucho entónces que en los campos de Semita creyeran antropófago al pobre Souper?

Acordamos indicar aquí que nuestro amigo, de quien hacemos esta prolija reseña por satisfacer la curiosidad que su nombre de estranjero ha despertado entre nosotros, nos contó una buena parte de su vida, cuando dividiamos una celda de la Penitenciaria en febrero de 1859. Tuve yo la advertencia de apuntar la mayor parte de los incidentes mas notables de su carrera; pero habiéndosenos estraviado esas notas i negándose Souper a comunicarnos noticia alguna (pues hasta para evitar que saliese su retrato en este volúmen nos ha escrito una carta de un pliego lleno de la mas sincera modestia), nos hemos visto obligados a recurrir a nuestros imperfectos recuerdos.

V.

En los mismos dias en que Souper saboreaba su luna de miel, comenzaron a hacerse sentir los primeros rujidos del huracan de 1851. Souper, desde luego, por simpatias de corazon i por comunidad de ideas, pues es hombre bastantemente ilustrado, se alistó en el bando liberal; i cuando se anunció como candidato un jeneral que tenia el mismo apellido de su mujer, el bizarro novio a quien habria bastado para hacerse partidario de aquel nombre el ser una galanteria conyugal, se declaró el mas entusiasta adepto de aquel caudillo, que entraba en la lisa política como a la arena de un palenque.

Asi sucedió que cuando el recado del cura Mendez llegó a San Rafael, a las dos de la mañana del 22 de abril, Souper saltó de la cama, cargó sus pistolas, ensilló su caballo i fuese a galope a Talca, donde algunos vijilantes, puestos en celada, le prendieron aquella mañana. Un indiscreto o un traidor habia dado aviso anticipado de la carta de Riquelme, que ya hemos citado, al intendente de Talca.

Souper pasó amarguísimas horas en su prision, al punto de que un dia, habiendo tenido una riña con un centinela a quien le arrebató la bayoneta del fusil por entre los barrotes de su calabozo, intentó colgarse de una viga de puro despecho; i habria realizado su intento, que era como él mismo ha dicho «un ensayo de suicidio político», cuando le salvaron, advirtiendo sus guardianes el estertor de su sofocada respiracion. Por lo demas, Souper pasaba las tediosas horas de su encierro haciendo las caricaturas de todos los oficiales de guardia que custodiaban la cárcel (en cuyo ejercicio tenia una

admirable inventiva) o cantando en la vihuela las mas estrambólicas tonadas, o escribiendo, por fin, a sus amigos sus penas i sus alegrias de patriota. De estas últimas revelaciones queremos citar aqui una que es singularmente característica i que cierra con propiedad este desaliñado pero no desemejante retrato. Dirijiéndose a un sobrino (1) del jeneral Cruz que acompañaba a éste en su residencia de Santiago, le escribia, en efecto, con fecha de 20 de mayo de 1851, a propósito de su adhesion a aquel caudillo, las siguientes palabras, con su peculiar estilo epistolar.—«Póngame a las órdenes i disposicion de mi jeneral i dígale, a mas, que espero todavía hombrear el fusil i de pelear a su lado en su causa i por mi patria adoptada; que la benigna Providencia le ha nombrado a ser el defensor i el escudo de Chile i que con el ejemplo de su patriotismo de él, su honradez, firmeza i desinteres, Chile tomará el vuelo en la civilizacion i con pasos jigantescos reconquistará todo lo que ha perdido en estos veinte años atras. El pais lo asimila al trigo con los yelos. Sale la hoja, pero, al fin, los yelos lo aplastan e impiden su desarrollo. Asi ha sido el pobre Chile! La opresion de los veinte años no ha dejado lucir sus virtudes, miéntras tanto que las maldades han ido macollando; pero ahora, con nuestro sol, nuestro jeneral Cruz, el peso, el yelo de las malas leyes se quitarán i la planta llegará a dar su espiga cargada de productos.—Viva Chile i viva la patria i viva el jeneral Cruz!»

Tal era el hombre tan simpático como estraño, tan popular como temido, que debia ponerse al frente del primer tumulto armado que tuviera los visos de un combate, en la guerra civil de 1851.

(1) Don José Luis Claro, que ha tenido la bondad de confiarnos esta carta orijinal, asi como algunos otros papeles de interes histórico.

VI.

Recéloso, en efecto, el intendente de Talca, don Pedro Nolasco Cruzat, hombre de bellisimas prendas individuales i de una probidad ejemplar, tanto en lo privado como en la política, resolvió enviar a Santiago a Souper i a sus compañeros, luego que supo con alguna certidumbre el movimiento de Concepcion.

En la madrugada del 18 de setiembre, despachólos, en consecuencia, con una escolta de milicianos de caballeria al mando del sarjento mayor don Samuel Banderas, oficial valiente, chiloto de nacimiento, que existia en Talca en calidad de segundo jefe del batallon cívico de aquella ciudad.

Llegados los reos a la villa de Molina, pusiérónse a la mesa, i miéntras Banderas salia a tomar algunas medidas, Souper, que durante la marcha se habia ganado unos pocos soldados, echóse sobre los centinelas, i al grito de *revolucion! i viva Cruz!*, toda la partida depuso las armas. Los inquilinos de Antunes se habian reunido tambien en esos momentos, a la voz de los mayordomos de Quechereguas, i ocurrian, en cuadrillas armadas de garrote, «a quitar a su patron». El levantamiento de la villa de Molina, que tanto sonó entónces como un alto hecho político, quedó pues consumado de aquella manera, i fué, no un motin, sino una jarana de huasos que ocurrieron al encuentro, mas como si se tratara de un *rodeo* o de una *trilla*, que de salvar la patria.

El único que intentó hacer alguna resistencia fué el sorprendido mayor Banderas; pero encontrándose perdido, se dirijió a Souper, e hincándose de rodillas, le pidió lo pasase con su propia espada, porque en su pundonorosa desespera-

3

cion, esclamaba que no queria sobrevivir a lance tan desdoroso. Souper se esforzó en consolarlo i aun le indicó que se alistara en su bando, yendo ambos a reunirse con el jeneral Cruz al otro lado del Maule, lo que el leal chilote, no desmintiendo esta vez su raza, rehusó con entereza.

Souper i Mendez, ganando minutos, pusieronse a organizar los pocos elementos militares que habia en la villa, pues temian ser acometidos el mismo dia por fuerzas destacadas de Curicó i de Talca, a donde habia volado en alas de la ponderacion la nueva del tumulto. Depusieron al gobernador don José Antonio Maturana (un anciano inofensivo que, en el pavor de la primera alarma, huyó al campo i se fracturó una pierna al escalar una elevada tapia), i nombraron en su lugar al vecino don José Maria Iturriaga; tomaron posesion del estanco, reunieron caballos i armas, i por fin, montaron una fuerza de cien hombres, entre los que habia solo quince o veinte capaces de entrar en campaña, contándose entre estos la mayor parte de los milicianos que habian custodiado a los reos desde Talca. El cura Mendez, con su prestijio de párroco, era el mas activo i eficaz segundo de Souper, miéntras que Antunes, hombre tímido i enfermizo, se habia puesto en salvo, dejando, sin embargo, órdenes a sus administradores para que auxiliasen jenerosamente a sus amigos con cuantos recursos existieran en la hacienda de Quechereguas.

VII.

En esta disposicion encontrábanse los revoltosos de Molina al caer la tarde del 18 de setiembre, cuando el gobernador de Curicó, un hombre bueno i sencillo del apellido de Fuenzalida, «deseando quitar, dice él mismo, con relacion al al-

borolo de Molina, esa piedra de escándalo que servia de obstáculo a las comunicaciones i a los transeuntes. . .» (1), resolvió mandar un pequeño ejército de huasos contra los huasos de Molina, confiando su mando a un oficial llamado Merino.

Cuando ya las sombras de la noche caian sobre el campo, avistáronse las dos divisiones enemigas. El ardoroso Mendez, con sus sotanas amarradas a la cintura, comandaba los de Molina. Merino se avanzaba con los curicanos. Pero el poderoso rio Lontué se interponia todavia entre los combatientes, «cuando (para contar este descomunal combate con las propias palabras del narrador oficial de tan cómico lance) (2), habiendo pasado la partida curicana el rio Lontué i aproximándose hasta cerca de Quechereguas, donde los revoltosos estaban situados, salieron estos al encuentro en número de ciento, segun cálculo, mal armados, pues varios cargaban las vainas solamente de sus sables i otros garrotes. Estando a la vista estas fuerzas, i a la cabeza de la enemiga el presbítero Mendez, hizo este la apariencia de apretar sus monturas, como preparándose para una carga. . . . El teniente Merino se dispuso a esperar i resistir, aun cuando se hallaba ofuscado con noticias adversas. . . . Pere al estrecharse unos i otros, cuenta este gobernador digno de la ínsula Barataria, los revolucionarios, apesar de su doble número i de las malas lanzas del piquete de caballería de mi parte, los revolucionarios, digo, concluye el historiador curicano (como sacando la última

(1) Comunicacion oficial del gobernador de Curicó al Ministro del Interior, fecha de 22 de setiembre 1851. *(Archivo del Ministerio del Interior).*

(2) Comunicacion oficial de Fuenzalida, fecha 19 de setiembre. *(Archivo del Ministerio del Interior).*

brisma de respiracion que aun le quedaba en el pecho), se contuvieron manifestando debilidad i temor.»

De esta burlesca manera i sin mas contratiempo que la fractura de la pierna del gobernador de Molina, ménos feliz que su colega de Curicó, que escapó solo con un grandísimo susto, terminó la rebelion del departamento de Lontué, que hizo palidecer muchos rostros en la capital. Souper, entretanto, habia conseguido, por único fruto de aquel trastorno, armar 25 hombres escojidos i con ellos, llevando a Mendez de capellan castrense, se dirijió a la provincia del Maule a prestar a la revolucion el poderoso auxilio de su brazo i de su jeneroso entusiasmo. Segun una comunicacion del intendente de Talca, que habia despachado tambien fuerzas considerables sobre Molina, habíase avistado aquella partida, al ponerse el sol el dia 20, en los llanos de Perquin, i a las 10 de aquella noche, súpose que habia pasado el Maule por uno de sus vados de cordillera. Ese mismo dia, el gobernador Fuenzalida ocupaba triunfalmente a Molina, «quitando asi aquella piedra de escándalo en que se sentaban los transeuntes i detenia las comunicaciones».

VIII.

Miéntras los acontecimientos que acabamos de referir tenian lugar de esta parte del Maulo, sucedíanse otros de harto mas grave importancia en la ribera meridional de aquel rio, cuyos vados son las llaves que cierran o abren las puertas de la capital.

Hemos dicho que don Joaquin Riquelme amagaba el dia 18 la aldea de Linares, con una montonera colecticia; mas, habiendo asumido una actitud enérjica el gobernador de aquella

poblacion, don Andres de la Cruz, i sabiendo, por otra parte, que el coronel don Domingo Urrutia habia levantado la bandera de la insurreccion en la vecindad del Parral, que era el pueblo de su residencia, resolviose Riquelme, hijo político de aquel, a marchar en su ausilio, para tentar un golpe de mano sobre aquella villa, no menos importante por sus recursos militares, pues sus hijos son en estremo belicosos, que por su posicion estratéjica, en el centro de las vastas planicies intermedias entre el Ñuble i el Maule, que es por consiguiente, el punto mas adecuado para cortar las comunicaciones entre el sud i norte en aquella direccion.

IX.

Era el coronel don Domingo Urrutia en 1851, uno de los mas antiguos soldados de la República. Habia conquistado sus grados i su nombradía de valiente en los campos de batalla que dieron libertad a Chile, i uno de sus miembros mutilados, que le habia merecido el apodo guerrero de *el manco*, atestiguaba una de sus mas celebradas proezas. Ayudante de campo del jeneral O'Higgins en 1814, encontrose en aquella inmortal jornada de Rancagua en la que es fama no hubo un solo cobarde; porque los que no recibieron la muerte, fueron a buscarla sable en mano sobre las líneas enemigas. Urrutia, al cargar sobre una trinchera, habia recibido una herida que le inutilizó completamente el brazo.

Ascendido despues a coronel, rico en propiedades de labranza, padre de una numerosa i bien relacionada familia, habíase hecho el patriarca del pueblo del Parral i de su comarca vecina, donde tenia sus haciendas. En política repretaba, por tanto, en la provincia del Maule, el mismo rol que

ejercia en la de Concepcion el jeneral Cruz, de quien era amigo íntimo i camarada desde la infancia. Tan pronto, pues, como se inició en el sud la candidatura de aquel caudillo, Urrutia se hizo su mas celoso i activo cooperador en todos los pueblos que se estienden entre el Maule i el Ñuble.

X.

Inmediatamente que llegó al Parral la noticia del alzamiento del sud, Urrutia tomó en consecuencia el campo; reunió sus inquilinos i los de algunos hacendados opositores como los Oses, Ibañez i otros, i una vez reunido con Riquelme, intimó rendicion al pueblo del Parral a las 11 de la mañana del dia 19. El gobernador de la villa don Santiago Urrutia, jóven animoso i sobrino del coronel, encerrose, sin embargo, en el cuartel del pueblo con cuarenta fusileros milicianos e hizo una valiente defensa durante hora i media, obligando a los asaltantes a retirarse desconcertados con pérdida de un muerto i varios heridos. Aquella fué la primera sangre vertida en la guerra civil i un triste augurio de las catástrofes que iban a sucederse. . . . . El jefe revolucionario de la importante provincia del Maule se veia rechazado en el pueblo de su residencia i por uno de sus propios deudos. Retiróse, en consecuencia, el viejo caudillo, no poco despechado, a las sierras de Ninhüe i Quirihüe que forman la ceja montañosa de la costa en la provincia del Maule, hácia el sud de Cauquenes.

XI.

El movimiento de Urrutia, apesar de su fracaso, habia tenido, sin embargo, resultados de gran importancia. Por una

parte, ponia en conmocion toda la provincia del Maule i obligaba al intendente Necochea a desguarnecer los pueblos de la costa, como Constitucion i Cauquenes, para socorrer a las villas de la llanura, i por la otra, lo que era de mucho mas grave trascendencia, ponia al intendente del Ñuble en la dura necesidad de abandonar su provincia con las fuerzas que habia acantonado en Chillan.

El coronel Garcia viendo, en efecto, que sus comunicaciones con el Maule, i por consiguiente con la capital, estaban cortadas, púsose en el acto en movimiento, replegándose sobre el Maule i abandonando a la revolucion toda la provincia del Ñuble (bien que deprovista de sus mejores elementos de guerra) i una gran parte de la del Maule, pues solo se detuvo a orillas del Longavi, 12 o 13 leguas al sud de Talca.

El coronel don Ignacio Garcia no era, como su émulo en el Maule, un soldado de la independencia. Habíase distinguido solo en la guerra civil i desde Lircay, donde era capitan de Cazadores a caballo, databan sus ascensos. No se habia labrado una reputacion lejítima de bravo; pero reunia en alto grado las cualidades de refinada astucia e incansable actividad que constituyen el mérito militar i político de los caudillejos del sud. El gobierno habíale nombrado por esto intendente del Ñuble, i era el centinela avanzado que tenia la autoridad en la raya de la amenazante provincia de Concepcion.

Con una rara dilijencia i una enerjia de espíritu no ménos notable, Garcia habia reunido en Chillan una poderosa i lucida division que iba a ser el núcleo i la parte mas eficaz del ejército destinado a salvar al gobierno de su inminente ruina. Componíase aquella de los dos disputados escuadrones de Cazadores a caballo, que, como hemos dicho, habian llegado a Chillan con el coronel Riquelme en la noche del 21 de setiembre, de la compañía de cazadores del Yungay, compuesta

de 100 hombres que mandaba el bizarro capitan don José Campos, del escuadron de la Laja, que habia salvado el mayor Aguilera i que constaba de 70 plazas, de otro escuadron de Chillan al mando del comandante Briseño, con la fuerza de 130 hombres, i por último, del brillante i disciplinado batallon cívico de Chillan al mando del octojenario coronel don Clemente Lantaño i que contaba 430 plazas. Estas fuerzas pasaban de 800 hombres de exelente tropa, i se aumentaron despues a mas de mil con seis compañías cívicas que Garcia reclutó en San Carlos, Cauquenes i el Parral.

Habiendo llegado Riquelme en la noche del 21, como hemos visto, con la division de la frontera, Garcia se movió de Chillan en la mañana del 23, habiendo destacado previamente 30 cazadores al mando del sarjento mayor don Manuel Gazmuri para socorrer el Parral i San Carlos contra los ataques de Urrutia.

El mismo dia de su partida, se acampó en San Carlos, i al dia siguiente, en el Parral, pues como se le desertaron en gran número las fuerzas de milicias que traia de mas allá del Ñuble, resolvió retrogradar hasta el Longaví, a donde llegó con estraordinaria presteza, interponiendo este rio entre la revolucion del sud i la resistencia de la capital que se adelantaba ya hasta el Maule.

Uno o dos dias despues de haber acampado Garcia su division en la márjen derecha del Longavi, el jeneral Búlnes llegaba a Talca con su estado mayor.

Habia pasado el periodo de las escaramuzas i de las guerrillas. Iba a abrirse en grande escala la campaña de la guerra civil.

CAPITULO II.

ORGANIZACION DEL EJÉRCITO DEL GOBIERNO.

Se pone en marcha para el sud el jeneral Búlnes.—Accidentes de su viaje hasta Talca.—Aspecto de las poblaciones del tránsito en presencia de la revolucion i medidas políticas que se adoptan.—Diario de campaña del secretario del jeneral en jefe don Antonio García Reyes.—Recomendaciones honrosas que hace el presidente de la República a este personaje i al auditor de guerra Tocornal.—Recursos militares de la provincia de Colchagua.—El jeneral en jefe se dirije a Longaví, pero regresa desde el camino a Talca, para pedir refuerzos al gobierno.—Solicita la presencia del Ministro de la Guerra en el cuartel jeneral i se pone aquel en marcha.—El jeneral Búlnes se traslada a la division de vanguardia.—Aspecto formidable que presentaba la revolucion en aquellos momentos.—Palabras de Garcia Reyes.—Llega al cuartel jeneral el juez de letras de Concepcion Sotomayor con las primeras noticias fidedignas de los acontecimientos del sud.—Se retira la division de vanguardia a Longomilla, i se teme no poder organizar el ejército en la márjen sud del Maule.—Comienzan a llegar a Talca i al campamento de Chocoa los cuerpos del ejército.—Desconfianzas que se abrigan sobre la fidelidad del batallon Chacabuco.—Se traslada el cuartel jeneral a Chocoa.—Se recibe la noticia del triunfo de Petorca i es celebrada con salvas de artilleria.—Pro-

clama que con este motivo dirije el jeneral Búlnes al ejército.—Revista jeneral del ejército que tiene lugar el 22 de octubre.—Proclama del jeneral Búlnes en esta ocasion.—Precipitado viaje que hace a la capital el coronel Gana con el fin de solicitar refuerzos para los cuerpos de caballeria i artilleria.—Organizacion de las tres armas del ejército.—El comandante don Santiago Urzua.—Muévese el ejército hácia el Ñuble.

I.

A las dos i media de la tarde del 21 de setiembre de 1851, emprendió su marcha al sud, desde la capital, el jeneral Búlnes, nombrado jefe del ejército de operaciones que iba a organizarse en Talca, o, mas probablemente, en Chillan (como se creia en esos momentos) contra los rebeldes de Concepcion. Acompañábale, en una estensa fila de carruajes de posta, toda la plana mayor que habia nombrado en la capital en las cuarenta i ocho horas anteriores (1). En la madrugada

(1) «En la noche del 19, dice el secretario del jeneral Búlnes don Antonio Garcia Reyes, en su interesante diario de campaña citado en la *advertencia* del volúmen anterior, se recorrieron los diversos medios de accion que podian emplearse, i se pulsearon los elementos de que el gobierno podia disponer. Despues de echar miradas en grande por este órden sobre el asunto grave que venia a complicar la situacion de la República, los miembros del gobierno i nosotros nos retiramos, dándonos cita para el siguiente dia temprano.» I en seguida añade, aludiendo a los preparativos hechos durante todo el dia 20. «Fué grande la actividad que desplegó el jeneral durante todo el dia para disponer lo conveniente a su marcha. Todo a su alrrededor estaba en movimiento, i atendia simultáneamente a la organizacion del ejército, su provision de armamento, municiones, la correspondencia, la combinacion de planes, de operaciones militares i diversas providencias en el órden político.»

En el apéndice de documentos, bajo el núm. 1, damos publicidad al notable documento del que copiamos estas palabras. El

de aquel mismo dia, habíanse puesto tambien en marcha 50 Granaderos a caballo, al mando del comandante don José Tomas Yávar, con el objeto de servir de escolta a los viajeros.

II.

Detúvose el jeneral en jefe, la noche de su partida, en la hacienda de Nos, a orillas del Maipo. Hizo llamar aquí al comandante Silva Chaves que reorganizaba el batallon Chacabuco en San Bernardo i le dió órden de dirijirse a San Fernando para completar la recluta de su cuerpo. Con un objeto análogo, hizo adelantarse hasta Curicó al intelijente oficial don Caupolican de la Plaza para que prestase ayuda al comandante Yañes en el enganche i equipo del escuadron de Lanceros, que este debia levantar en aquel punto.

La segunda jornada del jeneral Búlnes le condujo solo hasta Rancagua i la del siguiente dia, hasta San Fernando. Pocas leguas ántes de llegar a esta villa, la mas triste i la mas atrasada de la República, en atencion a sus recursos, reci-

diario del señor Garcia Reyes, con la escepcion de uno o dos pasajes, es una pieza digna de la historia, por la templanza de su estilo, la claridad de su juicio i el espíritu a todas luces imparcial con que ha dictado sus impresiones. Es lástima que no esté del todo completo, pues solo lo siguió hasta el dia en que el ejército del gobierno se puso en marcha sobre el Ñuble, a principios de noviembre. Esta deficiencia está, sin embargo, completamente salvada con el estenso parte de las operaciones de aquel ejército que presentó el jeneral Búlnes al gobierno en enero de 1852 i que fué redactado por Garcia Reyes, con su característico estilo brillante i a veces pomposo en demasia. Este último documento se publicó en la Memoria de la Guerra de 1852 i comienza precisamente en la época en que termina el diario de Garcia Reyes que publicamos.

bió en el portezuelo de Pelequen las primeras noticias que pintaban de una manera alarmante el movimiento del sud. El intendente revolucionario Vicuña le escribia de potencia a potencia, como hemos referido ya, invocando su gloria i sus servicios para salvar el país, anulando la írrita eleccion del presidente Montt i convocando al pueblo a comicios constituyentes.

En el cuarto dia de viaje (24 de setiembre), alojóse el jeneral en Curicó; i confirmada ya en este punto, por comunicaciones oficiales, la gravedad de los acontecimientos que tenian lugar ultra-Maule (una de cuyas consecuencias mas alarmantes era la retirada de Chillan del coronel Garcia i el abandono de las líneas del Itata i del Ñuble), escribió al gobierno de la capital, exijiendo que se demorase el envio de la espedicion organizada en Valparaiso i que de un momento a otro debia embarcarse para el norte. Acelerando entónces su marcha, llegó a Talca en la tarde del dia 25, habiendo recibido en Camarico, a poca distancia de aquella ciudad, nuevas evidentes que atribuian a la revolucion del sud un carácter formidable (1).

(1) «Estas ocurrencias, dice Garcia Reyes en su diario, con relacion a las noticias recibidas en Camarico, eran de siniestro agüero. La provincia entera de Concepcion aparecia en armas contra el gobierno. El jeneral Cruz, cuyo nombre no habia figurado hasta entónces en la lista revolucionaria, se habia quitado la máscara, escribiendo a Venegas para que se adhiriese al movimiento, segun lo comunicaba reservadamente el intendente del Ñuble. Sobre todo, el abandono de Chillan i el retiro de la division que la guarnecia debian producir un efecto moral de mucha trascendencia a los pueblos. Bajo la influencia de estas impresiones, añade en seguida, llegamos a Talca, a cuyas puertas salieron a recibirnos el intendente don Pedro Nolasco Cruzat i el coronel Letelier.»

III.

El aspecto de las poblaciones que el jeneral en jefe habia recorrido en su tránsito ofrecia el fuerte contraste de las pasiones que dividian los ánimos en aquella época escepcional de tan violento enardecimiento político, como ni ántes ni mas tarde se viera jamas igual entre nosotros. Recibiólo, en efecto, el pueblo de Rancagua con arcos triunfales; el de Rengo con una lucida cabalcata, a cuya cabeza venia el gobernador don Antonio Lavin, i por último, el de Curicó con un improvisado baile. Pero en Molina i en Talca, el semblante de los vecinos habia tenido para los viajeros harto distinto ceño. «Nos pusimos en marcha, dice el secretario del jeneral en jefe en su diario citado, aludiendo a la primera de estas dos últimas poblaciones, siendo bien notoria la indiferencia i aun la descortesia con que los vecinos de Molina vieron pasar al jeneral i su comitiva» i respecto de la acojida que les hacia el mas importante de los pueblos del sud en un sentido militar, i que por tanto iba a ser el cuartel jeneral de la resistencia, el narrador añade solo estas palabras que pintan mas bien un desengaño que un enfado. «Ninguna de las demostraciones que habiamos recibido en los demas pueblos nos lisonjearon en ésta.»

Pero aun en las poblaciones en que se habia hecho manifestaciones oficiales de regocijo, notaba el sagaz caudillo de la resistencia los síntomas del profundo descontento con que era recibido por los pueblos de la República su mal apadrinado candidato. En Rancagua, donde comienza en Chile la *provincia,* despues que se han salvado las puertas de la omnipotente capital, no se observaba ajitacion visible de ningun

jénero, lo que podia esplicarse por el rol que aquel pueblo está llamado a desempeñar, como un suburbio político de la capital, i tambien por la influencia del popular gobernador que entonces la rejia. Era este el ciudadano don José Hermójenes Alamos, jóven entusiasta i lleno de prendas personales, que se habia consagrado con un jeneroso ardor a la causa de sus simpatías. Pero en Rengo, ya la opinion aparecia sin máscara. Los pudientes vecinos Rivas, Labarca i Madariaga hacian una desembosada oposicion, i casi a presencia del jeneral Búlnes, habia tenido lugar en aquel pueblo una riña entre dos individuos por diferencias políticas, saliendo uno de ellos herido. En Curicó, los dos bandos opuestos estaban mas caracterizados, alistándose en uno i otro las mas influyentes familias del departamento. A la cabeza del círculo crusista, estaban los ciudadanos don José María Labbé i don Francisco Javier Muñoz; i era tal el encarnizamiento que comenzaba a apoderarse ya de los espíritus, que el último se encontraba arrestado en su casa. En el mismo San Fernando, capital de la provincia de Colchagua, notóse cierta flojedad en el ánimo del intendente don Juan Nepomuceno Parga, por lo que se hizo venir de la capital, como en calidad de asesor político, al jóven don Julian Riesco, que se habia hecho conocer en aquel pueblo por rasgos de enerjía cívica, miéntras desempeñaba la primera majistratura judicial de la provincia, durante las elecciones de 1849. Igual medida adoptóse en Talca, adjuntándose al intendente Cruzat, con la comision de comandante de armas, al coronel don Bernardo Letelier, hombre enérjico i vecino relacionado en aquella poblacion.

El jeneral Búlnes habia delegado en sus dos consejeros interinos García Reyes i Tocornal todas las facultades que requerian las medidas puramente políticas que era preciso

acordar; i así sucedió que eran aquellos ciudadanos, i particularmente el último, el que en cada uno de los pueblos de la via habíase esforzado en aplacar los espíritus, tratando de conciliar las pretensiones encontradas de los vecinos, a fin de que prestasen una uniforme cooperacion a los esfuerzos que iba a tentar el gobierno para salvarse. En estos pasos cumplian los dos procónsules políticos de la revolucion del sud enviados por la capital, un noble encargo del jefe del Estado i, al mismo tiempo, obedecian las instrucciones mas inmediatas del jeneral en jefe a cuyas órdenes servian (1). «El presidente nos hizo especial encargo a Tocornal i a mí, dice en efecto García Reyes en su diario, de que cuidasemos empeñosamente de informarnos de las necesidades de los pueblos que visitaramos en la marcha i le pasasemos formulados los proyectos de decreto que nos pareciesen convenientes, ofreciéndonos desde luego que serian acojidos i ejecutados empeñosamente. Tambien nos encargó que regularizásemos en lo posible la administracion i diésemos informe detallado de todo lo que debiera estar en su noticia, requiriéndonos mui especialmente que procurásemos desarmar las injustas prevenciones políticas que se tenian por algunos e inspirar confianza en las intenciones del gobierno.»

(1) He aquí como se espresa el secretario del jeneral Búlnes con relacion a los sentimientos personales de este jefe, i los suyos propios al hablar de los acontecimientos de la villa de Molina. «El gobernador es hombre de carácter i está desencantado de las esperanzas que algunos ponen en los medios pacíficos i conciliatorios para aquietar un pueblo revolucionado. A fé, que tiene razon! El jeneral, que no comprende este sistema i es excesivamente opuesto a todo procedimiento vigoroso i decisivo en política, aconseja que la responsabilidad del atentado cometido se echase sobre pocas cabezas, que se llamase por bando a los prófugos para que volviesen a sus hogares i labores i se desarmase el aparato de persecucion que pudiera existir.»

IV.

Los elementos de guerra que habia reunido en su marcha el jeneral en jefe, no lisonjeaban, sin embargo, su ánimo, desmintiendo la creencia jeneral de que las comarcas de la provincia de Colchagua, cuajadas de una robusta poblacion, serian un inagotable depósito de brazos para la resistencia. Sin contar el disminuido batallon Chacabuco, que quedaba acuartelado en San Bernardo, no aparecian elementos en todo el territorio que se estiende por mas de 60 leguas del Cachapoal al Maule, para formar una division de mas de 500 hombres capaces de tomar el campo.

De los batallones cívicos de Rengo, San Fernando i Curicó, apénas estaban listos 200 hombres, encontrándose en la capital de la provincia 116 hombres del primer cuerpo, al mando del capitan Marquez, habiendo marchado un número igual de San Fernando a sofocar el alzamiento de Molina a las órdenes del coronel Porras. En cuanto a los batallones cívicos de Rancagua i Talca, que eran los mas fuertes, hallábase la mayor parte del primero en Santiago desde la sublevacion del Chacabuco, i el de la última ciudad no manifestaba disposicion alguna para hacer servicio fuera de su propio cuartel, segun lo declaró al jeneral en jefe, al dia siguiente de su llegada, el mismo comandante don Santiago Urzúa. En este mismo dia (26 de setiembre), se encontraban listos solo 163 infantes del batallon de Rancagua (1).

En milicias de caballería era, al contrario, abundante en estremo el territorio comprendido entre Rancagua i Talca.

(1) Libro *Miscelanea* del Ministerio de la Guerra.

Pero es sabido que, en nuestras guerras civiles, esta clase de tropas, si es posible decirlo así, solo forman un ejército de estómagos que devoran las vacas asadas en los fogones del campamento. A falta de jinetes útiles, el jeneral en jefe habia recomendado que se activara, en cuanto fuera posible, la compra de buenos caballos, a cuyo fin se habia señalado una tarifa que ascendia de una onza de oro a treinta pesos i se habia destinado para su adquisicion tres mil pesos en Rancagua, dos mil en Rengo i tres mil en Curicó.

V.

Mas, como ya dijimos en el capítulo anterior, el verdadero núcleo del ejército del gobierno estaba en la division de Chillan salvada por García. Comprendiolo así el jeneral en jefe, i al dia siguiente de su llegada a Talca (26 de setiembre), se ponia ya en marcha para el Longaví, con el objeto de inspeccionar aquellas fuerzas, cuando le dió alcance un espreso de la capital, por el que le anunciaba el gobierno (a consecuencia de las indicaciones que aquel le habia dirijido desde Curicó sobre la gravedad de los sucesos del sud) que habia dado órden de suspender el envio de la division destinada a la Serena i que una buena parte de esta se dirijiria a Constitucion, al mando del coronel don Manuel García.

Regresó con este motivo el jeneral en jefe aquel mismo dia al cuartel jeneral de Talca, para dictar las providencias militares que este cambio de operaciones exijia. Haciéndose cargo, de momento en momento, de cuan formidable aspecto presentaban los acontecimientos en las tres provincias sublevadas del Maule, Ñuble i Concepcion, i particularmente, de la Araucanía, a cuyas lanzas el jeneral Búlnes

aparentaba temer mas que a ningun otro elemento de guerra, pidió en el acto a la capital el inmediato envio del batallon Buin i de una brigada de seis piezas de artillería. Solicitó ademas que se alistara i se remitiera a Talca 150 mil tiros a bala i de fogueo, 2,000 fusiles, 2,000 sables i 100 mil pesos en dinero para la comisaría, a mas de los 40 mil con que se habia dotado ésta en la capital. El jeneral en jefe, que se veia tambien agoviado de atenciones, rogaba al gobierno con instancias despachase al ejército al ministro de la guerra don José Francisco Gana, excelente jefe de estado mayor, cuya ausencia se hacia sentir tanto mas vivamente cuanto que el jeneral Búlnes no tenia las cualidades especiales que este ramo militar exije. Sus deseos se habian anticipado en cierta manera, sin embargo, porque habiendo tenido un disgusto el coronel Gana, a presencia del presidente de la República i en su propio despacho, con el ministro de justicia Lazcano, a consecuencia de la redaccion de una nota del Ministerio de la guerra que el último impugnó, hizo aquel inmediatamente su renuncia. Pero púsose término a la dificultad enviando a Gana al sud, con retencion de su empleo de ministro de la guerra, i aunque en realidad no se hizo oficialmente cargo del estado mayor del ejército del gobierno, cuya comision desempeñaba el jeneral Rondizzoni, prestó, desde su llegada a Talca, a principios de octubre, eficaces servicios a la organizacion del ejército.

VI.

Acordadas estas medidas el mismo dia 26, el jeneral en jefe se puso en marcha con direccion al Longaví en la ma-

ñana siguiente. Penosas impresiones trabajaban el ánimo del caudillo de la resistencia al acercarse a la vanguardia de su ejército, que, en realidad, no existia todavía sino en decretos. La revolucion se presentaba ahora en toda su pujanza. Circulaban en el campamento de Longaví las ardorosas proclamas que el jeneral Cruz dirijia al ejército, i la impresion que producia en los espíritus se hacia visible en un desaliento jeneral. La desercion disminuia por momentos las fuerzas de vanguardia, i en un solo dia (2 de octubre), encontrándose el jeneral Búlnes en el sitio, se habian marchado al sud sesenta soldados del batallon cívico de Chillan. Sabíase, al mismo tiempo, que el coronel Urrutia estaba próximo a apoderarse de la capital del Maule, abandonada por el intendente Necochea, que no contaba con fuerzas suficientes para defenderla. Por otra parte, el gobernador de Quirihüe don Manuel Tomas Martinez, antiguo jefe del ejército, se habia defeccionado, entregando a la revolucion aquella importante posicion que cierra sobre el Itata las cadenas bajas del litoral, en cuyo riñon está situado Cauquenes. Diversas montoneras mandadas por un Martinez de Lara, un Fuentes i otros, recorrian ademas aquel territorio, habiéndose hecho completamente dueñas de la populosa costa de Chanco, i lo que es mas, amagaban de cerca a Constitucion, cuyo puerto importantísimo en aquellas circunstancias, habia sido imprudentemente desguarnecido por el oficial de marina don Leoncio Señoret, gobernador de aquella plaza. Habíase dirijido este jefe, al parecer sin órdenes, con mas de cien infantes, hácia Cauquenes, de donde le fué forzoso retroceder a toda prisa. Temia, en consecuencia, el jeneral en jefe, con sobrada razon, que los revolucionarios del sud se apoderasen de esta posicion, mediante la superioridad que les daba en la mar la posesion del vapor *Arauco;* i ciertamente, que si

se hubiera acometido por aquellos tan acertada i fácil empresa, la ruina del gobierno habríase hecho inminente. La movilidad, tan indispensable a las revoluciones populares i que al principio se habia malogrado con la pérdida de los Cazadores, alcanzábase asi con mas ventajas por la mar. Puesta la vanguardia del ejército Penquisto en Constitucion, la línea de operaciones del jeneral Búlnes quedaba en el acto desbaratada, i lo que era mas grave, colocábase aquella en actitud de apoderarse de todos los refuerzos que en aquella direccion fuesen enviados de Valparaiso i aun del propio vapor *Cazador*, en que aquellos debian venir.

La situacion de los defensores del gobierno haciase pues mas crítica cada hora que pasaba. «El fuego de la revolucion, decia García Reyes en su diario, sin disputa habia tomado pábulo, i los ánimos de las poblaciones estaban alarmados i constreñidos por ella. Nuestras operaciones no encontraban cooperacion i ayuda espontánea, ni aun mediana con ausilio del dinero: lo probaba la escasez irremediable de noticias (1). Todo esto, añadia, sin embargo, no era obra de odiosidad sino de la actitud de la revolucion i de la debilidad de los

(1) Es un hecho singular el que solo por el juez de letras de Concepcion don Rafael Sotomayor, dejado en libertad por el jeneral Cruz, se supiese en Talca, despues cerca de un mes, los primeros pormenores del movimiento de Concepcion. Aquel funcionario se habia embarcado en Talcahuano en el buque de vela *Mars*, i tan pronto como llegó a la capital (el 5 o 6 de octubre), se le comisionó para que fuese a dar cuenta de las noticias que traia al jeneral Búlnes. Llegó, en consecuencia, a Talca el 9 de octubre; pero era tal el aislamiento en que los partidarios del presidente Montt habian vivido en Concepcion, que aun ignoraban algunos de los hechos mas públicos que habian tenido lugar en derredor suyo. Sotomayor, por ejemplo, contaba que el jeneral Baquedano habia ido a Talcahuano a hacer la revolucion, la noche del 13 de setiembre, cuando es sabido que él permaneció en Concepcion, siendo Alemparte el que dirijió aquel movimiento.

medios con que se sostenia la causa del gobierno. Las cosas cambiarian de aspecto tan pronto como hubiese un cuerpo de tropa suficiente a disposicion del jeneral para emprender sobre el enemigo. Entónces el cuartel jeneral se adelantaria a Chillan, se estrecharia el teatro en que obra el enemigo i se procuraria sofocar, antes que terminar con sangre, la revolucion.»

VII.

Hízose pues preciso abandonar la línea del Longaví, que era ya la tercera posicion perdida por el ejército del gobierno. El dia 3 de octubre dispuso el mismo jeneral en jefe que el coronel García moviese su campo hácia el valle de Longomilla, cuyo rio cubriria el flanco derecho del ejército, que no tenia este reparo en el Longaví, i ponia tambien atajo a la desercion que diezmaba aquellas fuerzas. El dia cuatro quedó pues establecido el campo en la hacienda de Chocoa, a dos leguas del Maule, operacion que por sí sola indicaba la flaqueza de los elementos de resistencia que el gobierno podia oponer en aquellos momentos a la revolucion. Ese mismo dia escribia, en efecto, el secretario del jeneral en jefe a sus amigos de la capital, que juzgábase ya difícil en el cuartel jeneral organizar la resistencia en la ribera sud del Maule, i tal era la triste realidad de las cosas en aquellos momentos (1). Mas, quien hubiera podido ima-

(1) «Se hablaba (en las comunicaciones al gobierno de la capital) en la intelijencia de que el enemigo emprendia su marcha hácia las orillas del Maule, sin que nos diera tiempo talvez para organizar en la ribera sud de este rio las fuerzas con que debiamos resistirles. Se dió órden al Chacabuco para que se pusiese en marcha.» *Diario de García Reyes.*

jinarse que la tardanza de los jefes de la revolucion, a quienes cumplia poner la mas estraordinaria presteza en sus movimientos, hubiera de dar lugar, no solo a que el ejército del gobierno conservase sus posiciones de ultra-Maule, sino que despues del trascurso de mes i medio cumplidos recobrase otra vez las líneas del Ñuble?

I sucedió, sin embargo!

VIII.

Pasado, en verdad, el primero i mas terrible embate del contajioso movimiento popular que habia prendido en el sud i dejados los jefes de la resistencia en holganza para hacer sus preparativos, cambióse, irremediablemente, en pocos dias, el aspecto de las cosas, i antes de tres semanas, encontrábase listo, como por encanto, en la marjen izquierda del Maule, un lucido ejército, para abrir la campaña sobre los rebeldes de Concepcion.

El 9 de octubre habian llegado, en efecto, al cuartel jeneral de Talca i al campamento de Longomilla, a la vez, los primeros refuerzos de tropa veterana que iban a convertir en un verdadero ejército de operaciones la division de vanguardia. El coronel Garcia, que habia desembarcado en Constitucion el dia 5, con la mitad del batallon Buin, conducido desde Valparaiso por el *Cazador,* se incorporó a la division del sud en Chocoa, i el comandante don Erasmo Escala tomó cuarteles al mismo tiempo en Talca con una brigada de artilleria compuesta de 4 obuses i 4 piezas de batalla. Conducia ademas este acreditado jefe considerables pertrechos i 50 mil pesos en dinero.

Al dia siguiente, 10 de octubre, desfiló por las calles de

Talca, no sin cierto mal ceño que alarmó a los adictos a la causa del gobierno, el batallon *Chacabuco* que conducia Silva Chaves (1), i que completado en San Fernando, habia, salido de esta villa, con direccion al sud, el 7 de octubre. El 11 se movió desde Talca, hácia el campamento de Chocoa, el batallon *Colchagua*, compuesto de las compañias de Rengo i San Fernando, de que ya hemos hecho mencion. El 14 llegaron los Lanceros organizados por Yañes en Curicó i el 16 se dirijió toda la fuerza acantonada en Talca hácia Longomilla. Este mismo dia, se trasladó a Chocoa el cuartel jeneral del ejército de operaciones.

Presájios venturosos rodearon desde aquel momento al ejército que en aquel mismo sitio iba a sellar el triunfo, sino de sus armas, al menos de su disciplina. Al siguiente dia de su llegada, las bandas de música de los cuerpos i el estampido del cañon anunciaban a los soldados que sus camaradas del norte habian desecho en Petorca las huestes de la revo-

(1) «El aspecto jeneral del batallon, dice Garcia Reyes en su diario, el jesto i semblante de los soldados, al desfilar al frente del jeneral en su marcha de camino, desagradó a todos los circunstantes. Pocos momentos despues, se recibieron informes fidedignos que corroboraban la noticia que se tenia del mal estado de este cuerpo. Desde su venida de Santiago, habia esparcido voces alarmantes sobre su fidelidad, anunciando que tan pronto como recibiese municiones se sublevaria.» Apesar de las manifestaciones de seguridad que hacia el comandante del cuerpo i de haberse dado a éste dos meses de paga, la desconfianza no se calmó, i aun díjose que una noche, el cuartel en que aquel estaba alojado en Talca fué rodeado por tropas, pues se suponia en rebelion a los soldados. El descontento de la tropa parecia, sin embargo, indudable, pues pocos dias mas tarde (12 de octubre), se espulsó del cuerpo a un sarjento Verdugo, despues de una horrorosa vapulacion, por haber proferido palabras de simpatía en favor del jeneral Cruz. Poco despues, se rebajó a soldados rasos cuatro clases del mismo batallon en el campamento de Chocoa.

lucion (1). Tres dias despues (20 de octubre), se presentó en Chocoa el lucido batallon *Talca;* i estando ya completo el ejército en sus tres armas, resolvióse el jeneral en jefe a abrir la campaña.

IX.

Quiso, con este objeto, hacer una revista preparatoria de sus fuerzas, i en consecuencia, el 21 de octubre, al mes cabal de su salida de Santiago, ordenó que todos los cuerpos formasen de parada. «La línea estaba arreglada, dice un testigo presencial (2), como en el campo de batalla. Las compañias de cazadores del Buin i del Yungay hicieron ejercicio de guerrilla en las dos alas de la línea con cartuchos de fogueo. La infanteria era mandada por el coronel don Manuel Garcia i la caballeria por el coronel don Ignacio. Despues de varias evoluciones con fuego, se les dió descanso, i un grito

(1) El jeneral Búlnes hizo circular en consideracion de esta noticia la siguiente proclama, que copiamos del diario del comante Silva Chaves.

«Las fuerzas del órden acaban de confundir a los rebeldes del Norte en las cercanias de Petorca.

«*Soldados*, esta victoria es el preludio de la que vaîs a obtener sobre los revolucionarios del sur. Vuestros compañeros de armas volverán victoriosos a unirse a vosotros en esta empresa de gloria. Vosotros acreditareis sin duda que sois tan bravos como ellos. Un esfuerzo mas, i la Patria afianzará para siempre sus instituciones i su prosperidad.

Búlnes.»

(2) Don Santiago Lemus, oficial de la secretaria del jeneral Búlnes en carta a su padre, fecha 24 de octubre, que orijinal tenemos a la vista.

unánime resonó en el campo de *Viva el jeneral Búlnes! Viva el órden!*» (1).

X.

Aquella revista puso de manifiesto, sin embargo, un notable vacio que se observaba por los jefes intelijentes en la organizacion del ejército. La infanteria era exelente i numerosa, pero la caballeria no guardaba proporcion alguna en su número con relacion a aquella tropa, pues solo se contaban 180 Cazadores a caballos i los 50 Granaderos que servian de escolta al jeneral en jefe. La artilleria estaba aun en un pié

(1) Con motivo de esta revista, el jeneral Búlnes dirijió a su ejército la siguiente proclama que tomamos de la *Civilizacion* del 30 de octubre.

«*Soldados*—La revista jeneral de ayer me ha dejado lleno de satisfaccion. Los cuerpos de las diversas armas han mostrado una instruccion militar que les hace honor. Yo he presenciado el entusiasmo que les inspira la causa que estan llamados a sostener, i estoi orgulloso de hallarme a la cabeza de soldados tan hábiles i tan patriotas.

«Doi las gracias, a nombre del Gobierno, a los jefes i oficiales que han sabido cumplir tan bien con sus deberes i preparar en tan breve tiempo los cuerpos que se han puesto a sus órdenes.

«*Soldados*:—Peleamos bajo la bandera de la República; defendemos las autoridades lejítimas que ella se ha dado; vamos a combatir la anarquia que amenaza consumir en un instante los bienes inmensos que una paz bienhechora de 20 años habia proporcionado a nuestro pais. El Cielo ha de bendecir los esfuerzos de los que sostienen tan bella causa.

«En pocos dias mas, marcharemos sobre el enemigo. Llevad desde luego la conciencia de que obtendreis sobre él, como valientes, una espléndida victoria.

Vuestro jeneral

Manuel Búlnes.»

mas desventajoso, pues solo existian 30 artilleros veteranos para manejar ocho piezas de calibre.

Conferenció el jeneral Búlnes aquella misma tarde con el coronel Gana, que era su consejero mas íntimo i mas eficaz en asuntos de estratejia, sobre los medios de obviar aquellos males, i determinóse, en el acto mismo, que el último se dirijiera a la capital aceleradamente a solicitar los auxilios necesarios. El coronel Gana llenó su comision con una presteza tan admirable, que habiendo salido el 22 de Chocoa, estuvo de vuelta el 28, permaneciendo de incógnito solo una noche en la Moneda. En su tránsito por los pueblos de Colchagua, movilizó varios destacamentos de caballeria, a fuerza de ruegos, i en Santiago obtuvo del asustadizo gobierno, ya un tanto tranquilizado con la victoria de Petorca, que se desprendiese del escuadron de Granaderos a caballo que servia de escolta al Presidente i de los pocos artilleros que aun quedaban i que componian en aquellos dias la única guarnicion veterana de la capital.

Estas fuerzas, habiéndose puesto en marcha el dia 25 de octubre, llegaron a Chocoa el dia 29, i casi al mismo tiempo (30 de octubre), se incorporaba al ejército la otra mitad del batallon *Buin*, que se habia batido en Petorca al mando del mayor Peñailillo, i que el *Cazador* habia desembarcado en Constitucion el dia 24.

El ejército de operaciones estaba completo i en número que pasaba de 3,000 hombres. Faltaba solo darle una lijera organizacion en la distribucion de sus jefes i oficialidad para ponerlo en estado de abrir en el acto la campaña.

XI.

Formóse, en consecuencia, el plan de organizacion que se adoptó i para dar a la infanteria de línea un solo centro, un rejimiento compuesto de los batallones *Buin* i *Chacabuco*, bajo la denominacion del primero de estos cuerpos, confiándose su mando al coronel don Manuel Garcia. Mandaban el 2.° batallon el comandante Silva Chaves i el valiente oficial don Basilio Urrutia, en calidad de mayor, teniendo este mismo puesto en el primero el bizarro i malogrado Peñailillo. Constaba este rejimiento veterano de 670 plazas i el objeto principal que se habia tenido al organizarlo en esta forma, era oponerlo al rejimiento Carampangue que se sabia a la sazon habia formado el jeneral Cruz en los Anjeles.

Entregóse el mando del *Chillan de línea*, compuesto de las compañías de infantería cívica de San Carlos, Parral i Linares, sobre la base de la compañía de cazadores del *Yungai*, al jóven capitan que mandaba éstas, don José Campos, quien, a semejanza de Peñailillo, debia morir en el puesto del honor, alentando a sus soldados. Los tres batallones de infantería cívica tenian tambien jefes acreditados. El *Chillan*, al comandante don José Maria del Canto, que habia reemplazado al octojenario Lantaño, el *Colchagua*, al esforzado comandante don Juan Torres, retirado hacia pocos meses de la asamblea de Aconcagua por sospechas de desafeccion al bando Monttista, i por último, el *Talca*, a don Santiago Urzúa, jóven tan distinguido por su carácter como por su civismo (1),

(1) Don Santiago Urzúa era natural de Talca i pertenecia a una familia de rango i acaudalada. Habíase hecho conocer como un jóven sério i moderado, i desde sus primeros años se habia

i a quien se habia agregado en calidad de sarjento mayor al bizarro oficial de estado mayor don Caupolican de la Plaza.

Componíase de esta suerte la infanteria del ejército del gobierno de seis batallones que formaban una fuerza de 1814 hombres, de los qué, algo ménos de la mitad eran veteranos. Púsose esta arma, que constituia por mucho la superioridad del ejército de operaciones, bajo las órdenes del coronel don Manuel Garcia.

La caballería tenia una composicion análoga. Constaba de 500 soldados de línea i 750 de milicias, formando un total de 1250; pero, como es sabido, solo podia contarse como fuerza eficaz con los escuadrones de tropas regladas. De éstas, los Cazadores a caballo, que tenia 200 plazas i eran el cuerpo favorito del ejército, estaban mandados por el comandante Venegas, que habia recibido (10 de octubre) la efectividad de su grado de teniente coronel, en premio de su supuesta fidelidad al gobierno. Mandaba los Granaderos (182

consagrado a la carrera del comercio, sirviendo en la casa de un respetable pariente, el señor don José Maria Silva Cienfuegos. El estudio de los idiomas habia sido su ocupacion predilecta i poseia notablemente el ingles, lengua a que era sumamente aficionado, acaso porque habia en su carácter i aun en su organizacion física muchos rasgos de la raza sajona. Era retraido, por carácter, de los asuntos políticos, pero la amistad que profesaba a don Antonio Varas, su amigo desde el colejio, le hizo tomar una parte activa en la revolucion, sacrificando su reposo, su fortuna i acaso muchas de sus mas íntimas simpatías. Solo a su prestijio entre los cívicos de Talca i a la jenerosidad con que les obsequiaba, debióse el que este cuerpo se prestase a tomar parte en la campaña. Por lo demas, es sabido que la batalla de Longomilla tuvo lugar en su propia hacienda de Reyes, cuyas casas fueron destrozadas por el plomo i el fuego. Urzua obtuvo una jenerosa indemnizacion por estos perjuicios, i murió poco despues (en 1852) de una manera repentina, en los baños de Colina.

plazas), el comandante don José Tomas Yavar i los Lanceros el teniente coronel don José Antonio Yañes.

Las milicias estaban divididas en ocho escuadrones, de los que tres formaban el rejimiento de Caupolican, compuesto de los huasos de «la huasa Colchagua» i los otros tenian el nombre de sus respectivas localidades, a saber: *Laja* (60 plazas) comandante Aguilera; *Chillan* (104 plazas) comandante Briseño; *Rancagua* (102 plazas) comandante Melo; i por último, los escuadrones de Linares i Curicó que tenian 84 jinetes el primero i 126 el segundo.

Todas las fuerzas de caballería se pusieron bajo la direccion del coronel de aquella arma don José Ignacio García.

La artillería, por último, constaba de 9 piezas con 100 artilleros, escasa dotacion, en verdad, pero cuya deficiencia suplian en gran manera el celo, el entusiasmo, i sobre todo, el probado denuedo de su jóven comandante don Erasmo Escala. Estaba dividida la brigada en dos baterias compuestas de cuatro obuses, cuatro piezas de batalla i un pequeño cañon de montaña que los soldados habian bautizado con el nombre de *el zorrito*.

El total del ejército con que el jeneral Búlnes iba a abrir la campaña se componia, segun estos detalles auténticos, de 3,345 hombres (comprendiendo 26 jefes i 155 oficiales) distribuidos en 6 batallones de infantería, 13 escuadrones de caballería i una brigada de artillería. Su equipo, en vestuario, armamento, municiones, hospitales, maestranza, comisaría i demas ramos de guerra era completo i lo animaba ademas un sincero entusiasmo por la causa que defendia (1).

(1) Véase en el documento núm. 2 el estado jeneral de las fuerzas del ejército del gobierno, que tomamos de la Memoria del Ministerio de la Guerra de 1852.



XII.

Organizado, pues, de esta manera, el ejército de operaciones i resuelto el jeneral Búlnes a aprovechar todas las ventajas de la ofensiva, levantó su campo de Chocoa el 2 de noviembre, disponiendo la marcha al Ñuble en tres divisiones sucesivas.

Componiase la division de vanguardia de la caballería veterana mandada por el coronel don José Ignacio Garcia, la del centro de una gran parte de la infantería, bajo las órdenes del coronel jefe del rejimiento *Buin*, i la de retaguardia, de algunos cuerpos de infantería i escuadrones de milicia que custodiaban el parque, provisiones i bagajes. Iba al cargo de la última el coronel don Manuel Riquelme.

El jeneral en jefe se puso tambien en marcha el mismo dia 3 (1), dejando órdenes para que se enviase por mar un

(1) He aquí la única nota en que el jeneral Búlnes dá cuenta al Ministro de la guerra de este movimiento. Está copiada del orijinal existente en el Ministerio de la guerra.

CUARTEL JENERAL DEL EJERCITO DE OPERACIONES SOBRE EL SUR.

Núm. 97.

Longomilla, noviembre 3 de 1851.

«Ayer ha comenzado a moverse este campo para aproximarse al enemigo, i hoi ha desocupado completamente su alojamiento para ponerse en marcha. El cuartel jeneral se moverá tambien hoi mismo.

«Lo digo a U. S. para que se sirva ponerlo en conocimiento de S. E. el Presidente de la República i anunciarle que tan pronto como arribe a las inmediaciones del Ñuble, le trasmitiré un informe exacto del ejército i de los accidentes que ocurran en la campaña.

Dios guarde a U. S.

Manuel Búlnes.»

Al señor Ministro de la Guerra.

ausilio de tropas i armas al mayor Zúñiga. Suponia el jeneral Búlnes ocupado a aquel en sublevar la Araucania, a retaguardia del jeneral Cruz, i se imajinaba que iba a cojerle, como dice la espresion vulgar de nuestra milicia, entre dos fuegos.

XIII.

Es pues ya tiempo de volver la vista hácia los acontecimientos que tenian lugar al sur del Ñuble, i que hemos dejado suspensos en el penúltimo capítulo del volúmen anterior con la llegada del jeneral Cruz a Concepcion, que ponia término a los aprestos e incertidumbres de la revolucion, para iniciar el período de la organizacion militar i de la guerra civil.

CAPITULO III.

APRESTOS MILITARES DE LA REVOLUCION.

Decrétase en Concepcion la formacion de dos batallones de infantería i un escuadron lijero, antes de la llegada del jeneral Cruz. —Aprestos militares en las fronteras.—Eusebio Ruiz.—Su carrera de soldado, su carácter i sus operaciones tan luego como estalla la revolucion.—El comandante don Manuel Zañartu. —Sus servicios i su rol revolucionario en 1851.—Su diario de campaña i carta que escribe al autor en 1856.—Su conducta en presencia de la revolucion i esfuerzos que hace para sofocarla.—Carácter de este jefe.—El comandante Lara ocupa a Quirihue i se reune al coronel Urrutia en las cierras del Ninhüe.—Desacertado envio del vapor *Arauco*, conduciendo a la comision de la Serena al puerto de Coquimbo, i salutacion que ésta dirijió al pueblo de Concepcion.—Combate del *Arauco* i del *Meteoro* en la boca de la Quiriquina.—Progresos de la insurreccion hasta fines del mes de setiembre.—Enfermedad del jeneral Cruz.

I.

Dejábamos, al finalizar el penúltimo capítulo del volúmen que precede, a la revolucion del sud fatalmente paralizada

en sus aprestos militares por la penosa enfermedad que agoviaba al jeneral Cruz. Yacia este en su lecho, esforzándose por encontrar en los alientos de su espíritu las fuerzas que faltaban a su naturaleza desfallecida. Nunca sobrevino un contratiempo mas grave i mas fuera de tiempo a una empresa destinada a sostenerse i a triunfar solo por el entusiasmo i la dilijencia de sus defensores. La revolucion habia podido tener lugar sin la presencia del jeneral Cruz, porque aquella era solo la forma moral de la ajitacion que sacudia a la república. Pero la organizacion militar no podia llevarse a cabo en ninguno de sus detalles sin su cooperacion inmediata i sin el prestijio que comunica a todas las voluntades la presencia del que las dirije hácia un fin determinado.

II.

El comandante de armas Baquedano, el intendente Vicuña i don José Antonio Alemparte que tenia particularmente a su cargo el departamento de Talcahuano i la organizacion de la marina revolucionaria, habian tomado, sin embargo, medidas militares de importancia desde el momento en que estalló la insurreccion, i muchos dias antes de contarse con la decidida adhesion del jeneral Cruz al movimiento. El dia 15, en efecto, 48 horas despues de dado el grito de rebelion, se habia mandado levantar un batallon de línea en Concepcion, comisionándose al ayudante de la intendencia don José Antonio Gonzalez para el enganche de los voluntarios. Al siguiente dia 16, se acuarteló el batallon cívico de Concepion i se puso bajo un pié de guerra con el nombre de *Batallon cívico núm. 1*, que fué despues cambiado por el de

Guia, en memoria de la victoria que, en la portada de este nombre, alcanzó en Lima el ejército chileno en 1838.

Empeñados los jefes del movimiento en adelantar su influencia i sus armas hácia el norte, determinaron tambien alistar con toda presteza un escuadron de caballería compuesto en su mayor parte de veteranos retirados, a fin de reemplazar de esta manera, en cuanto fuese posible, la funesta ausencia de los Cazadores. El 18 de setiembre se comisionó a don Francisco Prado Aldunate para que organizara esta tropa a la lijera, elijiendo del batallon cívico los hombres que fuesen mas aparentes para aquel servicio, i ordenóse al mismo tiempo, con fecha 21 de setiembre, que se comprasen 500 caballos, distribuyéndolos proporcionalmente en los cinco departamentos de la provincia. El dia 23 estaba ya listo, bien montado i armado de carabina i sable, (pues de esta última arma se habia encontrado un repuesto de mas de 200 completamente nuevos i un gran número de corazas en el almacen del cuartel militar de Concepcion) un escuadron lijero. Púsose éste a las órdenes del valeroso jóven don Ramon Lara, antiguo oficial del batallon Aconcagua que habia hecho con lucimiento la campaña del Perú en 1839, i que se encontraba asilado en Concepcion, perseguido por la asonada que habia acaudillado en San Felipe el 5 de noviembre del año anterior. Diósele por capitanes de compañía a don Hermójenes Urbistondo, jóven entusiasta i esforzado, que habia sido puesto en prision i en seguida desterrado, a consecuencia del motin de abril, i al antiguo capitan de Cazadores a caballo don José Antonio Sanhueza, agregado entónces a la asamblea de Concepcion. El mismo dia 23, movióse esta fuerza hácia el Itata con el objeto de apoyar las operaciones del ambulante coronel Urrutia que no contaba para dominar las provincias del Ñuble i del Maule

sino con tropeles de huasos armados de chusos i malas lanzas. El sarjento mayor don Benjamin Videla siguió a Lara con una pequeña fuerza de infantería cívica.

III.

Pero todos estos aprestos no salian del recinto de la desmantelada ciudad de Concepcion, donde, como hemos visto, estaba el corazon, mas no el brazo de la revolucion. Era en las fronteras donde debian reunirse las huestes guerreras que debian llevar aquella a la capital de la República en la punta de sus lanzas; i así era que se miraba con cierta tibieza toda medida que no fuese dirijida a levantar en masa aquellas belicosas poblaciones de la raya de la Araucanía.

Dos hombres iban a presentarse, entretanto, en aquellos parajes, como los opuestos emblemas de grandeza i mezquindad que debian caracterizar las campañas de la revolucion del sur. El uno era el titan de nuestras batallas, i su nombre glorioso resonaba desde su niñez en todos los ámbitos de las Fronteras con el májico prestijio de esas trompas bélicas con que los caciques araucanos avisan a sus tribus que ha llegado la hora de amarrar sus lanzas i montar sus caballos de guerra. Llamábase Eusebio Ruiz, i a su voz, no habia un solo jinete en ambas riberas del Biobio i del Vergara que no tomase la brida i empuñase el sable para correr a recibir sus órdenes. Era el otro don Manuel Zañartu, el comandante del batallon Carampangue que asumió, durante la revolucion del sur, la triste responsabilidad de todos los hechos en que los hombres de principios i los soldados de valor rehusaron tomar parte. Ruiz fué con Urizar el primero en desplegar al aire la bandera de la insurreccion militar en los campos

del sud, así como fueron los primeros en morir sobre el campo del honor. Zañartu, al contrario, se ostentó el mas empeñado i egoista enemigo de aquella rebelion, que despues de una victoria en gran manera malograda por su culpa, iba a ahogarse en la mísera pusilanimidad de su pecho de soldado en aquel oprobioso lance de Purapel.

IV.

Eusebio Ruiz habia visto la luz en Nacimiento, madriguera de leones, antes que poblacion de pacíficos colonos, avanzada hacia adentro de la frontera araucana.

A los 15 años de edad, tomó las armas, alistándose como soldado distinguido en el cuerpo de Cazadores a caballo, que mandaba el coronel Freire en 1817 i en el que servia, con la graduacion de teniente, su hermano Ventura Ruiz, otra de las lanzas que han dado alto renombre a Nacimiento. Hallóse, por consiguiente, en todos los encuentros que en aquel año nos hicieron dueños de la raya del Biobio, conquistando cada uno de los fuertes que protejen sus vados, a filo de sable. Penetró uno de los primeros en la plaza de Nacimiento el 8 de mayo de aquel año; apoderóse en seguida de Santa Juana, bajo las órdenes del valiente Cienfuegos, llamado vulgarmente el *Tacho* por la ronquera de su voz, i sostuvo, por último, durante cuatro meses el sitio a que fué reducido Freire en el fuerte de Arauco, despues de haberlo perdido Cienfuegos junto con la vida. Cuéntase que, en uno de estos ataques, el inesperto recluta de Cazadores echó el cartucho a la carabina con la bala en el fondo, por lo que el tiro no partió; reconviniéndolo en el acto su inmediato jefe, que era entónces el capitan don Salvador Puga, la respuesta de Ruiz fué tirar

la carabina al suelo i desnudar el sable i esclamando: *esta es la arma de los bravos!*, se arrojó en medio de las filas enemigas (1).

Durante la campaña de 1818, Ruiz confirmó su valor con su sangre. Protejiendo la retirada del ejército, recibió una lanzada en las llanuras de Quechereguas, que él se hizo pagar empero, a sus anchas, en la planicie de Espejo, pocos dias mas tarde. Sabido es que su cuerpo, con Freire a la cabeza, rompió al fin el cuadro del Burgos en la derrota de Maipo.

De las batallas en que el jóven Ruiz peleaba como jinete, pasó en breve a los encuentros de la mar. Embarcado con Lord Cochrane en 1819, encontróse en el asalto de Pisco i en el combate de la Puná, a la entrada del rio Guayaquil, donde fué herido de bala. Un año despues, volvemos a encontrarle en el sud, recibiendo otra herida de lanza en un encuentro (29 de diciembre de 1820), en el que su bravura dejó atónitos a sus soldados i al enemigo mismo que le acosaba. *Boleado* su caballo en un encuentro con las tropas de Benavides en la vecindad de Chillan, rodeóle un enjambre de indios que le asestaban sus lanzas, miéntras sus compañeros iban a rehacerse a corta distancia para emprender una nueva carga. Defendióse Ruiz con increible destreza, durante muchos minutos, con su lanza, i cuando los suyos llegaron a rescatarle, le encontraron todavía en pié, con el cuello atravesado de una herida, única lesion que habia recibido (2).

Durante todo el año de 1821, sirvió bajo las órdenes de un oficial que era digno de mandar a tan valeroso soldado, el

(1) Noticia comunicada por el coronel don Salvador Puga a don Pedro Félix Vicuña.

(2) Este dato nos ha sido comunicado por el señor comandante don José Antonio Yañes.

capitan don Manuel Búlnes. A su lado, recibió dos heridas de lanza en las vegas de Mulchen, habiéndose internado hasta las márjenes del Cautin, en el corazon de la Araucanía. Desde aquí, se adelantó hasta Valdivia con 100 cazadores i 300 indios aliados, permaneciendo un año entero vagando en las fragosidades de aquellas comarcas, que resonaban con el terror de su nombre. Durante toda esta terrible campaña, estuvo interceptado por el enemigo; i cuando se presentó de nuevo sobre el Biobio, con su tropa destrozada por la interperie i los combates, habríasele creido el jefe de una infernal cohorte de macilentos espectros.

Antes de cerrarse la era de los combates de la independencia, Ruiz volvió a recibir el fuego de los enemigos de su patria. Unas de las últimas balas que se dispararon en las fronteras por los fusiles realistas, le hirió en un brazo, durante un encuentro que sostuvo en Arauco al lado del valeroso coronel Picarte. «Tenia fama de valiente, dice uno de sus émulos de aquella época i con mucha justicia, por su arrojo en los combates» (1). Lleno de cicatrices i con la nombradia de un bravo sin segundo, residia Eusebio Ruiz en Concepcion cuando estalló la revolucion de 1829. En el acto, toma partido en el bando que acaudillaba su antiguo coronel don Ramon Freire, i sin mas prestijio que el de su nombre, pónese a la cabeza de una compañia de Cazadores a caballo que logró seducir en el pueblo de Yumbel; entra con ellos en Concepcion, pone en arresto al coronel Cruz, que mandaba aquella plaza i a quien sorprende en su cuartel, i despues de reunir considerables fuerzas de milicias i algunos indios, marcha en ausilio del coronel Viel, que sitiaba a Chillan con las tropas consti-

(1) El jeneral Baquedano—Carta privada al autor, fecha de Concepcion, mayo 17 de 1862.

tucionales. Hásenos referido que en una de las salidas que hizo la caballeria veterana de la plaza sitiada, compuesta de 150 húzares, Ruiz, montado en un soberbio caballo mulato que habia pertenecido al coronel Quintana (llamado el *Moro*), la cargó con sus cazadores i en el *entrevero*, trajo al suelo con su propio sable once de sus contrarios (1).

El desastre de Lircay envolvió a Ruiz, como a tantos otros leales soldados de Chile, i habiendo emigrado al Perú, arrastró durante muchos años una existencia errante i azarosa. Encontrándose por acaso en Santiago diez años mas tarde, i se le designó oficialmente como una de las víctimas de aquella inicua trama de rufianes, que se ha llamado *golpe de Estado*, i que es conocido con el nombre histórico de la *farsa de Bazan i Bisama*. Ruiz fué procesado con el senador Benavente, el comandante de la guardia cívica Aldunate i otros ciudadanos acusados de haber atentado contra los dias del jeneral Búlnes, a quien se queria hacer mártir, para convertirle despues, mediante la virtud del *estado de sitio*, en presidente de la República. Absuelto en esta causa, forjada por los palaciegos del candidato oficial, volvió a su vida peregrina, sobrellevando con ánimo entero los contratiempos de su mala estrella política, cuya ténue luz siguió, empero, leal e impertérrito hasta el heroico i lastimero lance que puso fin a sus dias. Sabemos solo de los diez últimos años de la existencia de Ruiz, que fué subdelegado de Chañarcillo en Copiapó i que habiendo acumulado con su industria i ahorros una pequeña fortuna, se habia retirado a vivir tranquilamente en su pueblo natal de Nacimiento.

(1) Don Bernardino Pradel, que era en aquella época dueño del caballo que montaba Ruiz, nos ha referido este lance.

V.

Encontrole ahí la noticia del levantamiento de Concepcion, que, por cierto, no era un misterio para él. En el acto, montó a caballo, i dirijióse a los Anjeles para ponerse de acuerdo con Urízar, a fin de sujetar el escuadron de Cazadores que estaba en aquella plaza a las órdenes de Venegas. Mas, por desgracia, a su llegada, aquellos iban ya en marcha hácia Chillan, despues de haber burlado los esfuerzos de Urízar para detenerlos. Ruiz, sin embargo, no vaciló en seguirlos i despues de haberse puesto de acuerdo con Pradel (que como vimos llegó a los Anjeles el mismo dia de la partida de los Cazadores), galopó 14 leguas hasta darles alcance cerca de Cholvan donde se puso al habla con Venegas. Contestó éste a sus ardientes interpelaciones con palabras evasivas solamente; i aunque algunos soldados quisieron regresar con él, no lo consintió, a ménos que no volviese todo el escuadron. Cuando regresó a los Anjeles, i dió aviso a Pradel del mal éxito de su empeño, el jeneroso soldado se contentó con decir—*No importa! tengo catorce mil pesos que consagrar a la patria i no nos harán tanta falta los Cazadores* (1).

Marchóse, en consecuencia, a los pueblos avanzados de la frontera como Nacimiento, Santa Juana i Arauco, reunió las milicias, elijió los soldados mas a propósito para la guerra i dióse tanta prisa en sus aprestos que, a fines de setiembre, tenia ya reunido un lucido rejimiento de 300 lanceros, todos voluntarios. Enviáronse a este cuerpo todas las corazas que existian en Concepcion, por lo que se le dió el nombre de

(1) Dato comunicado por don Bernardino Pradel.

Dragones de la frontera. El 19 de setiembre se habia espedido por el intendente Vicuña el decreto de organizacion de aquellas fuerzas, nombrando coronel del rejimiento a Ruiz, comandante al oficial veterano don Pedro Alarcon, i sarjento mayor al capitan Zapata, antiguo soldado de los Pincheiras.

VI.

Era Eusebio Ruiz en 1851 un atlético anciano de rostro tostado, frente descubierta, pelo completamente cano, nariz grande i aguileña, alto, fornido, con músculos de fierro, i un semblante entre terrible i severo. Temíanle mas que le amaban sus subalternos. Era incansable en los ejercicios de su profesion, pues no gustaba tener ociosos a los soldados. Dábales el ejemplo de la sobriedad en los campamentos i era de aquellos raros jefes que cuando dan en los campos de batalla la voz de acuchillar al enemigo, no dicen a sus filas *os sigo!* sino *seguidme!* Pasaba entre sus superiores por insubordinado, porque no reconocia fila ni oia en los combates otro toque de los clarines que el que sonaba al degüello o a la victoria. Podia acaso tildársele de cruel, porque sableaba sin piedad i por su propia mano; pero si su reputacion de hombre se menoscaba con este juicio, su nombradía de soldado queda ilesa i mas imponente todavía. Era, en suma, Eusebio Ruiz uno de esos hombres que nacen para la guerra, viven en ella de sus propias heridas i, al fin, encuentran en un surco del campo la fosa de su gloria i de su sacrificio. Héroe mas que soldado, leon mas que hombre, su memoria vivirá entre los chilenos miéntras haya proezas militares que contar i miéntras sea preciso conservar altos

ejemplos de civismo republicano i de lealtad política que formen la escuela de los defensores de la patria.

VII.

Fué en todo opuesto a Eusebio Ruiz en su mision revolucionaria el comandante del Carampangue don Manuel Zañartu, i si reunimos en estas pájinas sus nombres, no es, en verdad, por hacer sombra al del último con una gran memoria, sino porque el hondo contraste de sus caracteres i de sus hechos se arranca por sí solo de los acontecimientos que narramos. Ruiz era, en las fronteras, el brazo de la insurreccion. Zañartu, al contrario, fué el espíritu tenaz de la resistencia. Por lo demas, su reputacion de soldado no podia menoscabarse al ponerla en parangon con la de aquel insigne guerrero, porque el comandante Zañartu, a quien se ha llamado con tanta amargura «traidor» i «cobarde», fué en su juventud uno de los mas brillantes oficiales de nuestro ejército, i en 1851 no se hizo nunca digno de aquellos apodos, si es que la franqueza a toda prueba en la conducta de los hombres es bastante a ponerlos a cubierto de la sospecha de la deslealtad. La culpa única de Zañartu, en 1851, fué el de ser un enemigo descubierto de la revolucion a que él solo por motivos personales prestó la ostensible adhesion de sus servicios.

VIII.

Don Manuel Zañartu i Opaso habia nacido en Concepcion, en el primer lustro del presente siglo (1804). Su familia era

oscura, pues él mismo dice, en un documento que daremos luego a luz, «que tenia mas de caballero por costumbres que de orijen», pero los brazos de su madre habian mecido en cada uno de sus hijos un soldado. Sus hermanos don Vicente, don Alejo i don José Maria, mas conocido con el nombre del *Pato*, se habian distinguido en la milicia, desde los primeros años de la independencia, el primero como comandante del Carampangue, i adquiriéndose el segundo la reputacion de un valiente en el arma de caballería.

Don Manuel habia tomado servicio, como Eusebio Ruiz, en 1817. Era entónces un niño de 13 años i recibió el bautismo del plomo, comportándose bizarramente delante de las trincheras de Talcahuano, en el asalto memorable del 6 de diciembre de aquel año, en el que recibió una herida de bala. Fué uno de los soldados del *núm.* 3 *de Arauco* (despues Carampague) que siguieron al capitan don José Maria de la Cruz hasta escalar las palizadas del fuerte i que siendo los primeros en la embestida, retrocedieron los últimos.

Ya antes Zañartu habia hecho su ensayo en la accion de Curaquilla a las órdenes del temerario Catalan Molina i en el asalto i sitio de Arauco con el bizarro Freire, cuando pasando a nado el batallon núm. 3, en medio del fuego enemigo el rio *Carampangue*, cambió aquel su nombre por del sitio de su hazaña.

Hizo, despues de haberse batido en Maipo, la segunda i tercera campaña de aquella guerra de Concepcion, en la que no se daba ni se pedia cuartel, durante los años de 1817, 1820 i 1821, encontrándose, como jefe de la reserva, en la batalla de las vegas de Saldias, que cerró, en las goteras de Chillan, el cuadro de aquella era de horrores, de la que el sangriento Benavides i el caballeresco mariscal Freire fueron los protagonistas.

Terminada la guerra de la independencia, no volvemos a encontrarle sino el año de 1830, cuando habia terminado la guerra civil. Era entónces Zañartu capitan del rejimiento de Húsares que cubria la guarnicion de Santiago, i habia servido, desde 1821, en distintos cuerpos i principalmente en los de caballeria, como en los Dragones, Escolta Directorial i, por último, en el Rejimiento de Cazadores. Mas, en aquel año, volvió a incorporarse a su antiguo cuerpo, de que era jefe su hermano don Vicente, a consecuencia de un lance que estuvo a punto de perderle (1).

Distinguióse despues Zañartu en la segunda campaña del Perú como sarjento mayor del Carampangue, i a su regreso a Chile, recibió poco mas tarde el mando de este cuerpo.

Hacia muchos años que cubria los fuertes de la Frontera con su aguerrido batallon, cuando, a principios de 1851, el jeneral Cruz, de quien era íntimo amigo desde que habian servido juntos en aquel cuerpo en 1817, le ordenó trasladarse a Arauco con una compañía de su cuerpo (la de granaderos, capitan Molina), con el objeto de disciplinar el batallon cívico de aquel departamento i adelantar la delineacion de aquel pueblo, azotado por tantas calamidades durante las guerras fronterizas.

Encontrábase pacificamente ocupado en aquel fuerte cuando se hizo la proclamacion del jeneral Cruz, i desde luego, lo

(1) Fué juzgado en un consejo de guerra, en diciembre de 830, por haber tirado un pistoletazo a uno de sus subalternos, con cuya mujer vivia en ilícitos amores. Condenósele por sentencia de 15 de mayo de 1831 a una prision de seis meses en un castillo i a la separacion de su cuerpo. Presidió el consejo el jeneral don Manuel Blanco Encalada i fueron vocales los oficiales Ansieta, Lattapiat, don Pablo Silva, don Nicolas Maruri i los coroneles Lopez i Obejero. El proceso se encuentra archivado en la comandancia de armas de esta capital.

prestó, en su carácter de ciudadano i como amigo, su mas empeñosa adhesion. No por esto creia comprometer su responsabilidad como jefe militar; i al contrario, sucedió que cuando llegaron hasta su retiro las voces de que el *Carampangue* apoyaria en caso necesario la rebelion armada, escribió a un amigo suyo, prohombre del bando Monttista en Concepcion, haciéndole las mas sinceras protestas de su adhesion a la autoridad (1).

Vino despues a Concepcion, nombrado elector por el departamento de Lautaro, i dió su voto al jeneral Cruz, habiendo tenido antes la delicadeza de ofrecer la renuncia del mando de su cuerpo al intendente Viel, para alejar asi toda sospecha de connivencia en los planes revolucionarios que entónces se susurraban (julio de 1851) en Concepcion. Es escusado decir que aquella no le fué admitida i con justicia, porque no habia quizá entónces en todo el ejército un solo oficial que estuviese mas distante de pensar en adherirse a una revolucion armada, que el comandante del Carampangue.

Sabíase solo que Zañartu, abominando de corazon las revueltas, profesaba al jeneral Cruz tal amistad i tan profundo respeto que no sabria negarle ni aun el mas árduo sacrificio, i bajo este presentimiento, contábase con su cooperacion personal, bien que a esta no se atribuyera gran importancia, desde que se disponia del Carampangue por medio de alguno de sus oficiales i particularmente del mayor Urízar. Hiciéronse, sin embargo, algunas tentativas para sondearlo mas directamente en sus intenciones. En los primeros dias de

(1) Carta a don Ignacio Palma, fecha de Arauco marzo 6 de 1851, en contestacion a la que aquel le escribió con fecha 4 del mismo mes i que publicamos en los documentos del apéndice en el tercer volúmen. La carta a que ahora aludimos puede verse en el documento núm. 3 del presente volúmen.

setiembre, se le remitieron con el ayudante de su cuerpo 500 pesos en dinero (producto de las libranzas traidas por don Francisco Vicuña de Santiago i de los que se dieron 2,000 pesos al mayor Urízar i 5 mil a don Bernardino Pradel, para impulsar la revolucion en los Anjeles i en Chillan) i unas cuantas varas de paño encarnado para obsequiar a los caciques. Pocos dias mas tarde i ya en la antevíspera de la revolucion (11 de setiembre), se presentó en Arauco el ciudadano don Juan José Arteaga con el fin de participarle la inminencia del movimiento. Pero Zañartu se limitó a devolver friamente el dinero, diciendo que no tenia en que invertirlo i a Arteaga dióle por toda respuesta que ignoraba absolutamente los planes para cuya ejecucion iba a pedirle su apoyo. Esto no era en manera alguna una deslealtad. Era, al contrario, la mas franca i esplícita animadversion profesada por él al movimiento revolucionario que iba a estallar en su provincia natal, sostenido por las bayonetas de los soldados que el mismo mandaba.

XI.

Asi sucedió que, cuando llegó a sus manos la carta del intendente revolucionario Vicuña, de que ya hemos dado cuenta (1), desconoció en el acto su autoridad i antes de

(1) Zañartu nunca habia esquivado, sin embargo, la manifestacion de sus simpatías de hombre por la causa de Concepcion. Contestando a don Pedro Félix Vicuña (a quien hadia conocido en casa de su compadre don Manuel Serrano, cuando estuvo en Concepcion), le dice en una carta fechada en Arauco el 1.º de agosto i que orijinal tenemos a la vista, refiriéndose a la noticia que aquel le comunicaba de las medidas fuertes que se atribuia al gobierno, las siguientes palabras. «Si el gobierno, como U. in-

cerrar su respuesta, que tambien hemos publicado, envió un espreso a los Anjeles al intendente legal don Benjamin Viel, para ponerse a sus órdenes con toda su tropa.

I sin desmentir con el hecho la promesa, tan pronto como recibió la contestacion de aquel, llamándole a Rere, con el objeto de marchar de acuerdo, a fin de ir a sofocar la asonada de Concepcion, púsose en marcha el dia 18 i llegó a Rere el 22, habiendo sabido, a su paso por Santa Juana, i con profundo disgusto, segun refiere él mismo en su diario de campaña (1), la sublevacion de Urízar, la que habia tenido

fiere, quiere que se prenda a los que no le son afectos, es preciso mandar un ejército, pues tendrán que aprisionar a todos los habitantes de la provincia con escepcion de una docena i no creo que los hombres esten dispuestos a dejarse amarrar.»

(1) Publicamos íntegro en el apéndice, bajo el núm. 4, este importante i estenso documento. Escrito por Zañartu para su justificacion, hácesenos un deber de lealtad el darlo a luz, cuando le acusamos, i tanto mas cuanto que en él ha sido un acto de difícil condescendencia el ponerlo a nuestra disposicion. Por lo demas, el diario de Zañartu, retrata, si es permitida la espresion, de cuerpo entero a su autor. Ahí se verá al jefe revolucionario, que ni un solo momento deja de ser el comandante del Carampangue, acordándose solo de la racion i del pres de sus soldados, alabando las hazañas de sus oficiales o derramando una lágrima sobre los que habian sido inmolados; pero maldiciendo, al mismo tiempo, todo lo que no estuviera dentro de los cuadros de su cuerpo, i particularmente, a la revolucion, a su idea i a sus caudillos, en cuanto éstos eran los representantes de esa idea.

Damos cabida, a continuacion, a la carta que este jefe se sirvió dirijirnos, hace seis años, cuando, solicitamos por la primera vez su diario. Ella manifiesta cuales eran sus ideas en aquella época respecto de la publicacion que hoi hacemos, i las que en el dia parecen un tanto modificadas. La carta dice así:

Señor don Benjamin Vicuña Mackenna.

Concepcion, noviembre 6 de 1856.

Mui señor mio:

Es en mi poder su estimable carta fecha 30 del mes pasado, en

lugar, en los Anjeles, como hemos visto, en la madrugada del 17 de setiembre.

que me manifiesta que, movido por un motivo de bien público, al que está ligado su interes directo, le obliga a dirijirse a mi con el objeto de que le proporcione una copia de mi diario i documentos interesantes que existen en mi poder, para consultarlos en obsequio de la verdad i la justicia i ocuparse en la redaccion final de la obra relativa a los sucesos de la revolucion de 1851. Impulsado yo tambien por esos nobles sentimientos que a U. lo animan i anheloso por que se pongan en trasparencia aquellos hechos, para que el mundo entero conosca a los hombres que figuraron en ese aciago movimiento, me seria mui grato condescender con U., si no me lo prohibiera la conviccion en que estoi de que no es llegado el tiempo que juzgo conveniente para publicar loque escribí en la campaña de aquella desgraciada época.

Hace mas de tres años que otras personas se insinuaron conmigo para que les diera las mismas copias que U. solicita con el fin que U. me indica, pero me les negué absolutamente, tanto por la causa anteriormente espuesta, cuanto porque, habiendo sido yo el blanco de la calumnia, me fuè necesario agregar al diario ciertos hechos de los hombres que no se saciaban de denigrarme, i que, apesar de haber presenciado sus malas acciones, habia prescindido antès espontaneamente de hacer reminiscencia de ellas. Mui seguro de no haber cometido un solo crímen que pudiera avergonzarme i me hiciera indigno del aprecio que con mis buenos servicios me tenia conquistado desde mi juventud, quise dejar inédito lo qne escribí, esperando que con el tiempo se descubriera todo lo que entónces se creia inescrutable, i se convencieran los hombres que se ocupaban en chismes para lograr su deseado fin de minorar mi reputacion, i esta idea no me engañó, pues, a escepcion de dos o tres estúpidos i obstinados, todos los demas han variado de concepto i de lenguaje. En esta virtud ¿no seria una indiscrecion cooperar por mi parte a que se publiquen cosas que yo sé i pueden exacerbar los ánimos de los hombres que, persuadidos de que lo que se hablaba cinco años antes eran solo patrañas i viven ahora en tranquilidad conmigo? Me parece que sí.

Apesar de mi negativa, confieso a U. que estoi ávido por leer la historia de los acontecimientos del año 51, con tal que se escribiera con injenuidad e independencia, i ojalá que U., con su

Fué difícil al comandante Zañartu entenderse con el intendente Viel, porque su decidida voluntad de contribuir a sofocar la insurreccion, se estallaba contra las vacilaciones de aquel funcionario. Al fin, éste, no encontrando ya partido que tomar, nombró a Zañartu, en representacion del gobierno de Santiago, comandante de la alta i baja frontera con calidad de asumir la intendencia de la provincia, si él se veia obligado a retirarse. Con este título i con el carácter de un verdadero delegado de las autoridades de la capital, se dirijió Zañartu a los Ánjeles, donde solo despues de muchos dias de ansiedad (el 28 de setiembre), resolvió aceptar el movimiento revolucionario, declarando ántes espresamente a don Bernardino Pradel (quien le interpelaba sobre sus intenciones, a nombre del jeneral Cruz) *que se adheria a la revolucion solo en fuerza de su amistad personal i de ninguna manera por los principios que ella proclamaba* (1).

suficiente i conocida capacidad, se empeñara en redactarla interrogándome a mí, si lo juzga conveniente, sobre algunos hechos que quiera rectificar, pues, habiendo sido testigo ocular de todo lo que acaeció antes i despues de la campaña, puedo darle noticias ciertas, porque, a mas de ser veraz, conosco el descrédito en que caeria la obra de un historiador que, por no informarse bien, escribe falsedades.

Suplico a U. escuse las faltas de esta carta escrita por un viejo soldado que se suscribe de U. atento S. S. Q. B. S. M.

Manuel Zañartu.»

(1) Nos ha comunicado estas palabras testuales el mismo señor Pradel. Atribuyóse por algunos la poca voluntad de Zañartu para aceptar el movimiento despues que su cuerpo (esceptuando la compañía de granaderos que se encontraba en Arauco) estaba sublevado, a los celos que abrigaba por que no se le habia nombrado intendente de su provincia natal, como lo habia hecho el jeneral Viel en representacion del gobierno. Circulóse entonces la voz de que Zañartu habia dicho a su amigo don Juan José Arteaga, «que era una vergüenza el que dos *santiaguinos* como Carrera (nacido

X.

El desgraciado comandante Zañartu, a quien el vulgo se ha acostumbrado à mirar como el espectro de la revolucion de 1851, no era sin embargo un mal chileno. Poseia, al contrario, dotes que honraban su carácter como hombre i como jefe. Era pródigo de su fortuna, aunque en los negocios en que intervenia en su carácter público desplegaba la mas acrisolada honradez. Tenia pocos amigos, porque su jenio adusto le enajenaba voluntades, pero servia con lealtad i desinteres a los que tenian alguna preferencia en su corazon. Como jefe militar, era, sin duda, uno de los mas distinguidos de nuestro ejército. Habíase borrado, aun entre sus contemporáneos, la memoria de las hazañas de su juventud, pero todos le reconocian sus relevantes cualidades militares. Tenia una vasta instruccion en el arte de la guerra i estaba dotado de una intelijencia mas que suficiente para su ejercicio, como se demuestra en las líneas que de él transcribimos en el presente libro. Pasaba por el mejor disciplinario entre los ofi-

en el Rosario del Paraná) i Vicuña fuesen los dos intendentes de las provincias rebeladas», manifestacion característica cuya veracidad confirma el mismo Zañartu. En una série de respuestas que este jefe se sirvió dirijirnos en abril último a otra de preguntas que, nos permitimos hacerle sobre las principales acusaciones que contra él se levantaban, dice, en efecto, estas palabras tan características como la jenialidad a que aluden. «Lo de los intendentes es cierto que lo dije porque estrañaba que ni en Coquimbo ni en mi pueblo hubieran hombres que desempeñaran esos destinos i porqué, hablando francamente, me disgustó mucho que allá en su tierra no mas se hallen capacidades para desempeñar empleos, como que hasta ahora se les confieren aunque sean los mas insignificantes.»

ciales que en aquella época mandaban cuerpos, i era estraordinaria su dedicacion al trabajo. Amábanle sus soldados, apesar de su severidad, por las larguezas que usaba con ellos, abriéndoles su bolsa, i tambien porque acertaba a manejarlos por la influencia de esas mujeres que siguen los batallones de Chile como una sombra de harapos i de escuálidos senos que alimentan la prole de los vivaques. La *rabona*, ese ser raro, criollo de la América, mitad hembra, mitad soldado, que entre nosotros ha encontrado su tipo en *la sarjento Candelaria*, era uno de los resortes que mantenian siempre palpitante la popularidad del comandante Zañartu entre sus subalternos.

Su principal defecto era la estrechez de sus miras políticas. Zañartu era un *arribano* por sus cuatro costados, un penquisto, hasta el tuétano de los huesos. No aborrecia a la capital, porque en el odio hai muchas veces honra, pero la desdeñaba. Todo hombre que fuera santiaguino era su enemigo, sin mas delito que el haber nacido a orillas del Mapocho i no en las del Biobio. Era, en suma, un hombre por escelencia envidioso. Por esto, la mayor fatalidad que cupo a la revolucion fué aceptar sus innecesarios servicios, prestados con evidente mala voluntad, asi como la mayor de sus desgracias personales, orijen de la vida de martirios que ha arrastrado hasta hoi, maldito como Judas, fué el haberse alistado bajo las banderas de una insurreccion que él reprobaba en su conciencia i cuyos promotores detestaba con la hiel de su corazon.

XI.

Comprometido ahora de una manera pública i cuando ya habian trascurrido dos semanas desde que la revolucion dominaba toda la provincia, el comandante del Carampangue as-

cendido ahora a coronel, púsose a alistar los cuerpos de infantería que se organizaban en los Ánjeles, miéntras Ruiz ponia sobre las armas las milicias de caballería de la raya del Biobio.

Tal era el estado de las operaciones militares en las fronteras, en los últimos dias del mes de setiembre.

XII.

Adelantábanse aquellas al mismo tiempo sobre la linea del Itata i sucesivamente sobre la del Ñuble, a medida que el intendente de esta provincia se replegaba sobre el Maule con la division de Chillan. Miéntras el coronel Urrutia recorria con sus montoneras las sierras de Ninhüe, acechando el momento en que debia descender sobre las vastas planicies en que está situada la capital del Ñuble, Lara pasaba el Itata, el 27 setiembre, con su escuadron de carabineros, i en la mañana del 28 desocupaba a Quirihüe, entregado en parlamento por su gobernador el teniente coronel Martinez, despues de haber celebrado el aparato de una falsa capitulacion. Reunido Lara a Urrutia con considerables refuerzos de milicias de caballeria i algunos infantes de Quirihüe, dirijiéronse ambos hácia Chillan, cuya plaza estaba en completa acefalia, desde que la abandonara el coronel Garcia el dia 23 de setiembre.

De esta manera, las montoneras del Maule venian a ser la vanguardia del ejército de Concepcion en la márjen meridional del Ñuble, miéntras que las milicias de esta provincia i algunas de las fronteras iban a formar la vanguardia del ejército de Santiago a orillas del Maule.

XIII.

Al propio tiempo que se ganaba terreno por las fuerzas lijeras de la revolucion, hacíanse activos aprestos en Talcahuano para alistar el vapor *Arauco,* cuyas ruedas habrian sido las alas salvadoras de la revolucion, si una mano aleve no hubiera venido a detener su impulso, en mala hora. Don José Antonio Alemparte, segundado por el intelijente capitan Angulo, habia armado aquel buque con un poderoso cañon i puesto ademas en estado de servicio un bergantin norte-americano llamado *A. B.* que estaba embargado en la bahia de Talcahuano i al que se bautizó con el nombre de *jeneral Baquedano.*

Túvose, al principio, la acertada idea de enviar el *Arauco* a Valdivia con el objeto de traer una brigada de artilleria que existia en los castillos de aquella plaza i una considerable cantidad de municiones que se habia acumulado el año anterior, cuando se pensaba abrir la campaña contra los indios de Puancho. Abandonóse esta resolucion, en seguida, por la mas atrevida i, acaso mas feliz, de dar una sorpresa a Caldera i apoderarse de los injentes caudales que por lo comun se encuentran en la aduana de aquel puerto. Mas, al fin, llegóse a adoptar la mas ridícula i la mas infructuosa de las combinaciones que iban sucediéndose cada dia. A ejemplo de las autoridades revolucionarias de Coquimbo, que se apoderaron violentamente del vapor *Firefly* para enviar a Talcahuano un canónigo, asi las autoridades de Concepcion determinaron despachar el *Arauco* a Coquimbo, para llevar de regreso a ese mismo canónigo i a su comitiva (1). El 26 de setiembre se

(1) En el documento núm. 7 i subsiguientes del *Apéndice* del

dirijia, en efecto, el vapor *Arauco*, al mando del capitan Angulo, para hacer el desairado e inútil crucero que hemos referido ya estensamente en el tomo 1.°, al hablar del embargo de los vapores en el puerto de Coquimbo por las fuerzas británicas.

Al regresar a Talcahuano el vapor *Arauco* de su malhadada espedicion, lo atacó valientemente el bergantin *Meteoro* en la boca de la Quiriquina. El encuentro fué rápido pero recio.

primer volúmen, hemos insertado varias piezas relativas a la mision de los enviados de Coquimbo a Concepcion. Por ahora, solo tenemos que añadir la siguiente salutacion que los comisionados dirijieron a Concepcion al dia siguiente de la llegada del jeneral Cruz. Dice así:

«A CONCEPCION.

¡Ilustre pueblo!

Cuando zarpamos de nuestras playas, para traeros la noticia de nuestra revolucion por la causa de la República, el corazon nos avisaba que vosotros ya erais libres.

Veniamos a un pueblo que en la historia de Chile tiene una pájina mui distinguida.

Hemos tenido el honor de observar prácticamente esa verdad.

Nos retirarémos contentos, nos irémos con la satisfaccion de que este ilustre pueblo se ha puesto a las órdenes del gran jeneral Cruz, i, por ahora, bajo los auspicios del antiguo e impertérrito mártir de la democracia, don Pedro Félix Vicuña.

Nos abrazarémos en Santiago, donde está el laurel del jeneral Cruz.

Allí dirémos: Chile será República protejida por un padre de la independencia.

¡Viva la República!

¡Viva Cruz!

¡Viva Vicuña!

¡Vivan Baquedano i Alemparte!

¡Viva Concepcion!

Concepcion, setiembre 21 de 1851.

José Joaquin Vera.—Juan Nicolas Alvarez.—Rafael Pizarro.—Rufino Rojas.—José Ramos.—Juan Alvarez.»

Ignórase el daño que el vapor causara al buque del gobierno, pero en aquel no ocurrió otro accidente que la pérdida de tres dedos de una mano que arrebató una bala de cañon al valiente capitan de artillería don Mauricio Apolonio, que mandaba la pieza de grueso calibre del *Aráuco*.

Esta escaramuza tuvo lugar el 30 de setiembre, i como el bloqueo de Talcahuano se mantuviese con suma estrictez por el *Meteoro*, Alemparte resolvió sorprenderlo en su fondeadero cerca de la Quiriquina. Hizo venir con este objeto unos cien remeros del Tomé i Penco-viejo, alistó algunos botes i, aunque asaltado de incertidumbres, se encontraba ya a punto de llevar a cabo su ponderada empresa, cuando dió lugar a que, por la captura del *Arauco*, se fustrase aquella del todo, como en breve veremos, causando a la revolucion un daño irreparable.

XIV.

Tal era el estado de las cosas en Concepcion i los Anjeles, cuarteles jenerales de la insurreccion, i en Talcahuano i el Itata, los puertos mas importantes de la vanguardia de aquella, cuando el jeneral Búlnes llegaba al Longaví i, lleno de sobresalto, hacia replegarse su propia vanguardia hácia la ribera del Maule.

La revolucion se ostentaba poderosa, pero un tanto inerte. La funesta dolencia que tenia postrado al jeneral Cruz se hacia sentir como una calamidad en todos los puntos en que la revolucion habia penetrado, al principio, con la celeridad de una conmocion eléctrica.

Aguardábase pues con impaciencia el que se restableciese la salud del caudillo i se creia por todos que, una vez puesto

aquel en el lomo de su caballo, solo se apearia en el descanso de las jornadas que iba a contar con su ejército entre el Biobio i el Mapocho.

Cuanto se engañaban, sin embargo, los sagaces i bien inspirados revolucionarios que así pensaban!

CAPITULO IV.

LA ARAUCANIA.

El jeneral Cruz, restablecido de sus achaques, se dirije a los Anjeles.—Error de esta resolucion i sus funestas consecuencias.—Prision i fuga del comisario jeneral de indíjenas don José Antonio Zúñiga.—Carrera i carácter de este caudillejo.—La Araucanía en 1851.—Zona de la *Costa*.—Zona de los *Llanos*.—Los caciques Colipí i Catrileo.—Los *Huiliches*.—Maguil Bueno.—Carácter estraordinario de este bárbaro.—Llega el jeneral Cruz a los Anjeles i entusiasta acojida que le hace el pueblo.—Nota del gobernador Molina con este motivo i respuesta del jeneral Cruz.—Cartas impacientes por la accion que escriben el mismo Molina i el gobernador de Santa Juana al intendente Vicuña.—Sábese en Concepcion i en los Anjeles la noticia de que Zúñiga trataba de sublevar los indios de la costa i medidas que se toman en consecuencia.—El jeneral Cruz se resuelve a sacar rehenes de las tribus araucanas para asegurar la tranquilidad de las Fronteras i celebra, al efecto, un parlamento en los Anjeles.—Funesta tardanza de estas operaciones.—Como los Araucanos entendian la política de los chilenos i las causas de la guerra en 1851.—Análogas esplicaciones del vulgo.—El jeneral Cruz eleva a rejimiento el batallon *Carampangue* i decreta la formacion del batallon *Alcázar*.

I.

Solo en los últimos dias de setiembre, comenzó a recobrarse el jeneral Cruz de la grave enfermedad que le aquejaba.

Desde su lecho de dolor, el viejo soldado se ocupaba, con la minuciosidad que es peculiar a su carácter, de todas las prividencias militares que las circunstancias iban exijiendo; pero su ausencia de los centros en que la revolucion acopiaba sus elementos, haciase sentir ya en demasia.

Al fin, el 1.° de octubre sintióse con fuerzas para montar a caballo i ponerse en campaña. Era ya sobrado tiempo, porque su activo i poderoso rival hacia una semana a que habia pasado el Maule acelerando los aprestos de la resistencia.

II.

En el estado de las cosas durante aquellos dias, la revolucion asignaba a su caudillo solo dos puestos. O bien en Chillan, a la cabeza de la vanguardia, como habria sido mil veces mas acertado, o bien en los Anjeles, solo de tránsito i para dejar sus órdenes a los jefes que disponian de las Fronteras, a fin de que marchasen tras sus pasos en direccion al Ñuble.

El jeneral Cruz adoptó el último partido, i los acontecimientos que vinieron en breve a rodearle, cuando cumplia esta resolucion, probaron que la estrella de su destino iba en breve a perderse entre rojizas nubes. Hubo en la revolucion del sud un solo momento, despues de la pérdida de los *Cazadores*, en que pudo evitarse la catastrofe de Longomilla, i este fué el dia en que, restablecido el jeneral Cruz de sus males, hubiese torcido la brida de su caballo hácia el norte, dando la voz de marcha a las entusiastas, aunque desorganizadas masas, que batian sus palmas al verle pasar. Pero acordóse solo el viejo soldado de la República de que era el jeneral en jefe de un ejército, i para su mal i el de la patria, olvidóse que los pueblos le habian aclamado su supremo caudillo revolucionario.

Un acontecimiento fatal çohonestaba, sin embargo, en parte, la resolucion del jeneral Cruz para trasladarse a los Anjeles i establecer en aquel punto su cuartel jeneral durante la mayor parte del mes de octubre. La esplicacion de este suceso exije que volvamos atras unos breves instantes.

III.

Cuando el valeroso i no menos prudente que esforzado Eusebio Ruiz segundó en Nacimiento la sublevacion que habia estallado en los Anjeles el 17 de setiembre, a la voz del mayor Urízar, creyó indispensable poner en arresto al comisario jeneral de indijenas don José Antonio Zúñiga (sin disputa el hombre mas importante de la Araucanía despues del jeneral Cruz, i del cacique *Maguil Bueno*) i pidió en el acto instrucciones a Concepcion sobre lo que deberia hacer con aquel peligroso caudillejo, de quien se sabia era un ciego partidario del gobierno de la capital que lo tenia a sueldo, i particularmente del jeneral Búlnes, su favorecedor desde tiempos ya remotos.

Por desgracia, la carta de Ruiz fué entregada al intendente Vicuña (el 25 de setiembre), en los momentos en que éste se dirijia a Talcahuano a despachar su correspondencia por el vapor ingles *Driver*, que regresaba ese mismo dia a Valparaiso. En la prisa de aquella coyuntura, remitió Vicuña la comunicacion de Ruiz al jeneral Cruz para que lo contestase, pues él estaba mas al cabo del carácter i de la importancia del comisario Zúñiga; mas, fuera estravio, fuera descuido, el espreso que habia venido de Nacimiento regresó sin llevar órdenes sobre aquel particular. Resolvióse entónces Ruiz a dar suelta al comisario de Indios, exijiéndole antes su palabra de

que se presentaria en los Anjeles a disposicion del intendente de la provincia. En consecuencia, en uno de los últimos dias de setiembre, marchaba Zúñiga a los Anjeles, bajo la garantía de su honor i acompañado por su antiguo camarada el capitan Zapata, a quien Ruiz habia encargado vijilarlo i hacerle cumplir su empeño, cuando, al pasar un sendero, burlólo Zúñiga con una estratajema i se internó en la tierra, escribiendo, sin embargo, una carta a uno de sus amigos, en la que decia «se retiraba al interior solo por huir compromisos i que su propósito era asilarse entre las pacíficas tribus de la costa, con cuyo único fin se dirijia al antiguo fuerte de Tucapel.»

IV.

Era Zúñiga uno de aquellos terribles *indultados* de los Pincheiras que, despues de haber sido sus mas famosos lugar tenientes, se hicieron en breve sus espias i despues sus verdugos. Oriundo de una familia española avecindada en el fuerte de Arauco, donde aun conserva aquella algunas tierras, tomó partido con los realistas, como todos los habitantes cristianos de ultra-Biobio, desde los primeros combates de la independencia. Dotado de un injenio vivo, habia adquirido, siendo todavía niño, tal destreza en el manejo de la lengua araucana, que pasaba por el mas elocuente de los *lenguaraces*, i tenia, por consiguiente, en las parlas i juntas de guerra de los caciques, el doble prestijio de su intelijencia como intérprete i de su valor como soldado, pues se le contaba entre los mas valientes capitanejos de la tierra. Hizo, de esta suerte, una cruda guerra a la República, hasta que el bando de los Pincheiras fué deshecho, mas por el oro

que por el acero; i como prestara en aquellas circunstancias servicios de consideracion, dejósele en la Araucanía con el carácter de comisario jeneral de indios, especie de proconsul de los cristianos, que representa a la República entre los bárbaros, i tenia por consiguiente entre ellos gran autoridad.

Pasaba, sin embargo, Zúñiga como un hombre artero, pérfido i tan audaz como sanguinario. Los caciques, los capitanes de amigos i los lenguaraces, que eran sus aliados o sus satélites, le habian cobrado por esto mas temor que respeto i, en el fondo de sus pechos, tan aleves como el de su jefe, acechaban la ocasion de vengarse de todos sus actos de violencia i de rapacidad.

Por otra parte, el prestijio de Zúñiga estaba circunscrito a los indios de la costa de *Arauco* propio (1), entre los que

(1) El verdadero nombre, en nuestro concepto, del territorio de los bárbaros es el de *Araucanía*, como comprensivo de la raza i de los cuatro antiguos Butalmapus, que ya no existen. Los indíjenas llaman Arauco solo la zona de la costa. He aquí lo que, a este mismo respecto, escribia don Bernardino Pradel, desde el interior de la Araucanía, a un amigo suyo (don José Maria Guzman), en una carta fechada en Perquenco, julio 20 de 1861, i que hemos recibido en copia, despues de estar escrito el presente capítulo.

«Los propiamente *araucanos* no son otros que los que quedan en la costa de este nombre, i, cabalmente, son los únicos semi-civilizados que se diferencian en todo de las costumbres bárbaras de las innumerables tribus que componen los indios chilenos.

«Hasta hoi no puedo saber positivamente, añade Pradel (tratando de esplicarse la autonomia de aquella nacion desconocida que, en realidad, no tiene ninguna), las tribus de los naturales que pretenden entenderse con el gobierno de Chile. Lo que sé es que la cordillera llamada del Viento, se atribuye que demarca el territorio Arjentino con el de Chile, i que, tomando este punto, solo desde ahí tenemos indios, siendo los Pehüenches; i siguiendo al sur, tocamos con los de Lonquimay, que habitan entre dos cordilleras. Desde allí, se desprenden todas las diferentes ramas de

habia nacido, pero que son los mas inofensivos. Los *Llanistas*, que reconocian por jefes a los soberbios Colipí (tio i sobrino) i los *Huiliches*, que habitaban en las faldas de la cordillera, bajo el cetro de Maguil, el verdadero rei de la Araucanía, le eran hostiles o desdeñaban su poder.

V.

Hácese preciso, en esta parte, echar una rápida ojeada sobre el territorio de la Araucanía, para hacerse cargo de los sucesos en que los bárbaros, como luego veremos, serán llamados a tomar parte.

La zona de Chile, de que son absolutos señores los Araucanos, entre el Biobio i el Cautin o Imperial, conserva los caracteres de la topografía jeneral de la República, aunque revestidos de una pasmosa grandiosidad. Todo es mas her-

cordilleras que forman la faja con que cierran las provincias de Arauco, Valdivia, Chiloé, hasta tocar con Magallanes.

«Si los indios Pehüenches i Lonquimay son chilenos, parece que deben serlo tambien los que habitan de la otra parte de la cordillera de Villarrica, pues esas tribus las reputaron, en tiempo de la Conquista, a favor de Chile, i fueron visitadas por los misioneros que ellos llamaron Evechinches, Huillipavos, Jahuavinos, Cachalá, Talapelin. En el dia son llamados *Indios de fusil*, que visten calzon corto, usando estribo de palo en su montura igual al que usaron los padres misioneros en aquel tiempo.—Los Güilliches coludos,—los contra Güilliches,—los Güilliches cerrados, porque el idioma no es igual con los que habitan en estas provincias de que hablo arriba, son otras tribus.

«Los indios que habitan en las tribus de Magnil consideran todas estas razas ser sus compañeros, i aun a Magnil se le mandaron ofrecer ayudarlo en la guerra, manifestándole que los indios Coludos despreciaban las infanterias nuestras, porque ellos, con sus flechas envenenadas i su lijereza en correr a pié i punto certero, no dejaban de matar siempre.»

moso i mas jigantesco en aquellas comarcas privilejiadas. Los *Andes* (1.ª zona jeolójica del territorio chileno), erizados de volcanes, dominan con sus picos las cumbres de las cordilleras que se estienden al sud del Biobio i del Vergara; los *llanos intermedios* (2.ª zona), que se dilatan a las faldas de aquellas, son mas feraces i vastos i, por último, la *cordillera de la costa* (3.ª zona), que se presenta tan deprimida desde el desierto de Atacama hasta las *tetas* del Biobio, se empina en aquella rejion a tal altura que el viajero pudiera acaso confundirla con la cordillera real, si no arrojara aquella sobre la costa, hasta tocar con la playa del mar, una série de agrestes i formidables espolones de montañas, por cuyos senos corren tortuosos i comprimidos, bramadores torrentes, que se han escapado de los llanos orientales, por entre los grietas de aquellas magníficas selvas que escucharon un dia los gritos de guerra de Caupolican i las trovas inmortales del poeta castellano.

VI.

De esta fisonomia especial de la Araucania toman tambien orijen el carácter i la distribucion de sus tribus. Las de la costa, pobres, pacíficas i sujetas a diferentes caciques, que por su aislamiento no consienten el predominio de un solo caudillo, viven en las faldas de los contrafuertes que la serranía de la costa, llamada *cordillera de Nahuelbuta,* prolonga hácia el Pacífico, o en los estrechos valles que forman, al descender de aquellos, algunos torrentosos rios como el Lebu, el Paicavi, el Tirua i otros de menor importancia. El camino de Concepcion a Valdivia pasa por esta rejion, orillando la playa del mar i las principales posesiones que en ella tienen los cristianos son la villa de Arauco i el desmantelado fuerte de Tucapel-viejo, un poco mas al sud.

Tal es la rojion de la costa o de la cordillera de Nahuelbuta, famosa en el concepto de los naturalistas por ser la patria orijinaria de la papa, pues crece en ella salvaje, formando espesos matorrales.

VII.

Sigue hácia el oriente la rejion de los *Llanos*. Es esta la Araucania histórica, i los escombros de las *siete ciudades* (Angol, Puren, Boroa, la Imperial i otras) que pisan con la pezuña de sus caballos las hordas errantes que las habitan, estan aun atestiguando que, en aquellas zonas, la conquista i la colonia hicieron, durante sus primeros siglos, esfuerzos mas poderosos de predominacion i de civilizacion que los puestos en juego a orillas del mismo Mapocho, que era entónces solo una ciudad de monjas i de frailes.

Es imponderable la belleza i la feracidad de aquellas planicies interceptadas por pintorescos riachuelos, en cuyas márjenes se agrupan las reducciones de cada cacicado, e interrumpidas a trechos por amenos bosques de piñales, cuya suculenta fruta (el *piñon*) convida a aquellas tribus a fijarse en sus vecindades. Son, por esta razon, los indios llanistas los mas ricos, i, por consiguiente, los mas ociosos; los mas bravos i, por consiguiente, los mas inquietos; los mas independientes i, por consiguiente, los mas soberbios.

Solo entre ellos pudieron, en consecuencia, hallar los chilenos algunos fieles aliados en la guerra de la independencia. El famoso cacique Venancio Coyopan, (natural de Pemuco en el Itata), el amigo de los Carreras i el camarada del jeneral Freire, fué el jefe de aquellas tribus *patriotas* a quienes sus vecinos de los declives i de los valles internos de la cor-

dillera (los *Huiliches* i *Pehuenches)* miraban como a traidoras i trataban como a tales. El cacique Colipí, primera lanza de Arauco, habia sucedido a Venancio, heredando esa fidelidad a la república i su odio inveterado a los *Huiliches* i a su famoso caudillo el sombrio Maguil.

Aprovecháronse de esa rivalidad los intendentes de Concepcion para mantener el *equilibrio* de aquella potencia vecina que acarrea tantas infructuosas cabilaciones a nuestros hombres de estado, i amenaza con tan frecuentes estragos a nuestras provincias limítrofes. Fruto de aquellas insidias fué el reciente envenenamiento de Colipí, que se atribuia a los sortilejios de su implacable rival Maguil Bueno. Habiale sucedido, en consecuencia, a principios de 1850, su sobrino Felipe Colipí, valeroso mancebo de 20 años, i miéntras cumplia su mayor edad, servíale de tutor su pariente el cacique Catrileo, cuyo nombre se hizo tan popular en 1851, particularmente entre las amas i niños asustadizos de la capital.

Tal era el aspecto físico de la rejion intermedia entre las cordilleras de los Andes i la de Nahuelbuta, que es jeneralmente conocida con el nombre de *Llanos de Angol*, i tal era el carácter i la posicion de sus belicosos habitantes.

VIII.

La zona andina, habitada por los *Huiliches* era, en 1851, no menos importante que la de los Llanos. Aquellos indios son mas salvajes i, por tanto, mas indómitos. Fuertes en las asperezas en que habitan, sus tribus son mas bien cazadoras, como la de los Llanos se dan de preferencia a la labranza o a la ganaderia i las de la costa viven, en cierto modo,

de la pesca de donde viene a sus individuos el apodo de *choreros*, alusivo al marisco de que se alimentan. La gradacion que los etnógrafos han establecido entre los pueblos pescadores, cazadores i labradores se encuentra pues marcada en la Araucanía, en pequeña escala, como lo está en su mayor estension entre los habitantes de la *Tierra del fuego* que viven solo de mariscos i para quienes las ballenas podridas, arrojadas por las olas en la playa, es el mas suntuoso de los banquetes, los bárbaros de la *Patagonia*, que cazan con sus laques la avestruz i el huanaco, i por último, el *Araucano* que cultiva el trigo i el mais.

Los Guilliches son, por su posicion jeográfica, los aliados natos de los Pehüenches i aun de las tribus nómades de ultra-cordillera. Acaso menos numerosos que los Llanistas, son mas fuertes por la cooperacion de sus aliados i por la naturaleza de su agreste territorio, en el que hasta aquí no han penetrado nuestras armas. Fueron, por consiguiente, aquellas tribus los mas constantes i poderosos auxiliares de los realistas en la guerra de la independencia, desde las campañas de Sanchez i Benavides hasta las correrias de José Antonio Pincheira, el Viriato que encontró la España en su reino de Chile.

IX.

Un hombre singular, que salia de la esfera de los bárbaros por sus cualidades i sus defectos, habia conseguido, a fuerza de artificios i de astucia, imperar como un supremo jefe entre las diferentes reducciones de la Araucania, desde el Biobio al Imperial, pues al sud de este rio, por un fenómeno singular de fisiolojía, los indios pierden ya su fie-

reza i de suyo han ido sometiéndose al yugo de nuestra autoridad política i a las prácticas cristianas, que les enseñan nuestros misioneros de Valdivia.

Era Maguil, o Mañil Bueno, como mas jeneralmente se le llama, un indio viejo, frio, suspicaz, reservado i casi selvático que, a todas luces, tenia en su sangre alguna mezcla del *guinca* u hombre blanco, pues su fisonomía seca, perfilada i de contornos agudos traicionaba, a la primera mirada, un oríjen estraño al de las selvas en que habitaba. Decia él, con su malicia habitual, revestida de una estudiada gravedad, que era hermano del jeneral Cruz, i debia a esta impostura una no pequeña parte de su influencia, pues aquel jefe era universalmente respetado en toda la tierra por la fidelidad con que habia guardado sus pactos i la rectitud con que dirimia sus pretensiones con el gobierno chileno o sus mútuas querellas, miéntras desempeñaba la intendencia de Concepcion. La prudencia que habia desplegado en su carácter de jeneral en jefe con ocasion del castigo de los indios de Puancho, a quienes supo hacer justicia (cosa admirable!), apesar de ser bárbaros, afianzó entre éstos, de una manera poderosa, su antiguo prestijio (1). El *taita* Cruz fué, desde entónces, en la Araucania lo que Frai Luis de Valdivia habia sido en el siglo XVII i el insigne virrei O'Higgins, a fines del último.

Maguil *Bueno*, que nunca mereció tal nombre, a no ser, por su escepcional desinteres entre sus codiciosos compatriotas, habia comprendido el carácter esencialmente super-

(1) En el Apéndice, bajo el núm. 4, damos publicidad a la estensa i curiosa memoria que sobre los acontecimientos de aquella época dirijió al gobierno el jeneral Cruz, con fecha de 12 de setiembre de 1850. Aunque redactada con el trabajoso lenguaje que usa aquel jefe en sus comunicaciones, contiene datos i pormenores mui interesantes que contribuirán a ilustrar la gravísima cuestion pendiente de la sumision de la Araucania.

ticioso de los indíjenas i esplotaba su credulidad en todos sentidos para grangearse el prestijio de consejero supremo de los bárbaros. Era jeneroso de lo suyo i de lo ajeno, al punto de no tener mas propiedad que su pajizo rancho, valiente, esperimentado, porque era ya mui viejo, i de suyo sagaz, aparentaba tal austeridad en sus hábitos i rodeabase de tantos misterios en la soledad en que vivia, acompañado solo de sus numerosas mujeres, que no le habia sido difícil persuadir a todas las tribus i aun a las de de su implacable rival Colipí, de que era un ser sobre natural, una especie de *machi* o brujo supremo, a quien todos llamaban el *Bueno.* «El cacique Maguil, dice en unos apuntes autógrafos que tenemos a la vista, el único de los cristianos que haya encontrado acceso hasta la intimidad i el techo de aquel bárbaro (1), dominaba solo con la persuacion hasta el estremo de constituirse en un verdadero Mahoma, pues tenia la habilidad de haber persuadido a todas las tribus que le diesen su poder para ser él solo la persona que las representase al frente de cuanto ocurriese con los cristianos. Este hombre se hacia creer en cuanto le convenia i sujeria astutamente, a fin de que los mismos indios le temiesen por el poder que le daban los jenerales Cruz i Urquiza, siempre haciéndoles consentir que el dia que él quisiese le mandarian soldados aquellos jefes.

«Mantenia constantemente comunicacion con Urquiza i, principalmente, con el cacique principal de Puelmapu, que se llama Calbucura, i es nacido en los llanos de la provincia de Valdivia, quien gobierna a los indios de las pampas de Buenos-Airos.

(1) Don Bernardino Pradel, que estuvo asilado en las tolderías de Maguil, durante cerca de tres años, a consecuencia de la revolucion de 1859.

«Tenia engañado a este cacique hasta hacerle consentir que contaba con millares de lanzas para ausiliarlo; i mantiene éste hasta hoi testigos, hijos de Maguil i otros caciques, para que esten recibiendo raciones cerca de Calbucura, de las que da el gobierno arjentino.

«Maguil, añade Pradel, hacia creer a los indios que era adivino, que tenia un toro, un caballo, etc., con quienes consultaba todo, i cuanto decia a este respecto lo creian como si lo viesen.»

A principios de 1850, el siniestro i súbito fin de Colipi, el cacique *patriota*, como Maguil habia sido una especie de *toqui* o jeneralísimo de las reducciones *godas*, vino a dejar al último sin rivales en toda la tierra i a colocar su influencia entre los bárbaros a la altura de una verdadera omnipotencia. «La muerte de este cacique, dice el jeneral Cruz en la Memoria que acabamos de citar, aludiendo al sospechado envenenato de Colipi, es un incidente que ha hecho variar completamente el estado de las tribus i frontera, situacion que debe tenerse mui a la vista, pues que en su desaparicion se ha destruido el contrapeso establecido entre los tres Butamalpus de esta parte de la cordillera, lo que refluye mui directamente en la posicion de aquella. Esta pérdida es tanto mas de sentir cuanto ella influye en el aumento de prestijio del cacique Maguil, cabeza de ese Butalmapu montañez o andino, indio astuto i sagaz para promover i mantener sus relaciones de amistad i alianza con los caciques de las otras tribus, desconfiado, supicaz, altanero en las mui pocas relaciones que tiene con los españoles, i estremadamente simulado para ocultar sus intentos i aspiraciones, calidades que entre ellos son de gran valor i lo que le ha dado una gran influencia.»

X.

Tal era, en 1851, la situacion de la Araucania, este pequeño Chile tan bello como el nuestro, que es la árdua tarea de las presentes jeneraciones *unificar* con nuestro territorio i nuestra existencia, no *social* porque esta será la obra de los siglos, sino *política*, que será solo el fácil resultado de una lei bien concebida i cuerdamente ejecutada.

Al escaparse pues el mayor Zúñiga con el objeto de sublevar la tierra, a espaldas de la revolucion, habria puesto a ésta en grandísimo peligro, si aquel caudillejo hubiera contado con la alianza de Maguil, o siquiera con la de Catrileo, el tutor del jóven potentado de los Llanos. Pero, felizmente, no era así. Aborreciale Maguil en su corazon como a un émulo insidioso, i las tribus angolinas, víctimas de sus depredaciones, no le eran menos adversas. De esta suerte se esplica que, en vez de dirijirse a los llanos o a la cordillera, se marchase, sin mas compañía que la de su asistente, con direccion a Tucapel-viejo.

Su intencion de sublevar las tribus de las costas i apoderarse de la importante posicion de Arauco, que es a la vez un fuerte i un puerto de mar, era pues manifiesta. Pero antes de entrar en el detalle de sus operaciones, volveremos a seguir al jeneral Cruz, a quien dejamos en Concepcion, alistándose para encaminarse a los Ánjeles.

XI.

Cuando el jeneral Cruz se ponia en marcha de Concepcion, para las Fronteras, el 1.° de octubre,, asaltábale a menudo

la zozobra de lo que podia temerse con relacion a la fuga del comisario de indios i a sus futuros planes. Aquel recelo era sobradamente fundado; mas no al punto de justificar los hondos temores que se apoderaron en breve del ánimo del caudillo del sud i torcieron sus mas acertados planes. Por mui osados que fueran los intentos de Zúñiga, en efecto, éstos no podrian jamas llegar a poner en riesgo la seguridad de las fronteras, desde que, por una parte, las poblaciones cristianas estaban unánimemente adheridas a la revolucion, i por la otra, los principales jefes de las tribus bárbaras prestaban homenaje al jeneral Cruz.

Mas éste olvidóse fatalmente, como en tantas otras ocasiones, de su rol revolucionario, para acordarse solo de su deber como jeneral en jefe. Es una regla de la estratéjia militar no dejar jamas a retaguardia de un ejército un elemento hostil, i el jeneral Cruz se sometia ciegamente a este consejo de la rutina, olvidando que él era el soldado de una gran causa pública, i que el pais, al proclamarle, habia visto en su espada el rayo de la justicia i de la libertad, no la insignia de un caudillo militar.

XII.

Bajo la mortificante impresion de estos temores, llegó el jeneral Cruz a los Ánjeles, en la tarde del dia 5 de octubre, detenido en el camino por el deplorable estado de su salud i por copiosos aguaceros. Recibiólo aquel pueblo belicoso con un estadillo de entusiasmo. Agolpóse la tropa i la muchedumbre al paso del caudillo, desde su entrada a la poblacion i lleváronle en triunfo hasta su morada. El Gobernador don Ignacio Molina, le felicitó, a nombre de los habitantes de las

Fronteras i le ofreció sus servicios i su sangre «para combatir a sus opresores» (1).

(1) He aquí la nota que, con este objeto, dirijió el gobernador de los Anjeles al jeneral Cruz i la contestacion de éste. Dicen asi.

GOBIERNO DE LA LAJA.

Anjeles, octubre 5 de 1851.

Señor Jeneral:

Persuadido que la suerte de una causa que se discute en los campos de batalla, depende ordinariamente de no dejar pasar sin provecho un tiempo que no vuelve, me cabe la honra, como Gobernador del departamento de la Laja, por eleccion popular, de ser el intérprete i órgano de los principios políticos de sus habitantes, que espresaré a US. en dos palabras.

Cuando nuestros hermanos de Concepcion declararon roto el pacto público que les unia al Gobierno Jeneral, reasumiendo el poder que le habian delegado, por el abuso escandaloso que hizo de él frecuentemente, invitó a los departamentos de la provincia a hacer causa comun para reivindicar sus derechos; el Departamento de los Anjeles ha contestado a su llamamiento, con una espresion muda pero elocuente i positiva, tomando las armas. Para que US. pueda expedirse en las operaciones de la guerra sin embarazo con las fuerzas de este departamento, queda autorizado con la omnipotencia militar sobre ellas, i, al efecto, se dará órden conveniente para que, a las 8 del dia de mañana, se pongan a su disposicion los Jefes i oficiales de los cuerpos de infantería i caballería.

Al poner en conocimiento de US. esta medida, me lisonjeo que el entusiasmo i resolucion de los ciudadanos de este departamento, que pelearán a sus órdenes, valga tanto como el juramento que los soldados de Fabio hacian de salir siempre vencedores i lo cumplian.

Dios guarde a US.

Ignacio Molina.

A S. E. el jefe Supremo Militar.

CONTESTACION.

CUARTEL JENERAL DE LOS LIBRES.

Anjeles, octubre 6 de 1851.

Por la nota de US., fecha 5 del corriente, me ha sido mui lison-

XIII.

Pero no deberia durar largo tiempo en el pecho del jeneral Cruz el alborozo de aquellas manifestaciones, que eran ya los síntomas de la impaciencia con que se ostentaban los pueblos por la tardanza de los aprestos de la revolucion, no menos que evidentes testimonios de adhesion al caudillo que se habia puesto a la cabeza de aquella (1). Pocas horas despues de haber llegado a los Anjeles, supo, en efecto, el jeneral Cruz que el mayor Zúñiga habia emprendido sus operaciones, tratando de sublevar las reducciones de la costa, con el objeto de asaltar a Arauco i amagar en seguida la línea del Biobio.

jero ver espresados los nobles sentimientos de este heroico pueblo, tratándose de libertades de la República, sentimientos que me habia cabido la honra de reconocer por mi mismo en los momentos de mi entrada a esta poblacion.

Con este motivo, al acusar recibo de su citada nota, me cabe la satisfaccion de espresar por su órgano al entusiasta pueblo mi gratitud por sus demostraciones i decision por la gran causa nacional que sostenemos.

Dios guarde a US.

José María de la Cruz.

Al Gobernador del Departamento de la Laja.

(1) Como una muestra del desfallecimiento que comenzaba a apoderarse aun de los hombres mas decididos de la revolucion, copiamos aquí las palabras que el mismo gobernador de los Anje-

Habíase recibido ya en Concepcion, a las nueve de la noche del dia 4, por un espreso enviado por el gobernador de Arauco,

les dirijía privadamente al intendente don Pedro Félix Vicuña, en carta del 30 de setiembre, que tenemos a la vista.

«Téngase presente, dice, que esta causa va a ser fallada en el campo de batalla i que el vencedor es el que tiene la razon. Es un error creer que esto pueda llegar a una transaccion. Los que están en el poder no juegan su vida empuñando la espada sino que mandan a matarse a otros por ellos i de este recurso sabran hacer uso sin tocar ningun otro. La palabra de paz en boca del enemigo es un ardid con que se quiere sorprender la buena fé descuidada. Luchamos con la astucia, mas bien que con la fuerza, ¿Quién ignora esto?»

No es menos significativa la siguiente carta, dirijida una semana mas tarde, al intendente de Concepcion, por otro gobernador departamental, don Pascual Ruiz. Dice así:

Señor don Pedro Félix Vicuña.

Santa Juana, octubre 6 de 1851.

Mui señor mio:

Por don Eusebio Ruiz, se hacen pasar a esa ciudad al comandante Sepúlveda i al cura de Nacimiento, que, por oficio que se acompaña, sabrá U. el objeto de separarlos de aquel punto. Me dice el comandante Sepúlveda que el batallon Chacabuco hizo contra-revolucion i se replegó a la capital; que el jeneral Búlnes se puso en marcha para esta provincia con 4,000 hombres, trayendo bajo sus órdenes el batallon Buin i Chacabuco, la artilleria i rejimiento de Granaderos i su salida la hizo el 19 del pasado, i que ya está en Longaví. Así mismo, me dice que han zarpado del puerto de Valparaiso tres buques de guerra con jente para desembarco i se cree dirijidos a la provincia de Coquimbo, i dando a entender que el vapor *Arauco* ha sido preso. Como todo esto ignoramos por acá, muchos dan crédito de las aserciones del señor Sepúlveda.

Asevera tambien que el intendente Garcia pasó el Maule con mil hombres que sacó de Chillan, i yo desearia me impusiese U. de estos pormenores, no por miedo, sino para asegurar mas nuestros preparativos de defensa.

Desea a U. se conserve bueno su afmo. S. Q. B. S. M.

Pascual Ruiz.

la noticia de que Zúñiga se encontraba el dia 2 de octubre en Quelen, punto intermedio entre Tucapel-viejo i Arauco, i sabíase que los indios de los contornos se ocupaban en «amarrar lanzas», espresion que en el lenguaje pintoresco i semi-bárbaro de las Fronteras, equivale a una tácita declaracion de guerra.

La alarma que manifestaba el comandante militar de Arauco encontró eco en los ánimos de los habitantes de Concepcion que veian un peligro cercano para su propia ciudad, i en consecuencia, las autoridades se apresuraron a enviar ausilios de armas i pertrechos al fuerte amenazado, por si se veia en el caso de sostener un sitio. Acordóse tambien el sensato arbitrio de despachar a la tierra a un hijo de Zúñiga con cartas i promesas de sus amigos, remitiéndose entre las primeras una mui eficaz de una hija de aquel, monja profesa, que existia en el monasterio de Trinitarias de Concepcion.

No tardaron estas mismas nuevas en llegar a los Anjeles. El dia 7, a la una i media del dia, fué avisado el jeneral Cruz que Zúñiga estaba en Cupaño, i comprendiendo al punto que era preciso obrar con celeridad, ordenó que la compañía de infantería cívica de Santa Juana se dirijese a Arauco a batir a Zúñiga o defender la plaza, si se hacia necesario. Encargó al mismo tiempo que se remitiese una carga de municiones i cien piedras de chispa con aquel objeto (1).

XIV.

Bastaba, al parecer, con estas medidas i las adoptadas en

(1) Correspondencia inédita del jeneral Cruz con el intendente Vicuña.

Concepcion, para aquietar los espíritus de todo recelo, a fin de dejarlos sólo preocupados de la gran empresa de llevar hacia el norte los pendones de la revolucion. Existian ya los elementos de aquella árdua cruzada en hombres, armas i todos los recursos que una prolongada campaña puede exijir (1). Habia en los Anjeles cerca de mil hombres de infantería, incluso el Carampangue, i los numerosos escuadrones que mandaba Eusebio Ruiz. En Concepcion, existia la artillería con un abundante parque i un lucido batallon de voluntarios. La vanguardia, al mando de Urrutia, era ya dueña de la línea del Ñuble, habiendo ocupado a Chillan en la madrugada del dia 4, i adelantaba sus partidas lijeras hasta cerca del Parral, en los momentos en que Búlnes se replegaba de Longavi sobre el Maule. El ejército revolucionario estaba pues listo para la marcha i todo lo que hubiera podido faltar a su suficiencia en disciplina i organizacion, le sobraba en entusiasmo i en fé revolucionaria, especie de pólvora sorda que hace en los sacudimientos populares mas estragos que el cañon.

Pero el jeneral en jefe de aquel ejército asi fraccionado, volvió a perder preciosos dias ocupado de poner a salvo las Fronteras de los riesgos, a todas luces imajinarios, en que podian ponerlas los araucanos.

(1) Solo habia gran falta de caballos para la movilidad de la division de la frontera. He aquí lo que el jeneral Cruz decia al intendente Vicuña, a este propósito, dos o tres dias despues de haber llegado a los Anjeles. «No es posible proporcionarse caballos, ni aun quitándolos a los milicianos de caballería, porque estos tunantes, bien sea por libertarse que los haga salir o temiendo el que se les quite, lo que en realidad tenia como paso imprudente, todos ellos han concurrido a la reunion de ayer montados en rabeles. En este mismo estado, veo en este momento pasar por el frente de las ventanas, a cuya luz escribo, treinta i tantos indios Santafecinos.»

Este error fué funesto. El peligro podia existir, pero no era en manera alguna necesario que fuese el mismo jeneral Cruz el encargado de conjurarlo. Hubiérale bastado, para este fin, hacer venir de Talcahuano al activo Alemparte, el mismo que despues desbarató los planes de Zúñiga con tan sangriento estrago, o comisionar a algun jefe militar de cierta respetabilidad, para que hubiese entrado en avenimientos con los caciques mas importantes. Si el jeneral Cruz hubiese tenido el don de la adivinacion en esta coyuntura, habríale bastado dejar con aquel encargo al coronel Zañartu, con el título (por él tan anhelado!) de intendente de la provincia i, de esta suerte, era seguro que se habria ahorrado, si no la sangre de Longomilla, la deshonra de Purapel, al menos.

XV.

Mas, el jeneral, minucioso por carácter i dado a los hábitos de la inspeccion personal que su celo le habia impuesto durante su carrera pública, quiso él mismo entrar en esos eternos i estériles parlamentos que celebran los bárbaros, aun para sus mas insignificantes resoluciones. Su objeto era obtener que las principales tribus enviasen a su ejército, no ausiliares, porque tan absurda i tan inútil barbarie jamas pasó por la mente del jeneral, como lo ha creido el vulgo, sino delegados o *testigos*, como son estos llamados en la tierra, que le sirvieran como prenda de la paz que prometian guardar en ausencia de las fuerzas que custodiaban las Fronteras. La medida en sí misma indudablemente era acertada, pero no exijia, bajo ningun concepto, la presencia personal del caudillo de una revolucion popular que, de esta manera, se espuso a presentar, durante mas de veinte dias, cada uno de los que

era de una inmensa importancia revolucionaria, el contraste casi ridículo de un jeneral rebelde que se emplea en oir las arengas de unos bárbaros majaderos, mientras el gobierno, contra cuyo colosal poder de organizacion habíase aquel alzado, disponia, con un solo jesto, de todos los tesoros de la nacion i de todos los hombres que sirven por salario, que, a la verdad, no son pocos.

XVI.

Tan cierto era que la presencia del jeneral Cruz en los Ánjeles era solo un lujo de su mal concebido celo, que en el mismo dia en que él llegó a aquella villa (5 de octubre), Eusebio Ruiz habia reunido en parlamento a los caciques Pichun, Piñolevi, Colipí i muchos otros, entre los que se contaba el valiente Montrí, que pertenecia a una familia que no reconoce superiores por sus denuedos en todas las reducciones de los llanos.

Para conmover las tribus de Maguil, ademas, habia bastado solo que el lenguaraz don Pantaleon Sanchez se presentase en San Carlos de Puren el dia 8 i que se enviase a aquel temido bárbaro un *herraje de plata* para su caballo i unos cuantos pesos en monedas (1).

(1) En el libro de la comisaria del ejército del jeneral Cruz, que se conserva como uno de los trofeos de Purapel en el Ministerio de la guerra de esta capital, hai dos partidas que dicen asi.

«*Octubre* 21.—Por veinte i cuatro pesos entregados a don Pantaleon Sanchez para que dé a Maguil Bueno, en recompensa de su cooperacion en la seguridad de la frontera, amagada por Zúñiga con su huida a los indios, segun consta del decreto que se rejistra bajo el núm. 15.—*Prieto* —*Pantaleon Sanchez*.—(Son 24 ps.)

«*Octubre* 23.—Por cuarenta i un pesos cuatro reales entregados

Mediante estos arbitrios, que ponen de manifiesto cuán fácil, i sobre todo, cuán barato es el arte de manejar a los llamados poderosos araucanos, cuyo mas soberbio potentado no desdeñaría el oficio de pordiosero si fuese condenado a vivir en nuestras ciudades, consiguió el jeneral Cruz celebrar en los Ánjeles un fatigoso parlamento con los caciques que obedecian a Maguil, el 10 de octubre. Mas, aquellos diputados, una vez concluida la ceremonia, se volvieron a sus respectivas comarcas, a fin de consultar maduramente el partido que debian abrazar, miéntras el jeneral Cruz veia que la revolucion toda de Chile iba a quedar aguardando la respuesta que se dignasen enviar.... Aciagas fueron estas aberraciones i mas lo fueron sus inevitables resultados. Si el jeneral Cruz se hubiese encontrado en Chillan i sucesivamente en San Carlos i el Parral en los primeros dias de octubre, era casi evidente que el jeneral Búlnes se habria visto obligado a replegarse al norte del Maule, como él mismo lo manifestaba en esos propios dias; i entónces ¿quién hubiera podido atajar el paso triunfante de una revolucion que estaba en todos los corazones chilenos que no recibian sueldos del erario? ¿Quien hubiera podido responder aun de la fidelidad pagada de aquel ejército en esqueleto, única valla que se oponia entónces al alzamiento unánime de tres provincias, que equivalian por su territorio a un tercio de la República, estando ocupado el otro tercio por las armas de Coquimbo?

Pero quizo el ciego destino de la siempre malhadada causa liberal que, miéntras tronaba el cañon de Petorca (14 de octubre), estuviesen los revolucionarios del sud (incom-

a don Francisco Melo, valor de un herraje que se le compró para gratificar al cacique Maguil Bueno, segun consta de la órden que se acompaña bajo el núm. 16.—*Prieto.—Francisco Melo.*—(Son 41 ps. 50 cts.)»

prensible contraste!), como puestos en cluquillas, a usanza de los bárbaros, oyendo sus interminables i pretenciosas arengas.

XVII.

Tan absurdo era todo esto que el mismo jeneral Cruz haciase cargo, al parecer, de la anomalía de su situacion. Escribiendo al intendente Vicuña, el dia 12, despues de pintarle el entusiasmo de los indios para acompañarle, a consecuencia del parlamento de los Anjeles (1), le decia: «Así

(1) «Acabo de saber, dice el jeneral Cruz, en una carta del 12, a don Pedro Felix Vicuña, con relacion a los resultados de esta ceremonia, que los caciques de Maguil han vuelto por allí (San Cárlos de Puren) tan decididos i contentos con el saludo i parla que les hice, que la mayor parte de ellos aseguran al comandante que, aun cuando Maguil se opusiese a su salida, ellos vendrian con sus mocetones a *los ocho dias* del plazo que les habia señalado i que me acompañarian hasta lograr « amarrar a Montes».

A propósito de esta última frase, no podemos menos de apuntar aquí una opinion mui jeneral que hubo en 1851 entre la jente del pueblo i particularmente de los campos, sobre las causas de la revolucion del sud en aquel año. Como poco ántes habíase mandado recojer por una lei la plata de *cruz*, llamada macuquina, creian los rotos i los huasos que esta era plata del jeneral de este mismo nombre, i asi es que decian *hace bien de pelear: ¿por qué le han de quitar su plata?* I cuantos que no son rotos ni huasos no han tenido en nuestras revueltas una divisa mas elevada al empuñar las armas?

En cuanto a la manera de esplicarse los indios la guerra de los blancos entre sí, decian sus interpretes que *Montes* era malo porque en las serranias hai leones, reptiles i plantas venenosas, i *Cruz* era bueno porque era la seña del cristiano. Al ménos, no puede negarse que los Araucanos eran mas lójicos que los *guincas* en la esplicacion de sus enigmas, i que no faltaba a sus razonamientos un si es no es de adivinacion.

es, mi amigo, el que por ahora solo puede colocarnos en algun apuro el que don Manuel (*el jeneral Búlnes*) se nos ponga en marcha para Chillan luego.» Palabras que ofrecen una curiosa coincidencia porque manifiestan el temor de un jeneral de verse atacado por su adversario en la misma coyuntura en que éste retrocedia a su vez, sospechando que iba a ser el agredido.

XVIII.

La única medida de alguna importancia revolucionaria, acordada por el jeneral Cruz en los Anjeles, fuera de sus ingratas combinaciones con los indíjenas, que agotaron al fin su paciencia, fué la organizacion del rejimiento Carampangue (decreto de 10 de octubre), por medio de la agregacion al batallon veterano de este nombre de las milicias de Yumbel, para lo cual se hizo una promocion jeneral de la oficialidad de este cuerpo (1), i la creacion del batallon de

(1) El jeneral Cruz, en su calidad de jefe supremo de la nacion, concedió uno o dos grados a cada uno de los oficiales del Carampangue, otorgándoles despachos, con todas las formalidades acostumbradas. Como una muestra del estricto órden con que se procedia en todas las operaciones de la revolucion, transcribimos aquí íntegro uno de estos despachos, copiado del orijinal. Dice así:

JOSE MARIA DE LA CRUZ, JENERAL
DE DIVISION ETC., ETC.

Por cuanto: usando de las facultades que me da el cargo de Jefe Supremo de armas que me han conferido las provincias de Concepcion i Coquimbo, i atendiendo a los méritos i servicios del capitan de la primera compañía del primer batallon del rejimiento Carampangue don Juan A. Vargas, he venido en conferirle el grado de sarjento mayor, concediéndole las gracias, exenciones i

línea *Alcázar*, compuesto de los cívicos de los Anjeles, que se mandó poner bajo un pié de guerra el 11 de octubre,

preeminencias que por tal título le corresponden, quedando sujeto este ascenso a la aprobacion del Congreso de Plenipotenciarios que debe reunirse, o del Jefe Supremo que este cuerpo nombre, ínterin se reune el Congreso Constituyente.

En consecuencia, ordeno que le hayan i reconozcan por tal capitan graduado de sarjento mayor del rejimiento Carampangue, para lo que le hice espedir el presente despacho, firmado de mi mano, i sellado con el sello de la intendencia. Dado en el cuartel jeneral de los libres, en los Anjeles, a once dias del mes de octubre de mil ochocientos cincuenta i un años.

José María de la Cruz.

S. E., en virtud de la autorizacion antes espresada, confiere el grado de sarjento mayor al capitan de la primera compañía del primer batallon del rejimiento Carampangue don Juan A. Vargas.

CUARTEL JENERAL DE LOS LIBRES.

Anjeles, octubre 11 de 1851.

Cúmplase, tómese razon en la comisaria del ejército i pásese al señor intendente de la provincia para que se anote en secretaría.

Cruz.

Se tomó razon en la comisaría del ejército a f. 4 del libro de títulos. Anjeles, octubre 11 de 1851.—*Prieto.*

Concepcion, noviembre 6 de 1851.

Tómese razon en secretaría i tesorería jeneral.

Tirapegui.

Se tomó razon en esta secretaría en el libro respectivo a fojas 67.—*Luis Pradel*, secretario.

Se tomó razon a f. 172 del libro de títulos militares, núm. 12. Tesorería jeneral de Concepcion, noviembre 7 de 1851.—*Urive*, Ministro accidental.

dándole aquel nombre, dice el decreto correspondiente, «en memoria del benemérito i valiente jeneral sacrificado en sosten de la independencia i defensa especial de este departamento» (1).

(1) *Boletin del sud*, lib. 1.º, núm. 7.



CAPITULO V.

EL GOBIERNO CIVIL DE CONCEPCION.

El coronel Urrutia ocupa a Chillan con la vanguardia del ejército revolucionario.—Acta de adhesion a la revolucion que forman los vecinos de aquella ciudad.—El intendente del Ñuble don Mariano Ramon Zañartu.—La vanguardia entra a San Carlos — Proclama que el coronel Urrutia dirije a los habitantes de la provincia del Maule.—Pronunciamiento en Cauquenes.—Medidas financieras adoptadas por la intendencia revolucionaria de Concepcion.—Delicados procedimientos del intendente Vicuña.—Recursos rentísticos de la provincia de Concepcion.—El Estanco.—Deudas fiscales.—Comparacion de los gastos hechos por el gobierno jeneral de la República i los revolucionarios de Concepcion i Coquimbo.—Caja de la comisaria del ejército del sud.—Maestranza.—Envio de Rabanales i Claro Cruz para organizar montoneras en Colchagua.—Visita de cárcel estraordinaria que hace Vicuña.—*El Boletin del sud.*—Estravagantes decretos del intendente Vicuña declarando nulos todos los pactos del gobierno jeneral.—Relaciones internacionales de la provincia sublevada.—Aviso de su promocion a la intendencia revolucionaria que dirijió Vicuña a los ajentes consulares, i reconocimiento que hacen estos de aquel hecho.—El gobierno declara cerrados los puertos del territorio rebelde.—Patente de navegacion del vapor *Arauco*.—Captura de este buque por los ingleses.—Furor del populacho de Talcahuano.

—Heroismo de una «rabona».—Insolente nota del comandante Paynter.—Funestas consecuencias que trajo para la revolucion el apresamiento del Arauco.—Protesta del intendente Vicuña.—El vice-cónsul ingles en Talcahuano teme que se atente contra su vida.—Notas cambiadas, con este motivo, por aquel funcionario i el intendente Alemparte.

I.

Miéntras la revolucion se encontraba paralizada i casi comprometida, como hemos visto, en las Fronteras, o, si no es impropio decirlo, a retaguardia de sus operaciones, hacia aquella solo algunos inciertos progresos, mas como propaganda popular que por el influjo de las armas, sobre la línea del Ñuble.

II.

El 4 de octubre, en efecto, como ya dijimos, habia ocupado a Chillan el coronel Urrutia, jefe de la vanguardia del ejército del sud, acompañado de sus principales lugar tenientes Souper i Lara, que se le habian reunido en los últimos dias de setiembre. En el acto, se habia reunido el vecindario de aquella importante ciudad i por medio de una acta solemne (1), proclamó su adhesion al movimiento del sud, desig-

(1) He aquí este documento que tomamos del *Boletin del sud*, núm. 4 del lib. 1.°.

«El pueblo de Chillan, considerando la actual situacion de la República, ha acordado:

«1.° Que esta situacion desgraciada depende de todos aquellos actos ilegales emanados del poder ejecutivo.

«2.° Que la proclamacion de don Manuel Montt para presi-

nando al mismo tiempo al entusiasta ciudadano don Ramon

dente de la República se ha hecho infrinjiendo la carta constitucional en el escrutinio que ella determina, habiéndose puesto antes en ejercicio cuanto medio reprobado ocurrió al poder ejecutivo para coartar la libertad del sufrajio, infrinjiendo igualmente las demas leyes que lo reglamentaban.

«3.° Que la autorizacion pedida por el poder ejecutivo al congreso, concedida i promulgada como lei del estado en 14 de setiembre último, es atentatoria, contraria a los principios democráticos, i visiblemente con el objeto de entronizar la dictadura.

«4.° Que en fuerza de estos fundamentos, i adhiriéndonos en todo al pronunciamiento libre i espontáneo de las provincias de Concepcion i Coquimbo, declaramos, solemnemente i con la misma espontaneidad, roto el pacto social, retirando desde luego los poderes conferidos a los representantes al congreso nombrados por esta provincia i demas autoridades, reasumiendo todos nuestros derechos soberanos, i en ejercicio de ellos, nombramos interinamente para intendente de esta provincia del Ñuble al ciudadano don Mariano Ramon Zañartu, i de comandante jeneral de armas de la misma al benemérito i denodado teniente coronel don Alejo Zañartu, i ambas autoridades obrarán de acuerdo con el señor jeneral de division don José María de la Cruz, a quien conferimos las facultades necesarias a fin de llevar a cabo la realizacion de la República, poniendo a su disposicion cuantas fuerzas i recursos tenga esta provincia; en virtud de lo cual se le remitirá copia de la presente acta para su conocimiento, i el pueblo de Chillan queda satisfecho que este ilustre caudillo obrará en todo conforme a sus principios i heroico republicanismo.»

Chillan, octubre 4 de 1851.

(Siguen sesenta i dos firmas).

Al remitir esta acta al jeneral Cruz, el intendente Zañartu añadia estas palabras en una comunicacion inédita que tenemos a la vista, fecha 7 de octubre.

«Al infrascripto, como ciudadano i como primer majistrado de la provincia, le cabe la satisfaccion de aceptar la causa popular, i mucho mas cuando ve a U. S. puesto a la cabeza de ese mismo pueblo que con todas sus fuerzas pretende derrocar la tirania i esa dictadura funesta que se ha querido entronizar en nuestra querida patria, mi corazon ha latido de contento, estoi dispuesto a morir por la libertad, como tambien lo está en este momento el pueblo que dignamente me rodea.»

Mariano Zañartu, rico hacendado de aquella comarca, para que se hiciese cargo de la intendencia de la provincia del Ñuble, acéfala desde la partida de Garcia, i al comandante don Alejo Zañartu, para que desempeñase la comandancia de armas.

III.

El activo Urrutia no quiso permanecer mas tiempo en Chillan que el que necesitaba para acopiar los escasísimos recursos militares que el no ménos dilijente Garcia habia dejado tras sus pasos en su retirada hacia el norte. El 5 de octubre ocupó, en consecuencia, el pueblo de San Carlos, donde se hizo de unos 40 fusiles olvidados por Garcia i reunió cerca de cincuenta dispersos de los soldados del batallon cívico de Chillan que se desertaban de la division de Longaví. El deseo del impetuoso caudillo del Maule era invadir aceleradamente esta provincia i conmoverla de nuevo para cruzar los planes que sobre ella trazaba el jeneral Búlnes desde su cuartel de Talca. «Continuamos pues adelante, escribia, en efecto, aquel jefe al intendente Vicuña, al ocupar a San Carlos el 5 de octubre, en nuestra magnánima empresa i estoi seguro, segurísimo de que triunfaremos de ellos, apesar de los terribles esfuerzos que hacen, pues su sistema infernal está en el dia al alcance de todos.»

Al mismo tiempo, el jefe de vanguardia hacia circular, entre sus amigos i adeptos del Maule, la siguiente entusiasta proclama llamándolos a las armas (1).

(1) Ya, desde el dia 2 de octubre, habia tenido lugar en Cauquenes, capital de la provincia, un pronunciamiento revolucionario, a consecuencia, sin duda, de la retirada de la division de vanguardia

COMPATRIOTAS.

Chillan, octubre de 1851.

«Siempre celoso por los derechos del pueblo, i por la libertad de mi patria, he combatido el despotismo que ha querido ahogar la voz de la libertad.

«En mi retiro, he visto los sufrimientos que dia por dia habeis tolerado, i en ellos jamas he estado lejos de vosotros; porque, en vuestra persecucion, he visto la muerte de la libertad por la que siempre he combatido.

«Dias de dolor os han amagado; pero el sol de la libertad brilló ya para los hijos del Maule i los que ayer jemian en la opresion hoi respiran el aire de los libres. El departamento

sobre el Maule, segun aparece de la enérjica proclamacion que transcribimos en seguida de una hoja impresa.

A nuestros amigos i compatriotas.

«Cuando los pueblos proclaman sus derechos i libertad, la tiranía redobla sus crímenes i atentados.

«Apenas Concepcion i Coquimbo alzaron su grito de libertad, los que hoi apelan a vuestro patriotismo i valor hemos llevado la vida del proscripto.

«Perseguidos a muerte por los esbirros de la tiranía, aun estamos vivos para defender la patria, despues de vernos perseguidos i saqueados nuestros intereses.

«Maule ardia en entusiasmo patriótico, i los ecos de libertad en el Sud i en el norte, la encontraron en su puesto. Aquí se han tirado el 19 de setiembre las primeras balas contra un pueblo indefenso que pedia su libertad; de aqui irá tambien el entusiasmo bélico que anonade la tirania en sus mas recónditas trincheras.

«No hai que dudarlo, cuando los pueblos se presentan a combatir a sus criminales opresores, ellos triunfan: la historia está llena de estos ejemplos. Seamos unidos, i despues de mas de 20 años de tinieblas, la luz de la libertad reflejará gloriosa en nuestra querida patria.

Cauquenes, octubre 2 de 1851.

J. M. Fernandez Moraga—Sebastian 2.º Villalobos—Juan de Dios Cisternas Moraga.

de Quirihüe correspondió ya al entusiasmo de Concepcion, i Coquimbo: el está libre ya.

«Me cabe la esperanza de contar con igual esfuerzo i fortuna en el resto de estas heroicas provincias que otra vez he dirijido: ahora, con un doble motivo, quiero vuestra felicidad. Me habeis visto nacer i me vereis morir por vuestra causa i libertad.

«Quiera Dios que mis esfuerzos, unidos al de los leales i buenos patriotas, correspondan a mis deseos.

«Ciudadanos que amais la libertad, camaradas que habeis alzado el brazo para defenderla contra los tiranos; que no haya mas pensamiento ni mas himno de guerra que el de ¡VIVA LA REPÚBLICA! ¡VIVA EL JENERAL CRUZ, SU INPERTÉRRITO DEFENSOR!!.

Domingo Urrutia.»

IV.

Pero, miéntras el movimiento del sur se encontraba como estagnado en las márjenes del Biobio, i se adelantaba hácia el Maule con pasos vacilantes, arbitrábanse por el intendente de Concepcion, con incesante afan, los medios de alimentar aquel, echando a la vez mano de todos los recursos que ofrecia el patriotismo de los habitantes i poniendo en dura presion los diferentes ramos que por su naturaleza estaban bajo la mano del poder civil.

Con increible dilijencia, habiase reunido, de esta manera, por los dias en que seguimos el curso de la revolucion, una suma de mas de 80 mil pesos en dinero efectivo, cantidad estraordinaria en una provincia en que, por la naturaleza de sus transacciones, el numerario es tan escaso.

Hemos ya dicho que se habia embargado a bordo del vapor *Arauco* un paquete de onzas selladas que ascendia a la suma de 20 mil pesos, pertenecientes al erario nacional. Juntóse una suma equivalente, o inferior en poco, en las diferentes oficinas de la provincia, i con esto, el numerario disponible, al dia siguiente del movimiento, alcanzaba a una suma redonda de 38,300 pesos (1).

(1) Esta cantidad estaba distribuida de la manera siguiente. Embargo en el *Arauco* 20,000 pesos.—Tesoreria jeneral de Concepcion 5,000 pesos.—Tesoreria departamental 11,300 pesos.—Aduana de Talcahuano 10,000 pesos.—Estanco 2,000 pesos.—Total 38,300.

«Del dinero, dice el ciudadano don Francisco Prado Aldunate, en el documento que hemos citado varias veces en el primer volúmen de esta historia, fuí comisionado para tomar balance en las oficinas fiscales i encontré el número de 20,000 pesos tomados en el vapor, 11,300 en la Tesoreria departamental, 5,000 en la Tesoreria jeneral, 10,000 en la Aduana, i 2,000 en la administracion jeneral del Estanco i correos. Algunos pagarees de aduana, existentes en la factoria, reducibles a plata, pocos; i gruesa cantidad en deudas de los vecinos, de fondos provinciales, en la Tesorería departamental.»

El intendente Vicuña se empeñó eficazmente en que quedasen administrando los fondos fiscales los tesoreros Castellon i Martinez, que servian estos empleos; pero ámbos se negaron, a menos de que se les permitiese protestar tres veces todo decreto de pago, lo que acarreaba dificultades inadmisibles. En su defecto, fué elevado a tesorero el primer oficial de aquella oficina llamado Urive. «Como mi fortuna habia desaparecido, dice Vicuña en sus apuntaciones citadas, durante las persecuciones que me habian hecho mis enemigos, no siendo la menor una conspiracion jeneral de todos ellos para arruinarme, tenia que tomar las mas minuciosas precauciones sobre la contabilidad e inversion de todos los fondos públicos.»

Terminada la revolucion, hízose una honrosa justicia a la conducta observada por el intendente revolucionario en aquel espinoso asunto. Las mismas cuentas de la tesoreria revolucionaria fueron incorporadas en la cuenta jeneral de entradas i gastos de la Nacion, i aun por los propios documentos i libros de aquella

Esta última cifra se hizo subir, en pocos dias, a la de 60 mil pesos, poniendo en juego todo jénero de arbitrios i sin que se impusiera a los vecinos un solo maravedí de contribucion. Restableciendo la circulacion de las onzas estranjeras (decreto de 2 de octubre), cuyo curso estaba suspendido hacia poco por el gobierno jeneral, se reunieron 8,000 pesos en aquella moneda, que se habia ido colectando de cuenta del erario en los departamentos. Agregáronse a estos dineros 15,000 pesos por la liquidacion del estanco i factoria de Concepcion (1), 3,000 pesos de los estancos departamentales, 1,500 del fondo de jornaleros de Talcahuano i 7,700 pesos mas devueltos al erario por varios deudores o comisionados fiscales (2),

oficina, puestos en órden perfecto, se intentó poco despues hacer efectivo el reintegro de las cantidades invertidas, por cuyo monto total el fisco ejecutó a Vicuña en 1852. Mas, luego, sin embargo, abandonó aquel su desacordada accion, a la que los tratados de Purapel habian puesto atajo.

(1) Uno de los principales recursos de la revolucion fue la venta del tabaco i su distribucion a la tropa como equivalente del numerario. Al partir Vicuña de Valparaiso, habia convenido con el factor jeneral don José Manuel Figueroa que enviase éste a la factoria de Concepcion cuanto tabaco fuera posible, de manera que, al estallar el movimiento, existia, entre la aduana de Talcahuano i la factoria de Concepcion, un valor de cerca de cien mil pesos en este artículo. El intendente Vicuña suprimió por un decreto el estanco de Concepcion, dejando solo subsistente la factoria, i en la liquidacion de las cuentas de aquel, resultó un alcance contra el jefe del ramo, un rico especulador llamado Rodriguez, de 15,000 pesos, que la autoridad le hizo entregar en la tesoreria, en el término de 24 horas, conminándolo con prision. Esta era tambien una de las claves que ponian de manifiesto el enigma de la adhesion provincial al candidato de la Moneda.

El *Estanco* en Chile ha sido para los gobiernos una especie de ejército permanente, harto mas eficaz por su organizacion que los batallones armados.

(2) Don Ignacio Palma, que tenia arrendada la valiosa isla de

Existia ademas una deuda provincial que ascendia a 187 mil pesos, i por la que los favorecidos del fisco, que eran los adictos a la candidatura Montt, pagaban intereses sumamente bajos, por ser censos u obligaciones pias, o no pagaban absolutamente nada. Con fecha 25 de setiembre, ordenóse, en consecuencia, por un decreto de la intendencia, que todos los deudores morosos entregasen en tesoreria un 3 por 100 del total de su deuda, como fondo de amortizacion, dividiendo los plazos de quince en quince dias, a fin de hacer menos oneroso este gravámen. De esta sencilla manera, se creó para la provincia, o mas bien, para el departamento de Concepcion, una renta fija de 9,000 pesos mensuales que, una vez hechos todos los gastos de guerra, era suficiente para las demas exijencias del servicio. Desde luego, esta providencia dió por resultado el que se entregaran en tesoreria 4,000 pesos por intereses atrasados de la deuda flotante de la provincia, sebe de todas aquellas recónditas afecciones políticas, que no tenian el aliciente mas tentador de un sueldo fijo.

V.

Tales fueron las sencillas operaciones de la hacienda revolucionaria en Concepcion (1), i ciertamente que serán su

de la Mocha en solo 300 pesos i debia al fisco gruesas sumas por otras negociaciones que esplicaban su ardiente civismo, entregó 4,000 pesos a cuenta de sus obligaciones, el comandante Sepúlveda 3,000 pesos i un misionero italiano llamado Bracandori, que habia recibido 1,000 pesos para una comision en Arauco, devolvió por apremio a la tesorería 700 pesos que aun no habia invertido. Estas tres cantidades hacian la última cifra de 7,700 pesos que dejamos apuntados.

(1) Los gastos de la revolucion del sud fueron casi esclusiva-

mejor timbre i un noble desmentido a esas bastardas acusaciones que se hacen por los que solo viven del éxito, a todos los hombres que han promovido en Chile los sacudimientos populares. Pero acaso no ha existido, durante los últimos 30

mente militares, pero se pagó tambien puntualmente la lista civil i aun se dieron 1,000 pesos para gastos eclesiásticos.

Segun la cuenta jeneral de inversion de 1851 (en la que están insertadas íntegras las de la tesoreria revolucionaria de Concepcion), se entregaron a la comisaria del ejército, durante todo el período de la revuelta, solo 35,409 pesos 87 centavos, es decir, poco mas de la mitad del dinero colectado en efectivo. Pero es preciso advertir que muchos de los gastos de guerra se hicieron por libramientos directos de la intendencia sobre la tesoreria, de los que no se tomaba razon por el comisario del ejército.

Segun el libro de las cuentas de la comisaria del ejército del sud, que, como hemos dicho, existe orijinal en el archivo del Ministerio de la Guerra, la caja de aquella habia recibido hasta el 1.° de noviembre, 30,996 pesos i solo habia gastado en esa fecha 5,877 pesos, quedando una reserva de 25,118 pesos. Esta se habia disminuido el 1.° de diciembre a 14,978 pesos que fue mas o menos la misma cantidad que se distribuyó a los restos del ejército revolucionario, antes de ser disuelto en Purapel.

Entre los gastos de guerra, figura lo invertido en 2,600 camisas, 600 casacas i 1,000 pares de pantalones que se hicieron en Concepcion para el ejército i, mas especialmente, para el uso del batallon cívico de aquella ciudad. Pero los comerciantes vendian los materiales al costo, i las señoritas de Concepcion se suscribian con gruesas partidas de aquellos objetos que ellas cosian gratuitamente con sus delicadas manos. La señorita Rosa Esquella fue suscritora por 50 camisas.—Las obreras del pueblo cosian los pantalones solo a 9 reales la docena; i tal era el entusiasmo de estas infelices que una sirviente de doña Manuela Puga obló 200 pesos en que consistia toda su fortuna, fruto sin duda de largos ahorros.—Otra mujer del pueblo, al ver pasar por la puerta de su rancho a Vicuña, salió corriendo a su encuentro i presentándole un trozo de *tocuyo* que media dos varas, le decia—*Señor intendente, alcanza para una camisa!* Escusado es decir que esta jenerosa dádiva fue admitida.

Mas adelante tendremos ocasion de hablar mas detenidamente del patriotismo de las hermosas hijas del Biobio.

años, otro fundamento de este cargo que una jeneralizacion de aquel antecedente histórico que sacó una revolucion armada del mostrador de un Estanco. . . .

Las medidas financieras de los revolucionarios de Concepcion aparecen mucho mas justificadas cuando se las compara al inmenso derroche con que se inició la hacienda del Decenio, i que, despues de la sangre que vertió a torrentes, fué el mas odioso i el mas grave de sus caracteres. Segun las cuentas de inversion de los años de 1851 i 52, aparece, en efecto, que se gastó por el gobierno en sofocar la revolucion de 1851, no ménos de la enorme suma de 1.298,758 ps. 23 cts. (1), es decir, *diez i ocho veces* mas que lo gastado en Concepcion i trece veces mas de lo invertido en la Serena, pues en la revolucion de Coquimbo se habian gastado, segun la cuenta de la tesoreria de aquella provincia, 100,216 ps. 13 cts., casi el doble de lo que habia sido preciso en Concepcion.

Hemos dicho que todos los gastos de la revolucion del sud estaban completamente justificados por sus documentos, i en vano el ávido ojo de los fiscales buscó algun resquicio de acusacion a los que respondian con su firma de aquellos procedimientos; pero sin embargo, el gobierno que osaba acusar a aquellos hombres tan atrevidos, como eran pobres,

(1) Segun las cuentas jenerales de inversion de los presupuestos de los años fiscales de 1851 i 52, se gastaron en 1851, como exceso del presupuesto de guerra aprobado el año anterior, 671,956 ps. 92 cts., i en 1852, por el mismo motivo i con arreglo a la lei de facultades estraordinarias de 14 de setiembre de 1851, la cantidad de 626,801 ps. 31 cts.-Total 1.298,758 ps. 23 cs.

El presupuesto del ramo de guerra habia ascendido en 1850, en sus tres departamentos de ejército, marina i guardia nacional a 1.349,310 ps. 7 cts. i en 1851 subió casi al doble, esto es, a 2.023,890 ps. 48 cts.

no sintió el rubor de su responsabilidad (sino ante sus propias oficinas, cuyas manos estaban todas a sueldo, por lo menos ante la inexorable posteridad que comienza a juzgarlo) al estampar en sus documentos públicos una partida concebida en estos testuales términos: *Por diarios, víveres i diversos gastos hechos en toda la república, con el objeto de conservar el órden público, librados a consecuencia de* órdenes competentes—152, 733 ps!!

Para eterna honra de los sublevados de Concepcion, rejistrará la historia estas cifras, i en su contrapuesta comparacion, se leerá en los tiempos venideros con asombro que habia bastado al patriotismo de aquellos ciudadanos solo la *mitad de los fondos secretos* con que el gobierno que se habia sobrepuesto a la nacion, sostuvo su usurpado poder, a fuerza de oro i de sangre.

VI.

Otro de los acuerdos de la autoridad revolucionaria, que ponian en evidencia de luz la honradez de sus propósitos i el espíritu de *órden* con que se queria protestar contra la eterna acusacion dirijida al partido de oposicion, que en esta vez habia dejado de ser un bando para ser un poder, fué la creacion del *Boletin del sud*, rejistro oficial de todos los actos de la autoridad, el cual comenzóse a dar a la prensa el 2 de octubre, a imitacion del que se publicaba en la capital, con el título de *Boletin de las leyes* (1). «Cuando una revolucion va a cambiar la faz de una nacion entera, decia la

(1) El primer número de esta curiosa publicacion, de la que tomamos muchos datos esenciales para esta historia, apareció el 2 de octubre i el último el 3 de diciembre de 1851, formando 46 números que componen un volúmen en 4.° de 208 pájs.

introduccion de este repertorio, esplicando la mente de sus autores, los actos que inician este movimiento rejenerador deben pasar a la posteridad, ya sea como una espresion del patriotismo de los que abrazan los sentimientos e ideas que la impulsaban, o bien, como las bases en que debe reposar el nuevo edificio social que debe levantarse.»

VII.

Junto con la creacion del *Boletin del sud*, se espidió por la intendencia de Concepcion, el 2 de octubre, un decreto estraño cuya peculiar osadía rayaba ya en la extravagancia. Proponíase nada ménos aquel rescripto, digno de la Rusia i dictado en Concepcion, abolir de hecho la tesoreria nacional que existia en la capital, suprimir el ministerio de hacienda i por completo la accion del gobierno, declarando de ante mano irremediablemente nulos los pactos que celebrase el gobierno jeneral, i todos los pagos que se hiciesen por su órden, incluso por supuesto el sueldo del presidente de la República. Esto era llevar el ardor revolucionario hasta el quijotismo i desnaturalizar hasta cierto punto, el espíritu de cordura i moderacion que habia caracterizado a la revolucion desde sus primeros pasos (1).

(1) He aquí esta curiosa pieza, tal cual se publicó en el *Boletin del sud*, núm. 9, del lib. 1.°.

BANDO.

PEDRO FELIX VICUÑA, *intendente proclamado por la provincia de Concepcion, etc., etc.*

Por cuanto: con esta fecha la intendencia ha espedido el decreto que sigue:

«Estando despedazados los lazos que ligaban las provincias con un gobierno tiránico, que ha sacrificado a los intereses i

VIII.

La casi irremediable escasez de armas en la provincia era otro de los motivos de preocupacion i de labor para la autoridad provincial de Concepcion. El 13 de setiembre no existian en los cuarteles de aquel pueblo sino 100 fusiles útiles, de manera que desde la madrugada del siguiente dia,

egoismo de una faccion diminuta i corrompida los de la República entera, i llegado ya el tiempo de poner un dique a la dilapidacion que se hace de las rentas nacionales, fraguando negociaciones escandalosas, compras i ventas fraudulentas, para prostituir a los ciudadanos; atendiendo, por otra parte, a que las provincias de Concepcion i Coquimbo, se hallan completamente emancipadas, i las del Ñuble i Maule, ocupadas por nuestras fuerzas, i como todas aquellas tienen derecho a una parte considerable de aquellas rentas, con que la espirante tiranía procura conservarse en las provincias centrales, este gobierno por sí i en representacion de las dos que ocupan nuestras fuerzas, miéntras tanto organizan sus respectivos gobiernos, ha decretado lo siguiente:

Art. 1.° Todo contrato hecho con el titulado gobierno jeneral que oprime a las provincias centrales de la República, es nulo desde el 13 de setiembre pasado, en que esta provincia recobró los imprescriptibles derechos de su soberanía.

2.° Todo contrato ántes estipulado se suspenderá desde aquel mismo dia, teniendo que devolver cualquiera anticipacion recibida con este objeto.

3.° Todo aquel que pagase un documento no cumplido de cualquiera naturaleza, adelantando fondos por descuentos o bajo cualquiera otro título, los perderá, teniendo que devolverlos, tan luego como las fuerzas de las provincias ocupen los puestos, donde las autoridades ilegales i nulas hubiesen cometido estas fraudulentas transacciones.

4.° Los sueldos pagados al que se titula presidente de la República, a los que se llaman sus ministros, a todos los nuevos

el intendente Vicuña se consagró a organizar una maestranza suficiente para remontar todo el armamento viejo o descompuesto que existia en la provincia. En pocos dias, estaba montado un taller completo, en el que ardian, durante el dia i la noche, tres o cuatro fraguas, servidas por mas de treinta obreros, entre los que se contaba un buen número de mecánicos alemanes emigrados. De esta suerte, a fines de setiembre, estaba ya completamente armado el batallon Guia, i se habia confeccionado pertrechos suficientes para un ejército de cuatro mil hombres, aunque la pólvora i el plomo

empleados, comisiones etc. sobre-sueldos militares concedidos despues del 13 de setiembre, se declaran tambien indebidos i nulos, i los que los reciban están obligados a devolverlos con sus correspondientes intereses.

5.° Todos los administradores del estanco i demas oficinas de las provincias del Ñuble i Maule, que rinden sus cuentas i pagos a la Tesorería principal de Concepcion, continuarán entendiéndose con ella en la misma forma; i todo pago, transaccion o descuento que haya tenido lugar en dichas provincias, despues que fueron evacuadas por la fuerza de los opresores, es nulo, sin la intervencion de esta oficina.

6.° En veinte dias contados desde esta fecha no se recibirán en esta provincia ningunos efectos despachados del puerto de Valparaiso; i en mes i medio, del resto de la República. Toda internacion pagará los derechos establecidos en la aduana de Talcahuano.

7.° Este decreto durará hasta la organizacion de un gobierno nacional que resolverá lo conveniente.—Anótese, comuníquese i publíquese.

Por tanto: para que llegue a conocimiento de todos i tenga su debida observancia, puublíquese por bando, fijándose por el escribano de gobierno ejemplares en los lugares acostumbrados. Dado en la sala del despacho de la intendencia a dos dias del mes de octubre de 1851.

PEDRO FÉLIX VICUÑA.

Luis Pradel, secretario.»

fuesen estraordinariamente escasos en aquella provincia, donde el trabajo de las minas es casi totalmente desconocido. El grave error de no haber enviado el *Arauco* a posesionarse de las municiones depositadas en los castillos de Valdivia, se haria sentir en breve i de una manera harto funesta!

Por este mismo tiempo, i a instancias del ardoroso cura Sierra, resolvió el intendente revolucionario comisionar al antiguo oficial de ejército don Matias Rabanales, a fin de que levantase en la provincia de Colchagua partidas volantes (montoneras), que interceptasen las comunicaciones entre la capital i el cuartel jeneral del ejército del gobierno. Aquel caudillo debia recibir algunos ausilios en armas i dinero del coronel Urrutia, pasar el Maule i comenzar sus operaciones entre Talca i Curicó (1).

(1) Como una medida de buen gobierno, el intendente Vicuña hizo en los primeros dias de la revolucion una visita de cárcel estraordinaria, i tan estraordinaria fué que de mas de 80 reos, recibieran su libertad 60. Quedaron en prision solo los acusados de salteos. Los otros eran cuatreros o delincuentes de faltas leves, que se castigaban, sin embargo, con toda la severidad de las leyes del Estilo. La visita se hizo con la intervencion de todos los escribanos i teniendo a la vista los autos de cada causa. Ademas, se dió órden para que ninguno de aquellos indultados fuese admitido en los cuerpos que se levantaban para formar el ejército revolucionario. Pero apesar de todas estas precauciones, no sabemos si aquel acto deberia censurarse como una violacion de las leyes, por cuyo cumplimiento iba a armarse el país, o contemplarse solo como una medida de induljencia revolucionaria que aumentaria el entusiasmo de las masas, sin causar grave daño a la sociedad. Entre los perdonados contose a un célebre ratero a quien llamaban *el gato* porque vivia solo escalando murallas i tejados para robarse utensilios domésticos, pero que, como el famoso *Leña verde*, de quien hablaremos mas adelante, no tenia una reputacion siniestra. De los detenidos por críme-

Con igual mision, fué despachado desde Rere, por el jeneral Cruz en persona, su sobrino don Vicente Claro i Cruz, que se trasladó al sud con aquel objeto, finjiendo que iba a traer una arria de ganado de las haciendas de su tio. Diólé éste con aquel propósito una órden concebida con duplicidad, a fin de engañar a su regreso a las autoridades del tránsito, cuya estratajema tuvo un excelente resultado (1), pues el intendente de Talca Cruzat le detuvo solo unas pocas horas, como sospechoso, i luego le dejó partir. Claro Cruz venia a establecer sus montoneras entre San Fernando i Curicó.

IX.

La intendencia revolucionaria no habia descuidado tampoco ejercitar, en cuanto era dable a su limitada accion

nes de importancia, el de mas nota era el célebre Seguel, el Falcato del sud, hombre de tan ilustre apellido que se le corria de voz vulgar emparentado por sus mayores en la casa de Austria i tan valeroso como terrible en sus pasiones. Era ya algo anciano i tenia un aspecto venerable. Ofrecióse para ir a formar montoneras o llevar comunicaciones hasta Coquimbo, a trueque de obtener su libertad, pero la única gracia que le se concedió fué cambiarle unos enormes grillos que le habian remachado, porque con otros mas lijeros que antes tenia, mató un centinela i logró escapar, hasta que el animoso don Bernardino Pradel volvió a prenderle, empleando no ménos de 70 hombres con aquel objeto: tan grande era el terror que inspiraba su nombre!

(1) En esta carta, fechada en Rere el 2 de octubre, dice el jeneral Cruz aludiendo a la venta de sus vacas. «Conducirlas para abajo en esta estacion seria darles carne a los cuervos, i yo me hallo bien distante de proporcionárselas.»

política i al bloqueo jeneral de sus puertos (1), sus relaciones internacionales, fuera ya por medio de los vice-cónsules que algunas potencias como la Inglaterra i los Estados-Unidos mantenian en Talcahuano, fuera entablando amistosas relaciones con los capitanes de buques de guerra estranjeros, únicos que tenian autorizacion oficial para acercarse a las costas del territorio sublevado (2).

(1) He aquí el decreto que declaró el bloqueo de todos los puertos del sud i que copiamos del *Boletin de las leyes*, núm. 9, lib. 19.

Santiago, setiembre 30 de 1851.

Considerando:

1.° Que los puertos de la provincia de Concepcion están ocupados por los sublevados de esta provincia.

2.° Que en uno de estos puertos ha sido asaltado i tomado un buque mercante de la marina nacional, con grave perjuicio de sus dueños;

3.° Que deben temerse iguales depredaciones en buques, tanto nacionales como estranjeros;

He venido en acordar i decreto:

Quedan cerrados todos los puertos de la provincia de Concepcion a toda comunicacion, esceptuándose los buques de guerra estranjeros, hasta nueva órden.

El comandante jeneral de marina dará las órdenes necesarias para que una fuerza competente de la escuadra nacional, vaya a hacer efectiva esta resolucion.

Comuníquese.

MONTT.

José Francisco Gana.

(2) El capitan de la corbeta de guerra norte-americana *Saint Mary* entró, como todos sus conciudadanos, en las mas cordiales relaciones con los jefes de la revolucion i no opuso resistencia alguna al armamento que se ejecutó en Talcahuano de una compañía de rifleros americanos destinada al ejército del jene-

Una de las primeras atenciones del intendente Vicuña habia sido, por consiguiente, dar aviso a los ajentes consulares en Talcahuano de su promocion al primer puesto de la provincia, en nombre de la soberania popular que esta asumia, i de las pacíficas i amigables relaciones que el nuevo gobierno deseaba mantener con todas las potencias estranjeras. Los ajentes de estas en la provincia, i el vice-cónsul ingles el primero entre estos, se apresuraron a hacer un esplícito reconocimiento del *hecho* que se les comunicaba, cual era su deber, segun las prescripciones mas vulgares del derecho internacional (1).

ral Cruz. En uno o dos viajes que hizo a Valparaiso aquel buque su caballeroso comandante Mr. Macgruder llevó diversas comunicaciones de Vicuña a su familia i lo mismo practicó en otras ocasiones el capitan Johnson del vapor ingles *Gorgon*, esponiéndose a la brutal reprobacion del ministro Sullivan que habia tratado malamente al capitan Paynter, porque no era tan brutal como él; aunque luego, en verdad, aprendió a serlo!

(1) He aquí la nota del vice-cónsul ingles en que acusa recibo de las comunicaciones del intendente Vicuña. Está tomada del *Boletin del sur* núm. 9 lib. 1.° i dice así:

Vice-Consulado Británico.

Talcahuano, setiembre 16 de 1851.

Señor: el infrascrito, Vice-Cónsul Británico en la provincia de Concepcion, tiene el honor de acusar recibo de un oficio de esta fecha del intendente de la provincia que actualmente funciona, don Pedro Félix Vicuña, haciéndome saber que habia sido proclamado por la voluntad soberana del pueblo, i adjuntándome copias de las actas i proclamas publicadas en Concepcion el dia 14, asegurándome que la intencion del nuevo gobierno es de continuar tratando a la nacion inglesa con la misma cordial amistad que tan felizmente se ha conservado hasta hoi.

El infrascrito se aprovechará de la primera oportunidad pará comunicar esta circunstancia a su gobierno, i en el entretanto, tiene el honor de asegurar al señor intendente que funciona su mas alta consideracion i aprecio.

Roberto Cunningham—(Vice-Cónsul).

Al señor don Pedro Félix Vicuña, intendente actual de la provincia de Concepcion.

X.

Otro de los actos de la soberania que constituia el territorio sublevado en la independencia de hecho exijida por las leyes internacionales para imponer los deberes de la neutralidad a los paises estranjeros, fueron las patentes de navegacion que espidió el gobierno revolucionario a favor del bergantin *Jeneral Baquedano* i del vapor *Arauco*, sujetándose en todo a las reglas del derecho de jentes (1).

Pero la misma legalidad de sus procedimientos dió en breve márjen al atentado mas odioso que viera consumarse la revolucion de 1851; tal fué el apresamiento del mismo vapor *Arauco*, hecho de sorpresa por el vapor *Gorgon* de S. M. B., segun órdenes espresas del almirante ingles, i en virtud de un decreto verdaderamente oprobioso del gobierno le-

(1) Damos publicidad, a continuacion, a la patente de navegacion del *Arauco*, tal cual se publicó en el *Boletin del sur*. Dice así.

José Maria de la Cruz, Jefe Supremo militar, proclamado por los pueblos, Jeneral de Division de los Ejércitos de la República.

Por cuanto he mandado armar en guerra el vapor nacional *Arauco*, i por miéntras permanezca roto el pacto de unidad con el gobierno invasor de los derechos del pueblo, vengo en estender la presente patente de navegacion al espresado vapor, para que los buques i autoridades marítimas nacionales le presten todos los auxilios que pueda demandarles, i ruego a las demas naves i autoridades amigas o estranjeras lo consideren i auxilien en conformidad con el ofrecimiento que les hago de retribuirles iguales servicios en casos análogos, para lo que firmo la patente, sellada con el sello de la Intendencia, en el cuartel jeneral de los Libres, en Concepcion de Chile, a veinte i cinco dias del mes de setiembre de mil ochocientos cincuenta i uno.

José Maria de la Cruz.

gal, que declaraba pirática la bandera chilena enarbolada en los mástiles de aquel buque.

XI.

En el primer volúmen de esta historia (1), hemos referido con alguna detencion los pormenores de esta escandalosa violencia, i, al presente, cúmplenos solo añadir algunos documentos a los numerosos ya publicados en esta obra, que ponen mas de manifiesto la humillacion a que fué sometida la República por sus mezquinos mandatarios i la desmedida osadia de los marinos ingleses, autorizados por aquella misma fatal debilidad, síntoma infame de ese infame crímen americano que hoi cubre de cadáveres el suelo de Méjico.

El 15 de octubre, en efecto, se anunció por los vijias de Talcahuano la aproximacion de un vapor de guerra que entraba a todo su andar por la boca grande de la Quiriquina. Vióselo, en seguida, echar sus anclas a pocos pasos del surjidero donde el *Arauco* permanecia desde su regreso de Coquimbo, hacia dos semanas, i desprendiendo inmediatamente de su costado botes armados, tomó posesion del buque revolucionario, sin haber hecho antes la menor intimacion sobre cuales eran sus propósitos, al emprender un ataque tan singular como inesperado. Era el asaltante el vapor *Gorgon*, capitan Paynter.

Al saberse en tierra aquella depredacion, que tenia todos los caracteres de un acto de aleve pirateria, encendióse en ira el ánimo del pueblo i comenzó éste a correr en tropeles hácia el fuerte que domina la bahia, con la inten-

(1) Véase en el tom. 1.° el capítulo titulado *Un crímen de lesa patria* i los documentos que le corresponden en el *Apéndice*.

cion de atacar en el acto al agresor. Tanto fué el furor de la muchedumbre i de la tropa en los primeros instantes, que, faltando tacos en el castillo para cargar los cañones, vióse a una mujer del pueblo (probablemente alguna *rabona* i que quedó tal por aquel acto) arrancarse con las dos manos su vestido de la cintura (1) i entregarlo a los artilleros para que dispararan sobre los *gringos ladrones*, como en su tosco, pero esta vez verídico lenguaje, llamaban los rudos marinos de Talcahuano a los captores del *Arauco* (2).

El teniente de marina don Juan de Dios Camaño, jóven animosísimo, natural de Valparaiso, que se encontraba a bordo en aquel momento con Alemparte, ocupado el último activamente de sus aprestos, hizo cargar la colisa del vapor, hasta la boca i apuntarla al buque asaltante, creyendo que este

(1) El intendente Vicuña mandó gratificar a esta mujer i a otra que siguió su ejemplo con una onza de oro, para que costeasen un vestido de seda.

(2) Como una muestra odiosa pero característica de la irritacion que produjo en todo el país el atentado de los ingleses, copiamos aquí la siguiente hoja impresa que circuló en las calles de Valparaiso, tan pronto como llegó a la bahia de aquel puerto el vapor *Gorgon* con su mal habida presa. Dice así con su peculiar i semibárbara ortografía.

«*A los chilenos.*

«Compatriotas...!! Los ingleses estos pérfidos gringos pirata en la mar y contrabandistas en tierra, que siempre han vivido del pillaje; nos han arrebatado el vapor *arauco* para entregarlo al *tiráno Montt*, y protejer de éste modo la *tirania* en chile. Este insulto tan atros a nuestro nacionalismo y á la causa santa que defiende el jeneral Cruz debe ser escarmentado, y si estos infames gringos nos saltean en la mar nosotros debemos degollarlos en tierra.

«Somos un millon de chilenos y todos unidos podemos aniquilar esta rasa de ingleses maldita por los buenos americanos. Asi escarmentarán de insultarnos con su poder en la mar, si al grito de deguello desaparecen del suelo chileno.»

iba a romper sus fuegos pero desistieron de aquel acto temerario, cuando observaron que bajaban los botes del *Gorgon* i que venia tropa armada a abordarlos.

El jefe de los captores, que era aquel mismo marino ingles cuya condescendencia al celebrar el vil ajuste que levantó el embargo del *Arauco* en el puerto de Coquimbo habia sido tan severamente amonestado por el ministro i el almirante ingles, cumplió ahora las instrucciones que habia recibido, con toda la aspereza de su herida susceptibilidad, contentándose con enviar, al siguiente dia de la captura del *Arauco*, una insolente nota a su ajente consular, con encargo de trasmitirla al gobierno revolucionario, i contestando a las comedidas reclamaciones entabladas por el último, a quien dirijia de su propio albedrio, las mas estrañas i amargas recriminaciones. Este curioso documento, del que hemos encontrado felizmente una traduccion inédita, está concebido en los siguientes términos.

A bordo del vapor de guerra Gorgon de S. M. B.

Talcahuano octubre 16 de 1851.

Señor:

Tengo el honor de acusar recibo a su nota fecha de hoi i demas que me adjunta.

Suplico a U. se sirva hacer llegar a manos del señor intendente don Pedro Felix Vicuña, para el conocimiento de las autoridades, que yo he apresado el vapor de guerra *Arauco*, por órden del contra-almirante Fairfax Moresby C. B. comandante en jefe.

El *Arauco* ha sido declarado pirata por el gobierno chileno, abandonado por su dueño, está asegurado en Inglaterra i se

han hecho protestas (1) contra él por el capitan i parte de la tripulacion, por robos i pillaje de mucha importancia cometidos en súbditos ingleses.

El almirante me ha autorizado para dar este paso i los motivos que ha tenido presente al ordenarlo, emanan únicamente del deseo de preservar a los súbditos británicos de ultrajes i robos.

Cuando las autoridades de Concepcion sumerjieron a su pais en revolucion, debieron haberse guardado cuidadosamente de cometer actos de violencia i agresion contra estranjeros residentes en Chile, que han confiado sus familias i sus bienes bajo la salvaguardia del honor chileno. Al espresar el profundo sentimiento de ver a Chile empeñado en una guerra civil, Chile, que ha sido siempre un aliado sincero i firme de la Inglaterra, desde los primeros dias de su independencia, debo manifestar que es de mi obligacion, como oficial británico, velar que no se cometa ninguna violencia en súbditos ingleses, pedir satisfaccion cuando se les haya inferido insultos, i quedar *perfectamente neutral* en todas las disenciones intestinas.

En conclusion, suplico a U. se sirva hacer presente al señor intendente la esperanza que me anima de que el largo período de paz i prosperidad que Chile ha gozado se restablezca lo mas pronto posible; i con esta esperanza:

Queda de U., señor, su mui obediente i humilde servidor,

L. Paynter, (Comandante).

(1) Véase en el documento núm. 6 del Apendice, la protesta del capitan del Arauco, fecha en Talcahuano, el 16 de setiembre, ante el escribano del departamento.

XII.

La captura del *Arauco* fue un golpe de muerte dado a la revolucion, i precisamente consumose aquel crímen internacional en la hora mas oportuna para servir a sus autores. Como dejamos ya referido, al finalizar el capítulo que precede al anterior, ocupábase activamente en Talcahuano don José Antonio Alemparte, desde fines de setiembre, en aprestar una flotilla que debia apoderarse de los dos buques bloqueadores del gobierno, el *Meteoro* i la *Janequeo*. Nada era mas fácil que aquella empresa. Como es sabido, las brisas del sur no se levantan en aquella latitud sino despues de medio dia. Esta circunstancia dejaba a los dos bergantines a vela del gobierno casi del todo inhábiles para defenderse contra un buque de vapor, armado con un cañon de a 24, miéntras que aquellos no montaban sino carronadas de a 8, i tan persuadidos estaban los marinos bloqueadores del peligro inminente que corrian (pues no ignoraban los preparativos de Alemparte), que todo su empeño era regresar a Valparaiso (1). Pero esta misma alarma esplica demasiado la alevosía i la oportunidad del atentado consumado por los ingleses, a influjos del gobierno de Chile.

El plan que se habia acordado para hacer mas segura

(1) Temeroso el intendente Vicuña de que los comandantes de la *Janequeo* i del *Meteoro* regresasen a Valparaiso, por falta de víveres, esponiendo asi a malograrse el plan de Alemparte, habia dado órden a todos los subdelegados de las costas para que permitiesen libremente a los campesinos i pescadores el vender a aquellos cuantas provisiones quisieren, lo que los patriotas huasos de Penco ejecutaban, dando puntual aviso de cuanto sabian a las autoridades revolucionarias.

presa de los débiles barcos del gobierno consistia en que el vapor *Arauco* remolcase el bergantin jeneral Baquedano, dos lanchas cañoneras i una o dos divisiones de botes armados de fusileros hasta la Quiriquina, aprovechando la oscuridad de la noche i, a la mañana siguiente, estando los buques bloqueadores detenidos por la calma, rodearlos de improviso i hacerles arriar su bandera, lo que talvez se habria conseguido sin disparar un tiro, desde que sus cañones tenian mucho menos alcance que los de los buques revolucionarios.

Una vez apresada la escuadrilla bloquedora, el *Arauco* se presentaria con tres buques delante de Valparaiso, apresaria el *Cazador*, que era mucho mas débil que aquel en su construccion i armamento, o lo obligaria a permanecer en su surjidero. I entonces, dueña la revolucion de la mar; ¿que recurso quedaba al gobierno, sobre el que el pueblo rodaba en olas ajitadas, sino hacer la señal de socorro i resignarse al temible naufrajio a que le arrastraban las mismas pasiones que él habia desencadenado?

El crímen de los ingleses consumose, pues, en el preciso instante en que aquella empresa iba a ponerse por obra, porque concluidos ya los aprestos i vencidas las vacilaciones de Alemparte, que era tan laborioso en la organizacion como irresoluto en el hecho, se habia fijado la noche del mismo dia 15 o la del 16 para emprender el asalto.

XIII.

El intendente de Concepcion, entretanto, comprimiendo en su pecho la ira justísima de aquella iniquidad sin ejemplo, habia dirijido al vice-consul ingles la siguiente protesta, que tan notable contraste presenta con la arrogante nota del ma-

rino ingles, la que, segun parece, fué escrita en respuesta a aquella.

Concepcion, octubre 15 de 1851, a las 6 de la tarde.

«En perfecta armonía cón todos los gobiernos estranjeros, i marchando por el sendero de nuestra lejislacion con todos ellos, acabo de saber que el vapor *Gorgon* de S. M. B., de cuyo Gobierno es U. vice-Consul, se ha apoderado del vapor *Arauco*. Sea cual fuere el motivo de tan estraña conducta, hai en estas provincias autoridades constituidas, a quienes dirijir cualquier reclamo; pero prevalerse de la fuerza para tomar un buque que pertenece a este gobierno i romper todos los miramientos que se deben en toda sociedad culta, no alcanzo a comprenderlo.

Como U. solo puede ser intérprete de este suceso, como vice-consul Británico, espero me comunique a la mayor brevedad posible las causas que han motivado tan violento procedimiento. Yo protesto, desde luego, ante la Reina de la Gran Bretaña i ante todos los pueblos de la tierra, seguró de que la justicia siempre se sobrepondrá a la fuerza que hoi nos insulta por creernos débiles.

Dios guarde a U.

Pedro Félix Vicuña.

Al Sr. vice-Consul de S. M. B. D. Roberto Cunningham.

XIV.

La prudente nota del intendente Vicuña estaba mui lejos, sin embargo, de evidenciar los verdaderos sentimientos del pueblo, en presencia de aquella violacion escandalosa de la lei internacional, hecha con tanto insulto i con daño tan inminente de los intereses de la revolucion, para la cual la na-

ve apresada debió ser la centella electrica de su espansion i de su triunfo. I tal cundió, en verdad, la exacerbacion en los ánimos de los penquistos, sin distincion de categorias, que el vice-consul ingles, D. Roberto Cunnigham, hombre honorable i que gozaba en la provincia, desde muchos años, de un aprecio jeneral, llegó a temer por su vida, en vista de la creciente irritacion con que se contemplaba el bárbaro atentado de sus compatriotas (1).

(1) He aqui la nota del vice-consul ingles, en que, guiado sin duda por apariencias, manifestaba al intendente de Concepcion sus temores de que se atentase contra su vida i la digna i enérjica respuesta que dió a aquella el intendente Alemparte, que habia sucedido a Vicuña en aquellos dias en el mando político de la provincia.

Ambas dicen así:

Talcahuano, octubre 17 de 1851.

Señor:

Acabo de ser perfectamente instruido que quince personas, reunidas anoche en la plaza de Concepcion, han resuelto cometer un asesinato en mi persona i toman todas las medidas necesarias para ejecutar este atentado, persuadidos, dicen, de haber tomado yo una parte activa en el apresamiento del vapor *Arauco*. En la misma noche, se propusieron consumar el asesinato, para cuyo efecto se deberian reunir treinta personas.

Tengo la seguridad de que basta solamente poner en conocimiento de US. esta noticia, para quedar satisfecho de que nada ocurrirá en mi persona.

Tengo el honor de ser, señor, su mas obediente i humilde servidor.

Roberto Cunningham, vice-consul.

Al señor don José Antonio Alemparte, Intendente etc. etc. etc. Concepcion.

INTENDENCIA DE CONCEPCION.

Octubre 18 de 1851.

Con gran sorpresa he recibido la nota de US. fecha de ayer, en que me refiere un chisme que solo pueden haber inventado al-

XV.

Pero es ya tiempo de que abandonemos los negocios casi esclusivamente civiles de que nos hemos ocupado en el presente capítulo, para seguir la revolucion del sud en su lento desarrollo militar, cuyos aprestos dejamos terminados en los cuarteles jenerales de Concepcion, los Anjeles i Chillan, sin

gunos de los pocos hombres estraviados que contrarían nuestra causa por ardides tan torpes como ridículos.

Por mas irritacion que causó en el ánimo de todos los vecinos de esta provincia el rapto escandaloso del vapor *Arauco*, por órden del Almirante ingles, bajo pretes tos especiosos i enteramente infundados, no crea US. que en manera alguna pueda forjarse algun crímen i, aun cuando alguien lo hubiera intentado, la autoridad tiene bastante vijilancia i enerjia para contener cualquiera avance, aun de los ciudadanos mas caracterizados.

Sin embargo, nada ha ocurrido, ni mucho ménos tratándose de la persona de US., que me consta no haberse hecho solidario de la conducta del comandante del vapor *Gorgon* por órden del Almirante de S. M. B.

Descanse US. en la persuacion de que ningun súbdito de S. M. B. será molestado en lo menor, a consecuencia del atentado que tan justamente ha promovido la indignacion jeneral, porque la autoridad no consentiria jamas que se mancillase el honor de la República con un crímen que ocasionaría talvez la misma alarma que ha ocasionado la informal captura del vapor *Arauco*, arrancado por fuerza de nuestra bahía, por órden del Almirante ingles. El estado actual del pais, a consecuencia de nuestras disenciones políticas, es lo único que me ha contenido en tomar medidas que tendiesen a manifestar al Almirante ingles que tambien podemos repeler atentados tan escandalosos como el que ha tenido lugar, aun cuando la República de Chile se encuentre en una escala mui pequeña en comparacion del poder colosal que ejerce con sus cañones el gobierno ingles.

La protesta que por conducto de US. elevó mi antecesor me basta por ahora. Cuando hayan cesado las circunstancias escep-

que, sin embargo, se pensase aun por el jeneral en jefe en abrir decidamente la campaña, marchando hácia el norte con las diferentes divisiones que se habia organizado.

La relacion de este movimiento i de todos los acontecimientos militares que se sucedieron hasta los tratados de Purapel, serán materia de los capítulos subsiguientes.

cionales en que nos encontramos, el gobierno de Chile elevará sus quejas al gobierno ingles, seguro de obtener justicia, porque no es posible que el gabinete de San James pudiera aprobar los procedimientos de su Almirante en la estacion del Pacífico, relativos a la captura del vapor *Arauco*.

Me suscribo de US. su obsecuente i seguro servidor.

José Antonio Alemparte.

Al señor don Roberto Cunningham, vice-consul de S. M. B.

CAPITULO VI.

EL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO.

Situacion respectiva de los dos ejércitos belijerantes en los primeros dias de octubre.—Muévese la division de los Anjeles hácia la hacienda de las Peñuelas.—Rasgos de patriotismo en las fronteras.—El jeneral Baquedano se dirije al Itata con la division de Concepcion i despedida que dirije a este pueblo. —Parte el intendente Vicuña, nombrado secretario jeneral del ejército, sus adioses i sus sentimientos íntimos al entrar en campaña.—Llega el jeneral Cruz a Peñuelas, i recibe a orillas del Itata la noticia de la derrota de Petorca i, en consecuencia, se da la órden de avanzar sobre Chillan.—Se presenta en Peñuelas el coronel Urrutia i reminiscencias políticas que tienen lugar con este motivo.—Gran festin que el pueblo de Larqui prepara (por decreto) al jeneral Baquedano i antipatias frailescas de este jefe.—Reúnese en Chillan el ejército revolucionario.—Proclama del jeneral Cruz a los habitantes del Ñuble.—Manera como trataba a este caudillo la prensa de la capital.—Organizacion militar del ejército.—Plana mayor.—Compañía de voluntarios norte-americanos.—Notables capitanes del rejimiento Carampangue, Robles, Rojas i Artigas.—Oficiales mas distinguidos de los batallones *Guia* i *Alcazar*. —El capitan Tenorio.—El mayor Molina.—Organizacion de los cuerpos de caballería.—Enrique Padilla i el capitan Grandon. —El jeneral en jefe resuelve abrir la campaña en los primeros

dias de noviembre.—Proclama que dirije al ejército i a la guardia nacional de la República con aquel motivo.—Carta exhortatoria que escribe a los partidarios de la capital.—Gran temporal de primavera que sobreviene, i paralizacion completa de las operaciones.—Llegan al cuartel jeneral de Chillan las noticias del levantamiento de Valparaiso, i de la muerte del mayor Zúñiga en la Araucanía.

I.

Al dar remate a los capítulos 2.° i 4.° del presente volúmen, decíamos, con relacion al ejército del jeneral Búlnes, que, desde el 10 de octubre, habian comenzado a pasar el Maule algunos de sus cuerpos para acamparse en Longomilla; i refiriéndonos a la division que organizaba en los Anjeles el jeneral Cruz, añadíamos que ya el 12 de aquel mismo mes, abrigaba este jefe temores que el ejército del gobierno tomase la ofensiva, cuando él no habia salido aun de los centros de la insurreccion.

El jeneral Cruz, en efecto, habia recibido el dia 12 la noticia de los movimientos que Búlnes ejecutaba sobre el Maule, i juzgando que iba a abrir la campaña, cuando solo trataba de organizarse, desconfiando, a la sazon, sostener la línea de este rio en su márjen meridional, ordenó aquel al comandante de su vanguardia que abandonase a Chillan i se replegase sobre el Itata, tan luego como supiese que las descubiertas del jeneral Búlnes avistaban a San Cárlos, seis leguas al norte del Ñuble. De esta manera, sucedia que ámbos jenerales obraban a la vez bajo la falsa impresion de sus temores, pues, cuando Búlnes creia que seria obligado a repasar el Maule, Cruz ordenaba a su vanguardia replegarse al sud del Itata, abandonando la línea mucho mas importante del caudaloso Ñuble.

II.

Pero, al mismo tiempo, aquellas nuevas obligaron al caudillo del sud a abandonar su inaccion, i en el mismo dia, impartió órdenes para que todas las fuerzas organizadas marchasen sobre Chillan.

En consecuencia, el dia 13 se puso en camino el coronel Zañartu con el rejimiento Carampangue que debia aguardar a los otros cuerpos del ejército en la hacienda de Peñuelas i, al siguiente dia, se movió en la misma direccion, el comandante Ruiz con el rejimiento de *Dragones de la Frontera* i el batallon *Alcázar*, en medio de las aclamaciones del pueblo (1).

(1) Fueron estraordinarios los rasgos de patriotismo que se evidenciaron en las Fronteras, con ocasion de la residencia del jeneral Cruz en los Anjeles. Un sarjento retirado del Carampangue obló 500 pesos en dinero para sosten del ejército; el suegro del sarjento Fuentes, inmolado en la capital, obsequió dos caballos que eran casi su única fortuna, i por último, un jóven Hermosilla, natural de Arauco, comprometióse a equipar, a su costa, de armas i caballos un destacamento de 25 hombres. «Hoi me he convencido, dice un ajente confidencial del jeneral Cruz (su sobrino don Manuel Prieto, en carta a don Luis Pradel fechada en los Anjeles, octubre 14 de 1851, que tenemos orijinal a la vista), del gran entusiasmo de este pueblo, al presenciar la partida del primer batallon del rejimiento Carampangue que se verificó ayer i del escuadron de caballería de la frontera que, con el batallon Alcázar, compuesto de los nacionales de la Laja, parte en los momentos que le escribo. Cada soldado revelaba en su semblante el contento i resolucion, la conviccion de la santidad e importancia de la causa que marchaban a protejer, i la fé en el porvenir. Todo esto, para espresarlo, lo reasumian en una palabra: *el jeneral Cruz!* Es, por esto, que en su tránsito por las calles de la ciudad dejaban oir los gritos de *viva el je-*

III.

Al mismo tiempo seguia a aquellas fuerzas, que marchaban por el camino de Yumbel, la division de Concepcion, con rumbo directo al Itata, por la Florida, en línea casi paralela con aquellas. El punto designado para su acantonamiento era el balseadero llamado de Troncoso, a dos leguas de la hacienda de Peñuelas. Componíase esta division del batallon *Guia*, la brigada de artillería veterana i un escuadron de caballería. Púsose en marcha en la tarde del 16 de octubre (1), en medio de la conmocion de todo el pueblo que se agolpaba al paso de los voluntarios, que eran casi todos los hombres capaces de tomar armas que habia en la despoblada ciudad de Concepcion.

neral Cruz! por él marchamos a morir! Estos hombres me han conmovido.»

«Ya, pues, añade el narrador, no nos detienen aquí sino los indios que son por demas majaderos. Varias diputaciones de los caciques, pertenecientes a la tribu o reduccion de Maguil Bueno, han visitado al jeneral; pero todas, apesar de su decision por acompañarlo, se han vuelto a llevar las palabras de éste a su jefe, valiéndome de la espresion de ellos mismos. Sin embargo, hoi ha llegado un cacique con catorce mocetones ya armados; se esperan, para pasado mañana, algunos otros de Nacimiento, i segun el resultado de una *parla*, tenida hoi con Lupayante i otros caciques, debian éstos volver el mismo dia que los de Nacimiento, ya armados.»

(1) El jeneral Cruz dió órden al intendente Vicuña i al jeneral Baquedano de alistar la division de Concepcion para emprender su marcha, desde los Anjeles, el dia 12 de octubre. Pero ya Vicuña, que tenia noticia de todos los movimientos de Búlnes en el Maule, le escribia con fecha 13 estas palabras, invitándole a apresurar la marcha del ejército i, particularmente, recomendándole su presencia en el norte. «La llegada de U. o Baquedano a Linares, le decia, pondria en gran desórden las operaciones de Búlnes,»

El jefe de esta bisoña columna, que debia ser, sin embargo, tan superior por sus servicios i por su heroismo a la fuerza veterana que salia de los Anjeles, se despidió de los habitantes de Concepcion con las siguientes palabras.

«¡Conciudadanos!

«Hoi parto para Chillan, al mando de la segunda division del ejército Libertador, para reunirnos a nuestros compañeros de la vanguardia. A nombre de los valientes del batallon *Guia*, de los patriotas voluntarios del núm. 1, del rejimiento de Carabineros i de la brigada de Artilleria, reitero al heroico pueblo de Concepcion nuestra promesa de morir por la libertad de la patria, ántes que verla subyugada al despotismo.

«Mui pronto tendreis ocasion de celebrar nuestros triunfos, i de ceñir con nuevos laureles la frente del ilustre Jeneral Cruz que nos conduce a la victoria. Recibid, entre tanto, el mas afectuoso adios de vuestro amigo.

Fernando Baquedano.»

Concepcion, octubre 16 de 1851.

IV.

Dos dias mas tarde (18 de octubre), seguia los pasos de la columna de Concepcion el intendente Vicuña, nombrado, por decreto de 14 de octubre, espedido en los Anjeles, secretario jeneral del ejército revolucionario. Habíale reemplazado, desde el dia anterior a su partida, en el mando civil de la provincia, don José Antonio Alemparte, i al ponerse en marcha, habia dirijido a sus amigos de Concepcion su marcial adios, en las siguientes palabras.

«Perseguido por la tiranía, he sido seis meses vuestro huesped, gozando de una libertad que hace bastantes años no tenia. Os he ayudado en la gloriosa revolucion que habeis hecho por la libertad i me habeis honrado colocándome a la cabeza de vuestro gobierno. Llamado por S. E. el jeneral Cruz como su secretario jeneral, voi a cumplir con mis últimos deberes hácia la patria, para ocuparme despues de mi familia que de mi tanto necesita.

«El magnánimo jefe que voi a acompañar i todos los jefes i tropa que abren esta campaña de la libertad contra la tiranía, solo recojerán gloria i laureles, i vosotros tendreis en la rejeneracion de la República la mas brillante pájina, por vuestro entusiasmo, vuestros sacrificios i patriotismo.

«A los numerosos amigos que mi buena estrella aquí me ha proporcionado, les doi mis adioses, sintiendo no abrazarlos personalmente por la urjencia de mi viaje. A todas partes llevaré el recuerdo de su jenerosa hospitalidad.

Pedro Félix Vicuña.» (1)

Concepcion, octubre 18 de 1852.

(1) *Del Boletin del sud.* He aquí como Vicuña dábase cuenta a sí propio de sus sentimientos íntimos, estampándolos en su diario de campaña, con la espansion ajena de pretensiones del hombre que habla solo delante de su conciencia i de su Dios.

«Mis hábitos pacíficos, dice en la primera pájina de su diario relativa al dia 18 de octubre, mis ideas filosóficas i mi sensibilidad, cambiadas en un momento por campamentos militares i por batallas, no dejaban de impresionarme fuertemente. Antes de salir, al pasar por la plaza, oí cantar en la Catedral i fuí a misa. Mis enemigos me culparán de ambicion, i mis primeros ruegos a Dios fueron que me inspirase justicia, i presentarle mi corazon penetrado de las profundas convicciones que me habian conducido a la revolucion i las que debian guiarme en todos los sucesos que la condujeren a su triunfo. Yo pedia a Dios que la sangre chilena no corriera, que nuestros enemigos, conociendo su impopularidad i su injusticia, abandonasen sus pretensiones de dominacion; le

V.

El dia 22 de octubre, encontrábanse ya, desde hacia una semana, las dos divisiones de Concepcion i de los Anjeles en sus respectivos acantonamientos, cuando, en la tarde de aquel dia, presentóse en Peñuelas el jeneral Cruz, rodeado de numerosos escuadrones que él conducia personalmente de las Fronteras. Venian tambien con él las últimas cuadrillas de indios que gradualmente habian ido dando las diferentes tribus, mas como rehenes que como testigos. De las reducciones de los Llanos o *indios de Colipí*, como eran mas conocidos, vinieron solo 37 i de los de la Montaña o indios de Maguil, hasta 150 (1). El total, como se ve, no alcanzaba a 200, i por consiguiente, no podian considerarse propiamente aquellos bárbaros como auxiliares, sino mas bien como molestos agregados al ejército revolucionario, i cuya presencia era, en realidad, una prenda de tranquilidad i no un elemento de guerra.

Las bandas de música del *Carampangue* i del *Alcázar* saludaron al caudillo con la cancion nacional, al descender

pedí me preservase de las traiciones, porque, conociendo la corrupcion reinante, eran para mí mas temibles que la fuerza i concluí por abandonarme a su voluntad i direccion, no dudando nunca de esa Providencia que vela sobre el hombre i encamina los sucesos humanos. Yo hablaba así a Dios en su mismo templo, descubriéndole mi corazon i pidiéndole su luz, pero yo no soi de esos fatalistas que creen que el cielo debe hacer todo por nosotros. Mi resolucion era hacer todos mis esfuerzos, llenar mi puesto con honor i tener una muerte digna, si la desgracia hasta allí me conducia.»

(1) Diario de campaña del coronel Zañartu.

este de su caballo a la puerta de su propia morada; pero, apenas se habia dado tiempo para saludar a los jefes que mandaban aquel canton, cuando volvió a subir sobre su montura con el objeto de inspeccionar el campo del jeneral Baquedano, dos leguas mas al norte, a orillas del Itata.

VI.

Cuando el jeneral Cruz, que habia recobrado, junto con el alivio de su salud, su jovial actividad, regresó al caserio de Peñuelas, ya mui entrada la noche, una nube de tristeza parecia oscurecer su frente fatigada. Acababa de recibir un espreso de Santiago, enviado por la esposa de don José Miguel Carrera, que le anunciaba la derrota de este caudillo, ocurrida en Petorca solo hacia una semana (14 de octubre.)

Esta desgraciada nueva impulsó al jeneral Cruz a abrir desde luego la campaña, pues, durante los dias de tardanza, solo le habian llegado noticias de los reveses que sufria la revolucion en las provincias de ultra-Maule, desde la rendicion del *Chacabuco* hasta la derrota de Petorca. Temia, en consecuencia de este último fracaso, que el gobierno reforzase su ejército con las tropas que se habian batido en aquel encuentro i érale preciso adelantarse a toda prisa, a fin de evitarlo.

En consecuencia, habiendo llegado el coronel Urrutia a Peñuelas, al siguiente dia (1) (23 de octubre), dió órden que

(1) Con motivo de la visita del coronel Urrutia, se destaparon de sobremesa algunas botellas de champagne, con lo que algunos de los jefes presentes i el mismo jeneral Cruz se pusieron un tanto comunicativos. Habiendo, en efecto, preguntado el último a Vicuña si le creia por su carácter i sus ideas el hombre capaz

todo el ejército se moviese sobre Chillan en la mañana del 24.

Ejecútose aquel movimiento con la celeridad que el difícil balseadero del Itata permitia, i de esta suerte, el ejército acampó la noche del 24 en el pueblo de Longaví (1), a seis

de acaudillar un bando que tenia por divisa la realizacion de la democracia en la República, contestóle el último que de ninguna manera le suponia el caudillo a propósito para dirijir el partido liberal, pero que le habia acompañado en la revolucion porque tenia un alto concepto de su probidad i de su patriotismo, dotes que casi satisfacian las aspiraciones del pais respecto de su supremo mandatario en aquella época. El jeneral, haciendo justicia a la sinceridad de Vicuña, manifestó entónces algunos antecedentes que confirmaban su orijen conservador, aludiendo a su participacion en la revolucion de 1829. Pero luego añadió estas palabras, que copiamos de los apuntes de campaña de don Bernardo Vicuña, testigo presencial aquella vez. «Nadie como yo ha lamentado esa revolucion, trabajé en ella por la libertad i sirvió solo a los intereses de un partido. Portales supo encadenarla i nunca hubo para Chile hombre mas funesto. Él sedujo el corazon de la juventud, él suplantó la buena fé en la política con falaces intrigas i desleales embustes. Este fatal ejemplo contaminó a la juventud i esta es la causa de nuestros males.»

El coronel Zañartu, compañero de Cruz en aquella revolucion reaccionaria, tomó tambien parte en el debate, segun refiere él mismo en su diario. «Despues de comer, dice en efecto, se suscitó conversacion sobre la justicia de la causa que defendiamos. Yo dije entónces, en presencia de los que nos hallábamos allí, que parecia que no estábamos uniformes en nuestras ideas, porque habíamos hombres de diversas opiniones políticas, i tocando con suavidad el hombro al señor Vicuña, que se encontraba a mi derecha, le aseguré que se decia que él no pertenecia a nuestro partido, pero él contestó que se equivocaban en la calificacion, pues era liberal.»

(1) El jeneral Baquedano se hospedó suntuosamente en este pueblo, *decretando* que se hiciera una gran boda para él i su estado mayor en casa de un pudiente monttista del apellido de Luco, hacendado de la vecindad i que se encontraba prófugo por sus opiniones. En su ausencia, requerida la madre de aquel, puso a contribucion todos los almireces i cacerolas del pueblo, para obsequiar al garboso i terrible jefe de estado mayor, que tuvo

leguas de Chillan i, en la tarde del dia siguiente, tomó cuar-

esta vez numerosos convidados a un festin que, aunque dado de tan mala gana, tenia un esquisito sabor, porque se habian reunido para confeccionarlo todas las cocineras, galopines i comadres del pueblo.

Por lo demas, el último pagaba al jeneral una deuda de gratitud cuya memoria estaba aun fresca, pues en años anteriores, pasando aquel jefe para su hacienda de Yungai, supo que el cura de aquella parroquia no queria poner oleos por ménos de un duro, lo que era causa de que la mayor parte de la prole que aquel año habia dado a la República aquella pintoresca aldea (rodeada de fecundas campiñas cuajadas de siembras de trigo i arbeja), estuviese «mora». El jeneral resolvió obligar, por medio de una estratajema esencialmente militar, al despótico párroco a que hiciese un bautismo jeneral i de valde, para cuyo fin le mandó decir que aprontase la iglesia i que todo corria de su cuenta, miéntras circulaba por el pueblo la voz de que el jeneral iba a ser el pariente espiritual de todas las felices madres de la comarca. Al dia siguiente, cuarenta de éstas se presentaron en la parroquia, donde el cura salió con capa de coro (dice la tradicion local) a recibir al ilustre compadre de sus feligreses, quien a la vez vestia una relumbrante chaqueta encordonada con los bordados de jeneral de brigada. Practicada la ceremonia, el cura hizo una respetuosa insinuacion para cobrar su propina; mas el jeneral, acariciando el puño de su sable, le contestó que no tenia derecho a exijir un centavo, «porque así como él habia perdido su dia en obsequio de los pobres, quedándose en Larqui, el cura debia tambien perder sus emolumentos»; i como el buen párroco conociera que en aquella bufonada podia tener alguna parte el sable, cuya guarnicion el jeneral no soltaba de la mano, hizo una vénia i retiróse desconcertado a la sacristia.

Conocidamente, el jeneral Baquedano no era amigo ni de la aristocrática sotana ni de la humilde coguya. En la mañana del dia que siguió a la revolucion de Concepcion, hizo poner en la cárcel a siete frailes de la Merced, que eran el total de la comunidad de aquel convento, sin mas delito que el haber repicado todo el dia 7 de setiembre, en que se promulgó por bando la eleccion del presidente Montt. Poco despues, dijo tambien a un cura Fernandez, que fué remitido preso de Nacimiento por ciertos amagos de conspiracion i cuya figura era un poco raquítica; *que su sombrero de teja era mas grande que él, i que la barra de grillos que iba a hacerle poner, por montlista, seria mas grande que su sombrero.*

teles en Chillan, habiéndose incorporado en el Itata la division de Concepcion i en aquel pueblo la de vanguardia (1).

VII.

La acojida que el comprometido vecindario de Chillan habia hecho al ejército revolucionario no era del todo lisonjera. «La aristocracia de Chillan, dice Vicuña, en su diario de campaña, nos era opuesta en su mayor parte; pero la muchedumbre nos pertenecia con el mayor entusiasmo. En el *Pueblo viejo* nos victoreaban; i nos arrojaban flores; pero al pisar la

(1) He aquí el oficio, un tanto exajerado, en que el secretario jeneral Vicuña daba cuenta al intendente de Concepcion de la concentracion del ejército revolucionario.

"Chillan, octubre 26 de 1851.

«Ayer en la tarde se ha reunido todo el ejército en este pueblo, que lo ha recibido como a sus libertadores. Ahora ha podido conocerse la farsa que se representaba en toda la República, haciendo consentir que en tales pueblos hallaban adhesion i amigos los opresores de la República. Por la mañana, entró S. E. el jefe Supremo, acompañado de lo mas selecto del pueblo, en medio de aclamaciones i vivas, i en la tarde, las divisiones de Concepcion i de la Frontera, a las órdenes del jeneral Baquedano. Toda la poblacion ocupaba las calles i avenidas por donde debia pasar la tropa i gran número de a pié i a caballo se habian adelantado a reunirse i fraternizar con nuestros soldados. Las tropas de esa provincia están bien contentas de la acojida que han recibido i las calles por donde han pasado han quedado sembradas de flores.

«El jefe Supremo espera la ropa i demas útiles de guerra para moverse sobre el Maule i US. puede ordenar la mayor actividad en su conduccion.

«Dios guarde a US.

Pedro Felix Vicuña.»

Al señor Intendente de la provincia de Concepcion.

ciudad nueva, la mayor parte de las casas estaban cerradas i silenciosas.»

Sin duda, con el propósito de reanimar los decaidos espiritus de los habitantes de aquellas comarcas, que las peripecias de la guerra, de que ha sido constante teatro, han hecho recelosos, el jeneral Cruz les dirijió, el mismo dia de su llegada, la siguiente proclama, haciendo un llamamiento a su amortiguado entusiasmo.

«¡Conciudadanos!

«Me hallo en medio de vosotros, al frente de un ejército de valientes que va a devolver a la patria el ejercicio de sus derechos i a reconquistar sus libertades. Yo, que he envejecido en las filas de sus libertadores, cumplo en este momento con el mas sagrado de mis deberes.

«El egoismo i la corrupcion habian desnaturalizado el noble espíritu de la revolucion consumada por nuestros padres; la justicia i la libertad reclamada por los pueblos se estrellaban contra la tiranía que degradaba la República; pero al fin, la opinion se ha alzado imponente, ha llamado en su defensa a sus antiguos guerreros, i con ellos me veis ya en marcha contra los opresores de la patria, resuelto a libertarla o a morir por ella.

«¡Habitantes del Ñuble!

«El entusiasmo con que habeis recibido al ejército Restaurador, i vuestra heroica cooperacion para salvar la República, me hacen recordar el nuevo ardor con que en otro tiempo combatiais por los mismos principios. Yo os doi las gracias a nombre de los viejos servidores de la Patria de que me hallo rodeado, a nombre de la heroica juventud que me acompaña en esta gloriosa empresa, a nombre de todos los valientes soldados del ejército, a nombre de la Patria,

en fin, por cuya libertad vamos a combatir. La justicia i el honor están de nuestra parte, i la victoria será nuestra tambien: marchemos con paso firme hasta alcanzarla.

«¡Soldados del antiguo *batallon Union!* Recordad que en otro tiempo he sido vuestro jefe, i que hoi se halla en nuestras filas el bravo coronel Urrutia que entónces os mandaba. Esta coincidencia feliz parece preparada por una providencia protectora de vuestros destinos. Un solo paso nos queda que dar para asegurar el éxito de vuestros sacrificios. Vamos presurosos al campo de batalla: aquellos de nuestros hermanos que han sido arrastrados por la violencia a las filas enemigas, al divisar nuestros pendones, volarán a abrazarnos, i nunca será mas feliz que al estrecharlos en su corazon, vuestro antiguo amigo.

José María de la Cruz» (1).

Chillan, octubre 25 de 1851.

(1) Por esta misma época, la prensa oficial de Santiago ya se habia desencadenado contra el *ex-jeneral Cruz*, como ahora se le llamaba, despues de haberle aclamado tantas veces un ilustre ciudadano. La *Civilizacion* del 20 de octubre le llamaba «anciano imbécil», i en los núms. 33 i 34 de aquel diario, encontramos los siguientes fragmentos insertos en una especie de biografía que se publicó del jeneral del ejército revolucionario.

«No hai recuerdos, dice el editorial del núm. 33, mas imperecederos que los de las víctimas para el criminal: esos recuerdos son producidos por los remordimientos de la conciencia.

«Estos recuerdos han sorprendido millones de veces al exjeneral Cruz durante toda su vida i, mui particularmente, hoi, cuando se ha hecho cabeza de la sublevacion del sur.

«Los remordimientos son los que han decidido a Cruz a dar el nombre de *Alcázar* al rejimiento de caballería que ha organizado en el sur, para acallar los contínuos llamados de la conciencia por la muerte del benemérito jeneral Alcázar, cruelmente lanceado por los indios, despues de la derrota de Tarpellanca, derrota que fué la consecuencia precisa i necesaria de la fuga de Cruz en Pangal.

«Pero ya que Cruz ha comenzado la reparacion de las mal-

VIII.

El ejército revolucionario O DE LOS LIBRES (como era su título oficial, desde que el jeneral Cruz aceptó el supremo mando militar de la revolucion), reunido en Chillan el 25 de octubre, ascendia a poco mas de 3,000 hombres, número casi igual al que en esos momentos organizaba en el campamento de Longomilla el jeneral Búlnes. La distribucion de las diferentes armas guardaba tambien en ambos la misma equivalencia. Componíase la infantería de cerca de dos mil plazas distribuidas en 4 batallones; la caballeria constaba de

dades cometidas en sus antiguos tiempos, deberia dar otro nombre a cada uno de sus soldados, llamar a uno Ureta, a otro O'Carrol, Cantuarias, Flores, Ruiz, etc. etc., i recorrer los nombres de todos los oficiales del batallon de Coquimbo i de sus otras víctimas, por haberse escondido en Quechereguas, por haber traicionado a O'Carrol, por la derrota de Tarpellanca i sitio de Talcahuano, que ella trajo por resultado, por haber dejado cincuenta de los suyos en Chillan para ponerse en salvo, sin olvidar el nombre de los indios a quienes ha hecho tomar el veneno. Una vez entrado en las reparaciones, tendria que aumentar el número de sus tropas para que, dándoles a sus bandidos el nombre de patriotas beneméritos, igualar con ellos el nombre i número de sus víctimas.

«¿Quién no se rie de las reparaciones de Cruz? ¿No son éstas las reparaciones del criminal i del leso?»

I en el siguiente número, recapitulando los servicios del caudillo del sud, su detractor añade las conclusiones siguientes:

«Tenemos, pues, a Cruz mezclado en todas las guerras civiles anteriores a 1851 en que se ha hecho caudillo.

«En la guerra de la independencia no se recuerda de Cruz mas servicios que—

«1.° El haber hecho una escursion en la isla de la Laja en 1817.

«2.° El haberse escondido en un inmundo rincon de las casas de

poco ménos de mil jinetes, que formaban cuatro rejimientos, i la artillería estaba subdividida en tres baterias que contaban cinco piezas de batalla i dos culebrinas. Una compañía de rifleros norte-americanos, enganchados en Talcahuano, habia sido agregada a esta arma (1).

Quechereguas, el dia de la accion que lleva este mismo nombre (marzo de 1818), por cuya causa, el valiente jeneral Freire, entónces coronel, le arrancó de sus hombros las charreteras de sarjento mayor graduado. De esta época data el odio eterno que aquel miserable caudillo ha tenido siempre por el heróico Freire.

«3.º El haber armado un enredo en Pangal (23 de setiembre de 1820), para tomar el mando en jefe, i el haber echado a correr, tan pronto como hubo comenzado la accion, dejando a los suyos comprometidos en ella. La derrota fué completa i los males que ella trajo por resultado fueron inmensos. La horrible muerte del comandante O'Carrol, la no ménos horrible de Alcázar, Ruiz, Flores, Cantuarias i demas oficiales del batallon Coquimbo, la del sarjento mayor Molina, el sitio de Talcahuano, el incendio i saqueo de todas las plazas de la Frontera i el inminente peligro, en que estos sucesos pusieron a la nueva República, no fueron mas que una parte de los grandes males que trajo por resultado la fuga de Cruz en Pangal.

«Todo esto es notorio, nadie lo ignora i las historias así lo dicen.—Despues veremos los servicios de Cruz como político.»

(1) He aqui el decreto por el que se mandó organizar esta fuerza i el acta de compromiso que firmaron algunos de aquellos voluntarios. No pasaron estos, sin embargo, del número de 20 i eran en su mayor parte marineros i desertores. Alemparte los llama en una carta fechada en Talcahuano el 3 de octubre, «canalla borracha i casi forajida».

El decreto de organizacion i el acta de compromiso dicen así.

CUARTEL JENERAL DE LOS LIBRES.

Concepcion, setiembre 27 de 1851.

Con esta fecha, se ha decretado lo que sigue:

Habiéndose ofrecido, por el órgano del capitan de los ejércitos de Estados Unidos de América don Jorje K. Buckey, la cooperacion que, voluntariamente i sin suel lo, desean prestar muchos de

IX.

Tan luego como el ejército llegó a Chillan, el jeneral Cruz se ocupó activamente de los detalles de su organizacion definitiva, pues sus dotes militares i su estraordinaria laboriosidad encontraban en este jénero de ejercicio un terreno que le era propio i en el que, a diferencia del jeneral Búlnes, que dejaba todos los detalles a su jefe de estado mayor, tenia una espedicion admirable. Ya, desde Concepcion, habia nombrado comisario de guerra, capellan castrense, cirujano de ejército, injeniero, proveedor, i todos los demas emplea-

sus paisanos, en las filas del ejército puesto a mis órdenes por las heróicas provincias de Concepcion i Coquimbo, para protejer sus derechos contra la opresion en que mantiene a la República el círculo que, contra el voto libre de los pueblos, ha querido constituirse en gobierno. En uso de las facultades que me han sido conferidas, vengo en acordar i decreto:

1.° Admítese el ofrecimiento de que se ha hecho mérito i, en su consecuencia, fórmese una compañia de infantería de los voluntarios i libres «Norte Americanos» que procederán a reunirse en Talcahuano i Tomé bajo la inspeccion del mencionado capitan K. Buckey, que tan pronto como reuna todos sus paisanos, pasará una lista nominal de las personas que la componen, con designacion de los oficiales que, segun su costumbre, nombraren ellos mismos, para designarles cuartel en vista de ello, i darles el vestuario i armamento competente.

2.° Los gobernadores i jueces de los puertos de Talcahuano i Tomé no embarazarán i sí facilitarán los ausilios que demande la reunion de dichos individuos, hasta que puedan trasladarse a este cuartel jeneral, removiendo las dificultades que puedan ocurrírseles.

3.° El comandante de armas, de acuerdo con la intendencia, quedan encargados del cumplimiento del presente decreto, el que se trascribirá a quienes corresponda, para su mas puntual i debido cumplimiento, dando las gracias al capitan K. Buckey, i por su

dos que componen la plana civil de un ejército; (1) de manera que en Chillan solo tuvo que ocuparse de la distribucion de los puestos militares, pues aunque nombró jefe de estado mayor al jeneral Baquedano, todo lo hacia él personalmente (2).

órgano a, sus compatriotas que tan heróicamente se prestan a sacrificarse por la libertad de nuestra patria, quien, a su vez, estará dispuesta a compensar tan importante servicio.

José María de la Cruz.

Concepcion, noviembre 2 de 1851.

Nosotros, los estranjeros abajo suscritos, ahora residentes en Chile, nos comprometemos por este documento, a ofrecer nuestros servicios al libre pueblo de Chile i a su jefe el jeneral Cruz, i en consecuencia, nos obligamos mutuamente a obedecer todas las órdenes que se nos den por los oficiales que nombremos, a asistirnos en todas nuestras dificultades i protejernos recíprocamente en nuestras vidas.—*Roberto Buckey*, (capitan)—*Jorje Cotton*, (1.er teniente)—*Guillermo Maxwel*, (2.° teniente)—*Alejandro Hodges* (3.° teniente)—*Daniel Wixe*—*L. A. Kellogg*—*H. C. Prest*—*I. G. Coon*—*Cristóval Milnes*—*Ricardo Beardsley*—*Edwin Churek.*

(1) Don Miguel Prieto fué nombrado comisario de guerra; el cura Sierra capellan, el Dr. Andreas, médico aleman establecido en Concepcion, cirujano i, por último, M. Eucher Enrry, un intelijente jóven frances, emigrado desde la revolucion de 1848, injeniero del ejército, con la graduacion de sarjento mayor.

(2) Fueron agregados al estado mayor, en calidad de ayudantes, el coronel don Manuel Tomas Martinez, a quien se depuso del mando del Alcazar por la dureza con que trataba a los soldados; el teniente coronel de ejército don Ceferino Vargas, exelente jefe de caballería, al que se miraba con un injusto recelo, pues se habia comprometido en Chillan por la causa del jeneral Cruz, desde que se promulgó su candidatura, i por último, los jóvenes don Bernardo Vicuña, hijo del secretario jeneral, con el grado de capitan de caballería, i don José Antonio 2.° Alvarez Condarco con el de sarjento mayor. Este último pasaba por uno de los mejores oficiales de estado mayor del ejército nacional en aquella época, i en realidad, era él quien manejaba en todos sus detalles, el mecanismo de aquella oficina. En cuanto a los ayudante de campo del jeneral en jefe, solo se recuerdan los nombres de sus

X.

Puso el rojimiento Carampangue (800 plazas) a las órdenes del coronel Zañartu, reservándole mas inmediatamente el mando del batallon veterano, miéntras el comandante Urízar tenia el del 2.° batallon, compuesto, en su mayor parte, de las compañías de infantería de Rere, Yumbel i de los cívicos de Chillan que se habian desertado de la division de García. Era sarjento mayor del rejimiento un antiguo capitan del *Carampangue* llamado Gonzalos, oficial mediocre, natural de Aconcagua i que habia hecho la segunda campaña del Perú en calidad de alferes del cuerpo de aquel nombre, organizado en su provincia natal. Tenia a la sazon 34 años de edad.

Constaba el rol de oficiales de este cuerpo de cuarenta i tantos nombres i se distinguian, entre sus capitanes, los que mandaban las compañías de preferencia del viejo *Carampangue*, esto es, el capitan de granaderos don José 2.° Robles i el de cazadores don Joaquin Rojas. Pasaba este último por un oficial acreditado como bravo e intelijente, i que, en verdad, durante la campaña, solo dió muestras de haber merecido aquella reputacion con títulos de justicia. Robles era un bizarro mozo que, siendo un simple subalterno, habia ganado sus galones en el puente de Buin, recibiendo dos balazos, de cuyas consecuencias tenia casi perdido el uso de una

sobrinos, don José Luis Claro i don Manuel Prieto i Cruz, el de don Nicanor Las Heras, jefe de su escolta, i dos personajes mas que no dejaron mui en alto sus nombres, pues fué el uno encausado por atribuírsele connivencia con el jeneral Búlnes i díjose del otro que habia sido el primer prófugo que llegó a Chillan despues de la batalla de Longomilla. Llamábase el 1.° La Maza i el 2.° Labarca.

pierna. Señalábasele entre los mas valientes de los jóvenes capitanes del ejército, i contábase aun mas sobre su lealtad i su entusiasmo, porque habia sido, desde el principio de la revolucion, uno de sus mas ardientes iniciados. En Longomilla, coronó las espectativas de sus camaradas con mil pruebas de donuedo, i sin embargo, al siguiente dia, despues de haber recibido, como en Buin, un grado sobre el campo de batalla, flaqueó su espíritu, al punto de haber merecido la acusacion de cobarde, delante de la perfidia, como se habia adquirido el renombre de valiente, en medio de los fuegos.

En el segundo *Carampangue*, como se llamaba comunmente al batallon que mandaba Urízar, se señalaban otros dos capitanes, que debian sellar, con su inmolacion, su lealtad a la causa que abrazaron. Eran estos don José Maria Artigas, natural de Chillan i don José Manuel Vega, de quien no hemos podido rastrear noticia alguna, escepto la de su muerte en el campo de Longomilla.

En cuanto a Artigas, sabemos que habia servido en el batallon *Pudeto*, a las órdenes de los coroneles Beauchef i Tupper, haciendo la campaña de Chiloé, en que su cuerpo recibió, como timbre de honor, el nombre de la victoria que devolvió al territorio de Chile aquel archipiélago. Retirado, despues de Lircai, a la vida privada, se habia establecido en Chillan i sufrido hasta última hora la persecucion de sus antiguos principios, pues el intendente Garcia lo habia enviado a la capital a las órdenes del gobierno, por suponerlo desafecto en la campaña electoral que iba entónces a iniciarse.

XI.

El batallon *Guia* (600 plazas) estaba comandado por los

jóvenes oficiales Saavedra i Videla, modelos de amistad en esa época, como fueron despues encarnizados rivales. Componíase este cuerpo, segun ya dijimos, de los voluntarios del pueblo de Concepcion a los que se habia incorporado la compañía de cazadores del batallon cívico. De los oficiales del último se habian alistado solamente el ayudante don Tomas Smith, adolescente, en el que un jeneroso entusiasmo bullia, junto con la sangre juvenil, i el capitan de cazadores don Pedro Benavente cuyos hechos en la campaña del sud no deberian medirse por la pequeñez de su talla de soldado, sino por la pujanza de su esforzado corazon.

Pero, a falta de los jóvenes milicianos de Concepcion, habian tomado servicio en aquel cuerpo, que era el lujo i el orgullo de los Penquistos, muchos valerosos voluntarios, que no pertenecian a la guardia nacional. Figuraba, entre estos entusiastas mancebos, el jóven Raimundo Pradel, que contaba en el ejército enemigo un hermano, en cuyos brazos debia morir; el oficial de artillería don Manuel José Riveros, que servia en su antigua graduacion de teniente; dos hermanos Ruiz, heroicos niños, que llevaban por herencia un apellido aun mas heroico i, por último, dos franceses llamados Cornou i Boyansi, el último de los cuales era médico de profesion i ha muerto despues en el campo del honor.

Pero el mas distinguido de todos, por su fama de bravura i la memoria de sus desgracias, era el capitan don Domingo Tenorio, hijo de un antiguo oficial inmolado en San Pedro por el aleve Benavides. El capitan Tenorio era digno, por sus hechos i por sus desventuras, de la celebridad que el romance ha prestado a su nombre. Habia sido uno de aquellos bravos soldados de Lircay que perdonó el plomo sobre el campo de la matanza, pero no así el cáncer de la miseria en el destierro. Acosado por la desesperacion, perteneció a la hueste

de invasores que vinieron del Callao a las costas de Arauco acaudillados por el coronel Barnachea en 1830. Sorprendido i prisionero en aquella tentativa, juzgólo en Concepcion un consejo de guerra presidido por el vencedor de Lircay, i condenósele, en consecuencia, a diez años de presidio en Juan Fernandez (1). Mas Tenorio no era hombre que se resignara a vivir cautivo en un peñon, i a los pocos dias de encontrarse en la isla cumpliendo su condena (20 de diciembre de 1831) sublevó la guarnicion que cubria aquel presidio, que consistia en un destacamento del batallon Valdivia, a las órdenes del gobernador Zoppeti, i asaltando un buque, dirijióse a las costas de Copiapó, seguido de una horda de bandidos, que sembraron de espanto su ruta por aquel valle, hasta trasmontar la cordillera. Pedida la estradicion de Tenorio a las autoridades trasandinas, volvió este a ser juzgado i se le envió al Perú en calidad de desterrado, no regresando a su patria sino despues de la amnistia de 1841. Desde esa época, encontrábase en Concepcion, gozando de una pequeña renta por su retiro de capitan, pues tal era su graduacion en 1829 en el batallon núm. 1, i tal era la que tenia ahora en el rejimiento Carampangue.

XII.

Fué nombrado jefe del batallon Alcázar (400 plazas) el antiguo capitan de granaderos del Carampangue don Francisco Molina i sarjento mayor el jóven don Joaquin Fuenteal-

(1) Sentencia de 8 de setiembre de 1830—Puede verse en el proceso formado a los reos alzados en Juan Fernandez aquel año i que existe archivado en la Comandancia de armas de esta capital.

ba, vecino influyente de los Ánjeles i uno de los oficiales del batallon cívico de este pueblo, que ahora habia entrado a componer en su mayor parte aquel batallon de voluntarios. En cuanto a Molina, solo podrá decirse, que asi como el coronel Zañartu fué la sombra de la revolucion, Molina fué la sombra de Zañartu, a quien debia la deferençia mas ciega como amigo i una sumision a toda prueba como subalterno. Era, por lo demas, un hombre vulgarísimo. Habia nacido en Chillan por los años 13 o 14, pues tenia a la fecha de la revolucion 37 años, i su hoja de servicios no señalaba en su carrera ninguno de importancia, a no ser el haber cubierto la guarnicion de Juan Fernandez, cuando aquella isla era un presidio político, durante los años del terror de Portales (1835 i 36).

XIII.

Los cuerpos de caballería tenian, en su mayor parte, jefes veteranos. Eusebio Ruiz mandaba los escuadrones de la raya fronteriza, que son los mas temibles jinetes de Chile, i que, por estar armados de corazas de fierro, habian recibido el nombre de *Dragones de la Frontera*.

Alejo Zañartu tenia a sus órdenes dos escuadrones compuestos de voluntarios de la isla de la Laja i de antiguos veteranos de los cuerpos del ejército que habian sido licenciados en la frontera. Mandaba uno de estos escuadrones, que estaba armado de carabina i sable, el bizarro Lara, por lo que el rejimiento habia recibido el nombre de *Carabineros de la República*, i el otro, compuesto de lanceros, estaba a las órdenes del famoso Pablo Zapata, uno de los cabos de mas nombradia entre las huestes de Pincheira.

El tercer rejimiento era mandado por el conocido coronel

don Salvador Puga, oficial que habia gozado en su juventud gran prestijio de valiente, pero que, en años posteriores, pasaba mas por un jefe de parada que de batalla, con mas amor a los bordados que a la gloria. Servian con el, como jefes de escuadron, el valiente Souper, el jóven don Martiniano Urriola, que se habia presentado al jeneral Cruz reclamando un puesto en sus filas, a nombre de la sangre de su padre, i por último, el jóven don Victor Antonio Arce, acaudalado propietario de la provincia del Maule, que se habia incorporado al ejército con algunos cuantos huasos de su hacienda de Virguin, por lo que su tropa era mas conocida con el nombre, un si es no es burlesco, de «Virguines». La base de este rejimiento eran las milicias de caballería de las provincias del Maule i Ñuble, i parte de los que habia enrolado Souper en la de Talca, por lo que se le denominó *Rejimiento de las Provincias libres.*

Habiase mandado ademas formar en Chillan un tercer rejimiento que se llamó de *Cazadores de Lautaro*, bajo la base de algunos desertores del cuerpo de *Cazadores* a caballo, al mando de los oficiales de este último don Enrique Padilla i don Nicanor Las-Heras, que se habian incorporado al ejército del sud, i de un escuadron de Rere, conducido recientemente a Chillan por el esforzado capitan don Antonio Grandon. Fué Padilla nombrado jefe de este cuerpo, que no alcanzó a tener una organizacion determinada i Grandon su segundo, miéntras que a Las-Heras se le dejó el inmediato mando de 15 o 20 cazadores, que componia la escolta del jeneral en jefe.

Era Padilla un jóven oficial mas aturdido que valiente, antiguo alumno de la Academia militar, i que, comprometido por sus manifestaciones, desde antes de estallar la revolucion, habia sido enviado a la capital tan luego como estalló aquella, llevando para don Manuel Montt o sus ajentes la *carta del*

negro, como vulgarmente se dice. Mas, sospechando el lazo en tiempo, regresóse desde Quechereguas a Chillan i tomó servicio con los revolucionarios.

En cuanto a Grandon, asegúrase que era mas digno de ser el jefe que el segundo de aquel mozo inesperto aunque patriota. Era este jefe un valiente a toda prueba, como lo evidenció en el combate de Monte de Urra recibiendo la confirmacion de su grado sobre el campo de batalla i en Longomilla pereciendo con la muerte de los héroes. Habia pertenecido en su juventud al rejimiento de Cazadores a caballo i batídose por consiguiente en Lircay a las órdenes del coronel Baquedano. Mas habiendo perdido un ojo a consecuencia de un accidente en aquella campaña, vivia retirado en su pueblo natal de los Ánjeles cuando el ruido de las armas lo llamó otra vez a los combates i a la muerte.

XIV.

En cuanto a la artillería hemos ya dicho cual era su composicion, sus oficiales i sus fuerzas. Mandábala en jefe el comandante Zúñiga i en segundo el modesto i valeroso capitan Gaspar ascendido ahora a sarjento mayor.

XV.

Bastaron solo tres o cuatro dias de laborioso afan al jeneral Cruz para dar a su ejército aquella organizacion definitiva en su cuartel jeneral de Chillan, i en consecuencia el 1.° de noviembre pudo presentarlo en una lucida parada, celebrándose al efecto una misa de gracia en un dia festivo, aunque de lugubre significado,—la festividad de todos los santos.

Resolvióse, pues, el jeneral a la vista de este estado de cosas, a abrir inmediatamente la campaña (1) i el mismo dia 1.° ordenó al injeniero Henry colocara en el vado mas inmediato del Ñuble, un andarivel que sirviera de punto de apoyo a la única lancha de que podian disponer para atravesar aquel rio.

Era fuerza ya el darse prisa para salir al encuentro del enemigo. Partidas esploradoras de éste habian llegado hasta las barrancas de la márjen setentrional del Ñuble, i el mismo dia en que el jeneral Cruz entró con el ejército a Chillan, (25 de octubre) una de aquellas guerrillas habia sorprendido la guardia que custodiaba un paso de aquel rio, matando

(1) Tan adelantada estuvo la ejecucion de esta medida que el dia 3 de noviembre ordenó el jeneral Cruz la formacion de un nuevo batallon de guardias nacionales que debia guarnecer a Chillan en la ausencia del ejército que iba a marchar al norte.

El decreto relativo a este objeto se rejistra en el boletin núm. 8 lib. 2.° i dice asi:

SECRETARIA JENERAL.

Chillan, noviembre 3 de 1851.

S. E. con esta fecha ha decretado lo siguiente:

Debiendo marchar el ejército hácia el norte i no debiendo quedar desguarnecida esta provincia en virtud de la autorizacion de que estoi revestido, decreto:

Se organizará de nuevo el batallon de Guardias Nacionales de esta ciudad, i se nombra sarjento mayor i comandante interino de él al capitan graduado de sarjento mayor de ejército don Juan Nepomuceno Venegas.

Este decreto servirá de suficiente título al espresado comandante, quien propondrá a la mayor brevedad los oficiales de las compañias que en su concepto puedan organizarse. Tómese razon i transcríbase.»

Se transcribe a U.S. para su intelijencia i efectos consiguientes.

Dios guarde a U. S.

Pedro Félix Vicuña.

uno i haciendo cuatro prisioneros de los diez milicianos que componian la partida. Como las creces de verano iban, ademas, a comenzar, era urjente salvar en tiempo las dificultades que ofrecia a la marcha del ejército el torrentoso Ñuble, i por otra parte, casi no se pasaba un solo dia sin que las corrientes de éste arrojasen a la orilla los cadáveres de uno o dos desconocidos, que, evitando los vados cubiertos por guardias, se arrojaban a la ventura en aquel rio, dando así a conocer cuan activas eran las comunicaciones que mantenia el jeneral en jefe del ejército del gobierno con sus amigos i correlijionarios de Chillan.

Pero en los momentos mismos en que iba a abrirse la campaña sobre el norte (1), estalló uno de esos formidables

(1) He aquí la proclama que el jeneral Cruz dirijió desde Chillan al ejército i guardia nacional de la República, al emprender la campaña.

SOLDADOS DEL EJÉRCITO I DE LA GUARDIA NACIONAL.

Al verme rodeado de vosotros, en los momentos en que vamos a emprender la gloriosa campaña que ha de volver a la República su libertad, su dignidad i su honor mancillados por unos cuantos hombres ambiciosos que se han apoderado de las riendas del gobierno, desprestijiando la autoridad i cimentando una tiranía ominosa, no puedo ménos que dirijirme a vosotros con toda la franqueza i patriotismo que me animan, ya que me habeis honrado con el cargo de defensor de la santa causa de la libertad, por la que tomamos las armas en esta ocasion.

Soldados: la causa que vamos a defender es la causa del pueblo, de la justicia, de la libertad, la que volverá a la República esos dias de calma bonancible amenazados por el grito aterrante de guerra civil. Nuestro deber es ahorrar la efusion de sangre hermana.

Veteranos del valiente batallon Valdivia, Yungai i Chacabuco: a vosotros tambien me dirijo en esta ocasion, porque habeis sido los primeros que, apercibidos del peligro de la patria, os lanzasteis a derribar ese foco de corrupcion i de inmoralidad, que traspasando las leyes i por una burla cruel aun se denomina gobierno

huracanes de primavera que se prolongan en el sud por semanas enteras. Comenzaron las lluvias el 3 de noviembre,

nacional. Vuestros primeros cartuchos quemados en defensa de la causa del pueblo han venido a despertar ese entusiasmo ardiente i jeneroso que ha incendiado toda la República al solo grito de—*La patria está en peligro.* Imitando los pueblos vuestros nol les esfuerzos, es que se presentan ahora unidos e invencibles para destruir esa sombra de ejército que comanda el jeneral Búlnes, i esa parodia de gobierno, tras la que se oculta la fatídica figura de don Manuel Montt, cuya desenfrenada ambicion ha comprometido la tranquilidad del pais.—Contamos con vosotros; nuestras filas aguardan con entusiasmo la incorporacion de las primeras bayonetas que brillaron en defensa de la libertad i del pueblo oprimido. No dudo por un momento que llenareis vuestro deber.

Cazadores: esta es la segunda vez que me dirijo a vosotros llamándoos a mi lado para uniros con vuestros compañeros, que hoi forman mi escolta i que enarbolan el mismo estandarte con que conquistasteis nuestra independencia; cuento con vuestra decision, i agradezco el heroismo de losque, al traves del peligro, lo han despreciado, por ser consecuentes i combatir siempre conmigo por la libertad.

Valiente i esforzado Rejimiento Carampangue: habeis sido siempre invencible donde quiera que vuestras bayonetas han afrontado el peligro; vuestra fama no se desmentirá en esta ocasion, porque leo en vuestros semblantes las elocuentes palabras —VALOR I VICTORIA!

Soldados voluntarios de la guardia nacional de Concepcion, Anjeles i Chillan: no habeis consentido que los bravos de la línea llenasen solos su deber. Habeis abandonado vuestros hogares i faenas por acompañarlos al campo de batalla i dividir con ellos el peligro. La patria os debe su eterna gratitud, i no dudo que se recompensarán vuestros nobles i jenerosos esfuerzos en favor de la causa que vamos a defender i por la que estoi dispuesto a morir, ántes que consentir por mas tiempo la corrupcion i la inmoralidad que conducen al pais a su ruina i perdicion.

Antes de avanzar nuestra columna, me es grato anunciaros que marchamos a la sombra del estandarte victorioso de Yungai, cuyo trofeo, testigo de nuestro valor, nos dió tantas glorias en la memorable jornada en que brilló altanero i esplendente el trico-

precisamente en el mismo dia que el jeneral Búlnes movia su campo de Longomilla hácia el Ñuble; de manera que cuando el jeneral Cruz emprendia un igual movimiento, vióse obligado a encerrarse en sus cuarteles de Chillan durante nueve dias (del 3 al 12 de noviembre en que escampó).

XVI.

No interrumpieron la monotonia de aquella forzada inaccion sino las nuevas de dos graves acontecimientos, adverso el uno a la revolucion i favorable el otro al desarrollo de sus

lor de la República. Bajo la sombra de esos laureles i con el mismo estandarte a la cabeza, nos encaminamos a salvar a la República del caos espantoso a que la precipitan sus tiranos.

Jefes, oficiales i soldados del ejército i de la Guardia Nacional: os debo manifestaciones de profunda gratitud por vuestro entusiasmo i decision. No dudo que la victoria coronará vuestros esfuerzos, que es la más bella recompensa que os desea vuestro jeneral i amigo.

José Maria de la Cruz.

Noviembre 6 de 1851.

Al mismo tiempo el caudillo de la revolucion dirijia a sus amigos i partidarios de las provincias centrales una carta en que les exhortaba a cooperar a sus esfuerzos con las siguientes palabras que hemos copiado del orijinal.

«En las fuerzas que conduzco, dice, no hai un solo soldado que no sea voluntario i su número pasa hoi de mil hombres de excelente caballería, sin contar con los indios i dos mil i pico tambien de infantes, entre los que tienen V. V. el entusiasta batallon *Carampangue*, elevado a rejimiento i completado con soldados veteranos licenciados i con lo mas disciplinado del batallon de *Lautaro*. Si los departamentos del Maule a Santiago quieren que la libertad, órden i paz se reconquisten con prontitud i sin tirar un tiro, es preciso salir del aturdimiento en que parece han caido i que imiten el denuedo i empeño de los de estas provincias que no omiten sacrificios».

planes, pero que fueron celebrados ambos en el campamento de los libres como triunfos conseguidos, al son de las músicas i cantos militares.

Fué la primera la noticia del levantamiento popular de Valparaiso, que tuvo lugar el 28 de octubre i cuyo fracaso se supo en Chillan el 5 de noviembre, i la última, la de la derrota e inmolacion de Zúñiga, acontecida en la Araucania el 6 de noviembre, i que fué comunicada al cuartel jeneral de Chillan el dia 9.

Estos dos acontecimientos van a exijirnos un paréntesis en nuestra relacion, i desde luego, nos ocuparemos del que se refiere a los sucesos que tenian lugar bajo la presion del gobierno en las tres provincias que le estaban sometidas, de Santiago, Valparaiso i Aconcagua, i mas adelante, haremos una breve escursion en el territorio de los bárbaros, para asistir al lastimero desenlace de las operaciones del mayor Zúñiga, sin que, sin embargo, aparezca por esto con demasiada fuerza el contraste de los hechos atroces que tenian lugar en la tierra de los salvajes de Arauco, con los ejecutados por los ajentes del gobierno en las mas cultas ciudades,

CAPITULO VII.

LA REVOLUCION EN LA CAPITAL I EN LAS PROVINCIAS CENTRALES.

Postracion de los ánimos en la capital.—El intendente Ramirez.—Enganche de voluntarios.—Las mujeres de la capital en 1851.—Proclamas incendiarias que circulaban en la poblacion. —Pánico del gobierno, a consecuencia de creerse invadido el valle de Aconcagua por la division de Coquimbo.—Detalles sobre la asonada de San Felipe.—Situacion de Valparaiso en 1851. —Elementos revolucionarios que encierra aquella ciudad. —Don José Manuel Figueroa.—El capitan Niño trama una conspiracion i es denunciado.—Descubrimiento de un depósito de municiones que hace la policia i prision de varios ciudadanos.—El jeneral Blanco asume de nuevo el mando de la provincia.—Se resuelve llevar adelante la insurreccion. —Plan jeneral de esta.—El padre Pascual.—Rudecindo Rojas.—Don Rafael Bilbao.—Señálase el dia 3 de octubre para la asonada i se frustra el intento.—Persecucion en masa de todo el gremio de sastres.—El comandante Riquelme reorganiza los elementos de la revolucion.—Fíjase la mañana del 28 de octubre para ejecutarla i es aplazada por segunda vez.—Un grupo de 17 afiliados se reune en la Cajilla i resuelve hacer la revolucion por su cuenta.—Cómico incidente que ocurre, en consecuencia, con un espia.—Asaltan aquellos el

cuartel del núm. 2 de guardias cívicas i se apoderan de las armas.—Combate del 28 de octubre.—Consecuencias que tuvo para los revolucionarios de Valparaiso.

I.

Desde la catástrofe de abril, Santiago, que lo habia jugado todo como partido i como pueblo, en aquel sangriento lance, cayó en un profundo abatimiento. Sus principales ajitadores encontrábanse presos o perseguidos i ocultos. Unos pocos habian ido a buscar asilo en las provincias de Concepcion i Coquimbo. Otros, i estos eran muchos, se habian refujiado en su propio egoismo.

Cuando llegaron los emisarios secretos que anunciaban el levantamiento simultáneo de aquellas lejanas provincias, encontrábanse, en consecuencia, los pocos hombres de accion que aun permanecian en sus escondites de la capital, en una posicion tan difícil que equivalia a la impotencia. La sublevacion del Chacabuco, esta grotesca parodia del veinte de abril, fué su último esfuerzo.

La ausencia misma de las tropas que guarnecian la capital era un obstáculo, no solo a todo plan de insurreccion, sino que estorbaba aun el pensamiento de ponerlo por obra. Era demasiado sabido que, por la distribucion de sus calles rectangulares, por la lejanía de sus barrios habitados por la plebe, único elemento tumultuoso de la capital (donde el artesano es mas bien un pária que un gremio), i por último, por el carácter apático de sus habitantes que, segun el sentir del jesuita Olivares, parece peculiar a todas las ciudades allegadas a las inmensas moles de nuestras cordilleras, era incapaz de acometer una sublevacion popular.

Por otra parte, el presidente Montt, alejando de Santiago hasta el último soldado de línea, había reemplazado el peligroso elemento militar, que tan a las claras se inclinaba de por sí al movimiento del sud, con un elemento nuevo, creado por él, segun su índole i su sistema, i que, por tanto, le sirvió con admirable eficacia durante su decenio: fué este poderoso auxiliar la jendarmería o policía de seguridad, rejimentada como el ejército, pero dependiente del ministerio del interior. De esta manera, sucedió que, a principios de octubre, miéntras la guarnicion militar de Santiago no pasaba de 100 hombres, entre granaderos de la Escolta i artilleros nuevamente reclutados, el cuerpo de policía ascendia a cerca de 1,000 hombres.

Era imposible emprender ningun trabajo sordo sobre esta masa asalariada sin espíritu de cuerpo i que, dia a dia, era adiestrada en el espionaje i la delacion.

II.

En otro sentido, rejia la provincia, como intendente, un hombre tan notable por su enerjía para usar el despotismo autorizado, como dócil a todas las órdenes de ese mismo despotismo, cuando era ejercido por sus señores. Fiscal de todos los procesos urdidos con fines políticos; intendente a propósito para todas las provincias en que se queria ganar una eleccion o imponer un castigo en masa por la represion i el insulto, don Francisco Anjel Ramirez habia sido designado por el presidente Búlnes para descargar su responsabilidad de odio i de persecucion, tan pronto cómo, a consecuencia del atentado cometido en la Sociedad de la Igualdad el 19 de agosto de 1850, se tiñó de negro

el horizonte de la política i se persuadieron todos los ánimos de que la elevacion del candidato Montt era un llamamiento a las armas, hecho a la República en masa. Ramirez cumplió su mision con éxito admirable. El oro para los espias, el licor para los gariteros encargados del enganche de *voluntarios* (1), el azote para el pueblo, el insulto para las señoras, a una de las que desterró de la capital, la violacion de todo derecho i de toda inmunidad doméstica, puesta en diario ejercicio con los allanamientos de domicilio, la apertura fraudulenta de la correspondencia privada i las prisiones arbitrarias de todos los ciudadanos;

(1) Apesar de la prodigalidad del gobierno para enganchar soldados, solo pudo formar un batallon de 300 plazas, que se llamó Santiago i condujo al sud, a mediados de noviembre, el comandante don Santiago Amengual. Tanta era la innata aversion del pueblo al presidente Montt, que aun para reunir aquel escaso número, se habia ocurrido a los arbitrios mas indecorosos. Abriéronse, con aquel fin, en algunos de los barrios mas populares de Santiago, como el Arenal i la calle de Duarte, garitos públicos, bajo las apariencias de *chinganas* de pasatiempo. Isidro Jara, el famoso *chanchero*, era, bajo la inspeccion de Ramirez, el jefe de estas sentinas de escandalo i de infamia. Dábase gratis el licor a los asistentes, i cuando se les veia bajo la influencia de la embriaguez, se les brindaba jenerosamente algun dinero para que apostaran a las cartas, pues habia un tallador perpetuo nombrado oficialmente. Si el tahur habilitado ganaba en la partida, devolvia el dinero a los ajentes de la policia, con el premio de un real en peso; mas, si perdia, como sucedia casi en todos los casos, se le ponia en la alternativa de ir a la cárcel o engancharse como soldado, cuyo último partido todos aceptaban, pues así quedaban libres de la deuda, abandonándoseles el adelanto a cuenta de su enganche.

De esta manera, el presidente Montt logró alistar 500 hombres para su defensa; miéntras en el sud, con el solo prestijio de la revolucion, habian corrido a las armas mas de 4 mil hombres, i habria sido este número doble, si aquellas hubiesen alcanzado para todos los brazos que las pedian.

tal fué el sistema de terror que aquel mandatario impuso a la capital i con el que no le fué difícil dominarla. Díjose aun, i tiénese por un hecho cierto, que aquel tirano en miniatura (pues el de cuerpo entero estaba ya colgado en los sombríos muros de la Moneda) habia muerto, una noche, con su espada, a un infeliz que, estando ébrio, no le cedió la vereda o le asustó, al pasar, con algun vaiven de su cuerpo.

III.

A falta de caudillos i de medios de accion, las mujeres entraron en la liza política con todo el ardor i la fé de su sexo. El «frac» habia desaparecido en la revolucion, a no ser que se hubieran refundido todos en aquel *frac supremo*, que tanto ponderó la prensa del gobierno cuando se proclamó candidato a don Manuel Montt, en oposicion a todo caudillo militar. La casaca en los campos i las «basquiñas» en las ciudades eran ahora los trajes con que la insurreccion se ostentaba armada o se disfrazaba en los conciliábulos. Las mujeres, contándose entre estas las mas encumbradas matronas de nuestra aristocracia, imperaban a su albedrio en la capital; i asi era que, miéntras en el norte i en el sud se batian los ejércitos a filo de sable, hacíase por nuestras calles tal guerra de chismes i ponderaciones, de mentiras i novenas, de falsos anónimos i de proclamas incendiarias (1), que nues-

(1) Una animosa i discreta mujer, la esposa del conocido sangrador Barrera, era el ajente de la imprenta secreta que arrojaba todas las noches aquellos terribles boletines que fueron la desesperacion del intendente Ramirez, pues jamas pudo descubrir ni siquiera indicios del lugar donde se encontraba la prensa sub-

tra sociedad femenina llegó a presentar, en aquella epòca, la imájen de un verdadero campo de Agramante. Contábase, en verdad, por aquellos dias, que las *ministeriales* i las *opositoras* de los barrios «de arriba» de la capital celebraron, a un mismo tiempo i a la misma hora, una novena en la iglesia de la Merced, rogando a la Vírjen por el triunfo de sus bandos, i añadióse en los salones, con este motivo, que a la salida de las devotas, usábase mas en las salutaciones de despedida, a la puerta de la iglesia, el *pellisco* chileno que el beso frances en la mejilla....

IV.

Tal fue la mísera i casi grotesca actitud de la capital, durante los cien dias que duró la mas imponente i la mas profunda de las revoluciones que han ajitado a Chile i que partió del seno de aquella para dejarla fria i tenebrosa como la nube que ha descargado su rayo. «Santiago! Santiago!, decia una de las hojas secretas que circulaban en esa época en la capital. Descansa, mecida en tus ilusiones i en la gloria de tus triunfos, miéntras el cañon i las llamas convierten en cenizas a la sublime Serena; miéntras la muerte deja solitario el lecho de mil esposas i en la horfandad los hijos i al borde

terránea. Servia esta un prensista llamado Bartolo, muchacho abnegado i de secreto a toda prueba. La mujer de Barrera le llevaba a una casita situada en Yungay los orijinales de los boletines, que escribian varios opositores de los que vagaban escondidos en la capital, i de noche iba ella misma a sacar las hojas impresas, que se confiaban a manos seguras, i así amanecian aquellas, al siguiente dia, desparramadas por toda la poblacion. Debióse a esto que los rotos diesen a aquellas hojas el nombre característico de *trasnochadas*.

del sepulcro la madre anciana i desvalida!... ¡Oh Santiago! Tu eres un inmenso panteon! Los cadalzos i las proscripciones de 20 años han sembrado de tumbas tu recinto, cuna en otro tiempo de tan altos hechos. I la vista de esos mármoles sangrientos i su helado contacto han secado, dentro de tu pecho, el corazon en que palpitó la epopeya de 1810; ese corazon que el 5 de abril de 1818, te precipitó, en confuso e inerme tumulto, a partir con los combatientes de Maipo, su fosa o su gloria.... Pero no!, añadia la proclama, como para hacer mas amargo el reproche que estampaba contra los caudillos de la capital, tú no has muerto del todo, patria de las Guzman, Rojas, Valdivieso i Fontesillas. Tú tienes todavía, al servicio de la patria, tus bellas mujeres» !!!

V.

Pero, en la ausencia de toda hostilidad positiva, el gobierno de la capital vivia lleno de pavores, como si el fantasma de la revolucion que su política habia encendido le estrechara en sus brazos a toda hora; i hubo, a la verdad, momentos, en que el recien electo Presidente se creyó perdido sin remedio. Al saberse, en efecto, en la Moneda, el movimiento que habia puesto a vanguardia del coronel Vidaurre la division de Coquimbo, el gobierno dirijió la guarnicion de la capital sobre la amagada provincia de Aconcagua i ordenó que, sin pérdida de instantes, se presentasen en proteccion de aquella todas las milicias de los departamentos de la Victoria i Melipilla (1).

(1) Esta órden se espidió el 13 de octubre, i el 15 escribia el gobernador de Melipilla al Ministro de la guerra que, pocas horas despues de recibida aquella, habia estado «toda la fuerza de mi-

Cuando, pocos dias mas tarde, el intendente de Aconcagua anunció que el destacamento de la vanguardia de Coquimbo, que mandaba el autor de esta historia, habia sido avistado (14 de octubre) en las alturas que dominan el valle de Putaendo (que fué el punto mas avanzado que alcanzaron las huestes de la revolucion en 1851) i se supo, poco mas tarde, en palacio, la asonada que tuvo lugar en San Felipe la noche de aquel mismo dia (1), díjose, en efecto, que se habia dado por

licia de este departamento pronta para que marchase sobre la capital.» La tropa que se encontraba acantonada en San Bernardo, i que consistia principalmente en una parte del batallon cívico de Rancagua, se habia puesto ya en movimiento, en la tarde del 14, cuando, en su marcha, recibió la órden de volver a su cuartel. (Véase el libro titulado *Miscelánea* en el archivo del ministerio de la guerra.)

(1) Al ocuparnos, en el primer volúmen de esta historia, de la invasion de la provincia de Aconcagua por las fuerzas de Coquimbo, hicimos solamente alusion al malhadado motin de San Felipe, por no haber tenido ninguna consecuencia de importancia. Mas, parécenos oportuno consignar aquí la relacion que nos ha dirijido el antiguo i respetable patriota de aquella provincia don Pedro Antonio Ramirez, que, junto con su hermano don José Ignacio, han sido, desde 1829, los decanos del partido liberal en la provincia eminentemente *pipiola* de Aconcagua. Como nosotros publicamos en esta nota solo la version *liberal* del motin, puede verse en el núm. 7 del Apéndice el parte oficial de aquel suceso, pasado al gobierno por el intendente Fuenzalida.

La relacion que nos ha enviado el señor Ramirez, con fecha de 3 de julio del presente año, dice asi:

«Luego que estalló la revolucion de Coquimbo, principiaron las autoridades de este pueblo (San Felipe) a perseguir a todos los hombres de valer que consideraban enemigos de su política. Varios ciudadanos fueron aprisionados, como don José Plácido Zenteno i su hermano don Benigno. Esta prision injusta i arbitraria trajo un disgusto jeneral en el departamento, i mucho mas en los hermanos de aquellos, don Julian i don José de la Cruz Zenteno, que tambien se hallaban escondidos, por la persecucion encarnizada que se les hacia. Estas incidencias, unidas a las noticias que re-

perdida la causa del bando conservador i que llegó a hablarse en los salones presidenciales de aprestos de retirada a Val-

cibiamos del norte, de que la division de Coquimbo marchaba sobre esta provincia, hicieron que yo i los Zentenos nos dispusiesemos a reunir algunos ciudadanos para que marchasen a formar parte de aquella division.

«En esto estabamos, en la mañana del dia 14 de octubre, en un lugar oculto de mi hacienda de Aconcagua arriba, donde se hallaban reunidos mi hijo don Ignacio Ramirez, don Julian Zenteno, don Gregorio Armaza i don José Antonio Gutierrez, formando el plan de salir pronto con jente al encuentro de los coquimbanos, cuando, en ese dia, recibi, por un jóven Artigas de Santiago, una comunicacion de los señores don Miguel Guzman i don Domingo Santamaria, para que, a toda costa, nos pusiesemos sobre las armas, a fin de facilitarle al jeneral Carrera su entrada a la provincia. En dicha comunicacion se me decia que el triunfo de Carrera en Petorca era seguro, no solo por la buena tropa que contaba su division, sino porque las fuerzas de Aconcagua, que se hallaban en las filas del gobierno, se pasarian a las nuestras.

«Esta noticia, que luego comuniqué a los amigos, que, en su escondite, estaban formando la espedicion para el norte, los llenó de entusiasmo i alegria. En el momento, acordamos escribir a mi hermano don José Ignacio Ramirez, que se hallaba oculto en San Felipe, para que, con don Baldomero Lara i don Joaquin Oliva, se preparasen con su jente a dar en esa noche un asalto en la ciudad, junto con la que yo debia mandarles de Aconcagua arriba.

«Los embarazos que se nos presentaban para ponernos de acuerdo con los de San Felipe i vernos con los hombres queridos de la poblacion eran muchos. Mientras el gobierno tenia guardias en todas las bocas calles de la ciudad i las tropas acuarteladas en varios puntos, i aun fuera de la poblacion, los amigos que por nuestra parte podian operar estaban ocultos i perseguidos. Sin embargo, i apesar de tantos peligros, pude hacer llegar a manos de mi hermano don José Ignacio i don José de la Cruz Zenteno el citado proyecto. Estos dos, venciendo muchas dificultades, pudieron al fin reunirse a los otros en mi hacienda, como a las ocho de la noche, hora en que ya mi hijo don Ignacio, don Julian Zenteno, don Dámaso Reyes, don Gregorio Armaza, don José Santos Contreras, don José Antonio Gutierrez i otros de mi

paraiso. I en verdad, que asi habria sucedido, si la provincia de Aconcagua se une a la de Coquimbo i ámbas dan la ma-

casa marchaban sobre San Felipe, sin mas armas que cuatro fusiles, dos escopetas i algunos malos sables.

«Advertiré que cuando esto sucedia, ya nosotros estábamos informados que de Santiago se encaminaban trescientos hombres del gobierno a resguardar a San Felipe i que esta fuerza estaba para pasar la cuesta de Chacabuco, como a las ocho de la noche de ese dia 14, segun los «bomberos» que el jóven don José Santos Contreras habia establecido para saber la hora en que aquella fuerza podia caer sobre San Felipe. Con todos estos peligros, i por ser leales a la buena causa que defendiamos i a las exijencias de aquellos señores que me escribieron con el jóven Artigas, lejos de arredrarnos a la vista de tan evidentes riesgos, se entusiasmaron mas mis amigos i continuaron en llevar acabo la obra que habian emprendido.

«El grupo que salió de mi hacienda i al cual se unió mi anciano hermano don José Ignacio i mi amigo don José de la Cruz Zenteno, acordó ser comandado por don José Antonio Gutierrez, como uno de los oficiales de línea del batallon Chacabuco, que ántes se habia sublevado. En esta disposicion, se dirijieron sobre San Felipe, contando con que allí serian apoyados por el pueblo, i con que algunos sarjentos del escuadron del comandante don Joaquin Villarroel, que se hallaba acuartelado en la misma ciudad, i a quienes yo habia hecho prevenir del asalto, estarian prontos a secundarlos.

«Con tales precedentes, la fuerza reunida en mi hacienda siguió su marcha, engrosando poco a poco sus filas en el camino, con los patriotas que se iban agregando. Cuando esta fuerza llegó a la casa del comandante don Domingo Luco del Castillo, que dista de la ciudad legua i media, ya nuestra fuerza pasaba de cuarenta individuos. En esta casa habian acuartelados cien hombres del escuadron de Luco, i una guardia en la calle para estorbar al que no les convenia. Este estorbo, que de suyo obstraia el paso de nuestro grupo, hubo que desalojarlo a viva fuerza, i tirar algunos tiros sobre el centinela, que defendia su puesto. A los tiros inesperados de fusil, que al aire se dispararón para no ofender al centinela que se resistia, la tropa que estaba dentro de la casa principió a dispersarse, con lo cual pudieron los nuestros penetrar sin riesgo en ella, tomar las armas que allí habia i

no a la de Valparaiso, en la que el volcan de la insurreccion no tardaria muchos dias en hacer su esplosion.

recojer de la viña los soldados i algunos oficiales que se encontraron. Al grito de *¡ Viva Cruz!*, nadie se resistia. Este asalto, conseguido sin sangre i sin daño de ningun jénero, engrosó mas nuestras filas i aumentó nuestras armas.

«Con todos estos elementos, nuestra fuerza siguió su camino para San Felipe. Cuando llegó a la cabecera del pueblo, fué interrumpida por el grito de un centinela que se hallaba en la boca calle, i como de nuestra parte nada se le respondió, i la luz clara de la luna dejaba ver a la distancia el grueso que formaba nuestra tropa, ese centinela i demas guardias que allí habia se pusieron en fuga a replegarse al cuartel, en donde se hallaba el escuadron de caballería de Villarroel, al norte de la cañada de Yungai, chácara de don Blas Mardones.

«Este incidente hizo que nuestras fuerzas se precipitasen a toda furia sobre dicho cuartel, antes que el comandante se organizara i preparase su resistencia. Efectivamente, este cálculo no se erró, porque antes de que aquello sucediese, nuestra tropa atropelló por encima de cuanto se le opuso i penetró en el cuartel. A los gritos de nuestros soldados i a los vivas que se daban al jeneral Cruz i a los mismos hombres que los acaudillaban, la jente del cuartel se pronunció toda, en el acto, en favor del movimiento. El comandante Villarroel, que no pudo contener el entusiasmo de su tropa, i que, en el acto, se vió desobedecido, no tuvo mas arbitrio, para salvar del conflicto, que manifestarse dócil i suplicante a las exijencias del jefe que lo asaltó. La saña que habia contra él era tan grande que, para escaparlo del furor de los soldados, fué preciso que mi hijo don Ignacio intercediese por él i le dejase escapar.

«Mientras que este cuartel se allanaba i se ponia todo a nuestra disposicion, el intendente don Juan Francisco Fuenzalida, avisado del movimiento por el mismo Villarroel, se metió, en el acto, en el cuartel de infantería situado en la plaza, en donde solo tenia 40 hombres de los Andes bien municionados.

«Acertada la toma del cuartel de la cañada i unida su fuerza de 300 hombres a la nuestra, se marchó toda sobre el cuartel de infanteria. Cuando la nuestra llegó a la plaza, que seria como a las doce de la noche, la jente brotaba por todas partes, gritando

VI.

Apénas habian transcurrido, en efecto, dos semanas desde el desastre de Petorca, cuando la culta i patriótica Valparaiso alzó la voz de la protesta, empuñando las armas, en presencia de la rebelion del norte ya vencida, de la turbulenta impotencia de Aconcagua i de la culpable apatía de la capital.

Todo hacia a aquel pueblo, sin segundo en la República, políticamente hablando, el foco mas ardiente i mas inagotable de la revolucion. El carácter de sus industriosos pobladores; la actividad de los espíritus; el contacto con

¡viva Cruz! i pidiendo armas para el combate. El entusiasmo que toda la poblacion manifestó en ese acto es indescribible.

«Cuando toda nuestra tropa estuvo en la plaza, don Dámaso Reyes, que fué proclamado comandante, en el mismo cuartel tomado a Villarroel, mandó intimar rendicion a la guardia del cuartel, con el oficial don Anselmo Aguilar i con otros que lo acompañaron, i la respuesta que aquella dió fué una descarga de fusiles que hizo sobre ellos, i de la cual cayó muerto Aguilar atravesado por una bala. Con tal motivo, se trabó un largo combate de fusilería que hacian los del cuartel i de la cárcel a los que estaban en la plaza. Nuestra tropa no tenia mas que siete armas de fuego i con ellas sostuvieron un fuego vivísimo con los enemigos que hacian llover las balas, lucha que sostenian con sus muchas armas i a favor de las murallas en que se guarecian.

«En este estado se encontraba el movimiento, cuando llega a manos del comandante Reyes una comunicacion, que el patriota i valiente Portus habia interceptado, dirijida de Petorca al intendente de Aconcagua, donde le daban parte que la division del gobierno habia triunfado, i que las fuerzas del jeneral Carrera habian sido desechas completamente. Esta fatal noticia dió motivo a que el jefe hiciese tocar retirada, i dijese a sus amigos i a la tropa lo que sucedia, para que cada cual escapara como pudiese, lo que en efecto verificaron.»

el estranjero; los gremios; la facilidad de procurarse armas i ocultarlas en las quebradas, que son otros tantos asilos en caso de contratiempo; el agrupamiento de las clases obreras (en lo que ofrece su mas marcado contraste con la conventual Santiago, donde las manifestaciones populares se hacen tan difíciles por motivos puramente topográficos); i por último, hasta la planta de la ciudad, en que cada cerro es una fortaleza, cada calle un desfiladero, cada casa una trinchera; todo, en fin, sirve a dar alas i recursos a las conjuraciones i a los combates del pueblo.

Valparaiso ha sido, por esto, la cuna i el baluarte de la democracia en Chile, i miéntras subsista su espíritu innovador i osado en la senda de todos los progresos, la causa liberal ensanchará el número de sus prosélitos i robustecerá la fé de los que la sigan, con nobles ejemplos de igualdad republicana ante la lei o ante el sacrificio.—Santiago, a su vez, se sentirá transformarse, con su contacto, desde que la locomotiva, devorando el espacio, nos traiga la chispa de la creadora ebullicion de aquel pueblo, que el viajero toma con dificultad por una ciudad hispano-americana, pues tiene, no solo el aspecto físico, sino todas las señales características de las mejores poblaciones de la América del Norte.

VII.

Durante la conmocion de 1851, Valparaiso adquirió una importancia revolucionaria decisiva, porque, estando sublevadas las extremidades de la República, i siendo estas dueñas de la marina por la captura del *Arauco* (miéntras el gobierno tenia solo la fragata-ponton *Chile* i dos o

tres buques menores), convertíase, por consiguiente, en el punto central, a que iba a converjer toda tentativa de un desenlace definitivo, fuera por la resistencia que debia oponer el gobierno, fuera por el éxito de un levantamiento popular o de un desembarco de tropas de parte de los revolucionarios.

Todos los conatos de los caudillos de la insurreccion se dirijian, en consecuencia, a hacerse dueños de aquella plaza; i lo que mas admira, en las malogradas tentativas que se hicieron para conseguirlo, no es la estraordinaria dilijencia con que fueron desbaratadas por la autoridad, sino la constancia, el sijilo i la abnegacion del pueblo, que renovaba con mas pujanza sus esfuerzos, despues de cada uno de los contrastes que le sobrevenian.

VIII.

No podia decirse otro tanto de los jefes ostensibles que dirijian los trabajos revolucionarios de aquella ciudad. Desde hacia dos años, presentábase como caudillo revolucionario un hombre honrado i patriota; pero que no tenia ni la enerjía moral, ni la ardiente conviccion política, ni menos, la pronta resolucion que exijen los movimientos populares. Era este el factor del Estanco don José Manuel Figueroa, cuya repentina importancia política era solo debida a su empleo i a su parentezco con la familia de Vial, en la que estaba casado. Todos los trabajos de la propaganda revolucionaria que emprendieron los hombres que obraban en una linea mas subalterna, encontraron pues un constante escollo en sus vacilaciones i en el indefinido aplazamiento que exijia, al ir a ponerse por obra cualquier plan.

IX.

Habian abortado, por este motivo, varias tentativas que, como ya hemos insinuado antes, precedieron a la revolucion de setiembre. A fines de agosto, se habia denunciado, en efecto, al intendente Melo, una conjuracion tramada por el capitan del batallon Carampangue don Jacinto Niño, que se encontraba accidentalmente en Valparaiso, i que tenia por punto de partida la sublevacion de dos compañias del Yungay de la guarnicion de aquella plaza (1). Pocos dias mas tarde, en la noche del 3 de setiembre, el comandante de serenos Delgado habia descubierto en la casa de un sastre llamado Ignacio Duran un depósito de municiones, entre las que figuraban dos barriles de pólvora, nueve baleros i tres barras de plomo. Este suceso habia acarreado la prision

(1) He aqui la nota oficial de este denuncio, que hemos copiado del archivo del ministerio de la guerra.

Valparaiso, agosto 24 de 1851.

Señor jeneral, intendente de la provincia.

En este momento, me acaba de dar cuenta el sarjento 2.º de mi compañía, José Vicente Lisana, que el viérnes veintidos del presente fué llamado por el capitan don Jacinto Niño, conquistándolo para que le entregase la compañía, i de este modo, tomar la compañía de artillería, ofreciéndole hacerlo teniente, a los demas sarjentos alfereces, a los cabos sarjentos, i a los soldados cien pesos a cada uno. El sarjento Lisana se ha negado a todas estas ofertas i no ha querido ir mas a su casa. Lo pongo en conocimiento de US. para lo que halle por conveniente.—Dios guarde a US.—*Pablo Corail,* capitan de la 2.ª compañía de dicho batallon. Es copia fiel.—*Demetrio R. Peña*, secretario de marina.

(4 de setiembre) de los ciudadanos Masenlli, Dodds, i otros liberales, a quienes se les atribuia participacion en aquellos conatos (1).

Hemos visto tambien que, al acordarse la sublevacion del batallon Chacabuco en la capital, habia sido la exijencia mas sostenida de los opositores que tuvieron conocimiento de esta tentativa la de que el acto del amotinamiento se ejecutara en Valparaiso, donde el sarjento mayor don José Manuel Pinto, a quien se le suponia una amistad íntima con Figueroa, mandaba dos compañías de aquel cuer-

(1) He aqui un documento que pone de manifiesto la gravedad que se atribuye a este suceso.

Valparaiso, setiembre 6 de 1851.

Por las indagaciones que se continúan haciendo en la causa de conspiracion, se toman datos que revelan la espansion de este proyecto, estendido, al parecer, i con bastante jeneralidad, en la clase de artesanos, algunos individuos de tropa, mui pocos, i ya de ante mano vijilados, i muchos otros de una posicion mas acomodada, cuyo número hace conocer el peligro en que ha estado a punto de verse comprometida la tranquilidad i el órden de este pueblo: felizmente se ha logrado en oportunidad atajar sus resultados, con medidas que puedo asegurar a U. afirmarán el sosiego, i calmarán la alarma que ha ocasionado en estos habitantes el pensamiento funesto de los conspiradores. A la vista del peligro, se ha reanimado el espíritu de órden de los buenos ciudadanos, i la tropa de línea, que siempre me ha merecido la mayor confianza, es el mas seguro apoyo con que debemos contar en cualquier evento.

Debe US. persuadirse que, por ahora, la situacion de las cosas no ofrece el menor temor de que pueda ser alterada la paz i tranquilidad que nos aseguran las medidas que han cruzado a los revoltosos la ejecucion de sus protervos designios. Los que no han logrado aprehenderse han desaparecido, i se les busca con la mayor dilijencia.—Dios guarde a US.—*J. Santiago Melo.*

Al Señor Ministro del Interior.

po. Pero conocido es ya el mal éxito de aquellas insinuaciones, desatendidas por el ardor de los oficiales comprometidos en la conjuracion.

Encontrábase pues el pueblo de Valparaiso ajitado violentamente por la incesante renovacion de aquellos complots revolucionarios, cuando, al saberse el levantamiento del norte, presentóse a reasumir el mando de la intendencia el ántes popular i prestijioso teniente jeneral don Manuel Blanco Encalada, a quien el circunspecto Melo, juez de letras de la provincia, habia reemplazado interinamente, desde hacia algunos meses.

X.

Nos será lícito, en esta parte, prescindir de calificar la conducta política del jeneral Blanco, durante la crisis de 1851. No es a fé el temor de los *compromisos*, ese fantasma, delante del que tan pocas frentes osan alzarse entre nosotros, lo que nos impone este silencio, harto significativo en sí mismo. Pero debemos a sus canas i a los gloriosos servicios que, en mejores dias, hizo a su patria, un respeto tan sincero, que creemos mas digno de nuestro rol de historiadores el acusarle con la mudez de los hechos, ántes que ir a confundirle en la censura de sus actos, con los vulgares i mezquinos ajentes del candidato oficial.

XI.

Los revolucionarios no se desalentaron, sin embargo, ni por el prestijio ni por el vigor de accion que daba a la resistencia del gobierno el nombre i los influjos de aquel jefe; i

asi fué que, en los primeros dias de octubre, cuando ya se alejaron hácia el sud i el norte las divisiones que se habian aglomerado en su recinto, pensóse sériamente en llevar a cabo la obra, tantas veces comenzada, del trastorno.

Era inútil contar con la cooperacion de la fuerza de línea; pero ésta era ya mui escasa, no habiendo llegado aun de la capital el batallon núm. 3 de línea que organizaba con toda dilijencia el intelijente comandante don Manuel Tomas Tocornal. Hacíase valer solamente el brazo del pueblo para asestar aquel golpe, que debia salvar la revolucion, si el éxito debiera coronarlo.

El plan de la insurreccion era de por sí mui sencillo i de facilísima ejecucion, atendida la naturaleza del terreno de que los conspiradores iban a hacerse dueños. El núcleo de las fuerzas del gobierno estaba en la parte de la ciudad llamada propiamente *el puerto,* donde se encontraba el cuartel de artillería i el del batallon cívico núm. 2, situado en un edificio anexo al convento de Santo Domingo. Grupos armados del pueblo caerian simultáneamente sobre aquellas posiciones, miéntras otros pelotones, colocados de antemano, cortarian la comunicacion con los otros puntos de la ciudad, en la estrechura llamada Cueva del chivato. De este modo, la insurreccion se apoderaba, en unos pocos minutos, de la mitad de la poblacion i se encerraba en posiciones verdaderamente inespugnables. En cuanto al Almendral, donde tenian sus cuarteles la escasa tropa veterana que aun quedaba, i el batallon cívico núm. 1, otros grupos armados i las masas del pueblo obrarian de consuno. Pero mirábase esta segunda parte del movimiento solo como un accesorio del levantamiento del *puerto*, que era el centro de todos los recursos militares.

XII.

El dia 3 de octubre se acordó por los conjurados dar aquel meditado asalto a los cuarteles, i con este fin, se reunieron en el claustro de Santo Domingo, inmediato al cuartel del núm. 2, cerca de 200 afiliados, que fueron entrando, desde el medio dia hasta el oscurecer, mediante la connivencia del padre guardian frai Manuel de la Cruz Leon i, particularmente, del padre José Maria Pascual, español de nacimiento, acérrimo carlista, i hombre que, bajo la autoridad de su hábito i el hielo de sus canas, ocultaba un alma tan fogosa como era su injenio fecundo en arbitrios i atrevida su voluntad en las determinaciones que tomaba.

Habia sido este fraile el principal ajente de los revolucionarios, desde que, por la prision de los principales de éstos el 4 de setiembre i la persecucion que se hacia a los que se escaparon del arresto, quedaban sin un jefe ostensible. Aparentaba Pascual una gran indiferencia política, i miéntras ayudaba en su celda a varios artesanos, que tenia asilados, a trabajar balas i cartuchos, iba a los corrillos del puerto i, principalmente, a la libreria de su compatriota don Nicasio Ezquerra, donde tenia ocasion de ver a algunos de los mas importantes sostenedores de la autoridad. Dábase, en verdad, tales trazas el astuto fraile dominico, que estuvo a punto de persuadir al comandante de la artilleria cívica Pedregal, que el punto mas estratéjico pars colocar un par de cañones, con que ametrallar a los sublevados, era la meseta sobre que está situado su convento, cuartel jeneral, en esa hora, de los sublevados....

XIII.

El mas importante de los asilados que ocultaba en su cláustro el padre Pascual era un obrero de Santiago, sastre de oficio, i hombre de corazon resuelto, no menos que intelijente i emprendedor. Llamábase Rudecindo Rojas i tenia a la sazon 30 años. Desde los disturbios electorales de 1841, habia tomado cartas en la política i héchose conocer tan ventajosamente de sus compañeros, que, en 1850, habia sido socio fundador de la *Sociedad de la Igualdad* i uno de los miembros de su consejo directivo. Perseguido despues, mas por su influjo entre los artesanos de la capital que por su participacion en algun proyecto subversivo, se habia refujiado en Valparaiso, donde los obreros mas intelijentes de la capital encontraban, en aquella época, con facilidad, un ventajoso acomodo.

Desde la prision del 4 de setiembre, en que habian sido comprendidos cuatro de sus compañeros de profesion (1), se encontraba pues oculto en el convento de Santo Domingo i ahí acaudillaba la reunion de afiliados que habian sido convocados el 3 de octubre, i que solo esperaban, para obrar, la señal de un ajente íntimo. Era este el jóven don Rafael Bilbao, que se decia delegado de los caudillos políticos de la capital i Valparaiso, con el objeto de regularizar las operaciones del movimiento.

(1) Fueron estos, entre otros, Alejo Castillo, José del Cármen Silva, Nasario Gonzalez i Marcos Diaz, todos oriundos de Santiago i sastres de oficio.

XIV.

Por desgracia, Rafael Bilbao no tenia ni el corazon, ni las convicciones, ni los compromisos de sus otros tres hermanos Francisco, Luis i Manuel, i menos tenia el alma varonil de su madre, la respetable señora doña Mercedes Barqüin. Primojénito en su familia, i dado desde la infancia al jiro del comercio, tomó Bilbao la revolucion como una de tantas ocupaciones mercantiles, i por consiguiente, se hizo reo de todas las falacias i de todos los ardides que enseña el manejo de los negocios. Baste, entretanto, esta jeneralizacion que escusa inútiles revelaciones i amargos comentarios personales.

Atribuyóse pues a la informalidad de Bilbao el que no se llevase a efecto, en aquel dia, el plan acordado, i temiendo, por otra parte, ser víctimas de un denuncio colectivo, apenas tiñó la noche, escurriéronse los afiliados en todas direcciones.

XV.

Tenia esto lugar el dia viérnes 3 de octubre i a la mañana siguiente, sabia ya el intendente Blanco, bien que de una manera confusa, que se habia tratado de dar un golpe en la noche anterior, sin que pudiera señalarse otro antecedente sobre aquel intento que el de que el centinela del batallon núm. 2 se habia fugado aquella noche, abandonando su fusil i que muchos de los comprometidos pertenecian al gremio de sastres; i como ya, en el primer amago, habian sido descubiertos muchos de estos obreros, el jeneral Blanco, a imitacion de

Herodes, dió órden para que, en aquel mismo dia, se prendiese a cuanto sastre existiese en Valparaiso, i cuya conducta política no estuviese exenta de toda sombra de sospecha. Era aquel dia el último de la semana, i como, por la noche, los oficiales de sastreria ocurrian a las tiendas a entregar sus obras, se hizo una verdadera barrida de aquellos infelices, que fueron cojidos, de tan aleve manera, en número de mas de cien i enviados, en seguida, de una manera mas aleve todavia, a los pontones i al destierro.

Con este nuevo golpe, la revolucion volvió a frustrarse, por la quinta o sesta vez, en Valparaiso.

XVI.

En estas circunstancias, en que el desaliento, pero no la traicion (pues no hubo un solo delator entre mas de 300 afiliados), ganaba ya los ánimos, presentóse oculto en Valparaiso un hombre nuevo i caracterizado, a quien se suponia, con razon, capaz de volver a anudar los rotos hilos de tantas tramas, desbaratadas por el acaso o la pusilanimidad de los ajitadores. Era este caudillo el teniente coronel don José Antonio Riquelme, antiguo comandante accidental del batallon Yungai.

Riquelme habia nacido soldado en un pueblo de guerreros i en una familia que contaba sus jeneraciones por el nombre de algun héroe. Era natural de Chillan i primo-hermano del jeneral O'Hinggins por la línea materna. Desde mui niño, tomó las armas i ya era capitan del batallon *Valdivia*, en la segunda campaña del Perú, que tuvo su desenlace en 1839. Riquelme habia sido uno de los bizarros sostenedores del puente de Buin, en que se salvó el ejército chileno para ir a vencer en Yungai.

Ascendió, despues, en las guarniciones de la Frontera, hasta merecer, en la última campaña de Valdivia (en 1850), el mando del batallon *Yungai,* de que era sarjento mayor, habiéndose separado, por razones de servicio, su comandante propietario Silva Chaves.

En estas circunstancias, unióse Riquelme en matrimonio con una señorita de la familia de Lazo, tan notable por su ardiente civismo como por la estrecha union que liga a cinco o seis varones de aquel nombre, en sus propósitos públicos i en los sentimientos del hogar. La alianza de estos jóvenes turbulentos i patriotas fue para Riquelme el bautismo de su fe revolucionaria, a la que no tardó en ofrecer su espada, asi como, mas tarde, deberia consagrarle los padecimientos de diez años sobrellevados con noble entereza.

Tan luego como aquel jefe recibió encargo de ponerse a la cabeza de los desencuadernados trabajos de Valparaiso, dirijióse a esta ciudad, en compañia de don Joaquin Lazo, el primojénito de sus hermanos políticos i el mas distinguido, por su posicion i su intelijencia.

No era necesario gastar muchos dias en poner en combinacion todos los recursos dispersos con que contaba la revolucion desde hacia mas de dos meses, i despues de estar ya acordes con aquel jefe todos los intermediarios que aun quedaban sin ser perseguidos entre los conjurados, señalóse la mañana del 28 de octubre para dar cima al movimiento.

XVII.

Desde la llegada de Riquelme a Valparaiso, los planes de la revolucion tomaban, sin embargo, un aspecto tan desfavorable que casi era un acto de desesperacion el llevarlos

a cabo. Por una parte, habia llegado de la capital el batallon núm. 3, recien formado, pero que contaba con jefes i oficiales jóvenes i llenos de entusiasmo por la causa a que servian. Por la otra, el número de los afiliados de aquella conjuracion, tan poderosa en su iniciativa, porque contaba con el corazon de todo un pueblo, habia quedado reducido, por la persecucion o el desfallecimiento de los ánimos, solo a unos cuantos hombres tan obtinados como temerarios. Pertenecian éstos, en su mayor parte, al terrible gremio de sastres, a cuyas agujas la autoridad habia cobrado tal pánico, que, ni rodeada de cañones, se creia segura contra sus dardos.

En atencion a aquellas circunstancias, Riquelme, que habia encontrado un asilo en la casa de las señoritas Cortez, situada en el barrio de San Juan de Dios (punto céntrico entre el *Almendral* i el *Puerto*), habia dividido la jente con que contaba, en dos grupos que debian obrar, a la vez, en las dos estremidades de la poblacion.

En el Almendral, un joven español Lecanda, comerciante de profesion, de carácter fogoso e íntimo amigo del padre Pascual, debia caer de sorpresa sobre el cuartel del núm. 1 de cívicos, con un grupo que se armaria oportunamente en el vecino teatro de la Victoria, donde existia un depósito de pistolas i puñales. Una vez dueños del cuartel, pondrian a vuelo las campañas, sublevarian las masas de gañanes que habitan en los suburbios del Almendral i tratarian de batir, o por lo menos, de llamar la atencion del núm. 3 de línea, cuyo cuartel se encontraba en una parte central de aquel barrio.

El otro grupo, mandado por Rojas i un sastre de Valparaiso, hombre animoso i popular entre sus camaradas, llamado Manuel Villar, tenia una comision mas importante. Habíasele ordenado iniciar el movimiento, asaltando el cuartel del núm.

2, i en seguida, el de la artillería, para dominar el puerto i poder dar la mano a los amotinados del Almendral, fuera por la única calle que comunica los dos estremos de la ciudad; fuera por los cerros que estan a la espalda de aquella.

Un antiguo capitan del *Carampangue* llamado Miguel Galindo, que habia venido del Perú, donde residia desde muchos años atras, tan luego como la noticia de las revueltas de su patria le hubo llegado, se ofrecia ademas a apoderarse de la persona del intendente Blanco, empresa para que se le juzgaba idóneo, pues tenia fama de arrojado.

Al mismo tiempo, un abastero conocido con el nombre de Félix Osorio, i que, tenémoslo entendido, era oficial del escuadron de caballería de Valparaiso, compuesto casi esclusivamente de carniceros, habiase comprometido a entregar su cuartel, situado en el Almendral.

Contábase, por último, con la cooperacion instantánea de dos jefes acreditados del ejército que se encontraban presos en los cuarteles del núm. 2 i de caballería cívica. Era el primero el antiguo comandante de *Huzares* Hinojosa, a quien se perseguia por su conocida desafeccion al jeneral Búlnes, i el último, el mayor Sanchez, un viejo liberal, hoi gobernador del departamento de los Andes, i que habia sido conducido preso desde Quillota, donde desempeñaba las funciones de sarjento mayor del batallon cívico, pues se le atribuian miras hostiles a la autoridad, en lo que, al parecer, no padecian error sus acusadores.

Avisados ya todos los comprometidos, señalose la hora de las siete de la mañana del mártes 28 de octubre para dar el golpe i se previno que el jóven Bilbao, que disponia de los depósitos de armas i del dinero, daria las órdenes, oportunas, si ocurria alguna novedad.

En consecuencia, en la noche del 27, Rojas recibió 14

pares de pistolas, 19 puñales i dos onzas de oro para socorro de su jente, i advirtiósele ademas que, a las 6 de la mañana del siguiente dia, encontraria en la tienda de don Antonino Arteaga, situada en la plaza de la Municipalidad, un cajon de armas. En cuanto a las municiones, el grupo de Rojas tenia las suficientes para el asalto, pues aun conservaba una parte de las que habia trabajado en la celda del padre Pascual, con materiales suministrados por un herrero italiano llamado Mateo Mercandino i un carpintero Santa-Ana, hombre patriota i que tenia algunos acomodos.

XVIII.

Amaneció el dia 28, encontrando a los conjurados que debian obrar sobre el puerto, dispersos en los cerros i callejuelas vecinas al cuartel del núm. 2; i la primera dilijencia de Rojas fué bajar a la plaza de la Municipalidad i conducir en hombros de algunos de sus compañeros el cajon de armas que Bilbao le habia prometido. Mas ¿cuál seria la sorpresa i la indignacion de aquellos hombres, tan valientes como abnegados, al encontrar dentro de la caja, en lugar de pistolas i puñales, una porcion de bacalao seco i aprensado? Ocurrióseles a todos la idea de la traicion (era el dia de San Judas) i hubo voces i juramentos de muerte contra los hombres que asi burlaban su jeneroso denuedo.

Por otra parte, ni Bilbao, ni ninguno de sus ajentes, llegaba, como estaba convenido, a dar la órden del asalto. Solo se presentó, pasada ya la hora designada, a decir a los conjurados que el movimiento se postergaba, un hombre llamado Bartolo Perla, cómico de profesion i que antes habia sido bordador en oro.

En tal conflicto, la desesperacion aconsejó a Rojas i a sus compañeros un partido estremo. Solicitáron un asilo en casa de una niña entusiasta, pero de mala vida, que habitaba una casita en el punto llamado la Cajilla, a dos o tres cuadras del cuartel de Santo Domingo, i ahí resolvieron aguardar las órdenes definitivas, que, por medio de algunos emisarios, exijieron de Riquelme.

Nadie volvió, sin embargo, i solo, pasado el medio dia, presentóse en la Cajilla el ciudadano don José Miguel Acuña, antiguo guarda de aduana, destituido por sus opiniones liberales, i hombre tan atrevido en sus planes como frio para concebirlos. Conferenció, en el acto, con los conjurados, i entregando su reloj a Rojas, díjole que, a las cinco en punto, se lanzara sobre el vecino cuartel, miéntras él iba al Almendral a tomar lenguas de lo que pasaba (1).

(1) Ocurrió un lance sumamente cómico mientras los conjurados, a semejanza de aquellos castellanos que dieron muerte al marques Pizarro, estaban echados de bruces en el pavimento de la pieza donde se habian asilado.

Poco despues de medio dia, llegó uno de los galanes de la niña de la casa, llamado Cifuentes, que era conocido como jefe de los espias de la intendencia i a quien el pueblo aborrecia, en consecuencia, tanto como él amaba a su concubina. Recelosa la madre de ésta de que, si le negaba la entrada, podia Cifuentes sospechar algo i dar aviso, consultó a Rojas sobre lo que deberia hacer, i antes que aquel replicara, saltó el sastre Salinas, diciendo que lo dejaran entrar para volarle los sesos de un pistoletazo, pues le tenia una odiosidad particular. Mas, Rojas lo calmó e hizo entrar en el aposento al sorprendido esbirro, cuya situacion era ciertamente harto distinta de la que él se imajinaba. Obligáronlo inmediatamente a desnudarse i a acostarse en la cama que habia en el aposento, previniéndole que si hacia un solo movimiento, al instante seria apuñaleado. Pero, no paró en esto la mala ventura de aquel enamorado siútico, que elejia la mitad del dia para sus cortejos, i cuando los conjurados marcharon al cuartel, lo llevaron del brazo entre sus filas, resueltos a matarlo sobre el sitio, si se les oponia alguna resistencia.

XIX.

El grupo de Rojas componíase solo de 17 hombres, todos artesanos i tan intrépidos como leales. Eran los últimos campeones, que aun no habia atado la soga de la policía, de aquellas numerosas falanjes de pueblo que, desde los primeros dias de la revolucion, habian estado pidiendo armas para defender una causa que amaban sin comprender, a los que los traicionaban, perdiéndola, por pusilanimidad o por negocio. Son dignos de la historia los nombres de estos oscuros, pero nobles ciudadanos que, por su solo arrojo, estuvieron a punto de haber dado la libertad a su suelo, en aquel dia en que todo se perdió, por el engaño, mas no por el valor.

Eran los principales, entre éstos, ademas de Rojas i Villar, un jóven Samaniego (Estevan), sastre como aquellos, pero dotado de una intelijencia que le hacia superior a la rutina de su oficio; dos hermanos llamados Melchor i Manuel Inostrosa, sastres tambien, naturales de la provincia de Colchagua i un hijo del primero de éstos, que tenia el mismo oficio de su padre. Figuraban, ademas, el carpintero Manuel Salinas i otro artesano llamado Cecilio Cerda, zapatero de profesion (i que, como tal, tenia una alma alesnada i un brazo terrible), que habian sido los compañeros inseparables de Rojas en todos sus escondites, desde mediados de setiembre. Eran los otros un sastre neo-granadino de nacimiento, conocido con el nombre de Mauricio Madrid, i que pagó aquel dia su entusiasmo con la vida; otros tres obreros de la capital, sastres tambien, llamados Antonio Diaz, José Ruvilan i Juan Antonio Morales, i dos de Valparaiso, de aquel mismo gremio, Carmen Santiago i

José Madariaga, hombre valeroso i ya entrado en años. Completaban el número de 17, sin contar al ex-guarda Acuña, que se les reunió en el momento de atacar el cuartel, un hijo de aquel famoso Pastor Peña que expió en el cadalzo el crímen de una venganza, llamado Pioquinto Peña, carpintero; otro mozo de esta misma profesion, a quien solo llamaban por su nombre cristiano de Antonio (hermano de la niña que habia dado asilo a sus compañeros por su intercesion); i por último, un soldado de gastadores de uno de los cuerpos cívicos de Santiago, cuyo nombre se ha perdido.

XX.

Al sonar el reloj las 5, Rojas dió la voz de salir a la calle i dirijióse al cuartel, que estaba situado solo dos cuadras mas abajo del cerro. Habia hecho adelantarse, con algunos minutos de anticipacion, al resuelto conjurado Peña, para que trabara conversacion con el centinela, bajo el pretesto de una demanda que iba a interponer, i con órden de que, tan pronto como avistara al grupo, lo derribara a aquel al suelo, tomándolo por el cuerpo junto con el fusil.

Hízolo asi el animoso artesano, i el peloton de asaltantes, penetrando en tropel por el zaguan de la casa que servia de cuartel, hízose dueño de este, desarmando, al grito de *viva Cruz!* a la guardia que en ese momento habia arrimado las armas para prepararse a comer. No hubo mas desgracia en el asalto que un golpe dado en la cabeza al sarjento de guardia por el carpintero Manuel Salinas, que llevaba una espada oculta entre la ropa.

Desarrajando, en el momento, las puertas de las cuadras, donde existian 550 fusiles, 3,000 tiros a bala i un cajon de

metralla para el servicio de un cañon de calibre que se mantenia en el cuartel, listo para la defensa, Rojas i Villar hicieron tocar jenerala en la puerta del cuartel, miéntras algunos de los que ya habian entrado disparaban los fusiles al aire para probarlos, i los muchachos, estos forzosos voluntarios de todo bochinche, repicaban desaforadamente las campanas en la vecina torre de Santo Domingo.

Como por encanto, cubriéronse de jentío los cerros inmediatos, ocurrieron en tropel todos los jornaleros de la playa i tan instantáneo i tan vehemente fue el entusiasmo del pueblo, que pocos minutos despues de asaltado el cuartel, no habia un solo fusil para entregarlo a los que llegaban pidiendo a gritos que les dieran armas.

Entre los que habian sido los primeros en llegar, notábase la pálida i descarnada figura de un niño de 17 años, que se habia procurado una espada i un vistoso morrion con plumas i que, de su propio albedrio, asumia el puesto de jefe. Era este personaje el jóven don Francisco Sampayo, hijo de un comerciante portugues, avecindado en Valparaiso desde muchos años, i que, en aquel dia, inmortalizó su nombre i su popularidad, por los ejemplos de heroismo que dió a los combatientes, quienes, ántes del ataque, no le conocian, i que, mas tarde, dejábanse guiar solo por él. El capitan Galindo habia ocurrido tambien al sitio, pero a caballo i disfrazado con una manta. En cuanto a Hinojosa, amenazado por el impetuoso Villar de «partirle el alma a balazos», si no los acompañaba en la jornada, habíase escapado por un albañal, para ir a presentar al intendente, si no el homenaje de su fidelidad, al ménos el de su miedo...

Entre tanto, el comandante Riquelme, que aguardaba, desde temprano, las peripecias del dia, vestido de uniforme, al oir los disparos de fusiles, escribió una esquela a su cuñado

don Joaquin Lazo, cuya morada se encontraba en la plaza de la Victoria, preguntándole lo que ocurria i lo que deberia hacer. No habia pusilanimidad en este estraño acuerdo de un caudillo revolucionario que interrogaba a un tercero, i por escrito, sobre lo que deberia emprender, cuando ya sus subalternos se habian lanzado al combate; pero habia sí una autorizada desconfianza, que si no justifica la irresolucion de aquel jefe, al menos, dà esplicacion a su prescindencia en aquel levantamiento, por cuyo fracaso se le han hecho, con justicia, tan graves cargos. Miéntras esperaba, en efecto, la contestacion de su pariente, pasó, por delante de sus ventanas, el 3.° de línea, que se dirijia al puerto, al paso de trote, i quedó así a retaguardia de los combatientes, sin que ya le fuera dable reunírseles.

XXI.

Cuando el pueblo se armaba en el cuartel del núm. 2, ocurrió, en efecto, que un vijilante habia llegado a escape a la Intendencia a dar aviso de la revolucion. El jeneral Blanco, sin vacilar un instante, descendió a la calle i, montando en el caballo del policial, habíase dirijido a galope al cuartel del 3.° de línea, situado en el Almendral. Aquel valeroso anciano recobraba ahora su puesto i, con el, su gloria i su verdadero prestijio público, pues no fué jamas en los ardides de la política, sino al pie de sus cañones, donde habia alcanzado, desde su juventud, sus grados i su fama.

Pálido, pero resuelto i sereno, penetró el jeneral Blanco dentro del cuartel, i tomando la mano del comandante Tocornal, le dijo que hiciera armar i municionar su tropa, para marchar en el acto al encuentro de los sublevados. Un cuarto

de hora despues, 150 soldados de los mas disciplinados del batallon salian por hileras, en direccion al puerto. El vencedor del Baron iba a su cabeza.

XXII.

El terreno en que iba a trabarse el combate era el angosto espacio que se estiende de la playa a los cerros, entre las plazas de la Aduana i de la Municipalidad i que es conocido, quizá por esta circunstancia, con el nombre de la *Planchada*. Fuera de la senda practicable por la playa, hai solo dos calles que cruzan, en líneas paralelas, esta parte de la ciudad, i son la de la Planchada, centro del comercio de lujo de [illegible]paraiso i la llamada de Blanco, en honor del jeneral de este nombre, que corre mas hácia la playa i donde abundan los almacenes de víveres i efectos navales para la provision de los buques.

XXIII.

Los sublevados habian tomado sus medidas de combate, segun esta disposicion del terreno. Colocaron el cañon, cargado con una triple cantidad de metralla (1), en la esquina de la plaza de la Municipalidad, de donde se arranca la calle de la Planchada, i confiaron el mando de este puesto a un oficial llamado Herrera, que habia servido en la guardia nacional de Santiago. Galindo tomó un grueso peloton de fusi-

(1) Díjose que una señora de Concepcion llamada Cármen Lillo habia tirado su pañuelo desde un balcon para que sirviera de taco a la carga del cañon, pues no habia otro a mano.

leros i se situó a la entrada de la calle de Blanco, mientras el valeroso zapatero Cecilio Cerda se dirijia por la playa a contener al enemigo en aquella direccion.

El jeneral Blanco acordó, por su parte, iguales disposiciones, dividiendo su tropa en tres grupos i dándoles órden de avanzarse en dispersion por las calles laterales de la Playa i de Blanco, mientras él se adelantaba en persona, seguido de la parte mas escojida del batallon, por la calle principal de la Planchada.

XXIV.

Media hora habia transcurrido apenas, desde el asalto del cuartel, cuando se hizo sentir la primera descarga de la refriega, i luego un formidable disparo de cañon. Habia sucedido que, al divisar la columna enemiga que avanzaba por la Planchada, un frances, que tenia a su cargo la direccion de la pieza situada en aquel punto, allegó un cigarro al estopin, i la metralla barrió de tal modo la calle, que toda la tropa del gobierno se echó al suelo, pereciendo muchos soldados en el acto. El tambor de órdenes que tocaba la carga cayó muerto a los pies del caballo que montaba el jeneral Blanco.

El combate se hizo en breve jeneral; pero, en pocos momentos, las confusas masas del pueblo comenzaron a ceder ante los certeros fuegos de la tropa de línea, a la que alentaban con su ejemplo sus bizarros oficiales.

A las 6 de la tarde, ya el jeneral Blanco era dueño de la plaza municipal, de donde habia desalojado una masa de dos o tres mil hombres, i aunque el combate no estaba concluido, la victoria quedaba por la autoridad. Sentíanse solo algunos disparos de grupos de pueblo que se dirijian a los cerros por

las callejuelas que dan acceso a las quebradas, desde la parte baja de la ciudad.

XXIV.

En esta desesperada situacion, el intrépido Villar se dirijió al cuartel de artilleria, seguido de unos pocos hombres armados, pues suponia indefensa aquella posicion, habiendo bajado el mayor Faez con dos cañones a la plaza municipal. Logró, en efecto, penetrar al zaguan del cuartel, donde se encontraban presos los diputados Bello i Gonzalez; pero apenas le hubieran reconocido los soldados de la guardia, lo trajeron al suelo, derribándolo de un golpe asestado a la cabeza.

XXV.

Entre tanto que esto sucedia en el puerto, Lecanda i su grupo, fuera por irresolucion, fuera por algun acaso imprevisto, no habian obrado en el Almendral, ni Figueroa habia podido enviar por la retaguardia del 3.° de línea algunos grupos armados, que, a no dudarlo, habrian hecho rendirse aquella fuerza bisoña, poniéndola entre dos fuegos. Habian bastado, al contrario, algunos centinelas, colocados en las calles que dan acceso al puerto, para contener la inmensa muchedumbre de jente inerme que, con un espantoso clamoreo, se dirijia hácia el sitio del combate.

XXVI.

Al cerrar la noche, quedaban pues con las armas en la mano algunos pelotones del pueblo que vagaban por los cerros

a las órdenes del intrépido Sampayo. Este arrogante mancebo concibió entonces el proyecto de reorganizar las fuerzas de los sublevados, poniendo en libertad a los centenares de presos políticos que permanecian encerrados en la cárcel, situada en una de las colinas que dominan a la poblacion.

A las 10 de la noche, en efecto, guiados por la luz de los faroles que iluminaban aquel edificio, abrieron los sublevados un sostenido fuego sobre la guardia de la cárcel, que habia sido reforzada con un destacamento del 3.° de línea, i se prolongaba ya el tiroteo durante mas de media hora, cuando ocurrióse al teniente don Wenceslao Vidal, que mandaba junto con un oficial Cortes el reten del núm. 3, derribar los faroles con la culata de un fusil, de manera que los asaltantes, encontrándose sin blanco para dirijir sus punterias, cesaron los fuegos.

XXVII.

Dejando en el sitio cuatro cadáveres de sus compañeros, que fueron recojidos al dia siguiente, bajó entónces Sampayo por la quebrada de Elias a la plaza de la Victoria, donde el jeneral Blanco, en prevision de lo que podia suceder, habia concentrado todas sus fuerzas.

Eran cerca de las 12 de la noche cuando los heroicos sublevados anunciaron su presencia, dirijiendo sus fuegos sobre la plaza por las boca-calles inmediatas. Empeñose otra vez el combate, pero despues de una corta refriega, los rebeldes fueron obligados a retirarse, dejando algunos muertos i heridos. De parte del gobierno, habia tenido un brazo traspasado por una bala el bizarro capitan Villagran i quedaron fuera de combate cuatro o cinco soldados.

En la refriega de la tarde, habian sido heridos los oficiales

Barros, Faez, Lynch i Cortes i 28 soldados i clases, de los que 23 pertenecian al 3.° de linea. Los muertos de una i otra parte no pasaron de 20 i de los combatientes del pueblo sepultáronse 7 cadáveres al siguiente dia. El número de heridos, entre los últimos, debió ser mui superior, con todo, al de la tropa, i sin exajeracion, puede decirse que en el combate de Valparaiso hubieron tantas víctimas como en el reñido encuentro de Petorca, al que tan impropiamente se ha dado el nombre de batalla.

XXVIII.

Tal fué el alzamiento de Valparaiso el 28 de octubre de 1851. El pueblo se condujo de una manera tan magnánima como fue mezquino el rol que desempeñaron sus caudillos. Diezisiete hombres habian bastado para poner a dos dedos de su pérdida al gobierno que se habia impuesto con violencia a la república i que en pueblo alguno habia encontrado un rechazo mas enérjico i mas unánime, dejando asi escrito con su sangre jenerosa aquel axioma que pinta como efímero todo poder público que no esté basado en la opinion.

XXIX.

Desde este dia, decretose, como era inevitable, por los dominadores de la Moneda, la proscripcion en masa de aquella poblacion tan heroica como desgraciada, i cupo al ilustre jeneral Blanco la triste gloria de cumplir ese anatema del odio contra un pueblo que tanto habia servido i donde, antes de ser el ajente de un tirano, fue tan sinceramente amado.

Desde la noche del 28 de octubre de 1851, Valparaiso dejó de ser una ciudad: fué solo un lóbrego e inmenso presidio!!

CAPITULO VIII.

LA REBELION DE ZÚÑIGA.

Don José Antonio Alemparte se hace cargo interinamente de la intendencia de Concepcion.—Su sistema gubernativo i medidas que toma en consecuencia.—Eleccion de los plenipotenciarios de Concepcion, que debian hacer la convocatoria de la Asamblea constituyente.—Intrigas de Alemparte para evitar su reunion.—Reaparece en armas el comisario Zúñiga entre las reducciones de la costa.—Perfidias de este capitanejo al recibir comunicaciones amistosas del jeneral Cruz.—Prevenciones acertadas que hace éste al gobernador de Arauco, quien no les dá cumplimiento.—Zúñiga envia un emisario secreto al jeneral Búlnes, poniéndose a sus órdenes.—Acepta este sus servicios i le envia auxilios.—Carta autógrafa e instrucciones que le dirije para que hostilize la retaguardia del ejército revolucionario.—Juicio sobre la conducta de los jenerales Cruz i Búlnes, al buscar aliados para sus ejércitos entre los bárbaros.—Intima Zúñiga rendicion a la plaza de Arauco.—Activas providencias que toma para desbaratarlo el intendente Alemparte.—El mayor Gallegos toma posesion del gobierno de Arauco.—Alemparte sale a campaña i ordena al gobernador de la Laja que use de los animales de las haciendas del jeneral Búlnes.—El cacique Catrileo se ofrece para sorprender a Zúñiga por su retaguardia.—Sorpresa de Cupaño i desastroso fin de Zúñi-

ga i sus tres hijos.—Bárbara venganza de Alemparte.—Pacificacion de las fronteras.—Alemparte es nombrado intendente de ejército i funesta tardanza que pone para reunirse al jeneral Cruz en Chillan.

I.

Despues de haber contemplado el ajitado cuadro en que la idea de la revolucion trabajaba por sobreponerse, entre cadenas i asonadas, en los centros a donde se encaminaba i que era su principal propósito dominar con las armas, volvamos un instante la vista hácia su punto de partida, a orillas del Biobio, para asistir, en seguida, a su rápido i tremendo fracaso.

II.

Como hemos visto, el 17 de octubre, tomó posesion de la intendencia de Concepcion el conocido ciudadano don José Antonio Alemparte, i en el acto de asumir el mando, habia puesto en planta aquel antiguo sistema de enerjía política, que en otros tiempos, le habia granjeado los aplausos de Portales i el temeroso respeto de sus gobernados. Su primera medida fué, en efecto, i el propio dia en que asistió al despacho, prohibir el uso del cierro en la correspondencia epistolar, establecer el pasaporte en el interior de la provincia i ordenar perentoriamente la entrega de todas las armas de chispa qne existiesen en poder de particulares (1).

(1) Publicamos, en seguida, el bando por el que se promulgó el

Acuerdos posteriores no desmintieron esta iniciativa del programa gubernativo del nuevo intendente. Dos dias despues

decreto relativo a estas medidas gubernativas. Lo copiamos del *Boletin del sud* núm. 7 lib. 1.° i dice testualmente así:

JOSÉ ANTONIO ALEMPARTE, INTENDENTE I COMANDANTE JENERAL DE ARMAS INTERINO DE LA PROVINCIA DE CONCEPCION ETC. ETC.

Por cuanto: con esta fecha la intendencia ha decretado lo que sigue:

Siendo indispensable atender a las urjentes necesidades que demandan las circunstancias, evitando de una manera eficaz el perjudicial resultado que ofrecen las invenciones que se fraguan por algunos mal intencionados, en perjuicio de la paz pública, i considerando que las armas de chispa que existen en poder de los particulares pueden ocasionar males de trascendencia a la causa pública, siendo perjudiciales aun para los individnos que las poseen; miéntras que la autoridad puede hacer de ellas un uso ventajoso en la época que atravesamos, he acordado i decreto:

Art. 1.°—Para evitar la violacion de la correspondencia, tan perjudicial a la moral pública i a los principios que hemos adoptado, se prohibe (solo por miéntras las circunstancias lo exijan) el uso del cierro en la correspondencia epistolar entre los particulares, a fin de que pueda ser examinada por las autoridades encargadas de velar por el órden público, sin que puedan ser detenidas dichas correspondencias en el uso i tráfico para que son dirijidas, a no ser que contengan noticias políticas que puedan contribuir a contrariar el órden público.

2.°—Desde la publicacion de este decreto, no se permitirá pasar a ningun individuo al otro lado de los rios Laja i Biobio, sin que lleven el correspondiente pasaporte, el que no se dará sin examinar el objeto i miras pacíficas que lleven los transeuntes; pues ya se han tomado documentos que tienden a introducir el desórden en aquella parte de la provincia.

3.°—Se recojerán todas las armas de chispa que existan en poder de los particulares, dando cada uno de los inspectores, subdelegados o gobernadores el competente recibo al interesado, de la clase i circunstancias del arma que entregare, despues de dejar un rejistro circunstanciado, en que se contenga igualmente la calidad i dueño del arma entregada, cuyo documento se mandará a los gobernadores i estos a la intendencia, para que, teniéndose

(20 de octubre), ordenó que se despoblase la isla Quiriquina, abandonándola todos sus habitantes, con escepcion de un ovejero que pastoreaba el ganado, i al mismo tiempo conminó con la multa de cien pesos a todo aquel que estuviese de cualquiera manera en contacto con los buques bloqueadores del gobierno. Con estos propósitos, ordenó tambien, con fecha 25 de octubre, que todos los buques de comercio que existian en la espaciosa bahia que cierra la Quiriquina, se alejasen de

la respectiva noticia, se hagan devolver a sus dueños, tan luego como las circunstancias lo permitan.

4.°—Las personas que, a los cuatro dias de publicado por bando el presente decreto, dejaren de entregar las armas de chispa que tuvieren, o intentaren traficar sin pasaporte serán penadas en la multa de 25 pesos, por cada arma que dejaren de entregar, i en igual cantidad, los infractores del pasaporte o del cierro en la correspondeucia epistolar, sin perjuicio de las demas penas a que por la naturaleza de su falta diesen lugar.

5.°—La intendencia i los gobernadores departamentales quedan autorizados para consentir el uso de las armas de chispa, que no sean fusiles ni tercerolas, a los ciudadanos que, por su conocida probidad, puedan conservarlas sin los riesgos que se desean precaver, para lo que deberá darse a tales personas un salvo-conducto, en que se contenga la clase i número de armas que se les permita conservar.

6.°—Las multas que quedan impuestas se aplicarán al erario nacional i de ellas se cederá la mitad en favor del que denunciare al infractor, guardándose las formalidades establecidas para armas en el art. 3.°, al tiempo de hacer la coleccion de las multas. Publíquese por bando, transcríbase a los gobernadores, para que lo hagan cumplir en sus respectivos departamentos i rejístrese en el *Boletin*.

Por tanto; para que llegue a conocimiento de todos i tenga su debida observancia, publíquese por bando, fijándose por el escribano de gobierno ejemplares en los lugares acostumbrados. Dado en la sala del despacho de la intendencia, a 18 del mes de octubre de 1851.

José Antonio Alemparte.

Luis Pradel, secretario.

la costa o se concentrasen, en el solo puerto de Talcahuano.

Justificaba, en parte, el rigor de estas providencias (1) el fundado temor de un desembarco de tropas hecho por órdenes del gobierno en cualquiera punto de aquella provincia, i las operaciones de Zúñiga, que, aunque habia desaparecido de las vecindades del puerto de Arauco, en los primeros dias de octubre, se suponia maquinaba siempre por amenazar las espaldas de la revolucion, sublevando los indios de la costa. Bajo la impresion de estas consideraciones, el intendente Alemparte habia resuelto cuerdamente levantar un escuadron de caballeria en cada uno de los departamentos de la provincia, dando al efecto las órdenes necesarias, con fecha 17 de octubre.

III.

Otro de los cuidados que, mal de su grado, ocupó la inquieta imajinacion del intendente revolucionario fué la elec-

(1) De los procedimientos del intendente Alemparte contra personas particulares no tenemos mas noticia que el de la prision de un individuo llamado José Dolores Garcia, a quien se acusaba de haber escrito una carta llena de invectivas contra la autoridad. Dejósele, sin embargo, en libertad, el 21 de octubre, mediante una escritura de fianza por 5,000 ps. que otorgó en su favor don José Ignacio Palma. Fueron puestos tan a la moda estos documentos, durante el gobierno forence de don Manuel Montt, que hemos creido ofrecer una curiosa muestra de esta nueva especie de mordazas políticas (puestas en la boca de los ciudadanos para que no cometiesen el crímen de ocuparse de la cosa pública) dando a luz la escritura orijinal, por la que Garcia se obligó a no hablar mal de la revolucion, como si esta hubiera perdido algo con que este personaje le dirijiese las invectivas que tuviese a bien. Puede verse en el documento núm. 8 del Apéndice.

cion de los diputados al congreso de plenipotenciarios que debia convocarse, segun las actas del 13 i 14 de setiembre, i el qué, a su vez, tan luego como estuviese constituido por la mayoria de las provincias que se segregaban del gobierno de la capital, procederia a llamar a comicios públicos a toda la nacion, con el objeto de elejir un congreso constituyente, encargado de realizar las libertades que la revolucion habia prometido a los chilenos, i cuyo punto de partida estaba en la desaparicion del código reacionario de 1833.

Habia sido este el plan favorito del intendente Vicuña. El jeneral Cruz, aceptando el título de *jefe supremo* de la revolucion, solo en cuanto asumia el imperio militar, habia delegado tácitamente en aquel toda la suma del poder político, al principio, en su calidad de intendente i, en seguida, nombrándole su secretario jeneral. No habia olvidado pues aquel funcionario los comprometimientos que sus antiguas ideas reformadoras le imponian entre sus compatriotas i, con fecha de 12 de octubre, espidió un decreto con el objeto de que se procediese en toda la provincia a la eleccion de los tres plenipotenciarios que a ella correspondian. Ya, a fines de setiembre, como dejamos dicho en el primer volúmen de esta historia, se habia oficiado a la autoridad revolucionaria de la provincia de Coquimbo, para que, por su parte, procediese a la eleccion de sus respectivos delegados.

Segun el decreto de la intendencia, la eleccion de plenipotenciarios se haria de la siguiente espedita i poco ceremoniosa manera, mediante el cómodo arbitrio del sufrajio universal (1).

(1) He aquí el bando de la intendencia, por el que se promulgó el modo de verificarse las elecciones. Dice así:

Con esta fecha, 12 del actual, la intendencia ha espedido el decreto siguiente:

Habiéndose destruido todas las autoridades que existian en la

Los siete departamentos de la provincia debian instalar en sus respectivas cabeceras i parroquias mesas receptoras de sufrajios, presididas por los gobernadores en aquellas i por los subdelegados en las últimas, con la agregacion de dos ciudadanos respetables, como mandantes de la soberania popular que representaban, i a la que se daba por única garantia esta quimérica combinacion, pues era evidente que

provincia, por la adhesion de todos los departamentos a las actas con que se inauguró la revolucion del 13 de setiembre pasado, i siendo indispensable un nuevo cabildo para atender a las necesidades en que nos encontramos, he acordado i decreto:

Art. 1.° Convóquese al pueblo, por el gobernador, en la cabecera de cada departamento i por los subdelegados, en sus respectivas subdelegaciones, para hacer la eleccion de nuevo cabildo.

2.° El gobernador i dos ciudadanos nombrados por el mismo, presidirán la mesa receptora en la cabecera del departamento i el subdelegado i dos vecinos, tambien nombrados por el mismo gobernador, en las subdelegaciones.

3.° Para que esta eleccion sea lo mas popular posible, se admitirán en la mesa receptora los votos de todo individuo desde la edad de veinte i un año para arriba.

4.° En dicha mesa, se recibirán los votos de los individuos que se presenten a sufragar, cuyos votos contendran una lista de las personas por quienes sufragan.

5:° Esta eleccion tendrá lugar los dias 20 i 21 del presente mes, debiendo funcionar dicha mesa tres horas en la mañana i tres en la tarde, i cumplido este término, se procederá a un escrutinio en la misma forma que previene el reglamento de elecciones; avisándose inmediatamente a los que resultaren nombrados por mayor número de votos, para que se reunan el 25 de este mismo mes en la cabecera del departamento, con el fin de nombrar un diputado de los mismos municipales, que deberá estar en la capital de la provincia el 28 del actual, para cumplir con los arts. 16 del acta de Concepcion del dia 13 de setiembre i con el tercero del dia 14 del mismo mes.

Anótese, circúlese i publíquese por bando.

Pedro Félix Vicuña.

Luis Pradel, secretario.

los gobernadores i subdelegados iban a ser los únicos electores, en virtud de esa comedia política que nosotros llamamos tan seriamente «el libre sufrajio de los pueblos».

El objeto de esta primera eleccion, que debia tener lugar en los dias 20 i 21 de octubre, era solo dirijido al nombramiento de nuevos cabildos, pues los antiguos habian caducado de hecho con la revolucion. Pero una vez instalados aquellos, procederian a elejir un individuo de su seno; para que, en su representacion, elijera, de acuerdo con los otros delegados de los departamentos, los tres plenipotenciarios correspondientes. La designacion hecha por las municipalidades debia verificarse el 25 de octubre, sus delegados se reunirian el 28 en Concepcion i, por último, el dia 30, procederian al nombramiento definitivo de los plenipotenciarios, que eran solo los predecesores de los delegados constituyentes, cuyo mandato habia prometido la insurreccion en sus primeras actas.

IV.

La ejecucion de estas medidas, que no eran en manera alguna de un carácter popular, sinó meramente gubernativas, fué facilísima a las autoridades departamentales, i solo encontró un pasajero escollo en ciertas intrigas, no del todo desacertadas, del intendente Alemparte, que era adverso a la reunion del Congreso de plenipotenciarios, i que, por tanto, él se proponia estorbar en lo posible, haciendo que la eleccion recayese en personas a quienes fuera difícil cumplir su mandato (1).

(1) He aquí la carta reservada del secretario de la Intendencia don Luis Pradel al jeneral Cruz, que pone de manifiesto las miras anti-parlamentarias del señor Alemparte i la respuesta de

Como estaba decretado, se reunieron en Concepcion los de-

aquel caudillo. Ambos documentos existian entre los papeles del finado Pradel, encontrándose su carta en borrador, i la del jeneral Cruz orijinal. Ambas dicen asi:

Concepcion, octubre 22 de 1851.

Señor don José María de la Cruz.

Señor de mi respeto i estimacion:

Ayer me manifestó el señor Alemparte que tenia acordado con U. el nombramiento de plenipotenciarios, i que todo lo habia U. dejado a su arbitrio. Él ha determinado que se nombren tres, i que este nombramiento se hará en personas que se hallen en lugares distantes que hagan *imposible* su reunion. Su objeto en esta singular determinacion es, dice, no coartar las facultades que le han conferido a U. las provincias en estas circunstancias. Las personas que me ha indicado tienen tambien el mismo aire de misterio. Yo no me atrevo a penetrarlo, pero veo que en esta eleccion no se consulta la voluntad de U.

Con Tirapegui hemos acordado dirijirnos a U. consultándole su opinion a este respecto, pues no podemos someternos con ciego consentimiento a la voluntad del señor Alemparte en materia tan grave. Nosotros hemos convenido en que estos plenipotenciarios sean provisionalmente dos, como U. lo previene en su última nota oficial, que yo he visto por casualidad, apesar de haber tenido en las anteriores una parte mui directa. Las personas que hemos designado para plenipotenciarios son don Toribio Reyes, el mismo Tirapegui, i don Ricardo Claro.

Soi etc.

Luis Pradel.

CONTESTACION.

Señor don Luis Pradel.

Peñuelas, octubre 23 de 1851.

Mi amigo:

He recibido su apreciable de fecha de ayer, en que me pide parecer sobre las personas que pudieran nombrarse como plenipotenciarios, temiendo el que las personas que puedan elejirse no se encuentren en aptitud de reunirse.—Esceptuando a Ricardo, que

legados de los departamentos que eran los siguientes ciudadanos.

Por el departamento de Concepcion, don Adolfo Larenas.

Por el departamento de Talcahuano, don Ramon Tirapegui.

Por el departamento de Puchacay, don Gaspar Fernandez.

Por el departamento de Coelemu, don Juan de Dios Reyes.

Por el departamento de Rere, don Matias Rio-Seco.

Por el departamento de la Laja, don Antonio Larenas; i,

Por el departamento de Lautaro, don José Antonio Saavedra.

Instaláronse estos representantes (que eran, en su mayor parte, vecinos de los pueblos por que habian sido elejidos, notándose solo entre ellos el delegado de la Florida, don Gaspar Fernandez, hijo del antiguo secretario del jeneral Freire, don Santiago Fernandez i hombre ilustrado i liberal), en la sala capitular de Concepcion el dia 30 de octubre i en el acto procedieron a cumplir su mandato, levantando el acta que sigue a continuacion.

«En la ciudad de Concepcion, a 30 dias del mes de octubre del año de 1851, reunidos en la sala de sesiones de la

es mi sobrino, me parecen mui bien las otras personas en que se han fijado i al que podia reemplazarse con don Juan José Arteaga, Molina u otro.

Nada he tratado con Alemparte sobre este asunto, ni le he hecho ninguna prevencion ni él me ha hecho otra indicacion que la de que cree no deberá reunirse el congreso antes se decida la cuestion, por mas que sean amigos decididos los elejidos, porque siempre podrian ocurrir algunos embarazos consiguientes a la deliberacion hecha por cuerpos colejiados.

Los asuntos de que me encuentro ocupado en la actualidad tienen para mí una mayor preferencia i por lo tanto no puedo ocuparme mas detenidamente en este asunto, reconociendo a U. el interes que toma por su afectísimo.

José María de la Cruz.

Municipalidad los señores don Ramon Tirapegui, nombrado por la municipalidad de Talcahuano; don Adolfo Larenas, por la de Concepcion; don Matias Rioseco, por la de Rere; don José Antonio Saavedra, por la de Lautaro; don Antonio Larenas, por la Laja; don Gaspar Fernandez, por la de la Florida i don Juan de Dios Reyes, por la de Coelemu, procedieron al nombramiento de presidente i secretario, recayendo el primer cargo en el señor don Ramon Tirapegui, i el segundo, en el señor don Adolfo Larénas.

«Inmediatamente se dió principio a la lectura del decreto de la intendencia de doce del corriente i a los artículos diez i seis del acta popular del trece de setiembre, i tercero de la del 14 del mismo mes, citados en el decreto ante dicho; i calificados los oficios del nombramiento de todos los diputados, se convino en elejir tres plenipotenciarios para representar la provincia de Concepcion. Se procedió a la votacion, resultando del escrutinio elejidos los señores don Toribio Reyes, don Juan José Arteaga i don Nicolas Tirapegui. Hecha la proclamacion por el presidente, se dispuso comunicar el nombramiento a las personas electas, i la redaccion por duplicado de la presente acta, para remitirlas en pliego cerrado a la intendencia i al Cabildo de esta ciudad, con el fin de que sean archivadas; dando por concluida su mision el cuerpo electoral, despues de haber firmado todos sus miembros.—*Ramon Tirapegui.—Matias Rioseco.—Gaspar Fernandez.—José Antonio Saavedra.—Juan de Dios Reyes.—Antonio Larénas.—Adolfo Larénas*, Secretario.»

Los plenipotenciarios quedaron pues nombrados habiéndose observado todos los trámites determinados, i faltaba ahora aguardar para la solemne instalacion del Congreso, que los pueblos fuesen emancipándose de la tutela política de la ca-

pital, a fin de que enviasen al punto designado oportunamente sus respectivos comitentes.

V.

Encontrábase el intendente de Concepcion consagrado a estas pacíficas tareas, ajenas a su inquieto carácter, cuando una súbita nueva vino a sacarle de su forzada apatia. El comisario Zúñiga habia vuelto a aparecer en armas a fines de octubre, i acababa de intimar rendicion a la plaza de Arauco, amenazando pasar a cuchillo su indefensa poblacion, con las lanzas de mas de doscientos mocetones que lo acompañaban. Escribíalo asi el 27 de octubre a la autoridad de Concepcion, el atolondrado i desobediente gobernador Luengo, (un antiguo oficial de Lircay) quien pintaba a los habitantes de Arauco sumidos en la mas profunda consternacion, pues carecian, por la propia culpa de aquel, de todo recurso de defensa que oponer a los bárbaros. Pedia, en consecuencia, el comandante de aquel importante puesto militar (llave de la Baja Frontera, como Nacimiento lo es de la Alta), que se le enviasen en el acto los auxilios necesarios para sostener un sitio.

El suceso podia hacerse grave. Las Fronteras estaban amenazadas en los momentos mas críticos de la revolucion, pues el ejército del sud habia ya pasado el Itata i el del gobierno se preparaba para adelantarse hasta el Ñuble; de manera que, en caso de buen éxito, aquel movimiento hecho a retaguardia por los bárbaros, acaudillados por un hombre tan osado como Zúñiga, podia despedazar la provincia de Concepcion i luego poner al ejército revolucionario en graves conflictos, amagándole por su espalda, miéntras el jeneral Búlnes lo atacaba de frente. Veamos pues como se habia venido preparando tan séria dificultad.

VI.

Dejamos a Zúñiga, al ocuparnos de su defeccion, en el capítulo dedicado a la Araucania, de prófugo entre las tribus de la costa, esforzándose en sublevarlas. Mas, la odiosidad que le profesaban, por una parte, los caciques i, por la otra, los preparativos de resistencia que habia hecho el jeneral Cruz en los Anjeles i el comandante de armas de Concepcion, por su lado, habian desbaratado, desde luego, sus temibles maquinaciones. El jeneral Cruz le habia enviado ademas, desde los Anjeles, una carta amistosa, que le tenia escrita desde ántes de su fuga, acompañándole otra de empeños i reproches de su viejo camarada el mayor Zapata, a quien, como ya referimos, burló, escapándose en su viaje de Nacimiento a los Anjeles; i aunque no dió respuesta por escrito (1) i aun pro-

(1) «No ha contestado a ninguna de las dos cartas, diciendo que lo dispensasen, porque no tiene papel para hacerlo; i no obstante, su contesto cortés de palabra, su manejo con el correo i conversacion tenida con él, manifiesta su doblez i que si no ha obrado desde luego, es porque no ha logrado que los caciques Lampi i Guenaman que contaba por sus mayores amigos, no han querido concurrir al llamado que les habia hecho, como tampoco, dice, han concurrido los de las otras reducciones, por lo que solo habia podido juntar cincuenta indios de los andantes que no reconocen cabeza.»

Decia las palabras anteriores el jeneral Cruz al jeneral Baquedano, en carta fechada en los Anjeles el 13 de octubre 1851, i tan léjos estaba de equivocarse el sagaz caudillo, que Zuñiga, aludiendo a su estudiado silencio, en una carta que dirijia al intendente de Valdivia, de que nos ocuparemos mas adelante, se espresaba en estos términos. «Despues de haber llegado a este punto, recibí comunicaciones del jeneral Cruz i del jeneral Baquedano, en donde se me ofrecian grandes garantias; tuve a bien despreciarlas i no contestar una letra, i estos desprecios al jeneral, (añade, no sin una justa jactancia, porque tal habia sucedido), lo han hecho confundir sus planes.»

firió, delante del espreso que le llevó aquellas comunicaciones, algunas siniestras amenazas, hizo protestas de su neutralidad en la contienda, lo que, sin embargo, estaba mui léjos de su ánimo avezado a las perfidias.

El hijo de Zúñiga, aquel honrado mozo que, como vimos, fué comisionado desde Concepcion para aplacar a su padre, llevándole cartas de su hija, la monja trinitaria, envió tambien seguridades al jeneral Cruz, afianzándole la conducta de su padre, miéntras él permanecia a su lado, pues decia que los improperios que éste habia vertido eran dirijidos contra Eusebio Ruiz, a quien habia cobrado un violento encono por haberle reducido a prision en Nacimiento.

Sin embargo, el jeneral Cruz conocia demasiado al artero comisario de indijenas para fiar en su palabra, ni descansar tampoco sobre las honradas pero impotentes protestas de su hijo (1). Con su prudencia característica, ordenó al gobernador de Arauco en los momentos en que la division de los Anjeles se movia hácia el Itata, que retuviese en aquella plaza las fuerzas que se habian organizado en ella i que iban ya a incorporarse a la columna de Concepcion. «Es conveniente, decia el cuerdo jeneral en jefe del ejército del sud al gobernador de Arauco, en carta de fecha 13 de octubre, cuyo borrador orijinal hemos consultado, que esa plaza quede guarnecida, pues miéntras exista en el interior de los indios el comisario Zúñiga, debe mirarse su permanencia entre ellos como hostil, no obstante su esposicion de que permanece tranquilo.»

(1) «El hijo (Juan) dió al correo recado para mí (refiere el jeneral Cruz en la nota que acabamos de citar), diciéndole que él estaba con su padre i que estuviese seguro que apesar de las amenazas que habia hecho al correo, para que se las dijese a Ruiz, su padre no daria un paso en mi contra ni la de los pueblos de la frontera.»

«Debe V., añadia el jeneral Cruz en esta comunicacion (empeñándose por todos caminos en cruzar los planes de aquel caudillejo que le traian tan funestamente preocupado desde su partida de Concepcion), tomar todo el interes i empeño posible en hacer conocer al cacique Lampi i Gueraman, de Ranquilhüe, como al gobernador de Tucapel i demas caciques de esa, que la introduccion i permanencia de Zúñiga entre ellos, puede serles perjudicial; que no deben, de ningun modo, dar crédito a las palabras i cuentos que les dé, porque todas han de ser mentiras i llevadas con el fin de sacar partido de ellos por ocultar sus faltas i poder conseguir asi el volver a quedar de comisario, i que a nadie le conviene mas que no vuelva a esos puntos que a ellos mismos, pues han esperimentado el mal trato que les ha dado, i al mismo tiempo, ellos saben que toda la tierra se halla regada de sangre por sus consejos, i mui principalmente, la costa, en que hizo que murieran la mayor parte de los caciques.»

Pero, por desgracia, el gobernador Luengo, a quien eran dirijidas estas oportunas indicaciones, desatendiólas por entero, fuese que no le llegasen, fuese por tivieza de carácter o, como se ha creido mas jeneralmente, por secretos influjos, pues parece mantenia relacion con el coronel Riquelme. «Nada habria ya, i estaríamos libres de las maldades de Zúñiga, escribia al intendente Alemparte el gobernador de Santa Juana con fecha de octubre 30, si Luengo hubiese cumplido con las órdenes e instrucciones del señor jeneral. Todo despreció i aun ha estado regalándolos» (1).

Miéntras esto sucedia, el comisario Zúñiga, tan pérfido como inquieto, habia acertado a enviar un emisario secreto al jeneral Búlnes, ofreciéndole volver las lanzas de los bárbaros

(1) Documento que existia en copia entre los papeles de don Luis Pradel.

contra las espaldas de la revolucion i pidiéndole órdenes i auxilios. Al mismo tiempo, despachó a Valdivia otro correo con el mismo objeto.

VII.

El jeneral en jefe del ejército que se denominaba del *órden* concibió al instante la importancia de los servicios que podia prestarle el comisario Zúñiga a retaguardia del enemigo que se preparaba ya para ir a atacar en sus posiciones del otro lado del Ñuble, i sin pérdida de momento, despachó al ajente de aquél, aceptando sus planes i prometiéndole refuerzos.

Dió, en seguida, órdenes activas para que se alistase en Constitucion una goleta i remitió a aquel puerto un destacamento de diez granaderos veteranos al mando de su propio sobrino, el alferes Búlnes, con el objeto de que se embarcaran a la mayor brevedad i se reunieran a Zúñiga, a quien dió instrucciones para que aguardase este refuerzo en la boca del rio Lebu, poco mas al sud del puerto de Arauco. Enviábale ademas 50 carabinas, 100 sables nuevos, municiones i 500 pesos en dinero, ademas de varios regalos para los caciques con cuya alianza contaba.

Al propio tiempo, el jeneral Búlnes, valiéndose de la firma del coronel Riquelme, escribió al comisario de indíjenas, dándole instrucciones en que le autorizaba para obrar a su albedrio, i aun para reunírsele con los indios, en el caso que el jeneral Cruz le disputase con su ejército el paso del Ñuble, en direccion a cuyo rio iba ya a ponerse en marcha. «Mañana, le decia, en efecto, con fecha de 1.° de noviembre, desde su campamento de Longomilla, debemos partir en busca

del enemigo que se halla hasta hoi en Chillan, i V., luego que reciba esta, debe principiar a obrar sobre la frontera, a fin de evitar la retirada de ellos, pues, de lo contrario, podrán hacer mas duradera la guerra i mucho mas crecidos los males.»

«No es posible, añadia, que yo pueda dar a V. instrucciones sobre el modo cómo debe proceder, porque, ignorando su posicion i circunstancias, podria mui bien sufrir un error en mis juicios, i esto nos perjudicaria sobre manera, asi es que V., tratando únicamente de evitar los desórdenes de los indios, puede en todo lo demas darle el jiro que quiera a sus operaciones.»

Deciale, a renglon seguido, en esta misma comunicacion, que buscase a toda costa como amigo a Maguil Bueno; que hiciese valer su influjo con el gobernador Luengo, ahijado del coronel Riquelme, a fin de neutralizarlo; que se ganase de la misma manera al lenguaraz jeneral Pantaleon Sanchez; que tratase de apoderarse de todos los pueblos del departamento de Lautaro i, por último, dábale órdenes para que se le incorporase «a toda costa», si el enemigo le disputase el paso del Ñuble.

Aunque todas estas órdenes estaban firmadas por el coronel Riquelme, el jeneral en jefe las habia autorizado completamente por medio de la siguiente carta, que conservamos orijinal en nuestro poder.

Señor don José Antonio Zúñiga.

Longomilla, noviembre 1.° de 1851.

Mi querido mayor: despues de la que ha escrito a U. el coronel Riquelme, solo tengo que decirle obre con el tino i prudencia que siempre le ha caracterizado, seguro que de

este modo llenará todos los deseos de su jeneral i amigo.

Manuel Búlnes (1).

VIII.

Es este sin duda el apropiado momento de hacerse cargo de la grave acusacion que se ha formulado en la conciencia pública contra los jenerales en jefe de los ejércitos que se batieron en 1851, a nombre del órden, el uno, i de la libertad, el otro, por haber empleado a los bárbaros como auxiliares en la guerra civil. En nuestro concepto, ambos tuvieron igual culpa i responderán por ella ante la posteridad, pues uno i otro mancharon sus banderas cobijando con ellas esas hordas de salvajes desnudos, que, fuera de su sublime amor a la hermosa tierra que nacieron, no tienen mas Dios que el latrocinio, ni mas lei que la de sus lanzas.

Pero esa falta fué atenuada, en cuanto era dable, por la manera como se llevó a efecto. El jeneral Cruz no la cometió, segun ya lo hemos declarado, al sacar algunos mocetones en rehenes de seguridad para las fronteras. Su error tuvo lugar mas tarde, permitiendo que aquellos indios se batiesen

(1) Esta comunicacion, como la de Riquelme que hemos citado, fueron insertadas por los revolucionarios de Concepcion i publicadas en el *Boletin del sud*, por órdenes del jeneral Cruz, quien las remitió de Chillan con aquel objeto. Nosotros las hemos encontrado, ademas, orijinales, entre los papeles del secretario de la intendencia don Luis Pradel i estan en todo conformes a las publicadas en aquel rejistro oficial. La carta de Riquelme a que aludimos, asi como otras que dirijió en la misma fecha a los indios Pehuenches i a los de Maguil, llamando «ladron» (lenguaje de la frontera) al jeneral Cruz, pueden consultarse en el Apéndice bajo el núm. 9.

con las tropas del gobierno en la jornada de Monte de Urra, donde hicieron feroz carniceria en los rendidos.

El jeneral Búlnes, por su parte, podia dar como descargo, la iniciativa de su émulo en echar mano de aquel elemento vedado i peligroso; pero sus intenciones de directa hostilidad se anticiparon a las que Cruz ejecutó en su contra, pues ya hemos visto que, desde el 1.° de noviembre, daba órdenes al comisario Zúñiga para apoderarse de los pueblos de la frontera, lo que equivalia a ponerlos a sangre i fuego, no siendo otra la manera como los bàrbaros toman posesion de todo lo que pertenece a los cristianos. Abonábale tambien el envio de armas i pertrechos que hacia con aquel motivo al comisario de indios. Eran estas destinadas para levantar fuerzas de españoles, porque, asi como Cruz obligaba a los caciques fronterizos a darle «testigos», para tener consigo esta prenda de lealtad i de reposo, el jeneral Búlnes se empeñaba en que se uniese a sus aliados una division de hombres blancos, que sirviese a contener, en lo posible, sus desmanes. Asi, al ménos, lo dice en estas palabras dirijidas a Zúñiga, que copiamos de las célebres comunicaciones ya citadas.—«Si V. consigue reunir algunos españoles, para quienes van las carabinas i los sables, trate siempre marchen reunidos con los indios, para evitar del todo los desastres que estos pudieran ocasionar a los pueblos.»

De todas maneras, es algo que consuela i alienta, en medio de los estravios que acarrea a los partidos el odio que los divide, la timidez misma con que se adoptan resoluciones tan estremas. I en el presente caso, esta satisfaccion es tanto mas alta cuanto que no hubo que deplorar, como sucedió en otra época mas aciaga, males de ningun jénero en las poblaciones cristianas de la raya fronteriza.

IX.

Entretanto, el mayor Zúñiga, desde el regreso de su primer emisario, pues las comunicaciones que acabamos de citar son de fecha posterior, no habia estado ocioso. Haciendo valer las promesas del jeneral Búlnes i talvez el dinero que aquel probablemente le envió, habia conseguido reunir algunos centenares de indios de las tribus de la costa de Tucapel i particularmente de las mas bárbaras i guerreras de Puancho i la Imperial.

Preparado de esta suerte i contándose ya poderoso con los auxilios que aguardaba por momentos de Talca por mar, i de Valdivia por tierra (1), se acercó a Arauco, en los últi-

(1) He aquí lo que escribia Zúñiga al intendente de Valdivia don Juan Miguel Riesco, acusándole recibo de la nota en que éste le prometia auxilio.

"Tucapel, octubre 30 de 1851.

Recibí la nota de US., fecha 22 del presente, la que me ha complacido a mí i a todos mis caciques, que me parece serán grandemente recomendados al gobierno. Tan pronto como llegué a esta, tuve que mandar a donde el señor jeneral Búlnes, del que tengo órdenes grandemente activas: he tenido que mandar para los Anjeles i varios puntos los que hasta ahora no han regresado. Toda ocurrencia la comunicaré mui pronto a US. Hoi mismo he tenido aviso que el pueblo de Arauco se preparaba para sorprenderme; cuando ha llegado su propio, me ha encontrado a caballo, preparado para batirlos, con la resolucion i ánimo, como un verdadero patriota, hijo del órden. US. dispense las faltas, pues su contestacion ha sido recibida sobre mi marcha i el contesto ha sido darme mas ánimo a mi i a mis tres hijos que me acompañan.

Dios guarde a US.

José Antonio Zúñiga.»

Al S. intendente de Valdivia.

mos dias de octubre, i por el conducto de un vecino llamado Javier Arriagada, a quien hizo acompañar de un indio armado, como para dar fé de su amenaza, intimó rendicion a aquella plaza, como lo dejamos ya narrado.

Al saberse esta noticia en Concepcion, la alarma mas viva se apoderó de los ánimos, pues sabíase el estado indefenso de la plaza de Arauco, era conocida la osadia de Zúñiga, i mas que todo, la ferocidad de sus aliados.

La primera medida del activo Alemparte fué despachar a toda prisa al oficial retirado don Agustin Gallegos (militar acreditado, coquimbano de nacimiento i que, durante la administracion del jeneral O'Higgins habia sido gobernador de la Ligua), para que tomase posesion del gobierno de Arauco i organizase la defensa que fuera posible, mientras él se alistaba para entrar inmediatamente en campaña. El mismo dia (28 de octubre), puso fuera de la lei, por un decreto, al mayor Zúñiga: medida que, si no era digna de una revolucion que proclamaba la abolicion de toda barbarie, era al menos característica del mandatario que la dictaba (1).

(1) Reproducimos, en seguida, tomándolo del *Boletin del sud*, el decreto del cual consta esta violenta medida i otras análogas. Dice asi:

«INTENDENCIA DE CONCEPCION.

Octubre 28 de 1851.

Noticiada esta intendencia del audaz atentado cometido por el prófugo Zúñiga, que ha tenido la insolencia de intimar rendicion al comandante de la plaza de Arauco, el que faltando a su deber ha permitido dejar regresar al paisano Gabriel Arriagada i un indio, cuyo nombre no se me ha dado; en desagravio de semejante insolencia, he acordado i decreto:

1.° Se declara traidor i fuera de la lei al famoso salteador José Antonio Zúñiga, ex-comisario de indios, que se halla prófugo i alzado en la jurisdiccion de Tucapel, por el lugar llamado Paicaví,

Gallegos no tardó en cumplir su comision, presentándose en Arauco a las 11 de la mañana del dia 28 de octubre. El pueblo estaba casi desierto i aterrado. Las familias emigraban a los montes, apesar de que Luengo habia colocado con-

quedando autorizados los caciques, mocetones i demas individuos de la Araucanía para apresarlo vivo o muerto, a fin de que sea presentado a este gobierno i proceder a juzgarlo i castigarlo, en conformidad de nuestras leyes, por los crímenes que ha cometido i continúe practicando.

2.° Todo individuo de la fuerza cívica de la subdelegacion de Arauco en toda su comprehension, que obedeciese a las órdenes de Zúñiga i le acompañase en sus criminales atentados de perturbar la paz i saltear las propiedades de particulares, se hace reo de complicidad i se le aplicarán las penas a que se haga acreedor con tan indebida obediencia, i en igual culpa serán considerados los paisanos i los indios que lo acompañasen.

3.° Todo individuo, desde la edad de 15 a 60 años de la citada subdelegacion, se presentará a reconocer cuerpo, en el dia de la publicacion de este decreto, bajo la pena de seis pesos de multa, que deberá pagar en el acto de ser aprehendido, sin perjuicio de las demas penas a que se haya hecho acreedor por su conducta, i cuya noticia se sacará de los rejistros que debe hacer llevar el comandante de la plaza, sarjento mayor don Agustin Gallegos, nombrando para ello los comisionados que juzgue necesario, para establecer el alistamiento con el órden indispensable al objeto con que se dispone.

4.° Las multas impuestas en el artículo anterior serán colectadas por el encargado del estanco, i se aplicarán por el comandante de armas a los gastos que debe ocasionar la alarma injusta promovida por Zúñiga, lo que agravará la malignidad de los delitos.

5.° El comandante de armas de la plaza de Arauco queda encargado del cumplimiento de este decreto, que lo mandará publicar por bando en todos los distritos i hará llegar, por medio de lenguaraces, a los caciques i demas indios; para que, llegando a noticia de todos, tenga su mas puntual i debido cumplimiento. Anótese, trascríbase al citado comandante de armas, i publíquese en el *Boletin oficial.*

Alemparte.

Luis Pradel, Secretario.»

tinelas a las salidas del pueblo para evitarlo. Todo el que habia tenido un caballo se habia puesto en salvo, i solo quedaban, al lado del aturdido gobernador, 50 infantes del batallon cívico de Lautaro, cuya exelente i disciplinada tropa habia sido distribuida entre los pueblos de la frontera. Zúñiga encontrábase en el cerro de Cupaño, a corta distancia de Arauco i temíase, por momentos, que las lanzas de su feroz ésquito brillasen por los senderos de la áspera montaña, a cuyo pié está situada aquella fortaleza, entre la playa del mar i el rio Carampangue.

Con la presencia del anciano pero valeroso Gallegos, todo cambió en breve de aspecto. Hizo este jefe disparar en el fuerte el cañon de alarma, pusiéronse a rebato las campanas de la parroquia, juntáronse las armas que habia en la poblacion, sin esceptuar las escopetas, aporratáronse caballos i, por último (1), publicóse por bando que todo individuo

(1) He aquí el parte oficial del mayor Gallegos en que estan detalladas algunas de sus operaciones. Lo copiamos del *Boletin de sur*, i dice asi:

«*Comandancia de Armas de*

Arauco, octubre 28 de 1851.

Llegué a esta plaza hoi a las once del dia, i me ha producido una grande indignacion i sentimiento ver la jeneral emigracion de todo este vecindario, hasta el estremo de no haber encontrado un solo hombre de caballeria sobre las armas, en circunstancias tan críticas, pues solo habia unos cincuenta infantes. Inmediatamente, mandé una guardia al Araquete, con la órden severa de que persona viviente pasase de dicho punto: en seguida, hice repicar las campanas i tirar un cañonazo, mandando reunir toda la fuerza posible, i a las cinco de la tarde, ya tenia mas de 300 hombres de caballería con lanzas i algunas escopetas i ochentas infantes con buen armamento, i mañana, a las tres de la mañana, salgo con toda esta fuerza a atacar al rebelde Zúñiga, que se encuentra en Tucapel; i para esto, le voi a mandar ántes un mensaje a los caciques para que me entreguen el espresado rebelde, i de no hacerlo

capaz de cargar armas entre 15 i 60 años, reconociese, en el acto, cuerpo, bajo la multa de seis pesos al que desobedeciese.

Con estas eficaces providencias, al dia siguiente de su llegada, tenia reunidos Gallegos 200 a 300 hombres de caballería, sin contar con la tropa de infanteria que guarnecia la plaza.

Entre tanto, el intendente Alemparte se habia puesto en campaña el 2 de noviembre, llevando consigo una columna de infantes de Talcahuano. Quedaba en Concepcion, como su sustituto, el ciudadano don Nicolas Tirapegui, que, desde la partida del jeneral Baquedano hácia el Itata, desempeñaba las funciones de comandante de armas de aquella ciudad.

Reunido Alemparte a Gallegos, ámbos tomaron el campo con una respetable i entusiasta division, en demanda de Zúñiga. Abandonó éste en el acto, a Cupaño, «viendo, dice el mismo, que aquel terreno no era para poder obrar con las caballerias indíjenas» i comenzó a replegarse hácia la embocadura del rio Lebu, donde esperaba por momentos el auxilio prometido por el jeneral Búlnes.

Esto sucedia el dia 5 de noviembre.

así, me determinaré a sacarlo vivo o muerto. Para que mi determinacion tenga mejor acierto, me he puesto en comunicacion con el señor gobernador de Santa Juana para que le corte la retirada por Nacimiento. Toda la indiada de este fuerte me acompaña con mucho entusiasmo i todos van voluntarios.

Es de mucha necesidad que U. S. tenga a bien ordenar al mayor Molinet venga inmediatamente a ponerse a mis órdenes.

El viejecito Luengo no lo considero traidor sino un hombre incapaz de nada por sus enfermedades, pero me sirve de mucho con su conocimiento de los lugares.

Es cuanto puedo decir a U. S. por lo pronto.

Dios guarde a U. S.

Agustin Gallegos.»

X.

Al siguiente dia Alemparte ocupó a Cupaño i Zúñiga se acampó en Llinquehüe, asiento de su principal aliado el cacique Bailcman. Desde aquí despachó a Valdivia al oficial retirado Tolosa con comunicaciones en que pedia urjentemente se le enviasen refuerzos (1).

(1) He aquí esta comunicacion que ya hemos citado i que tomamos del *Boletin del sud.*

Alojamiento Llinquegüe, noviembre 6 de 1851.

Necesito que US. tenga a bien auxiliarme con cien hombres, cincuenta de caballeria i cincuenta infanteria: este auxilio debe venir a Tirúa pues las circunstancias lo exijen asi, mandándome todos los pertrechos de guerra que sean necesarios. El señor jeneral Búlnes me mandó decir con un propio que hice a Talca, me mandaria auxilios por mar, dirijidos a la embocadura de Lebu, lo que hasta ahora ignoro el motivo de la demora, pues a la fecha se me ha presentado a la vista una fuerza de los perturbadores del órden en el punto denominado Cupaño, a donde me habia dirijido a batirlos. Viendo que el terreno no era para poder obrar con las caballerias indíjenas, he tenido a bien retirarme dejándoles aquel campo, para que ellos obren el pasar: yo i todos mis caciques que me acompañan los aguardamos por momentos. Asi espero de US. que el auxilio venga lo mas pronto posible, que solo esto aguardo para desordenar a los perturbadores del órden. Mucho le recomiendo al cacique que va don Ignacio Namuncura, igualmente al oficial retirado don Segundo Tolosa, quien dará a US. noticias del estado de las cosas i de las faltas que en él me rodean, pues me escapé del departamento de los Anjeles solo montado en mi caballo, despues de haber sufrido cuatro dias de prision, motivo de no haber querido tomar partido con los perturbadores del órden. Despues de haber llegado a este punto recibí comunicaciones del jeneral Cruz i del jeneral Baquedano, en donde se me ofrecian grandes garantias; tuve a bien despreciarlas i no contestar una letra, i estos desprecios al jene-

Alistábase entretanto Alemparte, cuya division distaba solo tres leguas de aquel punto, para ir a batirlo en la madrugada del dia 7, cuando al caer la noche, llegaron varios indios desconocidos a su campamento i con gran algazara, mostrando los fierros de su lanzas humeantes de sangre, decian que Zúñiga habia perecido junto con toda su raza.

Nos queda pues por referir el que seria el mas siniestro de los episodios de la revolucion de 1851, sino fuera que la sombra de Cambiaso se ajita todavia entre las nieblas del polo, como el espectro de las matanzas.

XI.

Lo que habia tenido lugar era lo siguiente.

Miéntras Alemparte marchaba de frente sobre Zúñiga, obligándole a replegarse al sud los gobernadores de Santa Juana i de los Anjeles, haciendo valer la odiosidad de los indios Llanistas i principalmente los de las reducciones, Lumaco, habian conseguido que Catrileo, el sucesor del valeroso Colipí, marchase con sus caciques hácia la retaguardia de los sublevados, a cuyo fin habia pasado tambien otra partida de indios i cristianos al mando de un oficial Chaves, antiguo pincheirano, la elevada cordillera de Nahüelbuta, por una de sus ásperas sendas, mas al sud del espolon de Cupaño, a cuyo pié corre el torrentoso rio de este mismo nombre, que es el mismo que denominan Lebu en su embocadura sobre el Pacífico (1).

ral Cruz lo han hecho confundir sus planes. Repito a US. si fuese posible hoi mismo tener a la vista el auxilio.

Dios guarde a US.

José Antonio Zúñiga.

(1) Como un cebo para aquel sangriento *malon*, el intendente

Lo que ménos temia Zúñiga era aquel movimiento por su espalda, tanto mas formidable cuanto era ménos esperado. Confiaba, al contrario, en que Catrileo, a quien habia agasajado para disponerle en su favor, se mantuviese completamente neutral i aun le suponia interesado en su suerte, pues, para tenerlo mas engañado, le habia escrito recientemente suplicándole consiguiese su perdon con las autoridades de los Anjeles, de quien aquel poderoso cacique era un fiel aliado (1).

Con esta seguridad, i sabiendo que la division de Arauco estaba a tres leguas de distancia, habiase echado Zúñiga a

Alemparte habia ordenado al gobernador de la Laja, desde algunos dias atras, que entregase a los caciques complotados todos los animales que tuviese a bien de las haciendas del jeneral Búlnes i del coronel Riquelme, segun consta del decreto siguiente:

Intendencia de Concepcion, octubre 24 de 1851.

«Para evitar los males que pudiera ocasionar el ex-comisario de indíjenas don José Antonio Zúñiga, que de acuerdo con los enemigos de la República, intenta mover a los indios para asaltar los pueblos pacíficos de la frontera, engañándoles con falsas promesas, se autoriza al gobernador de la Laja para que disponga de todos los animales de don Manuel Búlnes i don Manuel Riquelme, con el fin de repartirlos entre los caciques i mocetones que llenando los convenios que hicieron para la aprehension de Zúñiga, puedan alcanzar a desvanecer las pretensiones de tan perjudicial perturbador, empleando, ademas, todas las medidas que prometan la tranquilidad, armonia i amistad con las tribus indíjenas. Anótese i trascríbase.—*Alemparte*—*Luis Pradel*, secretario.»

(1) «Don Ventura Ruiz, (escribe a Alemparte el gobernador de Santa Juana en la comunicacion que ya hemos citado) en carta particular que me ha dirijido ayer, me dice que el cacique Catrileo i Melin le mandan decir que Zúñiga les habia mandado correo con el fin que estos se empeñen para conseguirle el perdon; pero que esto ha sido despues de no haber podido seducir a estos caciques para que lo auxiliasen.»

dormir en la casa del cacique Baileman (situada a pocas cuadras del antiguo fuerte de Tucapel, hoi convertido en mision), en la que le acompañaban tres de sus hijos i un hermano. Eran aquellos don Pedro i don Juan i un inocente niño de 15 años que Zúñiga tenia ahora a su lado, como en su mocedad acostumbraba llevar consigo a su madre, pues estos hombres que poseen la ferocidad del leon sienten tambien los impulsos del amor, a la manera de las fieras, i lo practican como ellas.

Mas, a la primera luz del dia 6 de noviembre, sintióse de improviso por el bosque que rodeaba la tolderia de Baileman un tropel de caballos que despertó a Zúñiga con sobresalto; i luego se escuchó esa espantosa i peculiar voceria indijena llamada *chivateo*, que han aprendido nuestros soldados regulares en los *malones* de la Tierra.

El bravo capitan comprendió al punto que estaba perdido por la traicion de los suyos o una sorpresa aleve, i saltando de los pellones en que reposaba, sin poder montar a caballo por estar desencillado, corrió al monte con dos de sus hijos, empuñando resueltamente su lanza i llevando al cinto sus pistolas. En un instante, vióse rodeado de los implacables Llanistas, i con un valor sobre humano, poniéndose al lado de sus hijos, cual ajil leopardo que defiende su albergue, pereció con ellos batiéndose, hasta que la lanza de Catrileo le taladró el corazon. Una de las balas de sus pistolas habia traido al suelo al primer cacique que le intimó rendicion...

Fué aun mas lastimoso que este lance, en que habia perecido un niño inocente, la muerte del otro de sus hermanos, aquel honrado i prudente Juan Zúñiga que tantos esfuerzos habia hecho por reducir a su temerario padre a permanecer tranquilo. Cuando éste escapó hácia el bosque con sus hermanos, quedóse él en la casa de Baileman, como aturdido con lo

que sucedia, i acaso hubiera salvado ocultándose entre las mujeres de la tolderia. Pero el infeliz mancebo escuchó los roncos gritos de su padre, que acosado por sus inmoladores, lo llamaba a su socorro, i obedeciendo a un impulso de esa ternura irresistible que Dios puso en el pecho de los hombres, i no la negó aun a los brutos, tomó una lanza i fué a morir sobre el cadáver de su padre que se revolcaba asi en la sangre de toda su raza sacrificada. Su hermano habia sucumbido tambien a su lado, siendo cinco las víctimas inmoladas.

XII.

Tal fué el desastroso fin que tuvo aquel capitanejo, famoso entre los Pincheiras, terrible entre los Araucanos, i que los blancos de la Frontera respetaban por su indómito valor. Fué un hombre pérfido i cruel. Pero era un bravo soldado, era chileno i, mas que todo, era padre i enseñaba a sus hijos a ser hombres esforzados con su propio ejemplo. Pereció con ellos, i esta fué la lástima de su fin, que, de otra suerte, teníala merecida como enemigo i tiranuelo de los bárbaros, que cobraron sobre su sangre la antigua deuda de odio que con él tenian.

XIII.

Pero si aquella catástrofe, que recuerda por sus incidencias la muerte de Valdivia, cual la cuenta el cronista Marmolejo, era solo una triste incidencia propia de la guerra entre los bárbaros, perpetróse, por los que no lo eran, un ac-

to i de inútil de póstuma crueldad, que se recordará siempre como una afrenta para sus ejecutores.—Tal fué la órden que dió el intendente Alemparte de poner en un palo la cabeza del inmolado Zúñiga en la plaza de Arauco, donde habitaba su anciana madre, a la que no le quedaba ya mas bien sobre la tierra que aquel lívido rostro, asi afrentado, i los cadáveres insepultos de sus nietos... Ejemplo de tanta barbarie no se habia visto en la República, desde que los mezquinos vengadores del magnámino Portales colgaron, durante tres dias, en la plaza de Quillota, la cabeza de Vidaurre, como una ofrenda de engaño al sacrificio que acaso aplaudian en su corazon (1).

(1) He aquí el oficio en que Alemparte daba cuenta al intendente de Concepcion de este rasgo de crueldad (disputando a los bárbaros la gloria de un *malon* salvaje en el que él no habia tomado parte) i el documento, mas triste aun, por el que consta la ejecucion de su bárbara venganza.

El primero dice asi:

Al pié de Cupaño, noviembre 6 de 1851, a las 8 de la noche.

«Me apresuro a comunicar a US. el triunfo espléndido que alcanzamos hoi a las 5 de la tarde, mediante la bizarría de los bravos que tengo la honra de mandar, i mui especialmente el denuedo de los valientes caciques Colipí, Catrileo, Colíman, Calbu, Guancho, Collí, Quian, Canila, Llanquin i otros muchos con sus guapos mocetones que merecen bien de la patria.

Nuestra pérdida es de poco número i felizmente corto tambien el de los rebeldes, entre los que se cuenta el alzado desertor Zúñiga, cuya cabeza mandaré colocar en un palo para memoria de la insolencia con que tuvo la audaz petulancia de intimar rendicion a la plaza de Arauco, i que tal ejemplo evite tamaña ofensa a nuestras armas.

De los pormenores me ocuparé en otra ocasion, cuando las tareas de mi campaña lo permitan, esperando que, con el favor de la Providencia, lograré realizar los fines que me propuse al emprenderla; todo que ruego a US. mande trascribir a S. E. para que, en su vista, me anticipe las órdenes que quiera impartir-

XIV.

Con la muerte de Zúñiga, la Araucania quedó completamente pacificada i destruidos los funestos planes del jeneral

me, seguro de que la provincia se conservará tranquila i que me lisonjeo de poder llenar las indicaciones que le tengo hechas en mis postreras comunicaciones.

Dios guarde a US.

José Antonio Alemparte.»

Al señor Intendente de la provincia de Concepcion.

El segundo documento está concebido en estos términos.

«COMANDANCIA JENERAL DE ARMAS.

Tucapel, noviembre 8 de 1851.

«Al cargo del mismo paisano, Gabriel Arriagada, que comisionó el ya desaparecido Zúñiga para cometer el atentado de intimar rendicion a esa plaza, va la cabeza del malvado que concibiera tamaño crímen, i le fué dividida por los cacique aliados de Lumaco en la jornada del 6 del presente, de que dí aviso, para que U. la mande colocar en el lugar mas conveniente, a fin de satisfacer la vindicta pública, en desagravio de tamaña injuria i de que tan patente muestra de los temores que infundiera ese criminal, hagan olvidarlos desde luego, ya que no es posible alcanzar la indemnizacion de los inmensos males que cuestan a todo el departamento i especialmente a esta subdelegacion, las estafas que cometiera i las pérdidas que tienen lugar, como una consecuencia necesaria del plan adoptado para poner atajo a los avances de ese malvado.

Dios guarde a U.

José Antonio Alemparte.»

Creemos de nuestro deber añadir a la autenticidad de estos tristes documentos que el señor Alemparte nos ha informado posteriormente que la madre de Zúñiga se encontraba a la sazon en Tucapel i no en Arauco, i que cuando él llegó a la tolde-

Búlnes para estrechar la revolucion entre sus fuegos i las lanzas de los salvajes. A los pocos dias del *malon* de Llinquehue (12 de noviembre), ancló, en efecto, en la embocadura del Lebu, la goléta *Primavera* que habia salido de Constitucion el dia 5, conduciendo los auxilios que aquel caudillo remitia a Zúñiga, todos los que cayeron en manos de la division de Arauco. Se incorporaron en ella voluntariamente los granaderos que mandaba el alferes Búlnes i éste quedó en Concepcion prisionero bajo su palabra.

La division de Alemparte, reforzada de una manera tan singular con armas que eran en estremo necesarias, como los sables i las carabinas, quedó pues ociosa. El dia 8 sabemos que ocupó a Tucapel viejo, pero no nos consta que este movimiento justificara el error que cometió aquel jefe en no conducirla en el acto hácia Chillan, donde tal refuerzo era eficasísimo en los momentos en que ya el jeneral Búlnes iba en marcha sobre el Ñuble. A fin de capturar la goleta *Primavera*, que segun los papeles tomados sobre el cuerpo de Zúñiga se aguardaba de un dia para otro, bastaba solo dejar en la embocadura del Lebu un destacamento competentemente mandado, para que, haciendo las señales convenidas con Zúñiga, se apoderase de aquel barquichuelo i de su escasa tripulacion.

El 14 de noviembre se encontraba todavia en Arauco el intendente Alemparte con su tropa, i ese dia le dirijió una bombástica proclama para anunciar a sus «victoriosos» sol-

ria de Baileman, ya los indios habian cortado la cabeza de Zúñiga i la tenian separada del tronco, custodiándola un indio con su lanza en ristre, para que no fuera a juntarse con aquel, pues tal era el terror que le tenian i el influjo que ejercian sobre los espíritus supersticiosos de los bárbaros los sortilejios de aquel hombre tan astuto como valeroso, a quien llamaban *Culpan* o tigre de los llanos.

dados que debian marchar a reunirse con el ejército del jeneral Cruz (1).

Debióse sin duda esta tardanza de Alemparte a la falta de órdenes superiores para moverse; pero, en esta oca-

(1) He aquí esta proclama que copiamos del *Boletin del sud* núm. 7 lib. 2.°.

«CIVICOS DE TALCAHUANO I DE LA ALTA I BAJA FRONTERA.

«Aun no hemos cumplido nuestra jornada. La comision que nos ha tocado desempeñar la habeis llenado honrosamente. Os felicito por ello i me complazco sobre manera de haber encontrado en vosotros tanto valor i entusiasmo, tanto denuedo i patriotismo.

«Satisfecho de esa noble decision con que me habeis acompañado a la frontera para pacificar a vuestros hermanos, haciendo desaparecer el hombre funesto que amagaba nuestra tranquilidad, nuestra vida i nuestros intereses, es que me dirijo a vosotros, a nombre del jefe supremo, elejido por los pueblos, pidiéndoos que me acompañeis de nuevo a engrosar las filas del ejército de los libres para que tambien seais testigos del escarmiento que vamos a dar a los verdaderos autores del crímen que hemos castigado.

«Si a mi lado os habeis mostrado con valor i entusiasmo, espero que, cuando os encontreis en medio de vuestros hermanos del ejército i de la guardia nacional, i bajo las órdenes del ilustre jeneral Cruz, redoblareis vuestros esfuerzos i os presentareis, como ahora, dignos hijos de la patria que os vió nacer.

«Habeis empezado vuestra jornada gloriosamente. La victoria ha coronado vuestros esfuerzos : pero el peligro aun no ha desaparecido del todo. Para que vuestra victoria sea duradera, para que la patria os ofrezca sus coronas cívicas, necesitais dar un paso mas, necesitais volar al encuentro de vuestros hermanos que os aguardan anciosos, para probaros que ellos tambien merecen bien de la patria: pues están dispuestos a derramar la última gota de sangre en defensa de la causa santa de la justicia i de la libertad.

«Cuento con vosotros, valientes de la guardia nacional, i confío en que desplegueis el mismo entusiasmo, por el que hoi está tan reconocido vuestro compañero i amigo.

José Antonio Alemparte.»

Arauco, noviembre 14 de 1851.

sion, no dió muestras de su jenio revolucionario ni de la actividad i perspicacia que le eran habituales, el antiguo intendente de Concepcion, cuya lentitud era ahora tanto mas estraña cuanto que su presencia personal era necesaria en el ejército, del que habia sido nombrado intendente militar, el mismo dia 6 de noviembre, en que dió feliz término a su comision, con la derrota i sacrificio de Zúñiga. Solo el dia 17 o 18 de noviembre, víspera del combate del Monte de Urra, salió de Concepcion el intendente de ejército (1) con una lucida division de 300 hombres de infanteria i caballe-

(1) He aqui el documento de que consta el título del nuevo empleo de don José Antonio Alemparte i en el que aparece tambien el nombramiento del ciudadano Tirapegui para intendente de Concepcion, en reemplazo de aquel. Dice asi:

«CUARTEL JENERAL DE LOS LIBRES.

Chillan, noviembre 6 de 1851.

«S. E. con esta fecha ha espedido el decreto que sigue:

«Hallándose recargada la secretaría jeneral con las atenciones de la intendencia de ejército, i siendo, por consiguiente, necesario proveer desde luego este empleo, se nombra al señor intendente de la provincia de Concepcion don José Antonio Alemdarte, intendente de ejército, quien se pondrá en marcha a tomar posesion del empleo que se le confiere, tan pronto como deje evacuadas las comisiones especiales que se le tienen encomendadas. I quedando por este nombramiento vacante el cargo de intendente político de Concepcion, se nombra, para que sirva dicho empleo, al gobernador de Coelemu don Toribio Reyes, i de comandante jeneral de armas al teniente coronel don Nicolas Tirapegui. Anótese, comuníquese i tómese razon en las oficinas que corresponda.

«Se trascribe a US. para su intelijencia i efectos consiguientes.

Dios guarde a US.

Pedro Félix Vicuña.»

Al comandante de armas de la provincia de Concepcion, don Nicolas Tirapegui.

ria, a la que se habian incorporado algunos indios de la costa.

Pronto veremos las funestas consecuencias que tuvo esta tardanza, dando lugar a que por su causa se cometieran mas graves errores en la campaña sobre el Ñuble, pues es ya tiempo de volver a ocuparnos de las operaciones militares, cuya narracion hemos suspendido con el propósito de pasar en revista, a vuelo de ave, los acontecimientos de la revolucion que tenian lugar léjos de ambos ejércitos belijerantes.

CAPITULO IX.

EL COMBATE DE MONTE DE URRA.

Marcha del ejército del gobierno desde el campamento de Longomilla hasta San Carlos.—Revista de comisario que tiene lugar en este pueblo i comparacion de las comisarias de ambos ejércitos belijerantes.—Nota en que el jeneral Búlnes detalla sus operaciones militares.—Falso amago que hace con la caballeria sobre el vado de Cocharcas para pasar el Ñuble por la montaña.—El jeneral Cruz se situa en Cocharcas i proclama que dirije a sus soldados.—El ejército del gobierno pasa el Ñuble por Niblinto.—Juicio sobre este atrevido movimiento.—Párrafo de carta escrita por Garcia Reyes sobre esta operacion.—El jeneral Cruz traslada su ejército a los Guindos.—Topografía del terreno que ocupan los belijerantes.—Ambos ejércitos se ponen a la vista en la hacienda de los Guindos.—Atrevida marcha de flanco que emprende el jeneral Búlnes.—Cruz, a instancias de su secretario jeneral, envia un parlamentario al enemigo con una invitacion para hacer la paz.—Las guerrillas no paralizan sus fuegos i el jeneral Búlnes continua su marcha.—Arengan Cruz i Vicuña al ejército rebelde i se mueve este sobre Chillan, a retaguardia del jeneral Búlnes.—El «Monte de Urra».—Fórmanse ambas líneas de batalla i se rompe el fuego de cañon.—Falso movimiento que hace el coronel Puga para poner a cubierto su caballeria en la ala izquierda, contra la artilleria

enemiga.—El jeneral Búlnes ordena que su caballeria pase a su flanco izquierdo.—Manera como el coronel Garcia ejecuta esta operacion.—Emprende este jefe sin órden superior el ataque de la caballeria.—Combate de Monte de Urra.—Oficiales que se distinguen en ambos ejércitos i rasgos señalados de valor.—Pérdida de los ejércitos en este hecho de armas.—El jeneral Búlnes ocupa a Chillan i Cruz regresa a su campamento de los Guindos.—Respuesta tardia que aquel da, negándose a entrar en convenios de paz con el caudillo revolucionario.

I.

Al interrumpir la narracion de las operaciones militares de la campaña de 1851, dejábamos al ejército del gobierno, fuerte de tres mil hombres, en marcha sobre el Ñuble, desde su campo de Longomilla, que habia levantado el 3 de noviembre; miéntras que el que comandaba el jeneral Cruz, i cuyas fuerzas eran iguales a las de aquel, se veia paralizado en su cuartel jeneral de Chillan por la no interrumpida violencia de las lluvias de primavera.

El jeneral Búlnes tuvo la peor parte de este recio cuanto inusitado temporal, que se habia desencadenado desde el mismo dia en que emprendió su marcha. Solo el 6 de noviembre, habia logrado ocupar el pueblo del Parral i el 9 a San Carlos. El ejército habia llegado a este punto, a las tres de la mañana, en medio de torrentes de lluvia; pero estas contrariedades, que ponian a prueba el ánimo bisoño de los soldados, presentaban, al mismo tiempo, de manifiesto su exelente organizacion, su disciplina i el marcial espíritu que les inspiraba su popular caudillo. El sobrio soldado chileno se contenta con bien poco; pero los que conducia el jeneral Búlnes disponian de tales recursos que hubiéraseles creido mas bien un ejército de lujo, destinado a hacer una parada

militar, que una division colecticia, organizada a la lijera. Su vestuario i calzado eran de primera calidad i completamente nuevos; el armamento soberbio, abundantísimo su parque, i en cuanto al rancho, basta decir que solo en «harina tostada» se habia comido aquel ejército, hasta el 2 de noviembre, un valor de 749 pesos, miéntras que el consumo de la sal para la sabrosa carne de las vacas, que se mataban por centenares, llegaba a la cantidad de 204 pesos, el 7 de ese mismo mes (1).

(1) Constan estas partidas del libro de la comisaria del ejército del gobierno, que existe archivado en la contaduria mayor de esta capital, donde lo hemos consultado. Aparece tambien de los borradores i apuntes de aquel documento (que nunca llegó a organizarse i ménos a justificarse debidamente), que se gastaron en el rancho del ejército del gobierno 88,030 pesos 34 centavos, incluyendo algunas partidas por fletes o indemnizacion de sementeras taladas.

Es curioso el contraste que ofrecen las cuentas de la comisaria del ejército del *órden* con las del de los *anarquistas*. En este último, que se conserva archivado en el ministerio de la guerra como un timbre para la revolucion, se ven todas las hojas del libro perfectamente balanceadas, cada una de sus partidas está firmada por los encargados de invertir el dinero, i se refieren a la correspondiente órden de pago que se acompaña con la numeracion correspondiente.

El libro del comisario Vieites no tiene ninguna de estas circunstancias. Es simplemente un cuaderno informe de apuntes, en que, de cuando en cuando, figuran algunas órdenes de pago, firmadas por el jeneral Búlnes i escritas, las mas veces, con lápiz.

La mayor parte de los abonos del último son por suples i buenas cuentas pagadas a los cuerpos del ejército, que ascienden en su totalidad a 182,266 pesos, desde setiembre al 31 de diciembre. Hai algunas otras partidas que dicen simplemente asi.

Diciembre 15, al presbítero Toledo (el párroco guerrillero) para imprevistos—100 pesos.

Diciembre 19, al presbítero Toledo por daños en las sementeras, 74 pesos 55 centavos.

Octubre 3, pagado al capataz Palma por birlochos 1,552 pesos 50 centavos.

II.

Las lluvias detuvieron al jeneral Búlnes cuatro dias en San Cárlos. Solo el dia 13, que, como dijimos, era el dia designado por el jeneral Cruz para salir a campaña, pudo el ejército del gobierno volver a emprender su marcha. Ambas fuerzas estaban ahora solo a ocho leguas de distancia; i miéntras nos trasladamos a la márjen meridional del Ñuble, para seguir un instante al jeneral Cruz en sus operaciones, dejemos a su émulo contar las suyas propias en la ribera norte, hasta el momento en que emprendió el paso del rio. Estan éstas detalladas en el siguiente oficio inédito, redactado por la elegante pluma del secretario Garcia Reyes i dice testualmente asi, tal cual lo hemos copiado del archivo del ministerio de la guerra.

«CUARTEL JENERAL DEL EJÉRCITO DE
OPERACIONES SOBRE EL SUR.

San Cárlos, noviembre 13 de 1851.

«En oficio de 3 del corriente, bajo el núm. 116, anuncié a US. que el ejército de mi mando emprendia su marcha en busca del enemigo, i ofrecí dar, desde este pueblo, una razon de su fuerza, del aspecto con que se presentaban las cosas, i de los planes que me proponia ejecutar. Cumplo al presente con este deber, aunque no me es dado, por las circunstancias del dia, hacerlo con la individualidad que habia deseado.

«La marcha del ejército ha sido detenida por una lluvia casi constante que sobrevino desde su salida de Longomilla, i que no le permitió arribar a este punto hasta el 9 del

corriente. Desde entónces, ha permanecido detenida por la misma causa hasta el presente, en que recien pasados los efectos del temporal, han quedado los campos en estado de permitir el movimiento de las tropas.

«Me es grato decir a US. que el ejército ha mostrado durante la marcha una moralidad i disciplina ejemplares, i que las penalidades consiguientes al estado del tiempo no han hecho mas que atizar el buen espíritu que lo anima i de que otra vez he tenido el honor de imponer a US.

«A nuestra aproximacion a San Cárlos, las partidas enemigas que ocupaban este departamento para espoliarlo i cometer esacciones de todo jénero, se replegaron hácia la banda opuesta del Ñuble, que he encontrado, como era de esperarse, cubierta de guardias en una considerable estension.

«Mi principal empeño, despues de restablecidas las autoridades lejítimas que los sublevados habian depuesto, ha sido informarme de los diferentes pasajes que el rio ofrece, para elejir el que presenta menores inconvenientes para el tránsito de las tropas. Por desgracia, ninguno de ellos proporciona, no ya comodidad, pero ni siquiera posibilidad para transportar la artillería, no pudiendo verificar esta operacion los cuerpos de las otras armas sino por terrenos cubiertos de fangales, i teniendo al frente enemigos parapetados de la barranca dominante en la ribera opuesta. Como seria en gran manera difícil emprender el pasaje del ejército con tales circunstancias, me he decidido a subir con él a la Montaña, i aprovecharme de la ventaja que ofrece el vado denominado las «Nalcas», que por hallarse a ocho o diez leguas de este pueblo i otras tantas del cuartel jeneral del enemigo, situado en Chillan, me hace esperar que no encontraré en él la resistencia que era seguro en otros que están mas inmediatos a aquel punto. Es fácil burlar la vijilancia del enemigo (situa-

do en Chillan) con falsas tentativas de pasaje por otros vados, i hacer pasar el ejército, a favor de ellas, sin el grave i casi invencible obstáculo que puedan oponer sus fuerzas.

«En este momento, algunos jefes i oficiales idóneos examinan los lugares por donde el ejército tiene que hacer su marcha, a fin de prevenir con tiempo las dificultades con que se podria tropezar. Miéntras tanto, la caballeria se ha movido hoi sobre el Ñuble, al mando del comandante jeneral de armas, coronel don José Ignacio Garcia, con el objeto de cortar toda comunicacion con el enemigo, tentar artificiosamente el reconocimiento de los diversos vados, i ocultar el verdadero movimiento del ejército, que se emprenderá mañana con la infanteria, si algun grave inconveniente no lo impide. Unida a ella la caballería, mas tarde, espero que el ejército dormirá mañana en las inmediaciones de las «Nalcas», i que ejecutará el pasaje felizmente al alba del siguiente dia.

El estado adjunto manifestará a US. la fuerza efectiva del ejército. En cuanto a su disciplina i decision por la causa que defiende, solo tengo que ratificar el favorable concepto que le manifiesto a US. en notas anteriores. Confiado en él, me atrevo ir a buscar al enemigo en su campo, dejando a retaguardia un rio de difícil tránsito, i por consiguiente, sin retirada en un caso adverso, que afortunadamente no espero.

«De las demas ocurrencias que sobrevengan, daré cuenta a US. oportunamente, i me limito por ahora a suplicarle se sirva trasmitir a S. E. el presidente el contenido de esta nota, asegurándole que marcho en perfecta intelijencia de los caros intereses nacionales que estoi encargado de sostener, i que no se omitirá medio alguno de cuantos puedan contribuir a que sean asegurados por una completa victoria.

Dios guarde a US.

Manuel Búlnes.»

Al señor ministro de la guerra.

III.

Al ser avisado el jeneral Cruz de que toda la caballería enemiga se movia (conforme al plan desenvuelto por el jeneral Búlnes en la nota que acabamos de transcribir) sobre el vado de Cocharcas, que es el mas inmediato a Chillan por el camino recto del sud, salió apresuradamente de este pueblo con su ejército (1) i se situó frente a aquel paso. Sin embargo era

(1) He aquí la entusiasta i enérjica proclama que el jeneral Cruz dirijió a su ejército al tiempo de salir a campaña. Las noticias i las cifras aparecen estraordinariamente abultadas en esta pieza, debiéndose sin duda esto a la fácil credulidad del secretario jeneral que la redactó.

«SOLDADOS DEL EJÉRCITO RESTAURADOR.

«Vosotros sois la esperanza de la República, i estas esperanzas son solemnes i sagradas para que dejen de cumplirse. Vuestro valor, vuestro patriotismo i denuedo van a devolver a la República sus derechos i libertades. A la sombra de heroicos laureles, volvereis a reposar con vuestras familias i a disfrutar de la gloria i beneficios que vuestro brazo va a alcanzar.

«La hidra de la corrupcion i el azote de la discordia que ella fomentaba, van a desaparecer de nuestro suelo para que el patriotismo i la virtud se ocupen de la dicha de la Patria.

«En los mismos que vais a combatir, mirad solo algunos ilusos, a otros arrastrados por la fuerza i a un puñado de ambiciosos seducidos por el oro i los empleos. Su número es tan pequeño, su alma tan baja que los vereis desaparecer con solo presentaros.

«En Aconcagua, Coquimbo i Valparaiso ellos asesinan a indefensos ciudadanos; a la vista de sus crímenes, alzan gritos de desesperacion contra el heroico patriotismo, que prefiere la muerte a la horrible servidumbre en que tienen la Patria. Estos gritos son los ecos de su conciencia ajitada, son los desahogos del miedo i del terror.

«La mano de Dios pesa sobre ellos; no dominan sino el terreno que pisan en Santiago i Valparaiso; todo lo demas está ocupado

demasiado evidente para él que el amago de la caballería tenia por objeto solo una maniobra estratéjica del jeneral Búlnes, con el fin de encubrir el verdadero movimiento que hacia con sus fuerzas en demanda de otro vado mas asequible. El no ver sobre las altas barrancas que encajonan el Ñuble por su márjen setentrional otra arma que la de la caballería, hacia demasiado fácil concebir que el enemigo no tendria la teme—

por nuestros amigos. Las poblaciones enteras armadas toman el campo: de Valparaiso salieron 600 hombres, a la vista de ellos mismos, despues de haber derrotado su caballería; ahora interceptan los caminos, i unidos con los invictos aconcagüinos, tienen arrinconados a nuestros opresores en solo aquellos dos pueblos. En San Fernando hai multitud de hombres de caballería i tambien en Lontué organizados en guerrillas que han cortado al Jeneral Búlnes sus comunicaciones con la capital. La fragata *Chile* la perdieron en Papudo i los prisioneros del *Meteoro* i la *Janaqueo* hoi llegarán voluntarios a servir bajo nuestra bandera. A la fuerza de Coquimbo se pasaron armados doscientos valientes aconcagüinos de caballería de las mismas filas de nuestros opresores.

«Es por esto que salen de sus atrincheramientos de Longomilla i se avanzan contra vosotros, buscando como desesperados algun acaso que los favorezca. Volemos tambien nosotros a hacer ver que no hai mas salud ni mas esperanza que someterse a su Patria i que el reinado de la corrupcion i de la injusticia ha terminado.

«Soldados: la patria entera os contempla en este momento. Vuestra conducta i disciplina me llena de satisfaccion. Vuestros enemigos verán con vergüenza que sus mujeres, abandonadas a la miseria, han sido alimentadas i socorridas por vosotros i que todas ellas querian ir en vuestras filas para desarmar a sus ilusos maridos.

«Soldados: la victoria es segura, desde que vuestra causa es santa i justa; el Dios de los Ejércitos es el que os inspira ese entusiasmo i patriotismo. Marchemos con paso firme, i en pocos dias mas la suerte de la Patria está asegurada.—Vuestro amigo i compañero.

José Maria de la Cruz.»

Chillan, noviembre 10 de 1851.

ridad de intentar el paso del rio por Cocharcas, a la vista del ejército revolucionario.

IV.

Entretanto, el jeneral en jefe del ejército del gobierno habia movido su campo de San-Cárlos, en prosecucion de los planes que hemos visto desarrollados en su citada comunicacion oficial, despues de haber pasado a sus fuerzas, que ascendian en ese dia (12 de noviembre) a 3,139 plazas, la revista de comisario que correspondia a la quincena de aquel mes (1).

Emprendió el jeneral Búlnes aquel feliz movimiento estratéjico, a las 6 de la mañana del dia 14, i a las 3 de la tarde, se encontraba al pié de los últimos declives de la cordillera, cuya rejion es conocida en el sud con el nombre de la *Montaña*, en contraposicion a los *Llanos*, de que aquella se desprende. Su marcha habia sido, hasta esa hora, en línea recta hácia el oriente. Reunióse la caballería que regresaba a Cocharcas, en aquel punto, i tan oportunamente i con tanta precision en los movimientos combinados de antemano, que montando la infantería en el acto a la grupa, pasó aquella misma tarde al otro lado del rio.

El vado elejido por los prácticos era el de Nahüel Toro, en el punto denominado Niblinto, i aunque el poderoso Ñuble se estrecha allí entre las gargantas de los últimos agrestes espolones de la cordillera, su corriente es mas rápida i

(1) Puede verse en el núm. 1.° del Apéndice el estado inédito de esta revista, que debemos a la bondad del señor Silva Chaves i que completa por sus detalles el que publicamos bajo el núm. 2, copiado de la Memoria del ministerio de la guerra de 1852.

arrastra tal masa de guijarros i pedrones, que el paso se hace en estremo difícil para la artillería i obliga a los caballos a un peligrosísimo ejercicio. Empleóse, en consecuencia, todo el dia 15 en pasar la artillería i el parque, habiéndose mojado una parte mui considerable de este en los pigmeos carritos usados al sud del Maule, en que eran conducidos.

Quedó a tan mal traer la caballada del ejército invasor con el contínuo paso i repaso del pedregoso vado de Niblinto, que, al siguiente dia, 16 de noviembre, no pudo hacer aquel sino una jornada de dos leguas, i el 17 otra aun mas breve, acampándose en el punto llamado las casas de Peña, donde el jeneral Búlnes permaneció todo el dia 18, dando reposo a sus fatigadas monturas. Marchaba ahora aquel intrépido caudillo resueltamente sobre Chillan i los ejércitos belijerantes se encontraban separados solo por un espacio de tres leguas.

V.

Considerado militarmente, el paso del Ñuble habia sido absurdo i temerario de parte del jeneral Búlnes. Instruido ya del completo fracaso de las tentativas del comisario Zúñiga para molestar a los revolucionarios por su retaguardia, arrojábase él ciegamente a interponer a la suya un rio invadeable, poniéndose en un riesgo inminente (que no tardó en llegar) de ser atacado de frente por una fuerza que era igual o superior a la suya, i la que, una vez estrechándolo contra las márjenes del Ñuble, podia obligarlo a darle una batalla en situacion desventajosa. Al ménos, en caso de mal éxito, no habria escapado uno solo de sus soldados, pues tenia completamente cortada su línea de operaciones, miéntras que

Cruz conservaba abiertos todos los caminos hasta las Fronteras.

Por otra parte, alejándose el ejército del gobierno hácia la cordillera, dejaba espedito el paso del Ñuble al jeneral Cruz, por el vado del camino directo del sud a la capital, i en esta ventajosísima coyuntura, el caudillo revolucionario podia o bien poner en jaque al jeneral Búlnes, situándose en la márjen setentrional del rio para disputarle su repaso, en lo que habia un cambio completo de papeles, o bien marchar resueltamente sobre el Maule, lo que era por cierto mucho mas atrevido i por consiguiente, mas acertado. Tan cierto era en verdad todo esto, que el sagaz jeneral en jefe del gobierno llegó a temerlo, en el instante mismo en que pisó la ribera meridional del Ñuble (1).

Pero, en un sentido revolucionario, aquel movimiento habia sido cuerdamente concebido, porque, en la guerra, muchas veces la osadia es prudencia, i esto esplica la gloria del jeneral Búlnes i su éxito en Yungay i, mas tarde, en Longomilla, donde, derrotadas sus armas, su audacia les dió a la postre la victoria.

Hacia ya dos meses, en efecto, a que los pueblos del sud estaban en armas. Las guerrillas de su ejército dominaban todos los pueblos de las llanuras intermedias entre el Ñuble i el Maule. Cobrando ánimos los partidarios de las provin-

(1) Hé aquí, en efecto, lo que, con fecha 15, decia el secretario García Reyes, desde el campamento de Cato, al intendente de Talca, en carta que orijinal tenemos a la vista.—«No ha dejado de sospecharse que, adelantándonos con este ejército hácia la cordillera, Cruz pase el Ñuble por su frente i se avance sobre el Maule. En tal caso, el ejército traspasaria el Ñuble i avanzaria a ese rio por un camino mas corto i cómodo que el que llevaba el enemigo, a quien deben faltar las carretas i otros útiles para conducir artillería i bagajes.»

cias centrales con la poderosa aunque lenta organizacion que el jeneral Cruz habia dado a su ejército, intentaban por todas partes alzamientos armados, que traian al gobierno de la capital en una profunda alarma. La provincia de Colchagua se cubria de montoneras, Valparaiso habia dado el grito de rebelion, regándose sus calles en heroica sangre, miéntras que en la Serena corria aquella a raudales con ejemplos de mayor heroismo. Aun en el lejano Copiapó, asomaba la rebelion a cara descubierta, como lo referiremos en el lugar correspondiente, sin que faltaran en la remota provincia de Valdivia síntomas evidentes de descontento i agresion.

Era pues preciso apresurarse a destruir el foco de aquella inmensa conmocion en que se ajitaba convulsa toda la república. Este era el pensamiento del gobierno: este era tambien el temerario plan de campaña del jeneral Búlnes, uno de los pocos jefes del ejército chileno capaz de concebirlo, i a no dudarlo, el único que tuviera las dotes necesarias para ponerlo por obra.

VI.

Sucedia, entretanto, que miéntras el ejército del gobierno descendia sobre Chillan por la línea paralela de las corrientes del Ñuble i del Cato, su principal afluente, el jeneral Cruz, despues de tener oportuno aviso de aquel movimiento, se habia trasladado del paso de Cocharcas, donde su ejército estaba espuesto en un campo descubierto a la violencia de un sol abrasador, hácia una posicion mas favorecida, a orillas del Cato, acampándose con el ejército en línea, la noche del 15, en la hacienda de Quintana, i al siguiente dia, en el punto, aun mas fuerte, de los Guindos, situado cerca de la con-

fluencia del Cato con el Ñuble. Asi quedaba interpuesto entre Chillan i el ejército enemigo, que se movia en aquella direccion, i distaba ese dia, como hemos visto, solo dos o tres leguas de su campo.

VII.

El teatro que iba a tener la guerra era la ciudad de Chillan i sus campiñas inmediatas, en medio de las que está edificada aquella, como un tablero de ajedrez sobre un tapiz de verdura. Dilátanse aquellas llanuras, cuyos horizontes interrumpian entónces solo las líneas de algunas jóvenes alamedas, por un espacio que mide cuarenta o cincuenta leguas de area, entre el Itata i el Ñuble, las cordilleras i las colinas de la costa. Fueron estos los llanos, a cuya vista, es fama, esclamó uno de nuestros jenerales.—«Que hermoso campo para un combate naval!»; i a la verdad, que la imájen no es del todo desapropiada, porque, mirando hácia el oriente, aquellas suaves i vastas ondulaciones aseméjanse a un mar inmóvil i petrificado, al que el solitario Descabezado i la lava que brota del cráter del Pico de Chillan, sirvieran de jigantescos faros.

El profundo cauce del Ñuble i del Itata defraudan aquellas planicies de los cursos de agua que deberian fecundizarlas i abonar la pobreza nativa de sus tierras. Solo tres rios mediocres, tributarios de aquellos, las recorren en los primeros declives de la Montaña, cayendo el Diguillin i el Chillan en el Itata i arrojando sus aguas metálicas el turbio Cato en el Ñuble.

VIII.

Fué, como dijimos, en la vecindad de la confluencia de estos dos rios donde el jeneral Cruz resolvió aguardar al enemigo. El caserio de la hacienda de los Guindos, propiedad de los padres misioneros de Chillan, ofrecia con sus espesas arboledas sombra i refrijerio a la tropa, mientras las murallas de las casas servian como de baluarte, en el caso de darse ahí la batalla.

El momento de esta se acercaba ya aceleradamente.

IX.

Hácia las dos de la mañana del dia 19 de noviembre, el mayor Videla, que se encontraba al mando de la gran guardia del ejército del sud, cerca de dos leguas mas al oriente de los Guindos, en la orilla del Cato, con dos compañias de su batallon, recibió aviso, por un desertor del Buin (antiguo soldado del Valdivia), a quien se habia impuesto un castigo aquella noche, que el ejército enemigo se movia de las casas de Peña en direccion a Chillan i que no tardaria en avistarse. Puso, en consecuencia, gran cuidado Videla i envió aviso al jeneral.

El desertor no habia mentido. Cuando teñia la primera luz del dia, comenzaron a divisarse, hácia el oriente, algunas ténues polvaredas, i aplicando el jefe de la avanzada su oido en tierra, percibió claramente el traquido de los caballos en las pedregosas márjenes del Cato.

Al instante, dió órden a su columna de replegarse sobre el ejército, lo que se verificó al paso de trote. Cuando se presentó en las casas de los Guindos, el cauto jeneral en jefe habia formado la

linea de batalla en una altura, al oriente de aquellas, i la caballería estaba montada i con sus armas en la mano. Eran esos momentos las siete de la mañana.

Una hora despues, avistáronse las columnas de marcha, en que venia formado el ejército del jeneral Búlnes, por el camino que conduce de Chillan a la Montaña. La posicion que habia ocupado el ejército revolucionario no distaba sino seis u ocho cuadras a la izquierda del camino, de manera que cuando el enemigo pasase por su frente, lo amagaba de flanco i podia comenzar la batalla con considerables ventajas.

Asi iba a suceder en verdad.

El ejército del sur rebosaba en bélico entusiasmo i el sol naciente iluminaba, como un astro de gloria, los rostros juveniles de aquellos voluntarios de la libertad, reflejando sus rayos en sus bruñidas armas.

No era menos marcial el aspecto de los soldados del órden. Se avanzaban éstos en compactas columnas, paso de carga, banderas desplegadas, armas a discrecion, batiendo sus bandas marchas guerreras. Al dar frente al camino de los Guindos, avistando la linea de los rebeldes, acortaron el paso, como si temieran que su celeridad fuese atribuida a temor, i comenzaron a atronar el aire con sus retos de guerra, ese *chivateo* del soldado chileno, que tiene el hálito de la pólvora i de la muerte.

En ese instante, se hicieron oir los primeros disparos. Algunas mitades de carabineros, seguidas de un enjambre de indios desnudos, galopaban, haciendo diversas evoluciones, por los flancos del enemigo en marcha. Las guerrillas de éste, mandadas por un bravo capitanejo de Chillan, llamado Vallejos, antiguo camarada de los Pincheiras, salian a contestar el fuego con sus carabinas i se empeñaban tiroteos parciales, sin que por esto las columnas pararan su marcha.

Era conocida la intencion del jeneral Búlnes de apoderarse de Chillan, pasando atrevidamente, en marcha de flanco, por el frente del jeneral Cruz i atravesando la angosta faja de terreno que se estendia entre la posicion de este i la escarpada ribera del Cato. Solo un jeneral tan audaz como el vencedor de Yungay podia acometer aquella empresa.

La batalla iba pues a empeñarse i seria terrible. A una señal del jeneral Cruz, su línea de infanteria se plegaria en columnas de ataque, sus masas de jinetes se agruparian en los flancos i miéntras el cañon jugaba, desde las eminencias del terreno, sobre la línea que debia tender el enemigo, caerian aquellas como un torrente de fierro sobre los fatigados batallones de la capital, esforzándose por arrollarlos sobre las barrancas elevadísimas del Cato. Acaso en aquel dia, en aquella hora, iba a ser el cauce de este rio la tumba de la reaccion vencida ahora, como el del Lircai fué el sangriento lecho del bando liberal en 1829.

X.

Pero quizo el destino que sucediese de otra suerte. Cuando el jeneral Cruz, adelantándose un gran trecho sobre el camino, reconocia con su anteojo al enemigo, ocurriose a su secretario jeneral la honrosa pero malhadada idea de hacer un llamamiento de paz al hombre que con tan singular osadía i tan temeraria resolucion venia a provocarlos en su propio campo. Equivocacion funesta que en lugar de un solo i perentorio desmentido, tuvo, despues del sangriento de aquel dia, el atroz de Longomilla!

Acercándose, en efecto, el secretario Vicuña al jeneral Cruz, con voz que acusaba su noble i estemporánea solicitud,

díjole:—«Señor.—Será posible que vayamos a matarnos entre hermanos, sin que nos digamos antes una sola palabra de reconciliacion!» (1)

—«Ellos lo quieren! le contestó con firmeza el caudillo del sud. A ellos tocaba hablar, i ya ve U. como han roto sus fuegos».

—«Pero, señor jeneral, replicóle aquel: ¿qué se pierde con este paso patriótico? Es un deber nuestro el probar que no hemos hecho la revolucion por miras mezquinas. Con la respuesta del jeneral Búlnes sabremos a que atenernos.»

Durante un momento, el caudillo de la revolucion pareció vacilar. Sin duda, pasó por su frente la imájen desfallecida i sangrienta de la patria, que tanto habia amado i que ahora iba a despedazar el plomo fratricida. Hubo una pausa de solemne silencio i al fin, como si fuera presa de una incertidumbre, a la que no encontraba en su ánimo solucion posible, volvióse a Vicuña i díjole—*Haga U. lo que le parezca!*

Apeóse entonces de su caballo aquel bien intencionado pero inesperto patriota, i reclinándose en el suelo, estendió, con la facilidad peculiar de redaccion que le es característica, la siguiente nota, que firmó el jeneral Cruz en el arzon de su silla.

(1) El secretario jeneral Vicuña, que, apesar de tener solo un puesto civil en el ejército revolucionario, no esquivó nunca su persona a los peligros que le imponia el deber, habia escrito a su esposa estas palabras íntimas, que ponen de manifiesto su entusiasmo patriótico, no menos que su buena fé de caudillo, el mismo dia (18 de octubre), en que partia de Concepcion para entrar en campaña. «Te diré, en fin, que en cualquier peligro, *Dios i tú serán mis últimos recuerdos!* Estas son las palabras que decia Enrique IV a la que mas amaba; pero como yo no soi como el rei caballero, no debes temer nada por mí, aunque en mi cabeza llevo el penacho blanco que él tenia en su casco en los dias de combate.»

«CUARTEL JENERAL DE LOS LIBRES.

Los Guindos, noviembre 19 de 1851.

«A la cabeza de un ejército que me asegura la victoria, es mi deber dirijirme a US., a nombre de la humanidad i del patriotismo, para ahorrar a la república la sangre que debe derramarse. No es este el momento de resolver cuestiones políticas; pero el buen sentido de US. no dejará de conocer la justicia de la causa que defiendo, apesar de los compromisos a que ha sido arrastrado. No me anima ninguna pasion, ningun resentimiento, i desde que se salven los intereses públicos i se haga árbitra a la misma nacion de sus destinos, yo estoi pronto a arreglar con US. la cuestion militar de un modo que garantize el órden público, miéntras la nacion pueda espresar sus intereses i voluntad.

«Entre las fuerzas que mando hai una division de Araucanos que no podria contenerse en una derrota que US. sufra. Mi primer deber es asegurar el triunfo de la causa que defiendo, i ya que nuestros enemigos no se han ocupado sino en incendiar las tribus de Arauco contra las provincias emancipadas del gobierno que US. obedece, mui justo era los combatiosemos con las mismas armas.

«Yo autorizo a US. para mandar un ayudante a examinar el número de nuestras fuerzas, i este exámen será bastante para convencer a US. de que la victoria debe estar de nuestro lado. Su fuerza moral, reposando en la justicia i en la reconquista de las libertades públicas, es superior a cuanto US. puede imajinarse: es en esto en lo que encuentro mi mayor confianza i seguridad.

«En cualquiera situacion de mi vida, me llenará de orgullo este paso que doi. Una sola lágrima ahorrada a la repú-

blica, es para mi un bien inestimable; un campo de batalla es solo un sangriento recuerdo de odios i pasiones, es el resultado de la terquedad i desprecio con que se ha mirado la opinion nacional.

Dios guarde a US.

José María de la Cruz.

Pedro Félix Vicuña, secretario jeneral.»

Cerróse el pliego, i llamando el jeneral Cruz a uno de sus ayudantes de campo, el jóven mayor don Tomas Rioseco, díjole que fuera a ponerle en manos del jeneral Búlnes.

Hízolo asi, en el acto, aquel oficial, adelantándose con una bandera de parlamentario i un corneta, miéntras las guerrillas se batian ya con algun encarnizamiento. Olvidóse en aquella coyuntura hacer cesar los fuegos de las partidas avanzadas, i el jeneral Búlnes, aunque recibió al parlamentario, no detuvo por aquel motivo la marcha de su ejército, como se lo exijia el exacto cumplimiento de las leyes de la guerra.

XI.

Observando el jeneral Cruz aquella informalidad, i que a la vez ganaba mucho terreno hácia su vanguardia el enemigo, dió la voz de marchar sobre las columnas, a cuyas espaldas quedaba ya su línea.

Cuando se formaron las columnas, o mas bien, pelotones de marcha, pues la tropa se adelantaba en gran confusion, el jeneral Cruz, que montaba un pequeño caballo blanco que conserva todavia, se paró delante de las filas i, con toda la fuerza de voz que le permitia su delicada complexion, arengólas, señalándoles aquel dia como el del de su glorioso desen-

lace de la campaña en que se habian alistado voluntarios.—«El jeneral Cruz, cuenta en su diario de campaña el secretario Vicuña, que se encontraba a su lado, trató fuertemente a Búlnes i a toda la corrompida administracion que habia organizado para defenderlo. Habló de la libertad, de los derechos de los pueblos i dijo que eran llegados los momentos de reconquistarlos. Como la línea era estensa, añado, habló a la mitad; pero se afectó demasiado en el estado de debilidad en que se hallaba i me dijo.—« No puedo continuar. —Hable V. al resto de la tropa. »

«Dirijime entónces con un ayudante, continua Vicuña, hácia el sitio en que formaba el Carampangue, i levantando la voz, reproduje lo que el jeneral habia dicho. Los soldados me victoriaron, añade el narrador, por mis discursos marciales, que talvez eran elocuentes, porque en aquellos momentos, yo estaba poseido de una enerjia i entusiasmo estraordinarios.»

Sonaron entónces las cajas el toque de marcha, i el ejército se puso en movimiento hácia Chillan, dando muestras del mas vivo entusiasmo. «Los soldados, dice Vicuña, volaban mas bien que corrian.»—En su tránsito, encontraban palizadas i sanjones llenos de agua, pero, sin reparar en ningun obstáculo, se adelantaban en tropeles hácia el enemigo, hasta que al fin, viéndose este amagado ya de cerca, detuvo su marcha, casi en los suburbios del pueblo nuevo de Chillan.

El famoso combate de Monte de Urra, el *Junin* de nuestras guerras civiles, i que tan impropiamente se ha llamado *batalla* de los Guindos, iba a tener lugar.

XII.

Era ya pasada la hora del medio dia, cuando ambos jenerales hicieron alto i formaron su línea de batalla, desplegando Búlnes sus lucidas columnas, en que la disciplina brillaba a la par con el ardimiento nativo de las peleas; i desarrollando Cruz sus masas de entusiastas voluntarios, que habian venido desde los Guindos a carrera tendida i en confusos tropeles.

Era el terreno en que iba a trabarse el combate digno de los bravos que debian medirlo con sus armas. No habia reparos, ni sinuosidades, ni accidentes que dieran la ventaja al mejor colocado. Una planicie rasa, empapada de verdura i de humedad, con las recientes lluvias; algun árbol solitario (1); sin mas fosos que los que bordan el camino real, que, de esta suerte, sirvieron de reparo al ejército del gobierno que por él venia; sin otras palizadas, al contrario de lo que entónces se ponderó, que los débiles maderos que dividen los potreros, dejando entre ellos tan espaciosos claros que una línea de infanteria no seria detenida ni desorganizada en su marcha mas de unos pocos segundos: tal era el campo de Monte de Urra, asi llamado por un matorral que crece en un bajio del terreno, i cuyo aspecto apenas haria creer hubiera merecido jamas el nombre de *monte*, sino fuera que en las llanuras del sur se dan estas pomposas denominaciones

(1) Señálase todavia el árbol, a cuya sombra se mantuvo el jeneral Búlnes, hácia un lado del camino. Visité el campo de batalla de Monte de Urra, en octubre de 1861, en compañia del amable jóven de Chillan don Vicente Borne.

aun a las «manchas de palqui» que nosotros miramos como abrojos en nuestras zonas montañosas (1).

XIII.

Apoyaba el jeneral Cruz la izquierda de su infanteria en aquel sitio (propiedad hoi dia de don Gonzalo Gazmuri, opulento vecino de Chillan), que, mas que de monte, tiene, desde la distancia, el aspecto de una vega fangosa. Su derecha rebalsaba el camino real de Chillan a Talca, hasta tocar en una eminencia situada en las tierras de un hacendado llamado Quintana. Formaba en el centro de la línea el batallon Guia, el Alcazar a la izquierda i a la derecha el 2.° Carampangue, cuyo activo jefe cuidaba del buen órden de la tropa en todo el frente, El veterano Carampangue, al mando del coronel Zañartu, estaba situado de reserva, en columna cerrada, doscientos pasos a retaguardia de la línea. La artillería ocupaba los claros dejados por los batallones en línea, encontrándose Zúñiga en el centro con tres piezas, Gaspar a la derecha, i otros oficiales subalternos, con dos cañones, a la izquierda. Los voluntarios de Estados Unidos, cuyo número llegaba a 28, tenian a su cargo una de estas piezas.

(1) Llámase tambien «Monte Badillo» otro sitio inmediato a Chillan, donde no existen árboles, como no los hai tampoco en el llamado Monte Baeza, a inmediaciones de Talca. Quizá dióse este nombre a los lugares de donde se proveian de leña los primeros pobladores de aquellas localidades, i es curioso observar, por las denominaciones que dejamos apuntadas, el hecho de que casi todos esos sitios de esplotacion humana tienen nombres españoles, sin duda por los propietarios que los poseyeron, miéntra la gran mayoria de las posesiones de Chile, llevan los pintorescos títulos que inspiraba la naturaleza a los primitivos indíjenas.

La numerosa caballería del ejército revolucionario, montada en caballos que habian hecho mui poco servicio, al contrario de los de la opuesta, recibió la colocacion acostumbrada. El coronel Urrutia, ascendido ahora a jeneral, dirijia el ala derecha, donde estaba formado por escuadrones el rejimiento de Eusebio Ruiz, teniendo en primera línea un escuadron de carabineros del cuerpo perteneciente a Zañartu. Mandaba el ala izquierda el coronel Puga, el mas antiguo jefe de esta graduacion que hubiera entónces en nuestro ejército, i componíase su columna de los escuadrones de su propio rejimiento i de los otros dos de carabineros de la República que mandaba Alejo Zañartu. El rejimiento de Lautaro, a las órdenes de Padilla, formaba sus dos escuadrones al lado del Carampangue, en proteccion de la reserva.

Habíase organizado ademas una columna lijera que se llamaba de vanguardia, compuesta de las compañías de cazadores del Carampangue i Guia, i que mandaba el valiente capitan de aquella, don Joaquin Rojas.

Entre tanto que estos aprestos tenian lugar en las filas de los libres, el coronel Gana (miéntras el jeneral en jefe se ocupaba de leer las comunicaciones que le habia traido el parlamentario Riosceo) habia formado la línea del ejército del gobierno, tendiendo sus seis batallones con el frente hácia el oriente, dando la colocacion respectiva a su excelente artillería i disponiendo que la caballería cubriese los flancos.

XIV.

A la una de la tarde, todo apresto estaba terminado. Declinaba apénas el sol de su zenit, i el calor de la hora era sofocante. Los soldados del gobierno habian marchado 9 o

10 horas, sin cesar, i los rebeldes estaban fatigados con la violenta carrera que, en alas del entusiasmo, emprendieron desde los Guindos. Era pues el cansancio un obstáculo para empezar un combate jeneral. Éralo aun mayor la disposicion de ánimo de los jefes que acababan de cambiar palabras de avenimiento i de reconciliacion. A no dudarlo, habia irresolucion en ámbos, i la circunstancia de haber formado sus líneas a mas de doce cuadras de distancia, casi fuera de tiro de cañon, manifestaba mas que nada sus secretas vacilaciones.

El jeneral Cruz tenia, ademas, por su parte, una poderosa razon militar para no empeñar una batalla jeneral en aquel dia. Aguardaba, por momentos, el importante refuerzo que conducia Alemparte, i no entraba ni en el carácter revolucionario ni en los planes estratéjicos de aquel caudillo, aventurar una jornada decisiva, teniendo tan cerca de sí un elemento mas de victoria. Acaso fué esta sola consideracion militar la que impidió a los rebeldes pelear en masa i vencer en Monte de Urra a sus contrarios.

El combate de Monte de Urra iba pues a presentar la imájen de una formidable batalla campal, sin ninguna de sus peripecias ni de sus estragos. Solo ocurriria un pasajero pero terrible choque a la arma blanca, que el acaso, mas que las combinaciones estratéjicas, prepararia solo como un episodio de aquel encuentro que pudo ser definitivo.

Hácia las dos de la tarde, rompióse, en efecto, en ámbas líneas, un tremendo fuego de cañon; i luego vióse que se desplegaban al frente de aquellas las columnas de cazadores mandadas por Rojas, de parte de Cruz, i de la opuesta por el estratéjico Silva Chaves, a quien el jeneral Búlnes dió esta comision, sobre el campo de batalla, pues tenia a sus órdenes en la línea el segundo cuerpo del rejimiento Buin.

Las operaciones de estas columnas, que se avanzaron recíprocamente algunas cuadras, haciendo fuego en dispersion, i el cañoneo incesante de todas las baterias de ambos ejércitos, no pasaron, sin embargo, de ser un aparato militar. Un solo soldado murió del ejército revolucionario, i esto, a retaguardia de la línea, por el efecto de cerca de mil proyectiles huecos i balas rasas disparadas por las 16 o 17 piezas de cañon puestas de una parte i otra en activo fuego (1).

Pero la violencia de aquel cañoneo inusitado produjo, al fin, la necesidad de ciertos movimientos estratéjicos que acarrearon el choque de las caballerias de una manera harto singular.

Apercibiéndose, en efecto, el precavido coronel Puga que su caballeria en el ala derecha estaba algo espuesta a los fuegos de la artilleria enemiga que jugaba en aquel costado, dió órden a sus escuadrones de replegarse sobre un bajo oculto, tras una elevacion del terreno.

La ejecucion de aquel movimiento fué la señal del combate.

XV.

Observando con ojo certero lo que ocurria, el jeneral Búlnes supuso que Cruz enviaba aquellos escuadrones por la retaguardia de su línea para reforzar su flanco derecho i ata-

(1) El comandante Zúñiga nos refirió, en 1852, que la artilleria, que él mandaba en jefe en el ejército revolucionario, disparó en Monte de Urra 385 bombas i balas rasas. Recuerdo que, en esa época, aquel hombre, tan candoroso como entusiasta, hacia reir a mis hermanos menores, contándoles que a cada tiro de cañon que él hacia, decia como retando al enemigo.—*Allá va esa perita!*, palabras a las que él daba una acentuacion particular al pronunciarlas, produciendo un efecto en estremo grotesco.

car el izquierdo suyo, donde solo formaban algunos escuadrones de milicias i el tercer escuadron de cazadores, al mando del mayor Las Casas, miéntras que toda su caballeria veterana estaba situada a su derecha, pues, viniendo ésta en órden de marcha, a la cabeza de las columnas de infanteria, le habia sin duda tocado aquel puesto en la formacion de la línea.

Apercibiéndose, al punto, del peligro que amagaba a su línea por la izquierda, envió el jeneral Búlnes, con su ayudante Borgoño, al coronel Garcia, que mandaba la caballeria en su derecha, la órden de pasar rápidamente a su costado izquierdo.

Hízolo asi aquel jefe, pero con tal petulancia i con tan estraño olvido de las reglas mas comunes de la táctica, que, en vez de pasar por la retaguardia de su línea, puso su caballeria a galope, en columna, i se lanzó por el frente, estorbando asi los fuegos de su propia infanteria i sirviendo de certero blanco a los cañones enemigos.

Fué en esta aturdida maniobra donde cayó muerto, arrebatado por una bala de cañon, el ayudante San Martin de granaderos i donde el sarjento mayor del mismo cuerpo don Pedro Maria Pantoja (1) tuvo su caballo derribado por un proyectil, que le arrancó las pistoleras de su silla, sin hacerle lesion alguna. Mayor fué aun el daño que estuvo a punto de hacer Garcia a la columna de cazadores de Silva Chaves que este hacia replegar sobre toda la línea, i no por los flancos,

(1) Era este oficial hermano mayor del coronel de este nombre i gozaba de algun crédito por su valor. Habia nacido en Concepcion en 1807 i servido desde 1833 en el rejimiento de cazadores a caballo. Hizo, en este mismo cuerpo, la segunda campaña del Perú, encontrándose destacado en la division que mandaba el jeneral peruano La Fuente i que obró sobre el norte de aquella República.

como se acostumbra en tales casos, lo que dió lugar a que muchos de sus soldados fueran atropellados por los escuadrones que pasaban a galope sobre el terreno en que aquellas se batian.

XVI.

Pero el atolondramiento del coronel Garcia no paró aqui. Acaso irritado contra si mismo por la precipitacion con que habia ejecutado su movimiento, pasó unas zanjas con sus escuadrones veteranos i dióles órden, con voz de despecho, para formar en batalla i prepararse a la carga. Todos aseguran que tan atrevida resolucion fué acordada sin órdenes superiores.

Colocáronse, en efecto, los cinco escuadrones disciplinados, de que constaba la caballeria de Búlnes, en actitud de emprender la carga sobre el flanco derecho del jeneral Cruz. Los *Lanceros de Colchagua* se situaron a la derecha, al mando de su comandante Yañez, los *Granaderos* en el centro, bajo las órdenes de Yavar, i por último, a la izquierda el favorito rejimiento de *Cazadores*, a quien, sin embargo, por derecho de antiguedad, correspondia la derecha de la formacion. El comandante Venegas estaba a su cabeza, aunque solo tenia a sus inmediatas órdenes en aquel encuentro uno de sus escuadrones.

En el flanco derecho de la línea del jeneral Cruz, formaba, como ya dijimos, el rejimiento de Ruiz, que habia tomado posicion, oculto tras un bosquecillo de álamos, en la inmediacion de un pequeño molino, i dos escuadrones que se encontraban a vanguardia, siendo uno de estos de tiradores (1).

(1) Nunca hemos podido saber con fijeza a que rejimiento

Al son de los clarines, lanzáronse los Cazadores de Venegas sobre aquellos dos escuadrones que parecian aislados, i en pos de ellos, los Granaderos, miéntras que Yañez tomaba con sus Lanceros los aires de táctica i el mayor Las Casas quedaba firme con su escuadron, sirviendo de reserva.

La carga fué valientemente ejecutada por los Cazadores; i los dos escuadrones enemigos, rotos i desordenados por aquella embestida, retrocedieron en confusion. Pusiéronse entónces a perseguirlos, Cazadores i Granaderos, rebalsando la línea de infanteria de Cruz i aun la posicion de la columna de reserva que hizo un cambio de frente para contenerlos.

Mas, en esta coyuntura, como el leon que salta de su guarida, Eusebio Ruiz salió de entre los árboles que lo encubrian, i cargando de flanco a los escuadrones enemigos que venian persiguiendo, púsolos en súbita confusion. Volvieron entónces cara, a su vez, los mas de los soldados del gobierno i fueron a rehacerse a retaguardia. Mas Ruiz habia cortado un grupo considerable de los que iban adelante; i viéndose estos aislados i sin poder retroceder, pusiéronse en fuga, dispersándose por la campiñia, en direccion a las márjenes del Cato. Casi todos aquellos desgraciados perecieron en la persecucion que se les hizo. Eran, en su mayor número, granaderos a caballo i, como se hubiera dicho que en Petorca habian acuchillado a los rendidos, teniánles particular odiosidad los jinetes rebeldes, a quienes sus jefes asuzaban. Asi fué que cuando los vieron en derrota, distinguiéndolos por el panta-

pertenecian estos dos escuadrones de los rebeldes. Nos consta solamente que uno era de carabineros i pertenecia al cuerpo de Zañartu, pero ignoramos quien lo mandase. En cuanto al otro, nos inclinamos a creer fuese el escuadron de Souper, por la parte que este tomó en el combate, i a quien, sin duda, el jeneral Baquedano habia señalado aquel puesto, desprendiéndole del rejimiento de Puga a que pertenecia i que formó a la izquierda.

lon grana que usaban, comenzaron a decir muchas voces a la vez—*A los colorados! a los colorados!* i enrristrando lanzas, iban los terribles fronterizos de Ruiz acuchillándolos por las espaldas.

Tomaron tambien parte en este ejemplo de ferocidad los indios de Colipí, que no llegaban a 40, miéntras que los de Maguil se habian mantenido inactivos en el punto en que estaba la provision del ejército, léjos de todo peligro. Estos bárbaros se manifestaban aterrados con el estallido de las bombas, cuyo uso les era al parecer desconocido, pues cuando algunos oficiales fueron a decirles que cargaran, señalaban con sus lanzas el espacio i tratando de remedar con el jesto el estallido de aquellos proyectiles, daban a entender que ellos tenian miedo de pelear con enemigos que hacian caer sus fuegos del cielo (1). Solo uno de aquellos carniceros araucanos se mostró sobre el campo de batalla, digno de la fama de sus mayores i de las hazañas que aquellos ejecutan solo en su nativa tierra; i fué este el adolescente heredero de los bravos Colipí, quien matando a un granadero, de hombre a hombre, con su lanza, lo despojó de su bruñida coraza, i teñida todavia de sangre, se la ciñó al pecho, mostrándose ufano de su triunfo.

Entretanto, los Cazadores, reorganizados a retaguardia, habian vuelto a la carga, conducidos por el bizarro capitan Villalon, pues Venegas, que hacia la guerra a su pesar, se habia retirado del terreno, asi como el comandante Yavar.

(1) Casi todas las bombas que se dispararon en Monte de Urra por la artilleria del ejército del gobierno, reventaron en el aire. El coronel Escala, quien nos ha confirmado en este aserto, atribuye aquella circunstancia a que, estando mal arregladas las roscas o tornillos de graduacion para las punterias de los obuses, no se podia acertar a medir la elevacion.

Dejó este su cuerpo a sus mas acreditados capitanes don Serapio Diaz i don Roque Allende.

Trabóse entónces, entre los fronterizos de Ruiz i aquellas tropas veteranas, uno de esos combates que nuestros soldados de caballeria llaman de *entrevero*, i por un considerable espacio, no se oyó sino el choque de los sables de los agüerridos jinetes de Búlnes i el bote de las lanzas que los voluntarios del Biobio asestaban contra sus corazas. El ajitado tropel de los caballos, su pesado resollar, los ayes de los que caian, las voces de mando, el son de los clarines, que ya tocaban repliegue, ya el avance, i los raros disparos de las pistolas i carabinas de los combatientes; tal era el aspecto que presentaba el terreno en que se batian las caballerias, envueltas, como en Junin, por una carga de flanco, que habia hecho vencedores a los vencidos.

Tan grande era la confusion de aquel enjambre de combatientes que, habiendo mandado tocar reunion el alferez de granaderos a caballo don Benjamin Diaz Valdez a un corneta de su cuerpo que vió a su lado, vinieron a formar los propios soldados enemigos i, reconociéndolo, lo obligaron a rendirse, junto con otro oficial de su cuerpo llamado Molina. El jóven Valdez entregó su espada al valeroso Souper que acababa de quebrar la suya sobre la coraza de un soldado que rousaba rendirse, i cuando aquel fué conducido a la presencia del jeneral Cruz, en el mismo campo de batalla, preguntándole éste si era pasado, como acababan de decírselo, asomó una lágrima a los ojos del pundonoroso mancebo i díjole con entereza—*No, mi jeneral; soi prisionero!*

Entretanto, i en lo mas ardiente de aquella obstinada lucha, habian venido dos nuevos cuerpos a tomar parte en la refriega. Del ala izquierda, se desprendia el bizarro Lara con el escuadron de tiradores veteranos que mandaba, i

avanzando a galope sobre el sitio donde tenia lugar el choque, llegaba a la hora oportuna para decidir el combate. De parte del ejército del gobierno, llegaba, al mismo tiempo, el comandante Yañez con sus intrépidos aunque bisoños lanceros i «como tontó atolondrado», segun sus propias palabras de soldado, penetró en medio de aquella vorájine de enardecidos combatientes. Mas, rodeólo al punto Lara, mientras una compañía del Carampangue, que estaba tendida en emboscada dentro de una sementera de trigo ya del todo crecida, hizo su aparicion por un flanco con una descarga cerrada. Yañez se creyó perdido i él o uno de sus oficiales gritó: *estamos rendidos!,* a lo qué, adelantándose el jeneral Baquedano, ordenó parar el fuego e hizo señales al mayor Gaspar para que no disparase un cañon cargado a metralla, que, desde la batería de la derecha, apuntaba en ese momento contra el escuadron que se mantenia inmóvil.

En tan crítico momento, es avisado el jeneral Búlnes del peligro en que está toda su caballería, i ordena a su bizarro ayudante, el comandante don Antonio Videla Guzman, que se ponga a la cabeza del tercer escuadron de Cazadores i cargue en proteccion de sus comprometidos i desorganizados escuadrones veteranos. Verificólo aquel con celeridad i pujanza; i al notar Yañez aquel movimiento salvador, cobra ánimos, da la voz de media vuelta i se escapa por entre los grupos de sus propios captores, tan sorprendidos como él (1).

(1) He aquí como cuenta Yañez este lance, en una carta fechada en Chillan el 23 de noviembre de aquel año i que se publicó en el *Boletin Oficial* de aquellos dias. «I yo, como tonto atolondrado, dice, me perdí con el cuerpo i me fuí a los enemigos, *los que me consideraron su prisionero*, apesar de haber yo rehúsado al jeneral Baquedano, quien me lo intimaba i con quien cruzé

Con la escapada de Yañez, que no fué perseguido, tuvo fin el combate i gran parte del éxito del reñido combate de Monte de Urra. Los cañones apagaron sus fuegos, i las líneas se alejaron alguna distancia entre sí, mientras los cornetas de la caballería iban por los campos tocando reunion a los dispersos. A las tres i media de la tarde, todo estaba terminado i no se observaban sino las maniobras que hacian ambos ejército para ponerse a cubierto de un nuevo ataque. Toda la refriega no habia durado mas de dos horas (1).

XVII.

El hecho de armas de Monte de Urra fué, mas que una batalla, un palenque de caballeros. Pelearon los jinetes de uno

mi lanza; i por un milagro, me desprendí de ellos con mi escuadron, a fuerza de lanza.»

La version que hace el jeneral Baquedano de esta peripecia es algo distinta, segun una carta que sobre este combate ha tenido la bondad de dirijirnos últimamente.

«Lo que recuerdo, dice, del encuentro de Yañez en los Guindos, es que en las escaramusas que tuvo la caballería en aquel lugar, Yañez, quizá sin advertirlo, se encontró envuelto con la caballería que yo mandaba, i cuando se vió en peligro, pretestó que estaba rendido, como me lo gritó, i yo creí que realmente viniera pasado i ordené a mi ayudante, coronel don Ceferino Vargas, lo desarmase i se entendiese con Yañez. Mientras tanto, yo mandé un movimiento a mi caballería i me retiré un momento, circunstancia que aprovechó Yañez para escaparse con su escuadron.»

(1) He aquí la sucinta manera como el comandante Silva Chaves describe la funcion de armas de Monte de Urra, en cuanto a sus operaciones estratéjicas.

«Habiendo situado la línea Cruz, dice aquel jefe en su diario de campaña, frente de los Guindos i en direccion paralela a la nuestra, pero a no ménos distancia de una milla, se me hizo

i otro ejército con estraordinaria bizarria, i tuvo por mucho la peor parte del encuentro la caballeria del gobierno. Quedaron fuera de combate cerca de cien de sus mejores soldados, i la dispersion de las milicias, que fugaron hácia el Ñuble, fué casi completa (1). El cuerpo que mas habia

salir con la columna de cazadores, compuesta de tres compañías; se me ordenó avanzar, i yo me creí era el objeto de protejer el movimiento de la línea, pero avanzé, me acerqué al enemigo, i rompí mis fuegos, que fueron contestados por dos compañías que a la vez salieron del jeneral Cruz. Despues de media hora de fuego i a cierta distancia, porque mis balas alcanzaban a la línea del jeneral Cruz, miro atras i veo que la línea no se habia movido i que podia ser cortado, sin proteccion por la distancia. Sigo mi fuego en retirada, i al acercarme, se me mandó órden para que me replegase a la línea. El coronel don Ignacio Garcia, jefe de la caballería, habia hecho pasar a vanguardia de la línea toda la caballería en columna cerrada, no sé con que objeto ni que se propuso con tamaña imprudencia, i sin órden del jeneral en jefe. El enemigo no hizo mas que ver la caballería de *blanco*, rompió el fuego su artillería sobre nuestra caballería, i para complemento del desatino, Garcia mandó desfilar la caballería por enfrente de la línea de infantería, no pudiendo nuestra artillería contestar los fuegos enemigos. Despejado el frente, éteme aquí con el gran cañoneo, sin consecuencia de ninguna parte.»

(1) Segun una lista nominal, hecha por el ayudante de estado mayor Gomez Garfias, con fecha de enero 12 de 1852, el número de los muertos del ejército del gobierno ascendió solo a 15 i el de los heridos a 69; pero este estado es inexacto, desde que omite las bajas que tuvo el rejimiento de Cazadores, que, segun una revista de este cuerpo que hemos consultado en su mayoria, fueron 7, de modo que el total de plazas puestas fuera de combate fué de 91, sin contar los dispersos i de 30 a 40 prisioneros, entre los que figuraban dos oficiales. En cuanto a la pérdida del ejército del sud, aparece que no pasó de 30 hombres, siendo 7 los muertos i 21 los heridos, aunque el coronel Zañartu dice en su diario que aquellos fueron 14.

Algunos hacen subir las pérdidas del jeneral Búlnes a un número mayor. Silva Chaves, en su diario, señala el doble de muertos que el que fija Gomez Garfias, esto es 46, cuando en la lista nominal

sufrido habia sido el de Granaderos a caballo. Muchos de sus bravos perecieron defendiendo su montura a pecho descubierto; otros fueron heridos por la espalda, cuando se dieron a la fuga, recibiendo ominosa muerte de las lanzas araucanas, único baldon de aquella jornada.

Distinguiéronse, entre los oficiales del gobierno, el coronel Gana, que tuvo su caballo herido de bala de fusil, habiendo escapado antes de una bomba que reventó a pocos pasos de distancia del sitio en que se encontraba con el jeneral Búlnes, cubriéndolos a ambos del polvo que levantó al estallar. Murió, como hemos dicho, el ayudante San Martin i fueron heridos los oficiales Urzúa de Granaderos, i el alferez de los Lanceros de Colchagua don Belisario Ibañez, valeroso mancebo, hijo de aquel famoso coronel Ibañez que enlazó los cañones del enemigo en una salida del sitio de Rancagua, i por último, el esforzado oficial de Cazadores don Santos Alarcon, cuyo nombre, en los anales militares del sud, es sinónimo de bravura.

Entre los jefes de los rebeldes, señaláronse muchos nombres con elojio. Ninguno podia sonar mas alto que el de Eusebio Ruiz, pero el jeneral Cruz premió la bizarria del ca-

de éste son solo 22 (comprendiendo las bajas de los Cazadores). Vicuña los aumenta a 51 i a 90 heridos. Por último, en una carta del jeneral Cruz fechada en Baeza, el 24 de noviembre, dice este jefe que el enemigo perdió 160 jinetes entre muertos, prisioneros i heridos.

En el documento núm. 11 del Apéndice, publicamos la lista nominal de los soldados del gobierno que perecieron o fueron heridos en Monte de Urra, no solo por ser un comprobante tristemente auténtico de la importancia militar de este hecho de armas, sino como una ofrenda a la memoria de esos hombres del pueblo que no tienen mas epitafio que la raya de tinta que pasan sobre sus nombres los comisarios encargados de ajustar el prest de los que han sobrevivido.

pitan Grandon, confiriéndole el grado de mayor en el campo de batalla, título de gran valía, porque nadie se mostró mas parcimonioso en los ascensos que aquel severo caudillo. Fué herido tambien un capitan de Arauco llamado Saens, a quien un casco de granada rompió un pié en la caballería de reserva i una bala de cañon trajo al suelo, sin mas lesion que la caida, al ayudante Alvarez Condarco que pasaba a galope al frente de la línea. Entre los jefes que no eran veteranos, Souper i Lara llevaron los mejores aplausos de la jornada.

Los cuerpos de infantería hicieron solo una lucida parada militar. Su ardimiento por el combate habia sido estraordinario, sin embargo, i habíase visto, al principio de la accion, un voluntario del *Guia* que, habiendo recibido una bala fria en la mejilla, corrió al hospital, sin soltar su fusil, sufrió la dolorosa extraccion que le hizo el cirujano Andreas i, sin admitir mas venda que un trozo de tela emplástica, corrió de nuevo a las filas a vengar su sangre (1). De los soldados enemigos, contábase tambien de un cazador llamado Henriquez, asistente del capitan Castillo, que teniendo la coraza i el pecho perforados con una bala, rehusaba rendirse, hasta que la sangre i la ira le ahogaron, derribándole de su caballo. Otro valiente sarjento de Granaderos a caballo, llamado Vallejos, favorito del jeneral Búlnes i que, despues de los peligros de aquel dia, fué a morir noblemente en un vado de Longomilla, tratando de salvar una mujer que se ahogaba, se defendió en combate singular contra un enjambre de enemigos que le perseguia, hasta que logró abrirse paso hasta los suyos, por la sola fuerza de su brazo i el filo de su sable.

(1) Aquella bala, que derramó la primera sangre en los combates de la campaña del sud, fué conservada durante algunos años por mi hermano, Bernardo Vicuña, que presenció el lance que contamos.

XVIII.

Pero no fueron las proezas del heroismo ni la sangre vertida en el campo lo que dió realze i nombradia al combate de Monte de Urra, en presencia de la revolucion. Fué el espíritu marcial, el orgullo del éxito, la exaltacion en la fé i en la justicia de la causa, el sentimiento que cundió entre las filas que habian proclamado aquella, i el necesario abatimiento que las peripecias de aquel encuentro produjeron en sus contrarios. La sangre de los bravos chilenos se hizo así el bautismo de la idea que ganaba igual terreno con el triunfo i el martirio i sus mil disparos de cañon se disiparon solo como la salva que prometia a la causa de la República, mas allá de sus funerales, los dias de ventura que hoi comienzan a sonreirla.

En un sentido militar, el hecho de armas de Monte de Urra no fué sino el *fogueo* de la tremenda batalla de que era precursor i que la tradicion coloca ya en el número de las grandes catástrofes de Chile.

XIX.

A las seis de la tarde, estaban ya acampados i en completa tranquilidad ambos ejércitos, despues de aquella fatigosa jornada.

A la mañana siguiente (20 de noviembre), el jeneral Búlnes entró a Chillan, despues de maniobrar, como si hubiera querido atraer al enemigo a un combate jeneral, i el ejército revolucionario regresó a su antigua posicion de los Guindos

El jeneral en jefe del ejército del gobierno consideraba una sobrada compensacion, para el parcial fracaso que habian sufrido sus armas, la ocupacion de un pueblo tan abundante de recursos como era la ciudad de Chillan.

El caudillo de los rebeldes, que por sus vacilaciones habia dado aquella ventaja al enemigo, se retiraba tambien, satisfecho del éxito alcanzado por los suyos.

XX.

En cuanto a su jenerosa, pero mal aconsejada inspiracion de obtener una solucion pacífica de la contienda, los escuadrones del gobierno habian venido a traerle en las puntas de sus lanzas la respuesta de los ajentes de aquel, mientras que su parlamentario era detenido en las filas enemigas. Solo muchas horas despues, regresó este con la siguiente noble respuesta que cierra dignamente los acontecimientos de aquel primer cuadro de la campaña del sud.

CUARTEL JENERAL DEL EJÉRCITO DE LA REPÚBLICA (1).

«He recibido la nota que U. S. ha tenido a bien dirijirme en la mañana de hoi, en que me manifiesta estar dispuesto a

(1) Hé aquí el oficio en que el jeneral Búlnes daba cuenta al gobierno de su manera de concebir las propuestas de paz del caudillo de la revolucion, asi como de las operaciones militares del dia 19.

CUARTEL JENERAL DEL EJERCITO DE OPERACIONES SOBRE EL SUR.

Chillan, noviembre 21 de 1851.

«Me ha parecido conveniente dar a US. por separado cuenta del contenido de una comunicacion que el jeneral don José María de la Cruz me dirijió el 19 del corriente, al tiempo de pre-

arreglar conmigo la cuestion militar pendiente, de un modo que garantice el órden público, mientras la nacion pueda espresar sus intereses i su voluntad. U. S. se sirve invocar, a este propósito, los sentimientos de humanidad i de patriotismo que le impelen a dar este paso, i espone los resultados lastimosos que pudieran resultar de mi negativa, en atencion a haber en el ejército de su mando un número de indios bárbaros, de cuya conducta parece no se atreve U. S. a salir garante.

Me es sensible tener que contestar a U. S. que no invisto carácter ni facultad alguna, en virtud de la cual me sea dado

sentarme al frente de su campo. Por la copia de ella que incluyo, se impondrá US. de los términos bastante jenerales i vagos de que se sirve para proponer medios de avenimiento. Ellos son susceptibles de diversas esplicaciones, de manera que pueden interpretarse en distintos sentidos, mas o ménos exajerados o prudentes. Podria parecer quizá que debió pedirse al jefe que los suscribia que determinase su mente, reduciendo la invitacion que hace a medidas determinadas; pero, como todas las interpretaciones posibles daban siempre por resultado la indicacion de alguna interrupcion jeneral o parcial en el réjimen constitucional de la República, entendí que no tenia facultades para oir semejantes medios de avenencias, i que el sostener correspondencia de esta clase no produciria otro resultado que demorar las operaciones, i dar lugar a que se reuniesen al campo enemigo los refuerzos que le venian en marcha desde Concepcion. En consecuencia, me determiné a dar la contestacion de que remito copia. Por ella verá US., que repeliendo las propuestas que se me hacian, he dejado abiertas las puertas para cualquier avenimiento sobre la base de respetar el réjimen legal de la Nacion.

«Por lo demas, conviene que US. sepa que, al mismo tiempo que mis avanzadas recibian al parlamentario, una partida desprendida del campo enemigo, compuesta en su totalidad de indios bárbaros, cargó a otra que habia avanzado para cubrir un flanco. Asi es que fué menester romper el fuego para procurar la defensa. Mas adelante i en los momentos mismos en que contesba la nota, hallándose los ejércitos al frente, el cañon de los sublevados rompió de nuevo el fuego, obligándome a poner en

revocar los actos políticos que ha ejercido la República recientemente i que están consagrados por las formas constitucionales de que U. S. mismo ha sido por largo tiempo celoso defensor, i por la autoridad del Congreso Nacional, cuyos actos ha acatado U. S. del mismo modo que yo. Soldado del gobierno proclamado por el órgano competente, no puedo celebrar con U. S. acto alguno valedero que tienda a revocar en duda la existencia de ese gobierno, i hacer pasar a la República por un nuevo período electoral, que lei alguna determina i que no tendria otro orijen que la estipulacion desautorizada de dos jefes militares, a quienes la Constitucion impone por único deber la obediencia.

movimiento mi caballería i jugar la artillería para contestarlo. De esta manera, me cabe la satisfaccion de decir que la iniciativa de la sangrienta jornada de ese dia, corresponde a los enemigos, no obstante su aparente intento de abrir comunicaciones de paz.

«Sírvase US. poner en conocimiento de S. E. el Presidente de la República el contenido de esta comunicacion.

Dios guarde a US.

Manuel Búlnes.»

Al señor Ministro de la Guerra.

Don Manuel Montt, a su vez, daba noticia de aquellos sucesos a uno de sus subordinados (el coronel don Pablo Silva, gobernador entónces de Ovalle), con las siguientes palabras, en carta fechada en Santiago el 25 de noviembre.

«Nuestro ejército pasó el Ñuble con felicidad, i despues de un encuentro de las caballerías de ambas partes, bastante ventajoso para la nuestra, ocupó a Chillan el 20. Cruz estaba en los Guindos, parapetado detras de fosos i palizadas. La corta distancia que mediaba entre ambos hace esperar bien pronto una accion decisiva. El resultado lo esperamos con confianza, por que nuestro ejército es numeroso, está bien provisto de todo, se encuentra animado de un excelente espíritu, hai verdadero entusiasmo, no solo en los jefes sino tambien en la tropa, i porque nuestra causa es justa.»

«Conozco que la humanidad i el patriotismo exijen evitar el sacrificio sangriento de las víctimas que están prontas a ser sacrificadas; pero invocando esos mismos sentimientos de que U. S. ha dado pruebas, me permito representarle que no soi yo el que he invocado las armas para resolver una cuestion política que debió terminar en la urna electoral, sino que he sido mandado por el gobierno para sofocar el pronunciamiento que en el mes de setiembre pasado hicieron en Concepcion una parte de las fuerzas militares que guarnecian aquella provincia. En manos de U. S. está precaver el derramamiento de sangre, haciendo que esos cuerpos vuelvan a tomar la actitud que la lei les impone. Si la República tiene derechos que hacer valer o libertades que reivindicar, ella es bastante poderosa i fuerte para verificarlo en las elecciones populares que deben verificarse en breve. Desde luego, por lo que a mi toca, puedo ofrecer un relijioso acatamiento a su resultado, del mismo modo que demando el de U. S. i el de los militares que están a sus órdenes al que ha tenido lugar en junio i julio del presente año.

«Reclamo de U. S. una séria atencion acerca del empleo que me anuncia de un cierto número de bárbaros en una guerra lastimosamente encendida entre jente civilizada. U. S. reconoce que no puede contener su crueldad nativa en el caso de obtener una victoria; yo me apresuro a recordar a U. S. que esos estragos que me anuncia van a ejercitarse sobre ciudadanos de la República, sobre chilenos, sobre hermanos, i que la matanza bárbara que ellos pueden esperimentar llenaria de consternacion i de duelo centenares de familias, i que sublevaria esos mismos sentimientos de humanidad i patriotismo de que U. S. se muestra poseido. En el momento de recibir la proposicion de paz que contesto, contraviniendo, sin duda, las órdenes de U. S., han atacado

al ejército de la República de que son porfiados enemigos, i me han obligado a una defensa que ha retardado la contestacion de la nota. Por lo demas, repelo la increpacion que U. S. hace a mi gobierno, de haber intentado emplear en defensa de su causa aquel vedado apoyo. No se podrá citar un solo testimonio de esa dolorosa iniciativa, i sí acreditar de que se ha ejercido la influencia de que se estaba en posesion para contener i moderar sus ímpetus exacervados por ajenas causas.

«Al terminar esta nota, me complazco en manifestar a U. S. que nunca he desmentido los sentimientos de humanidad i aun de la mas alta clemencia que han guiado mi conducta como funcionario público. Al frente hoi del ejército de la República, no son compromisos personales los que me han colocado en este puesto, así como no es tampoco personal la causa que defiendo. El supremo gobierno tuvo a bien llamarme a las filas el mismo dia en que entregaba la banda tricolor. El llamamiento que se me hizo no vacilé en aceptarlo, cumpliendo con los deberes que la patria impone al soldado i al ciudadano. Yo deploro como el que mas toda efusion de sangre i me congratularia sobremanera de poderla ahorrar por los medios que nos franquean la constitucion i las leyes.

Dios guarde a U. S.

Manuel Búlnes.»

CAPITULO X.

LA RETIRADA DEL JENERAL BÚLNES.

Operaciones de la division Alemparte i su estraña tardanza para reunirse al ejército.—Esplicaciones sobre este particular dadas por aquel jefe.—El jeneral Cruz traslada su campo a la orilla sud del rio Chillan para protejer la incorporacion de aquella.—Juicio sobre este movimiento retrógrado.—Organizacion de partidas disciplinadas sobre el Itata.—Don Juan Antonio Pando es nombrado intendente de la provincia del Maule.—Carta del jeneral Cruz al intendente Tirapegui en que detalla sus operaciones.—El ejército revolucionario ocupa de nuevo su campamento de los Guindos.—Se subleva en Huaquillo un escuadron de milicias.—Motin del batallon Curicó en Talca.—Montoneras en Colchagua.—Difícil posicion del ejército del gobierno en Chillan.—Don Pedro Felix Vicuña ofrece marchar a Talca con una division de caballeria lijera.—Empeños de Alemparte, Urrutia i Baquedano en el mismo sentido.—El gobierno de la capital teme aquel movimiento i ordena al jefe del canton militar de Talca defender el Maule a toda costa.—Resistencia del jeneral Cruz a aquellos planes.—Desazon que produce ésta entre los jefe revolucionarios.—El jeneral Urrutia se dirije con algunas fuerzas a ocupar los pueblos de la provincia del Maule.—El ejército rebelde pone cerco a Chillan.—El jeneral Búlnes fomenta la reaccion entre los oficiales veteranos de aquel.—El comandante Molina recibe secretamente

despachos de teniente coronel del enemigo.—Dos ayudantes del jeneral Cruz son encausados por sospechas.—Rumores siniestros que circulan entre los soldados.—Discordias de los jefes rebeldes entre sí.—Revelaciones del comandante Urízar al coronel Zañartu.—Situacion análoga del ejército del jeneral Búlnes.—El comandante Venegas se retira del servicio.—Refranes característicos de los soldados enemigos.—El jeneral Búlnes resuelve contramarchar al Maule.—Espresiones del jeneral Cruz al tener noticias de este movimiento.—Tardanza que pone en la persecucion del enemigo.—Tiroteos de las descubiertas.—El ejército del gobierno repasa el Ñuble.—El jeneral Baquedano se ofrece para atacarlo en aquella operacion, pero se niega el jeneral Cruz.—Disgusto del ejército al saber que el enemigo ha pasado el rio sin ser atacado.—Sarcasmos peculiares de los soldados rebeldes.—Los indios se desertan en masa, i se fugan varios destacamentos del ejército.—Consecuencias funestas a la revolucion del repaso del Ñuble por el jeneral Búlnes.—Elementos que aguardan a éste i ejército de reserva que se propone organizar el gobierno.—El ejército revolucionario atraviesa el rio por el vado de Dadinco.—Marcha de los dos ejércitos hasta el Maule.—Revelaciones del comandante Urizar en el campamento de Longaví.—Ataque infructuoso del Parral.—El jeneral Búlnes situa su campo en el cerro de Bobadilla i el ejército revolucionario ocupa las casas de Reyes en el valle de Longomilla.—Proximidad de una batalla decisiva.

I.

Al referir, en el capítulo que precede al anterior, el desenlace de la rebelion del comisario Zúñiga, deciamos que la division pacificadora de la frontera habia emprendido su marcha desde Concepcion para reunirse al ejército revolucionario, solo el dia 17 o 18 de noviembre, esto es, doce dias despues de haber terminado su mision en la Araucanía. Deciamos tambien que aquella tardanza inesplicable en un hombre del carácter i de los recursos del intendente Alemparte,

que mandaba en persona aquella fuerza, iba a acarrear los mas sérios contratiempos a la marcha de la revolucion, que tan próspera corria hasta aquella época.

Hemos dicho tambien anteriormente que la demora de este refuerzo fué la causa principal, acaso única, de no haber empeñado el jeneral Cruz una batalla campal ni en los Guindos, atacando de flanco al ejército del gobierno, ni en Monte de Urra, arrollando su línea de frente, despues del choque de las caballerias. Asi fué que apenas habia tenido lugar este hecho de armas, el jeneral Cruz, no siendo ya dueño de su impaciencia, escribió a Alemparte en el mismo campo de batalla i sobre una caja de guerra las siguientes palabras.—«Son las seis ménos veinte; i nos encontramos ambos ejércitos bajo el tiro de cañon. A mas de 40 muertos perdidos por el enemigo, se le han huido i dispersado mas de 100. No he querido comprometer la infanteria, suponiendo que U. puede reunírsenos esta noche. Su marcha debe ser por el camino que ántes le he indicado. Si los enemigos se dirijen a Chillan, yo marcharé a la orilla de este rio, para tomar el puente. Nuestra pérdida consiste en tres indios, dos soldados de cazadores i un alferez muerto, i cinco individuos heridos» (1).

II.

Ya, muchas horas antes, habia salido al encuentro de Alemparte el infatigable Pradel. Encontrábase este en Chillan, durmiendo tranquilamente, despues de haber estado a caballo varias semanas consecutivas, acarreando refuerzos al

(1) *Boletin del sur*, lib. 2.°, núm. 9.

ejército desde la frontera. Solo en la tarde anterior habia llegado a los Guindos con 150 hombres de caballeria, que habia reunido en los Anjeles, despues de la muerte de Zuñiga; i no sospechando que el jeneral Búlnes se propusiese marchar sobre Chillan, se habia venido a descansar a casa de un amigo, en este pueblo.

Los primeros disparos de cañon vinieron a anunciarle, en la mañana del dia 19, la presencia del enemigo. En el acto mismo, pidió su caballo, i seguido de una partida armada, que siempre le acompañaba en sus escursiones, se dirijió a revienta cinchas a dar aviso a Alemparte de lo que ocurria i a pedirle apresurase su marcha. A las ocho de la noche de aquel mismo dia, Pradel llegaba a la Florida, habiendo salido de Chillan a las 11 de la mañana. Ahí estaba acampada la division de Alemparte, i se dió órden para que mui de madrugada emprendiese su marcha hacia el Itata.

III.

Componíase lo mejor de la division de Alemparte de un lucido batallon de 300 plazas (formado principalmente de los bien disciplinados milicianos de Arauco i otros puntos del departamento de Lautaro, por lo que se habia dado este nombre a aquella tropa) i de un escuadron de mas de 100 jinetes, armados con los sables i carabinas sorprendidas en la goleta *Primavera*, en la embocadura del Lebu. Venian ademas 150 indios de la costa i algunos grupos de caballeria que componian un total de cerca de 700 hombres.

Mandaban estas fuerzas los capitanes Apolonio i Condosa, el primero como comandante del batallon Lautaro, i a cargo el segundo, hombre valoroso, natural de Arauco, de la

caballeria i de los indios, que traian tambien sus respectivos capitanejos i lenguaraces.

Por el camino llamado de arriba, mas hácia la cordillera, marchaba, al mismo tiempo, conduciendo algunos centenares de indios de las tribus que habian inmolado a Zúñiga i unos pocos milicianos de caballeria el coronel Barnachea, tan famoso por su fidelidad al jeneral Freire, quien, a pesar de encontrarse ya mui anciano i decaido de espíritu, se habia dirijido desde Concepcion a los Anjeles, a hacerse cargo de aquella fuerza, por órdenes del intendente Tirapegui, el 11 de noviembre.

IV.

El 20 de noviembre por la tarde, Alemparte i Pradel pasaron el Itata i se acamparon con la caballeria de su division en Búlnes, aldea situada a dos leguas de Chillan por el camino recto del sud i solo dos del Itata, miéntras la infanteria permanecia en la vecindad del Itata a las órdenes de Alemparte.

Supieron aquí aquellos jefes que el ejército del gobierno habia ocupado a Chillan, interponiéndose, por consiguiente, en cierta manera, entre ellos i el jeneral Cruz, que ocupaba los Guindos, dos leguas hácia el oriente de aquel pueblo. En esta situacion, una estraña alarma se apoderó de Alemparte, miéntras que Pradel se manifestaba cada momento mas empeñoso por incorporar aquellas fuerzas al ejército revolucionario. Temia el primero que el enemigo, sabedor de su aproximacion, destacase su caballeria sobre el Itata i lo atacase en detalle, cortándole su retirada. En consecuencia, todo su empeño era tomar posiciones al sud del Itata para ponerse

a cubierto de una sorpresa i con este objeto, hizo repasar el rio a la infanteria aquella noche. Pradel, al contrario, le hacia ver que el medio mas espedito de evitar cualquier peligro era marchar aceleradamente a reunirse con el jeneral Cruz, cuyas operaciones dependian ahora esclusivamente de la cooperacion de aquel auxilio; i como él fuera mui conocedor de todos los senderos de aquella localidad, ofrecíase a conducir la division hacia los Guindos, tomando por la ribera del Diguillín i dando un corto rodeo hácia el oriente.

Convino al fin Alemparte en aquel plan, despues de haber dado muestras de la irritabilidad de su carácter en las disputas con su correlijionario, que, a fé, no le iba en zaga en arrebatos de impetuosidad, pues el acaso habia reunido en aquella coyuntura a los dos terribles proconsules de la revolucion del sud, que, en esta vez, si no vinieron a mayores, fué sin duda porque el uno tenia en su locuacidad una válbula de escape que aplacaba su exaltacion, i el otro encontraba en su sordera un muro que contuviese los desbordes de su índole veracísima.

Mas no fué poca la sorpresa de Pradel cuando, al ponerse en marcha al amanecer del dia 21, conforme al plan convenido, le dieron aviso que Alemparte se dirijia hácia el sud con la caballeria (1). Lleno de ira, resolvió entónces Pradel

(1) Hemos hablado posteriormente con el señor Alemparte sobre estas operaciones, i segun su esposicion, era su plan retroceder mas allá del Itata para reunirse a Cruz por la ceja de la montaña. A fin de ejecutar este movimiento, tenia que hacer un inmenso rodeo; pero en su concepto, Búlnes le acechaba de cerca para atacarlo, i a este efecto, habia encontrado en Larqui comunicaciones de aquel jefe, en que pedia noticias exactas de los movimientos i fuerzas de su division. Estaba pues resuelto a contramarchar i lo habria hecho, para salvar a toda costa su columna, si no hubiese recibido una carta de Cruz, anunciándole

dirijirse a los Guindos a dar cuenta al jeneral Cruz de aquellos estraños sucesos, lo que ejecutó ántes del medio dia, marchando por la orilla del Diguillin con un peloton de 40 o 50 milicianos de caballeria que quisieron seguirlo de la tropa de Alemparte. Este, entretanto, habia repasado el Itata, dando lugar con su desautorizado pànico, a que se ahogaran algunos soldados en la prisa de aquella operacion, i siendo causa del desaliento de sus fuerzas, del cansancio inútil que les imponia, i mas que todo, de la fatal paralizacion en que obligaba a permanecer al ejército revolucionario.

V.

En estremo disgustado el jeneral Cruz con el atolondramiento de su intendente de ejército, vióse en la necesidad de levantar su campo de los Guindos, lo que desbarataba sus mas acertadas combinaciones, pues tenia ahora que dirijirse

que se movia sobre el rio Chillan para protejer su incorporacion.

Segun el señor Alemparte, su idea favorita era obrar independientemente con su division, marchando por el camino llamado *del medio*, que corre por los declives orientales de las colinas de la costa, hacia Cauquenes i el Maule; pero este plan, que sin duda habria sido exelente con tropas bien organizadas, encontró una terca resistencia en el jeneral Cruz, quien le ordenó perentoriamente se le reuniese a toda prisa. Prometiase Alemparte obrar con tal celeridad que contaba llegar a Santiago con sus fuerzas en los primeros dias de diciembre; pero nosotros nos preguntamos ¿cómo habria sido posible ejecutar tamaña proeza, retrocediendo hácia el sud por el mero amago de una sorpresa? Sin embargo, en cumplimiento del deber de lealtad que nos impone nuestro propósito de justicia i verdad a toda prueba, estampamos aqui las anteriores reflecciones.

al sur, en lugar de tentar un movimiento sobre el Maule, que de seguro habria traido, en la situacion respectiva en que se encontraban los belijerantes, el pronto i feliz desenlace de la revolucion.—«El jeneral Cruz, dice uno de sus confidentes intimos (1), estaba mui incómodo i me dijo que Alemparte lo habia embarazado mucho en sus operaciones con su tardanza, pues él hubiera obrado con la fuerza que tenia; pero que la prudencia de un lado i la necesidad de quitar todo pretesto para que no lo culpasen si algun mal resultado lo acompañaba, le habia hecho esperar aquel refuerzo.»

Como militar, el jeneral Cruz obraba cuerdamente, al emprender aquel movimiento retrógrado; mas no, en manera alguna, como revolucionario. Retroceder, hemos dicho ya otra vez, al hablar de las rebeliones armadas de los pueblos, es ir en derechura a la perdicion de las causas que aquellas sostienen i que solo viven del entusiasmo i de la audacia. Avanzar, al contrario, es perseguir al triunfo, porque siempre salen al paso de las lejiones populares todos los hombres que aguardan el éxito o sus apariencias para alistarse en las empresas riesgosas. Fué el olvido de estos principios lo que al fin perdió al jeneral Cruz, pues siempre postergó su mision de caudillo popular a su deberes, por nimios que estos fuesen, de jeneral en jefe; i en esto, mas que en ningun otro accidente, se diseñó la contraposicion de los caracteres i roles diversos que cupo desempeñar a los caudillos de las armas en 1851. El jeneral Cruz obró siempre como si revistiera el ministerio i la responsabilidad del gobierno i del partido «del órden». Búlnes, al contrario, que era el campeon del último, se manifestó, en todas partes, revolucionario, audaz, e irresponsable. El ejército del sud, con este

(1) Don Pedro Félix Vicuña en su diario de campaña.

jefe a la cabeza, habria venido a formar en la plaza de Santiago la parada de la victoria. Con el jeneral Cruz, debia capitular en Purapel (1).

Pero el jeneral Cruz, aun sin comprometer en lo menor sus planes militares, podia mui bien dejar la division de Alemparte del otro lado del Itata para protejer la provincia de Concepcion, i pasar él mismo con su ejército el Nuble, mientras el enemigo se encontraba en Chillan, puesto así entre dos fuegos, i habiéndose cambiado totalmente el papel que con la sublevacion de Zúñiga quiso hacer jugar el jeneral Búlnes al ejército revolucionario. Mas, aun no es tiempo de anticiparse a los acontecimientos ni a los cargos que ellos envuelven para los que asumieron la responsabilidad de aquellos ante la historia.

VI.

A las tres de la tarde del dia 21, despues de haber dejado pasar una lijera llovisna, emprendió su marcha el jeneral Cruz hácia el rio Chillan, pasó este rio, que en el verano no arrastra mas aguas que las que lleva, por lo comun, un mediano estero, i se situó en las casas de la hacienda de Boyen, propiedad de un señor Acuña, fuertísima posicion rodeada de arboledas i defendida por la alta barranca del rio Chillan.

(1) «El plan de un hombre de esperiencia, vuelve a decir el secretario jeneral Vicuña, aludiendo al carácter puramente estratéjico de las operaciones del jeneral Cruz, debe ser el de Fabio contra Anibal. Éste buscaba los combates, contando con la organizacion i el valor de sus soldados; mas aquel los evitaba, reproduciéndose en cuantos puntos le fuera posible, con lo que buscaba el apoyo de la opinion i el patriotismo de sus lejiones, con las que al fin venció a aquel terrible guerrero.»

Mantúvose el ejército revolucionario ahí acampado i completamente inactivo durante los dias 22 i 23, mientras una mortificante inquietud trabajaba la mente de su caudillo por la inesplicable tardanza que Alemparte ponia en reunírsele. Solo a las oraciones del último dia, se anunció al fin su aproximacion i luego entró al campamento en medio del entusiasmo de los soldados, que saludaban con alegres músicas la llegada de sus compañeros. El Lautaro recibió aquella noche los honores de su corta pero feliz campaña de la Araucanía, siendo colocado en primera fila, con preferencia a todos los demas cuerpos del ejército.

Venia la tropa que conducia Alemparte en estremo fatigada por sus marchas i contramarchas, i fué preciso perder todo el siguiente dia, concediéndolo a su reposo i a su organizacion. Confióse su mando al coronel Martinez, a quien se habia destituido del mando del Alcázar por la exesiva crueldad que empleaba con los soldados, agregándolo al estado mayor, i se nombró en calidad de segundo jefe al mayor Rojas, con retencion del mando de la columna de cazadores que se le habia confiado en el campamento de los Guindos.

Solo al amanecer del 25 de noviembre, fué dueño otra vez el jeneral Cruz de emprender su marcha con todas las condiciones de órden i seguridad que son propias del carácter de este antiguo militar. Pero, antes de moverse, envió a su incansable emisario Pradel a acelerar la marcha de los indios que conducia el coronel Barnachea, encargándole tambien organizara partidas de guerrillas (1) en toda la línea del

(1) He aquí la autorizacion suprema, en cuya virtud procedió Pradel a organizar sus partidas.

Noviembre 24 de 1851.

«Teniendo presente los graves perjuicios que se orijinan al pais de las partidas denominadas Montoneras, i siendo necesario

Itata, a cuyo fin decretó la organizacion de un escuadron de caballería denominado *los Libres*, al cargo del subdelegado del pueblo de Búlnes don José María Concha, antiguo oficial freirino, retirado desde Lircay, i que habia entrado en la revolucion con el mas decidido entusiasmo, segundando en todo los esfuerzos de Pradel, de quien era íntimo amigo (1).

tomar las medidas del caso para estirparlas, se autoriza al ciudadano don Bernardino Pradel para que disponga la organizacion de partidas en las subdelegaciones o distritos que lo considere necesario, bien bajo las órdenes de los respectivos subdelegados e inspectores, o de oficiales de los escuadrones o ciudadanos que crea mas aparentes para conservar el órden i perseguir a los malhechores i desertores. Esta autorizacion se estenderá a los dos curatos de Pemuco i Yungai i los subdelegados i demas jueces le facilitarán todos los recursos que de ellos pretendiese, pues se le faculta a mas de lo espresado para que dé a cada jefe de partida las instrucciones sobre que deben obrar, como asi mismo para que saquen animales para el sustento de ellas, dejando a los interesados el recibo competente, espresando su clase, calidad i valor. Les dará tambien para tomar cabalgaduras para el servicio a que son destinados, devolviéndolas a sus dueños, luego que encuentren como relevarlas, cuidando cada jefe de partida de su conservacion en el mejor estado de servicio. Anótese i transcríbase al intendente de la provincia.

Cruz. »

(1) Publicamos en seguida una carta inédita del jeneral Cruz al Intendente de Concepcion, en que da algunos detalles sobre sus operaciones i que se ha conservado orijinal entre los papeles de don José Luis Claro.

«SEÑOR DON NICOLAS TIRAPEGUI.

Boyen, noviembre 24 de 1851.

«Mi apreciado amigo:

«Con motivo del retardo de la union de la division de don José Antonio Alemparte i el riesgo en que se veia de poder ser cortada, una vez situada la fuerza enemiga en Chillan (pues podia desprenderse de fuerzas, sin esponerse a ser cortado por tal desprendimiento), mudé de campamento de enfrente de Chillan a este punto, para protejerlo. Este cambio no lo habria realizado si no

Adoptóse tambien en el campamento de Boyen la importante medida de nombrar intendente de la indefensa i casi acéfala provincia del Maule al influyente vecino don Juan

hubiese sido necesario el no comprometer accion, cuando esperaba ser reforzado.

«Hoi recibí la suya fecha 20, en el momento de estar preparado el ejército para volver a Chillan a tomar posesion nuevamente de los Guindos, o pasar de este punto, si los movimientos del enemigo lo hacian necesario. Paso hoi, sin dar mas que un dia de descanso a la infanteria traida por Alemparte, porque anoche recibí noticia de Chillan, venia con precipitacion de Talca un escuadron de Granaderos (criado nuevamente en Santiago) en refuerzo de Búlnes, por si me fuera posible cortarlo, aunque a la verdad, me es difícil, por lo trabajado de los caballos de la caballeria.

«Como el enemigo tiene solo fundada su confianza en la infanteria, creo no se desprenderá de las inmediaciones del pueblo, i, por lo tanto, si no lo hace, quedará por algunos dias en sitio, pues a mí tampoco me conviene concederle ventaja.

«Con el fin de mantener espedita la correspondencia con las fronteras i esa, he colocado desde ayer partidas volantes entre Larqui i el rio de Chillan, i hoi ha salido Bernardino para arreglarlas en los curatos de Pemuco i Yungai.

«Si mi campamento lo trasladase a las Cruces o Maipon, entónces, en lugar de dirijirle mis comunicaciones por el camino lo haré por abajo, por las balsas de Quinchamali o Cuca.

«No tengo, hasta esta hora (que son las nueve i media), noticia de los indios que deben venir con Barnachea, cuyo retardo siento, no solo por lo que se aumenta el inconveniente de su reunion, con mi adelanto al otro lado del rio Chillan, sino tambien porque ello me impide desprenderme de un escuadron con algunos pocos indios para tomar posesion de los pueblos del Maule.

«A mi casa, que me hallo sin novedad, i que deseo a ella como a Vd., la gozen mejor.

Su afectísimo i amigo.

José Maria de la Cruz.»

«El enemigo tiene en el hospital ciento sesenta enfermos, i de ellos la mayor parte heridos en la accion del 19. En el nuestro solo tenemos veinte i ocho, i entre ellos trece del enemigo, nueve heridos nuestros i los restantes de enfermedades naturales.»

Antonio Pando, quien se habia incorporado a la division del coronel Urrutia, desde que este levantó armas en el Parral, a mediados de setiembre (1).

VII.

A las nueve de aquella misma mañana del 25 de noviembre, pasaba el ejército revolucionario en compactas columnas por el paraje llamado Monte Badillo, distante solo media milla de los suburbios de Chillan, sin que el jeneral Búlnes hiciese ningun amago de ataque. La situacion respectiva de ambos ejércitos estaba ahora completamente cambiada, i Cruz hacia, en presencia del jeneral Búlnes, la misma marcha de flanco que este habia emprendido al pasar frente a los Guindos.

En la tarde de aquel mismo dia, el ejército revolucionario volvió a ocupar sus posiciones en aquella hacienda, cuyo vasto caserio i arboledas estaban infestados por la putrefaccion de los animales que habian servido para el sustento de la tropa i cuyos restos no se habia tenido cuidado de cubrir convenientemente.

Una semana completa habia transcurrido desde el mártes 19 de noviembre en que tuvo lugar el combate de Monte de Urra, hasta el martes 25, en que el ejército regresó a su campamento de los Guindos. La causa única de la casi completa inaccion de aquellos dias, tan lastimosamente perdidos para dar brios a la revolucion, aprovechando el éxito parcial del combate del 19, habia sido la estraña tardanza del in-

(1) Véase en el núm. 12 del Apéndice el nombramiento de esta autoridad i las ámplias facultades que se le concedieron.

tendente de ejército Alemparte, demora tanto mas estraña cuanto que una actividad creadora i una rapidez estraordinaria de hecho i de concepto eran las dotes que habian caracterizado desde su juventud a este hombre notable.

VIII.

Con la importante aunque tardia reunion de Alemparte, el ejército rebelde i la causa que sostenian sus bayonetas alcanzaron el apojeo de su poderio. El jeneral Cruz contaba, al regresar a los Guindos, mas de 4 mil soldados (1), miéntras el ejército del gobierno habia quedado reducido, despues del combate de Monte de Urra, por el destrozo de sus escuadrones veteranos i la dispersion de sus milicias, a menos de 3 mil hombres, que era el número con que habia partido desde el Maule.

Por otra parte, veíase este encerrado dentro de los muros de Chillan, miéntras el jeneral rebelde paseaba sus banderas al derredor de la ciudad i enviaba sus guerrillas a disputar a los jinetes enemigos hasta el forraje que segaban para sus caballos. La provincia de Concepcion, pacificada hasta los últimos límites de la Araucania, ofrecia ahora la fuerza de su reposo i de su patriotismo a su ufano caudillo, que conservaba intacta su línea de comunicaciones con aquellos centros.

Sucedia todo lo contrario al enemigo, que veía, sin poderlo reparar, completamente cortada i con un caudaloso rio de por medio, su vasta línea de operaciones, hasta mas allá del Maule, centro de sus recursos; i tan grave era la situa-

(1) Segun un estado que en esa época manifestó al coronel Zañartu el ayudante de estado mayor don Ceferino Vargas, el número total de las tropas de Cruz era de 4052 plazas.

cion de los defensores de la autoridad en esta parte del territorio que, por esos mismos dias, dirijiéndose al Maule el intendente recien nombrado don Juan Antonio Pando, habia sorprendido, con sus solos sirvientes i unos cuantos *cantores*, entre los que se señaló el patriota Riquelme, una compañia del batallon Rancagua que venia a incorporarse al ejército, a las órdenes del gobernador de aquel departamento don José Hermójenes de los Alamos, que cayó tambien en la celada.

Al mismo tiempo, la revolucion cobraba alientos en todas direcciones, una vez pasado el abatimiento de los pueblos por los fracasos sucesivos de Petorca i Valparaiso. El mismo dia en que Cruz pasaba al frente de Chillan (25 de noviembre), se habia sublevado en el estero de Huaquillo un escuadron cívico de Curicó, que conducia al canton militar de Talca el coronel Porras, i la desobediencia i fuga de aquellos milicianos ponian de manifiesto cuan poco le seria ya dado esperar al gobierno de la adhesion de los habitantes de las provincias que dominaban sus armas (1).

Pocos dias mas tarde, un hecho mas grave habia venido a confirmar el estado vacilante de los espíritus en presencia de los progresos de la revolucion i las turbulencias a que se entregaban los soldados, tan luego como podian sobreponerse a la violencia que les mantenia en las filas del gobierno. En la noche del 27 de noviembre, la compañia de granaderos i la primera de fusileros del batallon Curicó habian dado el grito

(1) Este escuadron, compuesto de 118 plazas, salió de San Fernando el dia 20 de noviembre i el 25, a las pocas horas de haberse puesto en marcha desde Curicó, 57 de ellos se echaron sobre un convoi de armas que encontraron en el camino i se pusieron en fuga hácia sus hogares, arrastrando a la mayor parte de sus compañeros. *(Oficio del intendente de Colchagua, en que da cuenta al ministro de la guerra de este suceso.—San Fernando, noviembre 27 de 1851)*.

de rebelion en el cuartel de Santo Domingo de Talca, donde estaban acantonadas, sirviendo de base a la division de reserva que organizaba con grandes tropiezos el coronel Letelier (1).

Al mismo tiempo, habian aparecido en armas los guerrilleros Ravanales i Nazario Silva, el primero en las montañas de Cumpeo, al oriente de Talca, i el último en los llanos de Chimbarongo; de manera que podia decirse que la linea de operaciones del ejército del gobierno estaba cortada en toda su estension, desde el Ñuble hasta el Tinguiririca, i aun hasta

(1) El suceso habia tenido lugar de esta manera. A las siete de la noche, las dos compañías mencionadas tomaron las armas en el cuartel i prorrumpieron en vivas al jeneral Cruz. Pusiéronse a tocar a deguello los tambores i ya iban a forzar la puerta que defendia, mas con ruegos que con la fuerza, el oficial de guardia don Andres Merino, cuando, en tan apurado momento, se presentó el resuelto coronel Letelier con 8 hombres que habia tomado de la guardia de la cárcel, i sin trepidar, mandó hacer fuego sobre los amotinados, de cuyas consecuencias murieron 2, sometiéndose los demas, pues algunos estaban ébrios, segun se ha dicho. En el acto mismo, i con una violencia injustificable, Letelier hizo pasar por las armas a tres de los que se le designaron como promotores del alzamiento. Aquel jefe da, sin embargo, la razon de esta severidad en un oficio dirijido al ministerio de la guerra con fecha 28 de noviembre, en que dice estas palabras. «Como los sublevados no quisiesen deponer las armas, fué preciso hacer uso de todo el rigor militar, para contenerlos en sus avances hostiles, haciendo ejecutar a tres individuos de tropa, que habian sido los cabezas de motin. El peligro, añade, en que estuvo esta ciudad fué estremo.»

Distinguéronse en este conflicto, sin que sean llamados a responder por la sangre que en él se vertió, los oficiales del gobierno Vega i Huidobro, siendo este último un bizarro alferez de Granaderos a caballo, que habia dejado recientemente el cláustro de la Academia militar para hacer la campaña del sur.

El batallon Curicó fué disuelto, en consecuencia de este motin, incorporándose su tropa útil al batallon Rancagua.

la capital misma, donde se maquinaban tenebrosos asaltos, miéntras la guarnicion que protejia a la autoridad no contaba ni cien hombres capaces de sostener el fuego de un combate.

No era ménos difícil la situacion del jeneral Búlnes dentro de su propio ejército. Al llegar a Chillan, notaron con espanto los empleados del parque que, a consecuencia de haberse mojado las municiones en el paso del Ñuble i del cañoneo de Monte de Urra, solo quedaban 4 paquetes por plaza, siendo aun mas escasos los cartuchos de la artilleria (1). Tan grave era la dificultad que el jeneral en jefe resolvió despachar a la capital a su propio secretario don Antonio Garcia Reyes, a fin de que, poniendo tanto secreto como dilijencia en su mision, solicitase del gobierno el inmediato envio de pertrechos. Aquel emisario debió salir furtivamente de Chillan el 23 o 24 de noviembre, miéntras Cruz se mantenia en Boyen, pues llegó a la capital, en medio de la sorpresa de todos sus habitantes, que no hallaban a que atribuir el misterio de aquel viaje, en la noche del 28 de noviembre. Formaba tambien parte esencial de sus encargos secretos el exijir que se

(1) Este hecho importantísimo i sobre el que han recaido tantas disputas está plenamente confirmado en el parte detallado de sus operaciones, que el jeneral Búlnes envió al gobierno con fecha 19 de enero de 1852. De él aparece que cada soldado no tenia mas de 40 tiros de que disponer. Remedióse este mal, en cuanto fué posible, secando las municiones averiadas i construyendo algunos miles de tiros con dos barriles de pólvora que habia remitido el intendente Tirapegui al ejército revolucionario i que a la salida de este quedaron olvidados en Chillan.

Para ejecutar estos trabajos, tan sijilosos como delicados, se comisionó al capitan de artilleria don José Timoteo Gonzalez, quien se encerró en uno de los claustros del convento de San Francisco, con varios soldados de toda su confianza que le ayudaron en su tarea.

organizase a todá prisa una fuerte division de reserva en Talca, remitiendo desde luego al sud las fuerzas de aquel canton, i se tratase a toda costa de enviar por mar una fuerza que obrase sobre la retaguardia de los sublevados, pues éstos, por aquella parte, se encontraban fuera de todo riesgo desde la desaparicion de Zúñiga.

Tal era la situacion que habia alcanzado el osado jeneral Búlnes una semana despues de haberse arrojado temerariamente mas allá del Ñuble, en demanda de un enemigo cuyas verdaderas fuerzas le habia ocultado el patriotismo i el sijilo de todos los habitantes del sud.

Los mismos peligros que amenazaban al ejército del gobierno trabajaban con la reaccion del desaliento, el espíritu de los soldados i aun de los jefes caracterizados. Circulaban en la tropa rumores siniestros. Con la suspicacia habitual del criollo chileno, decíanse unos a otros que aquella guerra era de parientes i acabaria como cosa de familia, pues *la iban libres!*, segun la espresion de los bivaques, i aun hubo un soldado de cazadores que se atrevió a recordar, en presencia de uno de sus oficiales (el capitan Villalon) i con una amarga ironía, el nombre de *Paucarpata*... El mismo jefe de aquel cuerpo, que era el lujo del ejército invasor, el comandante Venegas, se retiró en estos mismos dias del servicio, pretestando enfermedad, i dando muestras de un profundo desaliento.

IX.

En tal estado de las cosas, la idea de dejar abandonado al enemigo casi a su propia impotencia dentro del estenso convento de San Francisco de Chillan, donde el jeneral Búlnes

tenia acuartelada en masa su infanteria, venia casi por si misma a la mente de todos los hombres que rodeaban al jeneral Cruz i le prestaban su espada o sus consejos. Desde que Pando habia cojido casi con la mano, como se dice vulgarmente, un destacamento enemigo, miéntras este almorzaba en las casas de la hacienda de Virguin, casi sobre el camino de Chillan a la capital, diseñábase ésta ya en el horizonte como la fácil presa de las armas rebeldes; i sus entusiastas oficiales creian ver flotar al aire las banderas de la victoria en las encumbradas torres que se reflejan sobre el Mapocho.—«Marchemos sobre Santiago, (cuenta el secretario Vicuña que dijo al jeneral Cruz, con el acento de la inspiracion, a la vista de lo que pasaba, al siguiente dia de haber regresado a los Guindos). Vamos a levantar cuatro provincias que nos esperan con los brazos abiertos. Búlnes no puede seguirnos, o si tal temeridad tiene, se perderá infaliblemente, siendo dueños nosotros de tomar la posicion que mas nos acomode. El jeneral Cruz pareció impresionado por mi idea i mis razones, añade el secretario, guardando silencio un largo rato, como quien medita arrastrado por una conviccion o un fuerte presentimiento, i me dijo que mi modo de ver podia traer resultados brillantes; pero que, abandonando la provincia de Concepcion, entregábamos nuestros amigos i haciamos la guerra eterna, lo que no entraba en su política. «Búlnes añadió, sabe hacer esta clase de guerra, i seria una desgracia pública envolvernos en ella» (1).

Aquella negativa del jeneral Cruz (que acusaba, mas que un egoismo de provincia, la ausencia de jenio revolucionario en aquel caudillo), no desalentó, sin embargo, a sus amigos i aun a sus subalternos. El jeneral Urrutia, sostenido por

(1) Diario de campaña citado.

su compadre i amigo íntimo Alemparte, le pedia con instancia pusiese a sus órdenes una pequeña division de caballeria, con algunos infantes a la grupa, para ocupar todos los pueblos de las llanuras del Maule, hasta dominar los vados de este rio.—Baquedano le hacia iguales insinuaciones para pasar el Ñuble con una fuerte division de caballeria i dejar cortado al enemigo. El mismo secretario Vicuña hizo valer los ofrecimientos de Eusebio Ruiz i del ardoroso comandante Lara, a fin marchar hácia Talca, llevando con sus escuadrones i en calidad de proconsul a aquel ciudadano tan entusiasta como resuelto que veia en esta medida el triunfo decisivo de la causa por que tantos años habia combatido sin fruto.

La voz misma de la mujer habia llegado hasta el corazon del jeneral Cruz por el labio de una animosa matrona, señalándole el cauce de pacíficas victorias por que debia lanzar la revolucion. «Diga V. a mi nombre a nuestro amigo jeneral (escribia la patriota esposa de don Manuel Zerrano al secretario Vicuña, con fecha 28 de noviembre desde Concepcion) que soi de parecer que inmediatamente se ponga en marcha para Santiago a tomarse aquellas provincias, centro de todos los recursos; que no tema que Concepcion sea presa del enemigo; bastantes hombres nos quedan con que defenderla i en caso que sus fuerzas no sean suficientes, con mujeres nos presentaremos al frente. Cuando hai patriotismo se aumenta el valor» (1).

Pero, a todos aquellos esfuerzos, el jeneral Cruz oponia la

(1) Esta carta fué tomada orijinal en la carpeta del secretario Vicuña sobre el campo de Longomilla. Devolvióla despues a su autora el jeneral don Manuel Garcia, cuando aquella era su huesped en la capital, por el mes de setiembre de 1852, i al ponerla en sus manos, le dijo estas palabras que, dentro de la brusquedad de un soldado, contenian la solucion de la época de

inercia de sus vacilaciones i argumentos de la estratejia militar que le aconsejaba no desmembrar su ejército en presencia del enemigo. I sin embargo, uno de los mismos jefes de éste, ventajosamente conocido por sus conocimientos estratéjicos, decia a esta sazon. «El jeneral Cruz podia habernos tomado dos jornadas con direccion a Santiago sin que nosotros lo hubiésemos sabido» (1).

X.

Así fracasó la ocasion mas propicia que se presentó a la revolucion del sud de coronar su obra de redencion. Cupo la culpa de aquella falta únicamente a su caudillo, quien pagó por ella demasiado aprisa, con la desafeccion de sus soldados, la amarga censura de sus subalternos i las discordias a que,

que nos ocupamos.—«Toma diablo tu papel, que si hubiéran seguido tus consejos, otro gallo nos cantara!»

El mismo gobierno de la capital llegó a tener por cosa segura aquel movimiento del ejército revolucionario sobre el Maule, tan natural i lójico era que lo emprendiese. Bajo esta conviccion, el ministro Varas escribia, con fecha 2 de diciembre, al coronel Letelier, comandante del canton de Talca i jefe de la reserva, que hiciese cuantos esfuerzos estuvieran a su alcance para defender la línea del Maule i disputar su paso al enemigo. Para este mismo efecto, le prometia enviarle ausilios por mar a Constitucion i principalmente cañones, con el objeto de montar baterias en los vados de aquel rio.

Sin embargo del profundo i justísimo temor que estos aspectos revelaban en el ánimo del ministro, decia este, en las comunicaciones citadas, a las autoridades de Talca, las siguientes palabras características.—«Le repito que Cruz será perdido si se dejase perseguir por la retaguardia i que *no temo* este movimiento».—Letelier, sin embargo, habia declarado al intendente Cruzat que le era imposible contener al jeneral Cruz en el paso del Maule.

(1) El comandante Silva Chaves en su diario citado.

por encontrados pareceres, se entregaron los principales jefes que le acompañaban como leales amigos, i que, desde entónces, se hicieron suspicases i desconfiados. Pero lo mas cruel de aquella espiacion, cuyo último trago debia aquel infortunado caudillo ir a apurar a orillas del estero de Purapel, seria el camino de la traicion que dejó abierto con su inamovilidad a su enemigo, para que, envuelto en las sombras de la noche, viniera, por medio de ocultos emisarios, a poner a precio de oro o de grados militares la defeccion de sus tropas.

XI.

El jeneral Cruz, en efecto, perdió lastimosamente los dias que se sucedieron entre su regreso de Boyen i la escapada del jeneral Búlnes de Chillan (1). Todo lo que hizo con su

(1) Solo el 28 consintió el jeneral Cruz en que Urrutia se dirijiese a la provincia del Maule para sostener a Pando, dándole por única fuerza, para apoderarse de los pueblos fortificados del Parral i Linares, los escuadrones mal armados de Souper i Arce, el último de los que se componia principalmente de huasos de la hacienda de Virguin, propiedad de su comandante. Díjose que Urrutia habia solicitado, i con sobrada razon, que se le franquease una compañia del Carampangue para la consecucion de los planes que se le encomendaban, pero que el jeneral Cruz le habia dado por respuesta, si hemos de atenernos a lo que dice Zañartu en sus anotaciones citadas, estas únicas i tercas palabras. *Haga V. lo que se le manda!*

El 27 se habia incorporado al ejército la compañia del batallon Rancagua hecha prisionera por Pando, pues los 44 soldados de que se componia, se alistaron voluntariamente i fueron agregados al batallon Lautaro, que era el mas reducido en número de plazas. Junto con este pequeño refuerzo, se entregaron al intendente Alemparte varias cajas con vestuario que aquella tropa conducia para el ejército del jeneral Búlnes.

ejército durante los dias 26, 27 i 28 de noviembre, fué venir a situarse en línea a inmediaciones del pueblo, en una llanura abrasada por el calor de la estacion i donde, era mas que probable, el jeneral Búlnes habria renovado la escena de Cancharayada en 1818 (pues el ejército revolucionario no ofrecia reparo alguno por sus flancos contra una sorpresa nocturna), si no le aconteciera que su feliz estrella le alumbraba en las tinieblas que le rodeaban una senda mas segura que le encaminaria a sus fines: esta senda era la del oro, cien veces mas poderoso que el acero en las contiendas civiles.

XII.

No hariamos este grave cargo al ilustre jeneral que se habia abnegado hasta hacerse el delegado del pretendiente, a quien un compromiso de bando, no su voluntad de hombre ni sus votos de ciudadano, habian elevado a la primera majistratura de la República, sino se lo hubiese hecho el mismo en sus propias comunicaciones oficiales. «Este tiempo de forzosa inaccion para el ejército, dice en efecto el jeneral en jefe de éste, en el parte de sus operaciones que varias veces hemos citado, fué ocupado por mi en promover activamente en algunos lugares de la fronteras i pueblos de la provincia del Ñuble, una reaccion en favor de la causa del órden.»

I tan lejos estaba, en verdad, el jeneral Búlnes de haber contradicho con los hechos sus palabras, que uno de los propios jefes de cuerpo del ejército revolucionario, el sarjento mayor Molina, comandante del batallon Alcázar, llevaba ya en sus bolsillos el despacho de teniente coronel de ejército,

firmado por el jeneral Búlnes, bajo cuyo gobierno aquel era solo un simple capitan del Carampangue.

Por otra parte, uno de los propios ayudantes del jeneral Cruz, don José María de la Maza, habia sido despedido del ejército por sospechas de connivencia con el jeneral Búlnes, de quien era amigo personal i vecino en sus propiedades de las Canteras, miéntras el mayor Labarca, otro ayudante de campo del jeneral en jefe, era sometido a juicio a virtud de iguales desconfianzas, confirmadas mas tarde en el campo de Longomilla; decíase tambien que el capitan Gonzales, sarjento mayor del Carampangue, daba muestras de visible desafeccion, i solo le abonaba en su fidelidad la palabra del jeneral Baquedano, de quien era pariente la mujer de aquel oficial; i circulábase, por último, en el campamento revolucionario la voz de que en la caja militar del jeneral Búlnes venian 50 mil pesos en *cóndores* «para comprar jefes», segun las palabras que usaban los soldados, i en efecto, se habian visto algunas de aquellas monedas, que entónces se sellaban en Chile por la primera vez, i que no podian venir al campo rebelde sino por manos escondidas i con siniestros propósitos.

Por otra parte, el descontento de los jefes superiores era evidente, i de aquí orijinábanse celos de tal carácter que amenazaron luego convertir el caserio de los Guindos en un campo de Agramante. El susceptible jeneral Baquedano se manifestaba quejoso de ciertas reconvenciones por el servicio que le habia hecho el jeneral Cruz, i fué preciso la amistosa intervencion de Vicuña para calmarle. Urrutia, nombrado comandante jeneral de caballeria, encontraba frecuentes ocasiones de ponerse en pugna con Baquedano, que, aunque desempeñaba el cargo de jefe de estado mayor, retenia el mando de aquella arma; i por último, el mismo intendente de ejército ponia a prueba su índole inquieta, tomando partido,

ya por estos o los otros de sus amigos, en estas querellas, que no nacian de malas pasiones, sino de la inercia i de las contrariedades de la campaña. Si el jeneral Cruz hubiera señalado a cada uno su puesto i tomado él el suyo, a fin de lanzarse a buscar la gloria i la libertad en el fuego de las batallas, una sola voluntad les habria reunido a todos en la empresa. Error inmenso fué aquel de dejar ociosos todos aquellos espíritus de suyo desasosegados que habian buscado en la revolucion pábulo al ardor de sus caracteres, no menos que la árdua realizacion de sus ambiciones jenerosas o mesquinas!

Descendiendo a los jefes mas subalternos, se notaba idéntico desabrimiento en los ánimos. El indómito Eusebio Ruiz no hacia caso alguno de las órdenes de su inmediato jefe el jeneral Baquedano, de quien, en su juventud, habia sido camarada. Alejo Zañartu se asociaba a su hermano en su tenebrosa reserva, i llevaba ademas en su pecho el baldon de una palabra afrentosa que le habia dirijido cierto dia el jeneral Cruz, llamándole éste *cobarde*, una mañana que trazaba sobre un plano la posicion que debia ocupar el ejército, i señalábale Zañartu un punto que era de mui fácil defensa. En cuanto al coronel Puga, el otro jefe superior de caballería que aun no hemos nombrado, sabido es que, desde 1822, cuando a traicion prendió en Quechereguas al jeneral Cruz (entónces comandante de su cuerpo), una honda enemistad los dividia, i que, apenas, a virtud de influjos mal aconsejados del intendente Vicuña, obtuvo aquel un puesto en el ejército revolucionario.

Solo resplandecia una fúljida lealtad, un caloroso entusiasmo, una fé jenerosa encaminada al sacrificio i a la gloria, en el pecho de aquellos nobles jóvenes, columnas incontrastables de la revolucion, que derribó el plomo en Longomilla

o cubrió despues como un sudario de verguenza el pacto de Purapel. Conspicuos entre estos nombres, la historia rejistrará los de Souper i Saavedra, Videla i Lara, Urriola i Benavente, Robles i Tenorio, Gaspar i Apolonio, Zúñiga i Urízar (1).

(1) La fosa de este valiente soldado, abierta en Longomilla a los primeros disparos de la artilleria enemiga, sepultó, sin duda, muchos secretos. Veíasele siempre preocupado en el ejército i continuamente manifestaba a sus amigos, que él escojia entre los jóvenes, temores mas o ménos descubiertos sobre el carácter de ciertos jefes, i las consecuencias que el oro i las intrigas del enemigo podian acarrear sobre los leales. Al siguiente dia del encuentro de Monte de Urra, él habia suplicado al secretario Vicuña, con las mayores instancias, que consiguiese de Cruz el emprender en el acto mismo, i ántes que Búlnes entrara a Chillan, una batalla decisiva, manifestándole que tenia motivos para esta exijencia. Dos dias despues, ocurrió el siguiente lance que vamos a dejar referir al mismo Zañartu con sus propias palabras. Estas envuelven, no solo indicios, sino una prueba de la sorda fermentacion de descontento que cundia en el ejército revolucionario. Dicen asi:—«El 22 se presentó en mi alojamiento el teniente coronel don Pedro José Urizar, i me dijo: «el jeneral Cruz anda bien enfermo, señor; si tenemos la desgracia de perderlo, todo se volverá un desórden; i para evitarlo, preciso es que nos fijemos en un jefe, que aunque carezca de conocimientos militares, tenga algun prestijio; i yo estoi por el jeneral Urrutia para que tome el mando del ejército, pues yo no sirvo a las órdenes de Baquedano. Díjele que asentia en su pensamiento porque el jeneral que me indicaba era un sujeto a quien respetaba como jefe i amaba como amigo. Este acuerdo seguramente se lo trasmitió luego Urizar al jeneral en jefe, quien entendiéndolo de diverso modo, entró en recelos, pues en la tarde se me aseguró que, hallándose éste con el jeneral Urrutia i otros sujetos, habia dicho: «Si tuviera dos hombres como don Bernardino Pradel, la patria seria feliz.» Esta noticia me hizo inferir la causa que dió lugar para que el jeneral Cruz se espresara en esos términos, en presencia de uno de sus principales jefes i de quien no tenia el menor motivo de desconfianza, pues era su fiel i verdadero amigo; pero no quise decirle al señor Urrutia mis sospechas, i por consiguiente, ignoro la conversacion confidencial a que me provocó Urízar, hallándose presente el comandante del batallon Alcázar don Francisco Molina.

XIII.

Pero, como hemos ya dicho, en el ejército del gobierno aparecian los mismos síntomas de descontento que acabamos de observar entre los rebeldes, salvo que en aquellos era el abatimiento i en los últimos el aguijon del despecho lo que daba jérmen a la simiente de la discordia. Era demasiado sabida la antigua enemistad de los jefes mas importantes que sostenian al gobierno, el uno como jeneral en jefe, como comandante jeneral de la infanteria el otro. El coronel Garcia no cuidaba tampoco de ocultar su poca sumision al ministro de la guerra Gana, quien, a su vez, tenia desazonado al jeneral Rondizzoni, pues, habiendo este recibido el título de jefe de estado mayor, llenaba aquel sus veces, dándole solo a firmar los pliegos que contenian sus órdenes. El comandante jeneral de caballería, coronel don José Ignacio Garcia, a su turno, se manifestaba desconcertado por el mal éxito de sus operaciones el dia 19 de noviembre, i de tal manera era grave la situacion de los espíritus, apesar de la inmensa ventaja de disciplina, que contaba a su favor el jeneral Búlnes en la organizacion de su ejército, que era preciso todo su prestijio personal, a fin de no dar lugar a diarios rompimientos entre sus jefes mas acreditados.

XIV.

Con su sagacidad acostumbrada, comprendió al fin aquel caudillo lo crítico de su posicion en Chillan, pues la única

ventaja que ahí alcanzaba de fomentar la reaccion en el enemigo por medio de sus numerosas relaciones en aquel pueblo, solo podia dar sus frutos a la larga. I cuando llegaron a sus oidos las quejas de los soldados, junto con la abierta declaracion que hacia el comandante Venegas de no volver a desenvainar su espada en pro de los intereses del gobierno de la capital, i supo, por otra parte, que el jeneral Urrutia se dirijia hácia el Maule con fuerzas de caballería, resolvióse en el acto a poner fin a tan apurada situacion. El pensamiento salvador de acometer el repaso del Ñuble i seguir a marchas forzadas hasta encontrar sus reservas en el Maule, lo alumbró en sus conflictos, i pocas horas despues, aquella inspiracion atrevida era un hecho mas atrevido todavia.

Sucedia esto en el cuartel jeneral de Chillan en la noche del viérnes 28 de noviembre.

XV.

«A las diez i media de la mañana siguiente (29 de noviembre), cuenta Vicuña en su diario de campaña, fui a ver al jeneral Cruz a su tienda i me dijo :—*Tenemos novedad! Búlnes va a salir de Chillan. Acabo de tener aviso; pero debo recibir luego otro mas positivo.*»

Una hora despues, la noticia de que el enemigo abandonaba a Chillan confirmóse por varios conductos, pero sin que ninguno de los emisarios que llegaba al campamento de Cato, donde aquella mañana se encontraba el ejército revolucionario, pudiese dar cuenta del rumbo que iba a tomar en su marcha. Sospechó un instante el jeneral Cruz que el intento de su despechado contendor era dirijirse a la provincia de

Concepcion (1), resuelto a castigar su alzamiento; i en su primera alarma, dijo a Vicuña escribiese en el acto al intendente Tirapegui, para que, sin pérdida de momentos, pasase el Bio-bio con todas las fuerzas que pudiese reunir, llevándose consigo a los principales partidarios decididos del gobierno i despojando de su velámen a los buques surtos en la bahia de Talcahuano, a fin de que el invasor no se aprovechase de aquel elemento de movilidad. Mas, luego que el viejo caudillo de Penco supo que el enemigo no torcia su rumbo hácia su predilecta provincia natal, sino que se aproximaba a los vados del Ñuble llamados *de abajo*, dijo las siguientes palabras que manifestaban su confianza en el nuevo aspecto que tomaba la campaña—*Diera a Búlnes dos mil pesos de mi bolsillo si este movimiento fuera efectivo.*

I luego, como herido de una inspiracion grata a su patriotismo, esclamó—«Este movimiento del enemigo ahorra 600 víctimas a la República, pues este será el número de muertos en una batalla». I un momento mas tarde volvió a decir, confirmando sus lisonjeras impresiones i dirijiéndose a su secretario que le interpelaba—«*Señor don Pedro, al enemigo que huye, puente de plata!*»

En este axioma de estratejia militar estaba escrita otra vez la ruina de la revolucion.

El jeneral Búlnes, en efecto, *no huia*. Al contrario, iba en busca de su centro natural, recobraba su propia línea de

(1) Pudo inducir al jeneral Cruz a esta suposicion la circunstancia de haber salido en la tarde o en la noche de la víspera una columna de Cazadores a caballo en direccion hácia el Itata. Pero el verdadero objeto de este movimiento fué sorprender las partidas armadas que el subdelegado de Búlnes tenia en aquella aldea i las que fueron efectivamente desbaratadas con alguna leve pérdida, pues los Cazadores cayeron sobre ellos de sorpresa.

operaciones i marchaba en demanda de poderosos recursos, de que solo la distancia le tenia privado. Estaba, por consiguiente, su operacion tan lejos de ser una *fuga* que podia considerársele mas bien como su *reorganizacion*. Deslumbrábase pues el jeneral Cruz con una fatal quimera, que no tardaria en acarrearle su completa ruina, i esto tan aprisa que, una semana mas tarde, el fatal cañon de Longomilla anunciaria a los chilenos los próximos funerales de la revolucion.

XVI.

Ajustó pues el mal aconsejado jeneral de las tropas de la revolucion todas sus operaciones de aquel dia i de los subsiguientes a su idea favorita de que la retirada del enemigo era una fuga; de manera que, en vez de emprender su marcha a las diez del dia, para picar activamente la retaguardia de aquel i hostilizarle en el paso del rio, movió su campo solo a las dos de la tarde, perdiendo cuatro horas, preciosas en aquella coyuntura.

Como para reagravar error de tanta trascendencia, verificó el ejército revolucionario su tardia marcha, describiendo una curva hácia el pueblo de Chillan, en lugar de dirijirse por la márjen del Ñuble, pues era conocido el intento del enemigo de pasar el rio por uno de los vados situados al poniente de aquella ciudad.

Eran estos pasos, sin contar con el de Cocharcas que intercepta el camino real, los llamados de Dadinco, la Ala i el Guapi, o los Maquis, hácia el occidente.

Dividíase el rio, en el último de estos vados, en cuatro o seis estensos brazos, por la interposicion de varios islotes que cor-

taban las corrientes. El paso del Ala era algo mas estrecho, i por último, el de Dadinco ofrecia la comodidad de poder utilizar una lancha que ahí habia, aunque la rapidez de la corriente era en esta parte mui violenta.

El jeneral Búlnes habia llegado, al caer la tarde, al vado del Ala en los momentos que el ejército revolucionario pasaba frente al vado de Dadinco. Mas, como el jeneral Baquedano se hubiese adelantado con la caballeria, formó aquel su línea de batalla en la alta barranca del rio; i resuelto a aceptar el combate, si el enemigo venia a provocarlo en su casi desesperada situacion, destacó sus guerrillas al mando del esforzado Vallejos sobre las descubiertas de carabineros que conducia en persona el comandante Alejo Zañartu. Pero, como el ejército revolucionario viniera mui a retaguardia, empeñóse solo un breve tiroteo del que resultaron seis muertos de ámbas partes.

Cuando ya iba a oscurecerse, el jeneral Búlnes, maniobrando con estraordinaria habilidad, se trasladó al vado del Guapi, miéntras el ejército revolucionario ocupaba lentamente las posiciones que habia abandonado aquel, frente al paso del Ala.

En esta situacion respectiva se acamparon ambos ejércitos a una distancia de cuarenta a cincuenta cuadras entre sí, en la noche del 29 de noviembre.

XVII.

A cualquiera hombre de guerra, le habria parecido imposible que, en aquellas circunstancias i en la oscuridad de la noche, un jeneral de mediana intelijencia se atreviese a emprender el paso de un rio caudaloso, casi a la vista de

un enemigo mucho mas poderoso, que venia en su seguimiento. Pero si aquel intento era a todas luces temerario, hábia en su propia audacia una razon suficiente para que un jefe del carácter del jeneral Búlnes lo acometiese; i asi sucedió en efecto.

En las primeras horas de la noche i cuando la clara luna de noviembre alumbraba la campiña casi en la plenitud de su primer cuarto, ordenó el jeneral Búlnes el paso del rio, a cuyo efecto, dispuso que la caballería montase los infantes a la grupa i fuese pasando un cuerpo tras otro, hasta que ni un solo soldado hubiese quedado en la ribera meridional del Ñuble (1).

Desde las siete u ocho de la noche, comenzó el ejército del gobierno a entrar al rio, i solo a la siguiente mañana habian concluido de pasar los últimos cuerpos. Jamas, empero, se vió en ejército alguno una escena de mayor confusion. Todos se apresuraban a pasar i se esponian a ser arrebatados por las corrientes, a trueque de no quedar aislados en la márjen opuesta del rio que ocupaba el enemigo. La luna alumbraba aquella escena de profundo desaliento i el murmullo de las corrientes apagaba los ecos de los que a media voz comuni-

(1) Al referir esta operacion militar, que será una de las hazañas de que mas deba enorgullecerse el jeneral Búlnes, he aquí como se espresa el comandante Silva Chaves en su diario de campaña. «El jeneral, dice, estuvo indeciso sobre si pasaria o nó; me llamó i me pidió mi parecer, yo le contesté lo siguiente: «Que me parecia indispensable pasar el Ñuble: 1.° porque necesitábamos restablecer nuestra comunicacion con Santiago: 2.° porque la batalla debíamos darla al norte del Ñuble: que asi el enemigo no podria rehacerse en la derrota, miéntras al sur de Ñuble tomaria con facilidad las fronteras i nosotros no teníamos tropas con que seguir adelante por ser cívicos, que estaban violentos por el término de la campaña.» Al jeneral le parecieron bien mis observaciones, i se mandó vadear el rio.»

caban las órdenes a los diferentes i desordenados grupos en que se habia fraccionado la tropa entremesclándose las tres armas. La caballeria iba i venia de una ribera a otra, conduciendo a los infantes i estos estaban diseminados en ámbas márjenes o en los islotes que dividian el rio en varios i desparramados raudales. «El ejército, dice un testigo de vista, se dispersó completamente: la infantería en la ribera del rio, i la artilleria atollada en el agua. En esa noche, a cualquier amago de ataque, nos habriamos fusilados unos con otros; pero el enemigo andaba despacio i lo mismo hicimos nosotros a su vez» (1).

XVIII.

Entre tanto, ¿qué sucedia en el vecino campamento del ejército rebelde? He aquí lo que nos refiere, sobre las estrañas anomalias de aquella noche memorable, otro testigo presencial. «A las nueve de la noche, dice uno de los ayudantes del estado mayor (2), llegó un hombre a la tienda del jeneral Baquedano i le avisó que el enemigo comenzaba a pasar el rio. «*Este es un precioso momento,* dijo Baquedano, *para concluirlos*», i me ordenó lo acompañase donde el jeneral Cruz. Le puso en conocimiento del paso del enemigo, i le pidió dos escuadrones de caballería con infantes a la grupa, diciéndole que se comprometia a dispersar todo el ejército con nada mas que una descarga. Quedó Cruz un momento pensativo i parecia daba asentimiento a lo que le pedia Baquedano; pero

(1) Silva Chaves. Diario de campaña.
(2) Don Bernardo Vicuña. Apuntes citados.

luego le contestó.—*No, jeneral; Napoleon decia, al enemigo que huye, puente de plata.* Baquedano no insistió».

No habiamos pues padecido error al decir, en una de las pájinas anteriores de este libro, que aquella máxima militar, citada tan fuera de propósito por el jeneral Cruz, iba a servir de epitafio a la revolucion. Perdida aquella coyuntura de desbaratar con la presencia de una sola compañía de tiradores todo el ejército enemigo, el jeneral Cruz iba solo a buscar su tumba a orillas del Maule (1).

Cuando amaneció el dia 30 de noviembre, i se anunció en el ejército rebelde que el enemigo habia pasado el Ñuble sin que un solo disparo le hubiese molestado en aquella dificilísima operacion, el estupor aparecia pintado en todos los semblantes. Los jefes, los subalternos, los soldados mismos, no podian imajinarse que aquello hubiera tenido lugar como se les contaba. Una violenta reaccion comenzó a operarse desde aquel instante en los espíritus. El prestijio del jeneral Cruz descendió desde el solio en que le habia colocado el

(1) Parece en verdad inconcebible que un jeneral tan vijilante i tan esperimentado como el jeneral Cruz permaneciese toda aquella noche en la mas completa inaccion. Permitiéndonos nosotros hacerle cargo por esta circunstancia, i con aquella franqueza que la hidalguia de su hospitalidad autorizaba, nos respondió que él mismo habia formado una columna escojida de tiradores que habia puesto a las órdenes del comandante Urízar i se preparaba para dirijirse a atacar a Búlnes, cuando, burlado por los espias que tenia a su servicio, vino a saber que ya todo el ejército enemigo estaba del otro lado. Pero, a nuestro entender, no será jamas una razon que ponga a salvo la responsabilidad de un jeneral en jefe el engaño de un espia. Mas presumible es que el jeneral revolucionario no se resolviera aquella noche a emprender ningun movimiento hostil en fuerza de su arraigado error de que debia dejar espedita la fuga del enemigo, o talvez porque le parecia imposible que el jeneral Búlnes, por mui osado que fuese, no se atreveria a acometer tan temeraria empresa.

aura popular hasta las chanzas, ya malignas, ya iracundas de los bivaques.—«Qué le importará a este tal.... decian los soldados, haciendo uso de una interjeccion eminentemente soldadezca, que mueran en la guerra, si él no ha de ponerse donde lo maten! Otros decian.—«La revolucion sigue con la saliva del *tricau.*» Y otros, en fin.—«Esta es la guerra de los primos, i nosotros andamos siguiendo de tontos» (1).

XIX.

La admirable maniobra del paso del Ñuble, por el ejército del gobierno, cambió totalmente la faz de la campaña. To-

(1) «Frase india, que quiere decir papagayo, de que los soldados hacen uso cuando, sin tener dinero, juegan i le ganan al que lo tiene, i como no les daban diarios ni sueldos, creian que andaban sin plata.» (*Nota del coronel Zañartu.*)

Por lo demas, todos los jefes estaban de acuerdo en desaprobar la inaccion del jeneral Cruz en aquella coyuntura decisiva de la campaña. «Si el jeneral hubiese atacado esa noche, dice el mismo Zañartu en los apuntes citados, i que nos ha remitido como complemento de su diario de campaña, es mui probable que hubiera logrado hacer una gran dispersion de los cuerpos veteranos que aun quedaban en la playa sur del rio Ñuble, i un desaliento en los cívicos que estaban en la parte norte del mismo rio, sin pérdida de mucha tropa, pues esta tenia lugar de colocarse en la orilla de la barranca, miéntras el enemigo ocupaba el bajo donde se hallaba espuesto a ser desordenado i disperso en los primeros fuegos; pero creo que ni espias se mandaron.»

El jeneral Baquedano, que, como hemos visto, se habia ofrecido a dirijir él mismo el ataque aquella noche, reasumiendo todas las operaciones de este dia memorable, se espresa en los términos siguientes, en una carta que ha tenido a bien dirijirnos, con fecha de 29 de abril último, i que ya hemos citado. «Encerrado Búlnes en Chillan, dice, conoció sin duda que sus fuerzas no eran suficientes para vencer el nuestro, i salió precipita-

das las ventajas adquiridas por el jeneral rebelde se perdieron en aquella fatal jornada, que equivalia en sus resultados a una espléndida victoria del enemigo. Dirijíase èste, en efecto, al centro de sus copiosos elementos de accion (1), i el ejèrcito del sud se alejaba de los suyos. El jeneral Búlnes huia en apariencias i, en realidad, atraia a un teatro propio, en que todo le seria favorable, a su alusinado rival. La línea del Maule iba a ser suya, despues de haberla tenido perdida casi sin remedio i por tantos dias. Por otra parte, compuesto su ejército de jente colectada en las provincias centrales, venia aquel de tal manera compacto que segun las propias palabras del jeneral que lo mandaba «no

damente de aquella ciudad en busca de ausilio. Entónces se nos presentó otra ocasion de hacer pedazos al ejército de Montt, pero, estando a distancia nuestra infanteria del lugar en que Búlnes pasó el Ñuble, no fué posible conseguirlo. Yo propuse a Cruz que me diera un batallon de infanteria i tres o cuatro escuadrones de caballeria, i me prometia sorprender el ejército enemigo, como sin duda habria sucedido; pero Cruz creyó dudosa la empresa i quiso pensarlo, sin resolverse hasta el dia siguiente, cuando ya el ejército de Búlnes habia pasado el Ñuble. Desde este momento, nuestro ejército fué perdiendo el entusiasmo, i como era formado de voluntarios, la mayor parte con familia, no tenian mucha voluntad de alejarse de sus tierras, asi es que, al pasar el Ñuble, notamos que habia desercion. I hasta los indios, en su mayor, parte se volvieron.»

En cuanto a la idea que se habia formado el jeneral Búlnes de su movimiento sobre el Ñuble, he aquí sus propias palabras, copiadas del parte jeneral de su campaña que ya hemos citado. «Cualquiera indecision, dice, habria frustrado una operacion tan difícil. Para llevarla a efecto, era necesario olvidar completamente los peligros i obrar con una prontitud de que no hai ejemplo.»

(1) Parte jeneral de la campaña ya citado.

perdió en su retirada ni una prenda del vestuario» (1). Sucedia, entretanto, todo lo contrario al ejército rebelde, cuyas tropas voluntarias i sin disciplina veian prolongarse sin fruto la campaña i se alejaban cada dia de sus hogares; de suerte que la ruta de los llanos, entre el Ñuble i el Maule, iba a quedar sembrada de dispersos.

(1) El gobierno de la capital se lisonjeaba, por estos mismos dias, con la esperanza de formar un segundo ejército con que reforzar al jeneral Búlnes, o socorrerlo en caso de fracaso. Segun una comunicacion del ministro Varas al intendénte de Talca, que orijinal tenemos a la vista, el gobierno podia echar mano, al ménos, de 4 mil soldados, en todas las provincias que aun estaban sometidas a su autoridad.

Segun el cómputo que hacia el ministro, aquellas fuerzas podian reunirse en un punto dado en el término de un mes, i a la fecha de la comunicacion (24 de noviembre), se contaba con que podian organizarse de la manera siguiente.

La provincia de *Coquimbo* tenia 600 infantes, de los que 400 eran disciplinados i 25 artilleros, ocupados en sitiar a la Serena, i a mas un escuadron de cazadores a caballo. La de *Aconcagua* contaba con un destacamento del batallon Yungay i 40 soldados de caballeria de la policia de Santiago. Podia dar ademas 400 milicianos de esta última arma. En la de *Valparaiso*, se encontraba el batallon 3.° *de línea* con 450 plazas; habia ademas un destacamento de granaderos a caballo i se creia que podia contribuir con 600 guardias nacionales.

En la *capital*, existian el batallon *Santiago*, con 300 hombres, 100 artilleros, 262 granaderos de nueva formacion i se pondrian sobre las armas 500 cívicos capaces de tomar el campo.

I por último, en *Colchagua*, ademas del batallon de San Fernando que constaba de 200 plazas, podrian salir a campaña 500 milicianos de caballeria.

Haciendo la abultada cuenta de estos recursos, el ministro decia.—«Si hubiese un revés, podríamos poner sobre las armas, en el espacio de un mes, cuatro mil hombres, que darian el triunfo de la causa del órden a las orillas del Maule.»

Olvidaba solamente el señor Varas lo que dirian los pueblos i ese mismo ejército con que él contaba, despues del revés que presentia.

En aquella marcha de los dos ejércitos hácia el Maule, que hace recordar la que, en circunstancias casi análogas, emprendieron los jenerales O'Higgins i Gainza en 1814, solo habia en verdad una engañosa apariencia de ventajas para el jeneral Cruz, miéntras el enemigo iba a recojer todos sus frutos, como en seguida vamos a verlo, siguiendo a ámbos en su rápida marcha por los llanos.

XX.

El dia 30 de noviembre, el jeneral Búlnes se adelantó solo hasta la hacienda de Changaral, dos leguas al norte del Ñuble, habiendo sido retardado, por las dificultades que encontró su artilleria en el paso del Guapi. El ejército rebelde, al contrario, permaneció en la opuesta orilla, sin darse mucha prisa. Aunque el santo i seña de la órden del dia habia sido —*los enemigos huyen despavoridos,* i se prescribia en aquella, ántes de amanecer, que los cuerpos estuviesen listos a marchar en el término de dos horas, éstos se detuvieron para asistir a la misa, pues era dia domingo, cosa que por cierto no hacia ni pensaba hacer el jeneral del gobierno.

Solo a la una del dia 30 emprendió su marcha el ejército revolucionario del campamento del Ala al vado de Dadinco, situado una legua hácia el oriente. Cerca de las tres de la tarde pasó la primera lanchada de tropa, no pudiendo entrar en la embarcacion a la vez mas de 50 infantes, i habiéndose ahogado 6 u 8 desgraciados en el paso de la caballeria (1).

El jeneral Cruz en persona asistió, durante 24 horas con-

(1) El primer jinete que entró al rio fué un cazador que se habia pasado del enemigo i que pereció arrastrado por la corrien-

secutivas, a la prolija operacion del embarque de los soldados i solo en la media noche del dia 30 tomó algun reposo, echándose vestido, sobre un almofrez. «La corriente rápida del Ñuble, dice el secretario Vicuña, describiendo aquella escena, la luna que nos alumbraba i el silencio que habia en todo el campo, interrumpido solo cuando la lancha volvia, daban a aquella escena una majestad que nuestra situacion i nuestro patriotismo realzaban. El jeneral Cruz, rico, enfermo, de una edad algo avanzada i gozando del mas alto puesto militar en su patria, se hallaba allí, como yo, sufriendo toda clase de incomodidades.»

Solo a las 12 del siguiente dia 1.° de diciembre, encontrábase en la márjen setentrional del Ñuble todo el ejército, con la escepcion de los indios que se habian alzado por los secretos influjos del jeneral Búlnes sobre los lenguaraces, i habian vuelto a sus tolderias sin hacer mas daño en la marcha que el saqueo de una hacienda a orillas del Ñuble, pues, en los primeros momentos de su desobediencia, se embriagaron. Solo unos pocos mocetones siguieron al lenguaraz Pedro Cid hasta Longomilla (1).

te. Sucedió tambien un lance lastimoso con un jóven sarjento del Guia llamado Saldivia, quien, viendo a su mujer, que pasaba en ancas del caballo de un miliciano, espuesta a perecer, arrastrada por la corriente, se arrojó al rio para salvarla. «La casualidad, dice un testigo que presenció aquella escena dolorosa, habia salvado la mujer, que pudo enredarse en el caballo i su esposo se habia ahogado. Cuando volvió en sí i supo la desaparicion de su marido, trataba de hacerse pedazos i proferia las esclamaciones mas tristes i dolorosas»!....

(1) Antes de pasar el rio, se desertó toda la guardia de prevencion del batallon Lautaro con el oficial que la mandaba i al siguiente dia, al amanecer, se fugó tambien la mayor parte de la 3.ª compañia del batallon Alcazar que se componia de cívicos de Quirihüe. *(Diario de campaña del coronel Zañatu.)*

El ejército se acampó aquella tarde en el molino de Dadinco, inmediato al fértil valle de Cocharcas, donde está situado el vado de este nombre. El jeneral Búlnes habia llegado aquella misma tarde a la hacienda de Ñiquen, propiedad de un señor Azocar, i entrado aqui en el camino real, pues desde el Guapi, venia por una senda de travieso.

Sabedor en este punto el jeneral del gobierno de que Urrutia amagaba al Parral con las fuerzas de caballeria que habia desprendido el dia 28 del ejército de Cruz, destacó al comandante Yañes con su escuadron de lanceros i 100 infantes a la grupa, a las órdenes del capitan don Mauricio Barbosa, con el objeto de protejer los pueblos de la ruta.

El jeneral Cruz tuvo, por su parte, oportuno aviso de la posicion que ocupaba el enemigo sobre el camino carretero de la capital; meditó, en consecuencia, darle alcance, antes de que hubiese pasado el Perquilauquen, i a este efecto impartió órdenes para que el ejército emprendiese su marcha a las once de aquella misma noche (1.° de diciembre). Mas, ignórase porque no se llevó a cabo tan acertado intento.

XXI.

Fustrada aquella primera tentativa de caer sobre el enemigo, fué preciso resignarse a marchar sobre sus pasos, casi sin molestarlo i teniendo siempre a la vista su retaguardia. El jeneral Búlnes iba adelante una jornada cabal, de manera que el ejército rebelde se acampaba casi siempre en los sitios en que los soldados de aquel habian encendido el fogon de sus vivaques matinales. Por lo demas, la marcha de ambas divisiones no iba a ofrecer nada de notable.

La caballeria, al mando de Baquedano, se adelantaba dos o

tres leguas a vanguardia del grueso del ejército i el intelijente oficial Gomez Garfias cerraba la retaguardia del enemigo con el cuerpo de Cazadores a caballo i las partidas de guerrilla que mandaban Vallejos, un antiguo cabo de Pincheira llamado Jeldes, un Alvarez, de Linares, i particularmente, el presbítero Toledo, cura de Yerbas-buenas, que se ceñia las sotanas con el cinturon del sable i daba ejemplos increibles de fiereza i de actividad. El coronel Zañartu ocupaba el mismo puesto con el Carampangue en la marcha del ejército revolucionario, cerrando su retaguardia.

El dia 2 de diciembre, la caballería de Baquedano pasaba, a las once de la mañana, frente al pueblo de San Carlos, mientras la descubierta, al mando de Grandon, avistaba, a esa misma hora, al ejército enemigo que pasaba el rio Perquilauquen, cubierto de espesos chircales. Búlnes se adelantaba rápidamente hácia el Parral, i aquella mañana sus comandantes de retaguardia recibieron una esquela del jeneral de la vanguardia rebelde en que les decia estas palabras.—«Convido a los jefes i oficiales que estan al frente, a darnos un abrazo el dia de mañana i a almorzar juntos en los Cardos» (1), rasgo de buen humor que fué celebrado en ambos ejércitos como una ocurrencia peregrina. Almorzar con los oficiales enemigos, decian en efecto algunos chuscos, era tan difícil como dar en aquellas llanuras una batalla naval....

El jeneral Cruz sentó su campo aquella tarde en la hacienda de Ñiquen, de donde se habia alejado el enemigo a las seis de la mañana.

(1) Hacienda del coronel Urrutia, situada una legua al sud del Parral. Díjose que el mayordomo de este fundo habia mandado al jeneral Cruz el santo, seña i contra-seña del ejército enemigo en aquella noche, i que, en consecuencia, se preparaba aquel para atacarlo, de sorpresa, al amanecer. Pero no hemos encontrado datos positivos que autorizen este rumor.



Reuniósele aquí, en la noche, el jeneral Urrutia con los escuadrones de Souper i Arce, despues de haber hecho una infructuosa tentativa para apoderarse del Parral el dia 30. Habia tenido dos muertos en la refriega i traia gravemente herido a don José Miguel Retamal, oficial enemigo que cuidaba unas caballadas en la vecindad de aquella villa. Lo inadecuado de las fuerzas de caballeria para asaltar un pueblo defendido por infantes, habia sido la causa de aquel descalabro que todos preveian. El jeneral Urrutia vióse aun en peligro de ser cortado por las fuerzas destacadas al mando del comandante Yañes desde Ñiquen, i solo pudo salvarse contramarchando por la ceja de la montaña para reunirse al ejército.

El dia 3, el jeneral Búlnes acampó en la márjen setentrional del pintoresco Longaví, i tanta prisa llevaba, que cuando hubo vadeado el rio, ordenó que sus propios caballos i los del estado mayor se empleasen en pasar el batallon Talca, a cuyo cuerpo prestaba especiales atenciones. El ejército revolucionario cruzó aquel dia por las fangosas calles de la tristísima villa del Parral, i continuando su marcha hasta una hora mui avanzada de la noche, se acampó en la hacienda de la Rinconada, dos leguas mas al norte. El ejército habia podido llegar, mui cerca del amanecer, a la orilla sud del Longaví, pero los prácticos estraviaron el camino, intencionalmente, segun se dijo aquella noche, afirmándolo algunos con tal certidumbre que el irritado intendente Alemparte estuvo a punto de hacer fusilar a uno de aquellos comedidos «cantores».

El dia 4, el ejército del gobierno marchó con tanto esfuerzo que en una sola jornada pasó el caudaloso Achibueno i el Putagan, tomando posiciones en el molino de Chocoa, a la cabecera del valle de Longomilla. Reuniósele este dia gran parte de la reserva organizada en Talca i que el jeneral en

jefe habia ordenado se moviese sobre Chillan, cuando despachó su secretario a la capital. En el vado del Achibueno se le incorporó el capitan Guerrero con un escuadron de Granaderos a caballo i en otro lugar, mas hácia el norte, llamado Batuco, encontró al batallon Rancagua que venia a las órdenes del comandante Gonzalez. El jeneral Cruz, al contrario, se movió aquel dia con una inesplicable lentitud. Pasó temprano el Longaví, i dejó que sus tropas se reposasen todo el dia entre las arboledas que pueblan aquellas amenas riberas.

Los oficiales se pusieron, con esta ocasion, a charlar bajo los árboles, reposándose del cansancio de la marcha i del intenso calor del dia. En uno de estos grupos, que se recreaba sobre una jigantezca cazuela de seis gallinas, que la oficialidad de uno de los cuerpos del ejército enemigo habia dejado a medio coser i sin pagar, se veia al secretario Vicuña i a su hijo, a los comandantes Souper i Lara, al capitan Las-Heras, comandante de la escolta del jeneral en jefe i al jóven i brillante poeta don Eusebio Lillo, que, a fuer de bardo, merecia el título del primer *cantor* entre los numerosos agregados del ejército del sud. Acertó a pasar, en circunstancia que aquellos jóvenes iban a disfrutar alegremente de su opíparo banquete, el comandante Urízar, cuya marcial figura era conspicua en todas partes, pues vestia siempre traje militar, al contrario de la mayor parte de sus camaradas, a quienes disfrazaba el pintoresco poncho. Convidáronle a la mesa, i como notáran en su rostro un ceño sombrio i rehusase comer, díjoles aquel solamente—*Hacen bien muchachos de cuidarme, porque si yo muero, todo se lo lleva el diablo!* i en seguida pasó. Era la sombra de Purapel que desfilaba la víspera de Longomilla, donde una bala iba a sellar eternamente los labios de aquel hombre esforzado en quien la revolucion ha-

bia encontrado no solo un brazo sino un magnánimo corazon! (1).

XXII.

El dia 5 de diciembre, a las dos de la tarde, pasó el grueso del ejército revolucionario el caudaloso Achibueno, miéntras la caballeria vadeaba el Putagan, que confluyendo con aquel i el Longaví, va a formar, a mui corta distancia, el Longomilla. Pasó el ejército aquella noche en la ribera de aquel rio i formó su línea de batalla entre espesas arboledas, pues estaban ya mui próximos ambos ejércitos.

A la siguiente jornada, el jeneral Cruz se acampó en las casas de Reyes, que es el nombre de una de las haciendas de la fértil comarca que se estiende entre el Longomilla i el Maule. El jeneral Búlnes, que ocupaba, desde el dia antes, esta misma posicion, con cuyos accidentes se habian familiarizado tanto él como sus jefes, pues habia sido el campo de instruccion de su ejército, en la tarde de la víspera, habia trasladado su campo una legua i media hácia el Maule, situando su línea en una inminencia llamada Bobadilla, especie de cerrillo aislado que bañan las aguas de aquel rio. En las casas de Reyes, se incorporó al ejército el batallon Santiago i se habian recibido, ademas, algunos centenares de

(1) Ya hemos dicho que la tumba de Urízar encerró muchos secretos de la campaña del sud en 1851. Acostumbraba este jefe llevar a la cintura un afilado puñal americano, i mas de una vez dijo a su sobrino don Juan Antonio Pando que destinaba aquella arma para los *traidores*.—Quienes eran éstos?—La tumba de aquel valeroso soldado, volvemos a decirlo, ocultó sus nombres, mas no su colectiva responsabilidad i la infamia imperecedera a ella anexa.

caballos de repuesto i un parque completo de municiones. Esta última tropa hacia subir a 600 o 700 hombres los auxilios que Búlnes habia recibido en su *fuga,* i éste probablemente era el número de las plazas que habia perdido Cruz en su *persecucion*, por los desastres i resagados.

XXIII.

Los dos ejércitos volvian a encontrarse, como en la ribera sud del Ñuble, a pocas cuadras de distancia i en actitud de acometerse. Al dia siguiente de haber tomado aquellas posiciones, avistáronse, en efecto, sus avanzadas en el valle, pero no se veia síntoma alguno de una próxima batalla. Parecia, sin embargo, estraño que el jeneral Búlnes no pasase el Maule, pues era la creencia jeneral en el ejército revolucionario que su movimiento desde el Ñuble era con el objeto de disputarle el paso de aquel rio; i por otra parte, notábase tambien con estrañeza la inaccion completa del jeneral Cruz en un punto que ofrecia pocas ventajas militares i cuyo terreno era conocido a palmos por los jefes enemigos que habian organizado ahí el ejército del gobierno.

Nadie, ni el mismo jeneral Búlnes, se imajinaba que la hora del desenlace iba a llegar. A lo ménos, asi lo manifestaban sus palabras, en una nota oficial escrita por aquel jefe desde el campamento de Longomilla, con fecha 5 de diciembre. «Mi permanencia en este punto, dice, dependerá de los movimientos del enemigo. Dispuesto a batirlo donde se presente, no abrigo temores por el éxito de una accion, tanto mas favorable en las actuales circunstancias, cuanto que haria mas decisivos los resultados por la larga distancia que

separa ahora a los sublevados del teatro de sus primitivas operaciones, de sus recursos etc.» (1)

Dos dias despues, este plan de campaña, que manifestaba el ánimo decidido de mantenerse a la defensiva, era del todo cambiado. El jeneral Búlnes iba a tomar la iniciativa del ataque. La hora horrenda de Longomilla iba a sonar en los destinos de Chile!

(1) Véase en el documento número 13 el parte oficial del que copiamos estas palabras. Esta curiosa pieza, en que el jeneral Búlnes detalla todas sus operaciones desde su salida de Chillan, se ha conservado inédita hasta hoi dia.

CAPITULO XI.

BATALLA DE LONGOMILLA.

El jeneral Búlnes resuelve repentinamente atacar al ejército revolucionario.—Tiene noticia el jeneral Cruz de aquel intento, pero no adopta ningun plan definitivo.—Insinuaciones oportunas de Baquedano i Alemparte.—El jeneral Búlnes se mueve ántes de amanecer de su campamento de Bobadilla.—El valle de Longomilla.—Posiciones del jeneral Cruz en las casas de Reyes.—Se anuncia de improviso la presencia del enemigo.—El jeneral Búlnes despliega su ejército, pero vacila, reune un consejo de guerra sobre el campo, i emprende de nuevo su marcha.—Los rebeldes forman su línea de batalla.—Errores capitales que comete el jeneral Cruz en sus disposiciones estratéjicas.—El jeneral Búlnes dispone su plan de ataque.—Aspecto solemne del campo en esa hora.—Apariencia personal del jeneral Cruz en Longomilla.—Eusebio Ruiz.—Heroicas palabras del jeneral Cruz.—Falso aviso que recibe el jeneral Búlnes en el momento de empeñar la batalla.—Ordena, en consecuencia, que el batallon Buin marche en columna sobre las casas de Reyes.—El mayor Peña i Lillo.—Su heroica muerte, su carácter i carrera.—Trábase la batalla.—El mayor Videla carga a la bayoneta con dos compañías del Guia i es herido.—El comandante Saavedra lo sostiene con una constancia heróica.—Muerte del capitan Tenorio.—El comandante Urízar

se empeña con el 2.° Carampangue i es muerto a los primeros tiros.—Apurada situacion de los rebeldes.—Da cuenta de ella al jeneral Cruz el intendente Alemparte.—Ordena aquel a la caballería cargar en masa.—El jeneral Baquedano emprende la carga con el rejimiento de Eusebio Ruiz.—Alemparte i Urrutia se retiran del campo de batalla.—El jeneral Búlnes se pone a la cabeza de los Cazadores i coloca en una situacion ventajosa dos obuses, al mando del mayor Gonzales, para ametrallar los escuadrones enemigos.—Baquedano es herido, en consecuencia, i muerto Eusebio Ruiz.—Desaliento de la caballería rebelde i su dispersion.—Cobarde fuga del coronel Puga i desaparicion de Alejo Zañartu.—Los comandantes Souper i Lara intentan rehacerse i son hechos prisioneros.—Muerte del mayor Grandon i del capitan Condesa.—El comandante Urriola se arroja al Longomilla con la mayor parte de su escuadron i mas de doscientos dispersos.—Horrible espectáculo que ofrece el rio.—Muerte del capitan Guerrero.—Aventuras del mayor Alvarez Condarco.—Movimiento de flanco del comandante Silva Chaves.—Muerte del comandante Campos i del ayudante Herrera.—El capitan Valdivieso es hecho prisionero con una compañía de Carampangue.—Aspecto de la batalla a las diez del dia.—Terrible encarnizamiento con que pelean las infanterias.—Entra al fuego el coronel Martinez i es muerto en el acto.—Reflexiones sobre este estraño lance, que se atribuyó a traicion.—Los capitanes Vega i Artigas son muertos entre otros muchos subalternos.—José Romero o «Leña Verde».—El coronel Garcia es cortado por un destacamento del 2.° Carampangue, pereciendo su ayudante Rojas i perdiendo su caballo el ayudante Pradel.—Muere en el Guia un hermano de este oficial.—Heróica conducta del teniente Ruiz, del último cuerpo i es ascendido en el campo de batalla.—La Monchi.—Una jenialidad del jeneral Baquedano. —Heroismo del capitan Robles durante toda la batalla.—El comandante Zúñiga es gravemente herido al pie de sus cañones.—Eusebio Lillo.—El coronel Zañartu se bate con un fusil desde el tejado de las casas de Reyes.—Siniestras patrañas que circularon a este respecto.—El coronel Garcia da cuenta al jeneral Búlnes de las insuperables dificultades que encontraba para apoderarse de las casas.—El jeneral en jefe ordena al mayor Escala incendiar o demoler aquellas,—Carga infructuosa del capitan Villalon.—El mayor Robles solicita del jeneral Cruz dos compañías de la reserva para decidir la batalla.—

Vuelve el coronel Garcia a declarar la imposibilidad de desalojar al enemigo, i el jeneral Búlnes ordena, en consecuencia, que su infantería se retire fuera de tiro de fusil, formando su línea en una loma a vanguardia de las casas de Reyes.—Los bravos oficiales Escala i Pardo son heridos al terminar el combate.—Solemne pausa de la refriega i aspecto terrible que ofrece el campo de batalla.—El mayor Gaspar i el teniente Contreras disparan el último cañonazo sobre la línea enemiga i matan tres soldados del Buin.—El jefe de estado mayor Rondizzoni es aturdido por el roce de la bala, i a una voz desconocida, comienza la dispersion.—El capitan Villalon vuelve a cargar, pero es rechazado.—El comandante Saavedra i el mayor Robles persiguen al enemigo.—A las tres de la tarde, el jeneral Cruz dirije a Concepcion el parte de su victoria.—Reflecciones sobre la batalla de Longomilla.—Un símil espiritual de Souper.—Estado jeneral de las fuerzas del ejército revolucionario en Longomilla.—Número de heridos i muertos que hubo en esta sangrienta batalla.—Nómina de los oficiales rebeldes que perecieron o fueron heridos en ella.—Estado jeneral de las bajas que tuvo el ejército chileno en la crisis de 1851.—Resultados militares i políticos de la batalla de Longomilla.

I.

Era el 7 de diciembre del año infausto de 1851, i reinaba en el campo de Bobadilla la calma que suele suceder a los dias de fatigas i ansiedad. El ejército del gobierno se reposaba de su presurosa marcha de mas de 60 leguas por los Llanos, i nada hacia presentir que ocurriera una mudanza en la actitud puramente defensiva que habia traido en su retirada desde el Ñuble. Parecia, al contrario, que en las fuertes posiciones que ocupaba sobre el Maule, habia encontrado la valla de su seguridad i de su victoria.

Solo en el ceño del espresivo i marcial rostro del jeneral en jefe, se notaba un tinte sombrío. Estaba el jeneral Búl-

nes, aquel dia, en estremo silencioso, contra su costumbre; i los que le habian visto de cerca la víspera de Yungai, podian descubrir en su aspecto las hondas señales de una fluctuacion profunda que trabajaba su espíritu. De improviso, al caer la tarde, llamó a su presencia a los principales jefes del ejército i les ordenó que alistasen sus cuerpos para emprender a media noche la marcha sobre el enemigo. Al mismo tiempo, dió órden al intendente de Talca para que a toda prisa aparejase un hospital de sangre, capaz de contener de ochocientos a mil heridos.

Qué estraña i oculta causa daba lugar a tan repentina resolucion? Nadie lo supo entónces i nadie podria afirmarlo todavia. Hai arcanos, delante de los que la historia misma apaga su antorcha de luz i cierra sus ojos escrutadores, como si temiera, al descubrirlos, hacer mas horrendas las catástrofes que narra. Díjose por algunos que habia venido al jeneral en jefe, por un espreso de la capital, órden perentoria para atacar al enemigo en donde le encontrase; por otros contábase que habian llegado a oidos de aquel impresionable caudillo rumores siniestros sobre la fidelidad de sus oficiales mas caracterizados, que acusaban su inaccion como un complot de familia. Mas, sea como quiera, era evidente que el plan i la ejecucion de la batalla habian sido la inspiracion de un momento dado, como habia sucedido en la noche que precedió al famoso hecho de armas de Yungai.

II.

Entre tanto, el campo del ejército rebelde dormia envuelto en el doble manto del silencio i de la noche. Solo el jeneral Cruz i algunos jefes estaban de pié. Conversaban tranquila-

mente sobre cuales serian los planes del enemigo en aquellos momentos, e inclinábanse todos los pareceres en el sentido de que aquellos no podian ser otros sino repasar el Maule para disputar su paso, desde la márjen del norte, al ejército revolucionario.

Sin embargo, serian las once de la noche cuando un oficial condujo a la presencia del jeneral a un paisano que habitaba en aquellas vecindades. Dió este aviso que el enemigo se movia, pues habian visto los preparativos de la marcha dos hermanas suyas que acababan de volver del campo de Bobadilla. En el instante, i obrando bajo el concepto puramente defensivo que el jeneral Cruz atribuia al enemigo desde que se encerró en Chillan, supuso que en caso de ser cierto el movimiento que emprendia aquel, no podia ser sino una operacion estratéjica con el objeto verdadero de esguazar el Maule, sirviéndose de las pocas lanchas de que podia disponer en el vado del Naranjo, sobre el camino real de Talca al sud.

El cauto jeneral acordó, sin embargo, algunas medidas para el caso que el enemigo, cuya audacia conocia, viniera temerariamente a atacarle en la formidable posicion que ocupaba su ejército. Ordenó, en consecuencia, al intendente de ejército Alemparte fuera al balseadero inmediato del Longomilla, donde el enemigo habia dejado abandonadas catorce lanchas, a sumerjir éstas en el agua, abriéndoles taladros, a fin de evitar que en el caso de un ataque por ese lado, cayesen en manos de aquel. Encargó, al mismo tiempo, al coronel Zañartu hiciese construir a lo largo de la muralla de la ramada de matanza que dá frente al norte, una fila de andamios para cubrir de fuegos aquel punto, que era difícil protejer de otra manera, i por último, hizo llamar al jeneral Baquedano i le encargó mantuviese una especial viji-

lancia aquella noche i que hiciese recorrer las avanzadas i grandes guardias que estaban apostadas en direccion al campo del enemigo.

Baquedano i Alemparte aprovecharon aquel momento para insinuar al jeneral en jefe la posibilidad de una sorpresa, teniendo en mira la difícil posicion del enemigo i la conocida temeridad del jeneral Búlnes en tomar la iniciativa; pues toda la estratejia de este caudillo puede reasumirse con acierto en aquel bellísimo refran que tiene, si es lícita la espresion, el sabor del poncho chileno i que dice solo estas dos sentencias tan sencillas como verídicas—*El que pega primero, pega dos veces!*

Proponíanle, en consecuencia, aquellos jefes, o bien citar a consejo para combinar un plan jeneral de batalla, o bien mudar el campo hacia las cerrilladas de Chocoa, un poco a retaguardia de las casas de Reyes, pues éstas, aunque en sí mismas eran una verdadera fortaleza para la infantería, no ofrecian reparo alguno a los numerosos escuadrones del ejército. Alemparte insistia mas especialmente en esta última medida; pero negóse a todo acuerdo el jeneral Cruz, pues nada era bastante a destruir su idea fija de que el enemigo no le daba batalla sino del otro lado del Maule (1).

(1) «El 7 de diciembre de 1851 se supo que Búlnes pensaba atacarnos al dia siguiente. Cruz quizá no creyó la noticia, porque no quiso combinar aquella noche ningun plan de batalla o talvez no le gustó lo que yo le proponia; ni quiso que hubiese consejo para tratar sobre esto, pues nada resolvió hasta el dia siguiente, 8 de diciembre, en que se dió la batalla.» *(Carta citada del jeneral Baquedano al autor, fecha* 29 *de abril de* 1862.)

III.

Retiróse el jeneral Baquedano, un tanto desazonado, a los potreros en que estaba acampada la caballería, a retaguardia de las casas; pero ántes dió órden al jefe de servicio, que lo era aquella noche el mayor Videla, para que se adelantase por el camino real con un escuadron de caballería a tomar lenguas del enemigo. Hízolo así aquel bizarro oficial, i llevando consigo uno de los dos escuadrones que mandaba el mayor Padilla, anduvo hácia el norte cerca de una legua, hasta que unos chacareros que dormian en una ramada, cuidando sus cosechas, le noticiaron que no apercibian ningun movimiento del enemigo. Con esta seguridad i la que ofrecia la fuga a que se entregaban las guardias avanzadas del campo de Bobadilla, a la aproximacion de Videla, volvió éste al cuartel jeneral i dió el parte acostumbrado en tales casos— *Sin novedad!*

IV.

Serian a estas horas las tres de la mañana, i en ese momento mismo el ejército enemigo, que habia estado en movimiento desde la media noche, en su campo, se ponia en marcha hácia las casas de Reyes.

V.

Solemne i casi tan terrible como la batalla misma era aquel momento en que los soldados despertaban a la voz de

sus cabos e iban a formar en silencio sus columnas de marcha. Para cuántos aquel sueño era el último de la vida! La luna llena iluminaba con su pálido resplandor el callado movimiento de las armas. Guardaban las filas el mas profundo silencio, i los oficiales conversaban a media voz, quiénes para alentarse en la prueba de aquel dia, quiénes para darse un adios eterno.

Iba el ejército, entre tanto, por el centro del camino real en columnas por batallon, llevando el veterano Buin la cabeza de la marcha. El coronel de este cuerpo, don Manuel García, mandaba en jefe toda la infantería. Por ambos costados de la senda, marchaba la caballería en dos divisiones, bajo el mando superior del coronel don José Ignacio García, i la descubierta era formada por los Lanceros de Colchagua con 100 infantes a la grupa que mandaba el capitan don Pedro Pardo. El ayudante de estado mayor don Nicolas José Prieto precedia esta columna lijera, adelantándose con una pequeña partida de esploradores (1), algunas cuadras sobre el grueso del ejército.

En esta disposicion se presentaba el ejército del gobierno sobre el campo de Longomilla, al romper el alba del memorable dia 8 de diciembre, dia de la Concepcion, patrona del pueblo cuya gloria i cuyo holocausto iba a consumarse en aquel sitio (2).

(1) En el documento núm. 13 bis del apéndice publicamos la correspondencia sostenida por los comandantes Silva Chaves i Yañes sobre el mando de la columna del capitan Pardo.

(2) En los momentos en que se presentó el enemigo, se preparaba un altar en el patio de las casas de Reyes para celebrar una misa en honor de la Purísima Concepcion, patrona del pueblo de este nombre.

VI.

Conócese propiamente con el nombre jeneral de Longomilla una comarca fértil i amena que se estiende por el espacio de dos o tres leguas entre los rios Maule i Longomilla, i forma el delta de estos dos raudales, los que, por sus rumbos opuestos, se cortan allí mismo en ángulo recto. Existian en aquel valle varias haciendas, cuyos campos eriazos comenzaban a cubrirse de mieses i de plantaciones, mediante la irrigacion que recientemente se les aplicaba. Entre las diversas propiedades en que aquellas estan subdivididos, señalábase la del subdelegado del lugar don Manuel García, llamada propiamente Chocoa, pues está al pié de una cerrillada baja de este nombre que cierra el valle por el sud, cortando con un portezuelo la senda del camino carretero del sud a la capital. A continuacion, se estiende la hacienda conocida entre los habitantes del lugar con el nombre de *Barros negros*, por el color de la tierra en ciertas manchas del camino, i siguen despues, hácia la ribera del Longomilla, los célebres molinos que llevan el nombre del mismo rio, i son propiedad del industrioso agricultor don Juan Antonio Pando, miéntras en la opuesta direccion, sobre la márjen meridional del Maule, se dilata otra hacienda de cultivo, de que era dueño en aquel tiempo un señor Baltierra, adicto al bando popular.

Las casas de Reyes, o de Urzua, (pues se les daban estos dos nombres por los de los propietarios que las habian poseido) están situadas en el centro de la hacienda de *Barros negros*, sobre el camino real del sud i son en su construccion como las demas de su jénero, tan sólidas como toscas, con

paredes de adobes desnudos i techos de teja encarnada. Una espaciosa ramada de matanza i una viña se estendian por uno de los costados de la casa entre el camino carretero i los cerros de Chocoa.

En esta parte, el valle de Longomilla, comprimido entre el rio i aquella cadena de ásperas lomas, no tiene sino la estension de unas diez o doce cuadras, i el camino real lo parte por mitad. El terreno es pesado i arenusco, interceptado por matorrales bajos i espesos, con algunas hondas grietas i ondulaciones mas o menos profundas, formadas al parecer por las arenas movedizas de aquella ensenada, que en tiempos remotos ha servido sin duda de lecho a uno de los dos rios que hoi la fecundizan. Una de estas eminencias del terreno toma la forma de una loma baja i dilatada que se estiende cuatro cuadras al norte de las casas, i a la que nosotros daremos convencionalmente, para mayor claridad, el nombre de *Loma de vanguardia*.

Tal era el teatro en que iba a representarse en aquel dia la mas sangrienta trajedia de nuestros anales (1).

(1) El jeneral Cruz no habia elejido de buen grado la posicion que ocupaba en las casas de Reyes, porque sabia que aquel terreno era sobradamente conocido por el enemigo. Enfadóse sobre manera, en consecuencia, cuando los prácticos le condujeron hasta aquel paraje, pues su intencion era situarse mas a retaguardia en el portezuelo que corta los cerros de Chocoa, posicion verdaderamente inespugnable. Perdida esta ventajosa situacion, el jeneral Urrutia i el intendente Pando, que eran conocedores de aquellas vecindades, le indicaron una posicion militar a orillas del Maule, en el centro de los potreros que hemos dicho pertenecian a un señor Baltierrá. He aqui en efecto lo que a este propósito dice el coronel Zañartu en su diario de campaña. «El jeneral Urrutia me ha dicho que antes de marchar, el dia 6 de diciembre, le sujirió al jeneral en jefe la idea de hacer la marcha por el flanco derecho de nuestra posicion i dirijirnos a la ha-

VII.

El jeneral Cruz, como hemos visto, no habia cuidado de formar su línea de batalla desde que tuvo anuncios de la probable aproximacion del enemigo; i así era que los diferentes cuerpos conservaban aquella noche la posicion que habian elejido al acamparse en las casas de Reyes el dia 6 por la tarde. El *Guia* i el 2.° *Carampangue* estaban tendidos en línea frente a las casas, el primero hácia la derecha del camino i el último en el costado opuesto, haciendo frente a la muralla de la ramada de matanza. Dentro del espacioso recinto de ésta, se encontraban los batallones *Alcázar*, *Lautaro* i el viejo *Carampangue*, que componian la reserva. La artilleria habia sido apostada en el patio esterior de la casa i los once escuadrones de que constaba la brillante caballeria del ejército rebelde forrajeaban en los campos de alfalfa de las pequeñas propiedades que subdividen el valle de Longomilla, mas conocido en aquella parte con el nombre de *Chocoa*.

cienda del señor Baltierra, que está a la orilla del Maule, indicándole que era un punto militar que solo distaba poco mas de una legua del cerro de Bobadilla, ocupado por el enemigo, a quien tomábamos por el flanco izquierdo, poniéndolo asi en apuros para cambiar de frente; pero que se le contestó con un—«lo pensaré.»

El mismo señor Pando nos ha confirmado posteriormente en la veracidad de esta oportuna indicacion hecha al jeneral Cruz.

En cuanto a nosotros, apenas tuvimos lugar de hacer una lijera inspeccion del campo de batalla en el rápido viaje que hicimos al sud en octubre de 1861.

VIII.

Dormia el campo rebelde en aquella forma, en gran manera descuidada i anti-militar, sumerjido en la profunda calma que es peculiar a las altas horas de la noche, cuando al amanecer oyéronse de improviso, desde la loma que hemos llamado de vanguardia, por distar tres o cuatro cuadras al frente de las casas, los gritos atropellados de un jinete que repetia a todo reventar las voces de—*el enemigo! el enemigo!* Era el lenguaraz Pedro Cid, conocido despues en la capital por percances judiciales, que habiendo salido a caballo al campo aquella noche, fué informado por unos labriegos que el ejército contrario se movia de su campamento de Bobadilla, situado solo a legua i media de las casas de Reyes, i se encontraba distante de éstas solo unas pocas cuadras.

IX.

En el acto, se dió la voz de alarma al ejército revolucionario. Los tambores de todos los cuerpos tocaron tropa, el Guia i el 2.° Carampangue formaron en línea en las posiciones en que habian dormido i en la que deberian ai! reposarse tantos de sus bravos con el eterno descanso de la nada, miéntras que los soldados de caballería corrian a poner la brida a sus caballos, dispersos en los potreros.

El jeneral Cruz, entretanto, apénas habia tenido tiempo para montar en su favorito tordillo, pedir su anteojo de batalla i dirijirse apresuradamente a la loma de vanguardia a reconocer al enemigo.

Tenia la presencia de éste en aquel momento muchos de los accidentes de una sorpresa; pero el jeneral Cruz, en cuyo cerebro toda idea parece transformarse en una obstinacion, dudaba aun de la acometida en masa que iba a hacer el enemigo, i volvió a persuadirse que aquel movimiento era solo una falsa maniobra para ocultar el paso del Maule, en que aquel debia buscar su salvacion. Mas, no advertia esta vez el viejo i esperto soldado que su émulo no necesitaba aquel ardid para intentar el paso de un rio, a la distancia de mas de una legua de su campo, i mucho mas, desde que el último habia vadeado el Ñuble casi debajo de sus pestañas.

Acompañaban al jeneral en jefe sobre el perfil de la loma, en el instante en que tendia su anteojo sobre el enemigo, el jeneral Urrutia i su secretario Vicuña con su hijo; i tan cercanas estaban ya las columnas enemigas, que aquel hizo señas a los circunstantes para que se dispersasen, pues en grupo podian servir de blanco a una descarga de la fusileria que avanzaba.

X.

Reinaba, en ese instante, un profundo silencio en el campo en que el enemigo estendia como sobre un terreno de parada su línea de batalla, mientras que en las posiciones de los rebeldes todo se hacia con la algazara propia de tropas indisciplinadas i entusiastas. El jeneral Búlnes dilataba sus filas, desplegando en batalla cinco de sus batallones, miéntras el favorito Buin se conservaba en columna sobre el camino real, i el Rancagua i Santiago formaban, tras la loma de vanguardia, como division de reserva. La caballeria se

desplegaba en ese momento por escuadrones en direccion a la ribera del Longomilla, i la artilleria, dividida en tres baterias, tomaba posiciones en el centro i ámbos flancos de la línea.

No se oia un solo disparo de armas de fuego. Las guerrillas se habian ahuyentado de aquel campo en que las escaramuzas iban a ser inútiles. Solo interrumpian la línea del horizonte, como un muro de acero levantado de improviso, los batallones que venian al asalto, cuyos brillantes uniformes i cuyas armas escojidas lucian en aquel momento a los rayos del sol que aparecia por el oriente.

XI.

El jeneral Cruz observaba, sin embargo, que las líneas del enemigo habian paralizado su marcha i se mantenian inmóviles sobre las armas—Qué sucedia?—Una ráfaga de vacilacion habia pasado por la osada mente del caudillo que conducia a aquellas: tan grande era la responsabilidad de la empresa i tan visibles los presajios de la catástrofe! «Llamó en este lance a los jefes de los cuerpos, dice uno de los mismos capitanes que figuraban en aquel estraño consejo (1), i una vez reunidos, les dijo el jeneral: *el enemigo se ha apercibido de nuestro movimiento; nosotros no sabemos la posicion que ocupa, ni la que debemos tomar; i me parece mas conveniente volvernos al campamento, ocuparnos todo el dia en reconocimientos i emprender la marcha mañana mas temprano.* Como habia jefes mas caracterizados que yo, guardé silencio, añade el narrador, pero no contestando nadie, el

(1) El comandante Silva Chaves—Diario citado.

jeneral se dirijió a mí i me preguntó entónces—*Diga Ud!*—
Yo contesté: que no estábamos en el caso de volver i que me parecia debiamos ir en busca del enemigo. Urzúa i nó sé quien otro aprobó mi contestacion, i el jeneral dijo entónces—*Adelante!*»

A la voz de *avancen!* que se repitió en todos los cuerpos por las órdenes de los ayudantes, rompieron todas las músicas sus himnos de guerra i los soldados atronaron el aire con sus terríficos *chivateos*, poniéndose todo el ejército en presurosa marcha hácia las posiciones que ocupaba el enemigo. Iguales ecos se hacian oir en las filas de los «Libres», cuyas bandas tocaban la cancion de de Chile, pareciendo que aquel preludio del entusiasmo fuera un saludo digno de los héroes, cuando, en realidad, no era sino el sangriento sarcasmo de una guerra de hermanos.

La batalla no tardaria sino minutos en comenzar con un fragor tremendo, i es pues llegado el tiempo de entrar en el detalle de las maniobras que la precedieron, i que, en verdad, fueron bien pocas, pues en el campo de Longomilla no se practicó mas regla de estratejia, que la de matar.

XII.

El jeneral Cruz tenia que cubrir un frente de diez o doce cuadras, como hemos visto, con su línea de batalla, entre la márjen del profundo i escarpado Longomilla i el boscoso declive de las colinas de Chocoa, hácia el oriente. Tendiendo en este espacio sus cinco batallones, con la artilleria en los claros de los cuerpos i la caballeria en los flancos, su posicion se hacia casi inexpugnable, porque tenia por punto de apoyo las casas de Reyes, a manera de una fortaleza, i

conservaba espedito el camino del sud que aquellas dominan, miéntras que ambos costados de su línea estaban protejidos, a la izquierda, por un rio sin vados, i a la derecha, por la fragosidad del terreno cubierto de espesos pataguales e interceptado, ademas, por los cercados de algunas sementeras de trigo en plena madurez.

Pero sea que la sorpresa no le diese tiempo de concebir un plan jeneral ni de ponerlo en obra; sea que, conforme a su sistema favorito de estratejia, quisiese mantenerse solo a la defensiva, el jeneral rebelde acordó concentrar la defensa al derredor de las casas, abandonando el resto del campo, con funesta ceguedad, a la pujanza i a las hábiles maniobras del enemigo. El jeneral Cruz sostuvo la batalla de Longomilla con el fuego de compañías aisladas, miéntras el enemigo cargaba con todas sus masas, adquiriendo asi la inmensa superioridad que da en los combates la organizacion compacta de la tropa i la simultaneidad de los ataques.

En consecuencia, el jeneral del sud formó al frente de las casas, i a la derecha del camino la mitad del 2.° Carampangue, al mando de Urízar i las cuatro compañías de fusileros del Guia hácia la izquierda, en las mismas posiciones que ocupaba ántes del combate. Los granaderos del viejo Carampangue, al mando del bizarro capitan Robles, el héroe verdadero de aquella memorable jornada, i la primera compañía de aquel cuerpo, a las órdenes de su teniente don Antonio Catalan, formaban tambien en la línea de Urízar, miéntras el Guia se encontraba sin sus dos compañías de preferencia, pues los granaderos estaban en la reserva, a las órdenes del capitan don Eleuterio Baquedano i los cazadores seguian a Pedro Benavente, en la columna lijera que mandaba el mayor Rojas.

Los batallones Lautaro i Alcázar, a las órdenes de sus

respectivos comandántes Martínez i Molina, estaban tendidos en batalla a lo largo de las murallas de la ramada de matanza i el Carampangue, agrupado en columna cerrada, formaba la reserva a las órdenes de Zañartu, de manera que, en realidad, formaban en la linea solo 11 compañias, miéntras que en la reserva existia casi el doble número de tropas, esto es, 19 compañias, lo que constituia un singular órden de batalla, pues se invertian en él completamente las reglas mas vulgares de la táctica (1).

La artilleria se habia colocado convenientemente al frente de la línea. El comandante Zúñiga con dos piezas barria el camino carretero desde el patio de las casas i en el claro que dejaban los batallones de Urízar i Saavedra. Gaspar se habia situado a la derecha con dos cañones, protejido por los fuegos del 2.° Carampangue i los de la tropa que se colocaria luego en los andamios por la parte interior de la ramada de matanza, miéntras que en el flanco izquierdo estaban situadas sobre una pequeña eminencia arenosa tres piezas, a las órdenes de los oficiales Padilla, Aguayo i Antonio Contreras, (antiguo cabo de la Escuela militar i esforzadísimo mancebo) i los voluntarios americanos. La columna de cazadores del mayor Rojas habia sido despachada en proteccion de estas piezas, que se encontraban casi completamente aisladas i a una distancia considerable de la línea; pero luego se le dió

(1) Las compañias que formaban en la línea eran las siguientes. 4 del Guia, 3 del 2.° Carampangue, 2 del Carampangue veterano i las dos de la columna de cazadores, 11 en todas. Las que formaban en el patio de las casas i en el corral de matanza eran las doce compañias de los dos batallones Alcazar i Lautaro, i la reserva que se componia de 6 compañias del nuevo i viejo Carampangue i de los granaderos del Guia. Estos datos estan tomados del diario de campaña del coronel Zañartu, que en esta parte es sumamente prolijo e interesante.

contra-órden i pasó a situarse a la derecha, haciendo frente a la viña.

En cuanto a la poderosa caballeria del ejército rebelde, una malhadada estrella la acompañó en aquel infausto dia, desde sus primeras maniobras. Habia padecido el jeneral Cruz, i mas particularmente el jefe de estado mayor Baquedano, a quien incumbia de cerca practicar aquella operacion, el injustificable olvido de no reconocer el campo en que aquella debia trabajar. Era ésta la áspera i arenosa márjen del Longomilla, que hemos descrito como un terreno interceptado de grietas i cubierto de espesos matorrales formando, en consecuencia, el sitio mas inadecuado para las operaciones de aquella arma, i ahí, sin embargo, se formaron en columna jeneral por escuadrones los cuatro rejimientos que habian atropellado con sus lanzas a los mejores jinetes del enemigo en el campo llano de Monte de Urra.

Aquella formacion era fatal. No habia donde desplegar un rejimiento en línea; faltaba el espacio para tomar en la carga los aires de la táctica; el terreno atajaba, ademas, la marcha de los caballos que no podian galopar sobre la arena. Pero, mas que todo, era inconcebible que en un recinto tan estrecho se formasen en peloton cerca de mil jinetes a la vez, en lugar de haber colocado al ménos un rejimiento en el flanco derecho de la línea de batalla, i dejado de reserva, tras de los muros de la casa, uno o dos escuadrones escojidos (1).

(1) Militarmente hablando, el jeneral Cruz cometió errores de tanto bulto en la organizacion de su línea de batalla en Longomilla que a no ser la disculpa de la sorpresa, se habria hecho digno de la mas amarga censura entre los hombres de guerra. En primer lugar, dejó descubiertos, o por lo ménos, débilmente apoyados sus dos flancos por el costado de la viña i por la már-

XIII.

El jeneral Búlnes comprendió, delante de aquel imperfecto sistema de defensa, cuyas irregularidades mutilaban en trozos la línea de batalla de los rebeldes, que le iban a ser precisos tres ataques simultáneos por el frente i ámbos flancos, debiendo ser aquel el mas récio, pues tendria que estrellar sus columnas contra las murallas de las casas de Reyes, a cuyo pié estaba tendida la línea enemiga. En cuanto a sus dos alas, veia que por la derecha se empeñaria el combate de las caballerias, miéntras que, a su izquierda, tenia un campo libre para maniobrar sobre el flanco derecho de los rebeldes, que habian olvidado cubrir su línea por aquel costado, entre la viña i el cerro.

En conformidad con estos accidentes, el jeneralísimo del gobierno dispuso su órden de batalla.

Los batallones Chillan cívico (comandante del Canto), Talca

jen del Longomilla. En segundo lugar, agrupó en masa toda su caballeria, sin dejar un solo escuadron de reserva. En tercer lugar, inutilizó durante el primer tercio de la batalla, al ménos, el esfuerzo de dos batallones que no necesitaba rezagar desde que tenia una competente reserva. En cuarto lugar, dejó aisladas i sin proteccion las piezas de la izquierda, que estando bien defendidas por infantería, habrían apoyado a la caballeria en su carga, i contrarrestado las fuerzas de las piezas con que el enemigo arrolló aquella.

En resúmen, el jeneral Cruz no combinó estratéjicamente las operaciones de sus tres armas, i las dejó obrar aisladamente, miéntras él se limitaba a la defensa de las casas. Esto fué causa principal del horrendo estrago de aquel hecho de armas i de la nulidad de sus resultados militares para ámbos ejércitos belijerantes.

(comandante Urzúa) i Colchagua (comandante Torres), apoyados por el veterano Buin, marcharian de frente sobre las casas, dirijiéndose el último en columna cerrada por el camino carretero i los otros por los potreros recien puestos en cultivo que se estendian a ámbos costados de aquel.

Los batallones Chillan de línea (comandante Campos) i 2.° Buin formarian a la izquierda una division independiente, a las órdenes del jefe del último cuerpo don José Maria Silva Chaves. Los lanceros de Colchagua (comandante Yañez) i la columna de cazadores que aquellos habian conducido a la grupa a las órdenes del capitan Pardo, apoyarian los movimientos de esta columna estratéjica, que no estaba llamada por esta combinacion a tomar la parte activa que le cupo luego en el combate. Debia solo adelantarse por el bosque que se estendia entre la viña i el cerro de Chocoa, dominar el flanco derecho del enemigo, i luego que la batalla estuviera trabada en todo el frente, sostener el ataque en aquella direccion, que se suponia enteramente indefensa.

Los batallones Santiago (comandante Amengual) i Rancagua (comandante Gonzalez) habian sido destinados a la reserva, i con este objeto, se les hacia tomar posiciones tras la loma que se interponia a la vanguardia de las casas.

La artilleria, distribuida en tres baterias, a las órdenes de los sarjentos mayores Escala i Gonzalez i el ayudante Ravest, trabajarian indistintamente en los flancos o en el centro de la línea, segun los accidentes de la jornada; pero, desde luego, colocáronse los cañones de Escala hácia la izquierda, encargando su proteccion a la division de Silva Chaves i particularmente a la columna de cazadores del capitan Pardo. Gonzalez se situó en el camino real con su bateria de obuses.

Entre tanto, la escasa i mutilada caballeria del ejército del gobierno se formaba a la derecha, bajo las ansiosas

miradas del jeneral Búlnes, que contemplaba con tristeza i casi avergonzado el aspecto de sus jinetes i su diminuto número. Como jeneral de caballeria, i tan diestro como atrevido en el manejo de esa arma, asaltábale el presentimiento de que los cuatro escuadrones veteranos que formaban los Cazadores i Granaderos, apenas podrian resistir el empuje de uno solo de los poderosos rejimientos enemigos, i en consecuencia, toda su preocupacion estaba fija en aquella parte de su línea. Habia colocado a los Cazadores en batalla, tras una ondulacion que los cubria de los fuegos enemigos, i en pos de aquellos valientes i fatigados veteranos, seguian los Granaderos a caballo, tan escarmentados en los campos de Urra, i ademas reclutas en su mayor número. Los jinetes del gobierno solo tenian en su favor la pujanza de sus caballos de refresco i la bondad de sus armas.

El primer escuadron de Cazadores, que fué mandado en jefe durante la batalla por el capitan Villalon, iba armado de bruñidas corazas, lanza i pistola, miéntras el tercero, a las órdenes del mayor Las Casas, vestia una cota de cuero i cargaba, como los Granaderos, sable i carabina. En cuanto a las numerosas milicias que acompañaban al ejército, distinguíanse solò en el horizonte las mantas coloradas del rejimiento de Caupolican, que no tardó en ejecutar la maniobra de la fuga, que, como es sabido, es seguida, despues de la victoria o la derrota, de la maniobra del saqueo entre los vencidos, sean amigos o enemigos.

XIV.

En este órden de batalla (1), el jeneral Búlnes dió la señal

(1) El plano que se acompaña en el testo representa aproximativamente las posiciones de ámbos ejércitos en los momentos en

de—*Adelante!* a la distancia de ocho o diez cuadras de la casa de Reyes, por el camino que viene del Maule.

XV.

En ese momento, regresaba el jeneral Cruz de la loma en que habia estado observando aquellos movimientos. Iba al lento paso del caballo, sereno hasta la frialdad, pero triste i meditabundo. Montaba su pequeño caballo blanco i se habia vestido con su uniforme de parada compuesto sencillamente de un paletot gris claro, gorra galoneada i sus charreteras de jeneral de division sobre los hombros. Cuando entraba al patio de las casas, la tropa le aclamó con victores, i como en ese instante desfilase la caballería que se habia avanzado hasta la loma de vanguardia i volvia ahora a tomar posiciones a la izquierda de la linea, prorrumpió ésta i particularmente el bisoño Guia, compuesto exclusivamente de jóvenes voluntarios, en un tremendo «chivateo» i en gritos de entusiasmo, animando a los jinetes (1).

que iban a embestirse. Ha sido trabajado sobre un imperfecto cróquis que hizo en 1851 el injeniero del ejército rebelde Eucher Henry, i sin tener a la vista aquel sino un calco mas mediocre todavia. Asi es que carece de proporciones, distancias, i exactitud en la nomenclatura i colocacion de los cuerpos: pero, de todas maneras, nos ha parecido que seria útil al lector tenerlo a la vista al leer la descripcion de este hecho de armas tan terrible como complicado.

Se nos habia informado que en el archivo del Ministerio de la Guerra existia un plano exacto de la batalla de Longomilla, trabajado por el oficial de injenieros Walton; pero aunque le hemos buscado con prolijidad, no nos ha sido posible encontrarlo.

(1) «Cuando la caballería se replegaba a la izquierda, la infantería, que tocaba sus músicas, prorrumpió en gritos entusiastas, como el saludo de la victoria, que mas tarde debia obtener por la sola fuerza de su heroismo.» B. Vicuña.—*Apuntes citados.*

XVI.

Fué aquel acaso el momento mas solemne del dia, el mas solemne de nuestra historia militar. Todos los rostros estaban pálidos. Dábanse las voces de mando con ese acento cavernoso de las grandes emociones, i las armas se mecian levemente en los convulsos brazos de la tropa. El hombre, ántes de ser soldado, es padre, es esposo, es la frájil criatura, en presencia de la frájil naturaleza, i ántes que la pólvora atruene el aire i la vista de la sangre, desencadene las iras que arrebatan el espíritu, hai en todos los pechos una honda fluctuacion, nacida a la vez del doble impulso de la sensibilidad i del deber. Cuántas lágrimas ocultas caen dentro del alma en aquella hora de la prueba! Cuántos pensamientos de ternura o de horror vuelan hácia el hogar, buscando el labio tembloroso de la esposa ausente, el regazo de la madre, las caricias del hijo que arrullan en la cuna el sueño i la inocencia! I ai! todo eso no es miedo, ni verguenza, ni dolor. Es la naturaleza toda empapada en sus santos misterios; es Dios que detiene todavía el brazo del hombre, como el brazo de Abraham, i le recuerda su mision sublime de paz i de ventura, en la hora misma de duda i de angustia que precede al cruento sacrificio!

I sin embargo, si una voz hubiera ido a decir a aquellas filas, a cada soldado, uno en pos de otro, que volviera la espalda hacia el peligro, habrian levantado todo sus fusiles para matar al mensajero que les recordara el alhago de sus dichas de hombre, para apagar sus brios de soldado; tan cierto es que el hombre mismo es un misterio que vive solo entre las sombras de otros arcanos mas elevados a que se ha

dado los nombres de *vida* i *eternidad:* dos misterios tambien!

XVII.

Ofrecia alli mismo un ejemplo estraño de aquella situacion peculiar de los espiritus, el mas famoso de los capitanes de guerra que formaban aquel dia al frente de las mitades rebeldes. Veíase a Eusebio Ruiz a la cabeza de su escuadron, con el rostro pálido i desecho, pero sosteniendo en alto una colosal tizona que le habia obsequiado en Chillan el intendente Zañartu, quien la guardaba como una curiosa presea de los tiempos antiguos de caballeros i palenques. Al verle tan demudado, acercósele el secretario Vicuña, su amigo desde muchos años, i abordándolo con emocion le dijo:—*Parece que U. tiene miedo!*—Sonrióse Ruiz amargamente, i le repuso que sufria dolores físicos agudísimos, añadiendo:—*Solo el honor i el deber me tienen en este dia a caballo.*—«Tales fueron, esclama Vicuña, refiriendo este lance que la muerte iba a solemnizar en breve, tales fueron las últimas palabras que habló conmigo aquel Aquiles de nuestras batallas que, siempre luchando por la libertad i la justicia, era el terror de nuestros tiranos i la espada mas brillante de nuestra revolucion» (1).

XVIII.

En aquellos mismos momentos, ocurria tambien en el patio de las casas una incidencia que tenia la sencillez del herois-

(1) Diario citado.

mo antiguo. Interpelaba el intendente Alemparte al jeneral Cruz con la vivacidad que le es habitual, suplicándole que sacara nuevos batallones a la línea, porque, si se concentraba la defensa al circuito de las casas, la batalla iba a ser horrenda i espantosa la carnicería. Detuvo el jeneral la brida de su caballo al verse asi apostrofado, i fijando en su interpelante una profunda mirada, con un eco que recordaba el grito de las Termópilas, dijo estas solas palabras por respuesta:—*I para qué somos los soldados, sino para morir!*

XIX.

En estos momentos eran las siete de la mañana i la línea enemiga, avanzando lentamente, coronaba la loma que domina el campo al frente de las casas, miéntras la caballería de los rebeldes formaba su espesa columna en los bajos de Longomilla.

Vióse en este instante, i cuando ya las filas estaban a tiro de fusil e iban ambas a romper sus fuegos en el órden acostumbrado, que llegaba un jinete a todo escape al sitio que ocupaba el jeneral en jefe del ejército asaltante. Era el guerrillero Jeldes que, observando el movimiento retrógrado de toda la caballería rebelde en direccion al Longomilla, venia dando voces que el enemigo estaba pasando aquel rio para huir la batalla.

Al oir aquella noticia, el jeneral Búlnes galopó sorprendido al frente, hasta encontrar al comandante jeneral de infantería i dándole aviso que el enemigo se escapaba, le ordenó cargar con todas sus fuerzas sobre las casas que suponia desalojaban en ese momento las últimas mitades de la infantería rebelde.



El valeroso coronel García obedeció en el acto, i como el batallon que mandaba mas inmediatamente se mantuviese formado en columna en el camino real, preguntó solamente a su jefe superior si marcharia al asalto de las casas en aquel órden. El jeneral en jefe pareció vacilar; mas adelantóse, a esta sazon, el jefe del estado mayor Rondizzoni, i le previno que avanzase en la misma formacion que tenia en aquellos críticos momentos: *Señor*, repuso García, *una bala de cañon me va a llevar una fila entera si entro en columna.*—«En columna! señor», le replicó el jeneral en jefe con cierto acento de impaciencia.—*Pues entónces, adelante!* esclamó García, i entró por el callejon que desemboca sobre las casas batiendo marcha, el arma al brazo i paso redoblado.

XX.

Iba a la cabeza del intrépido Buin, su jóven sarjento mayor don Cesario Peña i Lillo, la mas lucida figura de paladin que militaba bajo las banderas del presidente Montt, á quien acababa de ofrecer los laureles de Petorca, donde se habia batido con tanta bravura como humanidad. Vestia un paletot de abrigo i llevaba su manta de lana terciada sobre el pecho, reposando el nudo que la ceñia sobre el sitio del corazon. Al verle con aquella armadura, que mas que una coraza parecia el blanco ofrecido a los fuegos enemigos, habíase acercado García al jóven héroe, de quien era pariente inmediato, i recordádole en chanza, que el capitan Matias Aguirre, primo hermano de Peña i Lillo, habia escapado ileso en el combate del puente de Buin en 1838, porque llevando su manta en aquella misma forma i estando el tejido húmedo con la lluvia, una bala habia tocado el nudo que la ataba al pecho de aquel,

tirándolo de espaldas con la fuerza del golpe, pero sin matarle.

Una melancólica sonrisa desplegó los lábios del jóven campeon, que se adelantaba con aire resuelto pero profundamente preocupado, como si un negro presentimiento oscureciera su frente. Al partir de Valparaiso, habia hecho su testamento, dejando todo lo que poseia a una hija, fruto de un temprano i vedado amor, i deciase que en la víspera misma de la batalla, envió una tierna carta al comandante Saavedra, su antiguo camarada i amigo desde la infancia, recomendándole que si perecia en la demanda del deber, cuidara de aquella huérfana de su desdicha i de su gloria. Ai! Iba ahora con la espada fuera de la vaina a atropellar la jente que mandaba aquel mancebo, tan héroico como él, i moriria por los primeros fuegos que la voz de su íntimo confidente ordenó disparar a sus filas!... Tremendos lances de las impías guerras entre hermanos!

XXI.

Entre tanto, adelantábase la columna del Buin sobre la escasa fila de los batallones enemigos con paso tan acelerado, que ya se encontraba a tiro de pistola de las casas de Reyes, sin que aquella se hubiese apercibido, al parecer, de la formacion de la línea de los rebeldes, pues el 2.° Carampangue estaba oculto tras de una cerca, a la derecha del camino, i el Guia no era observado, porque encubria sus filas una alameda recien plantada que cerraba ambos costados del camino carretero. No se habia disparado, hasta ese momento, una sola arma de fuego, no se habia sentido el choque de ninguna arma blanca, ni siquiera se escuchaba el tropel de los ca-

ballos en los combates de guerrillas que suelen preceder a las grandes batallas. Pero, de repente, el jeneral Cruz, que observaba desde el patio de la casa la aproximacion de la columna del Buin, se adelantó sobre los cañones que mandaba Zúñiga i dió en persona la órden de *fuego!*

Un súbito trueno no habria sido mas aterrante que el estrépido que siguió a aquella voz. El Guia i el 2.° Carampangue hicieron simultáneamente una descarga cerrada, miéntras los siete cañones que estaban situado en la línea, vomitaron una lluvia de metrallas sobre los asaltantes.

Casi todos los fuegos converjieron, como era de esperarse, sobre la compacta columna del Buin, i viéronse caer treinta i seis soldados, por entre el humo de aquella inesperada descarga, a que éstos no podian responder. Peña i Lillo habia sido el primero en venir a tierra. Una bala le habia atravezado el corazon, junto al nudo de la manta que lo protejia, i al irse de bruces, hecho ya cadáver, no habia tenido mas tiempo que para decir—*Ábranse!*, haciendo a la tropa el ademan de desplegar la columna.

Tal fué la manera como pereció aquel noble capitan, lustre i prez del ejército chileno. Fué el primero en señalar a sus camaradas la senda de la gloria, i su cadáver, tendido desde que se rompió el fuego en el sitio mas avanzado de la linea de batalla, estuvo sirviendo de punto de mira a todos los que llevaban en su pecho la magnánima resolucion de perseguir los pendones de la victoria, aunque se divisasen aquellos mas allá de la muerte (1).

(1) Tan cerca a las casas de Reyes habia llegado el valeroso mayor del Buin con su columna, que al siguiente dia, se encontró su cadáver solo a media cuadra de distancia de aquellas. «Poco mas tarde, dice el ayudante de Estado mayor Vicuña, en sus apuntes citados, recorrí el campo, i a mis primeros pasos, a media

XXII.

La terrible batalla de Longomilla comenzaba en aquel momento i de una manera que anunciaba cuan horrendos serian sus estragos. Semejantes a esas nubes sordas que, empujadas del aquilon, corren en los dias de verano por las gargantas de los Andes i al fin se estrellan en las sinuosidades de los valles, sembrando el espacio del fragor del trueno i de los mil lámpos del rayo, asi se embestian las dos líneas

cuadra de las casas, encontré un cadáver que por su blancura parecia ser de algun jefe. Estaba enteramente desnudo i boca abajo, i no se veia en él lesion alguna. Le vuelvo la cabeza i le veo una cara que me era conocida, pero que el polvo, la barba i la palidez de la muerte desfiguraban. Me detuve un momento para traer a la memoria quien podria ser, i no pude saberlo. Llamé, entónces a un soldado, que por su uniforme parecia ser del enemigo, i le pregunté si le conocia.—*Es mi mayor Peña i Lillo!*, me contestó.»

El sarjento mayor de infantería don Cesario Peña i Lillo habia nacido en Santiago por el año 1820, siendo sus padres don Santiago Peña i Lillo, comerciante de profesion i doña Cármen Aguirre. Desde mui niño, abrazó la carrera de las armas, entrando a la Academia militar en calidad de alumno supernumerario, bajo la solícita proteccion de su pariente el comandante don Manuel García, quien le profesó hasta su muerte una ardiente afeccion. Este mismo jefe le incorporó en el batallon *Portales*, que mandó durante la segunda campaña del Perú, cuyo cuerpo se cubrió de gloria en el puente de Buin, razon por la que se habia dado este nombre al batallon que ahora mandaba. Peña i Lillo se distinguió tambien en la quebrada de Chiquian, al lado del conocido i malogrado capitan Araneda que mandaba la compañía de que aquel era teniente, i por último, en Yungai.

De regreso a Chile, volvió a su claustro de la Academia, donde luego alcanzó la graduacion de ayudante, junto con los distingui-

enemigas, de improviso, i sin que ningun signo hubiera anunciado su terrible choque.

Por un instante, los batallones que llegaban al asalto vacilaron en su marcha, como aturdidos de verse envueltos en una celada, cuando venian con pasos tan resueltos a la sorpresa. Mas, a la voz del coronel Garcia, la columna del Buin se desplegó en desórden, saltando la zanja que cerraba el camino por la derecha i atropellando los jóvenes álamos que obstruian el paso, miéntras los demas cuerpos, reclutas en su mayor parte, se desorganizaban, perdiendo su formacion en línea, para agruparse en confusos pelotones, como sucede siempre al soldado chileno en los combates.

En esta crítica situacion, el mayor del Guia, Benjamin Videla, dá órden a su tambor de tocar la carga i se adelanta, en medio de un fuego espantoso, a la bayoneta calada contra los cuatro batallones que le asaltaban de frente.

Desde el principio de la campaña, aquel animoso oficial

dos oficiales Saavedra, Villagran i Plaza, que tuvieron aquella colocacion ántes de pertenecer al ejército de línea. Peña i Lillo enseñó varios ramos científicos en aquel establecimiento i se recibió de agrimensor jeneral en 1847.

Poco despues, deseando retirarse del servicio, se dirijió a California en busca de fortuna i solo regresó a Santiago en 1851, la víspera del 20 de abril, en cuya funcion de armas tomó parte, como ayudante del coronel García. Esta inesperada circunstancia le impuso el compromiso de continuar en el servicio durante aquella crísis, aunque su resolucion i su deseo eran establecerse en Copiapó, donde, con el ejercicio de su profesion i algunos recursos que habia traido de California, esperaba labrarse un porvenir tranquilo.

Si hubiera sobrevivido a la guerra civil, este distinguido oficial habria llegado a ser un honor para su patria, porque era tan valiente como instruido, tan pundonoroso como patriota; pero el ciego destino le llevó a su fin en alas de su propio presentimiento, i fué la primera víctima inmolada en el campo de la matanza.

tenia celebrado un compromiso con su compañero el comandante Saavedra (atendiendo a la mala calidad de las armas de su cuerpo i al entusiasmo juvenil de los soldados), para dar una arremetida a la bayoneta, tan luego como hubiesen hecho la primera descarga, i habiendo llegado ya la hora de la ejecucion, lanzóse Videla con las dos compañias que mandaba a la izquierda, miéntras Saavedra, a quien el humo ocultó este movimiento, permanecia de firme con el resto de aquella tropa tan brava como bisoña.

Videla, entretanto, se adelantaba, ganando terreno con la mayor bizarría. Una bala de fusil, estrellándose contra los botones de su casaca, le trajo al suelo miéntras se adelantaba, pero recobrándose al instante i no sintiendo mas lesion que la fuerza del golpe, continuó avanzando hasta verse completamente rodeado del enemigo con el puñado de bravos que le seguia. Envió entónces un ayudante llamado Vargas, primo suyo, a pedir socorro a Saavedra, pero el jóven oficial, espantado de la temeridad de su jefe, huyó del campo; i como nadie viniese en su auxilio i cayeran sus soldados en estraordinario número, dió al fin Videla la órden de replegarse, recibiendo en aquel mismo momento un balazo en un muslo que le tronchó la pierna derecha, haciéndole perder su uso para siempre, pues no ha sido posible estraer nunca la bala.

Hacia solo unos pocos minutos a que habia comenzado el fuego, i por una coincidencia singular, los dos oficiales, que de ámbas filas habian caido primero, fueron los sarjentos mayores de los cuerpos que desplegaban mas ardor en el ataque.

Entretanto, Saavedra, notando el conflicto de los suyos, se adelanta denodadamente con las dos compañias que tenia a sus órdenes, i miéntras los soldados de Videla, que llegan

con su jefe en hombros, se reorganizan junto a las murallas de las casas i vuelven al combate conducidos por el valeroso ayudante Smith, entusiasta mancebo de 19 años, sostiene aquel el empuje victorioso de todas las masas de enemigos que vienen en perseguimiento de Vidola.

Fué este el mas hermoso momento en que el comandante Saavedra desplegó la estraordinaria serenidad que le es propia en los combates. A diferencia de su impetuoso segundo, mantúvose impertubable durante muchas horas, animando a los soldados a fin de que no perdieran una pulgada de terreno. Durante el primer tercio del dia, sostuvo asi casi solo la pelea en aquella direccion, hasta que, abrumado por el número i no queriendo aun retroceder sin hacer un nuevo esfuerzo, dió órden a aquel valiente capitan Tenorio que mandaba la 1.ª compañia de fusileros de cargar a la bayoneta; obedeció el temerario oficial, pero, apénas se habia adelantado unos pocos pasos, cuando su cadáver i el de una gran parte de sus soldados median el campo de la matanza.

El valeroso Guia, arrollado en todas direcciones, pues sobre él cargaba todo el peso de la batalla en aquel instante, se replegó entónces en tropeles sobre las casas, pidiendo a gritos salieran a sostenerlos las numerosas compañias de rezago que estaban formadas con el arma al brazo en el patio de las casas de Reyes. Saavedra habia salido ileso del conflicto, pero el caballo que montaba i que era de estradicion arjentina, estaba cubierto de heridas.

XXIII.

El jeneral Cruz observaba todas estas peripecias desde el techo de las casas, donde su figura servia de conspicuo blanco a todos los fuegos, pero, apesar de su asombrosa sereni-

dad i de la impavidez con que arrostraba la muerte, no daba aun la órden salvadora de sostener con fusileros de refresco su reducida i despedazada línea.

Mas, hízolo por él el certero cuanto denodado comandante Urízar. Saltando la cerca que tenia a su frente con las compañias del rejimiento Carampangue que mandaba, se adelantó a sostener, o mas bien, a reemplazar a Saavedra i cuando ganaba terreno, haciendo un fuego mortífero, un casco de metralla le taladró la frente, arrojándole de espaldas sobre una zanja. Cuéntase que el asistente de este infortunado jefe le vió incorporarse un instante, i miéntras con mano incierta se restregaba sobre la herida un puñado de tierra, esclamaba con voz ronca—*No hai que rendirse Carampangue!* (1).

Así sucumbió el hombre cuyo atrevimiento habia salvado la revolucion en su azarosa iniciativa, cuya espada la habia sostenido mas tarde en los conflictos de la campaña i cuya incontrastable lealtad la habria llevado al fin a sus destinos, imponiendo con su ejemplo a los cobardes i cortando con su rara enerjia la red de la traicion, cuyos hilos él solo tenia cojidos, ocultando, empero, sus alarmas en su sijiloso pecho. Antes del alzamiento de los pueblos del sud, fué este jefe un hombre oscuro i medianamente conceptuado. Pero en la revolucion encontraron teatro sus ocultas i no probadas prendas de soldado, i a no dudarlo, habrian alcanzado éstas su apojeo en la derrota o en la victoria de los suyos, si la fatalidad no hubiera atajado tan fuera de tiempo sus audaces miras.

(1) Carta de don Fernando Urízar Garfias al autor, fecha 6 de mayo de 1861.—El comandante Urízar no espiró sino a las 10 de la noche del dia 8, pero desde que fué herido, perdió completamente el sentido i la palabra.

XXIV.

Apesar de la temprana perdida de Urízar, el 2.° Carampangue habia restablecido el combate por el frente de las posiciones del ejército rebelde. Mas, el flanco izquierdo de la línea estaba abandonado, i las tres piezas que se habian colocado en aquella direccion corrian inminente riesgo de caer en manos del enemigo, pues, como ya dijimos, la columna de Cazadores de Rojas, que fué destinada a protejerlas al principio de la accion, se habia replegado hácia la derecha, a inmediaciones de la viña.

En tal conflicto, corrió el intendente de ejército Alemparte a dar aviso al jeneral Cruz, i a pedirle que enviára una columna a protejer aquellos cañones ya mui de cerca amenazados. Pero, al subir al techo de la casa, para ponerse al habla con aquel, observó Alemparte que un peligro mas grave comprometia la batalla en opuesta direccion. Veíase, en efecto, en aquel momento, que la division flanqueadora de Silva Chaves venia por el costado derecho de las casas, tratando de envolver las posiciones que, con tanta bravura i en número tan desigual, defendian los rebeldes por su frente.—*Señor, nos rodean!* esclamó Alemparte, dirijiendo su anteojo hácia la viña i los trigales que se estendian hácia el oriente de las casas.

Repúsole entónces el jeneral Cruz ordenándole fuera en persona a colocar en un terreno conveniente para la defensa la bizarra columna de cazadores del Guia i del viejo Carampangue que mandaban el mayor Rojas i el valeroso jóven Benavente, que, ese dia, como durante toda la campaña, vestia el traje de soldado, al igual de su tropa, a la que daba así el ejemplo de la abnegacion i del entusiasmo.

Hízolo asi el intendente de ejército, i despues de haber señalado su puesto a aquellos bravos, que supieron defenderlo con un señalado denuedo en aquel dia, en que el heroismo se hizo cosa vulgar, volvió a dar cuenta al jeneral en jefe de que la fuerza con que cargaba el enemigo en aquella direccion era tres veces superior a la que iban a oponerle Rojas i Benavente.

Solo en ese instante pareció el jeneral Cruz darse cuenta del falso plan de batalla que habia acordado, fraccionando su ejército en dos mitades, de las que la una era asaltada por triple número, miéntras el resto, que era casi los dos tercios de la fuerza, se mantenia impasible en el recinto de las casas.

El resultado de tan funesto engaño era que la batalla estuviese en realidad perdida mui poco despues de comenzado el fuego, dando así brios i confianza al enemigo, que de otra suerte, pudo ser desbaratado por la impericia de sus jefes, en las primeras maniobras de la accion.

El *Guia*, en efecto, estaba roto; el 2.° Carampangue se veia comprometido por el frente contra fuerzas superiores; los cañones de la izquierda iban a caer en manos del enemigo, i ya, en verdad, era éste dueño de dos de aquellas piezas, habiendo salvado la otra un esforzado oficial cuyo nombre se ha perdido, replegándose a las casas; i todo esto sucedia por el frente i el costado izquierdo, miéntras por el flanco opuesto venia una division de refresco, haciendo un movimiento de circunvalacion que amagaba, no solo la estremidad de la linea en aquella direccion, sino que comprometia ya la retaguardia misma de los rebeldes.

En tan apurada situacion ocurrióse al jeneral Cruz la idea, que probó ser tan funesta, de hacer cargar a la caballeria para restablecer el combate por el flanco izquierdo i por el

frente, arrollando los desorganizados batallones enemigos, miéntras enviaba por la viña algunas columnas de fusileros a contener el avance de Silva Chaves.

En consecuencia, envió inmediatamente órden al jeneral Baquedano con un ayudante que seguia a Alemparte, llamado Bastidas, animoso jóven natural de la Florida, a fin de que en el acto cargase en masa i por escuadrones en escalon sobre la caballeria enemiga, arrollando la débil resistencia que podian oponerles los abatidos rejimientos de cazadores i granaderos que se veian en línea tras unos médanos, a orillas de Longomilla.

Eran las nueve de la mañana en este momento en que comenzaba la segunda parte de la famosa batalla de Longomilla.

XXV.

El jefe de estado mayor, que en la ausencia del jeneral Urrutia, era comandante jeneral de caballeria, habia agrupado los once escuadrones de que constaba aquella en una ondulacion del terreno, dos o tres cuadras a retaguardia de la línea de infanteria, i vecina a la márjen del Longomilla. Eusebio Ruiz formaba a la cabeza con el primer escuadron de su rejimiento i seguian en pos los de Zañartu, Puga i Padilla, cerrando la retaguardia el escuadron de lanceros del bravo mayor Grandon con su destacamento de indios a las órdenes de los lenguaraces Cid i Pantaleon Sanchez (1).

(1) En la relacion del comandante Lara, que publicamos bajo el número 14, aparecen algunas modificaciones sustanciales en las operaciones de la caballeria del sud, particularmente en la

El jeneral Baquedano, arrogante i entusiasta como en los mejores dias de su gloriosa vida de soldado, acojió, sin embargo, la órden de cargar con cierta vacilacion, fuese porque no conocia el terreno donde iba a lanzar sus bisoños escuadrones, fuese porque no veia a su frente los del enemigo i sí solo los pelotones de sus infantes, que se estendian ya casi hasta tocar la ribera del rio, o fuese, acaso, porque no reconocia autoridad suficiente a una órden comunicada por un ayudante desconocido.

Pasaban así momentos juzgados preciosos por el jeneral Cruz, sin que la caballeria (a la que atribuia tanta o mas importancia que el jeneralísimo del gobierno, pues ambos habian sido oficiales de aquella arma) emprendiese ningun movimiento, i al contrario, divisábase, desde el tejado de la casa, al ayudante Bastidas (señalado por un ancho sombrero blanco que llevaba) conversando con el jeneral Baquedano, sin que éste diese órdenes para verificar la carga. Ofrecióse entónces Alemparte para ir en persona, lo que ejecutó en el acto, i aunque Baquedano le opuso algunas objeciones sobre el terreno, pues no le era posible desplegar en línea mas de un escuadron, resolvió, al fin, marchar de frente con el rejimiento de Ruiz, encargando a Alemparte de alistar los escuadrones que quedaban a su espalda, para que siguiesen simultáneamente sus pasos.

Púsolo por obra, en efecto, el verboso intendente de ejército, deteniéndose al frente de cada escuadron i arengándolos de una manera apropiada, hasta llegar al que mandaba Grandon,

colocacion de los cuerpos; pero nosotros hemos seguido en esta parte los detalles comunicados por el jeneral Baquedano i otros jefes de graduacion inclusos los jenerales Búlnes i Cruz. Ademas, en el plano del injeniero Henry, los cuerpos estan colocados en la forma en que nosotros los demarcamos.

a quien recomendó no comprometer su jente sino en el último caso, pues observaba que no habia un solo caballo de reserva. Dirijióse, en seguida, a reunir algunos indios que se habian dispersado a retaguardia para robar animales en los potreros vecinos, i, no pudiendo ser obedecido ni volver al campo, por las peripecias del dia, encaminóse a Linares, en compañía del consternado jeneral Urrutia, que se habia puesto en salvo, ántes de que se rompiese el fuego.

XXVI.

El jeneral Búlnes, entretanto, que como antiguo jefe de la caballería, no apartaba su anteojo de la imponente columna del jeneral Baquedano, al verla moverse de frente, comprendió que el instante decisivo de la batalla iba a llegar, i dió a la vez órden al coronel García de adelantarse con los Cazadores i Granaderos al encuentro de los Dragones de Ruiz, que venian a paso acelerado i lanza en ristre. Vióse a éstos, sin embargo, detenerse de improviso, bajar un barranco que les cortaba el paso i luego salir en pelotones a la opuesta orilla, tomando de nuevo su formacion de batalla.

Marchaba medrosa i vacilante la débil caballeria del jeneral Búlnes. Formaban su columna solo 4 escuadrones que iban a estrellarse contra triples enemigos, pujantes con la confianza que les habia inspirado la jornada de Monte de Urra i el valor reconocido de sus jefes. El mismo jeneral Búlnes contemplaba su avance por el pesado terreno en que iba a trabarse la pelea, con una inquietud visible, i fluctuaba entre contenerlos o cargar con ellos en persona, para suplir, con su presencia, el brío decaído de sus ánimos,

cuando una inspiracion feliz vino a alumbrarle. Dió órden a su ayudante Videla Guzman de ir a todo escape a sujetar los Cazadores que, tomando los aires de táctica, iban ya al trote sobre el enemigo, i se dirijió en persona a la batería que mandaba a su derecha el mayor Gonzalez i le ordenó que se adelantase con dos cañones en proteccion de su amagada caballería.

Dióse cumplimiento aceleradamente a esta disposicion que salvó al ejército del gobierno de un rápido e instantáneo fracaso, i cuando ya los obuses de Gonzalez, repletos de metralla, dominaban la planicie en que iban a chocarse las caballerías, el jeneral Búlnes se dirijió a su columna de jinetes i se puso a su cabeza.

El valeroso i feliz caudillo que, si no venció en Longomilla por su pericia, cumplió al fin su árdua mision pacificadora por los solos esfuerzos de su denuedo i de su sagacidad política, montaba en aquel dia memorable un poderoso caballo de pelo tordillo negro, i vestia, a diferencia de su émulo, un modesto traje de campaña cubierto por un espeso poncho burdo que le bajaba hasta las rodillas, del que se despojó en breve por el calor del dia, dejando a descubierto su espacioso pecho que ceñia airosamente un frac azul con botonadura de metal. No se distinguia en su persona ninguna insignia militar; pero llevaba en alto su espada, i esta era para sus soldados una enseña mas querida i conspicua que las plumas i galones que solo lucen i fascinan en los dias de parada: era la espada de Yungai, i todos los ojos buscaban en ella el reflejo de la victoria!

XXVII.

El jeneral Búlnes dió en persona la voz de cargar, i galopaba ya resueltamente al frente de los Cazadores, cuando Gonzalez abrió su mortífero fuego sobre los escuadrones de Ruiz, que, al ver el avance de los jinetes enemigos, se habia quedado de pié firme.

Nunca en batalla alguna hubo un fuego mas certero, ni una lluvia mas copiosa de proyectiles bañó jamás el campo de un encuentro al arma blanca. La metralla abrió de un solo golpe cien claros en las filas de Ruiz, trayendo al suelo caballos i jinetes, sin que éstos, en la confusion de los primeros momentos, acertaran a cargar sobre el enemigo, fuera para atropellar de frente su caballería, fuera para irse sobre los cañones que tan súbitamente les atacaban por un flanco.

El denodado Ruiz i el jeneral Baquedano, que venian adelante de las mitades, dieron, sin embargo, la órden de cargar; i se movian resueltamente en demanda de los escuadrones que ya estaban a tiro de carabina. Mas, en estos mismos críticos momentos, al disparo de un metrallazo, cayeron de sus caballos, casi sin diferencia de segundos, aquellos dos bravos soldados, cuyas espadas eran el lustre i la confianza de los numerosos, pero indisciplinados escuadrones rebeldes. Él jeneral Baquedano recibió en la pierna derecha un casco que le derribó al suelo, de donde le levantó su ayudante Alvarez Condarco, vendándole en el acto la herida i haciéndole subir de nuevo a su montura, en la que logró escapar (1).

(1) «Luego despues se estrecharon las caballerías, i como a las diez de la mañana, fuí yo herido gravemente en una pierna con una bala de metralla, que me dejó fuera de combate. En este estado, dí órden al teniente coronel don Eusebio Ruiz, el jefe

Ruiz, a su vez, cayó de bruces, roto el pecho con un casco, i aunque no espiró en el acto, pues le vieron algunos de sus camaradas revolcarse en los anchos pliegues de su manta, sin soltar la brida del caballo, acabáronle luego los fierros de cien lanzas, pues los jinetes enemigos tuvieron a lujo empapar sus armas en la sangre de aquel hombre que imponia aun con su cadáver i al que en vida nunca acometieran.

Al ver por tierra a los dos jefes que arrastraban en los escuadrones rebeldes toda la nombradía del valor i del prestijio de viejas victorias, i sintiéndose, por otra parte, atacados con tan cruda carnicería, por un enemigo invisible, cual eran los obuses de Gonzalez, apostados como en celada a la distancia, los aterrados fronterizos flaqueron de ánimo, i volvieron las espaldas a los Cazadores, que llegaban en ese momento, sable en mano i en compacta fila por escuadrones.

La bala que habia derribado a Eusebio Ruiz dió la victoria al jeneral Búlnes (1).

mas bravo i arrojado de mi caballería, cargara al enemigo, como lo hizo con denuedo admirable, pero luego tuve el sentimiento de verle caer. Desde este momento, la caballería, compuesta la mayor parte de huasos sin disciplina, se desordenó i comenzó a dispersarse, espantada del fuego que la artillería enemiga le hacia. Entónces me retiré como pude con mi grave herida i pasé el Longomilla, a donde me siguió una parte de la caballería.» *(Carta citada del jeneral Baquedano al autor).*

(1) El jeneral Baquedano atribuye principalmente los malos resultados de la batalla de Longomilla a la muerte de Urízar i de Ruiz, que eran las columnas de sus respectivas armas. «A la verdad, dice en la carta citada que nos ha dirijido i con una modestia que le honra, el batallon Carampangue, que se elevó a rejimiento, no habria dejado de coronar la victoria, si el valiente don Pedro José Urízar sobrevive, como tambien la caballería no se habria dejado de reunir o rehacer si no fallece el bravo don Eusebio Ruiz o yo no soi tan gravemente herido, porque Ruiz i Urízar, ademas de ser valientes a toda prueba, habrian infundido tal respeto a sus soldados que éstos habrian preferido morir ántes que desobedecer sus órdenes.»

XXVIII.

En aquellos mismos momentos, el rejimiento de Zañartu, que venia en pos del de Ruiz, pasaba el zanjon que corria desde el camino carretero hasta el Longomilla i como fuera difícil su acceso por lo escarpado de sus bordes, sucedió que los que iban i llegaban se entremezclaron de tal manera, que era casi imposible retroceder ni avanzar.

El bizarro Lara habia conseguido, sin embargo, formar en línea una mitad de sus veteranos carabineros, i cargando con ellos por un flanco que cubrian los Granaderos a caballo, fué envuelto i hecho prisionero. Otro tanto sucedia a Souper, bien que este, haciendo prodijios de valor personal, conseguia mantener a su derredor un grupo de los suyos, con el que se abria camino en todas direcciones.

Los últimos en llegar eran los escuadrones que mandaban a retaguardia el animoso jóven don Martiniano Urriola i el veterano Grandon (pues el coronel Puga habia fugado del campo antes de la carga), mas, el último de aquellos cayó luego en la vorájine de los sables, peleando como un leon (1), miéntras Urriola se esforzaba en reorganizar con su tropa de refresco los disueltos escuadrones de los comandantes que le habian precedido. Muerto Ruiz, herido Baquedano, prófugo miserablemente el coronel Puga, i sin que se viera en el campo un solo jefe de rejimiento, pues Zañartu habia desa-

(1) «Era corpulento i bien formado, dice hablando de este valiente el jeneral Baquedano, que bien le conocia. Habia militado a mis órdenes desde la clase de teniente en el rejimiento de Cazadores. Era un bravo militar i falleció como Ruiz en Longomilla, con heroismo.»

parecido en el combate (1), no quedaban ya sobre el lomo de los fatigados caballos sino algunos subalternos, a cuya cabeza se puso Urriola i se retiró hácia el Longomilla en un confuso tropel, arrastrando en el torbellino de la derrota a mas de 300 jinetes.

XXIX.

El jeneral Baquedano, entretanto, acompañado de los bien reputados oficiales Alarcon i Zapata, cuya fama de bravura fué, empero, eclipsada en este dia, se dirijía a pasar el Longomilla por un vado mas al sur, seguido de cerca por una partida de Cazadores, a cuya cabeza iba el valiente e imberbe alferez don Fidel Vargas, que tan lucida figura hizo en la revuelta de 1859 como oficial de caballería en las huestes revolucionarias de Concepcion.

En este aciago momento—las diez del dia—la derrota de la caballería rebelde era completa.

XXX.

Por una parte, los Cazadores i Granaderos se dirijian hácia el sur, acuchillando cuanto encontraban a su paso, i por la

(1) Encontré, en una tarde del mes de octubre de 1861, a este viejo soldado, ya próximo a morir, tomando el sol en uno de los ángulos de la plaza de Chillan viejo, i habiéndole sido presentado por el jóven don Eleuterio Baquedano que me acompañaba, le interrogué sobre su conducta en aquel dia, no ocultándole que tenia informes desfavorables sobre su persona, lo que me parecia tanto mas estraño, díjele, cuánto tenia en toda la comarca gran fama de valiente. Disculpóse Zañartu con la mala calidad de su tropa i el ataque imprevisto de la artillería; pero me aseguró que él habia pasado el zanjon casi solo, i que aun habia muerto con su sable un soldado enemigo. La imparcialidad de nuestro propósito nos obliga a hacer esta declaracion.

otra, se habia aparecido sobre el campo en que se chocaban las caballerías, un enjambre de tiradores enemigos, que venian por la retaguardia de las casas de Reyes i que se avanzaban hácia el Longomilla, haciendo un mortífero fuego sobre los rotos jinetes del jeneral Cruz.

Estrechados éstos, al fin, en todas direcciones, se arrojaron al profundo cauce del Longomilla, haciendo saltar sus caballos desde las arenosas barrancas que cierran aquel rio i sin poner atencion a que del opuesto costado se alzaba a pico un muro de roca casi inaccesible.

Presentóse entónces el cuadro mas desgarrador de aquella jornada de horrores. Trescientos o cuatrocientos hombres nadaban en el estrecho cauce del rio, asidos de sus caballos i esforzándose por ganar la opuesta ribera. Mas, cuando observaban que aquella no tenia sino una angosta salida en que se atropellaban los primeros llegados, retrocedian, dando gritos espantosos de desesperacion, miéntras los implacables tiradores enemigos descargaban sus armas a quema ropa sobre aquellos hombres indefensos que no podian ni rendirse ni pelear. Un cuarto de hora despues, las márjenes del Longomilla estaban silenciosas, i su sorda corriente arrastraba, hácia el turbio raudal del Maule, algunos centenares de cadáveres que, durante muchas semanas, iban a ser pasto de los buitres que pueblan aquellas selvas, a medida que el turbion los arrojara sobre la arena (1). No quedaban en

(1) Se asegura que de los 300 o mas jinetes rebeldes que se precipitaron en el Longomilla, no escaparon sino poco mas de 50. Un viajero que navegó el Longomilla i el Maule, quince dias despues de la batalla, contó 24 cadáveres en las márjenes de ambos rios, desde el balseadero de Prado hasta Constitucion. El comandante Yañes nos ha referido tambien que, por via de prueba, echaron mas tarde en aquel paso del rio un piño de yeguas, i que todas las que no volvieron a la orilla por donde habian sido arrojadas, se ahogaron.

ese instante sobre el campo de batalla, de la caballería del sud, sino algunos grupos de hombres despechados que no querian huir ni hallaban tampoco enemigos contra quienes enristrar sus lanzas. Al avistar uno de esos pelotones, que recorria la orilla del Longomilla, metió espuelas a su caballo para atacarlo el temerario capitan don Narciso Guerrero, que tenia el ciego valor de la sangre, si no el del espíritu, i aunque al acometer de cerca a diez o doce jinetes que le aguardaban de pié firme con sus lanzas en ristre, volvió la cara i vió que nadie le seguia, no se detuvo por esto i fué a perecer, tan aturdido como bravo, entre los fierros de aquellos (1).

Casi al mismo tiempo, volvian los Cazadores, cuyos dos escuadrones se habian dirijido en líneas paralelas, persiguiendo al enemigo, i hacian rendirse ahora a todos los dispersos que recorrian el campo. Uno de estos fué el bravo Souper, quien entregó su espada al capitan Villalon, no sin haber hecho morder el polvo a mas de uno de sus adversarios (2). A su lado,

(1) El capitan Guerrero habia nacido en 1817 i hecho sus primeras armas de soldado distinguido en el batallon Valparaiso, despues de haber sido condenado a servir durante diez años de soldado raso, por su participacion en el motin de Quillota en 1837. En 1838, recibió la jineta de cabo del rejimiento de Cazadores a caballo i ascendió gradualmente en el cuerpo de Granaderos. Tenia una de las mas bellas figuras militares del ejército i murió cuando contaba solo 34 años de edad.

(2) Al hablar de Roberto Souper, en el primer capítulo del presente volúmen, padecimos algunos errores de lugares i fechas que rectificamos aquí, habiendo encontrado el apunte que se nos habia estraviado, segun entónces dijimos.

Souper nació, no en Canterbury, sino en Harwick, condado de Essex, en la inmediacion de Londres, el 9 de setiembre de 1818. En la primera de aquellas ciudades hizo sus primeras letras, lo que nos indujo al error de creer que había nacido en ella. Llamábase su padre Guillermo Souper, quien falleció trájicamente en

habia muerto el esforzado capitan Condesa que mandaba una de las mitades de su escuadron i varios otros de sus subalternos.

De estos últimos, perecieron muchos en el campo de batalla o en el cauce del Longomilla, sin que la historia haya conservado sus nombres. Sábese solo del ayudante Várgas, hijo del coronel de este nombre, que servia en el Estado mayor i quien, menos animoso que su vástago, se habia retirado ántes del combate. El mayor Alvarez Condarco cayó de su caballo, como en los Guindos, en la confusion del encuentro, i tan récio fué el golpe de la caida, que estuvo todo el dia de

1835 i su madre Emelina Howard, que ha muerto hace poco de una edad mui avanzada. De los siete hermanos varones de Souper, cinco han perecido violentamente como su padre. Guillermo, que era el primojénito, en un combate en la isla de Santa Lucía, (Antillas inglesas). Juan, en otra accion de guerra en aquellas mismas islas. Moubery, en el sitio de Oporto en 1832—Carlos, mordido de un perro loco, i por último, Jorje, de la fiebre amarilla. De los dos que sobrevivian en 1859, Luis residia en San Luis en las Antillas i Eduardo en la Colonia de Swam River en Australia.

Su primer viaje a Australia tuvo lugar en 1830, estableciéndose en la colonia de Swam River, bajo la direccion de un hacendado llamado Frimmer, de una de cuyas hijas se enamoró Souper con el curso de los años. Pero, contrariado por el padre en sus inclinaciones, se dirijió a la India, donde, como hemos referido, tomó parte en la intentona contra el fuerte de Serrampore.

En 1841, volvió, por la via del cabo de Buena Esperanza i la isla de Santa Elena, a Inglaterra, donde, encontrándose sin padre, intentó tomar servicio en la Guardia real, pero no pudo lograrlo por falta de dinero para comprar un grado.

En estas circunstancias vino a Chile, por la primera vez, recomendado por su primo don Edmundo White, rico comerciante ingles de Valparaiso, que se encontraba en aquella sazon en Lóndres.

En cuanto a su vida en Chile, los detalles que hemos dado ántes nos parecen completamente exactos.

espaldas, completamente desnudo en el campo i privado de sentido, hasta que el fresco de la noche le reanimó i pudo salvar con estrañas aventuras (1).

XXXI.

A las diez i cuarto de la mañana, el combate de la caballeria estaba completamente terminado, i el jeneral Búlnes, con el rostro radioso por una victoria que se debia mas al acierto de sus disposiciones que a la pujanza de sus armas, hacia pasar a galope, por todo el frente de la línea, al comandante Yañez, que acompañaba la division de Silva Chaves, por la izquierda, i señalándole el camino carretero por donde huian los últimos restos de los escuadrones enemigos, le encargaba completase en aquella direccion la victoria, dando alcance a los prófugos con sus caballos de refresco. Dióle tambien órden de protejer los dos batallones de Silva Chaves que se consideraban cortados i acaso prisioneros, pues no se tenia ninguna noticia de ellos, desde que habian pasado por el flanco derecho del enemigo. De esta manera, el jeneral Búlnes recojió el fruto de su acertada disposicion

(1) Cuando volvió en sí el mayor Alvarez, se dirijió al molino de Pando, i como hablase perfectamente ingles, uno de los empleados de este establecimiento le vistió con su ropa. En seguida, marchóse a Constitucion i se alistó de marinero en un buque que salió para Valparaiso, mas, habiendo naufragado este en la Barra del Maule, fué obligado a regresar. Aunque guardaba el mas rigoroso incógnito, le reconoció al fin un antiguo amigo suyo llamado Echeverría, i con su auxilio, pudo trasladarse a Valparaiso. Poco tiempo despues, este intelijente oficial se marchó a las provincias arjentinas, de donde era oriunda su familia, i hace pocos años, se encontraba en una posicion ventajosa, desempeñando la oficialía mayor del Ministerio de la Guerra en el Paraná.

de colocar la caballeria en ambas alas de su linea, pues Yañez llegó a la izquierda en los momentos en que los escuadrones de la derecha estaban extraordinariamente desorganizados en la confusion de su propia victoria i no podian perseguir al enemigo. ¡Cuán distante habria sido la suerte del dia si el jeneral Cruz procede con igual cordura, haciendo valer de aquella manera su caballeria, tres veces mas fuerte que la del enemigo!

Mas, ¿cómo habia acontecido que los tiradores de Silva Chaves, a quienes dejamos sobre el flanco derecho de las casas de Reyes, habian llegado por la retaguardia, a tiempo de tomar parte en la derrota de la caballeria rebelde?

Esta incidencia nos obliga a retroceder algunos instantes en el desarrollo de las operaciones de la batalla.

Una vez situado Silva Chaves, con su division, sobre el flanco de las posiciones del jeneral Cruz, formó en linea de batalla sus dos batallones, i desplegando en guerrilla la columna lijera del capitan Pardo, emprendió el ataque con vigor. Mas, tan grande i tan constante fué el esfuerzo con que hicieron la resistencia los bravos cazadores del Guia i del veterano Carampangue, dispersos en la viña, que, al fin, resforzados por algunas compañias del bisoño pero entusiasta batallon Lautaro, los obligaron, si no a retroceder, a continuar, al ménos, su marcha, en direccion a la retaguardia de las casas.

A los primeros tiros de esta refriega, habia caido de parte de los asaltantes el bizarro comandante del Chillan de línea don José Campos, i pocos minutos mas tarde, cupo igual destino al jóven oficial del Chacabuco don Rafael Herrera, que servia de ayudante a Silva Chaves. Campos venia a caballo i varias veces le habia insinuado su jefe superior se desmontase, por el peligro que corria al atravesar por un desfila-

dero i por el frente de un enemigo parapetado, pero él replicóle que una dolencia de los piés no le permitia andar, i así, por ahorrarse un fastidio momentáneo, se espuso a una muerte que fué llorada de todos los que amaban en él la modestia, el valor i la lealtad.

Mas, como una compensacion de estas lamentables pérdidas, Silva Chaves hizo prisionera una compañia del Carampangue (la 3.ª de fusileros) mandada por el capitan don Samuel Valdivieso, oficial que se habia conquistado gran popularidad en la capital, miéntras estuvo en ella como ayudante del jeneral Cruz. Padeció entónces la fama de este jóven militar por aquel lance, pues díjose que, fuera impericia, fuera sobresalto, se dejó rodear de triples fuerzas, i aun el jefe superior de las últimas insinua una acusacion harto mas grave, pues dice que la compañia que aquel mandaba «se vino» hácia su tropa (1).

(1) «Pasé, dice Silva Chaves en su diario citado, me interné en el monte, me formé en batalla sobre la derecha, i me fuí de frente sobre las casas de Reyes, por la parte del oriente de ellas. Aquí encontré el Lautaro i la compañia del Carampangue, mandada por Valdivieso. Esta fuerza, añade, fué rechazada, cayendo prisionero Valdivieso i la compañia del Carampangue, que *se vino* donde el capitan don Manuel Lastra, que ántes habia pertenecido al Carampangue i venia en mi columna.»

Mas, aparece de otras relaciones que Valdivieso fué completamente envuelto i puesto entre dos fuegos, por lo que tuvo que rendirse, no sin haber sido ántes herido i con mayor pérdida de los suyos. Atribúyese su captura a la destreza i serenidad del capitan Núñez que mandaba la compañía de cazadores del batallon Chillan de línea (que era la misma veterana del Yungay que habia servido de base a este cuerpo) i su conducta debió ser mui distinguida, porque aquel oficial fué el único que recibió un grado sobre el campo de batalla.

En cuanto al mismo Valdivieso, publicamos, en seguida, las satisfactorias esplicaciones que él da sobre su desgracia, esplicaciones que en si mismas, tienen un carácter evidente de veracidad

A pesar de esta ventaja, Silva Chaves perdió tan considerable número de sus tropas en la angostura por donde fué obligado a pasar entre la viña i los boscosos declives del cerro de Chocoa, que la mayor parte de sus soldados se subieron a esta eminencia, poniéndose fuera de tiro de fusil, miéntras otros, en completa desorganizacion, se dirijian hàcia el camino real, a las órdenes del mayor don Basilio Urrutia, hombre arrojadísimo.

Fueron estos últimos los que habian llegado sobre el campo en que se batian las caballerias, i los que habian obligado

i que confirma la conducta militar de su autor en épocas posteriores, pues se asegura que se condujo bizarramente en el famoso sitio de Arequipa en 1856, como ayudante del jeneral Vivanco i despues recibió una herida en la cara, en el combate que tuvo lugar en Valparaiso el 28 de febrero de 1859.

He aqui pues lo que nos dice aquel oficial en carta fechada en Valparaiso el 12 de agosto del presente año (1862), contestando otra nuestra en que le pedíamos algunos detalles sobre aquel suceso.

«Haría una hora i media, dice Valdivieso, que se habia empeñado la batalla, cuando recibí órden de salir con mi compañia, que constaba de un teniente, un alferez i 75 hombres de tropa; i al tiempo de llegar a la puerta principal, se me ordenó fuese a ocupar el ángulo sur de las mencionadas casas, frente a la viña; tomé posesion en línea diagonal i comenzé a batirme con una tropa que venia del norte, que por el vestuario que llevaban eran Buines. Una hora despues de sostener dicha posicion, vi venir a engrosar mis filas a la 2.ª compañia del mismo cuerpo al mando del teniente López, ordenándoseme hiciese flanco derecho i me internase al norte, donde habian fuerzas que rechazar, cuyo camino lo hice al trote para dar ejemplo a mis soldados, llegando estos a 42 hombres, inclusas las clases i oficiales; habiendo dejado en el primer lugar que ocupaba al subteniente Riquelme, herido de muerte i como a 20 o 25 soldados en el mismo estado.

«Habiendo principiado a reconocer dicho monte, no encontraba enemigos en él, pero, por cumplir la órden, los busqué en todas direcciones, hasta que me encontré con triple fuerza a la

a los restos de los rejimientos de Ruiz i de Zañartu a echarse al Longomilla (1).

Eran las once de la mañana. La batalla habia durado cuatró horas. La victoria era del jeneral Búlnes.

Derrotada, en efecto, i por completo, la formidable caballería de los rebeldes; circunvaladas sus posiciones por el movimiento de Silva Chaves; ocupada su retaguardia por los

que llevaba i pertenecian al batallon Chacabuco. Comenzó el combate, perdiendo en los primeros tiros al sarjento 2.° Arriagada, soldados Mateo Altamirano, José Gutierres, i otros que en este momento no recuerdo. Despues de tres cuartos de hora, mis soldados me dieron parte que por retaguardia nos cortaban i noté como dos compañías de unos soldados de uniforme blanco, que despues que caí prisionero supe eran «Chillanes de línea». Inmediatamente traté de replegarme a las casas; pero viendo la imposibilidad de poderlo verificar, por haber comenzado a hacerme fuego por la retaguardia, i los del frente a avanzar sobre mí. En este gran conflicto, se me dispersó la mayor parte de la tropa que comandaba, tomando distintas direcciones i solo quedé con cuatro o seis soldados i el teniente de la compañia don Eujenio Morales, con los que me tomaron prisionero con dos heridas de bayoneta que me hicieron antes de rendirme: la una en la mano izquierda i la otra en el brazo derecho.

«Los oficiales que mandaban las fuerzas que me atacaron, los de vanguardia, eran los capitanes Lastra i Calderon, el primero se encuentra en Santiago i el segundo en el Tomé; los de retaguardia fueron el capitan Campos que falleció i otros que por ahora no recuerdo. Los dos primeros fueron los que me condujeron al hospital de sangre del enemigo.»

(1) Hé aquí como el mismo Silva Chaves cuenta suscintamente una parte de sus operaciones durante aquel dia, en su diario de campaña.

«Como el fuego principiase i una compañia de Cazadores enemiga se disponia a tomarnos el flanco izquierdo, formé mi columna en la izquierda; i a la cabeza, la compañia del Buin del capitan Pardo, que estaba a mis órdenes; le mandé fuego ganando terreno i a la compañia de Cazadores del capitan Núñez, fuego por el flanco. La Artilleria enemiga dirijió sus fuegos sobre mi columna que no dejó de hacerme algunos males. Pasé etc».

lanceros de Colchagua, que interceptaban a la vez sus comunicaciones por la única salida que tenian hácia el sud; conquistados los cañones que protejian el ala izquierda de la línea, i por último, encerrada toda la infanteria en los patios i tejados de las casas de Reyes, podia decirse que el hecho de armas estaba terminado i que la victoria coronaba otra vez las sienes del vencedor de Yungai.

Parecia, en tal coyuntura, que hubiera bastado a éste retirar su ejército fuera de tiro de fusil, para consumar, por el solo desaliento de los vencidos, lo que faltaba aun por hacer al plomo i al fuego.

Pero no sucederia así, sin embargo. En un sentido estratéjico, aquella situacion era exacta i todo jeneral cuerdo i esperimentado no habria obrado de otra suerte. Mas, ahora no se trataba ya de un combate de filas, sino de un pujilato tremendo, en que los combatientes habian dejado de ser soldados para medirse entre sí, cuerpo a cuerpo, como atletas. El jeneral Búlnes habia vencido en Longomilla como jeneral. El jeneral Cruz lo venceria a su vez como héroe. La propia obstinacion de las tropas de aquel contribuiría, no ménos que el indomable denuedo de los soldados del último, a cambiar el aspecto, si no el desenlace del dia.

Cuando la caballeria del jeneral Cruz huia en todas direcciones i se ahogaba un tercio de ella en el Longomilla, su heroica infanteria hacia, al rededor de las casas de Reyes, prodijios de valor, batiéndose los mas bisoños soldados como leones. El vapor de la sangre, el calor sofocante del dia, el humo de la pólvora que embriaga en la pelea, la rabia que enciende en los pechos jenerosos la inmolacion de los amigos segados por el plomo enemigo i, mas que todo, el ejemplo de constancia i de heroismo de los jefes, habian dado al campo de batalla de Longomilla el aspecto de una arena de gla-

diadores, en que no eran ya las armas, sino los brazos, los que decidian de las ventajas del encuentro.

Luchaban los hombres cuerpo a cuerpo. No se hacian prisioneros, interponiéndose las fuerzas entre sí para desarmarse, sino derribándose unos a otros, para mejor asestarse el golpe de la muerte. Ya no se empleaba el plomo ni el fierro de la bayoneta. Brazos crispados levantaban por todas partes la culata de los fusiles i se acometian con sordos golpes, hasta romper las armas o quedar exámines en el campo (1).

Como la sofocacion de la atmósfera fuese intolerable, los soldados se agolpaban de preferencia a orillas de una acequia que atravesaba la viña por un costado de la casa, i al siguiente dia, notóse que aquel sitio estaba cuajado de cadáveres, encontrándose muchos en el fondo mismo del cauce. Era que, como los tigres que se disputan los escasos bebederos del desierto, los combatientes de Longomilla se acechaban al llegar a humedecer sus fauces, i reconociéndose enemigos, se acometian i se revolcaban muchas veces en el agua con el furor de las fieras... I lo que lastima i causa mas grande horror en este inmenso estrago, no es el sacrificio del hombre por el hombre, la inmolacion del chileno a manos del chileno, sino que aquella sangre jenerosa fuese vertida a raudales en nombre de un déspota pigmeo, a quien aquella sangre de héroes i esas mismas batallas de titanes, harian, a la postre, jigantezco.

(1) Se observó que la mayor parte de los fusiles que se recojieron en el campo de batalla i al dia siguiente i que pasaban de 700, estaban quebrados por la culata.

XXXII.

La matanza era, de esta suerte, espantosa, i no se hacia sin embargo, progreso alguno que prometiese el desenlace de aquella tremenda jornada.

Por una parte, el jeneral Cruz habia hecho salir dos compañías del batallon Lautaro al mando del coronel Martinez i dos del Alcázar, a las órdenes del entusiasta mayor Fuente-Alba, con el objeto de sostener los restos del Guia i del 2.° Carampangue, que se batian en grupos en todos los alrededores de las casas, i el jeneral Búlnes, a su vez, comprometia toda su reserva, sosteniendo con el Rancagua i el Santiago sus desorganizados batallones. Mas, no por esto, el fin de la batalla parecia acercarse. A los primeros tiros cambiados por las tropas que venian de refresco, habia caido muerto i díjose que por una bala de sus propios soldados, el coronel Martinez (1), miéntras que de los contrarios era inmolado tam-

(1) «Serian las once de la mañana, dice el coronel Zañartu en unas anotaciones en que comenta su diario de campaña, cuando la casa fué incendiada, i en estas circunstancias, entró el jeneral en jefe al corralon a fin de estinguir el fuego, i viéndolo abrazado de calor, le estaba pasando yo una botella de agua que mi sirviente andaba trayendo, cuando se presentó allí el capitan del batallon Lautaro don Tiburcio Villagra, i dirijiéndose al jeneral, le dijo:—*Al coronel Martinez lo han muerto nuestros soldados, por que queria traicionar, pues los hacia desarmarse para que se entregasen al enemigo.*»

A esta circunstancia se añade la de haberse encontrado el cadáver de Martinez destrozado a bayonetazos i traspasado de muchos tiros de bala, hecho que confirmaba el conato de traicion que se atribuia a aquel jefe, pues aun llegó a decirse que el incendio de las casas habia comenzado por la pieza que él mismo habitaba.

Mas, el mismo Zañartu contradice este rumor tan jeneral, con

bien el comandante del Rancagua don Matias Gonzalez, hombre ya anciano i que dejaba en la horfandad una numerosa familia, recibiendo una bala de fusil en el estómago, Asi era que los progresos del combate se contaban, no por los movimientos estratéjicos, sino por el número de las víctimas de una i otra parte. «El fuego de la infantería, dice el mismo jeneral Búlnes en su parte jeneral, miéntras tanto, se mantenia con increible teson; los batallones avanzaban i se replegaban alternativamente, causándose estragos terribles i habian caido por una i otra parte gran número de soldados, jefes i oficiales.

razones que no carecen de fundamento. En primer lugar, segun las observaciones de aquel jefe, el teniente del Carampangue don Mariano Hidalgo, que se encontraba a pocos pasos de distancia de Martinez, le vió caer del caballo en los momentos en que entraba al fuego, atacando de frente al batallon Chillan cívico que peleaba a las órdenes del comandante del Canto. En segundo lugar, un asistente de este honorable jefe, llamado Benavides, conservó algun tiempo una de las charreteras de Martinez, lo que prueba que su cadáver estuvo en poder de los enemigos. En tercer lugar, hai la constancia de que el comandante del Canto ha declarado que Martinez murió como valiente en leal pelea, i aun, por su conducto, entregaron a la familia de aquel desgraciado militar algunos papeles que se encontraron en su cartera, hechos que nos ha referido el comandante Yañez. Parece tambien que el mismo capitan Villagra, que dió la primera voz de aquella traicion en el campo de batalla, se retractó despues, diciendo en presencia del comandante Zañartu que nada recordaba; i aun podria citarse como una razon, mas convincente todavia, la de que el presidente Montt se negó en años posteriores a conceder una pension a su viuda.

En nuestro concepto, Martínez fué víctima de sus propios soldados; imposible seria esplicarse de otra manera el destrozo completo de sus miembros, pues una persona que vió su cadáver nos ha dicho que estaba *hecho un arnero;* pero, a nuestro leal entender, i por mas que vayamos contra la aficion del vulgo, no fué el intento de una traicion, tan infame como difícil, lo que le atrajo a aquel lastimoso fin, sino su crueldad excesiva con la tropa, por

XXXIII.

A esa hora, cerca ya del medio dia, los tres batallones rebeldes que habian entrado al fuego tenian, en efecto, sus jefes fuera de combate, Urízar en el 2.° Carampangue, Videla en el Guia, Martinez en el Lautaro, i otro tanto sucedia i aun con mayor estrago, en las filas del gobierno, habiendo perecido Peña i Lillo en el Buin, Campos en el Chillan de

que, ya hemos referido, se le destituyó antes del mando del Alcazar por este motivo.

Martinez era un viejo oficial que habia hecho la segunda campaña del Perú como sarjento mayor del batallon Valparaiso, sin haber logrado distinguirse por ningun hecho digno de nota. Antes habia mandado la guarnicion del presidio de Juan Fernandez, i los presos políticos que estuvieron bajo su custodia en 1835 i 36, recordaban con indignacion su conducta mezquina i abusiva. La revolucion le encontró de gobernador de Quirihüe, con el grado de teniente coronel retirado, i como no fuera popular en manera alguna en el ejército, habia tenido en él una posicion precaria, siendo colocado ya en el estado mayor o ya en el mando de los cuerpos de infantería. Murió, empero, en el campo de batalla i si sus defectos de hombre no pueden cubrirse con la mortaja del soldado, al ménos, como tal, no se hizo indigno de la historia: porque esta, en la duda del deshonor i la gloria, salva el nombre de los que han perecido en el campo de honor. «¡Pobre Martinez!, esclama Zañartu refiriéndose a este lance. Murió deshonrado en esta malhadada batalla, como sus veteranos compañeros que lograron sobrevivirle existen sin honra en el concepto de los que hablan sin haber visto nada.» A este mismo propósito i para no contradecir una sola vez nuestro espíritu de rigorosa imparcialidad, reproducimos, en el documento núm. 14 bis, dos notables cartas que nos han sido dirijidas por los señores Jauregui i Riquelme sobre la muerte del desgraciado Martinez, de quien aquellos eran estrechos amigos. Ambas se han publicado en la *Voz de Chile* en el mes de noviembre de 1862.

linea, Gonzales en el Rancagua, i siendo heridos, Torres en el Colchagua, Caupolican Plaza en el Talca i el capitan Olivarez en el Santiago.

Habian perecido, ademas, entre muchos subalternos dos de los capitanes del 2.° Carampangue (1) i el Guia tenia, a esa hora, 13 oficiales fuera de combate (2). Del enemigo, habian caido, en ese mismo tiempo, numerosos oficiales de segunda

(1) Don José Miguel Artigas, capitan de la 2.ª compañía de fusileros i don José María Vegas capitan de la 3.ª. Habíase visto al primero salir resueltamente al combate con capa i suecos, pues era ya algo entrado en años i achacoso de salud, i habia muerto a los primeros tiros.

(2) Fué tambien mortalmente herido en las filas del Guia el famoso José Romero, mas conocido con el nombre de *Leña Verde*, i que era en el ejército revolucionario una especie de Tirteo popular, pues cantaba en décimas i tonadas las glorias de los rebeldes, a medida que esplotaba a los incautos con los ardides de su profesion de jugador.

En la *Tarántula* del 18 de junio 1862, periódico que, con tanto patriotismo como lucidez, publica actualmente en Concepcion el hábil escritor don Pedro Ruiz Aldea, se rejistra una injeniosa biografía de aquel célebre personaje, debida a la pluma del entusiasta jóven don Tomas Smith, i que creemos oportuno reproducir, mas como el recuerdo de un hombre del pueblo que como un timbre honroso del soldado que la inspiró. Dice así:

«José Romero, álias *Leña Verde* o *Cochencho*, era de estatura regular, rechonco, ojos azules, nariz aguileña, fácil en el decir i de un talento amenísimo. En su esfera, difícilmente puede encontrarse un hombre mas adornado de las estraordinarias cualidades que él poseia. Errando siempre, buscando ilusos a quienes desplumar, introduciéndose en todas partes, habiendo llegado a adquirir un renombre inmortal en todas las clases de la sociedad. ¿Qué magnate, qué labriego no conoció a *Leña Verde?* ¿Quién no perdió, jugando con él a las *cascaritas?* ¿Quién no oyó con gusto aquellos refranes que manaban de sus lábios al tiempo de empezar la partida? *De una en una, a la treinta i una, el que no tiene cama, duerme a la luna. Los padres de San Francisco plantaron una higuera, que demontres de padres, que de brevas no comerán!* Todo esto i mucho mas decia *Leña Verde* para fascinar a su auditorio,

órden. Solo el batallon Talca, que peleaba con estraordinaria bravura, perdió a los capitanes San Cristóbal i Bravo, al primero de los cuales llevó al hospital de sangre el comandante Urzúa, por delante de su caballo.

miéntras meneaba las *cascaritas* con una destreza admirable.

«La familia de Romero se componia de su esposa i cuatro hijos, a quienes amó tiernamente hasta su muerte; durante su ambulante vida, jamas les faltó el alimento, que el llamaba *la grandeza de la Providencia*. Muchas veces se le preguntó si sus hijos heredarian los vicios de sus padres; él respondia que *jamas corromperia el corazon de ninguno de ellos con los muchos vicios que él poseia,* i esto lo probó un dia en que, estando ejercitando su industria, se presentó uno de sus hijos a observarlo; Romero, que se apercibió de ello, suspendió su juego i lo castigó.

«Apesar de que Romero era holgazan, petardista i aun ratero, no por eso dejaba de tener un corazon compasivo; siempre se le vió compartir con el mendigo el dinero que ganaba al pobre o al rico. En las iglesias, oia misa con una cristiana abnegacion, sin esa falacia tan comun en los hombres encenegados en los vicios.

«Oriundo de Concepcion, como todos los hijos de Sur, tenia un entrañable amor a su patria; desde el año 26 hasta el 51, no hubo asonada, motin o revolucion en que él no tomase una parte activa. I ¡cosa rara!, este hombre pobre, sin mas entradas que las que le proporcionaban las *cascaritas*, no se enrolaba en las filas de la libertad por el aliciente del sueldo, pues nunca quiso admitirlo; tampoco hacia el servicio del soldado, porque él decia que no habia nacido para ser subordinado. Pero en la pelea i en lo mas encarnizado de ella, se batia, no solo como simple soldado, sino como un jefe; su voz estentorea resonaba entónces animando a los combatientes, entre el estampido del cañon i las descargas de fusilería.

«El año 51 se alistó en la compañía de granaderos del Guia i marchó a Longomilla; durante todo el tiempo que duró la campaña, jamás quiso jugar a las *cascaritas*, porque, como él decia, lo que jugaba en esa jornada *no era el dinero, sino su patria* i *la de sus hijos*.

«Romero era uno de esos héroes del pueblo que aman la gloria, que desean hallarse en cien batallas i sacar otras tantas

XXXIV.

Pero la muerte no atajaba el brazo de los soldados ni ponia tampoco remedio a la incesante carniceria la cautela de los pocos jefes que sobrevivian.

En uno de los mas reñidos encuentros de la batalla, observó, en efecto, el coronel García que un grupo de 10 a 12 soldados del 2.° Carampangue, notables por sus morriones i polacas de brin blanco, arrastraba prisionera, hácia las casas, una compañia entera del batallon Chillan cívico (1), que era

heridas, para mostrarlas como un testimonio honroso de su valor i de su patriotismo. En cada vivac, despues de arreglar i limpiar su fusil, lo primero que hacia era dirijirse al jefe de su compañía para suplicarle que si dejaba de existir en algun encuentro, su nombre figurase en la lista de los soldados que morian por la libertad; único legado que queria dejar a sus hijos.

«En Longomilla, despues de haber peleado con denuedo i bizarria, rindió la vida al impulso de una bala, i al caer, i moribundo todavia, le encargaba a su jefe i a cuantos le rodeaban que su nombre no quedase en la oscuridad. La *Tarántula* cumple ahora con ese encargo, por si acaso el nombre de Romero no figurase en la lista de los soldados que pelearon i murieron en Longomilla.

«Hai tambien otra razon para recordar su nombre, i es que este nombre, a pesar de su prostitucion, reunia en un grado eminente el amor a la patria, a la relijion i a su familia; orador i héroe, a la vez, era un resorte poderoso para remover las masas. Fuera del juego de las *cascaritas*, su vicio mas capital, era todo un hombre honrado, admirable por su injenio i por sus bellos sentimientos. Bajo este aspecto, *José Romero Leña Verde* bien merece que se le consagren estas pobres líneas.»

(1) Díjose que el sarjento mayor del 2.° Carampangue, don Buenaventura Gonzalez, hizo prisionero al ayudante del Buin Cabezas, a quien encerró en un cuarto, golpeándolo con su espada i amenazándole fusilarlo: pero aquel intrépido oficial se escapó durante la refriega i volvió a incorporarse a su batallon.

uno de los mas flojos en el ataque, sin duda por las innatas simpatías del soldado arribano hácia su causa; i no pudiendo aquel jefe consentir tamaña mengua, arrimó las espuelas al caballo, i seguido de sus dos ayudantes Avelino Rojas i Emilio Pradel, se interpuso entre los prisioneros i sus captores, llamando a aquellos a sus filas. Mas, los últimos le hicieron pagar bien pronto su temeraria pretension de rescatar con amenazas el trofeo que ellos llevaban en sus bayonetas tintas ya de sangre. El ayudante Rojas, jóven entusiasta, que habia cerrado sus libros de derecho para buscar la gloria de las armas en ingrata contienda de hermanos, fué muerto sobre el sitio, miéntras que una bala derribaba el caballo de Pradel, arrojándole por tierra, i a no dudarlo, habria corrido la suerte de su camarada, si el coronel García no le hubiese salvado a la grupa de su montura.

Quizás en los momentos mismos en que este desgraciado lance tenia lugar entre los ayudantes del coronel del Buin, una bala arrebataba de las filas del Guia al bizarro hermano de uno de aquellos oficiales, el jóven don Raimundo Pradel, que, siguiendo las convicciones de su familia, militaba bajo el estandarte del jeneral Cruz, miéntras su jóven hermano, obedeciendo a los principios del honor militar, servia bajo la enseña del gobierno.

No fueron raros, en aquel tremendo dia, lances como el presente. Sabido es que un hijo del jeneral Baquedano servia de ayudante al jeneral Búlnes (1), i que habian de una parte i

(1) Militaba tambien en el ejército revolucionario otro hermano del ayudante de campo del jeneral Búlnes. Era este el bizarro jóven don Eleuterio Baquedano, capitan de la compañía de granaderos del Guia, que entró al fuego cuando la batalla estaba ya algo avanzada, i tuvo lugar de distinguirse particularmente en la persecucion que el comandante Saavedra hizo al enemigo.

A propósito de las relaciones de parentezco que mediaban en

otra (sin esceptuar a los jenerales en jefe) antiguos amigos i parientes inmediatos que se batian con un selvático encarnizamiento.

Acaso, por una lastimera compensacion de estos horrores, ocurrió en las filas del Guia un lance patético que brilla como un rayo de luz en medio de esa vorájine de sangre que se ha llamado batalla de Longomilla. Servian en aquel cuerpo, en calidad de subtenientes, dos jóvenes hermanos (Juan i Felipe) del apellido de Ruiz, parientes del jefe de este nombre i dignos de su raza. Cayó uno de ellos atravesado de una bala en la refriega, i notándolo su hermano, cargólo en hombros i despues de haberle dado piadosa sepultura en un sitio apartado del campo, volvió a la pelea a vengar la inmolacion de su sangre, vertiendo la de sus enemigos. El jeneral Cruz ascendió, sobre el campo de batalla, a este heróico mancebo, que no tenia sino 16 a 17 años de edad. Habíale ayudado a sepultar a su hermano una mujer del pueblo llamada Rosario Ortiz, moderna Janequeo, a quien los soldados del Bio-bio llamaban «la Monchi» i de la que, en épocas posteriores, hablaremos con mas detencion, por sus extraordinarios actos de bravura i abnegacion.

uno i otro campo, ocurrió un lance, un si es no es cómico, con el jeneral Baquedano, algunos dias ántes de la batalla de Longomilla. Presentóse, en efecto, a aquel jefe un antiguo sarjento, a nombre de su hijo Manuel, que acompañaba al jeneral Búlnes, llevándole palabras de éste tan lisonjeras para el jeneral rebelde, que no pudo menos de sonreirse al oir los espresivos recuerdos que de él hacia su antiguo camarada. Mas, por desgracia, el comisario llegó al punto de decir, haciendo referencia a los respetos del jeneral Búlnes para con el jeneral Baquedano «que aquel consideraba al último como su padre». Protestó en el acto contra este cumplido el jeneral rebelde, a quien de hecho se llamaba octojenario, despidiendo con un jesto desabrido al incauto sarjento, pues era suficiente que los jenerales en jefe de ambos ejércitos fuesen primos hermanos para que necesitase uno de ellos tener un padre putativo en el campo contrario.

XXXV.

Recibió tambien los honores del dia, alcanzando un grado sobre el campo, el denodado oficial Robles, capitan de los granaderos del viejo Carampangue, que, como hemos visto, estuvo incorporado, desde el principio de la batalla, a la línea que mandaba Urízar. Vióse a aquel heróico jóven no descansar un solo instante, durante las siete horas que duró la refriega, alentando su tropa i haciendo repartir municiones a los demas cuerpos que formaban la línea. Vestia su traje de parada, i por un lujo de bravura, que tenia algo de la edad de los paladines, llevaba ceñida al pecho, a la manera de banda, una corbata de punto de lana, color claro, que le habian obsequiado, como prenda de amistad, las señoritas Zerrano en Concepcion. Prometiólos el héroe tener aquel recuerdo sobre su corazon el dia de la batalla i cumplia ahora su promesa, sin cuidarse de que su pecho era el blanco de los fusileros enemigos. Muchos oficiales del ejército contrario declararon, en verdad, que le habian equivocado con el mismo jeneral Cruz, por el uso de aquella banda, i que, por lo tanto, recomendaban a los soldados el apuntarle con fijeza; mas, por una singular coincidencia, Robles no recibió en la batalla, sino dos balas, de las que una melló su espada, i la otra le arrebató un trozo de la vaina.

XXXVI.

No habia desempeñado un rol inferior al mayor Robles, el comandante de artillería, Zúñiga. No cesó este hombre, tan

modesto como esforzado, de ir i venir de los cañones de la linea al parque de los pertrechos, para hacer la distribucion acertada de las municiones. Montado en un soberbio caballo blanco i vestido de gran uniforme, le oimos comparar muchas veces al poeta nacional Eusebio Lillo (que presenció todas las peripecias del dia, de pié sobre el dintel de una puerta, dando muestras de un estoico valor) (1) con el retrato ecuestre del belicoso apóstol Santiago, tal cual le representan en los milagros de nuestras leyendas; imájen que no es del todo caprichosa, porque Zúñiga era tan insigne creyente como valiente soldado, i muchas veces, miéntras vivió, le oimos contar milagros i apariciones de ánimas que él habia presenciado i en cuya realidad creia como en dogma del cielo. En una de las entradas que Zúñiga hacia a la casa, recibió dos balazos en el hombro derecho i aunque la sangre le inundaba, haciéndole desfallecer casi por minutos, no abandonaba por esto su bateria i no consintió en retirarse, sino cuando el jeneral Cruz le envió una órden terminante para hacerlo.

XXXVII.

Entretanto, era la una del dia i el campo estaba empapado de sangre, sin que la batalla tuviese visos de concluir.

Despechado el comandante jeneral de la infanteria enemiga de sus infructuosos esfuerzos para asaltar las casas que sirven de reparo a los rebeldes, galopa al fin hácia el punto

(1) «Aunque era paisano, dice de este entusiasta bardo, el ayudante del Guia Smith, en los apuntes citados, yo le he visto el 8 de diciembre despreciar las balas enemigas; i advirtiéndole a lo que se esponia, contestarme que queria estar mas cerca, para de ese modo cantar mejor la batalla.»

donde se divisa al jeneral en jefe i le anuncia que es imposible seguir el combate en aquella forma, porque esas posiciones, defendidas de aquella suerte, son un castillo inespugnable. Mucha parte de la tropa de la reserva del jeneral Cruz habia subido, en efecto, a los techos de la casa, por órden del coronel Zañartu, i mantenia un vivo fuego sobre los grupos enemigos, dándoles aquel mismo jefe el ejemplo con un fusil que disparaba él mismo, como cualquiera otro soldado.

XXXVIII.

El combate habia llegado ya a su crísis.

El jeneral Búlnes, al recibir el último parte del jefe de su infanteria, comprendiólo, al ménos, así, i en consecuencia, dió órden al mayor Escala para que demoliese o incendiase las casas de Reyes, colocándose a tiro de fusil con dos obuses i disparando granadas sobre sus techos i, al mismo tiempo, ordenó al capitan Villalon, que era en la caballeria el jefe de mas graduacion, pues el coronel García se habia retirado contuso del campo, a fin de que cargase por un flanco a los tiradores enemigos.

Villalon no se hizo repetir dos veces aquella órden; mas, seguido apénas de seis o siete soldados, entre los que iban sus dos ordenanzas, fué obligado a retroceder, escapando, a fuerzas de espuelas, de ser muerto o hecho prisionero.

En cuanto a la ejecucion del mayor Escala, vióse pronto que el techo de las casas ardia con violencia en una de las estremidades del edificio. Pero logró cortar este mal el coronel Zañartu, segundado del injeniero Henry, pues la misma chicha i mostos que existian en la bodega, les sirvieron para estinguir, en parte, el incendio.

XXXIX.

Era tambien aquel momento preciso el que el jeneral Cruz, por su parte, debió tener como decisivo para sus armas.

Desde el techo de la casa, donde se mantenia con una constancia heroica, espuesto a todos los fuegos i aun a los de sus propios soldados (1), sin mas compañero que su asistente un animoso mancebo llamado Jil, que recibió a su lado una (grave herida), pudo observar el espantoso desórden que reinaba en el campo de batalla, donde el enemigo no tenia un solo soldado de reserva, miéntras su débil caballeria se mantenia amedrentada i lejana, apesar del triunfo que le habia

(1) Es un hecho averiguado que, estando el jeneral encendiendo un cigarro (pues en Longomilla, como en Yungai, no dejó de fumar un instante, segun un hábito inveterado), una bala de fusil atravesó la manta de un señor Soto que le pasaba fuego en aquel instante i se clavó en el pilar en que se apoyaba. Este hecho casual, pues varias bombas reventaron dentro del patio de las casas, fué comentado despues por la maledicencia del vulgo, quien lo atribuyó al coronel Zañartu, así como se dijo, sin mejores fundamentos, que este jefe habia muerto de un balazo al comandante Urízar, porque se le habia visto disparando un fusil, encima de la muralla a cuyo frente habia formado aquel su batallon. El mismo candoroso mayor Zúñiga nos aseguraba, en 1852, con una buena fé de la que no podia dudarse, que el balazo que le habia herido en el hombro habia partido del fusil de Zañartu, pues decia que el tiro habia venido de arriba a abajo, i añadia ademas que tenia «dos testigos» (i los nombraba!) que vieron a aquel jefe haciéndole la puntería....

Pero todas estas patrañas, que tan fácil acceso encuentran en el ánimo del vulgo, se desvanecen por su propio absurdo, dejando a los críticos la provechosa leccion de cuan aventurado camino siguen los que trazan la historia solo por las conversaciones de los estrados i los chismes de los corrillos.

dado la metralla, mas que el filo de sus sables, en las primeras horas del combate.

Si, en ese momento, el irresoluto caudillo de la revolucion del sur, a quien vemos siempre vacilante en los lances supremos, se determina a hacer obrar en masa su reserva, en lugar de mutilarla, llevando al fuego i al esterminio una compañia tras otra, ¿quién habria resistido a una columna compacta, en la que formaran dos o tres compañias del Carampangue, que aun no habian disparado un solo tiro, i cuyos soldados ardian de coraje i de rubor, al verse condenados a estar con el arma al brazo, miéntras los ecos de sus hermanos saludaban la victoria despues de sus descargas? (1)

Mas, como hemos ya dicho, los jenerales que mandaban los ejércitos de Longomilla no se dieron una batalla segun el arte de la guerra. Llevaron sus huestes a la matanza, i ésta solo cesó cuando ya los brazos no tenian fuerzas para asestar los golpes del esterminio.

(1) Díjose que en estas mismas circunstancias se habia presentado al jeneral Cruz el valeroso capitan Robles, solicitando que se le franqueasen solo dos compañias de la reserva para decidir la batalla, marchando de frente sobre el enemigo. Pero parece que el jeneral Cruz desatendió aquel reclamo tan heróico como oportuno, pues estaba siempre preocupado de su sistema de mantenerse a la defensiva, i mucho mas decididamente desde que habia perdido toda su caballeria.

El mismo coronel Zañartu se espresa a este propósito en los términos siguientes en su diario de campaña. «En este estado, me persuadí que era llegado el caso de hacer uso de la reserva, i me preparé para salir con el resto de mi columna por la puerta del Este, que a prevencion tenia abierta, para tomar al batallon Buin por el flanco izquierdo i batirlo, sin darle lugar a que su columna variase de direccion; pero, añade en seguida, no se dió órden alguna.»

XL.

Despues de la última infructuosa tentativa para arrollar los pelotones de fusileros que defendian las casas, volvió el coronel García a hacer presente al jeneral en jefe lo temerario i lo inútil de la obstinacion de aquel ataque, pues el enemigo sacaba a cada momento nuevas tropas de refresco que abrumaban a las ya fatigadas columnas que embestian las casas.

Insinuóle aquel, en consecuencia, la ventaja de retirar la linea de infanteria fuera del alcance del fusil, a lo que, no sin dar señales de despecho, accedió el jeneral Búlnes, dando en el acto órden a sus ayudantes para que previniesen a los jefes de los cuerpos el replegarse a retaguardia.

IXL.

Fué en este momento cuando el ayudante de campo Videla Guzman adelantóse a galope a hacer marchar un cuerpo que le parecia de los suyos, i apesar de que muchos le gritaban que eran enemigos, se acercó, hasta que, reconociéndole aquellos, le hicieron una descarga, derribándolo al suelo cubierto de heridas tan graves que le acarrearon en breve la muerte. Así pereció a los 33 años de su edad aquel desventurado jóven que, hasta aquella última hora de su vida, no habia tenido nombradia de valiente sino de afortunado en su carrera. Una propicia estrella le habia alumbrado a los principios, hasta verse a los 26 años de edad jefe de un ba-

tallon i en la guarnicion de Santiago. Pero la crísis de 1851 vino a dar un cruel desmentido a su destino. Acusado de «traidor» por sus propios amigos, despues del 20 de abril, prendiéronle despues sus subalternos con mengua de su prestijio i de su responsabilidad; de manera que él fué a la guerra, no en busca de la gloria, sino de la reparacion de su empañada honra. Encontróla esta por completo con su muerte, i su heroismo fué tanto mas digno de respeto cuanto que no era hijo del entusiasmo ni de la ambicion, sino del lustre del honor que la fatalidad o la impostura le habian arrebatado; i si se toma en cuenta que aquel sacrificio hecho a su nombre le arrancaba para siempre a las dulzuras de un hogar recien creado, su accion se hace sublime, i fuélo en efecto, porque para él su tumba fué su gloria, como para su noble viuda fué en seguida el cláustro....

VIIIL.

Por lo demas, era ya tiempo de emprender la retirada.

El denodado mayor Escala, batiéndose casi a tiro de pistola de las casas de Reyes, tenia casi todos sus artilleros fuera de combate, i despues de haber recibido dos balazos en la ropa, uno de los que le derribó el kepi rosándole el pelo, perdió el uso de su brazo derecho herido de otra bala. Desfallecido i cubierto de sangre, le colocaron sus soldados en uno de los armones de la bateria i le arrastraron hasta donde reorganizaba su línea el jeneral Búlnes. Iban tambien heridos a su lado los oficiales Gonzales i Pardo, que se habian distinguido estraordinariamente en aquel dia, el primero contribuyendo como el que mas a derrotar la caballeria con sus cañones, i haciendo el segundo señaladas hazañas con la

columna lijera que mandaba i con la cual se batia por el frente, retaguardia i ambos flancos de las casas, en que se habian encastillado los rebeldes. Era de notarse la coincidencia singular de que, siendo Pardo i Escala los últimos oficiales heridos, perdiesen ambos un brazo, casi en el mismo momento.

VIII.

Hubo entónces una pausa al terrífico fragor de la batalla que no habia cesado durante siete horas consecutivas.

Era ya pasada la una de la tarde i el jeneral Búlnes se esforzaba por reunir los fatigados restos de su línea en la loma que se estiende al frente de las casas de Reyes, miéntras los rebeldes se concentraban en éstas, mas para reorganizarse i volver de nuevo al ataque, que para descansar de su heróica fatiga. Fué aquella la hora mas solemne i mas lúgubre del aciago dia de Longomilla. Un silencio, mas terrífico aun que el estruendo de las armas, reinó en el campo de improviso. Los combatientes de una i otra parte formaban su línea delante de la muerte, sombrios e irritados, como si hicieran los funerales de su recíproca matanza, porque no habia victoria decidida ni de los unos ni de los otros. Todos los rostros estaban demudados, los labios ennegrecidos por la pólvora, las fauces secas, las frentes cubiertas de sudor, los vestidos desgarrados en sangrientos jirones, i miéntras los oficiales daban sus órdenes de mando con voces roncas i casi siniestras, los soldados levantaban sus armas en los brazos crispados, descubriendo en su fatiga la misma sed de sangre que les habia acometido en el calor de la refriega.

I entre las dos líneas que formaban ahora los restos mu-

tilados de los briosos ejércitos que se habian acometido en la mañana, dilatábase por todo el horizonte un campo de sangre, cuyos charcos evaporaba el intenso calor del dia, miéntras los moribundos exhalaban sus lastimeros ayes, sin que una mano piadosa aliviara su agonia, pues hasta las mujeres de uno i otro campo se habian desparramado por entre los cadáveres, a la manera de las hembras del chacal, despojando a los muertos de sus últimos atavios.

I cuando la brisa del medio dia comenzó a disipar la espesa nube que el humo i el polvo habian acumulado en aquel recinto de horror, vióse que las casas de Reyes ardian con violencia, como si fueran la pira espiatoria de aquella espantosa hecatombe....

Debió ser aquel momento el designado por el ánjel o el demonio de la batalla para tender sus negras alas sobre el campo del horror, i plegándolas en seguida, ir a calmar los pavores del déspota sangriento que se albergaba en la Moneda i que habia encontrado al fin una ofrenda digna de sus votos, i un pedestal apropiado a su trono de usurpador i de tirano!

VII.

Mas, no tardó mucho sin que la batalla volviese a comenzar, bien que con el desmayo que traian a los combatientes la fatiga i el horror.

El valeroso capitan Gaspar, ayudado del no ménos esforzado Contreras i de unas mujeres, entre las que se distinguia la «Monchi», habia preparado dos o tres tiros a bala rasa, i adelantándose con un cañon, hizo sobre las filas enemigas tan certero disparo, que la bala arrebató tres soldados del batallon Buin, salpicando con los sesos del cráneo de uno de éstos el rostro del jefe de estado mayor Rondizzoni, que se encon-

traba a corta distancia, aturdiéndolo, al mismo tiempo, con el sordo i ardiente zumbido de la bala.

Aquel tiro de cañon cambió la suerte del dia. Fué la represalia de la metralla que habia muerto al principio del combate a Ruiz i a Urízar, columnas de la victoria en las filas rebeldes.

VI.

Viéndose espuestos a aquellos fuegos, los soldados que coronaban la loma comenzaron a gritar—*Vamos a formar abajo!* i en efecto, toda la fila se fué deshaciendo i replegándose tras de aquella ondulacion. Pero una vez vuelta la espalda, es casi imposible poner atajo al pánico que se apodera del soldado chileno, que, así como no cede a tropa alguna para marchar de frente, jamas ha sabido retirarse, segun las reglas de la estratejia.

Comenzó pues, en el acto mismo, una completa dispersion de todos los cuerpos enemigos, que se dirijian en masa hácia el Maule, arrojando sus armas i vestuario. Irritado el jeneral Búlnes por aquel escándalo, quiso dar aliento a los fujitivos, ordenando una carga a los Cazadores i Granaderos, que acababan de montar caballos de refresco, pero el desaliento era ya jeneral, i aunque unos pocos de aquellos valientes cargaron sable en mano sobre un peloton de infantes que se encontraba aislado sobre el campo, volvieron luego la espalda, pues aquellos los recibieron en la punta de las bayonetas (1).

(1) «El capitan don Vicente Villalon intentó organizarse i emprender una carga; pero la tropa se le dispersó. Tambien procuramos reunir alguna fuerza de infantería i entender en el arreglo de ella, cuando un tiro fué dirijido con bala de cañon del enemigo, llevándose tres hombres de la línea, i ya esta tropa se dispersó.»

(Silva Chaves, *diario citado).*

Este nuevo incidente puso el colmo al desórden de la retirada del ejército del gobierno, i la convirtió en una verdadera derrota. La caballeria comenzó a desbandarse sin prestar ninguna obediencia a las órdenes que se le daban de llevar a la grupa a los oficiales heridos, sacándolos del hospital de sangre, ni cubrir tampoco la retaguardia de los cuerpos fujitivos que se presentaban por el camino carretero en una confusion indescribible. El coronel Garcia solamente habia podido organizar, haciéndose obedecer, pistola en mano, una columna de 150 fusileros, único resto de su lucido rejimiento, i aunque se esforzaba por obligarlos a detener el paso i cubrir la retirada del ejército, los soldados, por única respuesta a sus amonestaciones, le presentaban sus fusiles caldeados por el fuego de siete horas, i le decian que los hiciese fusilar en el sitio, porque ya no tenian fuerzas para pelear.

IVL.

Entretanto, algunos oficiales del ejército rebelde se habian apercibido en las casas de Reyes de aquel movimiento retrógrado del enemigo, i el mayor Robles, dando la voz i el ejemplo, seguido del comandante Saavedra, a cuyas órdenes se puso, se habia lanzado en persecucion de los fujitivos con una columna de 200 hombres i un cañon, pero sin llevar un solo soldado de caballería, cuando habria bastado un escuadron bien montado para hacer prisionera la mitad, al ménos, si no todo el ejército del jeneral Búlnes.

Miéntras Saavedra i Robles, los dos paladines afortunados de aquel dia de heroismo, avanzaban cerca de una legua tras los acelerados pasos de los enemigos, el jeneral Cruz, avisado de lo que sucedia, montaba a caballo i salia hácia el Maule,

diciendo al coronel Zañartu—*Yo me voi hasta Talca i Ud. quédese aquí reuniendo dispersos.*

IIIL.

Un cuarto hora despues, el vencedor de Longomilla se reunia a la columna que iba a vanguardia i cerciorado de la fuga del enemigo, escribia, sobre el mismo campo de batalla, el siguiente parte de su victoria.

Chocoa, diciembre 8 de 1851. (A las 3 de la tarde).

«El ejército enemigo ha venido a atacarnos en nuestro campamento i ha sido derrotado, despues de haberle tomado su artillería, que queda en nuestro campo de batalla, con un número considerable de muertos, heridos i prisioneros.

«Teniendo que seguir en su persecucion, no puedo estenderme en mas detalles. Debemos lamentar el duro trance, en que un hombre, olvidado de lo que debe al país i a sí mismo, ha colocado a la República, para reivindicar sus derechos.

«Entre las caras víctimas que nos cuesta la victoria, lamentamos la del coronel Martinez, teniente coronel don Eusebio Ruiz i el jeneral don Fernando Baquedano, herido. Despues pasaré a U. S. el parte detallado de la accion.

Dios guarde a U. S.

José María de la Cruz».

IIL.

Tal fué la batalla de Longomilla, la mas famosai a mas

terrible catástrofe de los fastos chilenos. Háse llamado impropiamente una batalla, título, a todas luces, inadecuado, por que solo fué una hecatombe de víctimas humanas, i porque su desenlace no acarreó ninguna de las consecuencias que son inherentes a las armas, siendo solo el cansancio de la muerte lo que puso fin a la tarea de carnicería, a que, en ese infausto dia, se entregaron los chilenos.

Como hecho de armas, la batalla de Longomilla es única en nuestra historia. Delante de su magnitud como de su horror, i aun en presencia de su propia esterilidad, Maipo fué solo un feliz i rápido movimiento de estratéjia, Chacabuco una carga a la bayoneta i el mismo Lircai, de sangrienta memoria, una simple escaramusa.

No hubo en esta batalla ninguno de los accidentes comunes a los ejércitos que se baten. No hubo preliminares, como no hubo resultado militar definitivo. No se dió órdenes,—no se ejecutó movimientos,—no se combinó ningun plan. Los jenerales no dieron prueba alguna señalada de pericia militar, pues tuvieron solo ocasion de poner en evidencia sus dotes mas esclarecidas de soldados.—Cruz, su magnánima impasibilidad en la resistencia.—Búlnes, su heroico arrojo en la acometida. Todas las armas se chocaron indistintamente; la caballería fué batida a cañonazos; los infantes pelearon sin reconocer cuerpo, desparramados por todo el campo i a retaguardia misma de las posiciones que asaltaban, i por último, los mismos cañones estuvieron, la mayor parte del dia, a tiro de fusil del enemigo i a veces mas inmediatos, todavia. Fué aquella refriega de siete horas, no interrumpidas por la tregua de un solo minuto, como sucede de ordinario en los combates en que se chocan i repelen las masas, una vorájine de sangre, que, creciendo como un turbion al reventar de los truenos, que remedaba con propiedad el fragor de las armas,

arrasó todo cuando atajaba su curso en la planicie del combate (1).

De los 7 mil hombres, en efecto, que tomaron parte en la jornada, al menos, la mitad quedó fuera de combate, sin contar en este número unos pocos centenares que se hicieron prisioneros de una parte i otra (2).

(1) Segun una espresion del jeneral Garcia, quedó el campo de Longomilla como el círculo de un reñidero de gallos, cuando, en la última prueba, ponen los apostadores en el *tambor* a los dos combatientes ya moribundos i sacuden todavia estos el cuello para picarse, sin que por esto se declare a ni uno ni otro vencedor. Esta comparacion no dejaba de ser exacta, pues se nos ha asegurado que en el hospitar militar de Talca, cuando se reconocian dos enfermos de los ejércitos contendientes, se acometian todavia con golpes i denuestos.

El espiritual Souper tuvo una ocurrencia aun mas peregrina para calificar la batalla de Longomilla, pues dijo que habia sido una pelea de gatos ingleses, en la que no habian quedado de aquellos sino las colas...

(2) El ejército del jeneral Búlnes que se batió en Longomilla constaba, segun la memoria de la guerra de 1852, de 3,582 plazas i el de Cruz, segun un estado què tenemos a la vista i que publicamos en el apéndice bajo el núm. 19, de 3,411, de modo que el total de combatientes era de 6,993.

En cuanto a las pérdidas de una i otra parte, es difícil establecer un número exacto, porque, sin temor de exajeracion, puede decirse que el número de heridos fué de 1,500 i el de muertos alcanzó a 2,000, pues es uno de los fenómenos mas asombrosos de esta batalla el que el número de los que perecieron fuese mayor que el de los heridos, circunstancia que se esplica por la manera como se trabó la lucha, cuasi cuerpo a cuerpo, por el singular encarnizamiento de los soldados, i mas que todo, por la estraordinaria duracion del combate, pues se prolongó por mas de siete horas.

Verdad es que el número de heridos que entraron al hospital militar de Talca, desde el 8 de diciembre al 23 de enero, segun los *Estados* que existen en la Contaduria mayor de esta capital, fué solo de 616. Pero debe tenerse presente que solo fueron asistidos en aquel establecimiento los heridos de gravedad, siendo

IL.

La bravura desplegada por los combatientes de una i otra parte no ha tenido nada de comparable en nuestros anales, i esto mismo esplica los estragos de que damos cuenta.

mui pocos de estos pertenecientes a los cuerpos revolucionarios, al punto de que del Carampangue habia solo 9, 5 del Alcazar, 6 del Lautaro i 22 del Guia. Esto hace comprender, en la oscuridad que reina en esta parte de los acontecimientos militares de 1851, que en el hospital de Talca solo se curó poco mas de una tercera parte de los heridos, i asi resulta que de 79 heridos que aparecen en el batallon Talca por las listas de comisario de 15 de diciembre de 1851, solo existian 26 en el hospital. Consuela, sin embargo, saber que la gran mayoría de los enfermos salvó, a pesar de la gravedad de las heridas, pues muchas de estas eran, a la vez, de sable, bala i a veces de metralla juntamente. A principios de febrero de 1852, solo existian 112 pacientes i habian muerto 61. Debióse este resultado al celo desplegado por el gobierno, que se apresuró a nombrar un exelente cuerpo de cirujanos presidido por el humanitario Dr. Tocornal i por las filantrópicas señoras de Santiago, algunas de las cuales se trasladaron en persona a Talca.

En cuanto a los muertos sobre el campo, no hai una cifra ni aproximadamente exacta; pero en lo que todos los jefes i oficiales están de acuerdo, sin discrepancia de ninguno, es en que aquellos fueron en mayor número que los heridos. Segun el jeneral Garcia, a quien como jefe de la infantería incumbió hacer enterrar los cadáveres que se encontraron en el campo, despues que lo ocupó el ejército del gobierno, el número de víctimas no podia bajar de 2,000, sin contar los ahogados en el Longomilla.

Las listas de tropa que pasaron, al siguiente dia, algunos de los cuerpos confirma esta estraordinaria matanza. El batallon Guia. de 620 plazas, formó el dia 9, segun su propio comandante Saavedra, solo 180, esto es, menos de una tercera parte. El Carampangue perdió 349 hombres de 776 que contaba la víspera del combate, segun el diario del coronel Zañartu, i por último, el diminuto

Hemos ya visto que casi todos los cuerpos de ambos ejércitos tuvieron sus jefes fuera de combate, lo que pone mas en evidencia el denuedo del soldado, pues es sabido que el

batallon Rancagua, que sirvió en la reserva i se comprometió cuando ya estaba avanzada la batalla, tuvo entre muertos i heridos 138 hombres de los 300 de que se componia, cuyo dato puede verse corroborado en el *Mercurio* de Valparaiso núm. 7,412. Por último, los 7,000 hombres que formaron de los belijerantes el dia 8, estaban reducidos a 2,700 escasamente, en la mañana del 9, pues el jeneral Búlnes no contaba sino con 900 infantes i Cruz con 1,400 i la caballería de ambos no pasaba de 300 hombres.

A propósito de la filantropia desplegada por el vecindario de Talca para con los heridos de sus hospitales, nos complacemos en reproducir en seguida la carta que, sobre aquel particular, nos dirijió en la *Voz de Chile* del 27 de octubre 1862, el señor don Ignacio L. Gana. Hela aqui :

SEÑOR DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

Valparaiso, octubre 17 de 1862.

Mui señor mio:

El valor demostrado por Ud. para escribir la historia del último período administrativo, sobre el calor palpitante de hechos llenos de enconos i peripecias ardientes e inaveriguadas, me persuaden de la sinceridad con que U. se ha envuelto en el augusto manto de la justicia para abrir el campo a la verdad de los acontecimientos i establecer, por decirlo así, concurso histórico entre los testigos i actores del drama que la motivaron. Bajo esta prueba, entro seguro a reclamar la consignacion de un hecho importantísimo en las pájinas mas bellas e imparciales de su exelente historia.

Despues de la horrenda carniceria de Longomilla, Talca se convirtió en un vasto hospital de sangre de todos los heridos de ambos ejércitos. Los preparativos hechos por la autoridad local, resultaron pequeños para contener el sin número de víctimas que produjo esa sin igual jornada, i los enfermos fueron pedidos por los vecinos para curarlos en sus propias habitaciones. Así se vieron algunas familias asistir hasta tres heridos, aparte de los auxilios que prestaban en los hospitales en union de las virtuosas señoras de Santiago.

Testigo soi yo de los cuidados que se prodigaron con tanto

chileno jamas vuelve la espalda a los peligros, cuando ve lucir a su frente la espada de los capitanes que lo acaudillan. De esta suerte, no ménos de sesenta de los jefes i oficia-

entusiasmo, sin distincion de colores políticos, a los oficiales i soldados de esas valientes divisiones i del tierno agradecimiento que reflejaban en sus semblantes restablecidos los héroes que resellaron con su sangre el valor chileno, al despedirse del hogar solícito i hospitalario que les dió talvez la vida. Testigo soi yo tambien del caloroso verano de ese año de desastres, en que las manos de todo un pueblo eran pocas para abastecer de hilas a los pacientes i las de las distinguidas señoras para evitar con la nieve la gangrena de las hondas heridas. A esas atenciones, a esa solicitud ejemplar se debió la sorprendente cifra de convalecientes que pudo en breve darse de alta. Testigo, pues, de esa abnegacion sublime que mereció las simpatías de los corazones i los elojios de la prensa i que acreditó en el mas mayor grado el precioso timbre de caritativo i bondadoso que llevaba con orgullo el pueblo de Talca; me ės mui grato testificar mas abajo, con algunas de las mismas señoras que acompañaron al cirujano en las récias amputaciones, que velaron sin descanso el lecho del dolor, que sufrieron con el doliente i que fueron los ánjeles de la Providencia para el triste enfermo, lo que dejo espuesto.

Señora doña Sinforosa Vargas de Lois.
» » Maria M. Bascuñan de Bascuñan.
» » Rosario Cañas de Cruz.
» » Zoila Diaz de Cruz.
» » Mercedes Cruz de Cruz.
» » Marta Cienfuegos de Rojas.
» » Dolores Vargas de Opaso.
» » Natalia Vargas de Astaburuaga.
» » Josefa Urzúa de Concha.
» » Petronila Antúnez de Concha.
» » Micaela Cañas de Armas.
» » Francisca Cruz de Castro.
» » Rosa Guzman de Cruz.
» » Matea Cruz de Letelier.
» » Jesus Liron de Velazco.
» » Margarita Liron de Besoain.
» » Maria Castro de Cruz.

les (1) de uno i otro ejército fueron muertos o heridos en la batalla, número asombroso, en proporcion de las tropas que se batian.

Señora doña Catalina Cruz de Urzúa.
» » Maria de los A. C. de Azócar.
» » Justina Cruz de Silva.
» » Dolores Vergara de Cruz.
» » Lucia Wittaker de Silva.
» » Jesus Sepúlveda de Silva.

El noble suceso que vengo esponiendo empeña la gratitud de la historia, como empeñó la del pais entero. Hechos de esta naturaleza son los mejores frutos que el santuario de la historia puede ofrecer a las jeneraciones, los ejemplos mas espléndidos de la cristiana civilizacion de un pueblo. Abogo, señor Vicuña, por este acontecimiento histórico i os pido un rasgo de vuestra justa elocuencia para estamparlo en vuestro hermoso libro.

Vuestro A. S. S.

Ignacio L. Gana.

(1) De éstos, el ejército del gobierno tuvo 12 muertos i 15 heridos (total 27), segun aparece de la relacion que hemos hecho, i del estado jeneral de las bajas que tuvo el ejército en 1851, i que nosotros reproducimos ahora en el apéndice, bajo el núm. 15 bis, tomándolo de la memoria del Ministerio de la Guerra en 1852.

El número de jefes i oficiales muertos del ejército rebelde, en cuanto hemos alcanzado a comprobar con exactitud los nombres, es de 15 muertos i 18 heridos (total 33), es decir, una cuarta parte mas que el jeneral Búlnes, que solo perdió 27, aunque esta diferencia debió ser mucho mayor. Segun el mismo estado jeneral que acabamos de citar, el ejército del gobierno tuvo, durante la crísis revolucionaria de 1851, entre jefes i oficiales, 19 muertos i 29 heridos, total 48. Haciendo ahora un cómputo aproximativo de las pérdidas de los rebeldes, aparece un número casi igual, contando 35 en Longomilla, 3 en Petorca, 1 en Illapel, 3 en la Serena, 1 en el Monte de Urra, i por último, 3 en el combate del 20 de abril, 46 en todo, lo que hace un total de 95 oficiales muertos o heridos durante la guerra civil, número que solo puede compararse aproximativamente al de los que fueron ajusticiados por causas políticas durante el decenio que siguió a aquella crísis.

Como un complemento de estos detalles, publicamos, en seguida,

En cuanto a sus resultados militares, materias de tantas controversias de bandos encontrados, la batalla de Longomilla no ofreció sino confusion e incertidumbre, pues, en definitiva, si trajo en pos la estincion de la guerra civil, debiose esto, no a las ventajas alcanzadas por los unos o los otros, sino por el agotamiento de ámbos en la lucha. Verdad es que el campo quedó por los rebeldes con todos sus trofeos (1) i que,

la lista de los jefes i oficiales del ejército revolucionario muertos i heridos en Longomilla, lo mas completa que nos ha sido posible formarla, despues de prolijas investigaciones. Héla aqui:

Rejimiento Carampangue (Muertos).—Teniente coronel, Pedro José Urízar: capitanes, José Maria Artigas i José Manuel Vegas; alfereces, Francisco Jara, Tomas Roa i Gregorio Riquelme.

(Heridos).—Capitan, José Leonor Santapao; subtenientes, Pastor Mesa, Adolfo Solano, Nicolas Lopez.

Batallon Guia (Muertos).—Capitan, Domingo Tenorio, teniente, Raimundo Pradel; subtenientes, Juan Ruiz, N. Reyes, Jorje Patiño i Miguel Lillo.

(Heridos).—Sarjento mayor, Benjamin Videla: tenientes, Guillermo Truje, N. Cornou; subtenientes, Felipe Ruiz, Antonio Roa, José Contreras, Francisco Carrera i Salvador Urrutia.

Batallon Lautaro (Muerto).—Coronel, don Manuel Tomas Martinez.

Batallon Alcázar (Herido).—Capitan, Bernabé Anguita.

Artilleria (Herido).—Teniente coronel, Bernardo Zúñiga.

Caballería (Muertos).—Teniente coronel, Eusebio Ruiz; sarjento mayor, José Antonio Grandon; Capitan, N. Condesa; ayudante, N. Vargas.

(Heridos).—Jeneral, Fernando Baquedano: sarjento mayor, Alvarez Condarco (contuso): capitan, N. Sanhueza; ayudante, N. Varas; subtenientes, N. Mendez i N. Cruzat.

(1) En los documentos del tomo 2.º de esta historia, hemos publicado el parte detallado de la batalla, enviado en forma de circular a las autoridades revolucionarias, por el secretario jeneral Vicuña, el dia 9. Segun este documento, quedaron en poder del jeneral Cruz, 700 fusiles, 2 obuses, 200 prisioneros i los instrumentos de 5 bandas de música, ademas del hospital militar del enemigo i de la mayor parte de sus heridos.

militarmente hablando, esta circunstancia atribuyo a los últimos el éxito del dia; pero los que distribuyen así los laureles, sin mas justicia que el triste egoismo de la discordia, olvidan que ya ese mismo campo habia sido todo de las tropas del gobierno, que lo habian barrido, haciéndose dueños de todo el terreno, escepto el recinto fortificado de las casas de Reyes, i que, por último, al retirarse, dejaban entregada a las llamas esta misma fortaleza, en que los rebeldes, a su turno, vencedores, se habian defendido con tan indomable porfía. Habia, pues, una compensacion en las ventajas, como la habia en los horrores del dia, i puede decirse, en resúmen, i como para poner ya un apropiado epitafio sobre esta inmensa fosa repleta de cadáveres chilenos, que Longomilla no fué una victoria ni una derrota: fué solo el holocausto ofrecido a la patria por el valor de sus hijos que sabian morir dignos de sus empeños, los unos en pro de la libertad, que habian jurado sostener con las armas, en abono de sus deberes públicos o de sus compromisos de lealtad, los otros.

L.

De todas maneras, la guerra civil iba a tener término, desde aquel dia, que las jeneraciones de Chile, a la manera de los antiguos, inscribirán en sus anales como nefasto; i si el cañon de Longomilla no tronó como la última palabra de la guerra fratricida, fué al ménos aquella tremenda jornada el sangriento sudario en que la revolucion del sud iba a ser sepultada, una semana mas tarde, en las márjenes del Purapel!

FIN DEL TOMO CUARTO.

APÉNDICE.

Los documentos que corresponden al presente volúmen, se publicarán en el tomo V., por la exesiva estension de aquellos.

INDICE.

CAPÍTULO I.

LAS ESCARAMUZAS DE LA GUERRA CIVIL.

CAPÍTULO II.

ORGANIZACION DEL EJÉRCITO DEL GOBIERNO.

CAPÍTULO III.

APRESTOS MILITARES DE LA REVOLUCION.

CAPÍTULO VII.

LA REVOLUCION EN LA CAPITAL I EN LAS PROVINCIAS CENTRALES.

CAPÍTULO VIII.

LA REBELION DE ZÚÑIGA.

CAPITULO IX.

EL COMBATE DE MONTE DE URRA.

CAPÍTULO X.

LA RETIRADA DEL JENERAL BÚLNES.

CAPÍTULO XI.

BATALLA DE LONGOMILLA.







